22
TESTIGOS
de
JESUCRISTO

MARTIRES CAPUCHINOS
DE CASTILLA

13 E

22 TESTIGOS DE JESUCRISTO

MARTIRES CAPUCHINOS DE CASTILLA

Con fraternal afecto
Madrid, 16 de septiembre de 1975
El autor

Depósito Legal: M. 4.646-1960

Gráficas Yagües, S. L.—Plaza Conde Barajas, 2.—Madrid.

PADRE CRISOSTOMO DE BUSTAMANTE, O. F. M. CAP.
VICE-POSTULADOR

22
TESTIGOS
DE
JESUCRISTO

MARTIRES CAPUCHINOS DE CASTILLA

1960
GRAFICAS YAGÜES, S. L.
Plaza del Conde de Barajas, 3
MADRID

CENSURA ECLESIASTICA

Nihil obstat
5 de marzo de 1960
Fray Severino M.ª de Palazuelo, ofm. cap.

Puede imprimirse
Madrid, 7 de marzo de 1960.
Fr. José M.ª de Chana, ofm. cap.
Min. Prov.

Nihil obstat
Madrid, 21 de marzo de 1960.
Pbro. D. *Pedro Alvarez Soler.*

Imprímase
Madrid, 21 de marzo de 1960.
† *José M.ª*, Obispo Aux. y Vic. Gen.

AL LECTOR

Lector amigo: el 8 de septiembre del año 1951, a propuesta de los Superiores de la Provincia, el Rvmo. P. Bernardino de Sena, Postulador General de la Orden, me nombró delegado suyo o Vice-Postulador, con facultad de subdelegar, especialmente para tramitar *procesos rogatoriales*, con el firme propósito de promover por ante los Excmos. y Rvmos. Sr. Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá; Sr. Obispo (hoy Arzobispo de Oviedo), y Sr. Obispo de Santander, el Proceso Ordinario Informativo, sobre la fama de martirio de veintidós religiosos nuestros sacrificados por el marxismo durante la persecución religiosa desencadenada al advenimiento del régimen republicano y agravada el año 1936 y siguientes.

Recibido el nombramiento, eché mano de un maletín lleno de papeles en blanco y de una máquina de escribir; con estos pertrechos empecé la peregrinación por algunas ciudades y no pocos pueblos, visitando con especial interés a deudos de los mártires: padres, hermanos, sobrinos y otros seres queridos. Fueron asimismo cientos de personas con quienes cambié impresiones, y cuidadosamente anoté los datos más importantes relacionados con la vida y la muerte de nuestros Hermanos asesinados.

Se impuso luego el estudio sereno y ordenado de las referencias obtenidas en mis correrías, mediante el cual llegué al convencimiento de que existía sólida base para intentar la tramitación de los procesos en cuestión. Con todo, aunque facultado para ello por la delegación, no quise proceder sin antes recibir el visto bueno del Delegante, a quien, en forma articulada, le fuí remitiendo lo substancial de cuantos informes había yo obtenido.

La respuesta del Postulador General no se hizo esperar, ya que

muy pronto envió los artículos o posiciones acerca de los Siervos de Dios que habían sucumbido en Santander y su provincia, ordenándome que procediera a dar los pasos para iniciar el triple proceso: de *fama de martirio*, de la *búsqueda de los escritos* de los Siervos de Dios, y de *no culto público*.

Me presenté, por lo mismo, al Excmo. y Rvdmo. Prelado santanderino, y le pedí reverente y humildemente la gracia que me interesaba, quien con toda amabilidad aceptó la súplica, introduciéndose el proceso de los *tres* de Santander el día 17 de noviembre de 1952.

Todavía estábamos gustando en comunidad el éxito alcanzado, cuando el abnegado cartero se presentó en el Convento con un abultado sobre, que traía las posiciones o artículos para el proceso de los siete martirizados en Asturias, ordenando el padre Postulador que se intentara en Oviedo lo realizado en Santander. Y, a Oviedo sin pérdida de tiempo. También las puertas del palacio Episcopal de Asturias me fueron plenamente franqueadas. Al poco tiempo, es decir, el 10 de marzo del año 1953, se introdujo el proceso, con tan felices resultados, que a los nueve meses se pudo entregar a la Sagrada Congregación de Ritos.

A pesar del largo tiempo dedicado a los mártires de Santander y Asturias, no me olvidé de que otros *doce* habían derramado su sangre generosamente, pertenecientes a las comunidades de Jesús de Madrid y de El Pardo. Por eso se alternaban los trabajos; y así, con toda la solicitud posible, preparé igualmente el material necesario, las posiciones y artículos para empezar este otro triple proceso.

Sinceramente confieso que el Excmo. y Rvmo. Sr. Patriarca, Obispo de Madrid-Alcalá, me recibió con alentadora bondad, y aceptó el ruego en que le suplicaba la tramitación del proceso de estos nuestros doce Hermanos en San Francisco. En consecuencia, el día 5 de abril del año 1956, nos cupo la satisfacción de que con toda solemnidad, se iniciara en la Capilla del Palacio Episcopal.

Y bien; tal vez preguntes, lector amable, por la materia que en las siguientes páginas te ofrezco. ¿Serán por ventura las declaraciones de los testigos que depusieron en el Proceso Informativo? No; porque, aunque publicado, permanecen, sin embargo, las deposiciones secretas.

¿Entonces...? Todos los testigos proprocionaron extraoficialmente, antes de empezar lo oficial, al Vice-Postulador, unos de palabra, la mayor parte por escrito, los datos que dieron base para componer los artículos o posiciones y que tienen capital importancia relacionados con los Siervos de Dios. Dichos datos, para que no perezcan, son los que te presento para que los leas, en la seguridad de que has de quedar edificado.

En la colocación de las notas biográficas de cada uno no he juzgado conveniente tener presente el lugar donde murieron, sino la fecha de su ingreso en la Orden, sin olvidar que antes debía incluir a los Padres, por su dignidad sacerdotal, y luego después a los Hermanos.

El padre Buenaventura de Carrocera publicó en 1944 una obra sobre nuestros mártires, titulada *Mártires capuchinos de la provincia de Castilla*. Alguna que otra vez he acudido a dicha obra para llenar pequeñas lagunas que me ha sido imposible comprobar personalmente. Su finalidad, tal vez semejante a la mía, pero recogiendo datos interesantes sobre los conventos, familias que al desencadenarse la persecución había en cada convento de la provincia, fotografías de los conventos y de los cadáveres de los mártires. Mas nada de lo dicho ha entrado en mi propósito al escribir las páginas que siguen.

Madrid, 29 de febrero del año 1960.

El Padre Vice-Postulador.

DECLARACION

Declaro que, cuando en la obrita se emplean los términos de «mártir», «santo», etc., es mi firme propósito no darles otro valor que el puramente humano, permitido por nuestra Madre la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, a cuyo infalible juicio, gustosa y filialmente someto cuanto contiene mi humilde escrito, en todo momento dispuesto a rectificar cualquier concepto menos adecuado.

EL AUTOR.

Siervo de Dios

M. R. P. ANDRES DE PALAZUELO

SIERVO DE DIOS
M. R. P. ANDRES DE PALAZUELO

I

Nacimiento y primeros años.—Seminarista.—Al Claustro Seráfico.—Novicio ejemplar.—La profesión

En el pueblecillo de Palazuelo de Torío, diócesis y provincia de León, próximo a esta capital, vió la luz primera el 8 de mayo del año 1883 un niño que, regenerado con las aguas lustrales del Bautismo, recibió el nombre de Miguel Fulgencio. Sus padres legítimos fueron don Juan González y doña Filomena González. Plugo al Señor bendecir el nuevo hogar cristiano con cinco simpáticos retoños: Sinforosa, Antonio, *Miguel Fulgencio,* Felicidad y Virgilio. No anduvo escasa tampoco la mano providente de Dios en bienes materiales otorgados al novel matrimonio a fin de poder educar católicamente y con desahogo a sus hijos. Recibió el sacramento de la Confirmación el 22 de junio de 1890. (*Partidas de bautismo y confirmación.*)

«Nuestros padres fueron muy buenos cristianos, practicaban la religión y nos la enseñaban con la palabra y con el ejemplo. Fruto de tan sólida educación fué que dos hermanos nuestros se consagraron al servicio divino: Virgilio, en el estado sacerdotal secular, y Miguel, en la Orden Capuchina.

«Mi hermano Miguel fué desde pequeño un niño bueno; obediente a los padres y condescendiente con los hermanos. No era pendenciero ni dentro ni fuera de casa. En nuestro pueblo se rezaba en la iglesia diariamente el santo rosario, menos en los mayores apuros del verano, y mi hermano Miguel iba siempre, lo mismo que a misa, sin

que hubiera necesidad de mandárselo.» (*Antonio González y González.*)

De pequeño frecuentó la escuela primaria del pueblo, en donde aprendió las primeras letras. Después, por insinuación de su padre, que le quería sacerdote secular, inició los estudios del latín y humanidades en el Seminario menor de San Féliz de Torio.

Por aquel tiempo «predicó una Misión en nuestro pueblo un padre Capuchino, y tan prendados quedamos de él, tanto mi primo Miguel como yo, que pedimos el ingreso en la Orden Capuchina, cuando apenas habíamos cursado dos años de humanidades. Al poco tiempo nos encontrábamos en el Convento Noviciado de Bilbao, en donde vestimos el santo hábito e iniciamos el año de probación el día 31 de julio del año 1899» (*P. Diego de Palazuelo*). El nuevo novicio tomó el nombre de fray Andrés de Palazuelo, nombre con el cual le conoceremos desde ahora en adelante. (*Acta de vestición.*)

El Siervo de Dios, durante el año de formación se portó ejemplarmente, sin que necesitara ser amonestado o especialmente corregido. Así lo advirtió también la Comunidad, ya que en las votaciones para ser admitido o rechazado a la profesión, tuvo todos los votos favorables. De aquí, que el día 31 de julio del año 1900 se ligara a la Orden con la profesión religiosa simple, prometiendo guardar la Regla Seráfica y los Consejos Evangélicos. (*Estadística oficial de la Provincia.*)

II

En los Seminarios mayores de la Orden.—Ministro del Señor.—Maestro o Lector de estudiantes.

Hecha la profesión fué enviado el recién profeso a los Seminarios mayores de Fuenterrabía y de León. En el primero continuó los estudios de latín y humanidades, cursando después tres años de filosofía y letras. Allí se unió sin ningún contratiempo definitivamente al Señor, por medio de la profesión de votos solemnes realizada el día 2 de agosto de 1903. Terminadas felizmente y con no común aprovechamiento las disciplinas filosóficas fué trasladado al Convento de León para estudiar la Sagrada Teología, ciencias afines y auxiliares de la misma. Tenemos a la vista las notas o calificaciones alcanzadas, tanto en aplicación y en la ciencia como en su conducta y vida religiosa; y ante ellas no podemos menos de ponderar la capacidad para el estudio, la aplicación al cumplimiento del deber y la ejemplaridad de vida que fray Andrés observó durante toda la carrera eclesiástica. Siempre tuvo los puntos suficientes para la calificación de «meritissimus» en ciencia, y cuatro puntos

invariablemente en conducta: la máxima eran cinco puntos, que casi nunca se daba a ningún estudiante por aquellos tiempos de saludable rigor y plausible rigidez en la educación de nuestra juventud.

No pasó desapercibida la buena conducta y la capacidad científica de fray Andrés a los Superiores de la Provincia, quienes, aún antes de ordenarse sacerdote, ya le nombraron profesor de Teología en el convento de El Pardo, el curso de 1908-1909, y más tarde en el de León, para enseñar las mismas asignaturas. Entre tanto, el día 19 de septiembre del año 1908 recibía en Segovia la Sagrada Orden del Presbiterado. Más tarde fué trasladado a los Seminarios mayores de Montechano y Bilbao, para enseñar Filosofía y Letras, desempeñando este cargo por espacio de diez años.

«A no pocos de los que fueron sus discípulos hemos oído ponderar la bondad de carácter y la capacidad de enseñar la ciencia a los alumnos, a quienes amó siempre como verdadero padre, comunicándoles bondadosamente las más puras y rectas doctrinas de las ciencias profanas y sagradas.»

Lector o maestro, el siervo de Dios «fué piadoso, dotado especialmente de la caridad, que no piensa ni hace mal a nadie: eso era el padre Andrés. No hacía mal a nadie, y era condescendiente con todos. Trataba muy bien a sus discípulos, y no tenía aceptación especial por ninguno. En todo momento enseñó la doctrina más pura y católica, lo mismo en Filosofía que en Sagrada Teología, oponiendo un dique infranqueable al liberalismo y al modernismo, cuando yo fuí discípulo suyo» (*P. Dámaso de Gradefes*).

«Lo que más distinguía al padre Andrés, era su bondad, su amor a los discípulos y su nobleza de corazón bueno y caritativo. Sus avisos no eran amargos ni violentos, y tendían siempre a procurar el mayor bien de aquéllos a quienes avisaba. La bondad en él característica, fué un poderoso auxiliar con que contó y del cual supo aprovecharse admirablemente para conducir a muchas almas a la verdadera piedad.» *(P. Eladio de Cegoñal.)*

«Como lector cumplía bien con su deber; y tenía mucha capacidad para la enseñanza. Quería mucho a sus discípulos y procuraba el bien de los mismos.»

Cuando el padre Andrés explicaba las disciplinas filosóficas estaba muy en boga el Modernismo, condenado por el Papa sabio y santo, hoy San Pío X. El siervo de Dios no se contentó con exponer clara y minuciosamente a sus discípulos la naturaleza del error, sino que lo pulverizó en el aula; y no satisfecho con librar a los discípulos del moderno error, echó manos a la obra para escribir un tratado completo y denso a base de la encíclica de Pío X *Pascendi*

Domini Gregis, promulgada el 8 de septiembre del año 1907, sobre el Modernismo, titulada *Exposición didáctica del Modernismo Filosófico*. La dedicó filialmente al Vicario de Jesucristo, prueba inequívoca de cuánto amaba y cuánto quería sentir con la Iglesia. Dicha obra, que en parte escribió cuando con él estudiábamos Filosofía y Ciencias, quedó, sin saber la causa, inédita, y así la hemos copiado a máquina para incluirla en los escritos del Siervo de Dios que deben ser presentados a la Santa Sede como consecuencia del *Proceso de la búsqueda de los escritos*.

Presidía en cierta ocasión el padre Andrés los exámenes trimestrales. En el éxamen de física ordenó a uno de los examinandos que dibujara una máquina de vapor. El discípulo, ya frente al pizarrón, respondió que no sabía dibujar, y, por tanto, que no podía trazar los rasgos de aquella máquina. Insistió el padre Andrés varias veces, insistencia que hizo enternecer al estudiante, arrancándole algunas lágrimas. Fué tal el sentimiento del padres Andrés que allí mismo le pidió perdón, y sin más examen le dió la nota con gran generosidad, y no contento aún, quiso particularmente darle nuevas explicaciones, que, como es natural, fueron inmediatamente cortadas. (*Padre Lorenzo de Quintanilla.*)

III

Predicador.—Cronista y archivero de la provincia.— Escritor.—Definidor Provincial

El religioso es siempre hijo de obediencia. Así lo prometió libremente al hacer la profesión. Por eso, aunque sus inclinaciones naturales le lleven hacia este o aquel empleo; a este o aquel modo de ejercer el apostolado; a desarrollar estas o aquellas actividades, su guía es siempre la obediencia. Algo de lo dicho aconteció al siervo de Dios padre Andrés de Palazuelo. Por natural tendencia le gustaba la enseñanza; se sentía cómodo entre los libros de texto y de consulta, y plenamente centrado entre sus discípuos, como lo demostró durante los doce años de profesorado. Pero la obediencia le exoneró de dicho cargo, nombrándole los Superiores cronista y archivero de la provincia religiosa a la cual pertenecía, trasladándole al convento de Jesús, de Madrid.

Supo el padre Andrés cambiar suave y diligentemente el rumbo en sus actividades, consagrándose con entusiasmo al apostolado del púlpito, ordenar el Archivo provincial y a preparar documentos para escribir la Historia de la provincia. Fruto de sus trabajos apostó-

licos por medio de la predicación fué la publicación de un volumen de sermones, titulado *Jesucristo luz del mundo,* el cual contiene veintiséis asuntos referentes a Jesucristo, a la Virgen María, a San José, a San Francisco, la Iglesia, y termina con el sermón de la Porciúncula.

No era el siervo de Dios orador sagrado extraordinario, ni por la composición, ni por la manera de decir, ni por el estilo brillante o deslumbrador. Pero siempre sus sermones contenían abundante fondo o dectrina, no eran desaliñados, sino sencillos, pronunciados con fervor y generalmente sin grandes alardes oratorios; cumplía como buen obrero evangélico que sabía comunicarse al auditorio y sembrar la buena semilla, recibida con agrado por los oyentes.

En manos del padre Andres, el Archivo de la Provincia, trató de enriquecerle con valiosos documentos, la mayor parte manuscritos. «Son muchísimos, por otra parte, dice el padre Carrocera, en su obra *Mártires Capuchinos de la Provincia de Castilla,* son muchos los materiales que juntó para tejer la historia de nuestra Provincia de Castilla. Para ello visitó las ciudades y los pueblos donde estuvieron enclavados nuestros antiguos conventos, hoy en día destruídos o arruinados casi todos, recogiendo fotografías de ellos, papeles, libros, documentos, o sacando copia de ellos, etc., reuniendo así un copioso arsenal, con el que se puede reconstruir en gran parte la historia genuína y auténtica de la antigua Provincia de la Encarnación de las dos Castillas, como así se denominaba.»

Fecunda, en verdad, fué la pluma del siervo de Dios, como lo demuestran los escritos, editados unos e inéditos otros. Entre los editados merecen mención especial, el volumen de sermones ya anteriormente indicado; dos volúmenes titulados *Vitalidad Seráfica*; dos monografías referentes, la una al convento de Capuchinos de Calzada de Calatrava, y la otra al antiguo convento de Capuchinos de Deusto. Publicó otra obrita sobre el Santísimo Cristo de la Agonía de Limpias, de tono apologético. Una conferencia sobre San Francisco, pronunciada en la Academia de Jurisprudencia de Madrid. Además aparecieron escritos del siervo de Dios en revistas, especialmente en *Estudios Franciscanos,* revista científica, en donde publicó trece largos artículos sobre «La constitución íntima de los cuerpos»; en *El Mensajero Seráfico,* catorce artículos sobre «El milagro y su importancia en los planes de la Divina Providencia», relacionado con los sucesos de Limpias; nueve artículos más en la misma revista, titulados «Pensamientos sobre la formación moral, religiosa y cívica del católico».

Los escritos inéditos que han llegado hasta nosotros constituyen un grueso volumen, a máquina, de más de cuatrocientas páginas en

folio grande y líneas compactas. Todo lo cual prueba el espíritu de laboriosidad del padre Andrés, teniendo además en cuenta otras muchas actividades a que consagraba habitualmente gran parte del día.

Cuando el año de 1934 la Provincia Capuchina de Castilla debía celebrar Capítulo para la elección de nuevos superiores, el padre Andrés fué elegido delegado o representante de la Comunidad del convento de Jesús; y en el Capítulo, tercer Definidor o Consejero Provincial, sin que por eso dejara los cargos de archivero y cronista de la Provincia. Con dichos cargos llegó hasta el mes de julio del año 1936, en que fué asesinado por las hordas rojas, como más adelante verá el lector. (*Tablas Capitulares.*)

IV

Confesor y director de almas.—Abnegación, caridad, firmeza y seguridad.—Si San Juan hubiera sido confesor...

No fué ciertamente el púlpito, ni tampoco la pluma tan hábilmente manejada por el padre Andrés, el medio más eficaz con que ejerció su fecundo apostolado; el siervo de Dios fué especialmente apóstol en el confesionario y en la asistencia a los enfermos para administrarles los sacramentos y llevarles el consuelo de la religión.

«En el ejercicio de los ministerios era muy diligente, sobre todo, para asistir al confesonario a cualquier hora que se le llamara. Entre los seglares tenía gran ascendiente, singularmente entre caballeros, ya porque en él descubrieron la ciencia de que estaba dotado, ya también por la bondad que en él fácilmente se notaba. En el trato con personas de distinto sexo fué siempre prudente, aunque, como he dicho, era la bondad personificada, y las muchas mujeres que con él se confesaban y se dirigían.

La caridad era su distintivo, y esta caridad la manifestaba en hacer favores a cuantos se lo pedían. Era muy sacrificado para el confesonario, cuyo ministerio ejercía con gran aceptación de los fieles. En un pueblo de Toledo (Los Navalmorales) estuvo, a más de gran parte del día, toda la noche confesando hombres. Para este ministerio era incansable.»

«De carácter sencillo y bondadoso, compasivo y caritativo con las miserias y necesidades humanas, tanto espirituales como corporales; eso era el padre Andrés. Además de la enseñanza en nuestros Colegios Mayores de Filosofía y de Teología se dedicó con asiduidad a los ministerios sacerdotales, especialmente al confesonario, para

cuyo ministerio recibió del cielo gracia especial. Cuando se trataba del confesonario y de visitar enfermos para confesarlos, el padre Andrés no perdonaba sacrificio ni le importaban las incomodidades. A cualquier hora, aun en tiempo de descanso o de comida, quería que se le llamara cuando le pedían, no alegando jamás excusa, antes bien, lamentándose cuando no se le llamaba, sobre todo, si era gente de fuera de la capital o gente pobre. Era el padre muy conocido en Madrid, y tenía muchas y buenas amistades, confesaba mucha gente, y a políticos destacados, inclusive de la República.» *(Fray Sabino de Quintanilla.)*

«El padre Andrés era un perfecto religioso. Era un religioso muy culto, pero su cultura estaba acompañada de gran sencillez y humildad franciscana, cualidades que le ayudaban inmensamente para introducirse en las almas, para hacerlas con su acertada dirección inmenso bien espiritual.» *(Abogado Juan Vargas.)*

«El padre Andrés era, en mi concepto, un santo; religioso y sacerdote ejemplar cuanto se puede ponderar. Como confesor y director trataba de inculcar la verdadera piedad, con prudencia, celo, suavidad y caridad. Fué mucho lo que me consoló como director en las amarguras con que el Señor se ha servido probarme en esta vida.» *(Carmen Vargas.)*

«Con el padre Andrés me confesé y dirigí varios años. También visitaba algo el padre Andrés a mi familia; por lo mismo pude conocerle para fomar de él un juicio lo suficientemente adecuado, así en cuanto a religioso como también en el ministerio de confesor y director de almas. Como religioso, era un santo; ejemplar, sencillo, humilde, comunicativo y respetuoso con su dignidad de sacerdote y religioso. La caridad y delicadeza con que trataba a las almas en la confesión fueron siempre tan grandes, que eran muchísimas las personas de toda clase social, hombres y mujeres, que confesaban con él y con él se dirigían. Entre las devociones que con sus consejos más procuraba inculcar, era la devoción a la Madre de Dios en el misterio de su Inmaculada Concepción. Su dirección espiritual fué para mí tan profunda y orientadora que juzgo que, todos los bienes que me han venido, son debidos a aquella prudente, sabia y caritativa dirección. El mismo día que fué detenido por los milicianos en la pensión *San Antonio*, de esta villa de Madrid, estuvo en nuestra casa. Le pedimos confesión y bondadosamente a todos nos confesó.» *(María Muñoz de Rodríguez.)*

«Fué el padre Andrés mi confesor y director espiritual buen número de años; ésta fué precisamente la razón principal de nuestro trato, aunque era amigo también de mis padres y de toda la familia. El padre Andrés era intachable, ejemplar en todo el sentido

de la palabra. De trato sumamente sencillo y amable, pero sin ligerezas impropias de un sacerdote y religioso. Como confesor y director no he encontrado otro semejante a él. Su bondad y prudencia tranquilizaban sobremanera al alma, brillando en él el espíritu de discernimiento y de gran caridad, y el santo celo para llevar el alma a la verdadera piedad y a Dios.» *(María Dolores Menor Claramunt.)*

«Mucho conocí y traté el padre Andrés de Palazuelo, religioso Capuchino del convento de Jesús, de Madrid, y con él me confesé y me dirigí por más de ocho años, tratándole con santa intimidad, como hija espiritual a padre también espiritual. El padre Andrés era verdaderamente un santo; bastaba verle cómo oraba, especialmente ante la imagen de María Inmaculada, y contemplar su porte exterior, nada afectado sino sencillo, para afirmarlo.

»Como confesor y director de almas, algo admirable. Inspiraba su dirección ilimitada confianza en la misma, no sólo por su bondad, sino por lo prudente y sabio de sus consejos, y porque hacía cumplir lo que aconsejaba y ordenaba. Yo tengo la persuasión de que si San Juan Evangelista hubiera sido confesor y director de almas, lo hubiera hecho como el padre Andrés. Las devociones que con más insistencia aconsejaba, eran a la Divina Eucaristía, sosteniendo la comunión diaria; la devoción delicada y filial a la Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción, ordenando la consagración diaria, especialmente después de la comunión, a la Reina de la pureza. Por último, la devoción al glorioso Patriarca San José. Era prudente en permitir penitencias corporales, pero tendía de continuo a quitar la vanidad, a fundamentar la piedad en la humildad, a formar mujeres de su casa y de su hogar.

»Como ejemplo de su recato, puedo citar el caso siguiente: Cuando era yo todavía una niña, hubimos de ir a la Santa Iglesia Catedral, y aunque por ser el padre ya mayor y yo muy joven, a nadie hubiera sorprendido que fuéramos en compañía; él me envió por delante, diciéndome: que nada me ocurriría, pero que no tuviera miedo, pues él a discreta distancia podría vigilarme.» *(Pilar Rodríguez de Arias.)*

V

Fe profunda del padre Andrés.—Filial confianza en la Divina Providencia.—Amor de Dios práctico.—Caridad para con el prójimo

Sin la fe es imposible agradar a Dios, ha dicho el Apóstol de las gentes. Y antes había enseñado el Divino Maestro que el que creyere y fuere bautizado sería salvo; mas el que no creyere se condenaría.

El siervo de Dios padre Andrés no sólo poseyó siempre una fe limpia de todo error, sino que fué además profunda y práctica. «Tenía una fe robustísima en las verdades de nuestra Santa Religión. Esto lo pude apreciar muchas veces, por el fervor extraordinario con que celebraba la Santa Misa, administraba los sacramentos, predicaba la palabra de Dios. Como casos singulares que corroboran mi afirmación, recuerdo estos dos: Que habiendo en la iglesia de Jesús una extraordinaria devoción a la imagen del Nazareno, tan conocida en Madrid y en toda España, el padre me dijo muchas veces: «Hija mía, al Señor donde más de verdad y cerca lo tienes es abajo. en el Sagrario, más que arriba en la imagen. Segundo: Tenía un santo horror a las supersticiones, hasta tal punto que quizá la única vez en mi vida que yo vi al padre un tanto fuera de sí, ocurrió precisamente predicando contra las ridículas supersticiones, que aún en el pueblo cristiano se ven con triste frecuencia.»

«Era devotísimo de la virtud de la fe que tenía arraigada en lo más profundo de su corazón, como pudo demostrarlo reiteradamente ante nosotros en la clase de Teología. Por entonces había salido la encíclica «Pascendi» y el Decreto «Lamentabili» de San Pío X contra el modernismo, y no puedo olvidar el celo que él desplegó para hacernos ver los errores de este sistema, poniendo siempre por delante de nuestos ojos la objetividad de la fe frente al sentimentalismo, que era propio del modernismo. Incluso irradiaba su actividad en favor de la fe al exterior; y así recuerdo que aquí bautizó él mismo a una familia de protestantes que él había traído a nuestra religión. Otra prueba de su fe profunda nos la suministra el respeto que siempre demostró a la Santa Iglesia y a toda la Jerarquía, ya que muchas veces ponderó su grandeza y magnificencia y nos exhortaba a la sumisión más absoluta al Papa, Obispos y Jerarquía en general. Convivi con él algún tiempo, y nunca le oí la menor expresión que pudiera ser menos honrosa para el ministerio sacerdotal.» *(Padre Dámaso de Gradefes.)*

No menos que la virtud de la fe se destacó en el siervo de Dios la filial confianza en el Señor, esperando con humilde seguridad los medios para alcanzar la eterna bienaventuranza y el arribo feliz a las dichosas playas celestiales. «Siempre se manifestó con una gran esperanza, porque confiaba en que por la misericordia de Dios había de llegar al cielo, como también nos lo decía a nosotros, que Dios no nos faltaría y allá nos llevaría.» En una ocasión le oí decir: «¿Qué voy a predicar yo si no es la religión de Aquel que es el Salvador de los hombres?»

«En cuanto a esta virtud, recuerdo cómo se condujo en la muerte de su padre estando presente. Entonces reveló su gran confianza en

Dios, haciendo a todos reflexiones encaminadas a esperar de Dios que le había de llevar al cielo; que a todos nosotros nos llevaría también si cumpliamos con nuestros deberes. Esto mismo le llevaba a ser muy providencialista, y así entonces nos decía que en todo debíamos ver la mano de Dios.»

«Puedo citar como muestra de la esperanza del siervo de Dios el siguiente caso: Mis relaciones con el que hoy es mi marido y con el que soy felicísima se interrumpieron, creyendo yo entonces que me llamaba Dios al estado religioso. Llegué a decir al padre que estaba ciego al no ver mi vocación, que yo creía tan clara. El me dijo que pusiera el caso con total y ciega confianza en manos de Nuestra Señora, porque Ella necesariamente me lo resolvería bien. He de decir que me lo ha resuelto maravillosamnte y que el padre tenía toda la razón.»

«Tan seguro estaba de que Dios le daría las ayudas necesarias para ir al cielo, que a mí me dijo más de una vez, tratando de llevar tranquilidad a mi alma, que él desde el cielo me ayudaría, si Dios le llevaba allá antes que a mí; y de esa esperanza teologal surgió en él una confianza ilimitada en Dios para todas las cosas.»

No fué menor que las dos virtudes teologales anteriores en el siervo de Dios, la virtud de la caridad en su doble aspecto; es decir, como amor de Dios y como caridad para con el prójimo. «Sentía el ardor de la caridad para con Dios, pues que el amor hacia El era el móvil que le guiaba en el cumplimiento de sus deberes, tal como lo demostró en lo que él nos enseñaba y en lo que veíamos que practicaba.»

«Tema principal de sus predicaciones era el amor de Dios que él sentía y hacía sentir a sus oyentes por el fervor con que trataba estos temas. Además era el amor de Dios lo que le hacía estar siempre vigilante para cumplir con sus deberes y crecer en la perfección en la que siempre pensaba.»

«En cuanto al amor de Dios del padre Andrés puedo decir, por mi experiencia de dirigida, que tenía un horror santo a que pudiéramos vivir en culpa, aunque fuera venial, e incluso en simple intranquilidad de conciencia, y repetidas veces me decía: «Hija mía, no te importe día ni hora, ni cualquier otra circunstancia, siempre que necesites tranquilizar tu espíritu.»

«También me consta que la caridad para con Dios estaba en él muy arraigada, porque eran tales las cosas que a mí me decía en este aspecto, para que yo amara a Dios, que si él no le amara no podría decírmelas.»

El amor a Dios, visible solamente por la obra de la creación y por la virtud de la fe, tiene solemne manifestación en el amor al

prójimo. Por eso no podía faltar en el siervo de Dios padre Andrés esta virtud de la caridad, compendio de todas las demás virtudes. Y así sucedió, en efecto, ya que «era el paño de lágrimas de todos, porque venían a él buscando remedio para todas sus necesidades, debido a que sabían lo bueno que era y que no se jactaba de los amigos que él tenía, sino que simplemente los conservaba para servirse de ellos en beneficio de los demás. Incluso los que salían de la Orden, por uno u otro motivo, salidos ya, aquí venían a consolarse con él, y él les buscaba colocaciones en cuanto estaba en su mano. Cuando había algún estudiante que sufría por su cortedad en los estudios, el padre Andrés extremaba su benevolencia para con él, dándole ánimos y prestándole ayuda. Siempre estaba dispuesto este siervo de Dios para cualquier auxilio que hubiera que prestar a alguien, tanto cuando se trataba de asistir a enfermos como de acudir al confesonario, fuera o no propicia la hora en que se le llamaba, y sin discriminación de personas, pues atendía con igual cariño y solicitud a los humildes y menesterosos que a algunos personajes que también trataban con él sus problemas».

«Puso bien de relieve la caridad para con el prójimo, porque nunca se negaba a nada que fuera en beneficio de los demás, y singularmente de los más humildes y pobres que de los encopetados que a él acudían, lo cual es más de tener en cuenta en una persona tan ocupada como él, que en todo momento estaba a disposición de todos.»

Por propia experiencia puedo dar fe de que el padre Andrés tenía gran caridad en lo que a lo espiritual se refiere. Cuántas veces al manifestarle yo algunos comentarios o critiquillas sobre otras personas, me dijo: «Acostúmbrate a ver siempre el lado bueno y agradable de las gentes.» Tuve ocasión de apreciar la delicadeza de su caridad cristiana en la catequesis de la iglesia de Jesús, por seguir sus consejos de que prodigara a los niños afecto, paciencia y hasta cariño y mimo, cosa que él hacía el primero; pude ver que aún en aquellos difíciles tiempos la siembra espiritual hecha en estos niños no había sido inútil.»

«También se desvivía por atender a los prójimos, y soy testigo de cómo al salir del confesonario, las gentes le esperaban para hacerles consultas a que él atendía con esmero. Practicó la caridad para con los prójimos, pues siempre estaba dispuesto a prestar sus servicios de cualquier orden a cualquiera que se los pidiera, y llevaba hasta el extremo su desprendimiento, dentro de lo que cabe en nuestro voto de pobreza. Recuerdo, por ejemplo, que mostraba una vez una carterita de bolsillo, y a alguno se le antojó, y el siervo de Dios, presto dijo: «Pues tómela», quedándose él sin ella; y así en

otras muchas cosas y ocasiones pude apreciar su desprendimiento por favorecer a sus hermanos. Y lo mismo era en el servicio con los de fuera de casa, porque en cuanto le llamaban a él, sobre todo en la asistencia a enfermos, le faltaba tiempo para corresponder a las llamadas, aunque estuvieran los enfermos distantes y él tuviera otras ocupaciones.»

«Respecto de su caridad para con el prójimo recuerdo que, a trueque de prestar sus servicios, no le importaba dejarnos solos cuando con él estábamos en las visitas que le hacíamos en el convento. Entonces le llamaban a confesar y se iba sin el menor reparo. El amor a Dios y a la Regla lo hizo compatible con los deberes de la piedad familiar, y así, aunque era muy buen religioso, nos trataba con mucho cariño a todos sus deudos, y cuando iba al pueblo él acusaba esa misma solicitud. Recuerdo como prueba de que hacía compatible una cosa con otra lo siguiente: Su pueblo distaba de León unos doce kilómetros, y repetidas veces, cuando él estaba allí de profesor, organizó excursiones al pueblo, llevando consigo a toda la comunidad, que era atendida por sus familiares con merienda, viéndose el siervo de Dios complacidísimo con todo ello.»

«Trataba con mucha caridad a los prójimos. Y así, cuando en cierta ocasión rehusó prudentemente la invitación de un ricachón carente de principios religiosos, lo hizo con gran caridad, rehusando al mismo tiempo ir a otras casas, yendo sólo con los sacerdotes. Trataba con cariño a todo el mundo. En mi casa se daban limosnas, sobre todo en determinados días del año, y todos lo veíamos muy bien, y el propio siervo de Dios se encargó algunas veces de repartirlas conforme a las órdenes que nos daban nuestros padres. Después, ya religioso, la caridad para con los prójimos la practicó más bien en el orden espiritual, pues a él nunca le tocó, por lo que yo recuerdo, el cuidado de las cosas materiales del convento.»

VI

Prudencia sobrenatural.—Encomiable fortaleza.—Amante de la justicia.—Siempre templado.

Tres clases de prudencia suelen distinguir los tratadistas: Prudencia de la carne, o sagacidad para llenar cumplidamente las exigencias más amplias de la sensualidad. Prudencia natural, que dicta medios adecuados para conseguir un fin honesto. Y prudencia sobrenatural, virtud que en cada momento señala la senda a seguir para alcanzar el fin ultraterreno, destino definitivo del hombre.

El siervo de Dios padre Andrés poseyó la prudencia sobrenatural,

pues «ya desde niño se manifestó como un niño muy sensato, y después yo nunca advertí que fuera irreflexivo, ni oí decir que en el desempeño de sus cargos fuera imprudente.» «Jamás descubrí en él detalles de precipitación en su manera de proceder, ni que fuera impulsivo en el cumplimiento de sus deberes. Más bien era muy ponderado, y a trueque de servir a los demás se olvidaba de sí mismo, como lo demostró el día que tuvieron que abandonar el convento los religiosos para buscarles acomodo, pues él, valiéndose del prestigio que tenía y de las amistades que su prestigio le habían proporcionado, fué el que se preocupó de buscar casa para muchos padres, sin cuidarse de sí mismo.» En demostración de la prudencia que poseía el padre Andrés «puedo asegurar que en las normas de dirección que conmigo usó se mostró siempre adaptadísimo al estado de mi conciencia, sin que jamás procediera en ningún caso imprudentemente y sin la debida reflexión. Ajustaba los consejos y las normas conforme a los fines; y así, antes de aconsejarme un estado determinado, ya fuera el de la vocación religiosa, ya del matrimonio, él investigaba mi manera de ser, de tal suerte que cuando me hizo sugerencias en uno o en otro sentido, le vi sumamente discreto para mantenerse en los justos límites al darme sus orientaciones».

«La virtud de la prudencia era una de las más destacadas en el siervo de Dios; y lo digo porque lo pude observar tras de una porción de años en que me confesé con él. Esta prudencia la usó también fuera del confesonario, y puedo asegurarlo, porque, a pesar de tratar conmigo tantos años en el confesonario, no recuerdo que fuera a mi casa antes de estar fuera del convento en los tristes días de la revolución.» «Siempre fué reflexivo en su conducta habitual, tanto en el trato con nosotros como en cualquiera de sus actividades. De impulsivo nadie lo tachó jamás.» «Creo que la virtud de la prudencia es la más sobresaliente en este siervo de Dios, reflejada en el don de consejo que pudimos apreciar en él tantas veces. Era un hombre serio, equilibrado y ponderado en sus consejos.»

Otra de las virtudes que en el padre Andrés se destacó fué la virtud de la fortaleza, demostrada por «la decisión que tuvo al arrancarse de mis padres para ingresar en el convento, pues mientras ellos lloraban él se mantuvo firme y resuelto, tal y como si no pasara nada». Como prueba de su fortaleza puedo citar estos dos casos: Estando el padre delante de una librería en la calle del Prado, le tiraron desde un balcón unos algodones impregnados de gasolina y ardiendo, con los que fácilmente hubiera podido incendiarse el hábito del padre; sin alterarse un punto vino a su convento, y como la cosa más natural y sencilla nos dijo: «Me han querido achicharrar vivo, pero se conoce que aún no ha llegado mi hora.»

Creo que en esto brilla su entereza, su calma y su paciencia ante la injuria. El otro caso es el siguiente: Creo que fué la última persona que confesó antes de su muerte. Aunque la presentía, yo le vi absolutamente tranquilo, y al indicarle yo los temores de lo que pudiera sucederme en aquellos días tan azarosos, me dijo: «Hija mía, si una desgracia te sucediera, no pienses en lo que dejas, sino en el premio maravilloso que tendrás allí.»

«Bien demostró la virtud de la fortaleza siempre, y especialmente el día que hubo de clausurarse la iglesia para el culto. Yo vine con mis familiares a la primera misa de aquel día, porque yo a la sazón también estaba en vela, ya que corría peligro mi marido y lo tenía guardado. Estando en la misa entró una miliciana vestida de «mono» y con su pistola en la mano y las greñas desmelenadas, dando voces y diciendo: «Los hombres, a la calle, y desalojen la iglesia.» Y con ella entraron también varios milicianos. Entonces el que apareció en seguida, enfrentándose con todos, fué fray Andrés de Palazuelo; pero sin que la fortaleza que ostentaba estuviera revestida de mal carácter, sino al revés, armonizándola con una gran mansedumbre y dulzura. Entonces el siervo de Dios se dirigió a todo el público que estaba en la iglesia, tratando de protegerlos con los brazos levantados y al mismo tiempo recomendando mucha calma. Al fin tuvimos que ir saliendo, o mejor, acercándonos hacia la puerta; pero habiendo observado que en el frente de la puerta había un grupo de milicianos apuntando con sus armas, nadie salía del templo. Y como arreciara el apremio de los milicianos para que dejáramos el templo vacío, fué el siervo de Dios el que, dando la cara ante ellos sin alterarse para nada aquella mansedumbre de siempre, les dijo: «Pero ¿cómo queréis que salgan si les estáis apuntando?» Y luego, dirigiéndose a nosotros y también extendiendo las manos como en aire de protección, nos dijo: «Salid, hijos míos, salid.» De modo que ciertamente se mostró aquí el siervo de Dios muy valiente, dando la cara por nosotros, y no me cabe la menor duda que todo ello fundándose en motivos sobrenaturales. Al mismo tiempo él nos recomendó a todos, mientras saliamos, que lo hiciéramos sin temor y sin volver la cabeza, imponiéndose de tal suerte que él les dijo que no permitiría que saliéramos en tropel, sino que saldríamos en orden, como lo logró.»

No menos que la virtud de la fortaleza practicó el siervo de Dios la de la justicia, «ya que en primer lugar cumplía los deberes para con Dios dándole el culto que le es debido, pues aun de pequeño era muy asiduo a los rezos, lo mismo que en la subordinación a todos sus superiores. Por ejemplo, alguna vez fué con sus discípulos a nues-

tra propia casa y no se veía que se manifestara engreído ante ellos, sino al contrario, como si fuera uno de tantos. Respecto de los derechos ajenos, dentro de lo que pudo haber en la forma de vida que llevó, estoy seguro que los respetó siempre».

«Era exacto cumplidor de todos los deberes para con Dios, esmerándose en el culto y en la obediencia a sus preceptos. Y en relación con el prójimo quería que se cumpliera con todo rigor, e incluso que fuera superada con la más alta caridad. Recuerdo que hubo algunos disgustillos entre la familia; mas cuando se le contaban semejantes desagradables facetas, al estar entre nosotros, él se mostraba siempre conciliador, aconsejándonos que incluso cediéramos en nuestros derechos a trueque de mantener la armonía y la caridad entre todos.» «Nada vi jamás en él que fuera contra la virtud de la justicia.»

«Entiendo que una manifestación de la práctica de la justicia, en lo que se refiere a los derechos que se le deben a Dios, fué la manera de conducirse en el templo en la ocasión en que fué invadido por una miliciana y varios milicianos, pues cuando impuso el orden para la salida del templo no era sólo porque temiera que en el tumulto nos ocurriera algo a nosotros, sino porque entendía que aquella era la Casa de Dios y era obligado ese respeto. Lo propio pude comprobar por el tesón con que siempre nos recomendaba la obediencia a los preceptos de Dios y el acatamiento a su soberana autoridad en todo momento. En relación para con los prójimos también practicó la justicia, porque, por ejemplo, a pesar del trato que tenía conmigo y de la posición de mi familia, jamás hizo coacción alguna para sacar provecho de nosotros, hasta tal extremo que puedo decir que jamás me pidió ayuda económica para nada.»

Tocante a la virtud de la templanza se mostró en todo momento con ejemplar sobriedad, «pues nunca se distinguió por exceso alguno en la satisfacción de las necesidades naturales como comer, beber, dormir, etc. De pequeños nos tenían que llamar a todos; pero recuerdo que él se levantaba en seguida, mientras que yo era más dormilón.»

«Participé con él muchas veces no sólo en el mismo comedor, sino en la misma mesa en diversas ocasiones en que convivimos, y puedo dar testimonio de que él siempre fué más bien parco en la satisfacción de estas necesidades corporales. Nunca pidió extraordinario de ningún género ni se quejó jamás de que en las fiestas no se nos obsequiara con alguna cosa especial. Siempre se contentaba con lo que presentaban. También practicó el siervo de Dios la virtud de la templanza, como lo pude comprobar en la vez que me visitó en casa; le ofrecí algo de alimento y lo rehusó. En la satisfacción de sus necesidades le encontré siempre parco.»

VII

Desmanes republicanos.—El año de 1934.—Del 34 al 36. Los atentados de febrero.—El asesinato de Calvo Sotelo.—Presentimientos de martirio.

Sabido es que la flamante república de 1931, apenas proclamada se manifestó agria y agresiva, iracunda y feroz, iconoclasta y sanguinaria, perseguidora de los verdaderos valores y destructora de principios religiosos y morales.

De hecho, antes de cumplir el mes de nacimiento, ya en la capital de la nación, ya en provincias incendió templos y casas religiosas. En Madrid cayeron bajo la acción del fuego capillas y colegios religiosos. En La Coruña, por ejemplo, pasto de las llamas fueron la residencia e iglesia de los PP. Capuchinos el primero de julio. También por aquellos días hubo intentos de quemar el convento e iglesia de Jesús de Medinaceli. Inmensa y rugiente chusma llenó la plaza de Jesús para saciar sus apetitos destructores y sanguinarios. Pero llegada a tiempo la fuerza pública impidió el funesto desafuero. Sin embargo, rogado el padre Provincial por el comandante de la Compañía, se abrieron las puertas de la iglesia, previamente cerradas para impedir la profanación. Entraron, irreverentes, los incendiarios en ella, pero sin entregarse a la barbarie por temor a los soldados que entraron con los revoltosos en el templo. Por entonces, a causa de no poder realizar otras hazañas, se contentaron con recorrer las naves y con decir a los pocos religiosos que allí estábamos las siguientes reveladoras palabras: «¿No queréis salir? Pues os sacaremos arrastrándoos por las barbas.»

El padre Andrés no abandonó en aquella coyuntura el convento como por orden de los superiores lo hicieron la mayor parte de los religiosos de la comunidad. El no perdió un momento la serenidad y la calma. Con algún otro religioso, vestidos de seglares, sirvió la cena a los ochenta soldados, y no fiándose más de la cuenta de ellos por las expresiones nada tranquilizadoras que algunos pronunciaron durante la cena, se dedicó a vigilar dentro y fuera el convento e iglesia, permaneciendo en actitud de alerta hasta que aparentemente fué conjurado por entonces el peligro. *(Padre Lorenzo de Quintanilla.)*

En años posteriores al 1931, los chispazos, la destrucción acá y allá, las huelgas y asesinatos de personas indefensas se sucedieron con tal frecuencia que mantuvieron el pánico habitual en los co-

razones de los moradores pacíficos. Pasmo y admiración causaba en religiosos y seglares el que aquéllos aún permanecieran en sus conventos. Llegó, por fin, el mes de octubre del 34, con la revolución de Asturias, que causó muchas víctimas y asesinatos de católicos ejemplares, de venerables sacerdotes y de no pocos religiosos.

A este propósito escribía a sus padres el 17 de octubre del año que rememoramos un religioso también más tarde martirizado en Madrid, lo siguiente: «Como sabéis, desde el 5 hasta el 14 hemos estado en santos ejercicios. El día que entramos en ellos, y tres o cuatro días más, Madrid se asemejaba a un Mallavia (pueblecillo de Vizcaya) o cosa parecida. No se oían los acostumbrados y simpáticos sonidos de bocinas de autos, ni el run run de los tranvías, el vocear de los vendedores ambulantes, etc. Por las tardes se cerraban las puertas de la iglesia (de Jesús), pues la gente brillaba por su ausencia. De día y de noche el tiroteo era continuo y, por cierto, no muy lejano. ¿Temor?... ¿Temblor?... Nada de eso. Reunidos los religiosos en torno al Divino Prisionero cabe el Sagrario, orábamos; no llorábamos como pusilánimes, y nos ofrecíamos gustosos a lo que el Señor dispusiera de nosotros.» *(Fray Saturnino de Bilbao.)*

Con el panorama cada vez más sombrío e inquietante llegó el año 1936, en que los filocomunistas, a fuerza de amenazas, engaños y chanchullos, lograron constituir un cuerpo legislativo ferozmente jacobino. Desde el 16 de febrero de dicho año, los desmanes contra la religión, nombrado el Gobierno del Frente Popular, y contra lo noblemente patriótico, se agravaron y multiplicaron de tal suerte, que, cansados y llenos de celo y de santa ira los buenos y auténticos españoles, se lanzaron a la calle para sacar de la charca de fango amasado con sangre inocente y librar de la total destrucción a la nobilísima nación en cuyos dominios otrora no se ponía el sol.

Perpetrado el alevoso asesinato del caballero gran español don José Calvo Sotelo el día 13 de julio, todos los espíritus decididos quedaron hondamente preocupados, y calculaban que algo muy grave necesariamente se avecinaba y que era necesario actuar rápidamente. Esta impresión dominante en las gentes penetró, como es natural, en el santuario.

«Recuerdo que el padre Andrés se despidió de mí diciendo: «Tú eres joven y tienes tiempo por delante; *a mí me matarán;* toma mi máquina para tu uso.» «Me consta que salido ya del convento no perdió el padre su buen ánimo, aunque presentía su muerte, y más de una vez exclamó: «Yo caeré el primero.» Parece que presentía su muerte, pues se le oyó decir a los religiosos: «Caeremos muchos; yo el primero.» Y, en efecto, fué el primero de los martirizados.»

El padre Andrés presentía el martirio; lo decía con frecuencia, pero lo hacía sereno, con gran tranquilidad y sin temor de ninguna clase. No recuerdo haberle visto nunca deprimido, aun cuando estyo segura de que presentía su martirio, pues más de una vez dijo, sobre todo a mi hermana: «Caeremos muchos; yo el primero. Y al replicarle mi hermana: «Padre, ¿caeremos tantos?» El insistió: «No, vosotras no; sufriréis mucho, pero no caeréis; yo sí caeré.»

A este propósito escribió el padre Carrocera en su obra *Mártires Capuchinos*, etc.: «En los últimos meses, y mucho más en los últimos quince días, cuando se le preguntaba sobre su modo de pensar en vista del cariz que tomaban las cosas, a más de una persona contestó estas palabras: «Las cosas ciertamente van mal, algo horrible tiene que pasar aquí; vosotros lo veréis, pero yo... no; a mí me tiene Dios reservada otra suerte.» Y a una de gran confianza le añadió: «Acuérdate de lo que que te digo: Esto se arma dentro de nada, y el día que se arme, el primero que caerá de éstos, decía refiriéndose a los religiosos, seré yo.» Y a raíz de la muerte de Calvo Sotelo también le dijo: «¿Has visto lo que han hecho con Calvo Sotelo? Pues eso mismo harán con muchos, y yo seré uno de ellos.»

«Y cuantos con él convivíamos, más de una vez le oímos decir, hablando en los recreos sobre el trabajo abrumador que tenía en el confesonario, estas expresiones que en él se hicieron frecuentes en la última tmporada: «No os preocupéis: ya verán, cuando yo falte, lo que es bueno...; pronto les dejaré todo ese trabajo y tendrán que atender a todos mis confesados.»

VIII

Del 18 al 21 de julio del 36.—El siervo de Dios, fuera del convento.—El convento de Jesús, asaltado.—A la pensión Sacerdotal de la calle Larra.—A la pensión de San Antonio de la calle de León.

El 18 de julio estalló el Movimiento salvador de España conjuntamente en Africa y en Pamplona, bajo la dirección de los generales Franco y Mola, respectivamente. Pero en Madrid fracasó el intento, quedando muy pronto la capital en manos de los milicianos. El día 19, según queda referido en páginas anteriores, fueron arrojadas de la iglesia de Jesús las personas que en ella cumplían el precepto dominical. Fracasado el Movimiento y visto el peligrosísimo cariz que tomaban los acontecimientos, ordenaron los superio-

res que los religiosos marcharan a casas de bienhechores, varias buscadas por el padre Andrés, como así lo hicieron casi todos el día 20 en horas de la mañana y de la tarde. El siervo de Dios abandonó el convento al anochecer de ese mismo día, refugiándose en casa de unos amigos próxima al convento. Al día siguiente se dirigió a la pensión Sacerdotal de la calle Larra, en donde residía un sobrino suyo sacerdote, llamado don Maximiliano González Flórez, quien de palabra y por escito tuvo a bien proporcionarme los datos que a continuación verá el lector.

«Maximiliano González Flórez, capellán de la Beneficencia Provincial de Madrid en el Hospital de San Juan de Dios: Hago constar, jurando por Dios y por mi honor, que he sido testigo excepcional de las circunstancias que precedieron a la muerte violenta de mi querido y recordado señor tío, el padre Andrés de Palazuelo de Torío.

»Reconstruyendo ahora aquellas tremendas escenas de los primeros días de la revolución roja española, recuerdo que el padre Andrés estaba en León, cumpliendo deberes ministeriales, el día 15 de julio de 1936. Al tener noticia de los primeros chispazos revolucionarios, él se apresuró a trasladarse a Madrid, donde se creía más seguro que en ninguna otra parte. El tren en que se fué a Madrid debió ser uno de los últimos que circularon entre las dos capitales.

»El 17 de julio del mismo año 1936 pasé casi toda la tarde en su compañía dentro del convento de Jesús. Eran momentos de desbandada; los religiosos buscaban casas de confianza donde alojarse; ciertas personas de solvencia se llevaban a sus casas objetos de valor para librarlos de la presentida y segura rapiña de los rojos revolucionarios. El padre Andrés, el que suscribe y dos hermanos legos procuramos sacar con mucha cautela la imagen de la Inmaculada, que había en la nave lateral de la iglesia, llevándola en una camioneta a la próxima calle de Cervantes, donde vivía una familia muy conocida del padre Andrés. Allí quedó oculta durante toda la guerra, sin que fuera percibida por la milicianada, que más de una vez registró aquellos locales.

»El 20 de julio apenas si quedaba ya algún padre en el convento. El padre Andrés ha procurado buscar casa para muchos. La estancia en «Jesús» es peligrosísima. Con dolor en el alma y «camuflados» de paisano, todos los religiosos se ven precisados a dejar la mansión religiosa.

»El día 21 asaltan los milicianos el convento, en donde ya no había más que tres hermanos legos que se descolgaron por una ventana al patio de una casa contigua. Un testigo presencial relata el asalto de la siguiente manera: «Instalado el padre (se trata del

padre Ramiro de Sobradillo) en nuestra casa, empezó el asalto de los milicianos, observándolo todo nosotros y también el padre. Primero intentaron abrir la puerta de entrada. Entonces, uno primero y otro después, subieron trepando por la pared hasta una ventana que estaba abierta, y por allí entraron. Luego convirtieron el convento en asilo de niños de los rojos, y más tarde, en cuartel también de los rojos, y la iglesia, en depósito de municiones, de alimentos, etcétera.»

»El padre Palazuelo se va con su sobrino Maximiliano (pasada la primera noche de exilio) a la pensión Sacerdotal de la calle de Larra, entonces número 3, donde quedábamos seis sacerdotes, que en días sucesivos iban desapareciendo en busca de lugares más seguros.

»El 25 de julio tiene lugar un registro en dicha Pensión Sacerdotal de la calle de Larra, hecho por las milicias rojas. Iban en busca de armas o de algún franco-tirador que sospechaban estuviera parapetado en alguna ventana de los pisos altos. Desde aquel momento ya no nos creíamos allí con seguridad. El padre Palazuelo intenta buscar otra casa, pero no la encuentra...

»Día 29 de julio. A las once de la mañana llegan a esta Pensión las milicias de Vallecas, capitaneadas por un antiguo camarero de la casa. Nos ordenan que abandonemos inmediatamente la Pensión, ya que se iban a incautar de la misma para fines revolucionarios. Así ocurrió, pues toda la guerra estuvo en poder de un Comité. Precipitadamente, y sin echar mano de los más imprescindibles enseres abandonamos todos la Pensión, marchando sin rumbo determinado.

»Tres sacerdotes iban juntos en busca de alojamiento: el padre Palazuelo, don Manuel Villares Barrio, buen amigo y paisano, y don Maximiliano González Flórez, que suscribe. Nosotros, como más «novatillos», nos dejábamos llevar, confiados en el padre Andrés, que echando mano de sus muchos amigos, encontrase una casa donde no nos persiguieran. Pero las circunstancias se iban poniendo cada vez más difíciles. No había ni un rincón de seguridad. La milicianada lo invadía todo con sus fusiles y su terror...

»Después de varios intentos y visitas a antiguos amigos..., no hubo más remedio que echar mano de una pensión, la de San Antonio, en la calle de León. Hay que hacer constar la benévola acogida del propietario de dicha pensión; pero era lugar peligroso, ya que era un barrio muy próximo a la iglesia de Jesús, donde todos conocían al padre Palazuelo.

»Desde las dos de la tarde del día 29, momento en que entramos en la pensión de San Antonio, no hubo ningún incidente digno de mención hasta el día 30 por la noche.

»El día 30 de julio, los tres sacerdotes mencionados fuimos a celebrar misa al Asilo de Ancianos del paseo del Doctor Esquerdo. Era una casa que estaba protegida por la Embajada francesa, por ser aquella comunidad de religiosas de origen francés. Fué la última misa celebrada por el padre Andrés, y durante mucho tiempo por los dos que le acompañábamos.

»Regresamos a la pensión de San Antonio a la hora de comer. Y a primera hora de la tarde el padre Palazuelo fué a una casa de la calle de la Libertad, donde se habían refugiado un número considerable de teresianas. Dedicó varias horas de la tarde a confesar a las que iban huyendo de la persecución roja y que presentían que se avecinaban días muy difíciles.

»Cerca de las nueve de la noche nos encontramos los tres sacerdotes en la plaza de Santa Ana, muy cerca de la pensión de San Antonio. El padre Andrés venía cansado y con dolor de cabeza. Quería ir a dar un paseo por la Castellana o por el Retiro, ya que era muy pronto para retirarse a descansar en la pensión. Le disuadí de tal intento, temiendo que nos pidieran la documentación en plena calle. Yo sabía que mi señor tío no tenía documentación civil.»

IX

Registro en la pensión.—El teléfono, intervenido.—«Iré donde Dios quiera.»—«No he hecho mal a nadie.»—Detenido y llevado por los milicianos.

Dejábamos en nuestra narración al siervo de Dios en la pensión de San Antonio el día 30 de julio por la noche. Ahora va a ser nuestro estimado amigo el dueño de la pensión, don Antonio Ignacio Lucas Vaquero, quien nos relate el registro en la pensión y las facetas dolorosas y de irreparables consecuencias para el siervo de Dios ocurridas durante y después del registro.

«El día veintinueve de julio del año mil novecientos treinta y seis vino a nuestra pensión el padre Andrés de Palazuelo, Capuchino, del convento de Jesús de esta Villa de Madrid, con otros dos señores sacerdotes: don Maximiliano González, sobrino del padre Andrés, y don Manuel Villares, a pedir hospedaje. Porque ya todos los religiosos estaban fuera del convento a causa de la persecución religiosa. Nosotros, no obstante tener ya en la pensión a una señora, esposa de un policía, con tres hijas, y a un buen número de religiosas, hasta nueve, con mucho gusto los admitimos en nuestra pensión. Al padre Andrés ya le conocíamos por haberle visto muchas veces en la iglesia de Jesús.

»En cuanto llegó a mi casa vestido de paisano y sin barba, como mi mujer le conoció, sin reparo le dijo: «Usted es el padre Andrés», y él solamente manifestó su extrañeza de que le conocieran estando sin barba, pero no lo negó. Mi mujer le preguntó: «¿Y Jesús?» Y recuerdo que él contestó sonriente: «No se preocupe; goza de buena salud.» Con lo que entendimos que se había ocupado de dejarle bien guardado. Durante el poco tiempo que estuvo en mi casa paraba muy poco en ella, y manifestándole nosotros el temor que teníamos por sus salidas, él nos contestaba diciendo que tenía que ir a confesar a distintas casas; y ése era el ministerio a que se consagraba mañana y tarde. Llegaba a casa a eso de las nueve de la noche, y yo me permitía reconvenirle, preguntándole si no tenía miedo a que le detuvieran; él me contestaba que no tenía ningún temor, y además añadía: «Lo de dentro de casa hay tiempo de hacerlo durante toda la noche; pero si no salgo, ¿quién hace lo de la calle?» Se refería a los ministerios sacerdotales que él ejercía.

»El día 30 de este mismo mes confesó en la pensión a algunas religiosas de las en ella recogidas. Por la noche, cuando ya estaban cenando, a eso de las diez, llegaron a la calle de nuestra pensión muchos milicianos armados hasta los dientes, como suele decirse. Uno de los que estaban en la calle, y que de niño había sido monaguillo de las religiosas Trinitarias, dijo a los otros milicianos: «Ahí no dejéis ni a las ratas.»

»De hecho subió a la pensión buen número de milicianos bien armados, y dijeron que venían a registrar la pensión. «Pasen ustedes», les dije. Ellos:

»—A ver: ¿elemento femenino que tienes en la casa?

»—En la casa no hay más mujeres que las de la familia y la señora e hijas de un policía. Pueden pasar ustedes, pues en este momento se hallan cenando.

»Pasaron, en efecto, al comedor y preguntaron primeramente a la señora del policía, contentándose con las explicaciones que ella les dió. Siguiendo por el lado derecho del comedor, preguntaron a dos hombres por su personalidad, y tampoco les dijeron nada, ni les exigieron documentación. Llegaron, por fin, adonde estaban el padre Andrés y los otros dos sacerdotes (tomaban entonces el postre). Pidieron la documentación primeramente al sacerdote don Maximiliano González, y ésta presentada, nada dijeron. Luego se la pidieron al sacerdote don Manuel Villares; la presentó y nada le dijeron. Por último se la piden al padre Andrés. Este presenta no sé qué título de profesor que no satisface a los milicianos.

»—¿No tienes—le preguntan—otra documentación? Porque esto no prueba ni acredita nada.

—»De momento—contesta el padre Andrés—, no tengo más que ésa; mañana me darán otra mejor.

»—Pero es que mañana será otro día, y precisamente la necesitamos hoy.

»—Ahora—dice el padre Andrés—no puedo presentarles otra; pero si quieren puedo hablar por teléfono a personas que respondan por mí. Si ustedes me lo permiten...

—»—Sí, sí; puedes hacerlo sin inconveniente alguno.

»Va luego al teléfono. Mientras tanto, uno de los milicianos que hay en el comedor dice en alta voz: «Yo, donde hay una monja o un fraile, voy por él, porque debajo del escapulario llevan siempre una pistola.»

»El padre Andrés llama a varios teléfonos de personas conocidas; insiste una y otra vez y nadie contesta; es que el teléfono había sido previamente intervenido por los milicianos. Impaciente ya uno de los milicianos que estaba en el comedor, gritó malhumorado: «Que venga; ése nos quiere engañar. ¿Qué va a tener personas que respondan por él?» El padre Andrés marcha luego hacia el comedor. Entonces una de las religiosas que estaba junto al teléfono, dijo al padre, oyéndolo algunos milicianos: «Padre, si va al martirio, acuérdese de nosotras.» Con esta expresión, que yo dueño de la pensión procuré cortar medio empujando a la monja, que por cierto se llamaba sor Angela, y se había confesado con el padre Andrés al mediodía, manifestó la condición del padre Andrés. Sin más razones, ordenan al padre que salga con ellos. Tratan de oponerse don Maximiliano y yo, dueño de la pensión, participándoles que hay una disposición gubernamental que prohibe detener a nadie. Pero ellos exhibieron un volante que decía: «Hágase un registro en la pensión de San Antonio y deténgase a las personas que se crea conveniente. Cuando el padre Andrés regresaba del teléfono, dijo estas palabras: «Ya llegó mi hora.»

»Salía ya el padre Andrés con los milicianos cuando se le advirtió que dejaba el sombrero. «Ah, sí, es verdad; ¿puedo cogerlo?» Contestaron los milicianos: «Coge lo que quieras, pues para donde vas a ir todo te sobra.»

»No hables mucho, le dijo el jefe de los milicianos al dueño porque entonces vas a ir por el mismo camino.» Cuando el padre Andrés entró en la habitación cogió un pequeño crucifijo del maletín y se lo llevó. Asimismo pidió la absolución a su sobrino don Maximiliano, y luego, sereno, bajó con los milicianos. Antes pronunció estas palabras, que perfectamente oímos: «*Yo no he hecho mal a nadie; iré donde Dios quiera.*» Luego le llevaron a un camión que estaba al principio de la calle de Cervantes.»

X

El siervo de Dios, asesinado por ser religioso.—Fotografía comprobante.—Su cadáver, en lugar desconocido.

Después de lo referido en cuanto a los incidentes del registro de la pensión, el siervo de Dios fué llevado a un camión, y en él a lugar desconocido; pero ciertamente le mataron por ser religioso. De ello existen pruebas inequívocas. Primeramente, la afirmación de los policías que acudieron a la pensión de San Antonio.

«Después de todo esto, continúa informando don Maximiliano, se intentó comunicar con la Comisaría para que vinieran los policías y nos dieran la pista para hallar al siervo de Dios, y por tres o cuatro veces contestaron que muy bien, y que la Policía vendría en seguida; pero dieron las doce de la noche, y la Policía no llegaba. Se llamó por cuarta vez dando la queja de que habíamos llamado tres veces, contestando que en seguida vendría la Policía y que aún no había llegado, y entonces contestó una voz diciendo: «Aquí no han llamado ustedes nunca, porque he estado yo al teléfono y no he tenido ninguna llamada de la pensión de San Antonio; pero no se preocupen, que ahora mismo irá la Policía.» Y, efectivamente, poco después llegaron cuatro policías de la secreta, quienes nos interrogaron por todo lo pasado, y una vez informados, nos dijeron: «Pues ya no hay nada que hacer, porque al que llevaron le habrán matado ya. Esos eran unos milicianos que les interceptaron a ustedes el teléfono con alguna de las «checas», y ellos eran los que contestaban, dando tiempo para consumar sus planes.» Y ya nada volvimos a saber hasta el día.»

La señorita Virtudes Roncero dice a este propósito: «Declaro que vi cuando sacaban al religioso Capuchino padre Andrés de Palazuelo de la pensión de San Antonio, y oí perfectamente cuando el padre dijo: «¿Adónde me llevan ustedes? Yo nunca he hecho mal a nadie.» Entre los mismos que fueron a buscarle, los que custodiaban la escalera, dijeron: «¿A qué venimos aquí? A por un fraile de Jesús.»

«Para completar datos (los policías) me llevaron con ellos en su coche a la Comisaría del Congreso y después al tribunal de guardia de las Salesas, donde repetí toda la información, con muchos datos y mucho *papeleo*. Cuando se terminaban todas estas declaraciones y denuncias eran cerca de las tres de la madrugada del día 31 de julio. Los policías me llevaron en su coche, atravesando controles

y vigilancias de los milicianos, diciéndome que durante el día me comunicarían el resultado de sus indagaciones.

«Al día siguiente, dice el dueño de la pensión, un pariente nuestro, capellán del Ejército, fué a tomar un refresco al bar inmediato a la calle de León y oyó que varios milicianos, allí también presentes, decían: «Ahora la van a pagar todos.» «Sí—replica otro—, precisamente anoche hemos sacado de la pensión de San Antonio al dueño y a un sacerdote. Por cierto que al sacerdote le hemos pegado un trabucazo tremendo, y le hemos sacado hasta el corazón.» Don Francisco Ocaña Téllez, que tal era el nombre del capellán castrense, preguntó «¿Y dónde le habéis dejado?» El miliciano respondió: «Allá..., en un prado muy grande..., algo lejos..., cerca de...» «¿De la ermita de San Isidro?», añadió el capellán. «Cierto—dijo el miliciano—, por allí.»

»También la misma noche de la detención, la portera le contó a mi mujer que cuando bajaban los milicianos iban diciendo que llevaban un pez gordo, fraile o cura; y ella se lo decía a mi mujer sin saberlo, porque hasta la sazón no conocía la gente que yo tenía en casa.»

Argumento verdaderamente concluyente del martirio del siervo de Dios es el hallazgo de la fotografía de su cadáver, encontrada en los archivos del cementerio del Este, fotografía que ha sido reproducida conservándose el original en el Archivo Provincial de los Capuchinos de Jesús. Dicho documento gráfico nos lleva a la conclusión de que el padre Andrés fué asesinado y enterrado en el cementerio de la Almudena. Pero en cuanto al lugar concreto donde reposan sus restos nos es desconocido por completo, por no haberse podido fijar el lugar de la sepultura a causa de no acompañar dato alguno a la fotografía del cadáver.

XI

Fama de santo y de mártir.—Se desea su beatificación.—Gracias atribuídas al siervo de Dios.—El proceso en marcha

Fué tan nítida la vida del siervo de Dios padre Andrés que los religiosos y muchísimos seglares vieron destacarse en él la caridad, la humildad y mansedumbre y la sencillez verdaderamente franciscanas, suscitando la admiración, la devoción, la confianza y el respeto aun en personas no creyentes o alejadas de nuestra Religión.

Dicha estima ha continuado después de su muerte, pues, como escribe el padre Carrocera *(Mártires Capuchinos)*: «En la misma cárcel, cuando se supo su asesinato, pude persuadirme de lo conocido que era, de la estimación en que se le tenía, y la buena opinión que de él habían formado todos sus conocidos: sacerdotes, religiosos de otras Ordenes y seglares; estimación que en muchos rayaba en veneración... Son no solamente numerosos sino incontables los testimonios que después de la guerra hemos recibido y que confirman la opinión de sabio y de santo... Nos han pedido reliquias suyas, alguna cosa que él hubiera usado, algún retrato. Y se han interesado grandemente por saber noticias concretas y circunstanciales de su muerte, llevados algunos del deseo de ir a orar ante su sepulcro, si acaso hubiera sido conocido el lugar donde descansan sus restos. Son muchas las personas que se encomiendan a él, le atribuyen gracias y desean ardientemente que sea elevado a la dignidad de los altares.»

«Desde el primer momento nosotros le tuvimos como un verdadero mártir; y toda la gente coincidía con esta opinión en cuanto fueron conociendo el suceso, sin que se hubiera hecho nada artificioso en este sentido. En nosotros la persuasión del martirio es tan honda, que conservamos como reliquia la servilleta usada; la dejó desdoblada sobre la mesa, y aunque una de mis hijas la cogió, la dobló, hizo un lazo con ella, y así la conservamos con las huellas de la comida que él en ella había dejado.»

«En nuestra casa de Palazuelo de Torío se le venera como a un santo, y su recuerdo nos llena de santa emoción, pensando en la bondad con que nos trató a todos, familiares y paisanos; recordando la unción sacerdotal con que predicaba sus sermones. Podemos decir que era un niño por su sencillez, por su afabilidad y por su espontánea simpatía. Todas las personas que le han tratado ponderan su bondad, su don de gentes y su trato acogedor. Y los que más le queríamos y le admirábamos en vida, hoy nos encomendamos a él convencidos de que es un *ángel* más que está en el cielo para dar gloria a Dios y para ser nuestro mediador en las súplicas elevadas a la Divinidad.»

«En cuanto a la fama de martirio, para mí surgió desde el primer momento, y se hizo voz pública, desde que fueron conocidos los extremos de su vida y muerte por la gente en general, sin que se haya hecho nada artificioso para promoverla. Cosas extraordinarias no conozco, pero mi familia siente gran devoción al siervo de Dios y atribuye a él gracias y favores en asuntos particulares.

«Me consta por cuantos conocieron al padre y por mí misma, que su fama de mártir es común entre todos nosotros. No nos cabe en la cabeza que dada su virtud y la casi certeza con que presentía

su muerte, pudiera morir de manera distinta a como había vivido. Estoy segura de que su muerte se debió únicamente a su condición de religioso, pues ni significación política ni enemistades personales pudieron ser el motivo de su muerte, ya que gozaba personalmente de general estimación, no sólo entre nosotros los buenos cristianos, sino inclusive entre gente de distinta significación. Sin pretender dar un carácter extraordinario a lo que voy a decir, estoy segura de que la protección del padre vela sobre mí y sobre los míos, sobre todo, porque creo deber a él haber hallado mi confesor actual, que me dirige como si el mismo padre Andrés fuese quien conducía mi alma. Siendo las circunstancias materiales de mi hogar críticas en el momento presente, reina en él una paz y una alegría espiritual tan grande, que yo no me la explico más que por la protección del padre Andrés.»

«Para mí, desde el primer momento surgió la persuasión de que había sido un verdadero mártir el siervo de Dios, y con él los demás religiosos asesinados, y esta fama de martirio empezó a cundir a medida que fueron conocidos los sucesos, y brotó espontáneamente por la forma en que se desarrollaron. Dado el cariño que yo profesé siempre al siervo de Dios, es natural que a él acuda en todas mis necesidades; y puedo dar testimonio de que he notado su asistencia de una manera sensible en muchas ocasiones. Y así puedo referir como gracias a él, porque a él exclusivamente se lo encomendé, que no fuera preciso que me operaran en un pecho por un bulto que me salió, a pesar de que célebre doctor dijo que era casi de operación que tendría que hacer en momento oportuno después de una cura provisional que él me hizo. El siervo de Dios escuchó mis plegarias, y estoy muy bien sin haberme hecho nada más que aquella cura provisional desde el año 1937. Lo mismo aconteció con mi madre, que tenía una otitis que padeció, y que según el doctor especialista, era un caso larguísimo, difícil y muy costoso. Sin embargo, mi madre y yo siempre habíamos puesto la confianza en el siervo de Dios. Y efectivamente, de regreso de la consulta del doctor, en el mismo portal me preguntó mi madre el resultado de la consulta; y cuando se lo contaba empezó a oír, y desde entonces cada vez mejor, sin que nada hubiera que hacerle, habiendo recobrado un estado perfecto, y todo de manera súbita, pues no creo que durara más de cinco minutos su restablecimiento total. También se me ocurrió a mí una colocación en el Banco; y aunque tenía amigos a quienes acudir, no quise. Yo estimaba que sin acudir a nadie conseguía esa plaza sólo pidiéndoselo a él: esto sería un milagro; y efectivamente, no quise pedir a nadie esta colocación; sí sólo intentaba conseguirla por el siervo de Dios. Y un buen día recibo una llamada de un amigo

de siempre, que era alto cargo del Banco, para ofrecerme una credencial que acepté, atribuyéndoselo, sin duda alguna, al siervo de Dios... Por todo eso, estoy persuadida de que el siervo de Dios es un verdadero santo que ya goza del cielo, porque su intervención la noto constantemente en otras muchas ocasiones pequeñas de la vida que, aunque parecen pequeñas, no lo son, pues desde que el siervo de Dios ha muerto, a mí todo se me resuelve bien.»

«Entonces oí decir a la familia donde yo estaba refugiado que un capitán les había dicho que en la fonda de San Antonio habían cogido y matado a un fraile del convento de Jesús, porque habían sabido que con él se habían confesado algunos políticos... y dijeron que ese capitán había dicho que habían tratado de sacarle los secretos de confesión..., de suerte que si no hacía estas revelaciones le matarían, y si las hacía lo liberaban, enviándole al extranjero. Esta familia me dijo que el capitán les había dicho que el siervo de Dios ni siquiera les había hecho caso, y que por eso había sido martirizado.»

«En cuanto a la fama pública de martirio, puedo decir que nació a raíz de conocerse los acontecimientos... Lo que sí puedo asegurar es que los asesinos todo lo hicieron por el único motivo de que sus víctimas eran religiosos; y esto lo aseguro con tanta firmeza porque está en el ánimo de todos.»

«Siempre hemos creído que todos los que estábamos aquella noche en la pensión le debemos la vida al padre Andrés, porque si no le llevan a él, hubieran hecho un registro más general, y al encontrar a las religiosas, todos hubiéramos sido llevados al camión y a la muerte, como el padre Andrés. Yo, dueño de la pensión, estuve después también preso y sentenciado, y por un voto me salvé, atribuyendo esto a la protección del padre Andrés. Tengo que añadir que en dificultades y tribulaciones que hemos padecido, tomando la servilleta en la mano hemos pedido el remedio al padre Andrés y siempre lo hemos alcanzado.»

«Inmenso es mi deseo de que le beatifiquen y juzgo que el lugar propio del padre Andrés, es el altar de la Inmaculada Concepción, al lado de la bondadosísima Madre ,a quien el padre Andrés tanto amó y enseñó a amar, como padre y director de almas. Tengo algunos pequeños objetos, como estampas, etc., dedicados por el padre Andrés, los conservo como verdaderas reliquias.» *(Pilar Rodríguez de Arias.)*

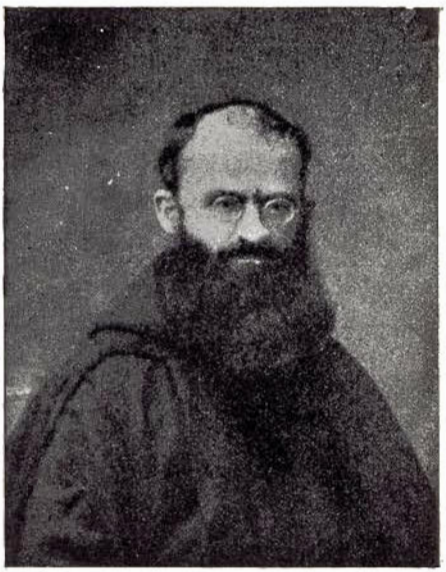
Alguna que otra persona manifestó que el padre Andrés se conquistó ciertas enemistades, por el cumplimiento exacto de sus deberes sacerdotales, e incluso que alguien había amenazado vengarse del padre, porque él no podía traicionar su conciencia ni dejar de cum-

plir las leyes de Dios y de la Santa Iglesia. Según esto, pudiera suponerse que el siervo de Dios había sido asesinado por venganzas personales. Pero es de advertir que los que fueron a registrar la pensión de San Antonio *eran milicianos*, muchos y bien armados, circunstancia que excluye en su muerte cualquier venganza personal.

Un clamor tan general llamando al siervo de Dios santo y mártir, sin pretender adelantarse al juicio de nuestra Santa Madre Iglesia, urgía dar algunos pasos conducentes a la tramitación del proceso de beatificación como mártir de la fe. Y, desde luego, con alma, vida y corazón nos dedicamos de lleno a informarnos de personas que a fondo le trataron, tomando datos de las mismas por ellas firmados, y que el lector habrá visto en las breves líneas biográficas que de él hemos trazado.

Recogiendo, pues, los piadosos deseos de tantos devotos y admiradores de las virtudes del padre Andrés, el día 5 de abril del año 1956 se introdujo el Proceso ordinario informativo en la Curia Diocesana de Madrid; el 27 de junio del año 1958 se publicó el Proceso y, mediante la gracia de Dios, se confía que muy pronto esté terminado, juntamente con el Proceso de Escritos y el de no Culto, para entregarlos a la Sagrada Congregación de Ritos.

Que todas las personas devotas del siervo de Dios padre Andrés de Palazuelo, pidan al Señor que se cumpla su santísima voluntad, e inspire a quien compete elevarle a la gloria del Vernini en San Pedro, a su bueno y fiel servidor.



Siervo de Dios

R. P. ARCANGEL DE VALDAVIDA

SIERVO DE DIOS
PADRE ARCANGEL DE VALDAVIDA

I

Nacimiento y primeros años.—«Traviesillo a la buena».— Quiere ser cura

El día 26 de febrero del año 1882 vió la luz primera el padre Arcángel, en el pueblo de Valdavida, diócesis y provincia de León. Con la vida divina del sacramento del Bautismo recibió el nombre de Angel, siendo regenerado el 1 de marzo de los dichos mes y año. Sus padres se llamaron don Cecilio de la Red Rojo y doña Bernardina Pérez Crespo. En la villa de Almanza recibió el sacramento de la Confirmación. *(Partidas de Bautismo y de Confirmación.)*

Tuvo la suerte de nacer el niño Angel en un hogar muy cristiano, pues su madre era, desde bastantes años, de comunión diaria; su padre, católico práctico, «cristiano muy honrado y sin meterse con nadie». «Toda la familia era muy buena y lo fué también Angel durante el tiempo que vivió en el pueblo. Fué mucho tiempo monaguillo, y en la iglesia se portaba como quien está en la casa de Dios. Para cumplir los deberes de cristiano no era necesario mandarle, iba él voluntariamente. Le gustaba mucho menos la escuela que la iglesia.»

«De pequeño Angel era travieso. Al padre siempre le obedecía, pero la madre tenía que valerse de promesas para que le hiciera lo que le mandaba.» Como nota de sus inocentes travesuras tenemos los dos siguientes casos típicos y muy propios del carácter alegre del mismo. En cierta ocasión le mandó su madre a buscar un cántaro de agua a la fuente del pueblo, pero con tan mala suerte que rompió el cántaro. La madre le reprende ciertamente con poca fortuna, pues al

preguntarle: «Hijo, ¿cómo lo rompiste?» Angel coge otros dos cántaros, da al uno contra el otro, los rompe y responde: «Así, madre, rompí el otro.» Otra vez le dice la madre que meta un ave de corral en agua fría, porque tiene fiebre. Angel obedece al momento; mete el ave en un balde de agua, y allí tiene el animalito hasta que se muere. Al darse cuenta la madre, le dice: «¡Hijo!, pero ¿qué has hecho?» «Nada, madre, usted me dijo que la tuviera en el agua hasta que se le quitara la calentura; pues, mire, ya no tiene fiebre.» *(Basilio de la Red González.)*

El jovenzuelo traviesillo manifiesta a sus padres que desea ser sacerdote, y ellos, no sin sacrificios económicos, le dedican al estudio del latín y humanidades; a su tiempo se dirige al Seminario de León para presentar exámenes, mas con resultado negativo: no fué aprobado.

II

A la Orden Seráfica.—Novicio.—Estudiante.—Sacerdote. Vicemaestro de novicios.

Fuera por el desengaño, a causa del fracaso en los exámenes en aquella temprana edad, fuera porque el Señor quisiera valerse de él para llamarle a estado más perfecto, es lo cierto que el joven Angel solicitó para clérigo el ingreso en la Orden Capuchina y, obtenida la admisión, vistió el hábito seráfico en el convento de Bilbao el día 1 de noviembre del año 1899. Así inició el año de prueba, y en la ceremonia quiso subir un peldaño más en la escala angélica, pues dejó el nombre de Angel para tomar el de Arcángel de Valdavida. El comportamiento del novicio nada dejó que desear. Por eso tuvo para consagrarse a Dios todos los votos favorables y ninguno en contra. De consiguiete, el día 13 de noviembre, cumplido el año de formación religiosa, se consagró al Señor mediante la profesión de los Consejos Evangélicos.

Después se le destinó a los colegios mayores de Fuenterrabía y León, donde perfeccionó las letras humanas y siguió todos los años académicos de Filosofía, Sagrada Teología y Elocuencia. No era, ciertamente, fray Arcángel un ingenio *superdotado*, ni tampoco se distinguió por la práctica extraordinaria de las virtudes durante la carrera eclesiástica. Con todo, sus calificaciones normales en los estudios fueron de *notable*, y en conducta se aproximó siempre a la nota máxima que solía darse en los colegios de la Provincia, de cuatro puntos, y él no bajó nunca de tres, obteniendo alguno que otro año cuatro. Con las notas a la vista, no suscribimos lo siguiente:

«Uno de sus condiscípulos, el padre Nicolás de Cármenes, al proporcionarnos algunos datos para la biografía del padre Arcángel, hace notar que los estudios los realizó con bastante dificultad, sin duda porque la Naturaleza no había sido muy pródiga con él en talento y en memoria.»

El 5 de junio del año 1909 recibió la sagrada unción sacerdotal, meta suspirada por cuantos anhelan dedicarse al servicio divino y a la salvación de sus hermanos los hombres.

Algo nos habla de la virtud del padre Arcángel y también de su capacidad y de sus estudios, el cargo que al año siguiente, 1910, le confiaron los superiores, cuando no había cumplido aún los años exigidos por las leyes de la Orden, cual fué el de Vicemaestro de novicios. Contaba a la sazón el padre Arcángel veintiocho años largos, y las leyes exigían treinta años para desempeñar dicho cargo de Vicemaestro.

III

A ultramar.—En la Perla de las Antillas.—De Cuba, a Venezuela.—En Cumaná.—Explorador del delta Amacuro y Caroní.—Piedra angular de dos Vicariatos.—Párroco de Tucupita, Machiques y Cumaná.

No permaneció mucho tiempo el siervo de Dios en el cargo de Vicemaestro de novicios, ya que el año de 1912 le destinaron los superiores, en calidad de misionero, a la República de Cuba, adonde arribó a primeros del año 1913. Designado luego para la parroquia de Bayamo, trabajó en ella como buen operario evangélico, no obstante el ambiente indiferente, frío y en ocasiones adverso de aquellas gentes antillanas.

En 1916 lo encontramos en la parroquia de Santa Inés (Venezuela) con el cargo de vicepresidente de la Residencia y coadjutor de la parroquia. Su labor parroquial fué tan intensa y fecunda que mereció congratulación y alabanza del Prelado diocesano, con ocasión de girar la visita canónica, quien, en el libro de gobierno grabó de su puño y letra: «El señor Obispo se muestra muy satisfecho de los abnegados servicios espirituales de los reverendos padres Capuchinos fray Lorenzo de Tejerina y fray Arcángel de Valdavida durante los tres años que desempeñan el curato de Santa Inés, pues la piedad de los fieles ha ganado mucho bajo su dirección, así como la enseñanza religiosa de los niños del catecismo y la armonía que reina entre los habitantes de Cumaná.» Pondera luego el Prelado

las grandes mejoras materiales realizadas por los padres en la iglesia, y termina con estas palabras: «Son muestras de cuanto se han interesado los reverendos padres en el adelanto material de la iglesia de su cargo.»

Fueron los Capuchinos los principales evangelizadores de la hoy floreciente República de Venezuela cuando era posesión española. Durante la guerra de la independencia sostenida contra la metrópoli desaparecieron de aquel campo, regado con muchos sudores y con no poca sangre generosamente vertida por ellos, para civilizarlos a la sombra de la Cruz redentora. Pero este hecho histórico no constituyó más que un largo paréntesis, un compás de espera solamente, ya que tanto los gobernantes de Venezuela como los padres Capuchinos aspiraron a reanudar otra vez la suspendida cristianización de los aborígenes que aún vagaban por las regiones más apartadas de la nación.

Para llenar cumplidamente este laudable, acariciado propósito, acordaron los Capuchinos hacer una larga exploración orientadora, para la cual fueron designados el padre Arcángel y el padre Bienvenido de Carrucedo, más tarde Vicario apostólico del Caroní. Dicha expedición apostólica se realizó por ambos misioneros el año 1918, quienes visitaron la región del delta del Orinoco y Amacuro, mas parte del inmenso territorio del Caroní.

Cada uno de los misioneros exploradores rindió por separado su informe; consecuencia del cual fué el nombramiento del padre Arcángel de Valdavida párroco de Tucupita, población entonces de escasa importancia, pero capital hoy del territorio federal Delta-Amacuro, y asimismo capital del Vicariato apostólico del mismo nombre, recientemente desmembrado del Vicariato apostólico del Caroní.

Con razón, pues, podemos considerar al padre Arcángel *piedra angular* del primer Vicariato al restaurarse las misiones entre los indígenas de aquellas regiones, ya que se estableció como consecuencia de la expedición y se dió el primer paso práctico hacia la fundación al posesionarse canónicamente los Capuchinos de la parroquia de Tucupita el año de 1919, de la que fué el padre Valdavida primer párroco.

La salud siempre delicada y precaria del siervo de Dios, agravada con las fiebres palúdicas contraídas en su cargo de párroco, le obligaron en 1920 a retirarse del territorio de misión, para atender debidamente a sus serios quebrantos. Pero el descanso recuperador le duró poco tiempo, ya que el año 1921 lo encontramos desempeñando el cargo de párroco de Machiques, al otro extremo de la República. Ganosos los Capuchinos de establecer también otra mi-

sión indígena en los territorios de la Goajira y Perijá, se posesionaron provisionalmente de las parroquias de Rosario y de Machiques como base para el avance hacia los indios motilones y goajiros. De la parroquia de Machiques se encargó el padre Arcángel, y en ella permaneció hasta que le relevaron los superiores por carecer entonces de personal para el servicio del Vicariato del Caroní y establecimiento del de Machiques, obra esta última que después también ha cristalizado en hermosa realidad.

De estos datos podemos deducir que fué el padre Valdavida también *piedra* angular del segundo Vicariato apostólico establecido por los Capuchinos para la evangelización de los indígenas venezolanos.

Si es cierto que temporalmente se abandonan las dos mencionadas parroquias, pero lo es igualmente que al siervo de Dios no se le permite momento de reposo, ya que en el 1924 es nombrado superior y párroco de Santa Inés de Cumaná, y allí permanece hasta el año 1926, en que casi ciego y materialmente arruinada su salud, abandona aquel campo de apostolado.

IV

Siempre buen religioso y buen operario evangélico.

«Mis primeros conocimientos del reverendo padre Arcángel de Valdavida—dice el padre Alberto de Azpeitia—fueron en Venezuela, en ocasión de que él se encontraba en Machiques y un servidor en la villa del Rosario. Muchas veces convivimos juntos, pues con frecuencia iba a ayudarle en los trabajos apostólicos, porque él se encontraba solo y el trabajo era mucho. Allí apreció sus altas dotes de religiosidad y espíritu apostólico. Incansable en el apostolado, no se contentaba con atender sólo a la parroquia de Machiques, sino que con frecuencia salía a recorrer las varias rancherías que pertenecían a la parroquia, algunas a nueve horas de distancia, sin más medios de locomoción que el caballo.

»Los dos años que allí permaneció fueron fructuosísimos para aquellas gentes, como lo demostraron el amor y el aprecio que por él sentían y su dolor al verle marchar, cuando los Superiores ordenaron que abandonáramos aquellas parroquias. Estoy seguro que hoy mismo le recuerdan con idéntico cariño, pues hay personas que le conocieron y le trataron y apreciaron sus altas virtudes de piedad, caridad y abnegación; virtudes que él practicó toda su vida, en particular en aquellas tierras.

»Más tarde nos juntamos en la ciudad de Cumaná, por pocos meses; él había sido uno de los fundadores de aquella casa, juntamente con el padre Lorenzo de Tejerina, y juntos vivieron algunos años.

»Los habitantes de Cumaná aún le recuerdan con gran cariño y le aprecian como a un santo. Su labor fué también allí eficacísima antes de que yo estuviera con él, y oía a las gentes decir que el padre Arcángel era un santo. Cuando volvió de nuevo, después de hecha la fundación de Tucupita, cuna del Vicariato apostólico del Caroní, Cumaná le recibió con cariño y contento general, y volví a apreciar las excelentes cualidades que le adornaban como hombre de Dios y varón verdaderamente apostólico. Muestras de su arduo apostolado fueron las muchas almas que conquistó para la Iglesia; almas que vivían alejadas de Dios y que el padre Arcángel, con su paternal bondad las fué poco a poco atrayendo. No hay que olvidar que él, por su naturaleza, era de temperamento fuerte; pero se venció y gradualmente se transformó en un ser tan amable y suave, que parecía connatural en él.

»Fué humilde, sencillo, bondadoso, caritativo y altamente sacrificado, cualidades todas de un verdadero apóstol. Creo que nadie podría hacer mejor elogio del padre Arcángel que la ciudad de Cumaná y la de Machiques. Para mí fué un santo en su vida y un santo en su muerte.»

«Acerca de la opinión que de sí dejó en Cumaná, como también mi opinión sobre él como religioso y misionero, debo decirle lo siguiente: Siempre oí hablar bien del padre Arcángel, y algunas familias amigas suyas todavía le recuerdan con cariño por su laboriosidad y por el celo apostólico en los trabajos parroquiales. Muy poco conocí personalmente al padre y nunca viví con él, así que mi opinión sobre dicho padre está basada en las referencias que otros me han hecho, todas ellas buenas.» *(Padre Cayetano de Carrocera.)*

V

El siervo de Dios, a España.—Silencioso apostolado en varios conventos.—En la villa de Gijón.

El padre Arcángel, todavía en buena edad, había arruinado casi por completo la salud y había perdido gradualmente la vista por miopía progresiva y por cataratas, al parecer no operables con éxito, en el ejercicio del apostolado en campo evangélico, siempre incó-

modo y difícil. Era, por consiguiente, inevitable su retirada a retaguardia. Soldado de Cristo resuelto, sucumbió prematuramente, ya que en el mes de septiembre del año 1926 tuvo que regresar a la Patria. No permaneció, sin embargo, ocioso, pues destinado por algún tiempo a los conventos de Santander y León, en ellos se dedicó con asiduidad a la oración y al ministerio del confesonario. En este último convento, morada de los estudiantes de Teología, dió tales ejemplos de celo, de caridad y de comprensión, que casi todos los jóvenes lo eligieron como confesor y guía íntimo de sus almas. Alguna que otra vez salió a predicar; y se cuenta una anécdota muy propia del carácter del padre Arcángel. Fué en cierta ocasión a predicar a un pueblo, y manifestó al párroco y otro compañero del mismo, que ni podía cantar la epístola ni sabía lo que iba a decir en la cátedra sagrada. «Entonces, ¿por qué ha venido?», le dijeron. «Porque me ha mandado mi Superior.» Cantó bien la epístola y predicó elocuente sermón, obligando a los sacerdotes a exclamar: «Bien nos ha engañado.»

Pero donde dibujó estela luminosa de óptimo religioso, de buen confesor y director de almas fué en la villa de Gijón, como lo demuestran los siguientes testimonios.

«Conocí y traté bastante a los religiosos Capuchinos de este convento de Gijón, especialmente al padre Arcángel de Valdavida, con quien me confesé y dirigí por espacio de seis años. Parecía un religioso muy espiritual, pues se le veía con mucha frecuencia en la capilla, en donde rezaba, oraba y hacía el vía crucis. Como confesor era muy bueno. Su dirección espiritual era suave y muy instructiva; enseñaba y alentaba a practicar lo que enseñaba.» *(Asunción Palacios.)*

«El padre Arcángel era muy buen confesor y sumamente caritativo. Encontrándome enferma en el hospital durante once meses, y estando allí también el padre Arcángel, a causa de la ceguera, casi todos los días subía al piso en donde yo estaba a visitarme, y siempre tenía alguna palabra de aliento y de consuelo. Alguna vez le preguntamos si estaba muy aburrido porque no podía leer, y nos contestaba que no, porque se la pasaba rezando.» *(Manuela Lorenzo García)*

«Cuando era seglar conocí y me confesé muchas veces con el padre Arcángel. Siempre le vi muy asiduo al confesonario; realmente parecía un santo por la manera de conducirse, por el espíritu de abnegación, pues no obstante estar casi ciego, medio a tientas pasaba mucho tiempo en el confesonario confesando gente. La bondad con que trataba a las personas, especialmente en el confesonario, hacía que muchas, muchas en verdad, se confesaran con él.

Se veía, además, muy piadoso; y esto, naturalmente, tenía que llevar almas al confesonario.» *(Sor María de Jesús.)*

«Frecuentemente me confesé con el padre Arcángel, porque él siempre estaba en el confesonario. En todo momento le vi como ejemplar y virtuoso religioso, lo mismo en la iglesia que donde tuve que tratarle o verle.» *(Belarmina del Busto.)*

«El padre Arcángel parecía eso: un verdadero arcángel, un espíritu. Por otro estilo que el padre Berardo, era otro gran religioso y otro santo, pues era abnegadísimo, asiduo y paciente en el confesonario, como supe apreciarlo por amigas que se confesaron con él. El padre Arcángel estaba siempre muy enfermo y, a pesar de su enfermedad, era constante en el confesonario.» *(Gloria González.)*

VI

Primeras «caricias» filocomunistas.—El padre Arcángel, viviéndolas en Gijón.

No había aún cumplido un mes la flamante República Española, según queda consignado, cuando empezó a dar frutos bastante más amargos y tristes de los prometidos en la propaganda preelectoral. Aquella República *de derechas* con dos *Cámaras*, en las cuales habría *representación de la Iglesia* y *Obispos senadores*, como en tiempo de la destruída Monarquía; la República de *trabajadores de todas clases* manifestó muy pronto su espíritu filocomunista, incendiario, destructor, perseguidor de la Iglesia, de sus ministros, de las cosas santas y de sus mejores hijos. Los primeros chispazos demoledores y antirreligiosos se dejaron sentir ya en el mes de mayo del año 1931 en Madrid, Málaga, Gijón y en otras poblaciones de la Patria.

El siervo de Dios padre Arcángel, según arriba queda dicho, residía en el convento de Gijón al iniciarse los lamentables sucesos, y se vió precisado, por orden de sus Superiores, a refugiarse en una familia cristiana de él muy conocida. Su comportamiento en aquellas dolorosas circunstancias fué el de un perfecto religioso, como lo atestiguan miembros de la familia hospitalaria.

«Cuando vivíamos en la «Guía», el año de 1931, tuvimos hospedado en nuestra casa cerca de dos meses al reverendo padre Arcángel de Valdavida, religioso Capuchino del convento de Gijón, por haber estallado la revolución y la quema de algunos conventos en dicho año. Mamá se encontraba de cuerpo presente cuando llegó el padre Arcángel. En nuestra casa celebraba todos los días la santa misa, y en ella aplicó por mamá las misas gregorianas.

»Su comportamiento como religioso no pudo ser más ejemplar. Además de sus rezos y oraciones particulares, por la noche dirigía el santo rosario, que rezábamos siempre en familia. En los primeros días de su estancia en nuestra compañía le pedimos que nos confesara en nuestra propia casa; pero él no lo hizo mientras no consultó por carta al padre Mariano de Vega. Después nos confesaba siempre que se lo pedíamos, valiéndose de una rejilla.

»El padre Arcángel estaba casi ciego y no podía leer. Una de nosotras le leíamos con frecuencia libros piadosos, lo cual mucho agradecía. Sí conversaba a ratos con la familia; pero fué en todo momento discreto y muy recatado. Arcángel se llamaba, y como ángel vivía entre nosotras. Varias veces le vimos pasear descalzo por encima de punzantes ortigas. Decía él que le venían muy bien para el reuma; mas nosotras estábamos persuadidas de que lo hacía por penitencia.

»De carácter suave, muy atento y delicado y no muy comunicativo, jamás cometió la menor ligereza. Nada pedía y se mostraba muy agradecido por los servicios que le prestábamos. Varios años nos confesamos y dirigimos con él, y le encontramos muy bueno y admirable. Por la bondad y sanísimos consejos procuraba llevar las almas a la verdadera piedad. En varias ocasiones se lamentaba con nosotras porque un religioso, compañero suya en América, había muerto, manifestándonos que él quería volver allá para morir mártir.» *(María y Ana Velasco.)*

VII

Se agrava la situación.—Quién sabe cuántas vidas más pedirá el Señor.—De morir, quiero morir con hábito y en el convento.

Ya hemos dicho en anteriores páginas que el padre Arcángel se encontraba de residencia en el convento de Gijón. Alguien le manifestó que habían asesinado al señor Calvo Sotelo. Cuando ya se acercaba el momento de la revolución, y mataron al señor Calvo Sotelo, yo me acerqué al padre Arcángel y se lo dije. El me contestó: «*Quién sabe cuántas víctimas más pedirá el Señor.*»

«En vista de la gravedad de las circunstancias, yo le traje un vestido de seglar; pero como no se le ponía, juzgué que no le venía bien y le busqué otro. Propúsele entonces que se vistiera de seglar y que se fuera a casa de las Hermanitas de Ancianos Desamparados y poderse así seguramente librar de la persecución y de la muer-

te, ya que por su estado de salud y por su ceguera casi completa podía pasar como uno de tantos asilados. Pero él no quiso despojarse del santo hábito ni salir del convento, porque me dijo: «*De morir, quiero morir en el convento y con hábito.*» *(Asunción Palacios.)*

«La víspera de la revolución del año 1936, revolución en la cual fué asesinado, una de nosotras se confesó con él en el convento de Capuchinos, y después de confesarse dijo al padre: «Padre, véngase a casa, porque están muy mal las cosas.» Respondió el padre: «*Vea cómo está esto.*» Se refería a la gente que esperaba para confesarse. Y, además, añadió: «Si ustedes vivieran en la «Guía», sí iba; pero donde están ahora no me gusta.» *(María Velasco.)*

VIII

Estalla el Movimiento.—Ocupación del convento por la Guardia Civil.—Abandono de los religiosos y asalto de los facinerosos.

El día 18 de julio estalló el Movimiento general recuperador. Mas en Gijón no empezó hasta el día 20. Con este motivo, muy de mañana la Guardia Civil, sin ser llamada por los religiosos, sino mandada por orden superior, como lo manifestaron sus componentes, pidió autoritativamente entrar en el convento, primero por la puerta de la capilla (y rogada por los religiosos para que no entraran), después lo hicieron por la puerta de la Residencia, y subió a la azotea, para desde allí combatir a la revolución. Todo el día y parte de la noche, hasta las cuatro de la madrugada, estuvieron disparando; pero sin previo aviso a los religiosos, se retiraron del convento y se rindió todo el Cuerpo a las turbas facinerosas. Los religiosos ni llamaron a la *Benemérita*, ni tenían armas, ni cogieron una sola en sus manos, ni dispararon contra nadie, como lo atestiguaron los guardias supervivientes que estuvieron en aquella desdichada coyuntura en el convento, pues declararon lo que a continuación puede ver el lector: «Los infrascritos Pedro Hernández Moreno y José García, pertenecientes al Cuerpo de la Guardia Civil, únicos supervivientes de los guardias civiles que *ocuparon* el convento de padres Capuchinos de Gijón el 20 de julio de 1936, *declaran* y *testifican* bajo juramento, que ningún religioso de dicha comunidad disparó contra nadie ni manejó arma alguna.»

Abandonado el convento por los guardias, sin previo aviso a los religiosos, se percataron éstos del eminente peligro en que habían quedado, en absoluto indefensos y con la enemiga de haber dispa-

rado los civiles desde el convento contra las turbas revolucionarias. Inmediatamente empezaron a arreglarse y vestirse de seglares, y todos bajaron al sótano del convento, en donde se prepararon para morir por Dios y por su condición de religiosos indefensos.

Cuando se rindió la Guardia Civil empezaron los del Frente Popular a arrojar bombas contra las puertas y ventanas de la Residencia, haciéndolas añicos. Suben entonces del sótano dos religiosos y gritan cuanto pueden *que son gente de paz; que allí no hay armas; que digan lo que desean.* «Abran», responden desde fuera. «Inmediatamente empiezan a tirarnos bombas de mano, cartuchos de dinamita, cuyas próximas y horripilantes explosiones a uno y otro lado del sótano hacen trizas las ventanas y vuelan la puerta que da acceso al patio posterior del convento, cayendo sobre nosotros una lluvia de metralla, cristales y astillas. Aquello era espeluznante, pavoroso, indescriptible. No dudamos ser aquella nuestra última hora. El padre guardián propuso rezar el rosario todos juntos; pero era tan grande la angustia, que casi impedía a algunos hablar, y se convino en rezar y encomendarnos a Dios separadamente. Nos absolvimos, y sobre el traje de seglar nos pusimos apresuradamente el santo hábito para morir con él despedazados y deshechos por las bombas.» *(Padre Manuel de Hontoria, Superior del convento.)*

IX

El padre Arcángel, detenido y conducido a la Comisaría.
Encarcelado en la Residencia de los padres Jesuítas.
A la iglesia parroquial de San José.

En manos de los milicianos salteadores los religiosos, «por el portón de la huerta de adelante, que daba entonces a la calle de Alcalá Zamora, prolongación de la de Ramón y Cajal, y según me contaron (de esto ya no soy testigo ocular), a lo largo de la del Marqués de Casa Valdés, fueron conducidos camino de la Comisaría, entre insultos del populacho, los padres Vicario, *Arcángel*, Ildefonso y fray Eusebio... También dijeron que el dueño de un bar vecino añadía: «Matadlos aquí mismo; no los llevéis más adelante.» No falta quien asegura que mujeres de iglesia coreaban las imprecaciones y los insultos». *(Padre Hontoria.)*

«El día 21, en que sacaron los milicianos a los religiosos Capuchinos del convento de Gijón, vimos pasar por delante de nuestra casa al padre Arcángel preso, y, al parecer, iba rezando, pues movía los

labios; iba vestido con el hábito y llevaba un maletín y un paraguas en la mano. Con el padre Arcángel llevaban también a fray Eustaquio de Villalquite (fray Eusebio de Saludes), que iba vestido de seglar. Delante de ellos iba un miliciano profiriendo insultos y otros los custodiaban. A otros religiosos del convento los llevaban por la calle de Ezcurdia, paralela a la nuestra, según dijeron entonces mismo aquí en nuestra casa.» *(Manuela Lorenzo.)*

«En la Inspección municipal, establecida entonces en la calle de Jovellanos, junto a la playa, a donde fuí conducido desde mi posesión *El Llano* por el Frente Popular el año de 1936, luego del Alzamiento Nacional encontré a varios padres y hermanos Capuchinos; me parece que eran tres padres y tres hermanos, pertenecientes a este convento de la villa de Gijón. En la Inspección, tanto ellos como yo estuvimos pocos días, porque el local era sumamente reducido para contener a tanta gente como habían detenido. Por eso muy pronto nos llevaron a la Residencia de los padres Jesuítas, convertida en cárcel por el Frente Popular. Los Capuchinos en la cárcel se portaban muy bien y eran muy buenos compañeros. Ellos, con algunos padres Jesuítas y varios jóvenes católicos, formábamos un grupo en el cual se hacían varios rezos, especialmente el santo rosario, dirigidos por los Capuchinos. Confesaban a cuantos les pedían confesión.» *(José Fresno.)*

«Estuve preso por el Frente Popular en la iglesia de los padres Jesuítas de Gijón desde el 21 de julio hasta el 12 de agosto... En los traslados de uno a otro lugar de prisión, los insultos a los presos eran inexplicables por lo soeces, especialmente contra el clero.»

«Los Capuchinos, en la prisión eran muy buenos. Estábamos entre los presos cuatro obreros solamente, y con nosotros repartían los alimentos que a ellos les llevaban. Ellos dirigían también los rezos con la invocación: *Madre de Covadonga, sálvanos y salva a España.* Siempre los vi muy tranquilos, y nos animaban a nosotros a estar también tranquilos y a sufrir con paciencia y resignación aquellos sufrimientos.» *(Emilio Alvarez.)*

«El año de 1936 estuve preso por el Frente Popular, primero en la Residencia de padres Jesuítas de esta villa de Gijón, y dos días en la iglesia parroquial de San José de esta villa. Conocí a varios religiosos Capuchinos del convento de esta población, encarcelados también por los del Frente Popular. A los que más traté fueron al *padre Arcángel* y el hermano *Cocinerín,* como solían llamar a fray Eustaquio. Durante los días que estuve preso con ellos, noté que eran muy ejemplares, consolando y alentando siempre a los otros encarcelados. En la cárcel tuvimos que dividirnos en grupos para poder rezar nuestras oraciones y encomendarnos a Dios. Nuestro grupo

lo presidía el *padre Arcángel*, dirigiendo él los rezos.» *(Angel Lorenzo Fernández.)*

«Respecto a la conducta de los Capuchinos en la prisión debo manifestar que fué ejemplar, mostrándose pacientes, resignados, caritativos: alentaban y consolaban a los otros y, en ocasiones, les cedían el puesto.» *(Excelentísimo señor vizconde de Campo Grande.)*

«En estas improvisadas cárceles por el Frente Popular conocí a varios religiosos Capuchinos del convento de esta población, presos también como yo por el Frente Popular. De ellos puedo atestiguar que observaban una conducta intachable como propia de buenos y ejemplares religiosos. Nunca les oí pronunciar una palabra de venganza o cosa semejante contra los perseguidores del Frente Popular.»

«En el mes de agosto estuve detenido, primeramente en la Residencia de los padres Jesuítas, hasta el 12 de dicho mes, y luego, dos días en la iglesia parroquial de San José, de Gijón. Conmigo estuvieron presos varios religiosos Capuchinos de esta ciudad, recordando los nombres de los padres Berardo de Visantoña, *Arcángel de Valdavida*, Ildefonso de Armellada, hermano fray Alejo de Terradillos y el hermano a quien llamaban el *Cocinerín*, que era fray Eustaquio de Villalquite. Con el que más yo traté fué con el *padre Arcángel de Valdavida*, que, por cierto, estaba casi ciego. En dicho centro-cárcel había muchos seglares, religiosos de otras congregaciones, especialmente Jesuítas, sacerdotes seculares y mi propio padre.

»No me cabe la menor duda de que tanto los Capuchinos como los otros religiosos y sacerdotes seculares fueron perseguidos y encarcelados por motivos puramente religiosos, es decir, por verdadera persecución religiosa. Ni influyó lo más mínimo, respecto de los Capuchinos, el que la Guardia Civil disparara desde el convento, pues era del dominio público que la Guardia Civil ya se había rendido y había abandonado el convento. Además, si ésta hubiera sido la causa, hubieran encarcelado solamente a los Capuchinos.

»Los Capuchinos llevaron en la prisión una vida muy ejemplar y algo extraordinaria; más ejemplar que todos. Como compañeros fueron los padres Capuchinos número uno: repartían los alimentos que les llevaban con otros presos. El *padre Arcángel de Valdavida* dirigía los rezos en el grupo en que yo me encontraba. Teníamos que rezar en grupos para que no nos molestaran más aún los milicianos. Nunca les oí hablar de venganzas contra los perseguidores; antes, por el contrario, trataban de excusarlos, diciendo *que eran unos pobres engañados.*» *(Abogado Bonifacio Lorenzo Somonte.)*

«En el mes de agosto de 1936 oí decir a otras personas que en la Residencia de los padres Jesuítas estaban abandonados varios Ca-

puchinos del convento de esta villa, sin tener quien les socorriera. Nos reunimos entonces varias personas y, turnándonos, les llevábamos todos los días alimentos y ropas limpias.» *(Manolita Fernández González.)*

«Como la Residencia de los padres Jesuítas era incapaz para tener a tantos presos, aun medio hacinados, resolvieron trasladarnos en camionetas descubiertas a la iglesia parroquial de San José, como en efecto lo hicieron el día 12 de agosto.»

X

Entregadnos al clero para hacerle picadillo.—La «saca». Como cordero, al matadero.—En el cementerio de Jove.

En la iglesia de San José estaban los presos menos incómodos, por ser aquel local sagrado, profanado ahora por los rojos y convertido en cárcel de religiosos, sacerdotes seculares, buenos cristianos y excelentes patriotas, más capaz para tantos detenidos que la Residencia de los padres Jesuítas. Pero lo que podía llamarse relativamente alivio solamente duró dos días, pasados los cuales, habían de ser conducidas al matadero inocentes víctimas sacrificadas por la fiera humana nunca satisfecha ante la sangre de sus semejantes. Jamás le ha faltado un pretexto para el asesinato. En Gijón sirvió de pretexto el haber bombardeado los nacionales objetivos militares el día 14 del mismo mes de agosto. Testigos presenciales van a referirnos personalmente los bárbaros acontecimientos.

»Me consta que asesinaron a los Capuchinos que estaban conmigo presos, menos al *Cocinerín*, como después comentábamos lamentando su muerte, el día 14 de agosto, en el cementerio de Jove.

»La *saca* para los asesinatos fué de la siguiente manera: Bajo pretexto de unos bombardeos de la aviación nacional, el día 14 de agosto del citado año, como a las cuatro y media de la tarde, la muchedumbre, enloquecida, irrumpió en la iglesia-prisión, disparando armas de fuego a todos los indefensos presos. Las blasfemias y los insultos eran inauditos. Los mueras contra todos, los mayores improperios, el lenguaje más soez, salían de sus labios envenenados. Especialmente gritaban: «Que nos entreguen el clero para hacerle picadillo.»

»Entre tanto, los detenidos nos refugiábamos en los altares laterales, en espera de nuestro último fin. El joven Gaspar Díaz Jove, que estaba delante de mí, interpretando el sentir de todos pedía a los sacerdotes que nos dieran la absolución. En este preciso momen-

to, Ramón Tuya Solar, que estaba también en mi grupo, dijo en alta voz: «Que todos rezásemos el Señor mío Jesucristo.» Todos seguimos su consejo. El *padre Arcángel,* Capuchino, trazó la señal de la cruz, dándonos la absolución sacramental.

»No habíamos terminado, cuando aquellos asesinos llegaron a nuestro lado y comenzaron la selección, llevándolos en camiones, en medio de la mayor resignación de las víctimas. Primero se buscaron aquellas personas contra las cuales había deseos de venganza; entre estas personas nos escogieron a mi padre y a mí, librados de la muerte por pura protección del cielo. Seguidamente, a los sacerdotes, y con ellos se llevaron a aquellos detenidos que por su exterior creyeron igualmente religiosos.

»En esta incesante salida, mansamente desfilaron hasta las primeras horas de la madrugada del día siguiente las ciento dieciséis víctimas; unas, mezcladas en compactos grupos; otras, individualmente. Aquellos desalmados no se saciaban de sangre, y, atraídos por ella, aumentaban de hora en hora el número de asesinados. Todas las víctimas salieron resueltamente entre sus verdugos, a sabiendas del fin que les esperaba. Ninguna opuso resistencia. Todas ellas en mansedumbre, y muchísimas de ellas rezando el rosario, dieron un adiós postrero a los que esperábamos muy pronto acompañarlos en el otro mundo.

»¿Cómo murieron aquellos compañeros de cautiverio? Directamente no lo sé; pero, por manifestaciones de un compañero que milagrosamente fué salvado cuando se encontraba ante el piquete de ejecución y que hoy vive; por manifestaciones de personas de entera solvencia, cuya *saca* y traslado a los cementerios presenciaron, y por la declaración prestada por algunos prisioneros, se puede casi completamente reproducir aquella escena, sin temor a equivocarnos lo más mínimo, pues todos los testimonios son coincidentes.

»En las inmediaciones de la iglesia de San José había un gentío enorme: unos, en forma de meros curiosos; otros, insultando a las víctimas y blasfemando sin tasa. Predominaba el elemento femenino, que al mismo tiempo era el que más se significaba en los insultos y excitaciones al crimen. En el trayecto de las barriadas obreras de Natahoyo y la Calzada se esperaba como un acontecimiento el paso de los camiones, aplaudiendo su paso e insultando a las víctimas.

»Se sabe también que en los camiones se daban unos a otros la consigna de morir todos con este grito: «¡VIVA CRISTO REY!», y la mayoría así lo hicieron. Por si esto fuera poco, tenemos el testimonio de varias causas instruídas a personas que formaban en estos piquetes. Los testigos que declararon en tales sumarios son unánimes

en afirmar que los autores de estos crímenes, al comentarlos más tarde, no pudieron por menos que manifestar su extrañeza por la valentía con que murieron aquellos mártires, comentando despectivamente y con palabras groseras el grito de ¡VIVA CRISTO REY! con que casi todos murieron.» (*Abogado Somonte.*)

«El día 14 de agosto, dice otro testigo, so pretexto de un bombardeo de los nacionales, penetró en la iglesia-cárcel de San José una muchedumbre enfurecida, disparando para matarnos a los presos. Procuramos escondernos detrás de los altares, especialmente el del Carmen. Luego empezó la selección y la *saca* de presos hacia el cementerio de Jove, en donde les dieron muerte. Las víctimas iban tranquilas y rezando al martirio. En tres grupos fueron sacadas: En el primero fuimos señalados también mi hijo, joven de dieciocho años, y yo, librándonos providencialmente de la muerte. En el segundo grupo salieron especialmente sacerdotes y todos los Capuchinos, menos el *Cocinerín*. Después sacaron otros, librándose de los detenidos muy pocos de ser aquel día asesinados.» *(Angel Lorenzo Fernández.)*

«El día 14 de agosto, manifiesta otro testigo, bajo pretexto de un bombardeo de los nacionales fueron sacados (los Capuchinos, con otros muchos presos, para ser fusilados en el cementerio de Jove. De ellos quedó solamente el hermano Bernardo (nombre de seglar), Cembranos Nistal.»

«Cuando empezó la *saca*, un padre Jesuita y un padre Capuchino dieron la absolución sacramental colectiva a todos, porque ya no se podía hacer otra cosa. Un pobre preso lloraba, y entonces un padre Capuchino trató de consolarle, y como no sabía el Señor mío Jesucristo, el Capuchino se lo fué diciendo delante para dar la absolución. De los presos que había en la iglesia de San José el día de la *saca* apenas quedamos, porque a casi todos los mataron ese día.» *(José Fresno.)*

Uno de los detenidos, como quien dice con la soga al cuello y jugando la vida por la vida, relata los hechos luctuosos de la siguiente manera:

«Empezó la *saca* en tres partes, para llevárselos en tres camiones al matadero. A mí me escogieron para el primero; pero me escondí, y por entonces se marcharon. En el segundo viaje iban especialmente elementos del clero y varios Capuchinos. En el tercero ya fuí yo también llevado al cementerio de Jove. Allí vi multitud de cadáveres en mangas de camisa, tendidos en el suelo, de los que habían llevado anteriormente a mí y a mis compañeros. Pegados a la pared del cementerio, antes de la descarga yo logré huir; y aunque me lanzaron muchos tiros y cayó cal sobre las espaldas de algu-

na pared por los disparos, protegido por un maizal pude salvarme. Cuando iba corriendo oí que los presos, en el momento de la descarga: gritaron: «¡Viva Cristo Rey!» *(Emilio Alvarez.)*

Un vecino del pueblo de Jove afirma que «el día 14 de agosto de 1936, ya al atardecer, oí desde mi finca cómo traían en camiones a sacerdotes, religiosos y seglares de derecha; es decir, católicos, al cementerio del pueblo para asesinarlos. Metieron a los presos dentro de las tapias del cementerio; los colocaron junto a la pared lateral del lado derecho, y enfrente, junto a la pared de la izquierda, se colocaron con ametralladoras los que los iban a asesinar. Perfectamente oí cuando preguntó el jefe del pelotón: «¿Tiene alguno algo que alegar?» Y entonces se oyeron dos vivas, así: «¡Viva Cristo Rey», y otro: «¡Viva Cristo Redentor!» Inmediatamente sonaron los disparos de las ametralladoras que les quitaron la vida. Junto a las paredes del cementerio, por la parte de afuera, había mucha gente curiosa, presenciando el doloroso espectáculo. Alguna persona de las que estaban presentes me dijo después que los dos vivas a Cristo Rey y a Cristo Redentor los habían dado los Capuchinos.» *(Rafael Sánchez Pérez.)*

A todo lo dicho de oídas, añade un último manifestante que: «oí decir a un miliciano, cuyo nombre y dirección y aun si vive ignoro, que cuando llevaban a los religiosos Capuchinos de la Residencia de Gijón a fusilar iban rezando el santo rosario, y que uno de ellos dijo: «Vamos a rezar un padrenuestro y un avemaría para que Dios perdone a nuestros enemigos.» El mismo miliciano me dijo: «¡Hombre!, si yo hubiera sido el jefe, no fusilo a esos hombres.» *(Evaristo Herrero Rodrigo.)*

XI

Reconocimiento oficial de la muerte del padre Arcángel. Suerte del cadáver.—Su nombre, en tres lápidas.—Piadiosos recuerdos.—Proceso de beatificación.

Martirizado fué el siervo de Dios en el cementerio de Jove por ser religioso, ya que por este carácter le detuvieron y encarcelaron, y por él *pedían su cuerpo para hacerle picadillo.* Su muerte fué declarada oficialmente, aunque con alguna errata puramente accidental para el caso, como lo demuestra el siguiente documento: «Don Luis Cabeza García, secretario del Juzgado de Instrucción número 1, de Gijón. *Certifico*: Que en el legajo obrante en este Juz-

gado con motivo del levantamiento de cadáveres en esta villa, durante la pasada Guerra de Liberación, obran en la diligencia de fecha 14 de agosto de 1936 los asientos siguientes: «PADRE SUPERIOR DEL CONVENTO DE CAPUCHINOS.» Herida por arma de fuego en la región temporal izquierda, con salida por la parte derecha, y una perdigonada en el antebrazo derecho. Muerte por hemorragia cerebral. Angel de la Red Pérez.»

El error accidental consiste en que el documento oficial llama al padre Arcángel Superior de los Capuchinos. Pero este error fué ampliamente subsanado ante el mismo Juzgado por el que era Superior antes y después del Movimiento. Se pone, además, al final del documento el nombre seglar del padre Arcángel: «Angel de la Red Pérez.»

Por lo que se refiere al testimonio del Superior, dice lo que sigue: «Tocante al padre Arcángel, conocidísimo en Gijón por dirigir muchas almas, se corrió el rumor de que, so pretexto de estar enfermo, había logrado salir de la cárcel antes de los asesinatos por influencia de una señora. Mandé hacer algunas averiguaciones, que no dieron resultado. En cambio, se sabe ciertamente que fué asesinado el 14 de agosto de 1936. De él recogí en el Juzgado varios objetos: un pañuelo con sus iniciales, una medalla de la Virgen de Yecla, Patrona de su pueblo o de su región; un rosario de mano, que lleva dentro del crucifijo-estuche un poco de tela del manteo de don Ramón Cosío, párroco de la Corte de Oviedo, asesinado en la revolución de octubre, al tenerme a mí predicando; la reliquia se la había regalado doña Soledad Peláez, viuda de Larrauri, que la reconoció. También le recogieron un duro en plata.

»A poco de entrar en Gijón fuí al Juzgado a enterarme de los Capuchinos inscritos en el Registro de defunciones. Allí aparecen sólo tres: uno medio canoso, otro como de cincuenta y tantos años, y otro, el Superior. Las identificaciones fueron hechas por los médicos, como también fueron hechas fotos de los cadáveres, que después los rojos las hicieron desaparacer. Los médicos no tuvieron la precaución de reservarse u ocultar los negativos. Al replicar yo al juez u oficial del Juzgado que el Superior no podía ser, dió un puñetazo en la mesa protestando y diciendo: «¿Cómo no va a ser el Superior si lo dice este libro?» «No se ponga así—le dije—; no puede ser el Superior, porque el Superior era yo.» *(Padre Hontoria.)*

El cadáver del siervo de Dios padre Arcángel, lo mismo que los de sus compañeros de martirio, fueron primeramente rociados de gasolina, luego entregados a las llamas y, por último, envueltos en cal, sepultados en dos grandes fosas comunes, junto al lugar del fusilamiento.

«Visité repetidamente el cementerio de Jove; sobre la tumba de los asesinados había tres tablillas referentes a nuestros hermanos, que decían: número 69, Luis, Capuchino; número 71, Segundo Pérez (éste era el nombre del padre Ildefonso); número 76, Capuchino.

»El enterrador de Jove me dijo que no era posible identificarlos, como respondía a los familiares de los muertos. Le repuse que teniendo tres de ellos tablillas, podría hacerse con más facilidad. A esto contestó que las tablillas no indicaban que los cadáveres correspondientes estuvieran debajo de ellas; se habían enterrado los muertos, y después de estar la fosa llena se fueron colocando las tablillas, según la identificación que se había hecho antes. Como en otra de las visitas frecuentes que hacía al cementerio viese la tierra removida como de haber exhumado algún cadáver, pregunté por lo que allí se había hecho. Me dijeron que se había tratado de identificar a alguno, y que al no ser posible, por no encontrar más que huesos, tuvieron que volver a enterrarlos. Tanto era esto al parecer así, que oí comentar que si una señora había mandado recoger el (cadáver) del marido difunto; que le metieron en la caja un cadáver que lo mismo podía ser el de su marido como el de un sacerdote o de un religioso.

»A pesar de todo yo quise cerciorarme personalmente de todas estas dificultades que decían, y lo logré. Don Fructuoso Angel Menéndez, brigada de la Guardia Civil, y su esposa, Cirila Sedano Martín, enterados de mis deseos de identificar a los Capuchinos, y en circunstancias ellos análogas a las nuestras, me comunican que uno que sirvió de camillero para enterrar a los asesinados les ha dicho en qué parte de la fosa común tienen ellos a su tío, don Honorato Moncalvillo, sacerdote-maestro de las Escuelas del Ave María, natural de la provincia de Palencia, maestro de una fundación de junto a Grado y hermano de una religiosa Franciscana de Calabazanos, de Palencia.

»Efectivamente, el 29 de mayo de 1938 fuí con dichos señores al cementerio de Jove. El sacerdote había salido (de la fosa) en los puros huesos. Entonces perdí ya toda esperanza de identificar a los Capuchinos. Los sobrinos identificaron al tío, después de la declaración del camillero de que en aquel sitio le había colocado él, por una dentadura que tenía de oro y un trocito de faja muy conocido de la sobrina, que se había conservado debajo del cuerpo. Todo lo demás, el fuego y la cal lo tenían reducido a ceniza. Que los habían echado cal, ya lo había comprobado yo; lo que no sabía hasta entonces, y era lo que me hizo perder toda esperanza, es que los habían rociado de gasolina y prendido fuego. Esta rara identificación la tiene la familia por milagrosa. La religiosa de Calabazanos

venía pidiéndoselo a San Antonio, y el santo se lo concedió.» *(Padre Hontoria.)*

Las víctimas asesinadas el día 14 de agosto por las hordas salvajes no podían relegarse al olvido, y no se han relegado. En el cementerio de Jove, pegadas a la tapia donde fueron fusilados aquel día tantos presos, se fijaron cuatro grandes lápidas de mármol con los nombres de los sacrificados. En la segunda lápida están grabados los de los Capuchinos ejecutados, entre los cuales se halla también el del padre Arcángel de Valdavida.

Los padres Jesuítas de Gijón colocaron igualmente en el atrio de su iglesia «la iglesiona», otras varias lápidas con los nombres de cuantos asesinados, habían estado antes presos en su Residencia o en la Iglesia. Aquí aparecen igualmente los nombres de los Capuchinos.

Además, los padres Capuchinos han descubierto otra tercera lápida en una de las columnas del lado izquierdo de la propia iglesia, con los nombres de los siete religiosos que pertenecieron a aquella Comunidad y que sucumbieron en diferentes fechas, pero dentro de la diócesis y provincia de Oviedo, durante la persecución religiosa.

La memoria del padre Arcángel perdura no solamente en el mármol, sino en los corazones de muchas personas agradecidas a los servicios que en vida les prestó como confesor y director de almas, y por los favores o gracias que, según dicen, les ha alcanzado después de su martirio.

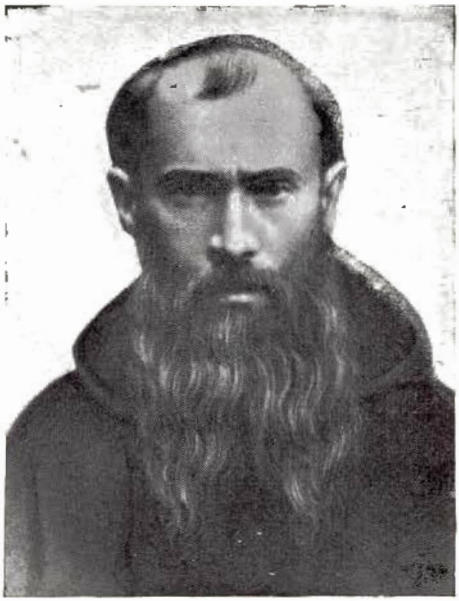
«Nos regaló una medalla a cada una, y la conservamos como una verdadera reliquia, porque conceptuamos al padre Arcángel verdadero santo y mártir. Yo declaro además que le encomiendo todas las necesidades y he experimentado su protección.» *(María Velasco.)*

«Conservo del padre Arcángel unas pocas cartas y unas *normas* de vida espiritual, escritas de su puño y letra, no obstante su ceguera; y las estimo de tal suerte, que por nada quisiera desprenderme de ellas.» *(Asunción Palacios.)*

«Estoy firmemente persuadida de que ha protegido desde el cielo a mi familia, especialmente a mis hijos, a quienes yo encomendaba a Dios por su intercesión. Ellos fueron primeramente muy perseguidos por los rojos. Después fueron a la guerra, y ninguno perdió la vida. Indudablemente que fué grato y piadoso recuerdo y a él me encomiendo.» (*María de Paraja.*)

Habida cuenta de las circunstancias de la muerte del padre Arcángel, y de la de sus compañeros Capuchinos, se intentó dar los pasos conducentes a la introducción del proceso de beatificación, los cuales no defraudaron las concebidas esperanzas, y el día 10 de marzo del año 1953 se introdujo dicho proceso en la Curia Episcopal de Oviedo. Tras las declaraciones de no pocos testigos ante el Tri-

bunal Informativo, se terminó la tramitación el día 10 de diciembre del ya citado año de 1953. Con el poceso de la *fama de martirio*, se introdujeron igualmente el de la *búsqueda de los escritos* y el de *no culto público*, terminándose todos el mismo día señalado. El 18 de enero de 1954 se entregó el proceso a la Sagrada Congregación de Ritos, y el 28 de enero de ese mismo año publicó dicho Decasterio tres decretos, mediante los cuales autorizaba la *apertura* del triple proceso.



Siervo de Dios

M. R. P. BERARDO DE VISANTOÑA

SIERVO DE DIOS
M. R. PADRE BERARDO DE VISANTOÑA

I

Nacimiento.—Niñez.—Seminarista.

Nació el padre Berardo en Visantoña, pequeño pueblo de la diócesis de Lugo y provincia de La Coruña, el 5 de abril del año 1878. Recibió el sacramento del Bautismo el mismo día, siendo padrinos sus hermanos, don Victoriano y doña María. En dicha ceremonia se le impuso el nombre de *Joaquín*. Sus padres se llamaban don José Frade Sesto y doña Joaquina Eiras Guntín. El 3 de septiembre del año 1887 fué confirmado. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

El niño Joaquín nació en hogar profundamente moral y cristiano práctico. «Mis padres descendían desde antiguo de familia muy cristiana. Por eso mismo, nos dieron a sus hijos esmerada educación católica. Dicha tradición se ha conservado en la familia, pues yo tengo cuatro hijas religiosas y un hijo sacerdote, además de mi hermano, el padre Berardo.

»Desde pequeño fué piadoso, amante de la iglesia, de las oraciones, y obediente. Aborrecía las riñas y altercados, lo mismo con los chicos de fuera que con sus hermanos. Aprendió las primeras letras en la escuela del pueblo natal, y se distinguió en todo momento por su aplicación al estudio, a tal punto que suplía en el aula las ausencias del maestro. Cuando, por otra parte, el inspector giraba la visita al plantel, si Joaquín estaba por casualidad ausente, se le llamaba, porque era el que mejor respondía a las preguntas del inspector.

»De pequeñito hacía cálices y hostias de frutas, se ponía una vestidura blanca, se retiraba a un cuarto, y a mí, que le llevaba

nueve años, me obligaba a asistir, atenta y recogida, a sus muchas *misas*. Yo me negaba en ocasiones, pero mi madre me obligaba a complacerle, y no había más remedio que asistir hasta que se terminara su misa.

»Advertida, por estas inclinaciones y por su piedad, la tendencia hacia el sacerdocio, le enviaron sus padres al Seminario de Lugo. La misma idea tenían también otros miembros de la familia, especialmente mi tío cura, don José Eiras Guntín, que a todo trance deseaba que fuera sacerdote secular. Alrededor de cinco años permaneció en el Seminario de Lugo, en donde cursó latín y humanidades.» *(María Frade Eiras.)*

II

Novicio Capuchino.—A los colegios mayores.—Sacerdote de Cristo.—Al Colegio Internacional.

El hombre propone y Dios dispone, dice el adagio. He ahí lo que aconteció con el joven Joaquín. Sus deudos le querían sacerdote secular; pero el Señor abrigaba sobre él otros designios; inspiraba al siervo de Dios que siguiera las humildes huellas del Seráfico de la Humbría. Joaquín, aun contradiciendo los deseos de sus parientes, no continuó en el Seminario Lucense, sino que resueltamente respondió al llamamiento del cielo, e ingresó en la Oden Capuchina por el año de mil novecientos, cuando contaba veintidós de edad, vistiendo el hábito religioso en el convento de Bilbao, el 28 de noviembre; dejaba en la ceremonia de vestición el nombre de Joaquín para tomar el de fray Berardo de Visantoña. Su conducta durante el año de formación y prueba fué tan recomendable y ejemplar que en las tres sucesivas consultas a la Comunidad para admitirle a emitir los votos, tuvo todos los sufragios favorables, sin ninguno adverso. Por eso, el día 29 de noviembre del año 1901 se consagraba a Dios mediante la profesión simple. (*Actas de toma de hábito y profesión.)*

Unido al señor fray Berardo con el sagrado vínculo religioso, fué enviado a los colegios mayores de Fuenterrabía y León para cursar estudios filosóficos y teológicos por espacio de siete años consecutivos. Durante este tiempo se dedicó por igual a la práctica de las virtudes y al estudio. Así lo atestiguan las elevadas calificaciones obtenidas, lo mismo en conducta que en aplicación en todos los años académicos.

«Fuí contemporáneo del muy reverendo padre Berardo de Visan-

toña, y puedo testimoniar que era un buen religioso, piadoso y observante, tanto durante los estudios filosóficos como los teológicos.» *(Padre Dámaso de Gradefes.)*

«Se dió, además, la apreciable circunstancia de que los Superiores le adelantaron la sagrada Orden del Prebisterado, pues siendo costumbre entonces ordenar a los estudiantes cumplido más de medio curso de Sagrada Elocuencia, fray Berardo fué ordenado de sacerdote al iniciarse dicho curso, el 10 de octubre de 1909, y destinado, para ampliar estudios, al Colegio Internacional de Roma, obteniendo el grado de doctor en Filosofía en la Academia de Santo Tomás, y el de licenciado en Derecho en la Universidad Gregoriana.» *(Carta del siervo de Dios a don Juan Casas Pimentel.)*

III

Profesor.—Definidor.—Lector.—Rector de Colegio Mayor.

A la vuelta de Roma fué destinado el siervo de Dios a la enseñanza, primeramente al Seminario Seráfico; más tarde, a las disciplinas filosóficas y ciencias; tres años después es elegido en Capítulo Definidor Provincial, rector del Colegio Teológico de León y lector de Teología moral, cargos que desempeñó con diligencia y competencia, a satisfacción general y con evidente aprovechamiento de sus discípulos y dirigidos. «Tuve al padre Berardo de rector del Colegio de Teología y siempre le consideré buen religioso, alejado de la política nacional y lleno de caridad para todos.» *(Padre Hontoria.)*

«Fuí discípulo del padre Berardo de Visantoña siendo él lector de Derecho y vicario del convento de León. Como religioso fué observante y ejemplar, pues siempre asistía a todos los actos comunes con puntualidad. Como lector, sus clases eran instructivas e interesantes; sus discípulos íbamos con gusto a la clase y nos aprovechábamos en la asignatura que enseñaba. Como, además de lector era vicario, en las ausencias del padre guardián se interesaba mucho por la salud de los estudiantes, y practicaba la caridad con todos los religiosos, pero especialmente con los jóvenes colegiales, anteponiendo la caridad a la pobreza seráfica.» *(Padre Aurelio de Pereña.)*

«El padre Berardo de Visantoña resplandeció por su amor a la Iglesia y a la Orden Capuchina, y demostró su caridad con los súbditos, de que tengo pruebas por haberla personalmente experimentado en tiempo de sufrimientos y enfermedades.» *(Padre Antonio de Carrocera.)*

IV

Ministro provincial. — Vicario, lector de Derecho.— Guardián y rector del Seminario Seráfico.—Guardián del Colegio de Filosofía

El mejor elogio del padre Berardo lo encontramos en los muchos y delicados cargos por él desempeñados, para los cuales fué elegido capitular o definitorialmente, no excluído el de Superior mayor de la Provincia, ya que reunidos los electores en el convento de Bilbao en julio del año 1919, lo eligieron Ministro provincial *(Actas capitulares.)*

Era el padre Berardo espíritu reposado y pensativo; pensaba mucho sus determinaciones y con firmeza hacía cumplirlas. Pero era al propio tiempo de temperamento progresista, en el sano sentido de la palabra. Aunque posiblemente no siempre se vió comprendido por todos en sus proyectos, se notó su influencia en los estudios y en la higiene. Respecto de los estudios, fué él quien intentó hacer un reglamento adaptado a las leyes e inspiraciones de la Iglesia y a los tiempos modernos, para lo cual preparó un anteproyecto, reunió a todos los profesores y lectores de la Provincia, quienes ampliamente discutieron cada uno de sus cánones, y, aprobado en líneas generales, fué puesto en práctica a modo de prueba. Hoy rige los estudios un reglamento mucho más amplio.

Termina el siervo de Dios el cargo de Provincial, e inmediatamente es nombrado vicario del convento de León y lector de Derecho. Más tarde, otra vez definidor, guardián y rector del Seminario Seráfico, y, por último, guardián del Colegio de Filosofía. En este tiempo, indudablemente por la gran experiencia adquirida durante el provincialato, le preocupa hondamente la formación religiosa y espiritual de la juventud de la Provincia, como lo demuestra en cartas dirigidas a otros rectores, en las cuales manifiesta el gran deseo de que todos los que tienen la responsabilidad de la educación se reúnan para cambiar impresiones, presentar proyectos, aducir experiencias personales, con el propósito de dar una orientación y formación uniforme, de tal suerte que cada postura o situación de los estudiantes, según las disciplinas que cursen, sea la siguiente continuación de la anterior, hasta alcanzar la meta al término de los estudios eclesiásticos. Si hoy viviera el siervo de Dios aplaudiría, al ver que sus anhelos habían sido completamente realizados. *(Cartas al reverendo padre Bernardino de Azpilcueta.)*

V

Consejero prudente. — Era un santo. — Director de sus hermanos.

«Yo concebí la idea de que el padre Berardo era un santo religioso; no me engaña al afirmarlo el cariño que naturalmente debía tenerle por ser mi tío. Me pareció siempre muy humilde, y me consta que mi padre le tenía verdadera veneración, hasta tal punto que nada resolvía ni nada hacía sin antes consultarle. En el testamento que hizo mi padre, la primera obligación que nos impuso fué la de recoger y cuidar a nuestro tío Berardo, por si alguna circunstancia le obligaba a salir del convento.

»Cuando venía alguna vez a casa, colacaba en fila a sobrinos y sobrinas, se fijaba en su configuración, y decía: «Todos sirven.» Luego, a cada uno preguntaba por su vocación. La mayor de las sobrinas le dijo que no tenía vocación para religiosa; las otras cuatro manifestaron que querían ser monjas; el sobrino, que quería ser sacerdote secular. Entonces animó él a todos y procuró orientar y facilitar la entrada en religión a las sobrinas y el ingreso en el Seminario al sobrino; todos realizaron su santa vocación. Del sobrino fué padrino cuando cantó la primera misa.

»Mi padre se propuso hacer capilla pública en casa. Consultó el caso al padre Berardo y éste le animó a que la hiciera, y entró en devoto desafío a ver quién hacía primero, si mi tío la iglesia de los Capuchinos de La Coruña, o mi padre la capilla. ¡El pobre! No pudo ver terminada la capilla, por haberle asesinado los rojos en la ciudad de Gijón. La primera misa que se celebró en la capilla fué un funeral por el eterno descanso de su alma.» *(Adelaida Frade Nistal.)*

«Varias veces vino a casa a visitar a la familia, y mi hermano Victoriano en todo le consultaba. La primera vez que vino a Visantoña trajo de Roma, para la parroquia, reliquias de santos, para que así tuviera este gran recuerdo todo el pueblo. En esta ocasión predicó a los fieles, y fué tal la emoción de las gentes, que todos le besaron los pies, aunque contra su voluntad. Mi hermano Victoriano y yo nos confesábamos con él. La primera vez me dijo: «Espera, que voy a llamarte otro sacerdote.» Pero yo le hice sentarse en el confesonario, y después, siempre que tuve ocasión, con él me confesé.» *(María Frades Eiras.)*

VI

Confesor y director de almas.

Ocupado el padre Berardo casi toda su vida sacerdotal en los cargos que hemos apuntado, no pudo ejercer los ministerios apostólicos con aquella intensidad que lo hacen otros sagrados pregoneros del Evangelio. Para el púlpito tampoco tenía grandes cualidades. Fué, sin embargo, especialmente en Gijón, asiduo y eficaz confesor y director de buen número de almas, edificándolas con su vida ejemplar y encauzándolas mediante caritativa y firme dirección.

«El padre Berardo era muy recto, respetuoso y serio; aparentemente, duro; pero lleno de verdadera caridad. Como confesor y director daba muy sólida dirección, y tendía a llevar a las penitentas a la comunión diaria, como lo hizo conmigo. Su dirección era ilustrada, piadosa, firme; mas, saturada al mismo tiempo de gran caridad. Ni antes ni después de dirigirme con el padre Berardo he encontrado otro director que tan bien me entendiera y tanto bien hiciera a mi alma. Según mi criterio, era el padre Berardo un verdadero santo... En no pocas tribulaciones en que me vi durante el tiempo de su dirección, siempre encontré orientación santa y consuelo en el padre Berardo.» *(Gloria González.)*

«Durante el tiempo que fué nuestro confesor, nos dió dos veces los santos ejercicios y los días de retiro mensual. La primera vez que nos confesó nos dió también la primera plática, cuyo asunto fué el siguiente: «Caminar a la perfección por medio de la práctica de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, y por el camino de la cruz, bajo cualquier forma que se presente, abrazándonos a ella por puro amor de Dios.» Algunas copiamos el tema. Luego se acomodó a este tema general en todas sus pláticas y lo propio hacía en los consejos de dirección espiritual. Bien persuadidas estábamos nosotras de que él practicaba dichas enseñanzas a nosotras impartidas en sus pláticas y en los consejos particulares. El padre Berardo era un santo. A alguna de nosotras le bastaba ver al padre Berardo para recogerse interiormente. ¡Aquella modestia, mansedumbre y humildad! eran un sermón continuo.» *(Hermana sor María Cruz Vázquez.)*

«El padre Berardo era, en su persona, aparentemente serio, severo y muy recto. Con sólo verle se hacía respetar. Pero al propio tiempo era muy caritativo y amable. Como confesor y director de almas trataba de excitar y encaminar a la vida de piedad sólida.

Aconsejaba e insistía en la práctica de los medios necesarios para alcanzar la perfección cristiana, como la comunión diaria, el rezo del santo rosario, la meditación cada día y otros medios. Quince años hace que asesinaron al padre Berardo, y ese mismo tiempo hace que ando bastante desorientada en orden a tener confesor y director: no he encontrado otro como el padre Berardo.» *(Celestina Menéndez Morán.)*

VII

Vicario del convento de Gijón.—Actitud ante la revolución.—Caridad heroica.

Siete años vivió el padre Berardo de Visantoña en la villa de Gijón; en los últimos tiempos desempeñó el cargo de vicario del convento, y en él se encontraba cuando estalló el Movimiento Nacional y se agravó la persecución religiosa. «Grandemente previsor, al ver el curso que tomaban las cosas, procuró estar al tanto de la situación los días anteriores, y mucho más a partir del 18 de julio.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

Durante el tiempo que permaneció la Guardia Civil en el convento, hecho que queda ya relatado al hablar del padre Arcángel, «llegaron algunas balas a nuestra azotea, y de rebote, o con salpicaduras de la pared, quedó herido un cabo, natural de Almería. El *padre vicario* le curó con un poco de alcohol, lamentando el que no estuviesen equipados para hacerse, en caso de necesidad, una cura urgente.

»El *padre vicario*, sin reparar que pudiese estar intervenido el teléfono, habló por la tarde con el maestro de las obras de nuestra iglesia, enterándose de que en las calles a que da la casa de dicho señor, próxima al Ayuntamiento, había tranquilidad.» *(Padre Hontoria.)*

«Abandonado el convento por la Guardia Civil, que sin ser llamada lo había ocupado, los religiosos se dieron cuenta de lo que les esperaba. Por consiguiente, trataron de prepararse para salir a refugiarse en casas particulares. El arreglo de la barba y de la tonsura nos llevó, tal vez, cerca de la hora. Pesó el trabajo sobre el *padre vicario* y el padre guardián, que tuvieron que arreglarse a sí mismos y a los demás.

»Al terminar de arreglar a los religiosos arrecia el tiroteo contra el convento. Nos guarecemos en el sótano para mayor seguridad. El *padre vicario* trata de hablar por teléfono con la panadería ve-

cina para ver si habían logrado salir los padres Daniel y Lucas y fray Lázaro; debía estar intervenido, pues no respondieron. En vista de lo cual, va personalmente, saliendo por la puerta trasera, y entró por una puertecita que daba a nuestra huerta. Inmediatamente vuelve a decirnos que habían salido ya. Pero al esperarle el padre guardián a la puerta trasera del convento, ve éste con horror que a muy pocos metros, detrás de él, vienen los rojos apuntándole. Entra, por fin, y bajamos donde los demás, horrorizados. Si en vez de volver (el padre Berardo) a avisarnos, logra él salir de la panadería, peligrosísima era la casa que había elegido, pero tal vez se hubiera salvado. ¡Que Dios le tenga en cuenta la caridad que hizo!

»En este momento crítico, los padres *vicario*, Ildefonso y guardián gritábamos con todas las fuerzas de nuestros pulmones: «Gente de paz, gente de paz. Que somos unos pobres religiosos.» Los esconchados de la cerca de la fachada principal del convento y las incrustaciones de madera en el marco de la puerta trasera, donde están las visagras actuales, son huellas de los horrores que allí sucedieron.» *(Padre Hontoria.)*

VIII

El padre Berardo, detenido.—En la Comisaría.—Encarcelado en la Residencia de los padres Jesuitas.—En la parroquia de San José.—Martirizado.—Proceso de beatificación.

El padre Berardo, según ya he consignado, formaba parte de la comunidad del convento de Gijón. Por eso, en cuanto a detención, encarcelamiento, traslado de lugares de cárcel y muerte, vale para él cuanto hemos escrito sobre el padre Arcángel de Valdavida, ya que ambos corrieron la misma suerte. Juntos fueron detenidos y llevados a la Comisaría; juntos fueron trasladados a la Residencia de los Jesuítas y desde ella a la parroquia de San José, y luego conducidos al cementerio de Jove, para allí ser también juntos martirizados con otros religiosos Capuchinos, de quienes hemos de ocuparnos en sucesivas páginas.

Que el padre Berardo fué detenido y conducido a la Comisaría lo afirma el padre guardián cuando dice: «Por el portón de la huerta de adelante... fueron conducidos los padres vicario (Berardo), Arcángel, Ildefonso y fray Eusebio.»

Del encarcelamiento del padre Berardo tenemos testimonios verídicos de testigos que vivieron con él durante ese tiempo de amar-

guras, dolores y torturas del corazón, por lo inicuo de las detenciones y por las incertidumbres que pasaban. «Conmigo estuvieron presos varios religiosos Capuchinos, recordando los nombres de los padres Berardo de Visantoña, etc.» «He examinado detenidamente las fotografías de los padres y hermanos del convento de Gijón asesinados por los rojos por su carácter religioso, y aunque el tiempo y estar fotografiados con hábito y barba ofrecen alguna dificultad para recordarles... El padre Berardo de Visantoña ya me ofrece mayores dificultades; pero también creo identificarle por su pelo, pues recuerdo que uno de ellos tenía la cabeza casi calva, pero en el frontal presentaba un mechón con más fuerza, como se aprecia en la fotografía.» *(Abogado Bonifacio L. Somonte.)*

«Preso el padre Berardo y llevado a las ya referidas cárceles, participó de los mismos insultos dirigidos por la chusma a los encarcelados y asimismo se pidió su cuerpo para hacerle picadillo, siendo conducido al cementerio de Jove el 14 de agosto de 1936, en donde fué asesinado por ser religioso, después de rezar el santo rosario y de gritar ¡VIVA CRISTO REY! en el momento de la ejecución, pues «me consta que asesinaron a los Capuchinos que estaban conmigo presos, menos al *Cocinerín*, como después comentábamos lamentando su muerte, el día 14 de agosto, en el cementerio de Jove. En el segundo grupo salieron todos los Capuchinos, menos el *Cocinerín*.»

«Cuando trasladaron los presos a la iglesia de San José, también fuí con alguna compañera a llevarles la comida. Pero ya no estaban allí; los habían matado; sólo quedaba el *Cocinerín*, según nos informaron los carceleros de la iglesia-prisión. Fuimos entonces a preguntar a la *checa* por los otros religiosos Capuchinos, y nos dijeron: *Que no sabían.*» *(Manolita Fernández González.)*

«Lo que sí puedo asegurar rotundamente es que entre los religiosos Capuchinos había tres padres, y que todos estos religiosos, padres y hermanos, fueron sacados de la iglesia de San José en el segundo camión, hacia las cinco y media o seis de la tarde del 14 de agosto de 1936, para ser asesinados, con la sola excepción del *Cocinerín*, el cual se mostraba apesadumbrado por haberse llevado a todos los demás.» *(Abogado B. L. Somonte.)*

A mayor abundamiento, el nombre del padre Berardo aparece en las tres lápidas de que hemos hecho mención en los datos onomásticos del padre Arcángel de Valdavida. En efecto; pues en las del cementerio de Jove, en que se registran dieciséis nombres de asesinados en cada una de ellas, la segunda está encabezada con el nombre del padre Berardo de Visantoña.

En el atrio de la iglesia de los padres Jesuítas se encuentran

interminables listas de nombres de asesinados. En la primera lápida del lado izquierdo, según se entra en el atrio, inician los nombres de veintisiete sacerdotes seculares, un subdiácono, un religioso Cisterciense, un Dominico; siguen después siete Capuchinos, entre ellos el padre Berardo.

Por último, en la lápida descubierta en la iglesia de los padres Capuchinos de Gijón se lee lo siguiente: «In memoriam. M. R. P. Berardo de Visantoña...» Termina: «Religiosos Capuchinos martirizados por la revolución marxista, 14 de agosto de 1936.»

El proceso de beatificación, lo mismo que el del padre Arcángel de Valdavida, se introdujo en la Curia diocesana de Oviedo el 10 de marzo de 1953; y el 10 de diciembre del citado año se terminó, juntamente con el de los escritos y el de no culto público. Los tres fueron entregados a la Sagrada Congregación de Ritos el 18 de enero de 1954, y autorizada la apertura de ellos por la dicha Congregación, en virtud de tres Decretos publicados el 28 de enero del referido año 1954.

Siervo de Dios

M. R. P. FERNANDO DE SANTIAGO

SIERVO DE DIOS
M. R. P. FERNANDO DE SANTIAGO

I

Nacimiento, padres y hermanos.—El bachillerato.—Faceta edificante. — Carrera mayor. — La borla del doctorado.

En la ciudad de Santiago de Compostela, emporio de ciencia y de piedad, apareció el primer fruto de un matrimonio ejemplar, llamado él don Fernando Olmedo Ortega, y ella, doña Elisa Reguera Estévez, el día 10 de enero del año 1873, recibiendo a los dos días con la estola de la inocencia el nombre de *Fernando*. El 15 de marzo de 1875 fué declarado soldado de Cristo mediante el santo sacramento de la confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)* El recién nacido reunió en su naturaleza la seriedad y firmeza castellana, la alegría asturiana y la dulzura gallega, ya que su padre fué natural de Geria (Valladolid); sus abuelos paternos, de Valladolid y Geria, respectivamente; su madre, de Pontevedra, y los abuelos maternos, él de Cangas de Tineo y ella de Pontevedra. De esta benéfica mezcla dará pruebas inequívocas y edificantes durante toda su vida.

Bendijo el Señor el feliz matrimonio con nueve simpáticos retoños, cuatro de los cuales fueron en tierna edad arrancados del erial de la tierra para trasplantarlos a los fecundos cármenes de la gloria. Los que sobrevivieron se llamaron: Fernando (padre Fernando), María del Rosario, Mariano, Leandro, muerto en accidente de automóvil, y José. Fuera del padre Fernando, todos contrajeron honesto matrimonio. Al escribir estas líneas sólo vive don José, el ahijado y niño mimado del padre Fernando, y quien nos ha proporcionado

abundantes datos y gran número de interesantes y densas cartas del siervo de Dios, para llenar cumplidamente el objeto acariciado.

«Mis padres, escribe don José, eran y procedían de familias profundamente cristianas e inculcaron a sus hijos los principios básicos de la religión católica, educándonos siempre dentro de la más estricta moral y de los deberes religiosos. Fernando fué el hermano mayor..., y tengo la impresión de que mis padres lo miraban como hijo predilecto, no sólo por ser el mayor de todos y haber demostrado desde muy joven una inteligencia precoz, sino también por su docilidad, su aplicación a los estudios, sus buenos sentimientos y su religiosidad.» *(José Olmedo.)*

Durante su vida de seglar, según él escribirá más tarde, ya religioso, no sólo no dió ningún disgusto a sus padres, sino que éstos se sentían orgullosos y satisfechos de tener un hijo tan bueno y aplicado. Con sus hermanos fué siempre cariñoso, prodigándoles consejos y dándoles buen ejemplo en todos los actos de su vida; y a pesar de seguir carrera mayor, y los otros hermanos no pasar del bachillerato, dedicados después al comercio de su padre, nunca discrepó del modo de pensar de ellos ni sintió la más leve vanidad por su carrera, sino que vivió siempre muy unido y compenetrado con todos.

«Estudiaba el siervo de Dios tercer año de bachillerato, y como por la mañana entre clase y clase mediaba el tiempo necesario para oír una misa, Fernando y otros dos estudiantes aprovechaban la coyuntura y todos los días se dirigían a la parroquia de Salomé para asistir al divino Sacrificio. Enterados otros condiscípulos, ciertamente menos devotos, fueron a su encuentro, acercáronse a la puerta de la iglesia, formaron con sus brazos una especie de arco para que por debajo pasaran los tres estudiantes ejemplares, entonando al mismo tiempo cánticos en tono de difuntos, repitiendo la faena varios días consecutivos. Uno de los asistentes a la santa misa se acobardó y no volvió más desde la primera burla. Pero el otro y Fernando continuaron tranquilamente asistiendo, hasta que se cansaron los indevotos burlones y los dejaron en paz.» *(Antonio Eleicegui.)*

«Terminado felizmente el bachillerato con las mayores calificaciones, diplomas y premios, siguió en su ciudad natal la carrera de leyes, alcanzando la licenciatura el 25 de junio de 1892 con la nota de sobresaliente. Después de obtenido el título de abogado marchó a la capital de la nación, donde permaneció un año más para conquistar la borla del doctorado, como efectivamente la consiguió con la ambicionada nota de sobresaliente» *(José Olmedo.)*

II

Pasante en el bufete.—No puedo defender ese pleito.—De baja en el Colegio de Abogados.—Oposición a contador.—La Contaduría de Santiago.

La familia del siervo de Dios estaba establecida en Pontevedra cuando él terminó sus estudios, dedicado el padre y los hermanos menores con éxito admirable al comercio. Allí se estableció también el joven y novel abogado, trabajando como pasante con una de las figuras más prestigiosas de entonces en el Foro: el doctor don Felipe Ruza, muy amigo de la familia Olmedo, excelente persona y de eminente capacidad jurídica. Allí actuó con gran competencia, hasta que, habiéndole dado dicho señor Ruza un pleito para que lo estudiara y defendiera, al cabo de unos días se lo devolvió, renunciando a este encargo de defender el pleito por repugnar a su conciencia los argumentos que debían emplearse para defender al cliente. Y no sólo renunció entonces a la defensa del pleito, sino que desde aquel momento abandonó el ejercicio de la profesión, dándose de baja en el Colegio de Abogados.

La admirable actitud del siervo de Dios en esta ocasión revela la delicadeza de su conciencia y el espíritu profundamente cristiano, que no le permitían la mentira, el dolo, el engaño, las razones falsas, y por lo mismo, sin razones, dejando el ejercicio de la profesión que tantos sacrificios había costado a su padre y a él mismo tantos desvelos para cursar la carrera de leyes. Terminado de este modo el imperativo de su recta y delicada conciencia, entró en el negocio que tenía su padre en la misma ciudad de Pontevedra, para dedicarse a los trabajos de escritorio y contabilidad, los que desempeñó con gran acierto y eficacia.

Entre tanto, habían sido convocadas oposiciones para contadores de Diputaciones y Ayuntamientos en Madrid. Como Fernando había ya desempeñado algún tiempo el escritorio y contaduría del comercio de su padre, habidos además los estudios del bachillerato y carrera de leyes, animoso se presentó en Madrid a opositar, con tan buenos resultados que obtuvo el número dos en la clasificación. Sus aspiraciones fueron muy modestas, no obstante el gran éxito alcanzado. Por aquel tiempo estaban vacantes las Contadurías de las Diputaciones de Barcelona, Valladolid y otras; se contentó con optar a la plaza del Ayuntamiento de Santiago, tal vez por ser su ciudad natal, posiblemente porque estaba cerca de Pontevedra, donde residía

su familia, o acaso porque sus aspiraciones, en medio del triunfo, fueron muy templadas. Pero, de primera intención, ni siquiera le fué concedida dicha plaza, porque, aun ganada en tan bella lid, la política caciquil entonces en aquella región imperante, exigía que antes se doblegara a cierto alto personaje liberal que ostentaba prácticamente el mando en Santiago de Compostela. Pero ni su padre, recto e inflexible caballero castellano, ni el siervo de Dios quisieron hipotecar su libertad, negándose a ingresar en una política que contradecía sus ideas religiosas y los dictados de su conciencia. Por entonces no le concedieron la plaza solicitada y tan elegantemente ganada. Más tarde, cuando ya era inútil, como adelante verá el lector, se la otorgaron.

III

Apóstol seglar.—Unas bofetadas.—La Conferencia de San Vicente de Paúl.—El Círculo Católico.—Paladín de la verdad en la prensa.

Cualquier persona que hubiera conocido sólo superficialmente al siervo de Dios, vestido el hábito religioso, jamás hubiera sospechado que el padre Fernando había sido un gran apóstol de la religión y de la caridad, ya de estudiante, ya de abogado, como efectivamente lo fué. Jovencito aún, pertenecía a casi todas las asociaciones piadosas, en las que trabajaba con mucho celo y siempre con cargos en las directivas, que él desempeñaba con capacidad y perseverancia, especialmente terminados los estudios de bachillerato y leyes. Asimismo ingresó en la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

Se celebraba en cierta ocasión solemnísima novena en honor de la Inmaculada en la parroquia de Santa María, de Pontevedra, por cierto muy concurrida. Algunos mozalbetes de la calle se permitieron el lujo irreverente de repartir, frente a las puertas del templo, hojas injuriosas para la Madre de Dios y Reina de la Pureza. Jóvenes católicos se acordaron indudablemente en aquella ocasión del lance del humildísimo y manso Maestro ocurrido en el templo de Jerusalén, cuando lleno de divina ira volvió por el honor de la Casa de su Padre, convertida en cueva de ladrones, cuando debería ser Casa de alabanza y de oración. Por eso, ellos se opusieron al reparto de aquellas hojas, llegando a las manos los dos grupos, católicos y librepensadores, tocándole a Fernando enfrentarse con el que capitaneaba este grupo.

La obra predilecta de Fernando fué la Conferencia de San Vi-

cente de Paúl, para asistir y consolar a los menesterosos. El no se contentó con que figurara su nombre en las listas de miembros de la Conferencia, ni tampoco con depositar su óvolo mensual, sino que personalmente visitaba a pobres y enfermos, llevándoles los consuelos de la religión y el socorro material. «Su ardiente espíritu de caridad, dice uno de sus más íntimos amigos, su natural modestia y humildad—prototipo verdadero de caridad cristiana—; su amor a los pobres y su encantadora dulzura resplandecieron elocuentemente en todos sus actos. Sabemos de sus edificantes visitas a familias menesterosas, a las que prodigaba consuelos inefables y socorría con largueza, inspirando viva simpatía su presencia en hogares torturados por el dolor, que enseña, purifica y eleva.» *(Javier Vieira Durán.)*

Cuando el siervo de Dios se trasladó a Madrid para preparar el doctorado no cambió de conducta, sino que en seguida, también en dicha ciudad, dió su nombre a las Conferencias de San Vicente. Sus compañeros le consideraban como hermano mayor, y habiendo observado que en determinadas horas del día faltaba siempre de la casa, sin que nadie supiera dónde iba, le siguieron la pista, hasta que un día vieron que por su cabeza se paseaba tranquilamente un parásito, deduciendo ellos que le había cogido visitando buhardillas de pobres menesterosos, carentes aun de lo más indispensable exigido por elemental higiene.

Funcionaba en Pontevedra por aquel entonces un Círculo Católico para atraer a los obreros, grandemente solicitados por otro Centro disolvente y anticristiano. De dicho Centro fué también alma y vida Fernando, llegando a ocupar la presidencia del mismo, siempre con la acostumbrada responsabilidad y competencia, especialmente trabajando en las escuelas nocturnas para adultos, sostenidas por el Círculo Católico. En dicho Centro dió conferencias literarias y doctrinales, y de divulgación científica, asociando a esta labor a otros intelectuales de gran significación en la intelectualidad. Tanto con la palabra como con la pluma fué un gran propagandista católico sereno y ponderado, haciéndose entender de las clases menos doctas, que eran las más necesitadas de religiosidad y de cultura.

«Amante de la clásico, de lo castizo, de lo español, sentía fervorosamente los grandes ideales de la Fe y de la Patria, y tenía como acusadas características acrisolada caridad, sencillez y dulzura, modestia y humildad cristianas, apostólico celo, alto significado moral; alumbraba y fortalecía las almas en el ejercicio de su sagrado ministerio... Diríase que vivía en las alturas excelsas de los espíritus elegidos... Aquí en Pontevedra residió los años floridos de su juventud; con él convivimos en corporaciones y entidades artísticas, benéficas, literarias y de carácter social y religioso. Fué elemento en-

tusiasta de la brillante rondalla presidida por Torcuato Ulloa e integrada por universitarios, profesores de música, periodistas y funcionarios del Estado. Ocupó la presidencia del Ateneo de la Juventud Católica y del Círculo Católico de Obreros, en donde actuaban personalidades del Foro, de la Cátedra, del clero secular y regular... Laboró por desterrar la blasfemia, fomentar las buenas lecturas, apartar de las bibliotecas el libro pornográfico... Orador forense reposado, concienzudo razonador de firme dialéctica y correcto decir, su palabra estaba bañada de la sugestiva elocuencia de la verdad. Figuró también en la Junta de gobierno de la Cocina Económica, aportando generosas iniciativas en favor de dicha benéfica obra... Nos dejó el recuerdo de sus acciones y el ejemplo de sus virtudes. Su vida deslizóse limpia e inmaculada, como puros eran sus sentimientos y su amor a Aquel de quien emana toda luz, toda justicia, toda bondad.» Así nos presenta al padre Fernando seglar un gran condiscípulo suyo, el señor Javier Vieira Durán.

Otra de las armas por él valientemente esgrimidas en pro de la verdad y en defensa de los principios religiosos y morales fué la prensa. El joven Fernando fué periodista por un imperativo de su conciencia que le impulsaba fuertemente a la defensa de tan bellos, nobles y sobrenaturales ideales. Por eso, aprovechando afanosamente el tiempo, colaboró en los periódicos *El Pensamiento Galaico* y *El Alcance*, de Santiago, y como redactor-jefe, en los netamente católicos, de Pontevedra, *El Criterio Gallego* y *El Ancora*. En ellos desarrolló fecunda labor en bien de la religión, teniendo que luchar y sostener polémicas con los periódicos librepensadores que en aquella época ostentaban gran preponderancia.

IV

Proceso vocacional.—Ejercicios espirituales en Carrión de los Condes.—Peregrinación a la Ciudad Eterna.— Tras las huellas del seráfico Francisco.

Ocupado el joven abogado en la contabilidad del comercio; aprobado brillantemente en las oposiciones para contadores; gran apóstol con el ejemplo de sus virtudes, con la palabra serena y convincente, con la pluma discreta y valientemente manejada, no parece, sin embargo, *centrado* ni con rumbo definitivo hacia el porvenir, lo mismo en lo temporal que en lo espiritual. Cierto que nada le habla el estado matrimonial; pero tampoco se le manifiesta clara y decisiva la voluntad de Dios sobre si hacerse religioso o tal vez

sacerdote secular. Los lazos de familia, el amor filial y respeto a los progenitores, el cariño entrañable a sus hermanos le tienen fuertemente asido al hogar paterno. Pero, por otra parte, bullen en su mente aquellas palabras del Maestro: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí.» ¿Qué hacer entonces? Lo que se le ocurre a cuantos buscan la verdad: marchar a la soledad, para que en medio de la quietud indaguen el querer de Dios. Por eso Fernando dirige sus pasos a la Casa de la Compañía de Carrión de los Condes, con el fin de practicar los ejercicios espirituales y así descorrer el velo que le impide ver claramente la voluntad del cielo. De hecho, en aquella morada de quietud parece que el Espíritu Santo le dejó entrever los designios del Señor sobre el futuro; pero en esta ocasión le faltó resolución para romper las ligaduras de la familia. Así lo confiesa él mismo muy posteriormente en carta del 9 de noviembre de 1900. «Cierto es que en Carrión me había inclinado a entrar en la Compañía, y así se lo dije a nuestro padre. Causándole con ello no poco disgusto. Mas luego que volví a casa me sentí sin valor y llegué casi a convencerme de que no tenía fuerzas suficientes. Así continué hasta estos últimos tiempos luchando con mi afición al estado religioso y pretendiendo convencerme de lo contrario por falta de decisión, por lo cual vacilaba, sin adoptar resolución alguna definitiva.»

Sin embargo, y no obstante estas dificultades, él mismo manifiesta mucho tiempo después que siendo aun niño ya sintió aleteos de vocación religiosa, pues escribe: «Yo nunca vi con más claridad la vocación religiosa que a la edad de nueve o diez años, cuando comenzaba el bachillerato.» Era la luz de las alturas que le iluminaba espléndidamente, acomodándose a la capacidad de niño, mientras que más tarde, para probar mejor su vocación, se le manifestó envuelta en no pocas nebulosidades.

Tenía el siervo de Dios un íntimo amigo, médico de profesión, natural de Gijón y residente en Santiago, llamado doctor José Losada Michelena (andando el tiempo, padre José de Gijón, Capuchino), dotado de los mismos sentimientos, de parecidas inclinaciones y de semejantes fluctuaciones en orden al porvenir. Transcurrido algún tiempo desde los ejercicios en Carrión de los Condes y publicado el Jubileo Universal por el Papa León XIII el año de 1900, los dos amigos, Fernando, con el beneplácito de su padre, acuerdan hacer una peregrinación a la Ciudad Eterna para ganar el Jubileo y posiblemente para adoptar una resolución definitiva en orden a orientar la vida de ambos peregrinos. Lo cierto es que en la última quincena del mes de septiembre del citado año 1900 enderezan sus pasos hacia la capital del Ebro, donde Fernando escribe a su padre

el 23, dándole cuenta de lo felizmente que realizan la peregrinación. «Mañana—escribe—, de madrugada saldremos para Barcelona. Posamos junto a la «Pilarica», en una casa muy buena que conocía Losada. La mesa estaba presidida por un padre Capuchino muy joven y muy simpático, que está estudiando en esta Universidad.»

En Zaragoza se unieron a otros peregrinos, hasta 80, partiendo para Barcelona y luego hacia la capital del Orbe católico. Desde Roma escribe a la familia varias cartas y tarjetas dando noticias interesantes de las bellezas de la Costa Azul, de Italia y de Roma. «El trayecto de Cannes, Niza, Mónaco y Montecarlo es deliciosísimo. Apenas puede concebirse mayor belleza natural en el paisaje, ni mayor arte en la mano del hombre para hacer agradable la vida con edificios suntuosísimos y vergeles en que se desarrollan y florecen las plantas de todos los climas de la tierra, singularmente los tropicales. En este país privilegiado por su posición al Mediodía reina perpetua primavera... Italia está muy poblada y tiene bellísimas poblaciones. Desde Ventimiglia hasta Roma venimos casi siempre a orillas del mar, de un mar transparente, azulado a distancia con el purísimo azul y el cielo de Italia, más claro hacia la orilla y blanco al perderse en la playa con su festón de espumas. Nada hay de exageración en lo que digo. La poesía es descolorida expresión de las bellezas del suelo y del cielo de Italia. Nunca he visto jardines como los bosques de Italia, ni mar como el que lame los terraplenes de la vía férrea de Ventimiglia a Génova. De Roma muy poco puedo decir. He visto muchas cosas, pero muy poco de lo muchísimo que en ellas hay que admirar. Mañana comenzaremos las visitas reglamentarias a las basílicas... Hoy tuvo lugar la recepción solemne en el Vaticano (en la basílica). El entusiasmo fué indescriptible. Vivas y aclamaciones frenéticas acogieron la llegada del Padre Santo. Es un espectáculo que nunca se olvida. No había ojos secos.» *(27 de septiembre de 1900.)*

Los devotos peregrinos estuvieron al regreso en el santuario de Lourdes, y para el 12 de octubre los encontramos en el valle de Baztán (Navarra), pasando luego al convento-colegio de los padres Capuchinos de Lecároz para hacer ejercicios espirituales, como se lo comunica a su padre el 22 del citado mes de octubre. «Y, al fin, después de haber visto muchas de las cosas más notables del mundo, nos hemos decidido ambos compañeros de viaje a hacer ejercicios espirituales para asegurar más el fruto del Jubileo, y al efecto nos hemos venido al convento de Capuchinos de Lecároz, que casi nos cuadraba en camino, pues sólo dista de Irún cuatro horas de automóvil, y que es la residencia de aquel padre Capuchino que fué nuestro compañero de fonda y nuestro guía en Zaragoza.»

La vocación definitiva estaba decidida. Aquel Capuchino joven y simpático había servido, probablemente sin darse cuenta, de eficaz medio a la divina Providencia para marcar el rumbo definitivo a los dos devotos peregrinos; primero al uno, y, andando el tiempo, resueltos algunos problemas de familia, al otro.

Efectivamente, el 4 de noviembre comunica a sus padres la resolución tomada de quedarse en los Capuchinos de Lecároz para abrazar la austera vida seráfico-capuchina. «Mis queridísimos padres: Supongo que a estas fechas habrá llegado a ésa Losada, y les habrá enterado de mis propósitos. No quise participárselos yo directamente, en primer lugar por ir preparando el terreno para hacer menos brusca la sorpresa, y en segundo lugar, porque de palabra se puede explicar todo mejor; y siendo una persona que, como Losada, ha hecho aquí vida de convento, puede dar a ustedes una porción de detalles para pintar con exactitud la vida religiosa, que por fuera parece tan repulsiva, tan dura y tan sin sentimientos, y por dentro es un verdadero paraíso. Yo mismo, a pesar de tener de ella un concepto muy favorable, no la creía tan llana, tan fácil y tan feliz... Vengo pensando hace mucho tiempo sobre mi porvenir y estado definitivo; lo he repensado mucho desde hace más de quince días; he hecho experiencia de la vida religiosa, y cada vez me convenzo más de que he tomado la más acertada resolución que podía, dado mi carácter, mis ideas, mis gustos y mis aficiones. Dios me ha conducido aquí después de una serie de raras coincidencias e inesperados sucesos, ya que hasta ahora, sin duda por falta de valor y resolución, anduve siempre fluctuando y vacilando, sin decidirme a un lado ni a otro. Tenía una gran dificultad, y era el cariño de ustedes; pero, bien mirado, éste no se amortigua, sino que, por el contrario, se agranda y eleva en el estado religioso: me parece que nunca les he querido tanto como ahora. Si ustedes sienten la separación, figúrense cuánto me habrá hecho sufrir a mí este pensamiento. Pero ¿no nos separaríamos si me dieran una colocación en otra parte? Y ¿qué mejor colocación que ésta, con la cual tengo cubiertas mis necesidades para siempre y satisfechas mis aficiones favoritas? De todo esto y de mucho más, que sería largo describir, supongo les habrá hablado Losada con el acento de sinceridad de quien está persuadido firmemente y conoce por experiencia aquello mismo de que habla; llevando al ánimo de ustedes la conformidad con mi resolución, que es la única que puede hacerme feliz en este mundo. Y esto sin hablar desde el punto de vista espiritual y de las cosas de ultratumba. Espero con ansia carta de ustedes, y en cuanto reciba su contestación, consentimiento y bendición, que rendidamente les suplico, haré las

gestiones necesarias para solicitar y obtener el ingreso en el noviciado.» *(Carta a sus padres, 4 de noviembre de 1900.)*

Lo duro y penoso del caso fué que el doctor Losada Michelena llegó a Pontevedra después de la carta, cuyos párrafos pertinentes para el asunto que nos ocupa hemos transcrito. Y aquí suponemos que todo buen pensador que haya leído páginas anteriores, en las que ha visto lo que era y lo que significaba el joven Fernando, entonces de veintisiete años, en el seno de la familia, no se admirará de que la reacción de padres y hermanos fuera dura y en cierto modo violenta, hasta que llegó la reflexión serena apoyada en las razones que en cartas sucesivas envió a sus seres queridos hasta llegar plenamente a conseguir la aquiescencia y la conformidad de todos «Mas después, las impresiones que en Roma recibí, escribe a su hermano Mariano, el casual o providencial encuentro en Zaragoza del religioso Capuchino de quien en mis cartas os hablé, las simpatías que éste nos inspiró, y otras circunstancias, moviéronnos a venir aquí y hacer ejercicios. En ellos es donde se confirmaron mis aficiones y donde adquirí la convicción, nacida de la experiencia hecha, de que no me faltaban fuerzas para la vida religiosa como antes había temido; y ya en este punto, no faltaba más que seguir la voz de Dios.» *(Carta a su hermano Mariano, 9 noviembre 1900.)*

Entre las no pocas cartas que tuvo que escribir en aquella coyuntura para defender su actitud al consagrarse al servicio de Dios, hay una bella, que por ir dirigida a su amantísima madre doña Elisa, no quiero privar a los lectores de saborearla a su placer.

«Señora doña Elisa Reguera.—Lecároz, 13 de noviembre de 1900.—Mi querida madre: Grande consuelo trajo a mi espíritu su sentidísima carta última, inspirada en el más puro espíritu cristiano; me admira y me conforta la heroica conformidad que en ella muestra. Con la maravillosa intuición que tienen las madres, sobre todo, cuando se trata de la felicidad de sus hijos, seguramente presentía mejor acaso que yo mismo usted a dónde me llamaba mi vocación; y, llegando el momento del sacrificio, lo acepta usted con cristiana resignación, y heroica fortaleza, si bien con el sentimiento natural en estas cosas. Frecuentemente las mujeres nos dan ejemplo a los hombres de esa virilidad de espíritu y grandeza de alma que conduce al cumplimiento de los más penosos deberes haciendo caso omiso de cuanto en contrario digan los propios gustos, los particulares intereses y las conveniencias terrenas. Las cosas del espíritu no pueden medirse con el mismo criterio que aplicamos a las cosas temporales. No es lo mejor lo que más alegría y bienestar produce; Dios dirige los corazones y a veces pide sacrificios; y cuando los pide, preciso es hacerlos. El que usted hace resignándose con su voluntad no es

pequeño; pero cuanto mayor sea el sacrificio mayor es el mérito.—Ya le decía en cartas anteriores: si la separación es penosa para ustedes, figúrese cuán grande será el sacrificio para mí, que he sido siempre hijo cariñoso y siempre he procurado no darles la menor ocasión de disgusto.—Durante varios días mi pensamiento constante y todas mis oraciones eran para que Dios les concediese valor y resignación... Adiós, madre querida, que Dios le pague su resignación y el consuelo que con ella me ha dado, y reciba un abrazo que con el alma le envía su hijo: *Fernando.»(Carta del 13 de noviembre de 1900.)*

V

Noviciado y profesión.—Votos solemnes y ordenación sacerdotal.—La primero misa.—Profesor de ciencias

Varios meses de experiencia llevaba el joven aspirante al estado religioso, viviendo en toda su integridad la vida religiosa, sin omitir levantarse a medianoche para cantar los divinos laudes, pues aunque los Superiores dispusieron que se levantara en días alternos, el fervor y el espíritu de abnegación pulsaban fuertemente las energías del postulante, obligándole a no tomarse alivios o dispensas ni de sueño ni tampoco de ayunos y abstinencias propios de la Orden. Pero no había ninguna prisa para que iniciara el año de probación. Sin embargo, el 15 de febrero de 1901 tuvo lugar la ceremonia de despojo del atuendo delicado de seglar para vestir la áspera túnica y el pobre y austero hábito seráfico, en cuyo simbólico acto sustituyó el apellido de familia por el de la ciudad de origen, llamándose desde entonces fray Fernando María de Santiago.

Diez meses de prueba han transcurrido y ya comunica a sus deudos el favorable resultado definitivo de la votación de la Comunidad que le admite a la primera profesión o de votos simples. El propio interesado se lo comunica a la familia, le dice lo que le ha sido más doloroso durante ese lapso de tiempo y lo feliz y deliciosa que le resulta la vida religiosa. Al efecto en carta del 23 de diciembre del citado año escribía: «Mis queridos padres y hermanos: Todo llega y todo pasa en este mundo, y presto, Dios mediante, llegará la hora en que pueda poner fin a mi forzoso y prolongado silencio, que si para ustedes fué penoso, para mí ha sido una de las mayores pruebas, o acaso la mayor con que durante el noviciado tuve que luchar. (Durante el noviciado no se escribían cartas.) Con mucha frecuencia y a todas horas pensaba en ustedes (y escusado es decirles que frecuen-

temente los recordaba en mis oraciones diarias), no pudiendo alejar de mí fácilmente la idea de que sufrían po mi silencio, sin que yo pudiera consolarles. El objeto de la presente es anunciarles que ayer se celebraron las votaciones y he tenido la dicha de ser admitido a la profesión con otros cuatro novicios.

»Cuanto diga a ustedes de la felicidad que he disfrutado durante el año de noviciado tiene que resultar palidísimo ante la realidad, pues ha superado a mis optimistas previsiones. La vida aquí es un verdadero paraíso, y puede decirse que para mí todo ha sido llano y sin dificultades. Toda aquella montaña de dificultades que una falsa prudencia me presentaba durante tantos años que en el mundo he vivido amando la vida religiosa, pero sin resolución para decidirme a abrazarla, se ha desvanecido como humo. La salud ha sido excelente: no he tenido aquellos perniciosos catarros que antes me molestaban con frecuencia, ni otra enfermedad alguna. Este régimen alimenticio me sienta admirablemente y me encuentro mejor que nunca. Puedo asegurar que he *rejuvenecido*, que me hallo mucho más fuerte que antes. Esto por lo que hace al cuerpo.

»En lo que se refiere al alma, no tengo palabras para expresar la felicidad que siento: verdaderamente que la vida religiosa es la felicidad del cielo anticipado; no concibo en la tierra vida más dichosa. Ahora me explico un fenómeno que siempre me llamó la atención, y es que así como en el mundo raro es el que está contento con su suerte, no se encuentra un religioso que no esté alegre, contento y feliz. La tranquilidad de conciencia que aquí se disfruta y la imperturbable paz de espíritu son lo único que puede dar la verdadera alegría. Ya tengo todas mis aspiraciones satisfechas, ya desapareció aquel angustioso vacío que antes veía en lontananza al contemplar las oscuridades del porvenir, ya no siento aquel penoso abatimiento que me helaba el corazón principalmente los domingos por la tarde, cuando era como obligatorio el divertirse: ya he alcanzado la tranquilidad y la calma. Es que Dios es mucho más bueno y mucho más generoso de lo que ordinariamente nos figuramos, y paga con el ciento por uno, aun en esta vida, los sacrificios que por su amor se hacen. Al ver lo que libros espirituales y personas religiosas dicen de la vida del claustro, podría muchas veces creerse que ponderaban para *pescar gente*. (¡Como si aquí se necesitase más gente para ser feliz!). Y, sin embargo, es rigurosamente cierto—como decía Santa Magdalena de Pazzis—, que si los del mundo conocieran los encantos de la vida religiosa, escalarían los conventos para habitar en ellos. Por lo dicho, podrán comprender lo satisfecho que estoy; y, en efecto, lo estoy tanto, que no me cambiaría por el hombre más feliz de la tierra, ni renunciaría a mi vocación aunque me dieran

todos los tesoros del mundo, con los cuales pudiera llevar una vida tranquila, independiente y feliz en el seno de la sociedad. Y digo todo esto con toda la sinceridad y espontaneidad de mi carácter independiente, porque sé que serán felices contemplando mi felicidad.»

El día 15 de febrero de 1902 emitió los votos simples, cumpliéndole la satisfacción de tener presente a su hermano Mariano en acto tan trascendental y emotivo. *(Actas de profesión.)*

En el mes de septiembre del mismo año tuvo la anhelada dicha de recibir la visita de sus padres y de su hermano y ahijado José. El 3 de octubre de 1903 muere su padre casi repentinamente. Con tal motivo doloroso escribe a su afligida madre y hermanos cartas de condolencia arrancadas a su delicado corazón saturado de amor hacia sus deudos, y aprovecha la ocasión para dar admirables consejos a los hermanos.

Hecha la profesión simple, continuó los estudios filosóficos y teológicos, ya iniciados algo durante el año de noviciado. Así pasaron dos largos años, al cabo de los cuales, con dispensa de tiempo canónico, hizo la profesión solemne consagrándose definitivamente al servicio Divino y uniéndose para siempre a la Orden Seráfico-Capuchina, el 16 de julio de 1904. Pocos días después recibió la unción sagrada sacerdotal, el día 31 del mismo mes y año. El 8 de septiembre, con asistencia de su piadosa madre y del hermano mediano, Leandro, cantó la primera misa.

En el convento de Lecároz habían establecido los Capuhinos un colegio para segunda enseñanza, que ya entonces tenía y tiene hoy fama de gran plantel educacional. Pues bien, el padre Fernando, casi desde su ingreso en la Orden fué profesor de varias asignaturas, especialmente de la carrera de Comercio, y en la enseñanza continuó hasta el año de 1908, en que cambió por completo de ruta su vida religiosa.

VI

Destinado a Roma.—Nueve años de intenso trabajo.—Enfermedad peligrosa y retorno a la patria.—En el Sanatorio de Guadarrama.—Convaleciente en El Pardo.

En el mes de julio del año 1908 es destinado el siervo de Dios a la Curia General de la Orden en Roma, en calidad de secretario para los asuntos de idioma español. Así se lo comunica prudente y cautelosamente a su hermano Mariano, no dejándole ver completa-

mente el tiempo de su destino, por no afligirlos, especialmente a su buena madre. «Mi queridísimo hemano—le dice—: Escribo la presente para comunicarte una noticia que hoy he recibido, y para que la comuniques a mi madre y hermanos. Según carta de nuestro padre Provincial, que actualmente está en Pamplona, mañana saldré para esta ciudad, y probablemente saldré en seguida para Roma. Ignoro cuántos días estaré en la Ciudad Eterna; ya os lo diré cuando tenga noticias más concretas que comunicaros, pues las de hoy son muy vagas; pero, de todos modos, me ha parecido conveniente preveniros, para que no me escribáis hasta que yo os indique la dirección a que habéis de hacerlo.» Más tarde comunica a su señora madre, que: «Yo he sido llamado para ayudar en los trabajos de Secretaría General de la Orden y, por tanto, mi estancia es por ahora indefinida, aunque esto no excluye, ni mucho menos, la posibilidad de algún viaje de visita a la tierra natal. De todos modos estoy aquí por obediencia, y, por tanto, estoy plenamente contento.» *(Cartas del 11 y 29 de julio de 1908.)*

Como el padre Fernando era un gran mecanógrafo, de tal suerte que él mismo descompuso y arregló a su modo los tipos o teclas de la máquina para escribir aún con más rapidez, prestó valiosísimos servicios en la Curia, dado por otra parte su buen carácter, su espíritu de laboriosidad y su rendida obediencia. Pero, con el trabajo de escritorio supo unir maravillosamente sólida piedad, de tal suerte que sus paseos ordinarios en Roma se reducían a visitar una iglesia que distaba un kilómetro de la Curia, y en donde estaba expuesto diariamente el Santísimo Sacramento.

En cierta ocasión le concedieron quince días de vacaciones, para pasarlos en la ciudad de Génova, mucho menos calurosa que Roma. El los aprovechó principalmente para hacer ejercicios espirituales, como se lo participa en carta a su madre, con fecha 29 de noviembre de 1909. «Regresé de Génova el 20 de octubre, y desde entonces estoy entregado aquí a las ocupaciones de mi vida ordinaria. En aquella ciudad estuve unos dieciséis días, la mayor parte de ellos en ejercicios espirituales, los otros saliendo lo menos posible de casa, a pesar de las instancias que me hacían para salir a ver monumentos, etcétera. Ya nada me llama la atención, y nada necesito ni me gusta tanto como el reposo, el retiro y el silencio.»

Aquella vaga y consoladora promesa de que el estar indefinidamente destinado a Roma no excluía la posibilidad de algún viaje de visita a la tierra natal, tuvo en el padre Fernando realidad, porque cuando el padre General de la Orden venía a visitar las Provincias Capuchinas de España o a prisidir Capítulos Provinciales, de ordinario le acompañaba el siervo de Dios, en calidad de secretario, y al-

guna que otra vez, rápidamente pasaba por la ciudad de Pontevedra, con la comprensible satisfacción para él, para sus amigos de antaño y, especialmente, para su madre y hermanos. Pero el padre Fernando aprovechaba estos viajes a la Patria, sobre todo, para alimentar a su alma con el retiro y el recogimiento, acogiéndose a la soledad que le brindaba el convento de Montehano, sentado en las rocas del mar Cantábrico, en la provincia de Santander. «Este convento de Montehano—escribe a su madre y hermanos el 25 de junio de 1910—es delicioso: está muy retirado, y no se oye más que el ruido de las olas al batir los muros del convento. Está situado en las márgenes de la pequeña bahía de Santoña, y desde nuestra huerta se ven Santoña, Laredo y otros varios pueblecitos.» El día 6 de julio del citado año llegó a Pontevedra para pasar unos días en el seno de la familia.

El clima no muy saludable de Roma, el intenso trabajo y la vida austera y mortificada del padre Fernando, minaron su salud, presentándo síntomas alarmantes a principios de enero del año 1917, según él lo comunica a su hermano Mariano, pero con una resignación y una quietud de espíritu propia de almas santas. «Como podrían llegar a vosotros—le escribe—noticias por otro conducto más o menos alarmantes respecto a mi salud, me apresuro a escribirte para prevenirte que no hay motivo para tanto. Yo que soy el interesado estoy muy tranquilo y contento, y no es razonable que vosotros os impresionéis más que yo. Es verdad que he echado un poco de sangre por la boca, pero el análisis de los esputos, según me han dicho, no ha revelado la existencia de tuberculosis; y bien sabido es que la hemotisis puede obedecer a causas muy diversas. Varios conozco yo que después de haber echado bastante sangre por la boca, han quedado acaso más fuertes que antes. Pero, aún poniéndonos en el peor de los casos, me hallo, por la misericordia del Señor, en tal estado de ánimo que ni la enfermedad ni la muerte misma me daría pena.» *(8 de enero de 1917.)*

Sin embargo, el 27 de junio lo encontramos ya en Madrid, a causa de la enfermedad pulmonar; y, por consejo de dos eminentes médicos, antiguos amigos suyos de Universidad, fué trasladado al convento de El Pardo, y desde allí, a primeros de agosto, al Real Sanatorio de Guadarrama, donde permanece hasta el mes de diciembre, en que se le permite ir al convento de El Pardo con la orden de seguir allí el mismo sistema de curación y alimentos que en el sanatorio.

El siervo de Dios permaneció en el convento de El Pardo hasta el mes de julio de 1922; pero no solamente en situación de enfermo convaleciente, sino que al propio tiempo que atendía a la recuperación de la salud, desempeñaba en el Seminario Seráfico de dicho

Real Convento, los cargos de profesor, especialmente de violín, y de director de la revista *El Mensajero Seráfico*. Por cierto, que durante su actuación al frente de la revista se introdujeron importantes mejoras en la Imprenta con que se tiraba, como fué, entre otras, la adquisición de una moderna linotipia.

VII

Secretario y definidor Provincial.—Prototipo de humildad.—Fervoroso y caritativo.—Presencia de Dios.—Director de la Esclavitud y Vicario del convento de Jesús. Prudente consejero de sus hermanos

Existe en la Orden un cargo solamente honorífico, al parecer. Sin embargo, es en ciertas ocasiones de grave responsabilidad, porque de él, en parte, depende la elección de los Superiores Mayores. Dicho cargo es el de Custodio General primero y segundo. El primero es vocal en la elección de los Superiores Generales; y tanto el primero como el segundo, lo es en la elección de Superiores Provinciales. Pues bien, el padre Fernando de Santiago, desempeñando la Secretaría en la Curia General, y más tarde convaleciente en El Pardo, fué siempre elegido Custodio, generalmente primero, desde el año 1910 hasta el 1922. *(Tablas Capitulares.)*

En el Capítulo Provincial celebrado en Bilbao el 22 de julio y días después del año 1922, fué el siervo de Dios nombrado Secretario Provincial y elegido tercer Definidor o Consejero Provincial, cargos que desempeñó poco menos que sin interrupción hasta el año 1936, en que fué martirizado. *(Tablas Capitulares.)*

Caminaba cierto día el padre Fernando con otro religioso desde El Pardo hacia Madrid, y en la Puerta de Hierro se encontraron con dos señores vestidos de sacerdotes, el mayor de los cuales preguntó:

—¿De dónde son estos capuchinos?

—Somos de El Pardo. Y nosotros, ¿a quienes tenemos el gusto de saludar?—pregunta el padre Fernando.

—Al Obispo de Cartagena y a un Hermano Coadjutor.

—¡Ah, al excelentísimo señor don Vicente Salgado!

—¿Qué es del padre Fernando de Santiago? ¿Dónde reside y cómo se encuentra?—responde el prelado.

Sonríe el otro religioso, y ruborizado baja la cabeza el padre Fernando, más cuando añadió el religioso:

—Señor Obispo, el padre Fernando es éste.

El señor Obispo descubrió en el siervo de Dios el aire de humildad

que caracterizó siempre su vida, y como un afán de pasar constantemente desapercibido, y quiso en cierto modo premiarle el prelado con las siguientes palabras: «Muy bien, padre Fernando; hoy celebramos la fiesta de un capuchino, San Fidel de Sigmaringa, que entró en la Orden como usted, después de hacerse abogado. Pues a santificarse como él, padre.» Y, efectivamente, estas palabras parecieron un anticipo de lo que aconteció, pues el siervo de Dios se santificó, y luego fué mártir, como lo había sido este Santo Protomártir de Propaganda Fide. Esta misma humildad se puso de manifiesto en otras mil ocasiones, ya que procedía de familia acomodada, y jamás se le ocurrió hablar de ella; tenía la carrera de abogado, y nunca hacía alarde de ello, ni por sus labios se supo jamás nada de sus estudios profanos.

«El padre Fernando era muy espiritual observante de las leyes de la Orden y de las buenas costumbres; obediente a los Superiores, condescendiente con los otros religiosos, y muy amante de la pobreza seráfica. Entre los religiosos tenía fama de bueno y observante religioso. Los seglares lo consideraban un verdadero santo, antes y después de haber sido asesinado por las hordas rojas.» *(Fray Agustín de Muez.)*

«Me acuerdo del padre Fernando, particularmente de cuando le tuvimos de profesor de latín, de segundo, en El Pardo. No recuerdo haberle visto cometer jamás una acción que me resultase menos edificante, ni siquiera de las que se pudieran achacar a fragilidad humana. Y, por el contrario, todo en él me edificaba. Recuerdo particularmente su conducta cuando nosotros enredábamos, en esos momentos en que se dice que los niños ponen a prueba la paciencia de las personas mayores. La reacción del padre Fernando era llamar al culpable con muy digna gravedad, pero sin perder jamás el dominio de sí mismo, ni en el gesto ni en una palabra más alta que de costumbre. Unicamente se ruborizaba un poco, se mordía ligeramente un lado del labio inferior, y eso era todo. Era también admirable cómo sabía descender hasta nosotros en sus fiestas onomásticas, entreteniéndonos con curiosidades provechosas y amenas, sin descender a vulgaridades pueriles ni hacerse inaccesible. Y siempre, lo mismo en clase que en conversaciones de recreo, sabía salpicar discretamente todo de reflexiones morales, nada pesadas por lo breves, y siempre enjundiosas. Fuera de esto era tenido por todos los religiosos, creo que sin excepción, como dechado de toda virtud, siempre recogido, siempre pobre, con un hábito raído, siempre amable y servicial con todos.» *(Padre Abel de Bilbao.)*

«Conocí muy bien al muy reverendo padre Fernando de Santiago, por haber convivido juntos en el convento de El Pardo por los años

1919 y 1920, y por su cargo de Secretario Provincial durante varios trienios. Siempre le tuve por un religioso perfecto y santo; jamás vi en él defecto alguno, y sí toda clase de virtudes.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

«Era el padre Fernando dechado de virtudes cristianas y religiosas. Desplegó su celo en el confesonario, deseoso de llevar las almas a Dios y siempre sometido a las órdenes de los Superiores, que en ocasiones le impedían acudir al confesonario por otros cargos. Y realmente era un confesor dotado de una amabilidad y dulzura verdaderamente evangélicas. En el trato con los demás era en gran manera amable y flexible, sin faltar a sus deberes. Jamás se le oyó murmurar ni dejarse llevar de la ira, aunque fuera molestado. Siempre se le vió ecuánime y era también servicial con todos. A pesar de su delicada salud, era muy observante. No dejaba los Maitines de media noche ni la oración de la mañana. También se distinguía por su piedad. Tenía en un dedo una especie de anillo de cuerda, y por la parte de dentro llevaba una medalla, y esto al parecer, le recordaba la presencia de Dios.

»Recuerdo del padre Fernando su exquisita caridad, sobre todo en el trato con los demás, con quienes era servicial en grado sumo, sin excepción ni matices de ninguna clase; nos admiraba especialmente su fina y habilidosísima caridad para enjuiciar a otros, aun en el caso en que se trataba de comentar sus defectos. Siempre tenía la palabra oportuna para disimularlos si podía, y para atenuarlos en todo caso. Por haber tenido gran confianza con él, pude observar en nuestra intimidad hasta qué punto era delicada su conciencia, causándome siempre gran admiración, y creyendo por esto que muy robustas eran sus virtudes teologales cuando le alzaban a tales alturas... Siempre recuerdo al padre Fernando sereno, ecuánime, hasta el extremo de que hubiera podido parecer indiferente y apático. Hasta tal punto era discreto, ponderado y prudente. Nunca le creí capaz de cometer un atropello... Recuerdo también con edificación su austeridad y humildad profunda. En cuanto a la primera de estas dos virtudes, quiero hacer constar que, aunque nadie se hubiera extrañado de verle pedir mitigaciones, por la tuberculosis que padeció, nunca lo hizo. Y siempre le veíamos fidelísimo en este punto: descalzo aún en invierno, con hábito pobrísimo, siendo él de una familia acomodada. En cuanto a la segunda virtud de las mencionadas, también recuerdo que siempre le veíamos llanísimo con todos, sin recordar jamás por su propia iniciativa su cuna, que podía destacar mucho al lado del origen humilde de casi todos nosotros, máxime teniendo en cuenta que cuando entró en la Orden era ya abogado ante quien se abría un brillante porvenir.

«Como detalle de religiosidad, respecto del padre Fernando, puedo dar el siguiente: En su dedo llevaba como un anillo muy disimulado en el que aparecía un recuerdo constante de la presencia de Dios y del amor a Jesucristo. Para que no se le notara, solía él llevar la mano cerrada, pero los que lo sabíamos nos percatábamos de que, de cuando en cuando, ponía los ojos en la mano o simplemente con el tacto percibía la presencia de ese recuerdo.»

«En cierta ocasión tuvo que hacer una corrección por escrito a un estudiante religioso, por orden del padre Provincial. El siervo de Dios me envió a mí la carta, con el encargo de que se la leyera al interesado, antes de entregársela, para que así pudiera ser más atenuada la corrección. Desde luego, no podía hacerse mejor. Si en ella había expresiones duras, amenazadoras, se cuidó mucho de que no parecieran como palabras suyas, y lo que hacía era copiar al pie de la letra de nuestra legislación regular. Lo que él añadía como propio suyo, eran palabras de amabilidad, de caridad, persuasión, como dictadas por un corazón de padre.»

«Desde el año 1928 hasta el 1931 desempeñó los cargos de Vicario y Director de la Archicofradía de Nuestro Padre Jesús, tiempo en que se dedicó también más al confesonario, porque no desempeñaba entonces el cargo de Secretario Provincial. Como Director de la Archicofradía se distinguió por su celo, prudencia y paciencia, especialmente en las prolongadas, interminables y muchas veces acaloradas reuniones de la Junta Directiva.» *(Padre Lorenzo de Quintanilla.)*

El padre Fernando que supo armonizar admirablemente el amor de Dios, la vida religiosa, intensamente vivida y el caval cumplimiento de todos sus deberes, amó entrañablemente a sus seres queridos. Amor sublime rezuman las quinientas veintitantas cartas y buen número de postales escritas a sus padres, a sus hermanos y a sus hermanos políticos. Pero, sobre el cariño natural flota el amor elevado y sobrenatural que le eleva a dar a los seres queridos los consejos más orientadores en orden a la piedad que deben llevar y a la vida eterna que deben esforzarse por conseguir. Sólo quiero copiar unas líneas dirigidas a sus hermanos después de la muerte del padre, porque me haría interminable: «Estáis, hermanos, en unos momentos críticos de vuestra vida, en una de las ocasiones más oportunas para oír la voz de Dios: ¡Qué El os ilumine! Las desgracias, miradas con los ojos de la fe, no son desgracias, sino grandes beneficios, de los cuales debéis dar gracias a Dios y aprovecharos todo lo posible. Dios con ellas nos hiere y despedaza el corazón: también el médico martiriza y mutila al pobre enfermo, pero es para salvarle la vida. Ninguna cosa más a propósito que estos terribles gol-

pes para llamarnos a nuestro interior y hacernos ver lo poco que vale todo aquello que ha de perecer con el tiempo. ¿Qué le aprovecha a nuestro pobre padre la huerta por la que tanto se afanaba y Lomarrucedo que tantas fatigas le costaba, y las riquezas que con tantos afanes pudo reunir? En cambio, ¿de cuánto le servirán las visitas a los pobres y las obras de caridad y piedad? No le aprovecharán de nada los paseos y amistades y comodidades de la vida; pero las acciones virtuosas le granjearán unas riquezas que no perderá jamás. No quiero decir con esto que renunciéis a todo y os hagáis religiosos. Líbreme Dios de querer atraer a la Religión a quien Dios no llama. Pero aún sin renunciar a todo, podéis, acaso debéis, llevar vida más cristiana que la que hasta ahora traíais. ¿Acaso estabais un poco disipados y pensabais más en las comodidades, placeres y bagatelas del mundo que en el grande y eterno negocio? Preguntaos a vosotros mismos en la soledad de vuestra conciencia, y en ella hallaréis clara la respuesta. Estas desgracias son como el rayo; como él destruyen y aniquilan; pero también como él rasgan las tinieblas de la noche iluminando el espíritu, y al resplandor de esas luces celestiales, el que quiere ver, lee en lo más hondo de su conciencia las inspiraciones de Dios. ¡Quién me diera tener espíritu y elocuencia para aficionaros más a las cosas del espíritu, para inspiraros amor a esa vida virtuosa que, después de prodigar a nuestra alma celestiales dulzuras en esta vida, nos da otro paraíso en el Cielo! Si queréis ser felices, aficionáos más y más a la virtud, con lo cual pasa lo cotrario que con los placeres de los sentidos. Estos, cuando uno está satisfecho, causan hastío; aquéllos, al contrario, no los apetece el que no los tiene, y el que ha tenido la dicha de probarlos no se hastía jamás de ellos; siente más hambre de perfección santa, y tiende siempre a subir cada vez más.» *(Carta de 4 de octubre de 1903.)*

VIII

Ante el espectro de la República.—Firmeza en el peligro. Sin claudicar ante el deber

El padre Fernando cumplió el año 1931 con el doble deber de conciencia y de patriotismo, lo mismo cuando se decidió la caída de la Monarquía que cuando tuvieron lugar las elecciones para las Cortes Constituyentes, consignando, como es lógico, su voto a favor de quienes habían de defender los principios morales y la Religión Católica. Recuerdo a este propósito que alguien había insinuado que los religiosos deberíamos abstenernos de votar para no exacerbar el

ánimo de las izquierdas, ya en el poder. Pero oyendo el padre Fernando de labios de algún religioso que él iba a votar porque no quería que por su voto se perdiera la causa de Dios y de la verdadera España, el padre Fernando, en compañía de aquel religioso, y ambos vestidos de paisanos, cumplieron a las ocho de la mañana con los dictados de su conciencia, como más tade lo hiceiron todos los otros capuchinos.

Cuando en el mes de mayo del 31 la República clavó sus primeras dentelladas en lo religioso y santo, se encontraba el padre Fernando en Pontevedra, por asuntos particulares. «A la sazón—dice su hermano don José Olmedo—, estaba en mi casa de Pontevedra por asuntos particulares. Se recibieron noticias del incendio de la iglesia de la Flor, de los padres Jesuítas, y de los grandes tumultos, como el incendio del Colegio de Maravillas, y cómo habían tratado de entrar las turbas en la iglesia de padres Capuchinos. Pues, desde el primer momento trató de ponerse en camino para restituirse a su puesto del convento, desoyendo mis súplicas apremiantes y mis consejos, consciente del grave peligro que corría su vida; pero no pude disuadirle, y lo más que conseguí fué, que accediera a vestirse de paisano, con un traje y prendas de mi uso, y que se dejara recortar la barba y el pelo; y así lo instalé en el ferrocarril, esperando que hiciera el viaje con el menor riesgo posible. Supe que, sin embargo, fué objeto de muchas burlas en el viaje, y también al atravesar Madrid, porque no podía disimular el gran espíritu que le llevaba.»

Llegado que fué el siervo de Dios a Madrid, escribía a su hermano, el 21 de mayo, dándole cuenta del viaje, en los términos siguientes: «Hasta cerca de Monforte fuí algo molesto, por la clase de gentes que iba en el departamento. Pero próximos ya a aquella estación, se me ocurrió hablar a un mozo de la compañía, para preguntarle si las berlinas del mismo coche estaban ocupadas; y él, como si adivinase mis deseos, al preguntarle yo, como pretexto para entrar en conversación, a qué hora llegaba el tren a Madrid, me invitó a pasar a una de aquellas berlinas, que estaba completamente vacía, diciéndome que así podría dormir a la larga toda la noche, como así fué verdaderamente, pues toda la noche, es más, hasta llegar a Madrid vine completamente solo. ¡Qué bueno es Dios, que así se vale de otras criaturas para dispensarnos sus favores!... Mucho sentí no haber podido prolongar más mi estancia en esa; pero el deber me llamaba a otra parte, y esta vida no es un placer, sino una obligación. Pensemos mucho en Dios y en la vida eterna; y estos santos pensamientos nos llenarán el alma de paz, consolándonos de las forzosas ausencias de esta vida miserable.»

Cuanto en España más se agravaba la situación religiosa, mayo-

res eran las preocupaciones de los Superiores y mayor la responsabilidad y el trabajo que sobre ellos pesaba, y como el padre Fernando era, por el año 1934 y siguientes, hasta la hecatombe, Consejero y Secretario Provincial, sobre él recaían muchos de esos trabajos y responsabilidades, entre otros la de ir a Portugal para ver la posibilidad de trasladar allí a algunos religiosos y colegiales, si el caso perentorio lo requería y eran realizables los proyectos acordados. Por eso, aunque su hermano don José le ofreció insistentemente que fuera a pasar una temporada con la familia, máxime cuando estaba veraneando en el pequeño poblado de Antas, el padre Fernando le contestaba: «En cuanto al ofrecimiento que me haces relacionado con dicha feliz mansión, ya comprenderás que es imposible para mí el aceptarlo, aunque no el agradecerlo muy de corazón. No son estas circunstancias para abandonar el campo, sino para permanecer en la brecha.» *(Carta sin fecha a su hermano José.)*

El año de 1936 visitó al siervo de Dios su hermano José en el convento de Jesús de Madrid, y lo encontró enfermo de colitis aguda que venía padeciendo, notándole físicamente agotado. Le pidió entonces insistentemente que se decidiera a pasar unos días de descanso con la familia en el ya indicado pueblo de Antas; pero no consiguió nada, porque aunque el buen hermano intentó hablar con los Superiores para obtener el permiso, el siervo de Dios no lo consintió, porque decía que le reclamaban en el convento sus ocupaciones. Antes de esta entrevista había estado el padre Fernando en Portugal, por los asuntos ya relatados, siempre deseoso de reintegrarse a su convento a causa de las críticas circunstancias porque atravesaba España. «Antes había recibido yo una carta suya fechada en los primeros días de 1936, acusándome recibo de la felicitación que yo lo había enviado, o sea, después del 30 de mayo, porque en ella me acusaba recibo de mi felicitación que le hice en tal fecha. En esta carta también vuelve a insistir en que no puede abandonar el convento, ante la invitación que yo le había hecho tantas veces para que viniera a nuestra casa de veraneo... Y es que a la sazón prevalecía en su ánimo la fundación de Portugal, aparte de las preocupaciones naturales que a todos nos agobiaban en aquellos tiempos tan difíciles para España. De todo lo cual puede inferirse que el siervo de Dios estuvo siempre dispuesto a llevar los acontecimientos tal como el Señor los fuera permitiendo, y que incluso tuvo el presentimiento que iba a ocurrir el tremendo desastre que sobrevino, pues yo mismo le hablé de esto en mi entrevista, por lo que yo quise que fuera a mi casa de veraneo, que nunca hubiera accedido a mis deseos.»

IX

Fuera del sagrado recinto.—Vida de convento.—Asalto y registro a la casa refugio.—¿Qué te decían en la garita de Jesús?—Jesucristo era socialista

Tan graves se pusieron las cosas, según queda relatado en otras páginas de esta obrita, en la última quincena de julio del 36, que a las personas consagradas a Dios en el claustro, les fué de todo punto imposible permanecer en él en la *zona roja,* so pena de morir a manos de los perseguidores de la Religión.

El padre Fernando residía en el convento de Jesús de Madrid, y ya el día 20 tuvo que abandonar la pacífica morada para refugiarse en casa de una devotísima señora, de antemano buscada, en la calle de Lagasca, llamada la caritativa señora doña Carmen Casado, insigne bienhechora de la Orden Capuchina.

En aquella morada de paz, se reunieron con el padre Fernando, el hermano fray Roberto de Erandio y un aspirante a religioso capuchino. Desde el momento de su llegada establecieron una vida verdaderamente conventual, bajo un reglamento acomodado a las circunstancias, pero sin omitir nada de cuanto se practicaba en el convento, excepción de la Santa Misa que el siervo de Dios, bien a pesar suyo, no podía celebrar por carecer de todo para el Santo Sacrificio. A propósito de esto nos refiere fray Roberto lo siguiente: «Después de muchos rodeos y de no pocas precauciones pude llegar a la calle Lagasca. Me recibieron con mucha caridad, sobre todo el padre Fernando; con él estaba Teófilo, un joven postulante. Al otro día de la llegada ya teníamos hecho el plan de vida. El horario parecido al del convento; más tiempo de oración mental y lectura espiritual. Las pláticas eran sobre la bondad de Dios y su misericordia con las almas. Recuerdo y no lo olvidaré mientras viva, las sublimes comparaciones y ejemplos que ponía. El padre Fernando edificaba a todos por su buen ejemplo y por su caridad. El Santo Rosario y el Viacrucis lo hacíamos con la señora y las criadas.

»Varias veces le dijo el padre a la señora de la casa que no pusiese tan buena comida, que la guerra podía ser larga; pero la señora, siempre muy optimista, le contestaba que pronto entraría Franco.

»Nosotros creíamos que nadie nos había visto entrar en la casa. Un día, al venir de la compra una de las criadas, le dice el portero:

»—Mira, tened cuidado porque cerca de aquí andan los milicianos.

»—Y a nosotros, ¿qué nos importa? La señora y la criadas.

»—Y los tres frailes que tenéis escondidos.

»Cuando la criada nos contó lo que le dijo el portero nos quedamos muy tristes y pensativos, esperando lo que por fin llegó.»

Se nos ha informado que el día once de agosto, ya tarde, es decir a última hora de la tarde, fué el padre Sixto de Pesquera a visitarlos, pero debió de ser el día anterior, o sea el diez, porque fray Roberto de Erandio no coincide en la relación escrita que desde Venezuela envió y que verbalmente nos ha comunicado en su reciente venida a España, asegurando que es su relación la verdadera, por estar él presente. De todos modos el padre Fernando recibió con gran alegría la visita, pues dijo: «Carísimo, qué alegria de verle.» Dijo entonces el padre Fernando al visitante: «Pues nos coge usted meditando, y precisamente estábamos pensando en estas cosas: qué grande sería la gracia que Dios nos otorgara si nos hiciera mártires; y el momento no podía ser más propicio, porque ahora los tres estamos dispuestos para ello.» Seguidamente los tres me dijeron que si por acaso surgiera este feliz augurio, que querían confesarse para estar mejor preparados. Recuerdo que puse algún reparo, porque era tarde, pero ellos insistieron y los confesé. A las cinco de la madrugada del día siguiente suena el teléfono de mi casa, y se puso una de las hijas de la familia de los señores, y luego vino a mi cuarto y me dice: «Le llama su primo.» Entendí la consigna y me puse al teléfono, y oí la voz de una sirvienta de la casa donde estaba refugiado el padre Fernando, que me decía: «Procure usted no venir por aquí esta mañana, porque el enfermo a quien tenía usted que poner la inyección ha muerto.» Comprendí todo el significado de la tragedia, y no insistí más.»

El hermano fray Roberto de Erandio nos ha referido al detalle el registro de la casa, la detención de ellos y su posterior odisea. He aquí sus palabras: «Día 11 de agosto. Por entre las cortinas pude ver que los milicianos en la casa de enfrente, en la misma calle, registran y ponen en desorden todas las cosas. Yo se lo comuniqué inmediatamente al padre Sixto, indicándole del peligro que corríamos y que yo no tenía documentación. El padre Sixto no estaba en casa. El padre Fernando se acostó, y no sé por qué en la mesilla de noche había algunos frascos. Serían aproximadamente las dos de la tarde cuando se presentó un grupo de guardias y milicianos. En aquel momento el padre se encontraba en el cuarto de aseo; golpearon fuertemente la puerta y salió el padre. Nos mandaron al recibidor. Apoyados en la pared y con los brazos en alto nos hicieron algunas preguntas. Nos pidieron el dinero, y les entregamos cincuenta pesetas cada uno; lo que nos dió a cada religioso el padre guardián. Nos

pidieron más dinero, y como no teníamos, nos registraron hasta romper el bolsillo.

»Parece que al padre Fernando le conocían o les informaron que era sacerdote, porque la furia y los insultos eran para él. Se notaba que los milicianos estaban contentos, aunque aparentaban estar de mal genio. Al padre le hacían muchas preguntas, y contestaba con serenidad y sin miedo. Yo creo que el padre pronto se dió cuenta que a él le buscaban para matarle. A mí me llevaron a una habitación inmediata y poniéndome el revólver en el pecho, me preguntaban por el Superior y por el dinero; pero como no sacaban nada, me llevaron otra vez donde el padre.

»—¿Qué te decían a tí en el confesonario? (garita decían ellos).

»—Yo no puedo decirlo, porque eso es secreto de confesión.

»—Jesucristo fué socialista y andaba descalzo. Quítate las alpargatas. El padre se agachaba para quitárselas, y me parece que le dieron un empujón y le decían: «Eso quisieras tú».

»—Y tú, muchacho, ¿qué hacías con los frailes?—le preguntaron al postulante.

»—Yo estaba de refitolero.

»—Y ¿qué es eso?

»Y se marchaban. Mientras tanto, otros milicianos y guardias insultaban a los de la casa y se llevaron la caja de caudales de la señora.»

X

El siervo de Dios detenido.—A la casa número 6 del Paseo del Prado.—A la checa de Bellas Artes.—Martirizado.—Su cadáver y la foto del mismo.—Exhumación y definitiva inhumación.—Gracias atribuídas al siervo de Dios. El proceso de beatificación.

Maltratados de palabra y de obra los religiosos, insultada la señora y sirvientas de la casa, consumado el latrocinio por aquellos ladrones vulgares y asesinos de oficio, bajaron a los tres religiosos, ya detenidos, a una habitación de la portería del edificio. Vamos a dejar nuevamente a fray Roberto que nos relate los diversos actos que terminaron con la trágica muerte del siervo de Dios.

«Nos bajaron a los tres a una habitación de la portería, y allí estaban reunidas unas diez personas, entre ellas, un teniente coronel de Caballería. Después de un buen rato nos hicieron subir a un coche. Los que paseaban por la calle, al vernos subir al coche, nos mi-

raban con tristeza. Por fin, llegamos a un edificio cerca de nuestro convento. Entramos en la sala de espera, donde había muchos detenidos. Al padre, al teniente coronel y a un servidor nos mandaron bajar por unas escaleras, donde llegamos a una habitación del sótano, sucia y con muchas botellas vacías. Apenas se veía, pero no había sangre.

»Nos mandaron poner los brazos en alto un buen rato; un miliciano nos apuntaba con su fusil. Cuando nos mandaron bajar los brazos, nos confesamos los dos con el padre Fernando. Terminada la confesión comenzó a hablar el padre: «Ahora vamos a comulgar, pero vamos a comulgar espiritualmente.» El padre hablaba sin miedo... Yo me di cuenta, y supongo que los demás lo mismo, que nos querían matar.

»Al anochecer nos sacaron de allí y fuimos (llevados) a la checa de Bellas Artes. Había muchos detenidos; pero yo no me separaba un momento del padre. A las doce de la noche le tomaron declaración al padre, pero antes le pregunté: «Mire, padre, faltamos solamente los dos: ¿qué vamos a decir?». El me respondió: «*La verdad; que somos religiosos capuchinos.*» Cuando llamaron, yo quería ir con el padre, pero una seña del miliciano me hizo retroceder. De la declaración del padre yo no pude oír ni una palabra.

»Por la misma puerta que entró el padre entré yo también, muy contento porque creí encontrarle allí; pero en la celda que me metieron a empujones encontré a un joven que me saludó muy amable. A continuación me dijo: «Yo soy falangista.» «Y yo fraile», le contesté. «Entonces, a los dos, a las cuatro de la mañana»..., y se pasó la mano por el cuello.

»Efectivamente, a las cuatro de la mañana se oyó un gran ruido de automóviles; pero no pude ver nada. Por mí se interesó un vasco, y después de hacerme muchas preguntas me sacó de la celda. A las cinco de la mañana entré en la Dirección General de Seguridad. Aquello estaba completamente lleno de gente, sobre todo de sacerdotes y religiosos. Recorrí a toda prisa buscando al padre Fernando. Allí encontré al teniente coronel. Al vernos, a una nos hicimos la misma pregunta: «¿El padre Fernando?...» Yo no hacía más que llorar, pero en voz alta; no lo podía evitar. El teniente coronel repetía: «¡Qué padre más santo, pero qué santo!»

El padre Fernando no se encontraba en la Dirección General de Seguridad, porque el gran ruido de automóviles que el hermano oyó a las cuatro de la madrugada era la señal manifiesta de que muchos de los detenidos eran llevados al sacrificio, y entre ellos, el padre Fernando de Santiago, quien, por amor de Dios, por amor al sigilo sacramental y por su confesión de religioso Capuchino, como real-

mente puede suponerse, ya que momentos antes de presentarse al mal llamado tribunal dijo a fray Roberto que había que declarar que eran religiosos Capuchinos, fué martirizado por odio a Dios y a cuanto tenía sabor cristiano por parte de los asesinos. recibiendo la corona de la inmortalidad en la madrugada del día 12 de agosto de 1936 en el cuartel de la Montaña.

El cadáver del padre Fernando fué temporalmente inhumado, hecha la ficha inconfundible, en el cementerio de la Almudena, como lo atestigua el siguiente documento oficial: «Don Pedro Górgolas Urdampilleta, oficial mayor, en funciones de secretario del excelentísimo Ayuntamiento de esta M. H. Villa. *Certifico*: Que por don José María de Chana, residente en esta capital, se solicitó del excelentísimo señor alcalde, en instancia de primero del actual, se le expidiera certificación que acreditase la clase de féretro donde yace el cadáver de don Fernando Olmedo. Del informe emitido por la Dirección de Cementerios, resulta que el cadáver de don Fernando Olmedo Reguera fué inhumado en el cementerio municipal el día catorce de agosto de mil novecientos treinta y seis, en una sepultura de cuarta clase, temporal, sita en el cuartel 35, manzana 54, letra H, cuerpo número 4, y que dicho cadáver fué depositado en un *féretro de madera*. Y para que conste, expido la presente, visada por S. E. y sellada con el de las armas de Madrid en sus Casas Consistoriales, a once de junio de mil novecientos cuarenta.—V.° B.°, el Alcalde presidente.» (Firmas ilegibles.)

La ficha personal del padre Fernando, en cada una de las señales consignadas, le conviene al siervo de Dios. Además, en el archivo de la Dirección de Cementerios apareció oportunamente la fotografía del cadáver, la cual demuestra sin la menor duda ser del padre Fernando de Santiago.

Restablecida la paz en España con el triunfo de las armas nacionales derrotando al comunismo internacional en noble y valiente lid, se pensó en dar más honrosa sepultura a los cadáveres de aquellos religiosos cuyo paradero había sido fijado por auténticos documentos. En consecuencia, se practicaron las diligencias conducentes a este fin, teniendo muy presente las disposiciones o normas de la Sanidad, asistiendo un representante de la misma, muchos religiosos Capuchinos y no pocos deudos de las víctimas, entre quienes hay que contar al hermano del padre Fernando, don José Olmedo Reguera, y a un sobrino, llamado Rafael Olmedo Limeses. Tal y como describe don José los actos queremos consignarlos en nuestra obrita.

«El día 9 de julio de 1940 fué exhumado su cadáver con el de otros padres Capuchinos en el cementerio del Este, de Madrid, a cuya exhumación estuve presente con mi hijo Rafael. Entre los dos

CAPUCHINOS SAN ANTONIO BIBLIOTECA PAMPLONA

lo transportamos del féretro provisional en que se hallaba a otro más decoroso y definitivo, cogiéndolo uno por los pies y otro por la cabeza, notando con gran emoción que estaba rígido e incorrupto. Con la gran impresión que puede suponerse y con verdadera emoción he tocado el pañuelo en su mano derecha, en la que había un poco de sangre, y recogimos algunas reliquias de su cuerpo, que conservo como inapreciable recuerdo.

»Funerales.—El traslado del cadáver del padre Fernando y los de sus compañeros de martirio a la iglesia de Jesús fué apoteósico y altamente impresionante, sobre todo para mí, cuando al entrar en el templo con el féretro a hombros entre un pariente mío y un amigo, mi hijo Rafael y yo, oímos grandes murmullos y las aclamaciones del público, que llenaba totalmente la iglesia, exclamando: «¡El padre Fernando! ¡El padre Fernando, el santo!».

»Sepelio.—Después de celebrados solemnísimamente los funerales en la dicha iglesia de Jesús, el cadáver del padre Fernando, con los de los otros compañeros mártires, fué trasladado con numeroso acompañamiento al cementerio de San Isidro e inhumado en la cripta que la Orden allí posee, en el patio de la Concepción, donde ocupa el nicho superior.»

Que los fieles se encomiendan a la intercesión del siervo de Dios lo demuestran algunas gracias atribuídas al valimiento del padre Fernando ante el Señor, como a continuación verá el lector.

«Al hallarme yo en Barcelona—escribe don José—cuando estalló el Movimiento, y donde estuve más de un mes incomunicado de mi familia y rodeado de terribles peligros y dificultades para salir de allí, me acordé del influjo del padre Fernando y a él recurrí para resolver mi situación, pues daba por seguro que sería de las primeras víctimas de los elementos revolucionarios. Y cuando me vi en mi casa, rodeado de mi familia, no pude por menos de atribuir mi libertad al que ya era mártir. En efecto, habiendo fracasado todos los intentos para salir de aquel infierno marxista, surgió, mediante las gestiones de uno de nuestros compañeros de negocios, un súbdito francés que nos proporcionó a todos el medio de evadirnos en un buque de guerra de la Marina francesa, el 14 de agosto de aquel año fatídico 1936, después de sufrir varias vicisitudes que pusieron en peligro nuestras vidas. Y como el padre Fernando fué sacrificado el día 12 del mismo mes, o sea dos días antes de mi liberación, puede creerse, yo al menos así lo creo, que protegió mi vida desde el cielo el que había sido mi hermano y padrino de pila.»

Otro caso que puede imputarse como milagroso, debido a su intervención, es el ocurrido recientemente a un nieto mío, hijo de mi hijo Jaime, según éste refiere en la nota que se acompaña: «Cura-

ción del niño de nueve meses Jaime Olmedo Suárez, atribuída al padre Fernando de Santiago. Desde las ocho de la tarde del domingo 13 de marzo de 1955 entró el niño en colapso; pero, por descuido de sus padres, que desconocían la gravedad, no fué avisado el médico, el doctor don Javier Teijeira Brunet, hasta las once de la noche, en que ya había muy poco que hacer para salvar la vida del niño. Tan pronto llegó el médico se le aplicó coramina, sympatón, suero fisiológico y glucosado, penicilina, oxígeno... y el colapso continuaba. El médico no se separó en ningún momento del enfermo, pero éste no reaccionaba. Sobre las tres de la mañana se le aplicó plasma como último recurso, y empezó a recobrar el color, quedando ya fuera de peligro a las ocho de la mañana. El colapso fué producido, entre otras cosas, a septicemia, infección meníngea y pleural, deshidratación, etc. Desde las once de la noche, en que el niño estaba todo amoratado y desencajado, como muerto, fué encomendada su curación al padre Fernando de Santiago, y a las ocho de la mañana se le tocó con un papel manuscrito del padre Fernando. Desde el martes 15 de marzo de 1955 se encuentra en franca mejoría. No tiene fiebre, pero aún se le sigue el tratamiento para la afección meníngea y pleural. *Jaime Olmedo Limeses.*—El niño Jaime esta perfectamente bien y sigue su completo desarrollo normal en la fecha en que escribimos estas notas biográficas (29 de septiembre de 1959).»

«Por el periódico *El Pueblo Gallego*, que le envío por este correo, se enterará V. R. de la odisea que ha sufrido mi hijo Rafael el 9 de los corrientes (enero de 1958), volando por afición en una avioneta del Aéreo Club de Vigo, y durante el cual él y su compañero, don Juan Carlos Ferreiro, se vieron en inminente peligro, porque al querer aterrizar fueron envueltos en una densísima nube que les privó de aterrizar en parte alguna, y estuvieron una hora y veinte minutos desorientados y perdidos, sin otra solución que estrellarse contra una montaña o caer en el mar. En esta desesperada situación, agravada además por la falta de carburante, próximo a agotárseles, daban por seguro que no saldrían con vida de esta aventura, y entonces se encomendaron al padre Fernando, suplicándole que les librara de una muerte segura, súplica que fué oída y atendida, porque en medio de esta desolación, y cuando les quedaba gasolina sólo para quince minutos, hallaron un pequeño claro por donde se lanzaron en picado, y fueron a aterrizar a un reducido prado sin que sufrieran el menor rasguño, viéndose sanos y salvos. Al encontrarse en tierra, se dieron cuenta de hallarse en la ladera de un monte que tiene de altura 1.470 metros y al borde de un precipicio de 300 metros. Todo lo cual les confirmó el milagro realizado por el

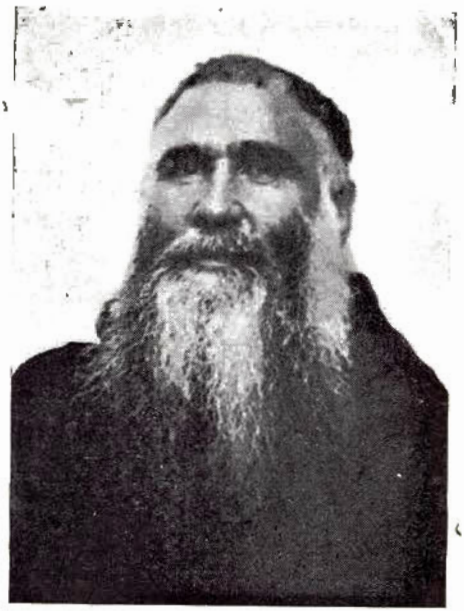
padre Fernando, logrando por su intervención hacer un aterrizaje que, según los técnicos, aun en las condiciones más normales y favorables, sería dificilísimo realizarlo. Todo lo cual hicieron público ante los muchos amigos que les esperaban cuando llegaron al Aéreo Club... *José Olmedo.*»

«Te suplicamos, padre Fernando de Santiago, que estás cerca de Dios Nuestro Señor, que nuestro hijo viva y que conozcamos a la mayor brevedad su posible paradero, y te prometemos dar cuenta del milagro. Ruégale a Dios que nada le falte.—Limosna para el proceso del padre Fernando de Santiago, que nos ha alcanzado la gracia de encontrar a nuestro hijo Fernando. Mil pesetas.»

En el cepillo de gracias y limosnas se ha encontrado esta súplica y la gracia que se le atribuye al siervo de Dios en distintas fechas, juntamente con la limosna ofrecida de mil pesetas. No hay firma.

En las reuniones que las Conferencias de San Vicente de Paúl celebran periódicamente en la ciudad de Pontevedra, donde el padre Fernando tanta caridad y celo apostólico desplegó siendo seglar, se pide su beatificación juntamente con la oración que se venía rezando por la de Federico Ozanán, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, modificándose la súplica en la forma siguiente: «¡Oh Dios, que infundisteis el amor a los pobres en el corazón de Federico Ozanán, inspirándole la fundación de una sociedad para el alivio de las miserias espirituales y corporales de los menesterosos, la cual propagó fray Fernando María de Santiago con fervoroso celo hasta el momento de su heroica muerte! Dignaos bendecir esta obra de caridad y apostolado, y si entra en Vuestros designios el que vuestros siervos Federcio Ozanán y Fernando María de Santiago sean glorificados por la Iglesia, os suplicamos que por medio de favores celestiales manifestéis el valimiento que alcanzan cerca de Vos. Por Jesucrfisto Nuestro Señor. Amén.» *(José Olmedo.)*

El proceso ordinario informativo de beatificación del siervo de Dios padre Fernando se tramita conjuntamente con el del padre Andrés de Palazuelo y otros compañeros mártires Capuchinos; va muy adelantado, y esperamos que cuando salgan de la imprenta estas páginas haya sido ya entregado a la Sagrada Congregación de Ritos. Que el Señor escuche nuestros deseos y los de tantas personas devotas del padre Fernando de Santiago.



Siervo de Dios

R. P. ILDEFONSO DE ARMELLADA

SIERVO DE DIOS
R. P. ILDEFONSO DE ARMELLADA

I

Nacimiento y primeros años.—A los Seminarios Menores.— En Astorga, Oviedo y Salamanca.—Sacerdote y coadjutor.

En la población de Armellada, diócesis de Oviedo y provincia de León, el día 2 de mayo del año 1874 nació un niño que, bautizado al día siguiente, recibió, con las aguas bautismales, el nombre de Segundo Pérez Arias; hijo legítimo de don Benito y de doña Magdalena. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Miguel, Segundo (padre Ildefonso), Felisa y Marcelino. Fué confirmado el 29 de junio de 1876. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

«Nuestros padres nos educaron en el santo temor de Dios. Mi hermano Ildefonso fué un niño bueno; en general, como los otros; fué monaguillo, y no había necesidad de mandarle a la iglesia. Tampoco recuerdo que trajera disgustos a casa. En la escuela fué tan aprovechado que dejaba atrás a otros mayores, pegándole por ello dichos muchachos.» «De muchacho fué como todos: ni piadoso, ni malo; algo inclinado a las travesuras y de mucho carácter: todos los días se rezaba el santo rosario en el hogar paterno.» *(Felisa Pérez Arias.)*

«El padre Ildefonso tenía un tío sacerdote, hermano de su madre, llamado don Juan Arias... Sintiéndose él también llamado al estado sacerdotal, inició los estudios de latín y humanidades en los Seminarios Menores de Santa María del Rey y de Villaviciosa. Los estudios superiores los hizo en los Seminarios Mayores de Astorga y Oviedo; el último de la carrera eclesiástica, en Salamanca, aprovechando

una beca. Todos los años nos encontrábamos durante las vacaciones de verano, llevando siempre buena conducta de seminarista.» *(Presbítero Agapito Martínez Pérez.)*

Terminados felizmente los estudios, llegó el día anhelado de la ordenación sacerdotal, recibiendo el presbiterado el día 9 de junio del año 1900. Luego, su Prelado le destinó a la parroquia de Villaquejida en calidad de coadjutor. «Supe que por rarezas del señor párroco no pudo avenirse con él durante los dos años que, aproximadamente, permaneció en la parroquia.» «Por celos del señor párroco, porque el pueblo le quería más a él, tuvo que marcharse, y por eso el pueblo apedreó la casa del señor cura.» *(Felisa Pérez Arias.)*

II

Al claustro seráfico.—En los Seminarios Mayores de la Orden.—Profesor y vicedirector.

La inteligencia humana, en su pequeñez, no puede adivinar los planes de la divina Providencia, sino acatarlos humildemente, porque el Señor los realiza con peso y medida infinitos, valiéndose frecuentemente de los desaciertos de los hombres, para que otros cumplan sus adorables y sapientísimos propósitos. Algo de esto sucedió en la vocación religiosa al joven sacerdote don Segundo Pérez Arias. Porque luego de las ya relatadas *rozaduras* del señor párroco fué «trasladado a los pueblos de Tonín y Pendilla; a los pocos días se marchó Capuchino, sin decírselo ni despedirse de nadie, con gran disgusto de su padre». «Esta falta de mutua comprensión motivó su vocación a la Orden Capuchina, según él mismo me dijo, ingresando después de dos años de su ordenación de sacerdote.» *(Presbítero Agapito Martínez Pérez.)*

Efectivamente, el día 29 de mayo del año 1902 cambiaba la sotana secular por el hábito Capuchino, a los veintisiete de edad. En la ceremonia de vestición dejó el nombre de Segundo y tomó el de fray Ildefonso de Armellada. Su comportamiento durante el año de probación, que indudablemente tuvo que serle bastante duro, aunque se considerara su dignidad sacerdotal, fué inmejorable. «Noté —dice un connovicio—que era muy observante, caritativo y afable. En algunas crisis del espíritu, muy explicables en jóvenes que empiezan la vida religosa, padecidas por mí mismo, encontré consuelo y aliento en el padre Ildefonso.» *(Padre Dámaso de Gradefes.)*

El mejor testimonio de su proceder durante el año de noviciado nos lo da el vicemaestro suyo en pocas pero decisivas palabras: «El

padre Ildefonso ingresó en la Orden ya sacerdote y tuvo una vocación resuelta, decidida y a toda prueba; lo pude comprobar aun en el santo noviciado, ya que siendo él novicio era yo vicemaestro.» *(Padre Pacífico de Mellanzos.)*

Por otra parte, reunida la comunidad en tres ocasiones para votar a favor o en contra, obtuvo todos los votos favorables en orden a la profesión. De aquí que, concluído felizmente el año de prueba, emitiera los votos religiosos el 31 de mayo del año 1903. *(Acta de profesión.)*

Después de su consagración al Señor fué destinado a los Colegios Mayores de la Orden para repasar las ciencias filosóficas y teológicas durante tres años, ya que en ese lapso de tiempo no podía habitualmente ejercer el santo apostolado, porque así lo disponen leyes de la Orden. Terminado el trienio de relativo reposo y retraimiento del mundo, se consagró definitivamente a Dios, mediante la profesión solemne, efectuada el 3 de junio de 1906. *(Acta de profesión solemne.)*

Cumplido el tiempo de adaptación a las leyes y espíritu de la Orden, fué destinado el siervo de Dios al convento de Fuenterrabía para regentar la cátedra de latín y humanidades. Allí permaneció hasta el año de 1910, en que los Superiores le trasladaron al colegio de Montehano como vicerrector del mismo y profesor de las asignaturas ya mencionadas. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

Buen religioso era el padre Ildefonso; pero de carácter duro y naturalmente rígido, aunque dotado de seráfica caridad. «Yo fuí su discípulo. Era el padre Armellada buen religioso, ejemplar para todos y especialmente para los estudiantes, y muy observante de las leyes de la Orden, obediente y sumiso a los Superiores. Como director y profesor cumplió con su deber.» *(Padre Eladio de Cegoñal.)*

«Fué siempre muy observante, austero, obediente, ejemplar; religioso completo.» «En todo momento le conceptué como buen religioso, observante, austero, alejado de discusiones políticas y consagrado enteramente a Dios Nuestro Señor y al ministerio de la salvación de las almas.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

Cuando el padre Ildefonso era vicerrector del colegio de Montehano le ocurrió determinada graciosa anécdota que confirma la dura corteza de su carácter; es del tenor siguiente: Un estudiante, discípulo suyo, le presentó una composición o discurso para que la examinara, y, obtenida la aprobación, recitarla ante la comunidad. No sé lo que encontró el padre en la composición, ni qué dijo al estudiante, ni tampoco qué respondió éste al vicerrector. Lo que sí es cierto que, algún tanto ceñudo y malhumorado, dijo al novel orador: «¿Quiere el vestido de seglar?» Dicha pregunta equivalía a

esta otra: «¿Quiere que se le despache de la Orden y se le envíe a su casa?» Pero como, al parecer, el estudiante no era tampoco muy asustadizo, le respondió tranquilamente: «Ni V., padre, ni nadie me da a mí el traje de seglar; quiere que ande con la cabeza baja, pues andaré.» Y así terminó el lance, pues el estudiante no vistió traje secular y, al correr de los años, dió misiones con el padre Armellada, refiriendo él en una plática la dicha anécdota, para probar que tenía mal genio. *(Padre Lorenzo de Quintanilla.)*

III

Guardián.—Consiliario.—Instructor de hermanos.— Predicador.

En el Capítulo Provincial celebrado en Bilbao el año de 1913 fué nombrado el padre Ildefonso guardián del convento de Trevejo, región apartada de la provincia de Cáceres, e instructor de hermanos legos; cumplido dicho oficio fué trasladado al convento de Salamanca con los cargos de vicario, consejero del Superior e instructor de hermanos, lo mismo que en San Martín de Trevejo. Desempeñados laudablemente estos empleos durante un trienio, otra vez es elegido vicerrector y profesor de latín en el Seminario Seráfico de El Pardo. El padre Ildefonso era buen latinista y practicaba con bastante asiduidad el adagio de que «la letra, con sangre entra». Por aquella época, en que tanto se sacrificaba por grabar en la mente de los jóvenes la lengua ciceroniana, los pilluelos aspirantes a Capuchinos le endilgaron el gracioso sobre nombre de *padre Machaca. (Padre Abel de Bilbao.)*

Era buen humanista, indudablemente, el siervo de Dios, y con verdadera vocación para la enseñanza, que resultaba agradable e instructiva, mezclada en ocasiones con facetas ocurridas cuando era él seminarista. Pero no la tenía, sin embargo, para asumir la grave responsabilidad de dirigir a los estudiantes en su formación religiosa, ya se tratara de los del Seminario Seráfico, ya de los de los Colegios Mayores. Para él era carga poco menos que insoportable, no por falta de virtud y espíritu de abnegación, sino más bien por delicadeza de conciencia y por la dificultad de adaptar el temperamento serio a la natural manera de ser de la juventud. En cambio, su puesto adecuado era la predicación, especialmente las misiones populares. Tenía para este género de apostolado todas las cualidades físicas y morales que hacen recomendable al predicador evangélico. Luenga y poblada barba, color moreno, ojos grandes, mirada muy

penetrante, voz llena y sonora, fuego en la dicción, aspecto penitente, vida devota y austera, costumbres ejemplares, nobleza de sentimientos, caridad ardiente, verdadero celo, porte exterior ordenado y modesto, buena preparación científica. He ahí los rasgos característicos más notables del padre Armellada.

«Religioso Capuchino el padre Ildefonso, le traté varias veces cuando él predicaba misiones por estos contornos, dándome cuenta que llevaba la austera vida Capuchina con verdadero espíritu religioso. En cierta ocasión fuí a visitarle al convento de León; me recibió con gran amabilidad, me llevó a la huerta y me enseñó el lavadero donde lavaba su propia ropa, lo que me sirvió de gran edificación. Daba una misión en Matalengua y le esperaban para dar también otra en determinado pueblo. Le dije yo que no fuera, porque podían recibirle a estacazos. Respondió él: «Me sentiría muy feliz si me recibieran a palos.» El padre Ildefonso estaba haciendo oración mental, y así permaneció imperturbable. Cuando fué a dar una misión a la parroquia de Ferreras, en donde era párroco su tío Juan, las ancianitas que le habían conocido de niño, salieron a recibirle y se lanzaban a besarle, recibiéndolas él con una bondad que edificaba.» *(Presbítero Agapito Martínez Pérez.)*

«Varias veces estuvo en nuestro pueblo, y dió dos misiones con un entusiasmo y fervor tan grandes, que todos lloraban; y alguno que otro, que no iba a la iglesia, se fué él a su casa y por delante los llevó al templo, no quedando nadie sin confesarse.» *(Felisa Pérez Arias.)*

IV

Otra vez guardián.—Vicario y consejero.—En Gijón.— Vocación de mártir.

Sentía el padre Ildefonso verdadero pánico para desempeñar oficios que llevaban consigo autoridad y seria responsabilidad; huía de ellos cuanto, sin faltar a la obediencia, le era posible. Pero precisamente porque no tenía apetito desordenado de mando, le perseguían los cargos. De hecho, el año de 1928 fué elegido guardián del convento de El Pardo, carga en realidad gravosa, porque debía pensar no sólo en los religiosos de la comunidad, sino también en los jóvenes seminaristas, al menos en lo referente a la parte económica. Sabemos con certeza que durante el trienio presentó la renuncia de la guardianía a los Superiores mayores, que no la aceptaron, y en su puesto tuvo que permanecer resignado hasta el año de 1931, en

que se le nombró vicario y consejero del convento de Vigo. Cumplido que hubo el tiempo prescripto por las leyes, se le agregó a la familia religiosa del convento de Gijón, en calidad de predicador y sin ningún cargo, viendo así colmados los deseos de no desempeñar prelacías. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

« El padre Ildefonso de Armellada nos predicó a los estudiantes ordenandos los santos ejercicios cuando iba yo a recibir el diaconado, poniendo en sus pláticas gran interés por orientarnos y enfervorizarnos. Al día siguiente de mi ordenación fuí a oficiar de diácono a un convento de religiosas Agustinas. En la misa solemne predicó el padre Ildefonso. Después de la misa asistimos a una sencilla refacción, acompañados de varios sacerdotes y de un padre Agustino. Durante el pequeño ágape se le dijo al padre Ildefonso que no volviera al convento de Gijón, porque le iban a matar. El respondió: «No me importa; yo tengo vocación de mártir.» *(Padre Olegario de Cifuentes.)* Nótese que el padre Armellada hablaba cuando ya habían ocurrido los gravísimos sucesos de Asturias y se aproximaba la persecución general en toda la parte de España dominada por los rojos.

V

Con sus hermanos en la persecución.—Conducido a la Comisaría.—En la Residencia-cárcel de los padres Jesuítas.—A la parroquia-cárcel de San José.

El padre Armellada no siguió el consejo humanamente sabio de quedarse en León como lugar menos peligroso que Asturias, demostrado ya por las muchas revueltas, y comprobado más tarde, al desencadenarse la persecución general en los predios comunistas; antes bien, quiso correr la suerte de sus hermanos y con ellos andar la vía dolorosa del calvario, marchando a Gijón, llenados los compromisos de apostolado.

Como los otros religiosos de la comunidad, presenció la toma del convento por la Guardia Civil, el abandono en que ésta los dejó antes de las veinticuatro horas, el asalto de las turbas con bombas de mano y con otras armas destructoras y contundentes, la zozobra propia y la de los demás en tan aciagos momentos; él fué uno de los que gritaron «Somos gente de paz» cuando todos se encontraban aterrados en el sótano de la casa. bajo el fuego destructor de los asaltantes. Y, al fin, detenido y llevado preso a la Comisaría con los siervos de Dios padres Berardo, Arcángel y con el hermano fray Eusebio. *(Padre Manuel de Hontoria.)*

Alguien ha escrito que el padre Ildefonso llevaba un maletín en la mano cuando le conducían a la Comisaría, y que al verle una mujerzuela, enfurecida, dijo: «Ese lleva los tesoros del convento.» Por informes obtenidos posteriormente, me inclino a que era el padre Arcángel quien llevaba maletín, ya que el padre Ildefonso había antes enviado su tesoro, es decir, los trabajos de predicación, a casa de una parienta que vivía en la misma villa; trabajos que ella más tarde destruyó por temor a los registros.

De la Comisaría fué trasladado el padre Armellada a la Residencia de los padres Jesuítas, convertida por los rojos en cárcel de religiosos, sacerdotes, buenos católicos y gente honrada. Del hecho tenemos testimonios irrecusables, como en seguida verá el lector. «Al reverendo padre Ildefonso de Armellada lo identifico (por la fotografía) plenamente y recuerdo perfectamente.» *(Abogado Bonifacio L. Somonte.)*

«El reverendo padre Ildefonso de Armellada, Capuchino, era primo mío, y le conocí en Gijón por los años de 1934 al 1936. Como las cosas estaban tan malas, nos dijo en cierta ocasión que fuéramos a buscar un maletín que contenía los trabajos escritos de su predicación; y así lo hicimos, pues la muchacha de servicio fué a buscarlos y los trajo. Después hubo que destruirlo todo por el peligro que corríamos en los registros. En los últimos días de julio del citado año fué llevado a la Residencia de los padres Jesuítas con otros religiosos y seglares, por el Frente Popular, en calidad de detenido. Desde la Residencia-prisión nos mandó aviso, y yo fuí a visitarle. Pude verle en la puerta de la Residencia; estaba en mangas de camisa, con chaleco de hombre, barba recortada y cara sonriente. Me pidió que le enviara una almohada, un cobertor y una toalla; todo se lo envié, llevándolo antes al Instituto Jovellanos para que allí lo examinaran. Al ver la toalla, me preguntaron que para quién era. Les contesté que para el padre Ildefonso. Entonces dijeron: «Que se limpie con la falda de la camisa.» Pero sé que se la entregaron. También le enviaba, por medio de la sirvienta, alimentos, mas él me avisó que no se los enviara, porque estaba provisto de todo. Como es comprensible, estos servicios se los presté con peligro de mi propia vida.» *(Julia Arias.)*

«Conocí al padre Ildefonso de Armellada, Capuchino, primero en el convento de Gijón y después en la Residencia de los padres Jesuítas, convertida en cárcel. El motivo de ver al padre Ildefonso fué que una sobrina suya, en cuya casa estaba yo, fué a llevarle ropa, porque estaba lleno de miseria. También le llevaba alimentos, hasta que él me dijo un día que no le llevara más, porque no los necesitaba. El padre Ildefonso estaba con hábito los primeros días;

después ya estaba de paisano. Ordinariamente lo encontré muy tranquilo y resignado, aunque alguna vez también se impresionaba cuando yo hablaba con él, y derramaba alguna lágrima. Decía que había que conformarse con la voluntad de Dios, y que si los mataban había que resignarse a las disposiciones divinas. Cuando iba a llevarle las cosas al padre Ildefonso, los primeros días me dejaron hablar con él, y también se acercaban otros religiosos Capuchinos, algunos vestidos de hábito los primeros días, como el padre Ildefonso. También hablaron algunas veces conmigo; tres o cuatro, además del padre Ildefonso, vi en la Residencia-prisión. Después que los llevaron a la iglesia de San José, el día 14 de agosto los mataron, llevándolos al pueblo de Tremanes y a Jove.» *(Antonia Suárez.)*

VI

Hacia el calvario.—Testimonio oficial de la muerte.
Después del martirio.—Hacia la beatificación.

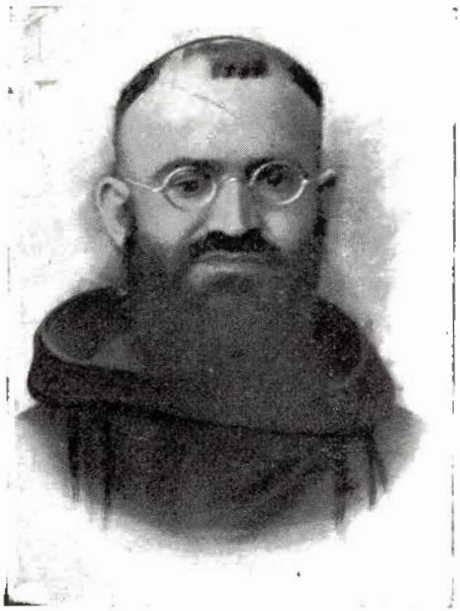
Quiero recordar ahora lo que ya dije al consignar algunos datos del siervo de Dios padre Berardo de Visantoña, y es que, como él, forma el padre Armellada parte de los mártires Capuchinos de Asturias. Por eso, cuanto he escrito del padre Arcángel, no personal suyo, se debe aplicar también a los otros compañeros de martirio. De consiguiente, sólo recuerdo ahora en pocas líneas cómo el padre Ildefonso, el día 14 de agosto fué sacado violentamente de la iglesia de San José, de Gijón, y llevado, entre la insultante gritería del populacho, al cementerio de Jove, y allí, después de haber dado testimonio de su fe con un viva a *Cristo Rey* y otro a *Cristo Redentor,* aceptó generosamente el sacrificio de su vida, segada por las ametralladoras manejadas por el odio satánico del comunismo materialista internacional.

La muerte violenta del padre Ildefonso fué oficialmente reconocida con el nombre suyo secular, como lo prueba el documento que a continuación copio: «Don Luis Cabeza García, secretario del Juzgado de Instrucción número 1, de Gijón.—*Certifico*: Que en el legajo obrante en este Juzgado con motivo del levantamiento de cadáveres de esta villa, durante la pasada guerra de Liberación, obran en la diligencia de fecha catorce de agosto de mil novecientos treinta y seis los asientos siguientes: *Segundo Pérez Arias.* Herida por arma de fuego en la región temporal izquierda, con salida por la parietal derecha. Muerte por hemorragia cerebral.»

Las tres lápidas erigidas en recuerdo y como homenaje a la me-

moria de los mártires, es decir, la del cementerio de Jove, la de la iglesia de los padres Jesuítas de Gijón y la de los padres Capuchinos de la misma villa, registran el nombre del padre Ildefonso de Armellada. Su memoria no se ha extinguido con la muerte, ya que son muchas las personas que a él se encomiendan y desean y piden su beatificación.

El proceso de beatificación del siervo de Dios, encabezado por el padre Berardo de Visantoña, se introdujo en la Curia Arzobispal de Oviedo el 10 de marzo del año 1933, se terminó el 10 de diciembre del mismo año, se entregó a la Sagrada Congregación de Ritos el 18 de enero de 1954, y el 28 del citado mes emanaron de la misma Sagrada Congregación tres decretos, con que autorizaba la apertura del triple proceso: *de fama*, de la *búsqueda de los escritos* y de *no culto público*.



Siervo de Dios

R. P. GREGORIO DE LA MATA

SIERVO DE DIOS
R. P. GREGORIO LA DE MATA

I

Nacimiento, padres, hermanos y niñez.—Vocación religiosa.—En el Seminario Menor de Morgovejo.

En el pequeño pueblo de La Mata de Monteagudo, partido de Riaño, a ocho kilómetros de la estación de Puente-Almuhey, asiento del santuario regional de la Virgen de la Velilla, diócesis y provincia de León, el 25 de marzo del año 1889 nació un niño que con la estola de la inocencia recibió el nombre de *Quirino*. Sus padres fueron don Casto Díez Blanco y doña Faustina Blanco Alvarez. (*Partida de bautismo.*) Era don Casto de costumbres cristianas tan profundamente arraigadas, que se consideraba en aquella región montañesa algo así como un patriarca respetado y venerado por todos, pasando por lo que irónicamente llámase un beato, pero que en el fondo es índice de profunda religiosidad. Como detalle de su devoción se cuenta que rezando el santo rosario en familia, don Casto se ponía de rodillas en lugar elevado; con su ejemplo, sin decir palabra, conseguía que todos los asistentes a tan devota plegaria mariana la rezaran también arrodillados. Doña Faustina no se quedaba atrás en su devoción y en su vida cristiana práctica, por lo cual el hogar en que nació el siervo de Dios era el tipo clásico de familia católica hondamente fervorosa: se rezaba todos los días el rosario en familia, se tenían frecuentes meditaciones y lecturas espirituales, se respiraba, en una palabra, espíritu verdaderamente cristiano de lo más hermoso y ejemplar.

El padre Gregorio tuvo otros diez hermanos, tres de ellos, varo-

nes, y las demás, hermanas. Fruto de la educación católica recibida de sus padres, fué el que cuatro de los mismos se consagraran al servicio del Señor. El mayor, llamado Claudio, inició la carrera eclesiástica para el estado sacerdotal secular, muriendo sin poder alcanzar sus encomiables aspiraciones, en el Seminario Conciliar de León, antes de terminar los estudios. Francisco, que ingresó en la Orden Capuchina después del padre Gregorio, de quien verá algunos datos más adelante el lector. Julita, que ingresó en el convento de Clarisas de Valdemoro con el nombre de sor María del Carmen, viviendo y muriendo como religiosa buena y ejemplar sobremanera, como lo han ponderado sus Superioras y hermanas de hábito. Los demás se llamaron Eduvigis, María, Isabel, Felipe, Felipa, Petra y Antonio, todos ya fallecidos, menos Eduvigis y Petra. (*Salustiano Fernández.*)

El niño Quirino era de carácter bondadoso, devoto, algo tímido y muy aplicado en la escuela del pueblo, que frecuentó desde su más tierna edad. Acerca de él ha llegado buen número de cartas de sus paisanos y contemporáneos, enviadas por el señor cura párroco, en las cuales dan detalles de su niñez y de las impresiones que dejó, ya religioso, cuando visitó alguna que otra vez el pueblo natal. Unos dicen que en la escuela era el más aplicado de todos los niños. Otros, que era de carácter muy alegre, por lo cual resultaba grata su compañía. Quienes aseguran que fué en todo muy obediente a sus padres y mayores. Quienes que en sus raras visitas a la familia, predicando al pueblo aconsejaba la obediencia a los padres, el rezo del santo rosario, la educación cristiana de la familia, especialmente viendo cómo se ponían las cosas en tiempo de la República. Una de esas sencillas cartas traza del siervo de Dios el siguiente laudable cuadro: «Su carácter fué siempre sumiso, lo que resaltaba más por su humildad y obediencia pronta y alegre. Siempre fué afable en el trato con los demás; por su parte, nunca había ruidos; antes al contrario, procuraba la paz. En el templo daba ya desde su tierna edad señales de piedad, sumamente recogido y con la vista concentrada. Era asiduo en frecuentar los santos sacramentos de Penitencia y Comunión en todas las festividades y novenas. Después de ser religioso, cuantas veces estuvo en el pueblo era tal su compostura, que sacábamos la impresión de estar hablando con un santo; a todos edificaba con su ejemplo y exhortaba hacia el bien con su palabra.» (*Juana Fernández.*)

Por su parte, doña Dolores López del Blanco, contemporánea del padre Gregorio, en pocas líneas encomia su conducta durante la infancia y primera juventud: «Todos—dice—, ya desde niño, le teníamos por un santo; tanto, que nunca en su presencia permitía ni

palabras malas, ni altercados; él lo componía todo y todos le obedecíamos. Jamás hizo mal a nadie; antes, toda su vida en el pueblo se reducía a procurar el bien a cuantos le rodeábamos y a aconsejar la virtud, lo que parecía impropio de su tierna edad.»

Casi desde niño sintió el siervo de Dios la vocación al estado religioso. Así lo aseguró otro religioso también de La Mata y compañero del padre Gregorio: «Su vocación *genérica*—escribió—siempre la tuvo. Pero se centró en nuestra Orden con motivo de una misión que dieron en la Velilla el año 1900 (me parece) los padres Daniel de Riaño y Juan de Guernica. Desde entonces, ni él ni yo vacilamos un momento. El año 1902 (noviembre) comenzamos el estudio de Humanidades en la Preceptoría de Morgovejo (León). Estudiamos dos años allí; los otros dos años los estudiamos en Fuenterrabía, después de haber profesado en la Orden. Su aprovechamiento, sin ser de los sobresalientes, fué siempre notable, y en toda su vida, ya desde niño, se distinguió por su sencillez y cierta timidez natural muy simpática a todos.» (*Padre Fulgencio de la Mata.*)

II

Al claustro seráfico.—Los escrúpulos.—Profesión simple.
A los Colegios Mayores.—La profesión solemne.

Clara y determinada la vocación del joven Quirino, aprobados felizmente los dos años de latín y humanidades en el Seminario Menor de Morgovejo, marchó al convento de Capuchinos de Basurto, donde el 8 de septiembre del año 1904 vistió la humilde librea seráfica, cambiando en la ceremonia el nombre de Quirino Díez del Blanco por el de fray Gregorio María de La Mata. *(Acta de vestición de hábito.)*

Durante el año de probación padeció dolorosamente la enfermedad de los escrúpulos, enfermedad que con mayor o menor intensidad le acompañó toda la vida. Pero su conducta fué intachable, como lo demuestra el resultado de la triple votación a que tuvo que someterse por ley canónica en orden a ser admitido o rechazado a la profesión religiosa, ya que siempre obtuvo todos los votos o sufragios de la comunidad, consagrándose temporalmente al Señor mediante la profesión de los Consejos Evangélicos emitida el día 10 de septiembre del año 1905. *(Acta de profesión.)*

Ya profeso, fray Gregorio fué sucesivamente enviado a los Colegios Mayores de la Orden establecidos en Fuenterrabía, El Pardo y León. En el primero de ellos terminó los estudios humanísticos

e inició el estudio de la Filosofía, terminándola en el real convento de El Pardo. Los cuatro años de ciencias eclesiásticas, mas otro de elocuencia sagrada, los cursó en el Colegio Teológico de León. Entre tanto, se unió definitivamente a Dios y a la Orden Capuchina mediante la profesión solemne hecha el día 25 de octubre de 1908. *(Acta de profesión solemne.)*

La conducta del siervo de Dios durante los estudios académicos fué en todo momento laudable; la aplicación al estudio ejemplar; la piedad digna de imitarse. A la vista tenemos las calificaciones obtenidas en ciencia y en conducta. Las notas alcanzadas en los estudios filosóficos se acercan más al sobresaliente que al notable. En conducta tuvo los tres años, invariablemente, cuatro puntos, nota que se puede considerar máxima, porque los cinco casi nunca se concedían a los estudiantes. Durante los estudios teológicos bajó la calificación, pero nunca más de notable. En conducta sólo tres puntos se registran. Mas hay que tener presente que el director del Colegio Teológico era grandemente exigente y no menos parco en la clasificación de conducta, pues así procedía con los demás estudiantes, sin permitirse alargar más la mano de lo que le autorizaba su natural estrechez.

III

Ante la muerte de su hermano fray Faustino.—Carta consoladora.—Las órdenes sagradas.—La primera misa. Un año más de estudio.

En páginas anteriores se ha hablado de un hermano del padre Gregorio llamado en el siglo Francisco, más joven que el siervo de Dios. Nació el 2 de abril del año 1891 e ingresó en la Orden Capuchina el 22 de julio de 1906. El 23 de julio del año siguiente hizo la profesión de los votos simples en el convento de Basurto. Luego fué trasladado al Colegio de Montehano, donde continuó los estudios humanísticos y cursó primer año de ciencias filosóficas. Al año siguiente, con los condiscípulos fué trasladado al convento de Bilbao para proseguir la carrera eclesiástica. Pero atacado por la tuberculosis, murió piadosamente en el mismo convento el 14 de junio de 1911, cumplidos cuatro años de vida religiosa. Fray Faustino, que así se llamó desde la vestición del hábito, fué religioso piadoso, formal, ejemplar, y, en talento, verdaderamente superdotado, sobre todo para las ciencias exactas, viéndose en apuros algunos de sus profesores para resolver las dificultades que presentaba fray Faustino

en clase; pero en él no se notaba la menor presunción o estima del talento que Dios largamente le había concedido. Fué mi condiscípulo, y por eso doy esta referencia personal.

Cuando falleció fray Faustino estudiaba en León la sagrada Teología fray Gregorio, sintiendo amargamente la muerte del hermano, ya que cifraba sus esperanzas en verle pronto junto a sí, y más tarde trabajar juntos en el ejercicio del santo apostolado. Mas bueno como era el siervo de Dios, después de pagar tributo a los naturales afectos dolorosos del corazón, volvió la mirada hacia sus padres y hermanos para consolarlos ante la muerte del hijo y hermano muy querido de todos. Para llenar cumplidamente dicho deber, escribió la carta que a continuación copiamos: «J. M. J. y F. León, diciembre 26 de 1911. Amadísimos padres y hermanas: El divino Jesús les dé a todos su santa paz y les colme de gracias y bendiciones. Me complazco sumamente en dirigirles a ustedes la presente carta, que habrán estado esperando con ansia en estos días pasados; mas ya me dispensarán, pues hasta hoy no he tenido proporción. En primer lugar, les felicito las Pascuas (no me atrevo a decir de Navidad, que parece que ya pasaron), pero sí de Año Nuevo y Reyes, que Dios mediante, vamos a celebrar. Y pido al mismo tiempo al Niño Jesús que llene sus almas de dones y gracias celestiales y que inunde sus corazones de gozo y alegría. Sí, queridos padres y hermanas, gócense y alégrense santamente en estos días en que tanto resplandece la misericordia de Dios para con nosotros. Hábloles así porque sé que están demasiado de luto y con excesiva pena y aflicción por lo ya pasado. Sí, no debemos estar nunca tristes porque seres queridos nuestros son transportados de este mundo lleno de miserias a otro de dicha y felicidad; antes bien debiéramos alegrarnos, porque ellos allí son felices y pedirán por nosotros para que algún día lleguemos a ser compañeros suyos. ¡Oh!, y qué Pascuas más alegres pasará en el cielo nuestro bendito hermano fray Faustino. Por lo tanto, desechen todo recuerdo triste y arrójense en los brazos de la divina Providencia y piensen en la dicha de los que se van y en los trabajos que tenemos que pasar los que aún vivimos en este mundo. Y si necesitamos consuelo, vayamos a Jesús Niño, que es el que ha venido a endulzar todas nuestras penas. ¡Ea, pues!, alegrémonos en estos días y conservemos nuestro corazón libre de todo embarazo para que la gracia del divino Niño Dios obre en nuestras almas. Procuremos, a imitación de nuestro padre San Francisco, ser muy devotos del Niño de Belén, imitando las virtudes que nos enseña. Aprendamos de El la humildad y el desprendimiento del mundo, la mortificación de nuestros sentidos y, sobre todo, la pobreza de espíritu, o sea el desapego de los bienes temporales, para que

nuestro corazón esté libre para más amar a Dios Nuestro Señor y suspirar por los bienes imperecederos de la gloria. También la caridad con nuestro prójimo nos viene a enseñar Jesús, y es uno de los aguinaldos más gratos que le podemos hacer: el socorrer al pobre en todas sus necesidades en cuanto esté de nuestra parte. Otro de los aguinaldos muy gratos al Niño Jesús es, sin duda, el que le visitemos, siempre que buenamente podamos, en el santísimo sacramento del altar, y ahí precisamente es a donde debemos ir en busca de consuelo en todas nuestras necesidades y a pedirle la gracia necesaria para servirle, y no caer nunca en desgracia y enemistad suya.»

Fray Gregorio estudiaba segundo año de sagrada Teología cuando escribió tan edificante carta a sus padres y demás deudos. Ya antes había recibido la tonsura y Ordenes menores. En la misma les participa que ha sido ordenado de subdiácono, de la manera más fina y consoladora, pues les dice: «Ahora voy a darles una noticia alegre, y es que si quieren oírme algún día cantar en la misa solemne la epístola, lo pueden hacer, pues ya, por la gracia de Dios, estoy ordenado subdiácono. Seguramente que hubieran deseado saber que me ordenaba ahora por Navidad para..., pero como no sabíamos nosotros nada... y aun entramos en ejercicios sin saber de cierto si nos ordenaríamos, aunque se me hubiera ocurrido avisarles, no podía ser ya.» El 6 de junio de 1914 recibió la unción sacerdotal en compañía de otros ocho condiscípulos Capuchinos, celebrando su primera misa en la fiesta de la Santísima Trinidad. A los pocos días terminaba felizmente los estudios teológicos, dedicando después un año más al estudio de la sagrada elocuencia, para cuya ciencia sentía atractivo y gusto especial, mereciendo en el examen alta calificación. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

IV

Profesor en el Seminario Seráfico.—Al Colegio Internacional de Roma.—Se acentúan los escrúpulos.—Enfermedad del estómago.

Terminado el curso de Elocuencia fué destinado el siervo de Dios, padre Gregorio, al Seminario Seráfico de El Pardo como profesor, especialmente de latín y literatura patria. Sus clases eran siempre amenas, animadas e instructivas, insinuándose fácilmente en la inteligencia de los alumnos, que le estimaban por su carácter sencillo, bondadoso, comunicativo y alegre. Pero no se permitía perder el

tiempo en digresiones inútiles de todo punto, ajenas al fin de la enseñanza. Su método fué el de hacerse amar y respetar, sin infundir temor o encogimiento de ánimo en los alumnos. Por otra parte, piadoso como era, aprovechaba las ocasiones oportunas para sembrar en sus discípulos la semilla de la vida devota. Uno de ellos dice que el siervo de Dios fué buen profesor y se esforzó por cumplir siempre con el deber. Otro compañero de noviciado, y más tarde viviendo en el mismo convento, traza del padre Gregorio este breve cuadro: «Recuerdo perfectamente que el maestro de novicios nos lo ponía como el mejor modelo que podíamos imitar, recalcando sobre todo su carácter de inocencia e ingenuidad infantil, de un lado, y de otro, su delicadeza de conciencia, tanta que a veces rayaba en el escrúpulo... Fué profesor en la Orden, y siempre tuvo fama de reunir en elevado grado su capacidad como maestro y su observancia como religioso, precisamente en su cargo docente, sin que fuera vanidoso, ambicioso o tarado de defectos semejantes.»

Deseando los Superiores del siervo de Dios capacitarle más para la enseñanza, le enviaron el curso de 1919-1920 al Colegio Internacional de San Lorenzo de Brindisi, de Roma, para que en la Universidad Gregoriana ampliara estudios filosóficos y de ciencias naturales hasta el doctorado en Filosofía y Letras. Y allá fué el padre Gregorio, cursando el primer año y obteniendo el grado de bachiller. Pero los escrúpulos se acentuaron de tal manera, que daba pena asistirle a la celebración de la santa misa, especialmente en el momento de la consagración, pues no obstante asegurarle el que le ayudaba que había pronunciado perfectamente las palabras, jamás quedaba tranquilo, y a todo trance quería repetir la consagración, ni valían razones para convencerle de lo contrario. Este estado psicológico influyó mucho en la pérdida de la salud, que siempre fué algo precaria, especialmente del aparato digestivo. No es, por consiguiente, de extrañar que decayera de ánimo para seguir los estudios, bastantes duros, y que a veces se le encontrara llorando ante un problema difícil de matemáticas, teniendo que animarle, confortarle y ayudarle en su habitación a resolverle, con lo cual quedaba por el momento alentado, como pude personalmente comprobarlo en no pocas ocasiones

V

Por segunda vez profesor.—Breve permanencia en Gijón y en Bilbao.—Dos virtudes del siervo de Dios: La caridad y la pureza.—Singular devoción a la Imaculada.—Aceptación de la muerte.

No podía el padre Gregorio continuar los estudios universitarios en la Ciudad Eterna, a causa de los escrúpulos y de la enfermedad del estómago. De ello se percataron los Superiores, disponiendo que regresara a la Patria, como así lo hizo, destinándole por segunda vez a la enseñanza en el Seminario Seráfico de El Pardo. El ambiente era totalmente distinto y ya de él bien conocido y vivido durante varios años, por lo cual le fué grandemente beneficioso el cambio, tanto para los escrúpulos como para la enfermedad física estomacal. Esta mejoría le permitió dedicarse como la primera etapa a la enseñanza, y según testimonio de uno de sus discípulos, se notó un cambio espiritual todavía más acusado, pues desde entonces llevó vida más piadosa y con mayor recogimiento interior.

Después de algunos años de enseñanza, quisieron los Superiores aliviarle algún tanto sus achaques, para lo cual le enviaron a la costa, especialmente a los conventos de Gijón y de Bilbao; pero no era aquella vida su ambiente y, por lo mismo, de nuevo lo encontramos en su amado profesorado, en medio de los seráficos de El Pardo, hasta el 21 de julio de 1936.

Desde niño practicó con esmero y casi hasta la escrupulosidad dos virtudes, que en él pueden clasificarse de predilectas: La caridad y la de la pureza. Con ellas cultivó también la devoción tierna y filial a la Reina de los Angeles, en el misterio de su Inmaculada Concepción. Lo aseguran religiosos que con él convivieron bastante tiempo y seglares que con alguna intimidad le trataron. Uno de ellos dice: «De este rigor participaba el padre Gregorio de La Mata, y recuerdo que no disimulaba cualquier manifestación que pudiera presentarse simplemente como jocosa. En cuanto surgía la conversación, cualquier tema o cualquier palabra menos adaptada a nuestra vida, aunque no fuera ni mucho menos pecaminosa, él se ausentaba discretamente, por estimar que no era compatible con su espíritu. Era extraordinariamente cultivador de la santa pureza; y por eso rehuía estas conversaciones en las que cualquier palabra pudiera ser tachada como algo menos compatible con la santa pureza,

o despertar en él cualquier sentimiento contrario, o que al menos así se lo pareciera a él, porque, en realidad, no podía surgir en nosotros ninguna conversación o palabra semejantes. Pero él no cesaba de recomendar esta santa virtud, incluso a los niños, que eran los estudiantes latinos, inculcándosela desde la primera edad. En su celda guardaba con singular cariño una estampa de la Inmaculada, con un dibujo o alegoría muy expresiva, en relación con la santa pureza; y él decía que la conservaba desde su primera etapa en la Orden Capuchina, porque en ella veía a la Santísima Virgen, no ya como en cualquier imagen de la Inmaculada, sino como exhalando visiblemente la pureza que adornaba su alma... Con relación a la caridad con el prójimo puedo decir lo ya indicado sobre la pureza, pues lo que hacía al oír una palabra que a él le parecía rozar esta virtud, lo repetía en cuanto surgía el nombre de algún religioso, pues creyendo que iba a haber algo de murmuración, se ausentaba rápidamente, tanto que los compañeros decíamos: «Ya se ha ido; y añadíamos: es que estando con nosotros el padre Gregorio no podemos hablar nada, porque en todo ve sombra de pecado.»

«Dentro de su fervorosa piedad—asegura otro—, noté también que era excepcionalmente devoto de la Santísima Virgen. Esta devoción iba en él aliada con el delicadísimo sentido de pureza. Recuerdo cómo era de fina su caridad fraternal, pues bastaba que en recreación, por ejemplo, se dijese algo que pudiera herir esta virtud, para que él, delicadamente, llamase la atención a quienes a su parecer la herían, y si notaba que no se le hacía caso, disimuladamente se apartaba de aquel grupo y entraba en conversación con otros. Siempre me llamó la atención su extraordinario amor a la pureza, de tal forma que también en esto bastaba la menor insinuación o la palabra más insignificante que pudiera sugerir algo menos puro, para que inmediatamente o replicase en modo adecuado, o se apartase también de quienes cometían esas ligerezas.»

Un espíritu muy sencillo, sin malicia alguna, un carácter muy alegre; en los recreos siempre sonaba su sonrisa franca e infantil; un gran amor a la Virgen en su Inmaculada Concepción; su gran amor a la enseñanza. Pude apreciar esto también años después, cuando le visité en Gijón, donde estaba entonces destinado. Parecía como si sacado del Colegio de El Pardo estuviera fuera de su elemento. Así habla otro seglar que trató íntimamente al siervo de Dios.

El padre Gregorio se distinguió siempre por su piedad y vida devota y de observancia regular, no obstante la poca salud que con frecuencia disfrutó. Fué muy delicado de conciencia en materia de pureza, hasta llegar a ruborizarse cuando en la conversación se sus-

tentaba alguna idea que, de algún modo, aún insignificante, pudiera rozar la virtud angélica.

Se distinguía el padre Gregorio por su devoción a la Santísima Virgen y por una gran delicadeza en orden a la virtud de la pureza, pues cuando se hacía algún comentario menos favorable se retiraba. También era muy mirado en la virtud de la caridad, pues al oír algún comentario desfavorable en los recreos, él no tomaba parte y procuraba irse. Este es el testimonio unánime de cuantos se ocupan y hablan del siervo de Dios.

En un diminuto papel se ha econtrado escrita de puño y letra del padre Gregorio la aceptación de la muerte. Con gusto lo trasladamos a estas páginas: «Señor y Dios mío, yo desde ahora recibo de tu mano, con tranquilidad y de buen grado, cualquier género de muerte que te plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores.» Fórmula ciertamente breve, pero ejemplar y muy significativa.

VI

Forzoso abandono del convento.—En el Asilo de Huérfanos.—Al cuartel de Transmisiones.—A la Dirección General de Seguridad.—En libertad.

Según queda cosignado, cuando se inició la guerra de liberación en el mes de julio del año 1936, se encontraba el padre Gregorio de residencia en el convento de El Pardo. El día 21 fué para la Comunidad del sagrado recinto día de amarguras, preludio de dolorosos acontecimientos, dispersión forzosa de todos los religiosos, encarcelamiento de los mismos. Vamos a dejar que uno de los presentes y protagonista en el dolor, como los demás, relate los sucesos.

«Cuando tuvieron lugar los sucesos yo estaba de residencia en El Pardo, como profesor, y puedo dar testimonio de que en aquella casa no había armas de ningún género, porque yo a los menos jamás las vi, y tampoco hubo padres que se distinguieran en ningún sentido de la política, ni tampoco ninguno de nuestros familiares. Sin embargo, llegaron los sucesos, y en uno de los primeros días, cuando estábamos comiendo, sentimos unos disparos, y ya nos dimos cuenta de que turbas venían por nosotros. El convento estaba rodeado por milicianos de El Pardo, y, sobre todo, de Madrid, que habían llegado en varios camiones. Como los tiros entraban por las ventanas, nosotros nos preocupamos de subir a los niños al dormitorio, que está en el último piso, y luego fuímos todos detenidos. Invadieron el con-

vento los milicianos, y a todos nos hicieron subir a los camiones, y después nos llevaron al Orfanato de El Pardo. En medio de la befa del populacho, estuvimos allí un par de días.

»Recuerdo las conversaciones que surgieron entre ellos después de cachearnos; por ejemplo: los milicianos de Madrid querían a toda costa fusilarnos allí mismo, mientras que los de El Pardo, que fusilarnos no, que ya estaba bien el llevarnos detenidos. Entonces los de Madrid decían que por lo menos había que fusilar a alguno; y cuando encontraban en los de El Pardo oposición, los otros les llamaban cobardes.

»Durante estos días hicimos los rezos con holgura y libertal, porque allí no había milicianos, y la vida se deslizó silenciosa y tranquila dentro de la angustia natural.

»Del Orfanato nos llevaron a los padres y hermanos al Cuartel de Transmisiones de El Pardo, dejando en el Orfanato a los niños. Y al anochecer del mismo día nos trasladaron a la Dirección General de Seguridad de Madrid. Ya en el Cuartel de Transmisiones se apoderó de nosotros la persuasión de que íbamos a morir, y de que aquella misma noche nos trasladarían a Madrid, porque así nos lo habían anunciado, y fué cuando nos consideramos próximos a la muerte. Nos confesamos unos con otros e incluso leímos la recomendación del alma, y colectivamente pudimos leer los sacerdotes la Pasión según San Juan, mientras que otro de nuestros compañeros reunió a los hermanos y les leyó un capítulo adecuado, el de la perfecta alegría, de las Florecillas de San Francisco. Finalmente, el padre Alejandro de Sobradillo, Superior de la Casa, nos dió a todos la absolución general.

»Con este presentimiento de muerte entramos en la Dirección General de Seguridad, cuando nos trasladaron, y estuvimos hasta el día 25. Durante estos días recibimos el trato más indigno, porque además estábamos verdaderamente hacinados, por la muchedumbre de detenidos, con el temor de que pudiera ser asaltada la Diección General de Seguridad por las tubas que nos rodeaban constantemente, llamándonos miserables, y amenazándonos con frases como estas: «Buena es la que os espera, canallas, buen fin os aguarda.» En cuanto a la vida religiosa de estos días, sólo podíamos hacer lo que a cada uno Dios le sugería en particular, porque no era posible otra cosa... El 25, fiesta del Apóstol Santiago, nos pusieron a todos en libertad. Cada uno buscó el asilo donde pudo.»

VII

Buscando refugio.—Delicadeza del siervo de Dios.—Nombre supuesto.—Un registro.—A la checa del Marqués de Riscal.

El padre Gregorio vivió toda la tragedia arriba relatada, ya que a él le tocó, hasta el 25, la misma suerte que a sus hermanos de hábito. Al pretender encontrar refugio le fueron cerradas varias puertas, a causa del temor bien fundado entonces reinante, por los registros, las «sacas» y los asesinatos. Consta ciertamente que pasó alguna noche en un banco público, pues él mismo lo refirió a una persona, en cuyo domicilio permaneció algunos días. De dicha persona es el relato siguiente: «Recuerdo que el padre Gregorio, a los primeros días del Movimiento se presentó en nuestra casa, en un estado de agotamiento físico lamentable. Cuando le abrimos la puerta y entró en nuestro domicilio, se desplomó en el suelo llorando. Una vez rehecho nos refirió sus aventuras. Fué detenido y llevado a la Dirección General de Seguridad, donde pasó una noche, todo el día siguiente y la noche subsiguiente, y durante esta detención encontró al famoso periodista, también asesinado entonces, don Manuel Delgado Barreto, al que oyó en confesión. *Fué puesto en libertad.* Esta expresión, en aquellos tiempos y a aquellas horas del amanecer, implicaba la camioneta y el fusilamiento. Pero el padre encontró al salir un guardia de Asalto, persona, al parecer, de sentimientos humanos, que le dijo: «Péguese usted a la pared, en la sombra, y no se mueva de ahí hasta que luzca el sol.» Así pudo escapar de la muerte ese día. Después anduvo vagando de un lado a otro. Nos habló de que había pasado alguna noche en un banco de un paseo público.

»Un detalle de la delicadeza del padre Gregorio está en esto que sucedió. Frente a nosotros tenía su domicilio una familia muy conocida en los medios religiosos madrileños. Vimos cómo un día se detuvo en la puerta una de aquellas trágicas camionetas que se llevaban a la muerte a nuestras gentes, cómo resonaban los gritos de terror de la familia, y cómo partió el coche, llevándose a alguno de sus miembros. La impresión producida en todos nosotros es la que se puede suponer. El padre, no menos impresionado, nos dijo que su presencia era un compromiso para nosotros, pues que allí había dos sacerdotes: él y mi hermano. Y entonces, para librarnos de este compromiso se marchó de casa.»

Después de esta noble salida de aquel domicilio encontró caritativa acogida en otro, en donde, contando los sucesos dolorosos porque atravesaban las gentes buenas y honradas, y a la vista de los peligros en que vivían, se le oía decir: «Todos tenemos que morir». Y refiriéndose a él mismo añadía: «Estoy deseando que Dios me lleve cuando El disponga.» La referida cristiana familia no pudo tener por muchos días al siervo de Dios en su casa, pues ya tenía alojado a otro religioso capuchino. Pero oportunamente buscó al padre Gregorio una pensión, al parecer bastante recomendable en cuanto a la dueña, y le proporcionó documentación con el supuesto nombre de Juan Bermúdez, de oficio jornalero. Mas no lo pasó allí muy bien, por el ambiente en que tenía que vivir, porque todos los días tenía que ir a comprar leche, único alimento que le toleraba el estómago, y guardar *cola* entre gentes, muchas de ellas de lenguaje molesto y por demás soez, como entonces estaba en uso general en la zona roja.

Durante el tiempo del terror eran los «registros» a hoteles, pensiones y domicilios particulares casi continuos, para llevarse los milicianos a las personas que les venía en talante, dando con unas en las *checas* y fusilando a otras sin ninguna forma de juicio. También la pensión donde estaba el padre Gregorio fué registrada por los milicianos el 23 de agosto. «Obedeciendo, sin duda, a una denuncia—dice el padre Carrocera en la obra citada—, que no sabemos haya sido precisamente contra el padre Gregorio, se presentó en la pensión un grupo de milicianos. El que venía de mandamás llevaba en su mano un papel y preguntó a la dueña de la pensión por un individuo que ellos decían «era fraile o cura». La dueña contestó negando rotundamente que allí se encontrase tal individuo. «Aquí no hay más que un señor—añadió—; pero se llama Juan Bermúdez.» «Pues que venga», contestaron ellos.»

Compareció el padre Gregorio; le pidieron la cédula personal, en la que aparecía consignado el nombre de Juan Bermúdez y con oficio de *jornalero*. Viendo frustrados sus intentos de encontrar al fraile o cura que ellos buscaban, le dijeron: «De todos modos, tú te vienes con nosotros; quizá tú conocerás al pájaro que buscamos o, por lo menos, averiguaremos dónde está.»

«Se lo llevaron, pues, a la *checa* de la calle del Marqués de Riscal, número 1, *checa* que actuaba bajo la inmediata dependencia del entonces ministro de la Gobernación, Angel Galarza Gago. En ella ingresó el mismo día 23.»

VIII

El siervo de Dios, identificado.—Presentimiento de martirio.—Actuación de la «checa».—Camino del sacrificio. Asesinado por ser religioso.

Para escribir esta página, ante mí tengo un testimonio valiosísimo consignado por escrito y avalado con su frima, al propio tiempo que de palabra me refería, antes de consignarlo en el papel. Se trata de don Alfredo Fernández Langa, compañero de *checa* y casi de martirio del padre Gregorio, quien providencialmente no murió en el fusilamiento, sino más tarde, de una afección pulmonar, el 7 de febrero de 1956, si mal no recuerdo. Desde este modesto trabajo pido una oración por su eterno descanso y le dedico un recuerdo, así como también a su atribulada viuda, doña Cándida Arana de Fernández Langa. Integramente copio el apreciadísimo documento.

«Alfredo Fernández Langa. Zurbano, 27, teléfono 235695, Madrid. Yo, Alfredo Fernández Langa, mayor de edad y natural y vecino de Madrid, con domicilio en la calle de Zurbano, número 27, bajo, DECLARO: Que el día 26 de agosto de 1936, a las once horas de la mañana, se presentaron en este mismo domicilio once milicianos, pistola en mano, y nos sacaron con los brazos en alto al que suscribe y a mi suegro, el ingeniero jefe de la División de la Compañía de Ferrocarriles de M. Z. A., conduciéndonos a la *checa* de Marqués de Riscal, número 1, y allí nos encontramos, entre otros, al Capuchino padre Gregorio de La Mata, que pasaba en la *checa* como jornalero, con el nombre de Juan Bermúdez, según documentación que había podido conseguir de algunos amigos.

»A las cinco de la tarde del mismo día 26 se encontraba el padre Gregorio conversando en un grupo con otros varios detenidos. De pronto se presentó ante él uno de los milicianos, llamado Angel Peiró, y le dice a boca de jarro estas textuales palabras: «¿Con que te llamas Juan Bermúdez?... ¿Con que eres jornalero?... Tú te llamas Quirino Díez... y, además, eres fraile Capuchino.»

»El padre Gregorio, un tanto sonrojado, no contestó de momento palabra alguna; pero en seguida confesó llanamente que, en efecto, se llamaba Quirino Díez y era religioso Capuchino.

»A partir de aquel momento estaba plenamente persuadido de que le matarían, y así claramente nos lo decía a los que con él estábamos: «Estos nos matan con toda seguridad.» Y ante las palabras un tanto optimistas de algunos compañeros, él respondía: «No lo duden; éstos nos matan.»

»Por lo que pudiera pasar, varios de los detenidos aprovechamos aquella ocasión para confesarnos con el padre Gregorio, lo cual él hizo con toda entereza y dignidad, aconsejándonos que era hasta cierto punto un honor el morir como íbamos a morir nosotros por Dios Nuestro Señor.

»A las once de la noche de aquel mismo día nos llamaron por lista a varios, entre ellos al padre Gregorio, haciéndolo ya con el nombre de Quirino Díez; se nos recluyó en una habitación aparte. De momento nada se nos dijo de nuestra suerte. Allí pasamos las restantes horas hasta la madrugada del 27, en que se presentaron varios milicianos debidamente armados y nos hicieron subir a un coche. En él se encontraban ya otros dos milicianos, también armados de fusil, y el chófer, con un gran pistolón al cinto. Este coche, seguido y escoltado por una camioneta abierta en la que iba un grupo de milicianos armados todos de fusil, emprendió luego la marcha, bajando por la calle del Marqués de Riscal hacia la Castellana. En los primeros momentos todos creíamos que íbamos trasladados a la Dirección General de Seguridad; pero cuando llegamos a la Castellana vimos que el coche tomaba rumbo hacia el Hipódromo y nos persuadimos de que nos llevaban a fusilar.

»Todos volvimos los ojos hacia el padre Gregorio, con nuestras miradas muy expresivas, más elocuentes que las palabras en aquellos momentos de intensa emoción, le pedimos la absolución sacramental. Y el padre Gregorio, consciente también de lo que iba a ocurrir dentro de no muchos instantes, y consciente, por otra parte, de su deber como sacerdote, con voz muy baja, pero al mismo tiempo con gran entereza de ánimo, nos dijo las siguientes palabras: «Hagan un acto de contricción lo más fervoroso posible; pidan a Dios perdón de todos sus pecados, que voy a darles la absolución»..., y, sin que lo advirtiesen los milicianos, trazó seguidamente entre nosotros la señal de la cruz y pronunció las palabras sacramentales...

»Al llegar al Hipódromo, el coche donde nos llevaban frenó violentamente, y los milicianos, fingiendo que había ocurrido algún percance que impedía seguir adelante, nos hicieron bajar a los detenidos y nos alinearon frente a un terraplén, enfocándonos con los faros de la camioneta, diciéndonos enérgicamente que no volviéramos la cabeza, pues si lo hacíamos nos pegarían un tiro. En aquel preciso momento volaron dos aviones. Su presencia desconcertó a los milicianos, quienes, creyendo sin duda que eran nacionales, llenos de pánico, dispararon los fusiles contra nosotros por la espalda y a muy corta distancia; temiendo luego por sus vidas, por si los aviones arrojaban alguna bomba, subieron precipitadamente a los coches, sin detenerse a dar el tiro de gracia.

»Yo, por disposición de la divina Providencia, no recibí tiro alguno, sino que al oír la descarga me caí desvanecido y sin conocimiento, no recobrando mis sentidos hasta, por lo menos, una hora más tarde, por ser entonces de día completamente. Recuperados los sentidos, no vi a ningún miliciano allí. Quise incorporarme, pero al tratar de separar la cara del suelo apretaba con las manos, y la tierra se iba hacia abajo, como si tuviera unos muelles muy sensibles.

»Haciendo un supremo esfuerzo pude levantarme y vi a mi lado a mi suegro, señor Arana, y creyendo le hubiese pasado lo que a mí, le tomé del brazo y le dije: «Vamos, abuelo»; mas de pronto advertí que era cadáver. A su lado estaba también el padre Gregorio; una bala le había atravesado la garganta; también era cadáver.

»Como coincidencia quiero referir que en la *checa* me enteré que el padre Gregorio tenía una sobrina Clarisa en Valdemoro, sor María Nieves, y en el siglo Ester Díez, la cual, con otras cuatro religiosas de la misma Orden, estaban refugiadas en mi casa. Cuando tuve ocasión de comunicarme con ella, le tuve que notificar el asesinato de su tío, el padre Gregorio.

»Estoy convencido y puedo asegurar firmemente, sin temor a equivocarme, que la persecución de aquellos malvados era más por los religiosos que por los políticos, pues el señor Cáceres, al entrar en la *checa*, valientemente dijo: «Si me detenéis por católico, ya me podéis dar cuatro tiros; pero si es por político, dejadme en libertad ahora mismo.» Y por la noche este señor nos hizo compañía en la excursión, muriendo asesinado por ser católico. En el mismo caso se encuentra el padre Gregorio, que de no haberse enterado de su profesión como religioso, lo hubieran puesto en la calle, como estuvo cerca de suceder, juzgándole yo verdadero mártir de la religión católica, y deseo que nuestra madre la Santa Iglesia Católica lo eleve como tal mártir a los altares.

»En fe de que es cierto cuanto acabo de declarar, lo firmo en Madrid, a 11 de enero de 1953.—*Alfredo Fernández Langa.* (Rubricado.)»

Ante semejante documento declaratorio nos inclinamos reverentemente, y sólo añadimos que una de las cuatro religiosas de que hace mención el señor Langa era hermana del padre Gregorio, llamada en el siglo Julita y en el claustro sor María del Carmen, según ya ha visto el lector en otra página. Además, como un debido homenaje a los compañeros de martirio del siervo de Dios, consignamos aquí sus nombres: señores don Felipe Arana, don José María Rodríguez Alcalá, don Pablo Cáceres, don Teodoro Menéndez y el propio don Alfredo. ¡Que el Señor los haya glorificado a todos en su seno!

IX

Enterrado en la Almudena.—La fotografía del cadáver. Exhumación e identificación de sus restos.—En la sacramental de San Isidro.—El proceso de beatificación.

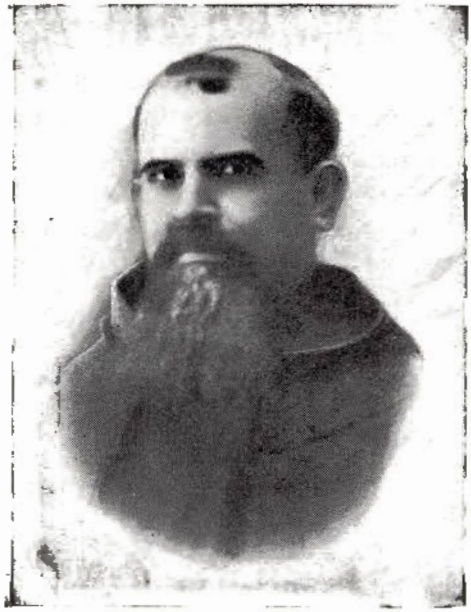
Martirizado el siervo de Dios, fué inhumado en el cementerio de la Almudena en caja de madera, pero no en sepultura individual. Así consta en el documento oficial que a continuación copiamos: «Don Pedro de Górgolas Urdampilleta, oficial mayor, en funciones de secretario del excelentísimo Ayuntamiento de esta M. H. Villa, CERTIFICO: Que por don José María de Chana, residente en esta capital, se solicitó del excelentísimo señor alcalde, en instancia de primero del actual, se le expidiera certificación que acreditase la clase de féretro donde yace el cadáver de don Quirino Díez del Blanco. Del informe emitido por la Dirección de Cementerios, resulta que el cadáver de don Quirino Díez del Blanco fué inhumado en el cementerio municipal el día 28 de agosto de 1936 en una sepultura de cuarta clase, temporal, situada en el cuartel 54, manzana 8, letra F, cuerpo número 16, y que dicho cadáver fué depositado en féretro de madera. Y para que conste, expido la presente, visada por S. E. y sellada con el de las armas de Madrid, en sus Casas Consistoriales, a 11 de junio de 1940. (Firma ilegible.)—V.° B.°, el Alcalde presidente. (Firma ilegible.)»

En el registro general del cementerio de la Almudena apareció la fotografía del siervo de Dios, inconfundible, aunque ella demuestra que la agonía del padre Gregorio debió de ser dolorosa, por lo contraída que tiene la cara y la boca, lo cual induce a creer que su muerte no fué instantánea ni mucho menos; no recibiendo tampoco el *tiro de gracia*, probando los asesinos su cobardía ante la aparición de dos aviones, de los cuales huyeron precipitadamente.

El 9 de julio de 1940, es decir, cerca de cuatro años después del asesinato, se procedió a la exhumación y definitiva identificación del cadáver del padre Gregorio, como se hizo en la misma fecha con el de los otros mártires Capuchinos de cuyos restos se tenía noticia cierta en cuanto a su sepultura. Como los datos del siervo de Dios recogidos en las oficinas del cementerio de la Almudena eran bien determinados, no fué difícil identificarle, pues los restos, al decir del padre Carrocera en la obra citada, se conservaban todavía bastante bien, sobre todo la región torácica. Por eso fácilmente se le pudo identificar, pues las señales de su ropa, etc., eran inconfundibles.

Identificados los restos, fueron trasladados a la iglesia de Jesús, de los padres Capuchinos, y celebrados solemnísimos funerales juntamente con los demás religiosos asesinados y, presentes sus restos, fueron luego inhumados en la cripta de la Concepción, en la sacramental de San Isidro, en nicho aparte, con su correspondiente alegoría y nombre en la placa exterior.

Tocante al proceso de beatificación hay que consignar lo dicho con referencia al proceso de los siervos de Dios incluídos en el de Madrid, que está ya hace más de año y medio virtualmente concluído, pero que faltan detalles que, al cumplirlos, será inmediatamente entregado a la Sagrada Congregación de Ritos. Si cuando estas líneas lleguen a los lectores aún no se han llenado los indicados detalles, rogamos que pidan al Señor para que cuanto antes tengan feliz término; máxime aquellos que conocieron al siervo de Dios reverendo padre Gregorio de La Mata.



Siervo de Dios

R. P. JOSE MARIA DE MANILA

SIERVO DE DIOS
R. P. JOSE MARIA DE MANILA

I

Nacimiento, padres y primeros años.—El bachillerato.

En la capital de las Filipinas, cobijado bajo la gloriosa enseña española, porque todavía el archipiélago era una perla engastada en su brillante y secular corona, y último acalde de la ciudad de Manila el progenitor de nuestro biografiado, vió la luz primera el siervo de Dios reverendo padre José María de Manila, hijo legítimo de don Eugenio Saz-Orozco y de doña Felisa Mortera Camacho. Con la estola de la inocencia recibió el nombre de Eugenio, nombre que conservará hasta su ingreso en la Orden Capuchina. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

En relación con el bautismo del niño Eugenio ha sido imposible obtener la partida, porque tanto la catedral como la casa parroquial fueron reducidas a escombros en la última guerra de liberación. De ello nos da fe el ilustrísimo señor vicario general de aquella Archidiócesis con el documento siguente: «Habiéndosenos presentado solicitud para expedir la partida de bautismo del reverendo padre fray José María de Manila, O. F. M., Cap., nacido Eugenio Saz-Orozco Mortera Camacho, que se dice fué bautizado en la antigua catedral de Manila, en Intramuros, *por las presentes hacemos constar*: Que tanto la catedral antigua de Intramuros como la casa parroquial y todos los documentos de la mencionada parroquia fueron quemados y destruídos en la guerra de liberación, en febrero de 1945. Por tanto, aunque se podría presumir una certeza moral sobre el bautismo del reverendo padre fray José María de Manila, no nos es

posible expedir un documento oficial por escrito sobre el mismo. Manila, 4 de febrero de 1957.—(L. S.). Ilustrísimo monseñor *José N. Jovellanos*. P. A. Vicario general de Manila.»

Desde luego que hubiera sido grato encontrar la solicitada partida. y por hallarla hicimos repetidas gestiones. Pero necesaria para el futuro no es, porque en la disciplina contemporánea de la Iglesia a ningún aspirante a religioso se admite sin presentar previamente la partida de bautismo. Se da, por consiguiente, como cosa cierta el bautismo del niño Eugenio Saz-Orozco.

En su ciudad natal estudió las primeras letras, frecuentando el Colegio de San Juan de Letrán, donde seguidamente curso tres años de bachillerato (años 1893-1896), distinguiéndose por su aplicación al estudio ya desde la niñez y primera juventud. «Durante la edad de diez a los trece años (1893-1896) fuí condiscípulo en los estudios de bachillerato, cursados en el Colegio de San Juan de Letrán de la ciudad de Manila, del que luego, y en el transcurso del tiempo, adquirió la dignidad sacerdotal en la noble profesión religiosa y preclara Orden de padres Capuchinos, reverendo padre José María de Manila. Durante el citado tiempo de mi juventud, en que pude honrarme con tan singular amistad y compañero de estudios del citado padre José María de Manila (que Dios tenga en su gloria), hube de apreciar constantemente sus especiales condiciones de angelical bondad, íntimos y sinceros sentimientos de la más pura y firme religiosidad que, unidos a un apacible carácter y señalada conformidad en todo, prefiriendo siempre a los ratos de descanso y diversiones infantiles la estancia de dulce reposo y oración en la capilla de nuestro Colegio, le hicieron destacarse entre sus compañeros como el prototipo del muchacho bueno y cariñoso, con atisbos entonces de ser llamado, quizá un día, a ejercer la noble misión para la que luego fué designado por la suprema y divina Providencia.

«Por los hechos y circunstancias anteriormente relatados puede decirse que mantuve con el citado padre José María de Manila lo que en el orden terreno se conoce con el nombre de íntima amistad, pudiendo apreciar en todo momento aquellas bellas cualidades de formación religiosa sólida y puros sentimientos cristianos que adornaron siempre a los escogidos por Dios Nuestro Señor para dejar en esta vida la estela de un glorioso mártir. Por lo que, transcurriendo el tiempo de nuestros años juveniles, y ya hacia el año 1924 y en la población de Madrid, me fué conocido en su profesión religiosa, presentado en la Residencia de los padres Dominicos por el vicerrector que fué de nuestro Colegio de San Juan de Letrán, de Manila, y después de aquella fecha tuve el gusto y la satisfacción de tratar en algunas ocasiones con el referido padre José María de Manila,

encontrándose éste en la Residencia y convento de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, en Madrid, así como el haber escuchado en varias ocasiones su palabra en la cátedra sagrada, en la que, dicho sea de paso, causó siempre en los fieles una profunda admiración por su dialéctica docta y convincente en cuantos puntos eran por él examinados y tratados en materia y asuntos religiosos.» Este cuadro, a grandes pinceladas, nos presenta del padre José María de Manila, empezando desde su niñez, un condiscípulo suyo de aquella primera época de la vida. (*Mario Pintos Leby.*)

II

Viaje a España.—La carrera de leyes.—Su vida de estudiante.—Ejercicios espirituales cerrados.—Meditaciones y propósitos.

No ha sido posible averiguar si el joven Saz-Orozco terminó todo el bachillerato en Manila o si estudió el último año en Madrid. Lo que sí es cierto es que vino a España, y al parecer antes que sus padres, tal vez bajo la tutela de una tía suya piadosa. Y digo tal vez, porque consta por documento cierto, que más adelante verá el lector, que durante los estudios superiores estaba hospedado en casa de un honesto matrimonio, viviendo allí de pupilo.

En España inició la carrera de leyes, que no llegó a terminar, posiblemente porque sus aspiraciones no eran, ciertamente, las de brillar en el foro o en la tribuna ostentando la toga de magistrado, sino el humilde sayal franciscano. Lo cierto es que su vida de estudiante se distinguió por su sólida piedad y costumbres morales y cristianas, lo mismo que lo habían sido durante el estudio del bachillerato. Condiscípulos y personas que le conocieron y le trataron en aquella época así lo aseguran.

«He conocido y tratado al siervo de Dios fray José María de Manila porque hicimos juntos en esta Universidad de Madrid la carrera de Derecho y fuimos amigos, de tal suerte que nos citábamos algunas veces para pasar juntos la tarde, cuando nuestros estudios nos lo permitían. Además, él me contó sus propósitos de entrar en la Orden Capuchina, y una vez ingresado, yo le seguí tratando, aunque menos... Siempre destacó como estudiante ejemplar, no sólo ya porque era muy estudioso, sino también porque era modelo en toda su manera de conducirse. Recuerdo que cuando salíamos juntos jamás tocaba una conversación menos correcta, y que muchas veces terciaban en sus palabras asuntos de carácter religioso,

que él tocaba siempre con gran consideración y respeto. Ignoro las prácticas piadosas que él hiciera en estos tiempos. Pero, desde luego, tomaba las cosas de la religión muy en serio, como lo demuestra el hecho siguiente: Estando rezando una vez con él el rosario en la iglesia de los Capuchinos, el hermano que le guiaba omitió una o dos avemarías en un misterio, y él se hizo cargo en seguida, tratando de que fueran suplidas. Recuerdo que él usaba el rosario en sus manos. Otra vez que asistíamos a una ceremonia religiosa en la cual estaba su majestad Alfonso XIII, él me hizo fijar cómo al pasar su majestad por delante del altar mayor hizo la genuflexión y se santiguó; y he de hacer notar que cuando me decía esto manifestaba por ello clara satisfacción.»

«Frecuentaba la casa de mis padres desde que era estudiante de Derecho, y era pupilo de un matrimonio sin hijos, el ordenanza del Banco de España llamado Juan, y su mujer, Carlota, que le tenían de huésped para ayudarse. Charlaba con mi padre de «sus cosas y dificultades» y pasaba muchos y largos ratos en casa, donde se le trataba con confianza. Seguramente era allí su *parada* en sus frecuentes visitas a la iglesia de los padres. Se divertía con los niños, nosotros, que andábamos siempre jugando por allí. A mi hermano, que por estar continuamente en Jesús había pronto aprendido a ayudar a misa, le corregía muy serio los disparates de su latín, e instaba a mi padre para que le mandase al Colegio de Lecároz. A mí, que era muy pequeñita, me hacía *el caballito* sobre sus rodillas, y tengo vaga idea de que me enseñó a sumar con caramelos.» *(Inés González Torreblanca.)*

Cumplidos los diciocho años, siempre practicó los santos ejercicios cerrados en alguna casa religiosa, ordinariamente durante la Semana Santa, práctica que mantuvo hasta su ingreso en los Capuchinos, es decir, por espacio de seis años. Son hermosas las resoluciones de cada día, las mortificaciones, las jaculatorias y las máximas. Para edificación de los devotos lectores copiamos al azar algunas de ellas. «Resoluciones y propósitos que yo, Eugenio, indigno esclavo vuestro, ¡oh Jesús mío!, os ofrezco en los días de ejercicios de 1892.—*Resolución*: Hago la resolución de que, a imitación de Jesús, mi corazón sea todo de Dios y no tenga más voluntad que la suya.—*Mortificación*: Hoy no tomaré dulce ni fruta.—*Jaculatoria*: ¡Oh Jesús mi amor!, yo te ofrezco mi corazón; haz que sea todo tuyo. ¡Oh María!, dulce Madre mía, haz que sea todo tuyo y de Jesús.—*Máxima*: Aprendí en la meditación de este día: Si ahora, ¡oh, hijo mío, sientes dulzura y consuelo en el servicio de Jesús!, ¿qué tal será cuando del todo te consagres a mí? ¿Y me dejarás, hijo mío? ¿Abandonarás tu vocación? No, Jesús de mi alma; ayudado de

tu gracia, nunca te abandonaré. Concédeme que llegue pronto ese día.—*Resolución*: Hago la resolución de seguir, ayudado de la divina gracia, las inspiraciones divinas que me llaman a vida más perfecta. *Mortificación*: Ayuno en este día y media hora de cilicio.—*Jaculatoria*: ¡Oh Jesús de mi alma!, concededme la gracia de ser puro en pensamientos, palabras y obras. ¡Oh Madre mía María! Vos que fuisteis concebida sin pecado original, concededme la gracia de que yo os imite en esa virtud tan hermosa. ¡Oh San José bendito!, pedid a Jesús y a María que me obtengan esa virtud tan sublime.—*Máxima*: Hijo mío, después de haber meditado las grandes ventajas que encierra la virtud de la castidad, ¿qué he de decirte sino que quiero que seas puro en pensamientos, palabras y obras? Y ¿dónde mejor que en la religión puedes conservarla? Pues siendo religioso haces voto de ella. Sé, pues, hijo mío, fiel a la gracia de tu vocación. ¡Oh Jesús mío! Así me propongo hacerlo ayudado de vuestra gracia divina.»

III

Nostalgia del claustro.—Noviciado y profesión.—Traslado a Cataluña.—Sacerdote del Señor.—Bendición del Papa San Pío X.—Predicador popular.

Sólidamente piadoso el joven Orozco, manifestaba bien a las claras ser inadaptable al pesado clima del mundo, debiendo necesariamente ser trasplantado al jardín seráfico para el feliz desarrollo de su tallo, convirtiéndose en delicada flor aromática, para más tarde dar frutos de vida sobrenatural y de santidad. Así lo patentizan las devotísimas notas consignadas durante los seis años que en la vida secular practicó los santos ejercicios. En ellas gime como ave aprisionada en dorada jaula, como tortolilla fuera del nido de sus amores, como el prisionero ausente de su hogar, como desterrado lejos de su patria. Unas veces hace hablar a Jesucristo, que le pregunta si le será infiel negándose a seguir la divina llamada, contestando angustiosamente el devoto estudiante que antes morir que traicionar el celestial designio sobre su porvenir. Otras, en fogoso monólogo, protesta ante el Señor que a su santo servicio se consagrará cueste lo que costare, imitando al Apóstol Pedro cuando dijo al sapientísimo Maestro: «¿Adónde iremos, Señor, si Tú tienes palabras de vida eterna?»

Pero, ¿y por qué causa no puede el siervo de Dios realizar sus

nobles y santos deseos de consagración? Escucha la respuesta, atento lector.

«Sé, por habérselo oído a mi padre, que tenía una decidida vocación, con unas ansias extraordinarias, de ingresar en la Orden, probada por la oposición que hallaba en su familia, que por haber puesto grandes esperanzas en sus magníficas condiciones, consideraba con criterio mundano que si se hacía religioso malograba todas esas esperanzas.» *(Inés G. Torreblanca.)*

Está de consiguiente fuera de duda que la cerrada contrariedad para realizar los acariciados proyectos sobrenaturales la encontraba en sus deudos más próximos, que en modo alguno querían que se hiciese religioso, y mucho menos Capuchino. Por eso, afligido su espíritu, insiste en la oración ante el Señor y pide, especialmente a personas consagradas, que le ayuden con sus plegarias a realizar los planes de la divina Providencia. Una carta de una prima suya, religiosa, revela la piedad del afligido joven, le consuela y le alienta para que no desfallezca ante la contradicción con que viene probada su vocación.

«Cuánto me confundes, primo mío—escribe la humilde religiosa—, viéndote tan fervoroso, y yo tan miserable y fría, a pesar de estar más obligada que tú; pero después me consuelo y digo: Señor, ya que no te amo como debía, que supla mi amado primo por mí... Aplícate a estudiar, porque, aunque seas religioso, te puede servir mucho luego para la predicación y ordenarte más pronto... Adiós, hijo mío; que el Señor te dé fortaleza para luchar con tantos enemigos de tu vocación religiosa, como así se lo pido al Señor, y lo mismo tía y demás religiosas. Tú confía mucho en el amantísimo Corazón de Jesús, que las verdaderas vocaciones con esas pruebas tan crueles se radican más y más. Lo que tienes que hacer es no acobardarte, que el Señor nunca está más cerca de nosotros que en la tribulación; y si suya es tu vocación, El te dará los medios para cumplirla, aunque sean necesarios milagros.» *(Sor Jacinta del C. de Jesús.)*

Los ejercicios practicados el año de 1904, último de su permanencia en el siglo, fueron decisivos para realizar la vocación religiosa. Los hace el 27 de agosto y siguientes días de 1904 en la Casa de San Vicente de Paúl, de Chamberí, de Madrid. En la meditación segunda del primer día de santo retiro escribe: «*Voces amorosas de Jesus*. Hijo mío, ese cuerpo y esa alma que te he dado, ya que hasta ahora no han hecho otra cosa que ofenderme, quiero que, de hoy en adelante sean para mí, entrando tú en religión.—*Punto segundo.* Hijo mío, te he creado para servirme y amarme y después gozarme en el cielo. Pero quiero, hijo mío, que me sirvas, no de un modo

general, como lo hacen la mayoría de los cristianos, sino que deseo que formes parte del número de mis predilectos y elegidos; quiero que seas religioso, y religioso Capuchino. Pues quien mucho ha pecado, mucha penitencia tiene que hacer; y ésta es una de las Ordenes más penitentes. Y, además, porque siendo Capuchino, y de este Distrito, tienes más facilidad de marchar a Filipinas, a salvar a aquellos pobrecitos paisanitos tuyos de nacimiento, que tanto me ofenden, y muchos de los cuales abandonan la religión católica.»

El anterior episodio revela tres facetas bien claras por cierto. En primer lugar, su decidida vocación, enderezada hacia la Orden Capuchina. Luego, el fin inmediato de su consagración, que es hacer penitencia en una Orden penitente por sus muchos pecados. Y, por último, salvar a sus compatriotas filipinos por medio del santo apostolado, por cuanto ellos tanto ofenden a Dios y se separan muchos de la religión católica. La vocación es clara, determinada, con fines muy nobles y bien concretos. ¿Qué resta? Su realización, la cual no se hace esperar, ya que el 2 de octubre, pasados algunos meses de prueba, viste el humilde sayal franciscano-capuchino en el Colegio convento de Lecároz, perteneciente al Distrito llamado *Nulluis*, que abarcaba entonces los conventos de Madrid, El Pardo y Lecároz, constituyendo una especie de persona jurídica inferior a la Provincia religiosa. Allí hizo el piadoso Orozco el año de prueba, cambiando en la ceremonia de vestición el nombre de Eugenio Saz-Orozco Mortera por el de fray José María de Manila. Que tomó el hábito en Lecároz (valle de Baztán, Navarra) y no en Manresa, como se ha escrito, se deduce de sus propias palabras: «Y además, porque siendo Capuchino de este Distrito (Nullius), tienes más facilidad de marchar a Filipinas», etc. Por otra parte, el padre Fernando de Santiago, en carta dirigida a su madre desde Lecároz, con fecha del 30 de octubre de 1904, le dice: «El día de N. P. S. Francisco, que se celebró con gran solemnidad, entraron muchos novicios, entre ellos algún discípulo mío. Excuso decirles cuánto gozaría yo con ello. Entre ellos se hallaba Carlos, por quien me pregunta Mariano, el cual hacía tiempo que había vuelto de Suiza. También está *Eugenio Orozco* y otro de Madrid.»

Además, como argumento de que el padre Manila ingresó en el convento de Lecároz, tenemos (y no el 2 de octubre, sino el 4) unas palabras del muy reverendo padre secretario provincial de Navarra, en que nos escribe: «Según he visto en el libro de vesticiones de Lecároz, que se conserva en nuestro archivo provincial, ingresó en el noviciado de Lecároz el día 2 de octubre de 1904.» Con este dato concuerda también el de la estadística general de la Provincia de Castilla, que señala el mismo lugar y la misma fecha. Es de suponer

por tanto, que el padre Fernando erró al poner la fecha de vestición no el 2, sino el 4, en la carta anteriormente aludida.

Satisfechos los vehementes deseos de ingresar en la pacífica milicia del serafín de Asís, mediante la ceremonia de la vestición del hábito, el fervor divino aumentó en él durante el año de probación, como lo demuestran los propósitos hechos en los ejercicios practicados el 23 de septiembre y siguientes del año 1905, como preparación para emitir los votos religiosos, terminando con pleno éxito el año de noviciado. Seis son los propósitos, ya en conformidad con la vida religiosa vivida con toda intensidad, practicados los deberes que ella implicaba. «1.° Obediencia completa y total a mis Superiores, iguales e inferiores, y especialmente a mi padre maestro; 2.°, mortificación de la vista, llevándola, a excepción de los recreos, paseos y cuando me hablen, en cuyas ocasiones levantaré los ojos de cuando en cuando, muy recogida. Haré examen particular sobre esto, empezando por mortificarme cuando voy por los claustros; 3.°, no hablar fuera de hora sino por necesidad; así que procuraré no hablar palabra alguna fuera de las horas de recreo; 4.°, sufrir con paciencia y alegría cuanto me digan mis hermanos, no tratando nunca de disculparme; 5.°, tener mucha caridad con mis hermanos, no acusándolos nunca y pensando bien de ellos; 6.° (varias palabras ilegibles), presencia de Dios, procurando mucho trato y comunicación íntima con Dios Nuestro Señor.»

Con esa buena voluntad y con deseos cada día más intensos de perfección, llegó el momento feliz de unirse al Señor mediante la profesión religiosa, que tuvo lugar en Lecároz el día 4 de octubre de 1905, fiesta del seráfico padre San Francisco. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

Luego de profeso se dedicó a los estudios de la carrera eclesiástica, cursando la filosofía y ciencias afines.

En el mes de agosto del año 1907 fué suprimido el *Distrito Nullius* y a cada religioso que a él pertenecía por razón del origen, se le autorizó para que pasara a su Provincia. Y a petición elevada al reverendísimo Padre General, podían también cambiar, como se indica en el decreto de supresión. El estudiante fray José María de Manila pasó entonces a la Provincia religiosa de Cataluña, porque la misión de Manila fué confiada a dicha Provincia, y él aspiraba a ir a evangelizar a sus «paisanitos». Pudo ser también aconsejado por el reverendísimo padre Llevaneras, Superior del Distrito de Nullius, pero de origen catalán. Así nos lo deja entrever un muy veterano religioso del Distrito entonces y hoy de la Provincia de Navarra. «Y como el padre Llevaneras (q. s. g. h.) entraría muy bien en

Cataluña su Provincia, con algunos candidatos, debió hacer algo de propaganda.» *(Carta del padre secretario provincial de Navarra.)*

Terminados los estudios filosóficos cursó los teológicos, durante los cuales hizo la profesión de votos solemnes el 18 de octubre de 1908. Dos años más tarde, es decir, el 30 de noviembre de 1910, recibió la ordenación sacerdotal; con el fervor que le caracterizaba subió las gradas del altar para ofrecer a la Santísima Trinidad la sagrada Víctima, Cristo Jesús. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

El padre José María de Manila, ya ministro del Señor, recibió una singularísima bendición, con la firma autógrafa del Papa San Pío X. Y digo que singularísima, por la persona que la pidió, por las gracias que en ella se le otorgan durante la vida y para la hora de la muerte. Para satisfacer la curiosidad plausible de los lectores la transcribimos tal como fué concedida *iuxta preces*: «Beatísimo padre: Deseando el padre Joaquín María de Llevaneras dar un testimonio de paternal afecto y singular benevolencia al amado hijo en Cristo padre José María de Manila, postrado a los augustos pies de Vuestra Santidad, pide humildemente que, en medio de los sucesos prósperos y adversos de esta triste vida y para atraer siempre sobre él la divina protección, os dignéis proporcionarle el mayor de los consuelos, rogando por él y concediéndole una especial bendición para mientras viva, y otra con indulgencia plenaria para el artículo de la muerte.» El Papa concedió la gracia tal como se la había pedido, escribiendo: «Iuxta preces peramanter in Domino. Pius PP. X.»

El reverendísimo padre Joaquín de Llevaneras, hermano carnal del eminentísimo Cardenal Vives y Tutó, también Capuchino, había sido Comisario y Superior de todos los Capuchinos de España, Provincial dos trienios de la de Castilla, y era Comisario del *Distrito Nullius* cuando fray José María de Manila ingresó en la Orden. La solicitud de la singular bendición apostólica tiene por ello especial importancia, y creo que se pidió con motivo de su primera misa, pues ya se le llama padre en la petición. Prueba, por otra parte, el singular aprecio del padre Llevaneras al padre Manila, ya que intenta «darle un testimonio de paternal afecto y singular benevolencia al amado hijo en Cristo»; todo lo cual induce a creer que el padre Manila se portó como óptimo religioso durante los años de su breve carrera eclesiástica.

El 24 de diciembre del año 1910 le otorgaba el reverendísimo padre General de la Orden el título de predicador, llamándole alumno de la Provincia de Cataluña. *(Título expedido en Roma.)*

Obtenida la facultad de predicar, desplegó el siervo de Dios las alas de su incontenible celo apostólico por la salvación de las almas

mediante la predicación de la Palabra de Dios, brotando de su corazón y de sus labios como fuego abrasador, ya que en él hablaba todo y se conmovía profundamente. De ordinario no componía todo el sermón, sino que hacía una especie de amplio guión, el cual, bien pensado y largamente meditado, le daba materia más que suficiente para predicar con orden, con fondo y con suficiente aliño en la forma. He visto más de cien composiciones de predicación del padre Manila, quien, amante extremadamente de la pobreza seráfica en su persona y en cuanto usaba, para escribir los sermones se valió muchas veces de los anuncios de las fiestas o novenas fijados en las puertas de la iglesia, razón por la cual nos ha sido bastante difícil pasarlos a la máquina.

Siete años ejerció el padre Manila los ministerios apostólicos en la Provincia religiosa de Cataluña, comprobando sus sermones, fechados casi siempre, lo mucho que los señores párrocos le llamaban para que en sus parroquias regara la semilla del Evangelio. El año de 1917 termina su predicación en la región catalana.

IV

A la Provincia de Castilla.—Guardián de Montehano, Bilbao y Salamanca.—Continúa la vida apostólica.— Misión en León.

Desconociendo los motivos que pudieron impulsarle a trasladarse de la Provincia de Cataluña a la de Castilla, es lo cierto que el 27 de abril del año 1917 lo encontramos ya agregado a la castellana e indudablemente guardados todos los requisitos exigidos por las leyes de excardinación e incardinación. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

Durante los años 1925 a 1928 desempeñó el cargo de guardián o Superior local en los conventos de Montehano y Bilbao, el primero de los cuales era convento de estudiantes de filosofía, y el segundo, casa de probación o noviciado. Concluido dicho trienio, fué nombrado por otro trienio para el convento de Salamanca. *(Tablas Capitulares.)*

Como Superior se distinguió por su amabilidad y caridad para con los religiosos súbditos, siendo con ellos espléndido, sin olvidarse de la pobreza seráfica. «En nuestro convento de Salamanca tuve alrededor de dos años de guardián al reverendo padre José María de Manila, y pude observar que era muy amante de la virtud de la pobreza... Para los demás era generoso, sin excluir a los extraños.» *(Fray Isidro de Villamondrín.)*

Antes de ser nombrado Superior el siervo de Dios y durante el desempeño de los cargos mencionados, continuó con el mismo fervor y entusiasmo el ejercicio de la predicación en sermones sueltos, en novenas y especialmente en misiones populares, que constituían su verdadero ambiente, sobre todo cuando las multitudes rodeaban la cátedra sagrada. El padre Manila «fué bueno y fervoroso religioso, con una vocación resuelta y a toda prueba. Tuvo buenas cualidades para el púlpito y predicaba con mucho fervor y entusiasmo.» *(Padre Pacífico de Mellanzos.)*

También se destacaba en él el celo por la salvación de las almas, anunciando la palabra de Dios con mucha unción y fervor.» «Su predicación estaba llena de unción y ardor apostólico.» *(Padre Cándido de Viñayo.)*

En vida del siervo de Dios predicaron los padres Capuchinos una gran misión en la ciudad de los Guzmanes, siendo uno de los predicadores el padre Manila. De él dice uno de los asistentes, que entonces era seminarista, lo siguiente: «En relación con el padre Manila recuerdo que era fervorosísimo en sus predicaciones, pues en aquella misión de León... no se me olvida la impresión que produjo en el Seminario el fervor con que hablaba el padre Manila. Todos los seminaristas estábamos afectados por el fervor del padre, y la plática que nos dedicó dejó recuerdos imperecederos.»

V

Sencillez y pobreza seráfica.—Mortificado y recogido.—Caritativo con el prójimo.—Observante de las leyes religiosas.—El Corazón de Jesús y la Sagrada Familia, sus amores predilectos.—Donativo al Papa.—Una carta.

El padre José María de Manila fué de familia muy acomodada. Su padre fué el último alcalde español de la ciudad de Manila. Sin embargo, fué el siervo de Dios de trato agradable y sumamente sencillo y extremadamente amante de la pobreza seráfica en su persona. «A pesar de ser de familia distinguida, amaba en gran manera la pobreza seráfica—escribe uno de sus Superiores—, y pobre era en todas sus cosas. Al proveer el padre guardián de traje seglar a los religiosos, él no quiso hacerse uno a la medida, pues grueso como era, no le valían los hechos a confección, y se contentó con uno usado de un sencillo portero.» *(Padre Cándido de Viñayo.)* En el convento se procuraba los hábitos ya usados, llevaba sandalias muy pobres, toscas, viejas y llenas de clavos por todas partes.

Ya en anteriores páginas queda consignado cómo despegaba los carteles de la puerta de la iglesia para componer sus sermones, aprovechando, además, los sobres de la correspondencia que recibía para el mismo objeto, todo ello con el fin de imitar en esta virtud al pobrecillo de Asís.

«La nota sobresaliente del padre Manila en su vida religiosa era la pidead. Fervoroso, se le veía en el coro rezando el oficio divino, en el altar diciendo la santa misa y en el púlpito.» «Era muy espiritual y tenía especial empeño en despertar con gran celo la elevación moral de sus penitentes... Recuerdo concretamente que celebraba la misa con extraordinaria devoción, y parece que se extasiaba, por así decirlo, en los momentos de la consagración y elevación, empleando bastante tiempo, y edificando por la gran reverencia y fervor que demostraba. Cuando iba por la calle aparecía muy recogido y con los ojos en continua mortificación.»

El celo que latía en su corazón, manifestado por el ardor en el desempeño de los ministerios apostólicos, es prueba inequívoca de la caridad que sentía en su alma seráfica para con los prójimos. «Recuerdo como detalle de la caridad del padre José María de Manila, que apoyó o inició con todo interés el que se le aumentara a la santera el socorro, por el servicio que prestaba al llevar la capilla a los domicilios, debido a que la pobre estaba necesitada.»

Fué el siervo de Dios muy amante de las leyes de la Orden, con una puntualidad verdaderamente edificante a todos los actos comunes, no excluído el tiempo dedicado a las divinas laudes a medianoche, aunque estuviera en ocasiones dispensado a causa de los ministerios de predicación y confesonario. Todos los religiosos que con él convivieron están acordes en reconocer el espíritu de abnegación para cumplir perfectamente cuanto constituye la devota trama de la observancia regular.

Entre las devociones predilectas del padre Manila merecen especial mención las profesadas a la Sagrada Familia y al Sagrado Corazón de Jesús. Fué director de la Cofradía de la Sagrada Familia establecida en la iglesia de Jesús. «La devoción a la Santa Familia fué su objeto singularísimo, pues sentía verdadera predilección por esta devoción y no se cansaba de hacer propaganda de ella siempre que podía, y sobre todo en la solemne novena que se hacía todos los años.» Con respecto a su devoción al Corazón de Jesús tenemos dos testimonios muy elocuentes. Fué en cierta ocasión a entronizar la imagen del Sagrado Corazón en el hogar de una virtuosa familia. Una de las personas asistentes a la devota ceremonia manifiesta que no puede olvidar el gran fervor de la plática que les hizo a todos, ensalzando la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que él

sentía muy al vivo; y también recuerda cómo, por la impresión que aquella plática les hizo a todos, una de las personas asistentes rompió a llorar, y entonces el siervo de Dios la dijo: «Quiera Dios que esas lágrimas le aprovechen para la salvación de su alma.» *(María Teresa Balboa.)*

La otra faceta tuvo lugar cuando empezaron los momentos más trágicos por los que atravesó España el año 1936 y siguientes. Era el mes de julio; había estallado el Movimiento salvador de la nación; los padres del convento de Jesús se encontraban en la azotea en fraternal recreación cuando llegó el padre Manila y, entusiasmado, exclamó: «Ante todo, viva el Corazón de Jesús»; y luego refirió lo que él sabía en orden al desarrollo de los acontecimientos. *(Padre Viñayo.)*

En páginas anteriores se ha dejado consignado que el siervo de Dios pertenecía a una familia muy acomodada. Y aunque él como religioso, hecha la profesión solemne, tenía incapacidad jurídica para heredar, fué, con todo, autorizado debidamente para aceptar la parte que le correspondiese de no haber sido religioso de votos solemnes, tanto a la muerte de su padre como a la de su madre. La de éste ocurrió por el año de 1930, y sabemos que tuvo parte en la herencia de su madre, con facultad para distribuir los bienes heredados. Una carta laudatoria de la Secretaría de Estado del Vaticano revela que envió una cantidad a la Santa Sede y, al parecer, no fué la primera vez que contribuyó al óvolo de San Pedro. Así lo comprenderá el lector atento que lea el siguiente documento: «Secretaría de Estado de Su Santidad.—Del Vaticano, día 22 de marzo de 1931. Reverendísimo padre: Muy elocuentemente has manifestado tu piedad hacia el Beatísimo Padre con la limosna de San Pedro que poco ha enviaste con ocasión de la muerte de tu madre. *Este nuevo* y singular argumento y solicitud para llenar las necesidades de la Santa Sede lo ha recibido con paternal y ánimo agradecido el Augusto Pontífice. Mientras con interés ruega a la Divina Bondad por el alma de tu madre, te otorga a ti muy afectuosamente la bendición apostólica. Al comunicarte estas cosas, gustosamente aprovecho la ocasión para ofrecerme a ti.—*E. Card. Pacelli.*—Al reverendísimo padre fray José María de Manila, Superior del convento de frailes menores Capuchinos de Salamanca.»

VI

Ante el 20 de julio.—Forzosamente exilado.—Su vida en el refugio.—Ansias por celebrar la santa misa.

El 20 de julio de 1936, el padre Manila tuvo que dejar forzosamente la mansión de paz, lo mismo que los otros religiosos que vivían en el convento de Jesús, de Madrid. Aquel viva el Corazón de Jesús pronunciado con tanto fervor y confianza, fué seguido inmediatamente de las más dolorosas amarguras, al ser asaltado el convento, presos algunos religiosos, registrado aquél y dispersados sus habitantes para huir de una muerte segura a manos del comunismo internacional.

Los Superiores se habían preocupado de buscar asilo a los religiosos, caso de verse obligados a dejar el sagrado recinto, como en efecto aconteció el día fatal de la persecución de todo lo religioso en Madrid y zonas rojas. Al padre Manila se le asignó el domicilio de un matrimonio en cuya casa vivió de pupilo durante algún tiempo cuando estudiaba la carrera de leyes. Dejemos que una persona nos trace el cuadro doloroso del siervo de Dios en aquella deplorable coyuntura: «El día 20 de julio—escribe la aludida persona—llamaron a la puerta; era el padre Manila, un poco demudada la cara y muy mal vestido: blusón largo, boina, zapatillas de paño, maletín en la mano y... ¡sus barbas!... Al verle, le digo tajante: «Usted se queda aquí con nosotras» (vivíamos mi madre y yo solas). «No; el padre guardián me dice que vaya con Juan y Carlota. Es que bajando por la calle de Cervantes, un grupo de gente me asustó.» «Claro—contesté—, con esa indumentaria no me extraña... Arréglese aquí; le voy a sacar ropa; entre tanto coma algo.» No consintió que mi madre le preparara nada; solamente tomó un sorbo de agua de limón, como obligado, pues suponíamos que tendría sed y susto.

«Aquí tiene usted mi dormitorio; esté usted tranquilo, no hay nadie.» Le saqué una camisa de mi padre, que por estarle estrecha, la rasgué por la espalda y la pudo poner; se puso una americana nueva de Vázquez de Mella que se guardaba sin estrenar y que le venía bien, pues era como él de corpulento. Cuando se me presentó vestido, le pedí permiso para recortarle la barba, que se la dejé en punta, a lo «Menéndez Pelayo». Me dijo que le guardase el maletín, que contenía sermones y apuntes; sacó de él un envoltorio pequeño. Me preguntó: «¿Habrá alguno en la casa que me acompañe?» «No —le contesté—. Son aquí algo «zurdos»; y volviéndome a mi madre

la dije: «Mamá, déjame que me vaya con el padre, es cerca, viven ahí detrás de San Jerónimo; de paso traigo la compra. También yo me arreglé, desgreñada, arremangada y «fachosa»; tomé la cacharra de la leche y un capacho, y salimos. Bajando la escalera, como me suponía lo que era el envoltorio, le dije: «Por qué no me deja usted ese paquetito? Como he de llevarle a la tarde ropa, se lo llevo también.» «Es el breviario», me contestó. Y volví a dejarlo. Convinimos en la escalera en lo que teníamos que hacer si nos decían *salud*, o nos intimaban a saludar *puño en alto*. Cruzamos el Prado. Camiones con gentuza nos levantaba el puño. Yo saludé así dos o tres veces; él disimulaba muy bien, cogíale yo el brazo con mi mano derecha y mirando hacia otro lado como si viera poco. Subimos por la calle de Felipe IV y al notar yo su fatiga, como pasara un grupo de gente, le dije alto: «¿Te cansas verdad, tío Eugenio?» «Sí, ¡andas tan de prisa!» Pasó el grupo e íbamos más despacio. Al llegar a la altura de la Real Academia Española se quedó un poco detrás de mí, y al volverme vi que *manipulaba* como para deshacerse de alguien que pasaba a nuestro lado. Vino hacia mí y me dijo: «¿Sabes? Es uno de Jesús, me ha conocido y quería besarme la mano.» Llegamos a la calle de Alberto Boch, y afortunadamente nadie nos vió entrar en la casa. Carlota nos abrió la puerta, y el padre le dijo que se iba a quedar allí. Vi que sacó del bolsillo un billetito de cincuenta pesetas, y se lo entregó a Juan, dejándolo sobre la mesa, mientras decía: «Juan, para los gastos.»

«Me marché pronto, despidiéndome hasta la tarde, en que, en efecto volví a llevarle el breviario, más ropa, calzado y el pantalón nuevo del mismo traje, en cuya cintura interior había una etiqueta de tela con el nombre de *Juan Vázquez de Mella*, paseo del Prado, 18, cuya etiqueta fué comprobada, creo, cuando la exhumación. Fuí a verle al siguiente día por la tarde, era martes, y creo recordar que me dijo que había celebrado en Jesús.

»Aquellos primeros días le prohibieron que se asomase a los cristales de las ventanas (era un pisito bajo, casi a raíz de la calle y podrían verle) y que tosiese fuerte. En principio parecían prudentes esas medidas. Más adelante me enteré de la total enemistad que existía entre aquel matrimonio y los porteros de la finca y que en ella había un piso ocupado por *mujeres alegres*. Le empecé a llevar prensa y a contar lo que sabía, sin ocultarle las muchas personas que aparecían asesinadas. Como el padre Sixto iba por allí, me decía si había coincidido él aquel mismo día; pero fácil era notarlo, aún sin decir nada, pues el padre era totalmente otro hombre.

»Ni él, con estar aislado, ni nadie, nos dábamos bien cuenta del alcance que iba a tomar la cosa. La reacción frente al levanta-

miento de las tropas fué de verdadera PERSECUCION RELIGIOSA, en aquellos primeros momentos, especialmente consigna recibida por el populacho, de los elementos que nos gobernaban. La suerte, pues, de los que en aquellos momentos eran detenidos dependía del grupo de forajidos que intervenían en su detención, ya que el solo hecho de ser religioso o sacerdote, era motivo más que suficiente para ser juzgada y fusilada la persona que caía en poder de los milicianos que, o les hacían un simulacro de interrogatorio judicial, para justificar su condena, en alguna checa de las que se improvisaron, o no llegaba siquiera a ella. En persona seglar, el manifestar su sentir cristiano lo mezclaban con la idea política y corría la misma suerte.

»Cuando le hablaba yo al padre con el pesimismo de lo mucho que oía y veía en el ambiente oficial en que forzosamente tenía que moverme, me atajaba diciendo: «Es cuestión de pocos días... verás Santiago... verás San Ignacio... ya vienen por tal sitio», es decir, lo que le llegaba por las escasas noticias, exactas unas (las del padre Sixto), falsas otras, por conducto de la asistenta de aquella casa, única persona extraña que allí entraba y que hasta entonces no sabía su estancia allí.

»El día 1 de agosto, me habló el padre de La Porciúncula con pena (fué un sermoncillo delicioso) y toda su ilusión era poder celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Le encontraba siempre en la pieza que hacía de comedorcito, e incluso, creo, que dormía allí, en una especie de sofá que había, y siempre estaba rezando el breviario o con el rosario entre los dedos. ¿Qué fué de aquel rosario que metía y sacaba de su bolsillo, cuyas cuentas tanto desgranó en aquellos días de su triste encierro? En casa no lo dejó, pues no rescaté más que unas medallitas.» *(Inés G. Torreblanca.)*

Después de lo anteriormente manifestado por la señorita Inés González Torreblanca, a quien luego volveremos a citar, ahora oigamos lo que otro dice relacionado con el padre Manila, y especialmente con los deseos de celebrar la Santa Misa, aunque haya que disentir acerca de algunas de sus aseveraciones, que se irán anotando.

«También visité, como a todos los demás religiosos, al padre José María de Manila, conforme a mi costumbre, y recuerdo que el último día que le vi, hacia el 13 de agosto, se me quejó amargamente de que hacía mucho tiempo que no había celebrado, y que esto no podía soportarlo, y me anunció que el día 15, fiesta de la Asunción, no pasaba sin decir Misa, por devoción a la Virgen, y que, ocurriera lo que ocurriera, él trataría de ir a casa de unos amigos suyos, que vivían en Alfonso XI para celebrar en el oratorio que ellos tenían. Entonces me permití decirle que no convenía saliera de casa, porque

bastaba verle, dada su manera de aparecer, para que cualquiera supiera que era un religioso disfrazado, y que corría mucho peligro, tanto más cuanto que él entendía que nunca debía haberse desprendido del hábito, y para conservar algo, no se despojó de la túnica interior. Tengo por cierto que ese día salió conforme me dijo, y que ese día le mataron. Primero, porque él mismo me dijo, cuando yo le aconsejé que no saliera, que saldría, y que si ese día le mataban, que se daba por feliz, porque lo mataban el día de la Virgen, y la Santísima Virgen lo recibiría. Y pude comprobar que se realizó este deseo, porque yo vi su fotografía expuesta el día 17, porque las cosas no andaban tan rápidas entre aquella gente, por lo que creo como cierto que la fecha exacta de su muerte fué el día 15, que fué la fecha de su detención, cumpliéndose sus deseos, que eran de morir el día de la Virgen, pudiéndose, por tanto, presentarse este siervo de Dios como mártir de la Eucaristía y de la Santísima Virgen.»

VII

Descubierto y perseguido.—A la calle de Alarcón y a la de Alfonso XII.—Detenido por los milicianos.—En la checa de Bellas Artes.—Martirizado

«La noticia de la muerte del padre Andrés—continúa escribiendo la señorita Torreblanca—, le causó gran sentimiento, y al comunicársela recuerdo que me dijo, como transfigurado: «¡Qué cosas; dos tiros..., y a la eternidad!» Ya se empezó a preocupar de que urgentemente necesitaba una documentación, y como los días pasaban y el *triunfo* no llegaba, yo le veía decaer y extenuarse. Me consta que su *alimentación* fué escasísima: *pan* y *agua*, alguna onza de chocolate crudo, y tal vez, un poco de fruta, y que hacía penitencia (todo ésto me lo dijo Juan). Lo que se le llevaba, se lo daba a los viejos, y nada de ello tomaba en las horas de comer.

»¿Qué fué también de sus pequeños instrumentos de tortura? ¿Se los llevó bien guardados en sus bolsillos? ¿Los hicieron desaparecer los viejos con su ropa? Por aquellos días le llevé de lectura la *Filosofía de la Eucaristía* y a *Propósito del Evangelio*, que luego recuperé.

»El 13 de agosto le vi por última vez. El domingo 16 de agosto, a eso de las diez de la mañana, había yo bajado al teléfono de la portería de la finca inmediata a avisar al médico y a la farmacia. Me estaba esperando en el portal la mujer que asistía en casa de Juan y Carlota, para decirme de parte del padre que fuera por allí.

Contesté que le dijera al padre que iría inmediatamente, en cuanto el médico viniera. La pregunté si le pasaba algo; y me dijo que le estaban echando constantemente de allí. Después supe que había corrido entre los indeseables vecinos de aquella casa y sus cercanías, la noticia de que los viejos tenían *un fraile escondido*, y eso motivaba el lanzarle inmediatamente de su compañía. Creo, sin equivocarme, que a eso obedecía su llamada. ¿Acaso para acompañarle a casa de sus parientes?... Posiblemente sí, ya que días atrás le había yo preguntado, sin conseguirlo, me dijese la dirección de una prima suya casada con uno de la situación, que vivía en Alfonso XII. A toda costa quería yo hablar con la señora por ver si le sacábamos de aquella casa, exponiéndole la situación en ella del pobre padre. Me atajó, como siempre: «Esto durará ya poco... Verás la Virgen de agosto.» No pude, pues, informarme dónde vivían sus parientes. Allá en la fibra íntima de la delicadeza esquisita de su conciencia quedaron los motivos de no apelar sino en lo más extremo del caso a estos familiares suyos, que poca cosa hicieron por él...

»Salí de casa después de dejar tranquila a mi madre, en cuanto se marchó el médico, al que esperé toda la mañana. Sería alrededor de las cuatro de la tarde. Encontré a Juan y Carlota asustadísimos, y la casa revuelta a causa de un minucioso registro efectuado en esas primeras horas de la tarde. Me contaron que habían detenido al padre hacia mediodía, en Alfonso XII, y que los milicianos creían que quedaba aún otro fraile allí escondido e iban a volver, por lo que me dijeron que me llevase todo lo del padre. Les dije que tuvieran calma, que nada podía llevarme en aquellos momentos; sólo unas medallitas que se había dejado al salir precipitadamente obligado; envolví el breviario y les dije que el blusón y la ropa la mezclasen entre sus cosas, ya que era ropa de hombre; que ya me lo iría llevando poco a poco, pero no entonces, porque fácilmente estarían las cercanías vigiladas, y quedé en volver pronto, por si se sabían noticias de su paradero. Volví el martes 18. El día anterior conté este caso en la biblioteca secretamente, y un compañero policía, muy buena persona, quedó en averiguar algo en la Dirección de Seguridad. No dió lugar, pues me informaron en la casa, que la asistenta, aquella mañana, había visto su cadáver en el Depósito Judicial.

Dos interrogantes se ofrecen al lector atento, vista la página anterior: ¿Intentó el siervo de Dios celebrar la Santa Misa el 15 de agosto, festividad de la Asunción de la Virgen? ¿Logró celebrarla como eran sus ardientes deseos? No puede demostrarse ni lo uno ni lo otro, con los testimonios de que actualmente se dispone. Cierta la insistencia casi tenaz con que manifestó su propósito al padre Sixto de Pesquera. Cierto también que por aquellos días indicó a la seño-

rita Torreblanca la idea de ir a celebrar en el oratorio privado de don Agustín González de Amezúa. Pero esto no demuestra que saliera, ni mucho menos que hubiera podido conseguir la realización de sus devotos deseos. Es muy posible que sí lo intentara, y como no podía disimular su condición de religioso, él mismo tal vez se denunció y dió ocasión para que los milicianos hicieran el primer registro en la casa donde se ocultaba.

Lo que sí está fuera de duda es que al verse el padre Manila descubierto y perseguido, partió del escondite, marchando precipitadamente al número 7 de la calle de Alarcón. Mas, no considerándose allí seguro, aunque protegido por el portero de la casa, que era bueno, se dirigió a la calle de Alfonso XII, donde tenía unos parientes bastante próximos. Poco tiempo después de haber llegado, entraron asimismo los milicianos, quienes indudablemente le iban persiguiendo, y sin hacer caso alguno al portero, subieron al piso donde moraban los deudos del padre Manila, que nada hicieron por librarle; y con el mismo portero le llevaron a la checa de Bellas Artes. Presentado el padre ante el Tribunal de la checa, nada oyó el portero de cuanto le preguntaron ni tampoco pudo captar las respuestas del padre, pero sí advirtió que respondía con gran firmeza, resolución y soltura, e indudablemente confesó sencilla y llanamente que era religioso capuchino. En aquellos momentos experimentaría los efectos de la Bendición Apostólica que otrora le concediera para la hora de la muerte el Santo Papa Pío X, y con ella confortado y sostenido por la virtud de lo alto, recibió el martirio, por ser religioso, en la madrugada del 17 de agosto de 1936, en el cuartel de la Montaña.

Aunque alguien ha dicho que el siervo de Dios fué asesinado el día 15, no existe razón alguna para afirmarlo, y sí para lo contrario, porque el día 16 llamó el padre, por medio de la asistenta del matrimonio Juan y Carlota a la señorita Inés Torreblanca para que fuera a visitarle. Además, vió la asistenta aludida el cadáver del padre Manila el día 18 por la mañana en el Depósito Judicial. Y, por último, la ficha registrada en dicho Depósito consigna la fecha de su inhumación el 19. También el Secretario del Excelentísimo Ayuntamiento de la Villa certifica la misma fecha de inhumación, en caja de madera, aunque no en sepultura aparte.

VIII

El cadáver y la foto del siervo de Dios.—En la Almudena. Exhumado e identificado.—En la Sacramental de San Isidro.—El proceso de beatificación.—Ultimas palabras sobre el siervo de Dios.

El cadáver del padre Manila fué identificado en el cementerio en donde se hizo la correspondiente ficha y sacaron la fotografía inconfundible del mismo, que oportunamente fué recuperada y tenemos ante la vista.

Una vez identificado el cadáver fué inhumado el día 19 de agosto en el cementerio de la Almudena, ciertamente en caja, como se pudo comprobar por testigos presenciales en el momento de la exhumación.

El 9 de julio, es decir poco menos de cuatro años más tarde, de la fecha del martirio, fué exhumado y reconocido el cadáver o sus restos, pues, como escribe el padre Buenaventura de Carrocera, testigo presencial, «porque las señales que presentaban los restos eran inconfundibles. A pesar de haber transcurrido bastante tiempo, la ropa estaba todavía en bastante buen estado, así como su carne se conservaba relativamente fresca y sin perder el natural color» No es necesario repetir lo escrito sobre traslado, solemnísimos funerales e inhumación definitiva en la cripta de los Capuchinos de la Sacramental de San Isidro, ya consignado en páginas anteriores, con relación a los restos del siervo de Dios padre Fernando de Santiago.

El proceso de beatificación forma un todo con el de los otros religiosos asesinados en Madrid y El Pardo; está muy adelantado, casi terminado; pero faltan detalles antes de poder trasladarle a la Sagrada Congregación de Ritos, esperando en el Señor que pueda pronto concluirse.

Terminamos estas breves notas biográficas con unas palabras consignadas por la competente y meritoria señorita Inés González Torreblanca: «Tales son los recuerdos que fielmente mi memoria reproduce en relación con el mártir Capuchino reverendo padre José María de Manila, al que en aquellos amargos días comprendidos entre el 20 de julio y 13 de agosto de 1936, tuve la suerte de tratar de cerca y la pena enorme de no poder aliviar en más su triste situación. Me queda de él ese grato sabor que deja todo aquel que edifica con sus actos: una obediencia ciega abrazando por ella estrecheces y peligros; su austeridad voluntaria y mortificación continua en los

días de su encierro; sus ansias de oración; el anhelo por ejercer su apostólico ministerio; y si nada sabemos de las horas que precedieron a su muerte, bien creo, que si me conmovieron por su entereza como transfigurada, las palabras suyas: «¡Qué cosas, dos tiros y a la eternidad!», que pronunció al comunicarle la muerte de su hermano en religión, reverendo padre Andrés de Palazuelo, se sentiría bien feliz en los momentos en que su propia liberación terrenal iba a realizarse de idéntica manera.»

Siervo de Dios

R. P. AMBROSIO DE SANTIBAÑEZ

SIERVO DE DIOS
R. P. AMBROSIO DE SANTIBAÑEZ

I

Nacimiento y niñez.—Vocación religiosa.—Noviciado y profesión simple.—A los colegios mayores.—Sacerdote de Cristo.

Vió la luz primera el siervo de Dios, padre Ambrosio de Santibáñez, el 24 de octubre de 1888, en el pueblo de Santibáñez de la Isla, diócesis de Astorga y provincia de León. Fueron sus padres don Lucas Pan Miguélez y doña Margarita López Mateos. Recibió en la iglesia parroquial el sacramento del Bautismo al día siguiente, y con las aguas lustrales el nombre de Alejo. El 22 de junio del año 1897 fué fortalecido con el sacramento de la Confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Frecuentó de niño la escuela primaria del pueblo natal y ejerció las funciones de monaguillo y sacristán, sucesivamente, en la parroquia. Terminada la educación inicial, durante la cual sintió ya aleteos de vocación religiosa, para realizarla inició él solo el estudio del latín y humanidades, viendo recompensadas su aplicación y perseverancia con la aprobación de dos años. Declarada la vocación para seguir las sendas luminosas del *caudillo enamorado*, obtuvo la gracia de ingresar en la Orden Capuchina, vistiendo el hábito seráfico en el convento de Bilbao, el 17 de diciembre del año 1905, dejando entonces el nombre de Alejo Pan López y tomando el de fray Ambrosio de Santibáñez. *(Acta de vestición de hábito.)*

Vivida ejemplarmente la vida religiosa en toda su integridad durante el año de probación, y obtenidos todos los sufragios de la

Comunidad en la triple votación, se unión al Señor mediante la profesión temporal, efectuada el día 18 de diciembre de 1906. *(Acta de profesión.)*

Persuadido el novel profeso de la necesidad de la ciencia para dedicarse al ministerio de la salvación de las almas, con fervor continuó los estudios humanísticos, y cursó los filosóficos y teológicos, hasta el año de 1916, obteniendo siempre muy apreciables calificaciones, como lo demuestran las actas de exámenes que tengo a la vista. Su profesión solemne tuvo lugar el día 25 de diciembre de 1909. El 29 de mayo de 1915 fué ungido con la dignidad del sacerdocio.

«Puedo asegurar que fué siempre modelo de religiosos y de estudiantes. Observante de la Regla y de las Constituciones, amante de las glorias de la Orden, amable y complaciente con todos. Puede decirse de él que jamás tuvo enemigos, y que fué muy querido y respetado de todos. Humilde y sencillo en su trato, obediente con los Superiores, asiduo al coro para los actos comunes, lo mismo de día que de noche, y fervoroso en la oración. Tal era, en síntesis su conducta durante el coristado. Como estudiante fué aprovechadísimo. De clara inteligencia y pronta comprensión, supo preparar sus lecciones diarias con facilidad asombrosa. Con todo no fué nada orgulloso, ni hizo jamás ostentación de sus conocimientos y de su saber ante los condiscípulos, antes bien, aquello le parecía a él como cosa natural y de ningún valor. Este su modo de proceder patentizaba a las claras su virtud más que ordinaria.» *(Padre Alberto de Azpeitia.)*

II

A los ministerios apostólicos.—Vida ejemplar y celo plausible.—A las misiones de América.—Vicario y sucesivamente Guardián de Santander.

Terminada la carrera eclesiástica fué destinado el siervo de Dios como predicador al convento de Montehano, en donde ejerció asiduamente el santo apostolado desde el púlpito y en el confesonario, especialmente en las misiones populares que dirigió en no pocos pueblos de la provincia de Santander y en otras partes del norte y del centro de la Península.

Más tarde fué trasladado el padre Santibáñez a otros conventos, donde trabajó con el mismo celo que lo había hecho en el convento de Montehano, siempre pronto y dispuesto para cumplir las órdenes de los Superiores al encargarle la ejecución de los ministerios

sacerdotales. «Terminada brillantemente su carrera eclesiástica y ordenado de sacerdote, fué primeramente destinado al convento de Montehano. Si como corista fué ejemplar y modelo, no lo fué menos cuando llegó al sacerdocio y empezó a ejercer el apostolado.» *(Padre Alberto de Azpeitia.)*

Así como la florecilla germina y exhala el confortante aroma en medio de abrojos y espinas, así las virtudes se adquieren y desarrollan en medio de defectos propios de la pobre condición humana caída. Esto, al parecer, aconteció también al padre Ambrosio, pues «su conducta fué en todo ejemplar, si bien no pude observar virtudes extraordinarias; buen religioso, con sus imperfecciones y defectos anejos a la condición humana.» Así enfoca al padre Ambrosio un religioso que vivió temporadas con el siervo de Dios.

«Su caridad, lejos de disminuir, se acrecentó más y más. Hay un hecho en este tiempo que revela dicho aserto. Cuando la dolorosa gripe del año 1918, que tantas víctimas causó en el mundo, fué Montehano uno de los conventos donde mucho se ensañó la enfermedad, pues hubo dos muertos, y el número de los enfermos graves pasó de veintisiete. Uno de los privilegiados a quienes no atacó el contagio fué al padre Ambrosio, quien aprovechó su salud robusta para ejercer la caridad con los apestados, en compañía de dos religiosos ya fallecidos, padres Dionisio de Curillas (ahogado en la misión del Caroní) y Cecilio de Lois (también muerto en dicha misión), sin temor a contraer el contagio. Alegre, sonriente siempre, lleno de amor fraterno, atendía a todos y para todos tenía una palabra de consuelo. El mismo salía en busca de medicinas, ya a Gama, ya a Santander, sin escatimar sacrificios, a fin de que a los enfermos no les faltara nada de lo prescripto por el médico. Lo que revela un gran espíritu de sacrificio y su gran caridad. Y no sólo ejerció estos actos de caridad en el convento, sino también con los de fuera, pues en esos meses de peste asistió en Cicero y en otros pueblos a muchos enfermos.

»De gran talento, y, por ende, aficionado al estudio, se dió de lleno al estudio de las obras de San Agustín. No había que preguntar dónde estaba el padre Ambrosio. Se sabía que su lugar preferido era la celda, y que allí se le encontraría abstraído en sus estudios, y luego escribiendo. Gran predicador y gran misionero; se preparaba de lleno para dar misiones, en donde era incansable. Di con él alguna que otra misión; por lo que conocí que tenía alma de verdadero apóstol. Aún le recuerdan en los pueblos de Hazas, de Cesto y otras partes. En todas dejó recuerdos imborrables de bondad, humildad y amor.

»Del padre Ambrosio, todo el mundo que le hubiese conocido ten-

drá que hablar bien. Nunca vi en él cosa que desdijese del estado religioso ni que pudiese causar desedificación a los prójimos. Siempre humilde, sencillo, bondadoso y amable, sin afectación alguna en su persona; sin anhelos de gloria mundana.» *(Padre Alberto de Azpeitia.)*

Fué el siervo de Dios observante de las leyes de la Orden y muy obediente a los Superiores. «Con mucho gusto contesto a los puntos que me indica sobre el padre Ambrosio de Santibáñez, por haberlo tenido de súbdito y de compañero. 1.° Fué puntual, observante de toda la disciplina de nuestra Orden Franciscana Capuchina; 2.°, siempre que lo tuve yo de súbdito fué obediente perfecto; 3.°, también fué caritativo con los demás religiosos; 4.°, para mí, fué su moralidad de buen religioso; 5.°, estaba siempre dispuesto para trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y nunca rehusó trabajo alguno de apostolado.» *(Padre Antonio de Carrocera.)*

«Yo vi en el padre Ambrosio en todo momento la conducta de un buen religioso; ejemplar, amante de la observancia regular, es decir, de los votos, de la Regla y demás leyes de la Orden. El ardor con que defendía las glorias de la Orden demostraba claramente el amor que tenía a su vocación de Franciscano Capuchino.» *(Padre Eugenio de Villamañán.)*

«Yo conocí al padre Ambrosio y tuve intimidad con él, de la que saqué la impresión de que era un hombre muy espiritual y muy listo; predicaba muy bien, era un verdadero apóstol. Tal me pareció las veces que fué a predicar a Solares. Era un verdadero Capuchino, un verdadero sacerdote.» *(Presbítero Angel Fernández Liaño.)*

El fervor apostólico del siervo de Dios como pregonero del Evangelio volaba hacia campos menos cultivados, deseoso de derramar la semilla espiritual en ellos, por conceptuarlos más necesitados. Por eso, el año de 1926 pidió a los Superiores que le enviaran a la naciente misión del Caroní (Venezuela) para trabajar en la conversión de los infieles. Obtenido el permiso, allá marchó generoso, animoso y resuelto. Mas sin culpa alguna por parte suya, después de algún tiempo tuvo que salir de la misión y trasladarse a la Custodia, de Venezuela, en la parte civilizada, y más tarde, en atención a un mandato por demás duro, y en aquellas circunstancias humillante, de sus legítimos Superiores, regresó, obediente, a España, en donde se dedicó otra vez a los ministerios sacerdotales con el mismo entusiasmo de siempre. Y he dicho que sin culpa suya, porque, en calidad de Superior regular de la misión, fuí testigo presencial de cuanto acabo de relatar acerca del doloroso episodio para el padre Ambrosio.

El año de 1931 fué nombrado vicario del convento de Santander. Y en 1933, guardián o Superior del mismo, confirmado en dicho cargo en 1934. *(Actas capitulares.)*

«En todo este tiempo que desempeñó el cargo de guardián vi en él siempre la conducta de un religioso ejemplar, amante de la observancia regular, exhortando a los súbditos a la guarda de las leyes... Como Superior eligió el término medio que aconseja la prudencia, no siendo ni demasiado rígido ni tampoco débil para sostener la observancia regular en sus súbditos, a quienes procuró atender en sus necesidades espirituales y temporales, sin queja razonable contra su modo de gobernar la comunidad.» *(Padre Eugenio de Villamañán.)*

III

Momentos delicados.—La persecución religiosa.—Sereno ante la tempestad.

Hecho sabido es que durante el dominio rojo en España, turbas de facinerosos, incendiarios y asesinos, ofuscados por el odio feroz a todo lo religioso y sobrenatural, destruían y robaban cuanto podían en iglesias y conventos, muchos de los cuales entregaban a las llamas y mataban cuando les era dado a sus pacíficos moradores. Semejante situación se presentó especialmente alarmante en la ciudad de Santander, dominada por los comunistas y gentes del Frente Popular. Estado tan angustioso imponía grave responsabilidad a los Superiores, obligados a velar por el bienestar de sus súbditos. En dicha coyuntura se encontró el siervo de Dios, Padre Ambrosio, en los últimos días del mes de julio de 1936. Pero ni por un momento perdió la serenidad ni se entregó a una confianza temeraria ante los gravísimos acontecimientos, sino que, «pocos días después del Movimiento, y habiendo consultado al cónsul de Cuba, reunió la comunidad, repartió entre los religiosos por igual los fondos que entonces había, correspondiendo a cada uno alrededor de trescientas pesetas. Salimos del convento; él lo abandonó el último. Todavía, por indicación del mismo padre, volvimos a decir misa y confesar, sobre todo la víspera de la Porciúncula. Pero por la tarde de dicho día ya fuimos detenidos dos padres. Y aunque el padre Ambrosio volvió a celebrar el día 3 de agosto, recibida que hubo una esquela que pudimos enviarle los detenidos, cerró definitivamente la capilla y el convento, y después salió a refugiarse en casa de una familia caritativa.» *(Padre Eugenio de Villamañan.)*

IV

Exilado.—Conducta intachable y edificante.

Abandonada la iglesia y la Residencia, se apoderaron las enloquecidas turbas de ambos recintos, que fueron totalmente destruídos por la acción del fuego. Entre tanto, «el día 29 de julio de 1936, en plena revuelta la ciudad de Santander, perseguidos los religiosos, los sacerdotes y otras personas, a eso de las diez de la noche se presentó en nuestra casa el religioso Capuchino padre Ambrosio de Santibáñez, Superior de los Capuchinos de esta ciudad, y nos pidió definitivo asilo, por el serio peligro que corría de ser detenido y asesinado si por más tiempo, a causa de ser religioso, permanecía en el convento.

»En nuestro domicilio, tratado como de familia, permaneció hasta el 29 de septiembre, en que nuestra casa sufrió un registro y cuatro de nosotras fuimos detenidas. En esta fecha se trasladó con don Celso de la Cruz Cuerno, también refugiado en nuestra casa, al domicilio de dicho señor, y en él permaneció hasta que fué detenido el día 14 de noviembre del referido año.

»Durante el tiempo que vivió con nosotras y con nuestra difunta madre observó una conducta intachable, de ejemplar y buen religioso. Hasta el 3 de agosto fué a su convento para celebrar misa. Pero, advertido del peligro por otros dos padres ya detenidos, cerró la capilla y el convento, porque así lo aconsejaban las circunstancias, como el mismo padre manifestó a las gentes.

»En uno de los días del mes de agosto salió a la parroquia de la Compañía, que aún estaba abierta al culto, para decir misa, como en efecto la dijo. Pero, advertido por nosotras el peligro que corría de ser descubierto, pudimos con dificultad disuadirle de volver a salir para celebrar y, aunque bastante contrariado, no salió más, privándose con dolor del santo sacrificio.

»Su vida en nuestra casa fué sencilla. Por el día rezaba el breviario, hacía sus devociones, dirigía el santo rosario, que siempre rezábamos nosotras; bendecía la mesa en las comidas. En las charlas de sobremesa frecuentemente nos hablaba de religión y nos explicaba puntos de doctrina. Fué en todo momento optimista y no mostraba temor por su persona.» *(Avelina y Laura de la Gándara Lavín.)*

V

Segundo refugio.—Detenido.—Encarcelado. — Verdadero apóstol.

Advertido del manifiesto peligro de ser detenido, buscó el siervo de Dios nuevo asilo, ofrecido por el señor de la Cruz Cuerno, en su propia casa, y allá se fueron los dos. «El 29 de septiembre fuimos a mi casa, y en ella permanecimos hasta el 14 de noviembre, en que a las seis de la tarde nos detuvieron. Durante su permanencia en mi casa, todos los días subimos al piso de mis hermanas, donde celebraba misa y daba la comunión. Hasta que cerraron las iglesias había ido a celebrar a la Compañía, pues, como él dijo a una de las de Gándara, eso era lo más grande para un sacerdote.» *(Celso de la Cruz Cuerno.)*

«Hospedado en la casa de nuestro hermano desde el 29 de septiembre hasta el día 14 de noviembre en que, con nuestro hermano fué detenido, llevado a la *checa* presidida por Neila, luego veinticuatro horas en la Cárcel provincial y después al barco-cárcel *Alfonso Pérez*, le tratamos todos los días.

»Durante el mes y medio largo de su refugio, subía a nuestro piso, que estaba en el superior inmediato. En ese tiempo, para nada salió del domicilio; recibió, en cambio, muchas visitas de seglares, de sacerdotes y de religiosos. Todos los días celebró en nuestra casa la santa misa, con ornamentos que le proporcionó un hermano Pasionista llamado Luis. Como los primeros días careció de misal, se valió de un libro llamado *Eucologio*, hasta que al quinto día ya pudo hacerse con misal. A la misa le ayudaban dos jóvenes, hoy ingenieros, residentes en Madrid, Carlos y Augusto Corpas. A la misa asistíamos nosotras, los de la casa de mi hermano y algunas personas de fuera, con las debidas precauciones. Por la tarde nos rezaba el santo rosario y nos daba la bendición con el Santísimo, ya que durante el tiempo que permaneció con nosotros tuvimos reservado muy sigilosamente.

»Cuantas personas, sacerdotes y seglares le pidieron confesión, fueron bondadosa y caritativamente atendidas por el padre Ambrosio. Como trataba ya íntima, aunque muy ejemplarmente con todos los de la familia, una de nosotras le dijo: «Yo no me confieso con usted.» A lo cual él respondió: «Yo me transformo en el confesonario.» En todo momento vimos al padre Ambrosio ejemplar; sacerdote y religioso muy piadoso e intachable en su conducta: *era un*

santo. Aunque en nuestra casa algunos otros sacerdotes y religiosos se entregaban a inocentes juegos de naipes, el padre Ambrosio nunca cogió las cartas en sus manos: en todo era el anverso de la medalla.» *(María y Encarnación de la Cruz Cuerno.)*

«Después que dispersaron a los religiosos fuí un día a casa de las señoritas Cuerno, y allí vi al padre Ambrosio. Yo no iba con la intención de verle, porque no sabía que estaba allí. Recuerdo que me habló muy fervoroso, demostrando mucha serenidad y diciendo que él no pensaba hacer ninguna tontería, sino quedarse allí quieto.» *(Patricia Bustelo.)*

«Efectivamente, que las señoritas de la Cruz Cuerno son las que principalmente pueden informar sobre dicho padre. Y es natural que le hablaran de mí, porque durante dos meses estuvimos ayudándonos a misa el uno al otro en casa de las citadas señoritas, calle de San Francisco. Poca puede ser mi aportación sobre el padre Ambrosio: tuve poco contacto con él durante el tiempo que estuvo hospedado en casa de don Celso de la Cruz Cuerno. Como yo estaba hospedado en otra casa, nuestras relaciones fueron momentáneas: cuando iba a celebrar misa y en alguna de mis visitas a esa casa.

»Lo único que recuerdo es que se confesó varias veces conmigo; que nos ayudábamos a misa mutuamente; que rezamos el rosario en un saloncito de visita de la casa de las Cruz Cuerno, en donde había una vitrina con muestras de modista; debajo de una tenía el Santísimo reservado en una polvorera; que merendamos juntos algún día; que le proporcioné una cédula personal sacada a su nombre, pues al decirle que iba a gestionar la manera de embarcarme a Francia, y siendo la cédula el primer requisito, él se entusiasmó, mandándome sacarle la que le sorprendieron los milicianos a una con otra que quedaba del dueño del hotel Victoria; que en nuestras charlas mantenía un vivo interés y grande esperanza del triunfo de la causa de Dios y de España.

»Estos son los principales detalles que recuerdo de él, no dudando de que su alma esté en la presencia de Dios, pues, por informes, me consta que murió valientemente animando y absolviendo a todos los que iban cayendo en el barco... Conservo una o dos medallas de la bendición de San Francisco, que estimo como grato recuerdo, y quién sabe si en su día tenga para mí valor de reliquia.» *(Presbítero Conrado Calvo González.)*

Sereno pasaba los días el siervo de Dios en su segundo acogedor refugio, dedicado enteramente a los rezos, al estudio y a confesar a las personas que se acercaban a su morada, a quienes consolaba y animaba para soportar cristianamente las amarguras porque atravesaban. Pero como las gentes de bien no estaban seguras en nin-

guna parte, tampoco lo estuvo el dueño del piso benefactor del padre Ambrosio, pues el día 14 de noviembre del 36 fué detenido don Celso de la Cruz, y con él lo fué también el siervo de Dios. El mismo señor Cuerno va a referir los hechos.

«Así vivió en nuestra casa, edificándonos con su conducta y comportamiento, hasta el día 14 de noviembre, día en que, en las primeras horas de la tarde, se presentaron en mi casa dos agentes de la Dirección General de Seguridad para detenerme. El padre Ambrosio, avisado por mi mujer de que estaban registrando la casa, se levantó, pues estaba descansando; pero en vez de subir al piso de mis hermanas como muy bien lo podía haber hecho se fué a una habitación contigua a mi despacho, entusiasmado aparentemente con la lectura de una novela de Pereda. Terminado el registro del despacho, se acercó al padre Ambrosio uno de los agentes para identificar su persona. A la pregunta del agente contestó el padre Ambrosio, según antes habiamos convenido, que había venido de San Sebastián días antes de estallar el Movimiento, que era agente de comercio y pariente de mi mujer. Pero sus palabras ni parecieron claras ni satisfactorias al agente. Por eso, en son de broma, dijo: «¿Con que de San Sebastián? Seguramente algún requeté huído de allí en los primeros días de la algazara militar.» «Nada más inexacto—replicó el padre Ambrosio—; ya les he dicho que llegué a Santander antes del Movmiiento, cuando todavía en San Sebastián se vivían días de calma. He venido por motivos profesionales.» Y al mismo tiempo alargaba su cédula, en que aparecía como viajante de profesión. Mas al intentar sacar la cédula que tenía a su nombre se le cayó la del dueño del hotel Victoria, ya fallecido. Percatados de ello los dos agentes, le preguntaron: «Cómo, ¿dos cédulas con diversos nombres y diversas profesiones?...» El padre Ambrosio no supo justificarse satisfactoriamente, por lo que los agentes, más intrigados cada vez, decidieron, para aclarar las cosas, llevarle juntamente conmigo a la Comisaria, añadiendo: «En la Comisaría declarará.» «¿No han venido ustedes únicamente para detenerme a mí? —les dije—. ¿Pues por qué han de llevarle también a él?» Todo fué inútil.

»Sobre las siete de la tarde de un sábado 14 de noviembre, a ambos, despidiéndonos de mi familia, nos llevaron separados a la Comisaría o *checa* presidida por Neila. El padre Ambrosio fué llevado a un sótano, en donde se encontraban otros detenidos. Un guardia le llamó a las dos de la madrugada para conducirle a la presencia de Neila, quien le sometió a un interrogatorio, cuyos términos completos no conozco, pero sé con toda certeza, porque después me lo manifestó el padre Ambrosio, que *declaró su calidad de sacerdote y*

de religioso Capuchino, y para justificar su estancia en mi casa dijo que, como yo me hubiera enterado de que él se encontraba en un hotel haciendo gastos que no podría soportar por mucho tiempo, le había invitado a venir a mi casa, como así lo hizo. «Sí—respondió Neila con tono socarrón—; ustedes siempre encuentran quienes les reciban.» Luego del interrogatorio fué nuevamente conducido al sótano. Algo nos pudimos comunicar los dos aquella noche por medio de una señorita que vivía en la casa convertida en *checa.*

»A las nueve de la mañana del día siguiente fuimos los dos trasladados a la Cárcel provincial, pero separados, en donde permanecimos solamente veinticuatro horas, pues el lunes, a las nueve de la mañana, fuimos también llevados, aunque separados, al barco-cárcel *Alfonso Pérez,* anclado en la bahía de Santander. Dicho barco, requisado para cárcel, tenía unas 7.000 toneladas y estaba dotado de cuatro bodegas, en las cuales recluían a los detenidos. Yo fuí conducido a la bodega número 4, y el padre Ambrosio, a la número 2. Enterado yo por el mismo padre Ambrosio, en un momento en que nos vimos sobre cubierta, al acudir a nuestros menesteres, y con toda la cautela posible para que no nos vieran nuestros guardianes, hice las gestiones convenientes, así como también él hizo la petición, pidiendo el traslado a la bodega número 4, consiguiéndolo a los pocos días. Aquí se encontró el padre Ambrosio con más amigos y también con algunos sacerdotes. Mis hermanas le enviaron un colchón, le arreglaban la muda y algo de comer recibía también de ellas.

»La vida del padre Ambrosio en el barco-prisión *Alfonso Pérez* fué edificante, como lo había sido en los refugios. Se levantaba muy temprano para lavarse sobre cubierta, a la cual subíamos por una escalera que nos tendían nuestros guardianes. En seguida comenzaba sus rezos, que hacía paseando en torno a la bodega; rezaba igualmente el breviario, furtivamente introducido en la bodega del barco; leía algunos ratos, predicaba los domingos, y luego con todos alternaba, saturado el espíritu de optimismo que procuraba comunicar a los demás refugiados. El padre Ambrosio guiaba también el rosario, que rezábamos todos los días en una de las *parroquias* en que se dividió la prisión número 4. Para celebrar la fiesta de la Inmaculada hicimos la novena, dirigida por el padre Ambrosio, con algunas oraciones por él compuestas o preparadas. Así pasamos los días con zozobras e incertidumbres, hasta el 24 de diciembre, en que yo fuí puesto en libertad. Al salir del barco-prisión y al despedirme del padre Ambrosio él me dijo: «Acuérdese de mí.» *(Celso de la Cruz Cuerno.)*

* * *

Son muchos los supervivientes que estuvieron presos con el padre Ambrosio en el barco, no pocos de los cuales han relatado por escrito el comportamiento del siervo de Dios durante el cautiverio. Voy a trasladar los testimonios de algunos a estas páginas para edificación de los lectores.

«Durante el tiempo de nuestra prisión traté íntimamente al padre Ambrosio y pude notar que era un perfecto sacerdote y religioso, conceptuándole yo y los demás que con él convivimos un verdadero santo. Desde que entró en el barco se declaró sacerdote y religioso Capuchino, no sólo ante los que estábamos presos, sino también ante los milicianos que nos custodiaban, cuando nos preguntaban a cada uno nuestro estado o profesión... El padre Ambrosio manifestó en todo momento ser religioso piadoso, pues con frecuencia se le veía rezar y procuraba sostener la vida cristiana en los demás detenidos. Todos los días nos rezaba el santo rosario; confesaba con diligencia a los que se lo pedían. Los domingos, como era imposible oír misa, procuraba que la oyéramos espiritualmente. Los sábados, sentado en el número que le correspondía en la «Caraba», leía y tomaba apuntes para predicarnos la homilía el domingo, que nunca omitió, sacando luego conclusiones prácticas para fortalecernos con la resignación cristiana en aquellos días trágicos que estábamos viviendo.

»En uno de los días de nuestra permanencia en el barco-cárcel, se cayó uno de los detenidos desde la bodega número 4 al «sollado» (parte baja en el fondo interior del barco), y le creímos reventado, porque arrojaba sangre por la boca. Entonces dijimos algunos caballeros al padre Ambrosio lo que pasaba. El, entonces, dijo: «Bajo ahora mismo», y así lo hizo, edificándonos grandemente a todos, ya que este acto era confesarse nuevamente sacerdote ante los mismos perseguidores. Mas los caballeros no esperábamos nada menos, sobre todo del padre Ambrosio.» *(Jesús Hermosilla Aizcorbe.)*

«El padre Ambrosio, o Alejo Pan, se presentó desde el primer momento en el barco-prisión como sacerdote. Nos dirigía los rezos, confesaba con la mejor voluntad a los que se lo pedían; nos rezaba el rosario; nos hablaba frecuentemente de llevar con resignación cristiana los sufrimientos morales y físicos de aquellos momentos dolorosos y trágicos. Sus palabras fueron siempre de optimismo, alentando nuestra esperanza de que todo había de terminar a favor nuestro. Que él ofrecía sus oraciones y la propia vida a Dios por nosotros. Y que, caso de morir asesinados, seríamos mártires e íbamos al cielo.» *(José Bustamante Hereña.)*

«El comportamiento del padre Ambrosio en el barco-cárcel fué ejemplarísimo para todos. Nos rezaba el santo rosario, nos predicaba, nos enseñaba salmos de penitencia, tales como el siguiente que

yo rezo todas las noches: «De los pecados e ignorancias de mi juventud no te acuerdes, Señor.» También nos dirigió una novena a la Santísima Virgen María. Era el padre Ambrosio, según apreciación mía y de los otros detenidos, un religioso muy instruído, muy buen compañero de infortunio, ejemplar sacerdote y religioso que se interesaba mucho por consolarnos y por nuestro bien espiritual... Recuerdo que cierto día, pisando malamente uno de los detenidos en una tabla, cayó al fondo del barco, echando sangre por la boca... El padre Ambrosio, al enterarse, bajó inmediatamente y le dió la absolución.» *(Isidro González Gutiérrez.)*

«Dicho padre Ambrosio se presentó desde el primer momento como sacerdote y religioso Capuchino, aunque, como es natural, vestido de paisano. Desde luego, notamos todos que era optimista, sereno, ejemplar y piadoso, procurando animar a los otros y comunicarles su propia serenidad y su optimismo. Frecuentemente se le encontraba rezando. Nuestra bodega-cárcel estaba dividida en grupos que nosotros llamábamos parroquias; la mayor era la del padre Ambrosio, y yo pertenecía a ella. Aquí nos rezaba todos los días el santo rosario y otras oraciones. Del propio modo, todos los domingos predicaba la homilía, y después de explicar el contenido del Evangelio, nos hacía reflexiones y aplicaciones muy prácticas y oportunas para el tiempo doloroso en que vivíamos, procurando sostener nuestro espíritu en días de tantos sufrimientos físicos y morales, hablándonos de la resignación cristiana y de adorar los designios de la divina Providencia. Recuerdo que en la cárcel celebramos la novena de la Inmaculada, con algunas oraciones preparadas por el padre Ambrosio de tal suerte que, después de ser martirizado, conservábamos los más gratos recuerdos y unánimemente lamentábamos su desaparición.» *(Julio Pereda Avendaño.)*

«Traté al padre Ambrosio con intimidad porque, mediante algunas maderas que nos enviaron de mi casa y de casa de mi hermano Jesús, también detenido en el mismo número o bodega, hicimos una especie de tinglado con seis departamentos abiertos, para colocar nuestros respectivos petates o dormitorios y algunos objetos de uso personal. Al tinglado, humorísticamente le pusimos el nombre de *Caraba,* por estar entonces en uso esta palabra en algunos cantos populares. El número uno de la *Caraba* lo ocupaba mi hermano Jesús; yo, el dos; el tres, don Emilio Villegas, asesinado; el joven empleado de la Campsa ocupaba el cuarto; el reverendo padre Ambrosio, el quinto; el sexto, un caballero cuyo nombre no recuerdo en estos momentos. Un joven aficionado al dibujo trazó unas líneas de la *Caraba* y de los moradores de ella, pero tan mal, que a ninguno se nos puede conocer. El padre Ambrosio se confesó sacerdote y reli-

gioso en cuanto llegó a la bodega número 4, sin arredrarse de manifestarlo ante los mismos milicianos que nos custodiaban. Yo saqué el pleno convencimiento de que el padre Ambrosio era un perfecto sacerdote y religioso: era un santo. Siempre le noté muy piadoso, pues rezaba con frecuencia. Con laudable celo fomentaba también la piedad entre los detenidos, rezando el santo rosario todos los días. Los sábados se le veía leer y tomar apuntes para preparar la homilía, que nos predicaba todos los domingos, haciéndonos aplicaciones prácticas muy provechosas para la hora en que vivíamos... Si los detenidos le pedíamos confesión, inmediatamente con toda presteza nos atendía. Quiso el padre Ambrosio que celebráramos con piadoso regocijo la *noche de Navidad*. Para ello se ofreció él mismo a despertarnos a todos a las doce, como así lo hizo; nos habló del misterio del Nacimiento, oímos espiritualmente la misa del Gallo, cantamos en voz baja algunos villancicos y saturamos nuestro espíritu cuanto nos fué posible de los consuelos que en los corazones creyendes dejan estos santos misterios.» *(César Hermosilla Aizcorbe.)*

«Un día del mes de noviembre del año 1936 le vi bajar a la bodega número 4 del barco-prisión *Alfonso Pérez*, en calidad de preso, como estábamos los demás, por el solo hecho de ser sacerdotes, católicos o personas de orden y amantes de Dios y de España. En la bodega se rezaba el santo rosario todos los días en distintos grupos, presididos cada uno de ellos por algún sacerdote. Por la referida bodega corría de mano en mano un librito que se titulaba *Evangelios concordados del doctor Gomá*. Por este libro predicábamos algunos sacerdotes varios domingos el Evangelio a un buen número de presos que deseaban oír la palabra de Dios. Después que entró el padre Ambrosio en la referida bodega, él fué el encargado de la predicación, por tener más dotes oratorias; y lo hizo dos o tres domingos, hasta el 27 de diciembre, día de la terrible matanza.» *(Presbítero Victoriano Morante Vélez.)*

«Estando yo ya en el barco-cárcel, llevaron también al padre Ambrosio a la misma bodega número 4; en ella convivimos hasta su muerte. La conducta del padre Ambrosio en el barco fué admirable por su piedad, por su serenidad, que no perdió en ningún momento; por la caridad con los demás detenidos, a quienes procuraba hacer participantes del optimismo de que él siempre gozaba. En ningún momento ocultó su carácter sacerdotal. Procuró en la cárcel fomentar el espíritu de piedad entre los detenidos, rezando el santo rosario en algunos grupos, enseñando, predicando y animando a llevar con resignación cristiana las penas. Le oí decir, y después de su muerte, dentro y fuera del barco, oí también a otros, que el padre Ambrosio había compuesto en la cárcel un vía crucis en conformi-

dad con las circunstancias y sufrimientos de los detenidos en el barco-cárcel, y lamentábamos de que se hubiera perdido, o llevado en sus vestidos al cementerio, o que se lo hubieran quitado del cadáver, porque todos juzgábamos que, dada la capacidad del padre Ambrosio y las circunstancias en que era compuesto, habría de tener una piedad y una importancia grande, especialmente para los que con él habíamos soportado las penas de la cárcel.» *(Presbítero Angel Fernández Liaño.)*

«Desde que llegó al barco-prisión se manifestó como sacerdote y religioso Capuchino, a pesar de figurar en el registro del barco con el nombre de pila, Alejo Pan. Siempre se mostró animoso y optimista con los compañeros, procurando levantarles el ánimo. Desde el primer momento se dedicó a rezar el rosario con su grupo y explicarles el santo Evangelio; les leía la misa los domingos y atendía a las preguntas o consultas que le hacían, como cosa propia del apostolado. Alrededor de él se agruparon de los más selectos por su posición social. Algunos de su grupo manifestaron que acaso el padre Ambrosio se distinguía demasiado en su actuación sacerdotal, pudiendo con ello hacer que los milicianos los viesen y tomasen represalias contra los que hacían manifestaciones religiosas de rezar el rosario, predicar y cosas de éstas. Por ese miedo alguno se marchó de su parroquia o grupo al de otros sacerdotes, no porque éstos no hacían estas cosas, sino porque lo hacían más ocultamente, para adaptarse mejor a la manera de ser y cultura de los grupos respectivos, más inferiores que el del padre Ambrosio, donde figuraban el alcalde y algunos abogados. He de manifestar que el grupo del padre Ambrosio no fué buscado por él, sino que fueron los mismos presos los que se iban agrupando junto a cada sacerdote. La formación religiosa de los presos no era en todos la misma, y en algunos dejaba incluso bastante que desear, por lo que la labor sacerdotal no era tan fácil. Yo mismo le vi confesar a otros presos. Nunca se le veía de mal humor, sino al contrario, siempre bien.» *(Presbítero Gaspar Muñoz.)*

VI

Pájaros de la muerte.—Fatídicos presagios.—Rugidos de fieras.

Rápida y tranquilamente, aunque no sin pesadillas graves, se deslizaban los días navideños, cargados, desde luego, de tristeza e incertidumbre para los mejores españoles, cuando he aquí que avio-

nes nacionales, que bombardearon por doquier objetivos militares de los rojos, hicieron una visita el día 27 de diciembre del 36 a la ciudad de Santander, y descargaron sobre la estación del ferrocarril y otros depósitos de armas doloroso cargamento de liberación. Para los dignísimos presos del *Alfonso Pérez,* el trémulo ronquido de los pájaros de la muerte fué, en los primeros momentos, un alivio, porque pensaron que les traían el mensaje ansiado de la libertad; pero se engañaron, según inmediatamente verá el lector al clavar su mirada en la relación de algunos de los supervivientes de aquella hecatombe.

«Cuando el 27 de diciembre bombardearon los nacionales los objetivos militares de Santander, la fiera humana gritó: «A matar a todos los del barco», y arrojaron las primeras bombas a nuestra bodega-cárcel: el padre Ambrosio y otros de nosotros se pusieron a reconciliar a los detenidos y a prepararlos para bien morir.» *(Presbítero Angel Fernández Liaño.)*

«En este día (de la matanza) el padre Ambrosio desplegó toda su actividad confesando por los distintos rincones de la bodega a varios que le pidieron oirlos en confesión.» *(Presbítero Victoriano Morante Vélez.)*

«Bombardeada la ciudad de Santander por los aviones nacionales, rugió como fiera el populacho, gritando: «Al barco, al barco de los presos. Hay que matarlos a todos; que ninguno quede con vida.» Y hacia el barco *Alfonso Pérez* marcharon en ingente muchedumbre. Entonces empezaron los milicianos a arrojar bombas. Nosotros nos parapetamos cada uno como pudimos, no muriendo ninguno.» *(César Hermosilla Aizcorbe.)*

Cuando el 27 de diciembre del referido año 1936 los Ejércitos nacionales del Aire bombardearon la ciudad de Santander, y la chusma, enloquecida, pedía la muerte de los detenidos en el barco *Alfonso Pérez,* yo me encontraba delicado en la enfermería, y suponiendo que había llegado nuestra última hora, todos los enfermos caímos de rodillas y rezamos el acto de contrición. Al poco tiempo nos mandaron a los de la enfermería salir sobre cubierta, y enfilados, ¡iban a fusilarnos; pero no lo hicieron y otra vez nos llevaron a la enfermería. Luego, sobre cubierta, y en seguida a nuestra bodega número 4, cuando ya habían sacado a varios y estaban tendidos los cadáveres sobre cubierta.» *(Julio Pereda Avendaño.)*

El 27 de diciembre de 1936, después de un bombardeo de los nacionales, se oyó en el barco que los rojos venían a matarnos y a hundir el barco. Los rojos tiraron unas bombas a la bodega número 4, que era donde estábamos nosotros. Nosotros nos escondimos

dentro... He de decir que cuando dijeron que venían los rojos a matarnos, el padre Ambrosio nos dijo en voz alta: «Que nos preparásemos, que nos iba a dar la absolución», y nos la dió.» *(Presbítero Gaspar Muñoz.)*

VII

Por tener cara de cura.—Martirizado.

Así como los animales feroces se enfurecen más a la vista de sangre, así también la fiera humana de Santander, en la indicada fecha, sacrificó muchas víctimas del *Alfonso Pérez* y, entre otras, al siervo de Dios padre Ambrosio de Santibáñez, por tener cara de cura. Valga el irrecusable testimonio de unos cuantos de los detenidos que pudieron en aquella matanza general salvar la vida.

«Percatados los asesinos de la ineficacia de las bombas, tendieron una escalera y empezaron a mandar subir arbitrariamente a los detenidos para asesinarlos sobre cubierta. Los designados subían, e inmediatamente caían exánimes, muertos a balazos. Se dió el caso repetido por los milicianos de decir: «Tú que tienes cara de sacerdote, arriba.» En uno de estos casos en que pronunciaron estas palabras sobre un detenido, él exclamó: «Que no soy sacerdote; soy casado y tengo hijos», y en consecuencia no le mandaron subir y no le mataron. A su tiempo también se fijó alguno en el padre Ambrosio, y le dijo: «*Tú que tienes cara de cura, arriba también.*» Oí perfectamente estas palabras. Y el padre Ambrosio, resuelto, sin titubear, sin protestar, sin negar que era sacerdote, subió animoso por la escalera, y ya en la cubierta, sonaron los tiros con que le dieron la muerte.» *(César Hermosilla Aizcorbe.)*

«Demostraba mucha serenidad y paciencia en su cautiverio, y sobre todo a la hora del martirio, pues se encontraba a mi lado izquierdo, en la fila que habían mandado hacer aquellos criminales. Yo le veía con la vista baja y moviendo los labios, como si estuviera encomendándose al Señor, cuando viene ante nosotros un malvado, con cara criminal, que metía y daba horror el verle, y parándose ante él le dijo: «*Tú que tienes cara de cura, sube arriba*», que era a la cubierta del barco, donde los mataban. El, haciendo con la cabeza una inclinación ante nosotros, en demostración de despedida, subió por la escalera con toda entereza, a recibir el tiro de la muerte. Antes de estos críticos momentos estuvo absolviendo a todos cuantos pudimos arrodillarnos ante él, arrepentidos de nuestros pecados, y nos alentaba con sus consejos a recibir la muerte (si nos llegaba en

aquellos momentos) con tranquilidad, y que se lo ofreciéramos a Dios.» *(José Roiz González.)*

«Mas viendo que aquello no surtía efecto (las bombas arrojadas), varios bajaron a la bodega, y arbitrariamente iban señalando a los que querían, indicándoles que subieran sobre cubierta, y a manera que iban subiendo, caían muertos a tiros con arma de fuego. Buen número de ellos había sido ya asesinado cuando uno de los milicianos que daban la orden de subida, se fijó en el padre Ambrosio y le dijo: «*Tú que tienes cara de cura, arriba también.*» Y el padre Ambrosio, sereno y resuelto, sin alegar nada, sin reparo de ninguna clase, subió a la cubierta del barco para sucumbir inmediatamente y caer sobre los cadáveres de los otros que ya habían sido asesinados.» *(José Bustamante Hereña.)*

«Ya en la bodega, yo oí perfectamente cuando un miliciano, fijándose en el padre Ambrosio, le dijo: «*Tú que tienes cara de cura, arriba también.*» Y el padre Ambrosio, firme, tranquilo, sereno, con paso natural y resuelto, salió al instante de entre los demás detenidos y marchó hacia la escalera que le conducía sobre cubierta y a la muerte. Cuando ya se encontraba en la escalera, se volvió de cara a los que quedábamos, y sonriente, con la sonrisa de alma justa, nos hizo la inclinación de despedida. Subió arriba sobre cubierta, y a los pocos instantes, a tiros, caía su cuerpo sobre los cadáveres de los que habían sido asesinados antes que él lo fuera.» *(Julio Pereda Avendaño.)*

«En un momento dado, los milicianos se fijaron en el padre Ambrosio y le dijeron: «*Tú que tienes cara de cura, arriba también.*» Debo añadir que al decirle tú que tienes cara de cura, respondió: «Soy sacerdote.» Y el padre Ambrosio salió tranquilo inmediatamente para el sacrificio; subió la escalera sin desmayos, y a tiros le dieron la muerte.» *(Isidro González Gutiérrez.)*

«Al bajar a la bodega los milicianos o jefes de la F. A. I. para seleccionar a los que habían de matar, nos formaron en dos filas, después de habernos tirado en la bodega varias bombas de mano para amedrentarnos; el padre Ambrosio, que seguramente habría perdido su visera en el ejercicio de sus actividades espirituales y ministeriales en favor de sus compañeros presos, al verle calvo, con gafas y descolorido, le dijeron estas palabras: «*Tú, para arriba, que tienes cara de cura.*» Y el padre no dudó un momento en subir, y con entera valentía y serenidad subió aquella fatídica escalera de mano que comunicaba la bodega con la cubierta, donde les daban muerte. Al pasar por delante de mí me dijo en voz baja que le diera la absolución.» *(Presbítero Victoriano Morante Vélez.)*

«Mandaron subir primero a don Vicente Poo, porque era sacer-

dote, y al padre Ambrosio le dijeron: «*Y tú también, que tienes cara de cura.*» En aquel momento me pidió a mí la absolución y se la dí. Al subir por la escalera se volvió hacia nosotros hacia la mitad de ella, nos hizo una inclinación, y levantando la mano trazó la señal de la cruz, que pienso que era la absolución para nosotros.» *(Presbítero Gaspar Muñoz.)*

VIII

Al cementerio de Ciriego.—Exhumación e identificación del cadáver.—Homenajes póstumos

El Santander *rojo* no se sintió saciado de sangre humana hasta tanto que contempló ciento sesenta cadáveres sobre la cubierta del *Alfonso Pérez*, a quienes los perseguidores habían arrancado violentamente la vida.

Ese mismo día, a las doce de la noche, vinieron los milicianos y dijeron a los supervivientes del barco: «No os asustéis; queremos voluntarios para hacer una obra de caridad: llevar los fiambres a Ciriego.» Se referían a los ciento sesenta cadáveres que había en la cubierta del barco. Por los que fueron a enterrarlos se supo que los habían enterrado en fosa común. Entre ellos fué el del padre Ambrosio.

Librada la ciudad de Santander por los nacionales, se pensó en exhumar los cadáveres a fines de diciembre del año 1939, tercer aniversario de su asesinato. El excelentísimo Ayuntamiento se ofreció a sufragar los gastos de exhumación e inhumación definitiva de todos los sacrificados y enterrados en fosa común en el cementerio de Ciriego (Santander). Desenterrados los cadáveres, fueron colocados en la cripta del mismo cementerio para que los deudos de las víctimas pudieran reconocer a sus seres queridos. «Yo, con mi amigo César Hermosilla Aizcorbe, compañero de prisión mío y del padre Ambrosio, y con dos padres Capuchinos, nos trasladamos a la referida cripta para ver si podíamos reconocer el cadáver del padre Ambrosio. Y nosotros dos, es decir, César y yo, le reconocimos por los zapatos que aún tenía en los pies; los mismos que calzaba en el barco-cárcel *Alfonso Pérez.*» *(Julio Pereda Avendaño.)*

«Enterrado el padre Ambrosio con otros asesinados en una fosa común en las primeras horas del día 28 de diciembre de 1936 en el cementerio de Ciriego, terminada la guerra se pensó en desenterrarlos para darles sepultura más honrosa, ofreciéndose el Ayuntamiento a sufragar todos los gastos. Con las debidas precauciones, en los

últimos días del mes de diciembre del año 1939, tercer aniversario del martirio, poco a poco se fueron extrayendo los cadáveres y colocándolos en la cripta de la capilla de Ciriego para que los deudos pudieran reconocerlos: eran ciento sesenta.

»Con objeto de identificar al padre Ambrosio, nos dirigimos a la cripta el padre José María de Chana, Provincial en aquella fecha; un servidor, que desempeñaba el cargo de Superior del convento, y dos caballeros. Llegados al cementerio nos acompañó el señor capellán, y como la cripta estaba oscura, llevaba una linterna el señor capellán. Fuimos recorriendo cadáveres, cuando en un momento dado dijo el padre José María a don Tomás Soto: «Deténgase, don Tomás; éste es nuestro padre Ambrosio.» Tenía todas las facciones de la cara perfectas y clarísimas; no podía haber duda alguna. A mayor abundamiento, examinamos la marca de los calzoncillos: eran dos letras grandes encarnadas y los calzoncillos largos. Dijo entonces don Tomás: «Ahora no usa nadie así los calzoncillos ni tampoco lleva nadie la marca con esas letras tan grandes; ésas son letras de convento y no hechas por mujer alguna.» En efecto, las letras, casi de una cuarta de largas, eran: «A. S.» (Ambrosio de Santibáñez). También uno de los caballeros indicó que los zapatos eran los que llevaba el padre Ambrosio en vida. Está, por consiguiente, plenamente reconocida la autenticidad del cuerpo o cadáver del padre Ambrosio de Santibáñez.

»Celebrados solemnísimos funerales en la iglesia de Maliaño el día 28 de diciembre, presentes todos los cadáveres, cada uno en su caja, fueron trasladados a la catedral de Santander, celebrándose otro imponente funeral, terminado el cual fueron todos inhumados en la cripta de la catedral. El nicho en el que reposan los restos del padre Ambrosio lleva el número 51, y rodea la caja un cordón seráfico colocado en ella por una persona devota. Una losa de mármol, colocada en la parte frontal de la mesa del altar lateral de la derecha, registra los nombres de todos los allí sepultados; es decir, de los ciento sesenta martirizados, encontrándose entre ellos el padre Ambrosio de Santibáñez.» *(Padre Eugenio de Villamañán.)*

«Cuando la exhumación estaba yo en Santander, y fuí a Ciriego con el padre guardián de aquí para identificarle. Allí estaban dos largas filas de cadáveres, que fuimos viendo, acompañados de don Tomás Soto, capellán del cementerio, que alumbraba con una linterna. Al llegar al del padre Ambrosio le reconocí con toda certeza, porque conservaba completamente las facciones de la cara, sin barba, pero con todo el parecido conservado. Por añadidura, miramos su ropa interior, y vimos en los calzoncillos, marcadas en rojo, las letras «A. S.», que yo recorté y llevé a la Curia Provincial de Madrid,

juntamente con una estatuita metálica de la Virgen que le encontré en el bolsillo. Su cuerpo no olía mal, pero ignoro si habían echado algo para esto, porque tampoco lo noté en los otros. La identificación del cadáver del padre Ambrosio no tiene duda ninguna. Aunque no esperé al traslado del cuerpo a la cripta, sé que está allí. Recuerdo haber oído a don Tomás Soto que cuando los cuerpos se ponían en contacto con el aire, al día siguiente se desfiguraban.» *(Padre José María de Chana.)*

IX

Fama de mártir.—Se desea su beatificación.

Las circunstancias que acompañaron el calvario del siervo de Dios fueron tan claras, en orden a conceptuar su muerte como verdadero martirio, que las personas que presenciaron las principales facetas dolorosas no dudan en proclamarle mártir, y desean su beatificación, pero, como es congruente, someten su juicio al de la Iglesia.

«Al padre Ambrosio de Santibáñez, religioso Capuchino, le mataron porque se confesó sacerdote; es un verdadero mártir, y está en el cielo.» *(César Hermosilla Aizcorbe.)*

«Terminamos este nuestro informe con la firme persuasión de que el padre Ambrosio fué encarcelado y luego martirizado por haber confesado que era religioso Capuchino, y porque tenía cara de Cura, razón por la cual creemos que fué verdadero mártir, salvo el mejor juicio de nuestra Madre la Santa Iglesia.» *(Padre Eugenio de Villamañán.)*

«Es mi criterio y estoy plenamente convencido de que al padre Ambrosio le mataron por su condición de sacerdote. Fundamento este mi convencimiento en que a los sacerdotes y religiosos declarados como tales no les perdonaban la vida» *(José Bustamante Hereña.)*

«El padre Ambrosio murió por ser sacerdote, ya que descubierta la condición de sacerdote o de religioso, no quedaba uno con vida. La persecución española era verdadera persecución religiosa. Por eso, se perseguía tanto, además de a los buenos católicos, al clero especialmente, y con saña sin igual. De consiguiente, juzgo yo que el padre Ambrosio fué verdadero mártir de la Religión, pues además de la vida edificante y de apostolado que llevó en el barco-cárcel, le mataron porque tenía cara de cura.» *(Julio Pereda Avendaño.)*

«Tengo pleno convencimiento de que al padre Ambrosio le llevaron primero a la Cárcel Provincial y luego al barco-prisión, por la declaración que hizo en la Comisaría o *checa* ante el comisario Neila,

de que era sacerdote y religioso Capuchino, ya que a los sacerdotes y a los religiosos los perseguían a todos de muerte, por ser sacerdotes y religiosos, llevando el verdadero sello de persecución religiosa.» *(Celso de la Cruz Cuerno.)*

«Al padre Ambrosio le mataron por ser sacerdote... Después de haber declarado la verdad en el informe tocante al padre Ambrosio, debo también manifestar que la persecución contra los que estábamos encarcelados en el barco *Alfonso Pérez,* no lo estábamos por ideas de tipo político, sino de orden religioso, y, por consiguiente, no era persecución política la que sufríamos, sino más bien religiosa. De ello daban pruebas fehacientes los propios milicianos que nos custodiaban, los cuales se impacientaban y renegaban cuando nos oían rezar. Uno de ellos, más cuerdo y razonable que los otros, les decía: «Dejadlos que recen, porque por eso están aquí presos.» Ahora bien, si de los seglares se podía afirmar, está claro que con mucha mayor razón era patente la persecución contra el padre Ambrosio, de tipo enteramente religioso.» *(Jesús Hermosilla Aizcorbe.)*

«Era el mejor de cuantos conocí en el barco-cárcel, y juzgo que estaría muy bien en los altares, beatificado por la Iglesia.» *(Isidro González Gutiérrez.)*

«Es evidente que el padre Ambrosio de Santibáñez le mataron por ser sacerdote; ya que, generalmente a los sacerdotes y religiosos que descubrían, los mataban a todos. La persecución española era verdaderamente persecución religiosa.» *(Ramón Polanco.)*

«La persecución de los rojos en España fué, a mi juicio, principalmente contra la Religión, ya que en casi todos los sitios donde ellos dominaron atentaron contra sacerdotes, iglesias, y lo que tenía alguna relación con la religión católica; como personas de orden, católicos y buenos cristianos, etc.» *(Pbro. Victoriano Morante Vélez.)*

«Para mí el padre Ambrosio, salvo el juicio de nuestra Madre la Iglesia, fué verdadero mártir, y juzgo que es conveniente hacer las gestiones oportunas para que algún día sus compañeros de cárcel, tengamos la dicha de verle en los altares, y él gozar de la aureola del martirio en la tierra como, humanamente hablando, creemos que la está gozando en el Cielo.» *(Pbro. Angel Fernández Liaño.)*

X

Gracias atribuídas.—Primeros pasos hacia la beatificación.

Para mejor inteligencia de los lectores se advierte que al padre Ambrosio se le atribuyen gracias, a él solo unas veces, y otras a él con los dos compañeros de proceso de beatificación, padre Miguel de

Grajal y fray Diego de Guadilla. Sólo incluyo aquí las primeras; las otras se incluirán en las notas biográficas del último.

Sintiéndome enferma en una pierna, por cuyo motivo me dijo el doctor no estuviese de rodillas más, yo comprendía me hacía mucho daño arrodillarme. El 27 de diciembre, traslado de los cadáveres del barco le pedí al reverendo padre Ambrosio me concediera del Señor la gracia de poder arrodillarme, y en pocos días, sin ningún medicamento, me sentí bien de todo, sin volver a sentir ninguna molestia.» *(Elisa.)*

«Un familiar mío vivía alejado de Dios; encomendé su conversión al padre Ambrosio. Habiéndola conseguido, cumplo la promesa de publicar dicho favor en *El Santo*.» *(J. Polo.)*

«Acción de gracias al padre Ambrosio. Estuve cuatro meses con inflamación dentro de la nariz, causándome grandes molestias. Consulté con el médico, y no le dió importancia; mas yo cada día estaba más intranquila, temiendo grandes consecuencias. Con gran confianza me encomendé al padre Ambrosio, y todas las molestias desaparecieron rápidamente. Agradecida cumplo mi promesa para gloria del mismo.» *(Josefa Vega Alvarez.)*

«Encontrándose una persona bastante mal de salud, a quien yo estimaba mucho, hice durante un mes la novena al siervo de Dios padre Ambrosio de Santibáñez, pidiéndole me alcanzara del Señor su curación. Como se encuentra mejor y confío se ponga bien del todo, cumplo lo prometido para ayuda de su beatificación.» *(Julia Prieto.)*

«Por una acción de gracias, recibida por intercesión del padre Ambrosio; y espero alcanzar otra. Una amiga mía también le está pidiendo otra no menos importante. Que él nos oiga.» *(J. V. de Valero.)*

«En un número de nuestra revista (*El Santo*) leí que se había iniciado el proceso de beatificación del padre Ambrosio de Santibáñez, asesinado por los rojos. Yo me encontraba en un estado inútil que me impedía calzarme solo, por haber sido operado de fijación de cadera, y de tener tanto tiempo la escayola, perdí el juego de la rodilla que me hacía falta para poderme valer yo solo. Yo recurrí al padre Santibáñez (pidiéndole) que me alcanzara el favor de poderme calzar yo mismo, pues de otra manera me impedía salir fuera de casa... Pues, yo lo atribuyo al padre Ambrosio, que me encomendé a él, y se me vino la idea de proporcionarme unas botas con hebillas; y de esta manera vengo haciéndolo yo mismo. Pero para mí no hay otra que me iluminó Dios Nuestro Señor por intercesión del padre Santibáñez.» *(Evangelista García.)*

«Muy agradecida por haberme librado de un mal grave, le adjunto

diez pesetas de limosna, y para que alivie de una pena a una amiga mía.» *(J. Vega Alvarez.)*

«Corría el mes de febrero del año 1952. Ante la cama que una joven ocupa, gravemente enferma, me encuentro repasando las páginas de *El Santo*; pasan unos renglones que dicen: «Tú que tienes cara de Cura también para arriba», y cayó sangrientamente liquidado el padre Ambrosio de Santibáñez. De pronto cruza por mi mente la presencia del mártir ante Dios, y su poder para el milagro. Seguidamente le digo: «Te encomiendo su cura», prometiendo publicarlo y dar una limosna en su nombe... Así lo hago ahora, encontrándose la joven completamente curada.» *(I. Ramón Ordóñez, perito mecánico electricista—San Fernando de Cádiz.)*

Salinas, 12-II-56.—Padres Capuchinos de Santander.—Reverendos padres: Habiendo recibido una gracia encomendada al padre Ambrosio, se lo comunico a ustedes.» *(J. V. Alvarez.)*

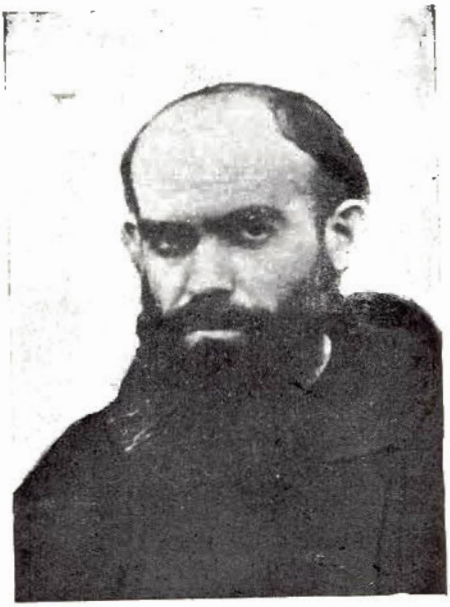
«Por intercesión del padre Ambrosio nos libramos varias personas de una muerte segura en accidente de automóvil y motocicleta; en aquellos instantes peligrosísimos le invoqué con toda confianza, y no me pasó otra cosa más que el explicable susto.» *(Isidro González.)*

Toda persona sensata y desapasionada juzgó la persecución española como verdadera persecución religiosa, y por eso, que una buena parte de los que entonces cayeron víctimas de los rojos, fueron verdaderos mártires de la fe. Las circunstancias de la prisión del padre Ambrosio, su conducta en el barco, y su muerte, engendraron el pensamiento de que podría tal vez la Iglesia reconocer la veracidad de la muerte del siervo de Dios por causa de la Religión, en odio a la fe y a Dios, y, por consiguiente, elevarle algún día a la gloria del Bernini. Ante semejante optimismo, por cierto bien fundado, se gestionó la introducción del proceso de *Fama de martirio,* como realmente se introdujo en la Curia Diocesana de Santander, juntamente con el de otros dos religiosos capuchinos asesinados también por aquellos días de destrucción y de muerte. Efectivamente, el día 17 de noviembre del año 1952 se inició el Proceso Ordinario Informativo sobre la *Fama de martirio,* y más tarde, el de la *búsqueda de los escritos*; y, por último, el de *no culto público.*

La vida piadosa y apostólica durante la prisión del padre Ambrosio fué presenciada por muchos testigos que no sucumbieron como él y que han aportado los valiosos testimonios ya consignados en páginas anteriores, para hilvanar estas notas biográficas. Entre ellos varios dignísimos ministros del Señor, compañeros de prisión y de sufrimientos, todavía supervivientes al consignar estos datos; seis distinguidos caballeros, dos que ya murieron, pero que como todos los anteriores también dejaron importante informe escrito y firmado

de su puño. Han dado además su parecer personas seglares y religiosas que trataron de cerca al siervo de Dios, especialmente en los días en que forzosamente vivió fuera del convento.

El 20 de julio del año 1956 se terminó el triple proceso; el 22 de noviembe del mismo año fué entregado a la Sagrada Congregación de Ritos, y el 28 publicó dicha Congregación tres Decretos autorizando la apertura de los procesos de *fama,* de los *escritos* y de *no culto.*



Siervo de Dios

R. P. MIGUEL DE GRAJAL

SIERVO DE DIOS
R. P. MIGUEL DE GRAJAL

I

Nacimiento e infancia.

El 2 de febrero del año 1898 nació en la villa de Grajal de Campos, diócesis y provincia de León, el siervo de Dios padre Miguel. Con las aguas lustrales del bautismo administrado en la iglesia parroquial el 7 del mismo mes y año, recibió el nombre de Aproniano. Fueron sus padres don Jorge de Felipe Espeso y doña Fermina González Benavides. El 6 de noviembre del año 1905 recibió el sacramento de la confirmación. *(Partidas de bautismo y de confirmación.)*

Dotado de carácter bondadoso y de alma sencilla e inclinada a la piedad, fué un niño ejemplar y devoto, «pues aunque entonces no había mayor costumbre de comulgar frecuentemente en nuestro pueblo, él lo hacía varias veces al año, y era asiduo en la asistencia a la iglesia. Sus entretenimientos consistían en colocar cuadros devotos en las paredes de la casa paterna; levantaba altares, colocaba púlpitos y predicaba, e imitaba cuanto veía practicar al señor cura en la iglesia cuando celebraba la Santa Misa. Pero el niño Aproniano no se concretaba a celebrar estos actos de aparente culto solamente con los de casa, sino que reunía también a niños y niñas de la población, y ante ellos celebraba misa, predicaba y rezaba el rosario; exigiendo a su inquieto auditorio seriedad y atención; de lo contrario, ejercía la autoridad reclamando compostura y devoción. Nunca disgustaba a sus padres o hermanos mayores con desobediencias, faltas de respeto o niño mimoso. Hasta que entró en el Seminario de El

Pardo, conservó esas piadosas costumbres y jamás advertimos en él cosa que pudiera empañar la pureza de su alma o de su cuerpo con pecados que mancillan la virtud angélica.» *(Julián, Julia y Engracia de Felipe.)*

II

Seminarista Seráfico.

No es necesaria gran experiencia psicológica para adivinar que el niño Aproniano era una florecilla exótica en el mundo, y que, por eso debía ser trasladada a terreno más fecundo para el pleno desarrollo de los gérmenes divinos sembrados en su alma por el Dador de todas las gracias.

Y así sucedió, en efecto, ya que cumplidos apenas los doce años, el 31 de agosto del año 1910, ingresó en el Seminario Seráfico de El Pardo. En este sagrado plantel dió ejemplos no comunes de aplicación a la virtud y a la ciencia, haciéndose acreedor a las mejores notas y premios, no excluído algún año el de matrícula de honor.

«Era de carácter reposado, callado y dócil, obediente a los profesores y superiores del Colegio. Fué amante de la disciplina, especialmente del silencio; nunca perdió la primera nota en conducta. Modelo de laboriosidad en el estudio, llevó una vez el diploma de honor, para lo cual era necesario que todos los profesores votasen la nota máxima. Ya desde estos años de vida semireligiosa cultivó con esmero la devoción a la Santísima Virgen y a la Eucaristía, predominando la primera, de la que hablaba mucho en los recreos. Fué compañero mío en la capilla, y observé que durante la Santa Misa no se movía.» *(Padre Bernardino de La Granja.)*

III

Novicio, profeso, estudiante.—Sacerdote.

El joven Aproniano era de aspecto endeble y delicado; aparentemente enfermizo por su débil complexión, no ofrecía garantías para soportar la vida austera capuchina. Por eso, terminados los estudios humanísticos, tuvo no pequeñas dificultades para ser admitido al noviciado y vestición de hábito; fué su profunda humildad la que alcanzó semejante gracia. «Pensó el padre Provincial enviarle a su casa por la poca salud, pero a ruegos del padre Maestro de novicios y en atención a la buena fama que tenía en cuanto a disciplina y

estudios, le permitió vestir el hábito e iniciar el año de noviciado, acto que realizó en el convento de Montehano el 28 de julio de 1914; en dicha ceremonia dejó el nombre de Aproniano y tomó el de fray Miguel de Grajal.» *(Padre Alberto de Azpeitia.—Acta de toma de hábito.)*

La precaria salud del joven novicio fué advertida por la Comunidad, y aunque en la última votación obtuvo todos los votos favorables a la profesión, en la primera le faltaron tres y dos en la segunda. El mismo Provincial que le permitió vestir el hábito, tomó la resolución de despacharle definitivamente, «pues siendo novicio el padre Miguel y estando muy delicado de salud, en tal forma que la Comunidad creía conveniente despedirle», él triste y lloroso, se arrodilló ante el Superior, y le suplicó que le permitiera morir con el santo hábito y que no le enviara a su casa; viendo lo cual, le autorizó el padre Provincial para que continuara el noviciado, y luego también le admitió a la profesión, el día 29 de julio de 1915. *(Acta de profesión.)*

Fray Miguel es ya profeso y debe reanudar los estudios suspendidos durante el año de probación; para eso es enviado a los Seminarios mayores de Bilbao y León, en donde cursa la filosofía y ciencias y la Sagrada Teología y auxiliares de la misma. En ese tiempo siguió el joven profeso, siempre en escala ascendente, la práctica de las virtudes y la adquisición de la ciencia necesaria para ascender al sacerdocio.

«En los ciclos de filosofía y teología le observé que llevaba la misma regularidad que había visto en él durante su estancia en el Seminario Seráfico. Creo que tenía conciencia de la transcendencia del colegial; noté que muchas materias no le agradaban, y las estudiaba lo mismo que las otras; lo que me llevó al convencimiento de que no obraba por gusto sino por deber. En cuanto a la disciplina religiosa, era observador exacto de la vida común. La asistencia al coro durante este ciclo fué también ininterrumpida, fuera de los casos de enfermedad. Del ejercicio de la mortificación en los vestidos, alimentos y penitencias de regla no vi que nunca se dispensase. Le considero modelo durante este tiempo, de obediencia y caridad.

»Sus devociones preferidas, ya en el Seminario Seráfico, se aumentaron en los Colegios mayores, añadiendo además la devoción al Santo Crucifijo, pero predominó la devoción a la Eucaristía. Recuerdo perfectamente que, en tres o cuatro años, pasó la noche del Jueves Santo íntegra ante el Monumento. Su formación franciscana fué completa; lo demostraba con palabras y con obras, pues leía con preferencia los místicos franciscanos, especialmente a San Buenaventura.» *(Padre Bernardino de La Granja.)*

Por eso, llegado el momento oportuno, no dudó en consagrarse definitivamente al Señor en la Orden del serafín de Asís, por la profesión solemne emitida el 15 de agosto del año 1919, y tres años más tarde recibió la sagrada Orden del presbiterado, el 1 de abril de 1922. *(Acta de profesión solemne.)*

VI

Lector.—A Roma.—Segunda vez Lector.

Ungido apenas el siervo de Dios con la dignidad sacerdotal, fué destinado a la enseñanza de las ciencias filosóficas en el curso académico de 1922-1923. Pero, para que ampliara los estudios se le envió a Roma, en donde permaneció tres años, obteniendo la borla de doctor en la Universidad Gregoriana.

De regreso a la patria, nuevamente es designado Lector de filosofía, y a la enseñanza se consagra por espacio de diez años, hasta que es asesinado por las hordas marxistas el año de 1936.

No era el padre Miguel un talento extraordinario; mas su aplicación al estudio, su vida ejemplar, su virtud y el método de vida, le hicieron profesor adecuado para comunicar la ciencia a los discípulos. «Dotado de piedad casi connatural cifró su ilusión en el cumplimiento exacto del deber profesional, como Lector de filosofía en el Colegio. Preparaba las clases con asiduidad y cariño, valiéndose de los apuntes tomados en la Universidad Gregoriana, excitando a los discípulos al estudio con exhortaciones y con el ejemplo. En la clase conservó ecuanimidad de carácter y se mostró muy igual en todas las circunstancias. Amable y bondadoso, estimulaba al estudio, sin dejarse llevar de impetuosidades, tan opuestas a su temperamento afable y condescendiente. Ameno en la expresión, convertía la clase en entretenimiento intelectual, sin que por eso olvidara la seriedad del aula. Un año le tuve de Lector: su clase siempre me fué agradable, y si bien no siempre interesante, sí sumamente provechosa.» *(Varios discípulos.)*

«Como Lector no pasaba de mediana; pero muy ordenado y metódico en la exposición de las tesis. En esta forma sencilla y metódica compuso unos apuntes que nos servían de texto. Eran tan sencillos y claros, que la mayor parte de los estudiantes apenas los leían una sola vez; pues bastaba esto para entenderlos.» «Aun cuando no estaba dotado de grandes cualidades pedagógicas, en su conducta moral no observé nada reprensible. Guardaba la puntualidad tanto al entrar como al salir de clase, y mostraba afán por enseñar

bien las materias a él encomendadas. No tuvo, que recuerde, frases hirientes, ni digresiones que quitaran a la clase seriedad y eficacia formativa.» *(Varios discípulos.)*

«El año que estudié con él me di cuenta que era muy metódico, claro y ordenado en la exposición de las materias, trataba bien a los discípulos y no perdía el tiempo en digresiones inútiles, y procuraba el aprovechamiento de los estudiantes.» «La opinión que los discípulos tenían del padre Miguel como profesor era, que preparaba muy bien las lecciones y que asistía con puntualidad a las clases, que era siempre muy metódico en las explicaciones, las cuales comprendían perfectamente los discípulos. En la clase aprovechaba también las ocasiones para inculcar el amor a la Orden, a la vida de piedad y al estudio.» *(Testimonio de varios discípulos.)*

V

Director del Colegio de Filosofía.

El 28 de mayo del año 1928 fué investido el siervo de Dios con el cargo de Rector o Director del Seminario mayor filosófico, sin abandonar el de Lector. Dicho cargo de Rector implicaba no sólo la dirección y disciplina del Colegio, sino también la formación espiritual de los estudiantes, por medio de pláticas y por la atención especial a cada uno de ellos. *(Actas capitulares.)*

El padre Miguel advirtió enseguida su grave responsabilidad ante el delicado cargo, y a cumplirle perfectamente consagró sus desvelos, durante los ocho años que aproximadamente permaneció en él, hasta que le barrieron los *progresistas* de la barbarie roja.

En la primera plática dirigida a los alumnos trazó el programa que se proponía desarrollar en el cumplimiento de su deber, concebido en los siguientes puntos: «*MI PROGRAMA*: 1.° Amor y caridad de Padre para con todos; 2.° Caridad y unión entre todos; 3.° Observancia del buen orden y disciplina del Colegio; 4.° Fomento del estudio y trabajo; 5.° Espíritu franciscano y misionero.» Con alma, vida y corazón se dedicó a grabar en los jóvenes los cinco puntos programáticos, para lo cual se valió del ejemplo de su vida, de conferencias orientadoras y formativas, de avisos paternales, de veladas literarias, piadosas, franciscanas y misioneras. Así logró ganarse la voluntad de los estudiantes y cambiar ostensiblemente la faz del Colegio, ingertando optimismo, entusiasmo, ideales nobles y apostólicos, fervor religiosos, especialmente eucarístico y mariano. No olvidó tampoco el cuidado verdaderamente maternal de la salud de los discí-

pulos, antes bien, con frecuencia les hacía pasar por su despacho particularmente para que le manifestaran ya las necesidades espirituales, ya las corporales. Tanto llegó a ganarse sus corazones que la mayor parte de ellos se dirigía y confesaba con el padre Miguel.

«Su actuación como director se caracterizó por el amor entrañable a los estudiantes y la familiaridad y cariño con que solía tratarlos. Supo realizar el difícil cometido de hacerse respetar como Superior y querer como un hermano, sin adoptar poses autoritarias, ni mantenerse a distancias despectivas. Le queríamos como a un compañero y le respetábamos como a un Superior. Nuestra confianza en él nunca se vió detenida por actitudes inabordables. Creo que toda su autoridad dimanaba de ese algo de simpatía divina que emanaba de su persona y de la seguridad de que para él nosotros los estudiantes éramos seres muy queridos, a los que estaba del todo consagrado.» *(Padre Francisco de Bilbao.)*

«El padre Miguel se consagró al Colegio, vivió para los estudiantes. Una nueva orientación imprimió en la vida de los coristas. Yo la viví en toda su plenitud. Su celda era visitada con frecuencia en demanda de consuelo en los momentos desalentadores; de luz en los días tenebrosos del espíritu; de esfuerzo y de ánimo en las luchas y combates de la vocación. Restablecida eficazmente la disciplina, pensó el padre Miguel en afianzarla mediante un ideal común que despertara entusiasmo, aunara esfuerzos y fusionara voluntades algún tanto dispersas. A eso tendían sus pláticas espirituales preparadas con interés siempre creciente; a eso encaminaba sus exhortaciones de momento; a eso dirigía su actividad ininterrumpida y constante... Veladas, concursos, consagraciones solemnes al Sagrado Corazón de Jesús, jornadas misionales fueron instrumentos de apostolado y de fervor espiritual en manos del padre Miguel.» *(Padre Estanislao de Villaldavín.)*

«En cuanto a la dirección del Colegio antes de encargarse el padre Miguel y después de su toma de posesión hay un verdadero contraste referente a la mejora y formación de los estudiantes. Y esto lo sé por los comentarios habidos entre los religiosos que conocieron los dos rectorados. Prueba de su cariño paternal para todos es que, casi la mayor parte nos confesábamos con él. Nunca oí comentarios desfavorables entre los estudiantes para el padre Miguel, a excepción de uno ,en mi concepto anormal, y a quien todos los demás estudiantes tenían en mal concepto por lo que hacía sufrir al padre Miguel.» *(Padre Justo de Valdemora.)*

VI

Ejemplar de virtudes.

El siervo de Dios se distinguió durante su vida sacerdotal por la práctica de todas las virtudes, sobresaliendo en la observancia regular, en el espíritu de oración, en la devoción siempre creciente, a la Divina Eucaristía y a la Santísima Virgen. También se dedicó asiduamente a la práctica de la mortificación interior y exterior. Siempre se comportó como perfecto religioso, asistiendo con puntualidad a los actos comunes, sin dispensarse de ayunos, ni especializarse en alimentos, ni vestidos. Con edificación de los estudiantes asistía a horas de oración de que estaba dispensado por su cargo de Lector. Después de las últimas oraciones vespertinas de la Comunidad, se quedaba habituamente largo rato ante el Santísimo Sacramento. La Eucaristía era su vida.

«Siempre noté en él singular constancia en el ejercicio de las virtudes, sobre todo, de la humildad y espíritu de penitencia. En cuanto a la humildad, durante el tiempo que le asistí como ayudante, me pidió que le corrigiera sus defectos siempre que los advirtiera, y alguna vez de hecho lo hice, admirando la humildad con que la recibía. En relación con su espíritu de penitecia, me dí cuenta que usaba tres cilicios; uno en un brazo; otro, ordinario, en el muslo, y un tercero, bastante más ancho, en la cintura. También se disciplinaba además de los días en que lo hacia la Comunidad, particularmente los sábados y vísperas de fiesta, en la espalda, con unas disciplinas de nervios de violín. Su devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen: En la celebración de la Santa Misa parecía absorto, y recuerdo de un modo especial el arrobamiento en el *suplices te rogamus* y en el beso que a contiuación daba en el altar. No perdía ocasión para insinuar esta devoción a la Eucaristía... De la devoción a la Santísima Virgen era señal el entusiasmo e interés que tenía en la celebración de sus fiestas, buscando siempre alguna circunstancia especial que pudiera despertar en los estudiantes el entusiasmo y el fervor hacia la Virgen María.» *(Padre Angel de Sanzoles.)*

«Recuerdo haberle oído esta expresión, que me quedó muy grabada: «Quisiera que los dedos con que celebro la Santa Misa, fueran postizos, para quitarlos después del Santo Sacrificio y no tener que emplearlos en otros usos.» *(Padre Máximo de Villabasta.)*

Ante el Sagrario consumía los ratos libres del poco tiempo que le permitían sus sagrados deberes; y las conferencias eucarísticas de los días de retiro enardecían el corazón de los estudiantes. Llevado

de ese fervor-pasión a la Eucaristía tradujo el libro *El alma eucarística*. «En los ejercicios espirituales, primeros después de su ordenación sacerdotal, escribía: «Quiero que mi alma se consuma de amor a Jesús Sacramentado y ser víctima de expiación en unión con El, por los pecados del mundo.» Y esto otro: «Amaré a la Santísima Virgen con la ternura de un hijo para con su madre.»

«Nunca podré olvidar su recogimiento ante el Sagrario en aquella nuestra iglesia solitaria, en los largos ratos de oración que él hacía todas las noches, una vez terminadas las oraciones de la Comunidad. Se le veía abstraído, del todo entregado a profundas reflexiones, abismado en devota oración. Con la cabeza inclinada, las manos cruzadas al pecho y los ojos semicerrados, y a las veces levantados en actitud suplicante, era para nosotos los estudiantes de filosofía, una reproducción exacta de nuestras mejores estampas de santidad de vida. Todos, al verle así, decíamos edificados: «De seguro que el padre Miguel está pidiendo por nosotros, por nuestra Provincia, por la Orden, por nuestras misiones...; y Dios tiene que oirle sin duda alguna.» *(Padre Cornelio de San Felices.)*

VII

Irradiaciones hacia afuera.

Las virtudes del siervo de Dios tuvieron espléndidas manifestaciones, no sólo en el convento, sino también fuera del sagrado recinto; pues aunque Montehano está completamente aislado y metido en el mar, su vida devota se irradió al exterior, especialmente cuando tuvo que vivir fuera de la casa de Dios.

«Encargado de la parroquia de Cicero, he tenido ocasión de tratar a los vecinos de la misma, entre quienes estuvo algún tiempo el padre Miguel, después que fueron expulsados los religiosos del convento. Una admiración, que llega a veneración, es lo que sienten hacia él, sobre todo aquellos que más de cerca le trataron.» *(Padre Balbino de Villademor.)*

«El padre Miguel era, en mi concepto, un verdadero santo, y procuraba comunicar su santidad a los demás con el ejemplo y con la palabra. Con suavidad y persuasión procuraba llevar las almas a Dios, mediante el apostolado del confesonario. Para excitar el amor a la Eucaristía, aconsejaba la comunión, si era posible, diaria, y por la tarde la visita al Santísimo Sacramento, señalando primero un cuarto de hora, luego media hora, y gradualmente iba prescribiendo la hora completa ante el Santísimo. Mis deudos y otras personas le

tenían como un verdadero santo; pues aún la conversación familiar era casi siempre espiritual, pero sin cansar, sino atrayendo hacia el amor y la piedad.» *(María del Carmen Naveda Velarde.)*

«Yo tenía al padre Miguel por verdadero santo. El me adivinaba mis necesidades espirituales y temporales. En una ocasión en que me veía en grandes apuros económicos, me mandó el padre Miguel que orara por espacio de una hora ante el Sagrario y que me fuera tranquila. Cuando llegué a mi casa, encontré una carta anónima con el dinero que necesitaba. Fuí al día siguiente al convento, y el padre Miguel me dijo: «Supongo que usted ya está remediada, pues se lo he pedido a Jesús.» *(Julia Chautón de Ballesteros.)*

VIII

Gravísima responsabilidad.—Completa serenidad.

La morada aislada y tranquida del convento de Montehano fué también turbada, con gravísimas consecuencias para sus moradores, pues algunos días antes de ser expulsados los religiosos por el Frente Popular, «los milicianos hicieron varios registros, y ante la indecisión del padre Guardián, tuvo que afrontar la situación el padre Miguel, que lo hizo con verdadera entereza de ánimo, a pesar de su carácter tímido y apocado. El día 7 de agosto nos obligaron a salir del convento por la huerta para hacernos un registro personal, y luego otro registro en el convento, a ver si había armas; en estos registros acompañaba el padre Miguel, a quien consideraban como Superior y le tachaban como hombre peligroso, por considerarle de talento. Merced a los ruegos del padre Miguel, ese día pudimos comer todos juntos en el refectorio, aunque vigilados por los milicianos que hacían guardia. Terminada la comida nos reunimos los estudiantes con el padre Miguel en la clase llamada de Física, pidiendo éste a los milicianos que le dejaran hablarnos a solas, cosa que le fué negada. Distribuídos entonces en varios grupos, iba sucesivamente consolándonos a todos, alentándonos y dándonos normas para nuestro comportamiento espiritual durante el tiempo que estuviéramos dispersados. A continuación nos distribuyó por las casas y pueblos donde teníamos que ir, diciéndonos que él se quedaría en el convento un día o dos para hacer el inventario.» *(Padre Justo de Valdemora.)*

IX

La expulsión.—Piedad del padre Miguel exilado.—El padre Miguel y los estudiantes dispersos.

Los milicianos registraron el convento de Montehano por más de dos horas, y preocupados del pillaje, se apoderaron de cuanto les era útil, dejándole revuelto, así como las habitaciones de los religiosos. Luego el mandato imperioso, fusil en mano, de abandonar la mansión de oración, de estudio y de paz, excepto el padre Miguel y fray Diego de Guadilla, quienes, por orden de los mismos asaltantes, debían quedar en él para hacer el inventario y precintar los laboratorios de Física y Química y saber el destino que iban a dar al convento, además de atender a uno de los estudiantes que, por enfermo, no pudo abandonarle. Mas, al día siguiente, 8 de agosto, también fueron expulsados el hermano y el padre Miguel, dirigiéndose a Cicero y recogiéndose éste en la cristiana casa de doña Ricarda Naveda.

«Sé que salió del convento de Montehano el día 9 de agosto (8) de 1936, a las diez de la noche, y a esa hora llegó a mi casa, donde le tuvimos alojado hasta el 13 de diciembre del mismo año. Durante este tiempo vi que practicaba todo género de virtudes; según mi parecer sobresalía en la humildad y recogimiento; jamás se impacientaba, llevando con resignación las molestias que le causaban sus achaques, y también las visitas importunas que debía hacer todos los días al centro del Frente Popular, para testimoniar su presencia y firmar. Creo que celebraba la Santa Misa todos los días en la habitación particular a él destinada; yo y mi madre asistíamos los domingos; por la noche dirigía el santo rosario, presente la familia; sus conversaciones eran de carácter espiritual. La vida que llevó con nosotros fué familiar, pero tengo que advertir que casi siempre estaba solo en su habitación, dedicado a la oración y al estudio. Nunca aceptaba fuera de las comidas algún otro alivio de ninguna clase. Allá, me parece que por el Adviento, me dijo que ayunaba, cuando yo le decía que desayunara mayor cantidad. Del padre Miguel conservamos como santo recuerdo varios objetos, como la mesita donde decía la Santa Misa, el mantel, un pequeño crucifijo que nos regaló, un cuadro del Nazareno de Medinaceli, también regalo de él, y una porción sobrante del vino que usaba para celebrar la misa.» *(Carmen Pando de Del Corte.)*

Aunque el padre Miguel estaba acomodado y con relativa tranqui-

lidad personal, fuera de la molestia soportada todos los días de presentarse al Frente Popular, donde necesariamente debía oír palabras soeces y expresiones irreverentes, sin embargo, le procupaba hondamente la situación de sus estudiantes, dispersos por los pueblos circunvecinos, a los cuales no podía visitar ni atender personalmente por habérsele prohibido cualquier movimiento fuera del pueblo de Cicero.

«Desde allí no perdió el contacto con los estudiantes; conservo una tarjeta como reliquia, en donde escribía desde Cicero al señor donde nos hospedábamos, interesándose por nosotros. En cuanto a la parte material, desprovistos de toda ropa, pudimos reponernos gracias a la solictiud del padre Miguel, que por medio de una señora llamada *la Pasiega,* que iba todas las semanas a Meruelo, pasando por nuestra residencia, nos dijo que la compráramos toda la ropa que necesitásemos, encargándose él de pagarla. Nos valimos mutuamente de ella para comunicarnos, darnos avisos y proveernos de lo más necesario. Nos hizo una visita para consolarnos, exponiendo él la propia vida.» *(Padre Justo de Valdemora.)*

X

Como buen Pastor.

La situación de los colegiales constituía gran peocupación al padre Miguel, mayormente por la falta de movimientos para poder socorrerlos en lo espiritual y en las necesidades materiales, de suerte que, habiendo prometido mayor libertad el Frente Popular de Escalante, allá se trasladó el 13 de diciembre, a una finca llamada *la Cagioja,* desde donde pudo atender mejor a los coristas y ejercer el santo apostolado, confesando, celebrando la Santa Misa y llevando la comunión a religiosas y personas particulares a determinadas casas.

«En la visita que nos hizo a los estudiantes que estábamos en Castillo concertamos salir él y fray Diego hasta mitad del camino, entre Escalante y Castillo, o sea, al alto llamado «El Portillo», y nosotros salíamos al encuentro de ellos. Una vez allí nos internábamos en el monte entre la maleza, para no ser vistos de nadie y pasar algunas tardes juntos. Estando en Escalante, por invitación del padre Miguel, fuímos un día a confesarnos, comulgar y oír misa, y eso mismo hacían los otros estudiantes y algunas personas; debido a estos movimientos puso en peligro su propia vida.» *(Padre Justo de Valdemora.)*

«Desde la Cagioja venía a decir misa a mi casa ,donde tenía yo recogidas cinco religiosas Clarisas, celebrando casi todos los días, y algunos días antes de morir nos dejó el Sacramento reservado. Durante esta época se ocupó extraordinariamente de los estudiantes a él encomendados, sin que le amedrentaran las amenazas que por esa causa se le hacían. Como los estudiantes estaban distribuídos en distintas casas, iba a visitarlos a todos personalmente. (*Julia Chautón de Ballesteros.*)

«Días antes de ser asesinado le llevé yo en mi coche a las villas de Noja y Castillo, con el fin de que pudiera comunicarse con los estudiantes, y aquel mismo día le traje a la «Cagioja», en donde me enseñó la capilla donde decía misa todos los días, mostrando su alegría por este devoto acontecimiento, porque se veía más tranquilo que en Cicero, y porque se encontraba más cerca de los estudiantes para poderse comunicar mejor con ellos y socorrerlos. Pudo indudablemente marcharse a Bilbao, como lo hicieron otros religiosos, en donde apenas tenían peligro de la vida, pero me consta que no se fué por atender a los estudiantes en lo material y en lo espiritual.» (*Doctor Emilio Ortiz.*)

«También nos aseguró, después de ser invitado con los demás padres a marchar a Bilbao, para defender su vida, que mientras hubiera un solo estudiante en aquellos pueblos, él no se marcharía.

»En cuanto al comportamiento con los religiosos estudiantes hizo todo lo que en su mano estaba. El Frente Popular de Cicero le obligaba a presentarse diariamente, con la intimación de que no podía salir a otros pueblos. Varias veces lo solicitó, con el fin de socorrer y de consolar a los estudiantes. En vista de las negativas, enviaba esos socorros, según sus posibilidades, por medio de tercera persona. No sé la fecha exacta en que salió de Cicero para trasladarse a Escalante, al barrio la Cagioja, donde permaneció mes y medio. El motivo de pedir el traslado a Escalante, fué, sobre todo, el poder atender mejor a los estudiantes. Varias veces le propusieron el traslado a Bilbao, con objeto de ponerse a salvo, pero esta proposición la rechazó siempre, dando la contestación de que mientras hubiera un solo estudiante en la provincia de Santander, permanecería allí. En su nueva residencia de Escalante desplegó más actividad en favor de los estudiantes, valido de las promesas del Frente Popular. Todos los estudiantes conservan un recuerdo imborrable de su celo por la vocación de los mismos. He de advertir que al ver sus repetidas salidas, comenté algunas veces que bien pronto le costaría cara aquella libertad que le había dado y el riesgo que corría con su actuación.» (*Varias personas.*)

XI

Presagios de muerte.

El día 28 de diciembre de 1936 estuvo en mi casa; la última vez que le vi; me pidió una estampa de la Virgen Santísima del Sagrado Corazón; esta estampa la llevó él en su bolsillo cerca del corazón, y prueba de ello es que después de su muerte, me la entregó un religioso como reliquia. Pues se encontraba atravesada esta estampa por una bala y ensangrentada la cara de la Virgen y el Niño. Creo que merced a esta estampa que tuvo el siervo de Dios, he recibido favores extraordinarios, como curar de un fuerte dolor de oídos. Después de recibir la estampa me anunció su muerte, y hasta me dijo que estaba preparado para el martirio, y que había de ser dentro de muy poco, anunciando el lugar de su martirio, que era la carretera de Berria. Y me animó al verme tan apenada y triste, diciéndome que mi purgatorio sería cortito, porque él desde el cielo velaría por mí. El día 28, después de haber desayunado conmigo, volvió a la Cagioja.» (*Julia Chautón de Ballesteros.*)

«El mismo día 29 tuvo presentimiento de que algo iba a pasar. Al preguntarle por la noche, que tenía la cabeza apoyada en las manos, si tenía sueño, me contestó: «Sueño no tengo, sino una pesadilla, como si me fuera a pasar algo; pero alabado sea Dios.» Y entonces yo le dije: «Vamos a rezar el rosario.» Nos dirigimos entonces a la habitación donde teníamos el altar en que celebraba la santa misa y empezamos a rezar el rosario.» *(Josefa Rodríguez de Navarro.)*

XII

Da la vida por sus ovejas.

El padre Miguel, según ya ha visto el lector, podía fácilmente haberse ido a Bilbao como lo hicieron otros religiosos, y como se lo aconsejaron personas piadosas amigas, en donde le hubiera sido fácil librarse de la muerte, pero no lo consintió por no abandonar a los estudiantes. Como buen pastor, debía dar la vida por sus ovejas.

«Varias personas amigas se acercaron al padre Miguel para decirle: «Su vida está en peligro; huya usted a Bilbao.» El respondía: «*No debo huir; no puedo dejar abandonados a los religiosos jóvenes, y, como buen pastor, tengo que correr la suerte de mis ovejas.*» Y, por

consiguiente, es necesario que vaya al sacrificio.» *(Padre Constancio de Aldeaseca.)*

«El 29 de diciembre de 1936 fué sacado de la casa de la Cagioja entre las diez y once de la noche; presentáronse en número de trece a catorce milicianos, con dos coches, en busca de los religiosos padre Miguel y fray Diego. El hecho ocurrió de la siguiente manera: Primero llamaron los milicianos a la puerta, me asomé a una ventana y pregunté:

—¿Qué hay? ¿Qué desean?

—A ver, unos frailes que hay en la casa.

—Aquí no hay ningún fraile.

—¿Dónde está el dueño de la casa, Braulio?

—Servidor.

Dudaron de mi aserción; pero uno que me conoció en la voz, dijo:

—El mismo; cuidado con él, que nos ha reconocido y es muy peligroso.

Dice otro:

—Entonces, ¿dónde están los frailes de alguna edad?

Y mi contestación fué:

—Habéis llegado tarde; hoy acaban de marcharse.

—¿Adónde?

Mi contestación fué:

—Me parece que a Bilbao.

A esto dice uno de los milicianos:

—¿Con que han marchado, y uno de ellos había esta tarde en el convento?

»Acto seguido rodearon la casa, y otros, con una barra, violentaron la puerta y la tiraron al suelo; la primera puerta que da al corral de la casa. Una vez dentro, fueron a la primera puerta (interior) y rompieron los cristales y tumbaron la puerta, y lo encontraron vacío. Una vez que vieron el vacío, se fueron a la puerta verdadera, y cuando llegaron a ella dijo el padre Miguel: «Encomendémonos a Dios, y sea lo que Dios quiera.» Y dirigiéndose a mí, me dijo: «Si tiene usted valor, baje usted delante, porque si suben ellos aquí y ven esto, va a ocurrir una carnicería.» Se refería al preparativo del altar. Bajé yo las escaleras; a continuación, el padre Miguel; luego, fray Diego, y después, mi mujer.

»Al bajar el padre Miguel, éste les saludó amablemente, y ellos no contestaron. Les preguntó si traían alguna documentación; y esto les indignó, y le dijeron: «Para llevarte a ti no necesitamos documentación alguna.» Le agarraron de la solapa y brazo, y dándole un puntapié arrastráronle hasta el coche. Otros fueron en busca del otro religioso, que se encontraba en la escalera, amenazándole con una

pistola, para llevárselo también. Entonces el padre Miguel, que se encontraba en la parte afuera de la puerta, le dijo: «Vamos, Diego, ha llegado nuestra hora...» Al cabo de diez minutos sentimos unas cuantas detonaciones. De seguida regresaron con el coche hacia Escalante, y al día siguiente, mi mujer y mi cuñada, al ir a llevar la leche a Santoña, los encontraron en la carretera, hacia el kilómetro siete, asesinados. Los mataron por ser religiosos.» *(Braulio Navarro.)*

«Cuando estábamos a medio rezar el rosario, sentimos ruido de coches, y al sentir ruido de coches apagamos la luz para hacer ver que estábamos durmiendo. Mi marido se asomó a la ventana al oír la llamada, y preguntó:

—¿Quién va?

—A ver, dos frailes que tienes en casa.

—Cuidado con ése, que es peligroso.

—No hay ningún fraile, pues han marchado a Bilbao.

—Con que a Bilbao, ¿y esta tarde los hemos visto?

»Al ver esto el padre Miguel, dirigiéndose a mi marido, le dijo: «Si usted tiene valor, baje.» Si bien había dicho el padre Miguel antes que nos encomendásemos a Dios, y así lo hicimos todos. Bajó un criado con mi marido y yo. Entonces mi marido les dijo que adónde les llevaban a esas horas. Contestaron que a tomar una declaración a Santoña. El les dijo: «Yo mismo los llevaré, bajo mi responsabilidad.» Entonces el miliciano dijo: «Que bajen, si no subiremos por ellos.» Bajó entonces el padre Miguel la escalera, con las manos juntas y con mucha serenidad, y preguntó: «¿No viene ninguno de Escalante? ¿Traen ustedes alguna documentación?» Entonces los milicianos echaron una blasfemia y añadieron: «Para llevarte a ti no hace falta ninguna documentación.» Dijo entonces el padre Miguel: «*Es voluntad de Dios, vamos.*» Luego lo metieron en el coche. Nosotros vigilamos la marcha, observando que se dirigían hacia Santoña, y que a los diez minutos de salir sentimos las detonaciones. Los mataron por ser religiosos. Los mataron entre Gama y Santoña, a punto fijo no sé si fué hacia el kilómetro 7. Yo encontré el cadáver del padre Miguel en la carretera, pues íbamos comentando qué habría sido del padre Miguel. Le encontré en una postura con las manos juntas, mirando hacia el cielo, como si alguno después de la muerte le hubiera amortajado. La sangre le corría por las sienes.» *(Josefa Rodríguez de Navarro.)*

XIII

Inhumación y exhumación.

«ACTA DE ENTERRAMIENTO EN NUESTRA IGLESIA DE MONTEHANO.—Como guardián de la comunidad de Montehano, doy fe que hoy, día de la fecha, han recibido cristiana sepultura los restos mortales del reverendo padre Miguel de Grajal (León) y fray Diego de Guadilla (Burgos), asesinados por las hordas marxistas la noche del 30 (29) al 31 (30) de diciembre de 1936. En su día fueron enterrados en el cementerio del Dueso (Santoña), en las sepulturas 4.876 y 4.875, respectivamente, y trasladados a esta iglesia el 4 de mayo de 1938, con autorización del Obispado y del Gobierno nacional de Burgos. Se les colocó en dos sepulturas separadas, en la capilla del Corazón de María, que se halla a la derecha, según se entra, y al lado del Evangelio, como a unos cincuenta centímetros del altar. Dentro de cada caja se puso un acta envuelta en pergamino, y a éste, cosida, una moneda acuñada en 1937, en la caja del padre. Otra, acuñada en 1927, las dos de 25 céntimos, con objeto de que si desapareciese con el tiempo la letra, el duro metal pueda dar testimonio de quiénes son los cuerpos. En fe de lo cual, firmo y sello esta acta en Montehano, a 5 de mayo de 1938.—*Fray Severiano de Santibáñez, guardián.*»

XIV

Fama de santidad.—Apoteosis.—Se desea su beatificación.

Aunque la vida del padre Miguel pasó desapercibida en general por los cargos que tuvo que desempeñar en el convento, sin embargo, ya por el confesonario, ya por el poco apostolado de la predicación y especialmente por su vida devota, ejemplar, y por la admirable abnegación durante los meses de exilio antes de su muerte, se captó la admiración de muchas gentes que le consideraron como religioso perfecto y santo, no sólo después, sino también antes del martirio.

«Conservamos como verdadera reliquia un pañito que le prestamos para purificar los dedos el día que nos trajo la comunión; un crucifijo que perteneció al padre Miguel, entregado por el padre Severiano; un pedacito de un pañuelo y un cordón interior, porque yo le conceptúo un santo y verdadero mártir.» *(Mercedes Incera Naveda.)*

«Al día siguiente, por la mañanita, iba yo con mi cuñada a Santoña en un carro tirado por una yegua, en que llevábamos leche a Santoña. Muy tristes íbamos hablando de lo que pudiera haber acontecido al padre Miguel, y pensábamos como lo más seguro que le habrían matado y que encontraríamos el cadáver en algún barranco de los que por allí había. De improviso se espanta la yegua; ya vimos dos cadáveres; observamos, y con gran dolor pudimos comprobar que uno de ellos era, ciertamente, el del padre Miguel de Grajal. El cadáver estaba casi en medio de la carretera, cruzados los dedos de las manos, colocadas éstas sobre el pecho, las piernas y los pies extendidos y juntos, los ojos mirando hacia el cielo; estaba cual si alguna persona lo hubiera amortajado; tenía el aspecto de un verdadero santo.» *(Irene de la Fuente Sainz.)*

«Los miembros de mi familia y otras personas con quienes yo tenía relaciones todos le tenían como un verdadero santo, pues aun la conversación familiar era casi siempre espiritual, pero sin cansar, sino atrayendo hacia el amor y la piedad.» *(María del Carmen Naveda Velarde.)*

«Vida tan santa fué coronada por Dios con la gloria del martirio. No conviví con el padre Miguel en aquellos días aciagos de la guerra, aunque sí me tocó vivir con otros que, como él, alcanzaron su corona. Verdadera envidia les tengo, pues no me cabe la menor duda que son auténticos mártires. Y con lágrimas en los ojos y una pena inmensa en el alma tengo que confesar que no fui digno de tal honor. Al padre Miguel de Grajal y a nuestros demás santos mártires, ahora que son grandes de veras en la presencia del Señor (les ruego), se acuerden de mí, el último de sus hermanos, y hoy, aunque sin méritos, el primero en promover oficialmente la causa de su beatificación.» *(Padre Cornelio de San Felices.)*

«Del padre Miguel conservamos como santo recuerdo o reliquia varios objetos, como la mesita donde decía la santa misa, el mantel de la mesita, un pequeño crucifijo que nos regaló, un cuadro del Santo Nazareno de Medinaceli, también regalado por él; una porción de vino sobrante que usaba para celebrar la santa misa. La copa de cristal y el platillo que le sirvió de patena los conservan los padres Capuchinos en Montehano; nosotros les dimos ambos objetos. Enferma mi madre el año pasado, enfermedad de la cual murió, quise yo darle un poco de vino sobrante de aquello con que el padre Miguel celebraba, confiando que podría sanar; pero ella no aceptó tomarlo. En cambio, ya muy grave, me pidió que le colocara de frente el *crucifijo del padre Miguel* para poder verle; era el que él nos había regalado.» *(Carmen Pando de del Corte.)*

«Después que el padre Miguel fué martirizado, yo hice ampliar

una fotografía suya, y ante ella rezo, encomendándole mis necesidades, tanto espirituales como temporales, porque le conceptúo un verdadero santo y un verdadero mártir, que sucumbió por ser religioso y por no haber querido huir a Bilbao para no dejar abandonados a los estudiantes Capuchinos diseminados por estos pueblos, a causa de la expulsión del convento, a quienes cuidó con la abnegación y solicitud de la más solícita de las madres.» *(Julia Chautón de Ballesteros.)*

«Yo conceptuaba al padre Miguel como un santo; muy observante de las leyes y laudables costumbres de la Orden, sirviendo de ejemplo a los demás. Después de las últimas oraciones de la noche, rezadas por la comunidad, se quedaba habitualmente el padre Miguel largo rato ante el Santísimo Sacramento orando devotamente, como pude observarlo y lo notaron también otros coristas, que de propósito nos quedábamos para observarle... La Eucaristía era su devoción especialísima; él la cultivaba con todo esmero... Estuve encargado de la parroquia de Cicero (Santander) después de su muerte, y puedo afirmar que las gentes de estos contornos le tenían por santo. El mismo día del traslado hubo personas que me pidieron a mí que abriera la caja que contenía los restos, y, abierta la de madera, tocaban rosarios y otros objetos piadosos y pañuelos. Después también vi personas hincadas de rodillas junto al lugar de su reposo, orando devotamente.» *(Padre Balbino de Villademor.)*

«Por mi cargo de encargado de la parroquia de Cicero he tenido la ocasión de tratar a los vecinos de esta parroquia, entre los cuales estuvo algún tiempo el padre Miguel, después que fueron expulsados los religiosos del convento por el Frente Popular. Una admiración que llega a veneración es lo que sienten hacia el padre Miguel, sobre todo aquellos que más de cerca le trataron. Algunos se encomiendan a él.» *(Padre Eduardo de Boadilla.)*

«A cuantos religiosos he oído hablar del padre Miguel, todos son unánimes en reconocerlo como religioso ejemplarísimo y santo.» *(Padre Angel de Sanzoles.)*

«Siempre observé en él una conducta sumamente edificante, y no recuerdo haberle sorprendido jamás en cosa alguna que estuviera en desacuerdo con su profesión de religioso y de Franciscano Capuchino... Siempre he encontrado inmejorable la opinión de los demás religiosos respecto al padre Miguel, lo mismo tratándose de alumnos suyos que de otros religiosos compañeros de comunidad. Cuando en León nos enteramos de su muerte, todos admitíamos como la cosa más natural el que hubiera terminado su carrera como un verdadero mártir de Cristo.» *(Padre Eusebio de Pesquera.)*

No pretendo en modo alguno asegurar que al siervo de Dios se le

tributaran honores de santo en su traslado desde la villa de Santoña al convento de Montehano, para ser allí definitivamente inhumado. Pero sí afirmo que este acto fué realmente apoteósico, según testimonio de muchos que asistieron al mismo. Traslado algunos a estas páginas.

«En Santoña, en cuyo cementerio había sido enterrado, asistí al reconocimiento del cadáver del padre Miguel de Grajal, y fué perfectamente identificado como cadáver del padre Miguel de Grajal por las facciones inconfundibles y por los vestidos. Reconocido el cadáver, lo mismo que el de fray Diego de Guadilla, fué colocado en doble caja, una de zinc y otra de madera; la de zinc recibió el cuerpo, y fué soldada, dejando una mirilla por donde se podía ver el rostro. Luego se colocó dentro de otra de madera. También dentro de la caja de madera se colocó un tubo de plomo, y dentro de él un pergamino con los nombres de los religiosos que componíamos en aquella fecha la comunidad, mas una moneda de 25 céntimos grabada en el año de 1927. De Santoña fué trasladado el cadáver a nuestra iglesia de Montehano. Dicho traslado fué verdaderamente apoteósico, asistiendo religiosos nuestros de Montehano, Santander, Bilbao, muchos sacerdotes seculares y un gentío inmenso de los pueblos y villas próximos al convento de Montehano. Llegado el cadáver a la iglesia de nuestro convento, se celebraron solemnísimas exequias, predicando a continuación el padre Laureano de las Muñecas, Capuchino.» *(Padre Balbino de Villademor.)*

«Al triunfar los nacionales, se hicieron investigaciones para ver si se podían encontrar los cadáveres; el enterrador indicó los números de las sepulturas en que estaban enterrados. Se hizo la identificación y se comprobó que eran ellos (padre Miguel y fray Diego). Poco tiempo después, cumplidos todos los requisitos, se hizo el traslado de los restos de los religiosos fusilados, del cementerio de Santoña a una cripta preparada en nuestra iglesia del convento de Montehano. Se hizo una fiesta solemnísima, y allí concurrieron las gentes de todos estos pueblos en numerosísimo gentío. En la iglesia se les hizo un solemne funeral, pronunciando la oración necrológica el padre Laureano de las Muñecas. Después se les dió sepultura en los sepulcros abiertos en tierra, en el mausoleo que en la iglesia se les levantó. Allí esperan la gloriosa resurrección nuestros mártires de la Fe y de la Religión, reverendo padre Miguel de Grajal y fray Diego de Guadilla.» *(Fray Juan José de Villanueva.)*

«El cadáver fué llevado a enterrar al cementerio de Santoña, desde donde fué trasladado a la iglesia del convento de Montehano en el mes de mayo del 38. Yo asistí al traslado; fué, verdaderamente,

traslado de triunfo, por la multitud de gente que asistió a este acto.» *(Irene de la Fuente Sáez.)*

«El año 1938, en el mes de mayo, fueron exhumados los dos cadáveres de los dos asesinados, a cuya exhumación asistí personalmente, teniendo conciencia cierta de su identificación, aunque después de quince años no recuerdo con exactitud las notas de su identificación, pero me consta con toda certeza.» *(Doctor Emilio Ortiz.)*

«El día 4 de mayo del año 1938 fué trasladado el cadáver del padre Miguel, juntamente con el de fray Diego. desde el cementerio de Santoña al convento de Montehano para darles honrosa sepultura en la iglesia del convento. Yo asistí al traslado, el cual no parecía entierro, sino glorificación de dos santos, por el inmenso gentío y por la concurrencia de sacerdotes y por la devoción que hacia ellos mostraba la gente.» *(Mercedes Incera Naveda.)*

«Los restos del padre Miguel, a cuyo traslado asistí personalmente, lo mismo que a la identificación del cadáver, fueron trasladados solemnemente en 1938 del cementerio de Santoña a la iglesia del convento de Montehano, y allí enterrado junto al altar de la Virgen y muy cerca de Jesús Sacramentado, son canto y ofrenda perenne de martirio a sus dos grandes amores durante la vida.

»El traslado ha revestido un doble carácter: de solemnidad religiosa y de homenaje patriótico. En carroza fúnebre, gentilmente cedida por las autoridades de Santoña, fueron conducidos desde el cementerio a esta villa. A la entrada de Santoña los recibieron el clero parroquial, el alcalde, representación del Ayuntamiento, directores de Bancos locales, las organizaciones juveniles formadas y numeroso público, que los acompañaron luego hasta el segundo puente de la carretera de Santoña a Cicero. Aquí esperaba con cruz alzada la comunidad de Montehano, y varios religiosos en representación de los conventos de Bilbao y Santander.

»Se formó luego un cortejo brillantísimo, en el que tomaron parte los párrocos de Santoña, Escalante, Cicero, Gama, Argoños, Colindres, Castillo, Treto, Noja y Ambrosero; las autoridades civiles, jerarquías locales y nutridas representaciones de música de Falange de estos pueblos; otros muchos sacerdotes y una muchedumbre numerosísima, llegada de los pueblos próximos y hasta de Bilbao.

«Al compás de tambores y trompetas que sonaban a homenaje, entre murmullos de encendidas plegarias, los restos venerandos fueron conducidos a la iglesia de Montehano. A continuación se celebró un solemnísimo funeral, al que asistieron, además de las personas que formaban el cortejo, varios concejales de Santoña, el subdelegado de Sanidad y otras representaciones.

»Jóvenes falangistas recientemente llegados del frente y la sec-

ción de flechas de Cicero escoltaron la carroza e hicieron la guardia del túmulo durante la ceremonia religiosa.

»Terminada la misa, el padre Laureano de las Muñecas, muy emocionado, pronunció un jugoso discurso, enalteciendo las virtudes de los dos religiosos caídos y excitando a su imitación, como medio el más eficaz de forjar la España imperial y de labrarse una corona imperecedera.

»El traslado, más que fúnebre, ha sido glorioso. El flamear de numerosas banderas de esta España nueva; el desfilar, brioso y marcial de los pequeños hombres de la Patria; los alegres sones de tambores y cornetas, que decididamente tocaban a fiesta, han puesto en la ceremonia religiosa una nota de apoteosis.

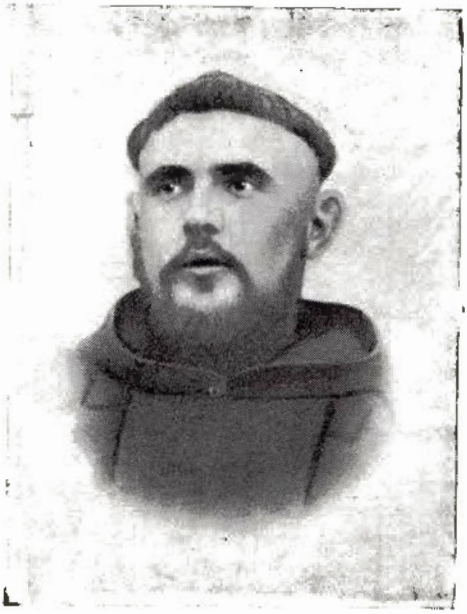
»El auténtico pueblo español de Santoña, Siete Villas y demás pueblos limítrofes se dió cita en Montehano para testimoniar a los Capuchinos sentimientos de desagravio y afecto, acompañando los restos martirizados de dos de sus hermanos, gloriosamente caídos en la retaguardia por Dios y por España.» *(Padre Constancio de Aldeaseca.)*

«Espero confiado el favorable juicio de nuestra Santa Madre la Iglesia, a la que someto en todo mis humildes opiniones. Y confío en poder un día bendecir fervorosamente al Señor ante el altar de sus siervos glorificados.» *(Padre Cornelio de San Felices.)*

«Deseo sinceríisimamente que suba a los altares. ¡Con cuánto gusto y con qué devoción me hincaría ante su imagen si así lo decretara la Iglesia!» *(Mercedes Incera Naveda.)*

Todas las personas preguntadas, cada cual en su estilo y alegando las razones pertinentes, desean y piden la glorificación del siervo de Dios padre Miguel de Grajal. Tú, devoto lector, une el eco de tu voz, y sobre todo el de tus oraciones, para que el Señor las escuche y glorifique a su siervo, si ello entra en los adorables planes de la divina Providencia. Se atribuyen bastantes gracias al padre Miguel, pero no quiero distraer más tu atención.

Su proceso ordinario informativo está, juntamente con el del padre Ambrosio y el de fray Diego de Guadilla, formando un todo completo, en manos de la Sagrada Congregación de Ritos.



Siervo de Dios

R. P. ALEJANDRO DE SOBRADILLO

SIERVO DE DIOS
R. P. ALEJANDRO DE SOBRADILLO

I

Nacimiento, padres, hermanos, primeros años.—Al Seminario Seráfico.

El siervo de Dios reverendo padre Alejandro de Sobradillo nació en dicha villa, diócesis de Ciudad Rodrigo y provincia de Salamanca, el 10 de enero del año 1902. Recibió la estola de la inocencia el 19 del mismo mes y año. Fueron sus padres don Isidoro Barahona Martín, quien actualmente cuenta ochenta y cinco abriles, y doña Martina Martín Marcos, ya hace tiempo fallecida, ambos de oficio labradores y profundamente cristianos prácticos, tanto él como ella. El siervo de Dios recibió el nombre de Juan Francisco. *(Partida de bautismo.)*

Don Isidoro había sido seminarista, conservando en el estado al cual le destinó la divina Providencia el fervor religioso adquirido durante los años dedicados a los estudios eclesiásticos, habiendo permanecido hasta el presente tan ejemplar, que ha pasado por el número uno en la villa. Doña Martina era del propio modo devota, de tal suerte que al hogar le cuadraba perfectamente el calificativo de *cristiano viejo* o a *la antigua,* siendo por lo mismo profundamente piadoso el ambiente familiar en que se desenvolvió la infancia del siervo de Dios.

El matrimonio Barahona Martín tuvo diez hijos, el mayor de los cuales fué Juan Francisco. Los otros se llamaron: Vicenta, religiosa, fallecida en Salamanca; María, casada; Joaquina, María Rosa, fallecidas de niñas; Juan José, actualmente inspector de Policía en

la Dirección General de Seguridad, casado; Isidro, Francisco, Marcelina, todos fallecidos de niños; Isabel, actualmente maestra nacional. *(Juan José Barahona.)*

Desde la más tierna edad ayudó Juan Francisco a sus padres en las faenas agrícolas con abnegación, sacrificio y gran espíritu de obediencia. De él, aun chavalillo, se cuenta la siguiente anécdota: Tenía unos diez años cuando su padre solía enviarle a una finca distante cuatro kilómetros, para que llevase allí el ganado vacuno de la casa. Y sólo cuando un vecino advirtió al padre que el hijo andaba los cuatro kilómetros corriendo, con daño para su salud y también para el ganado, dispuso que lo llevara a fincas más próximas. El siervo de Dios se portaba del modo dicho para regresar a tiempo a la escuela, en la cual recibió la educación primaria. La formación cristiana elemental se la enseñaban sus padres, y con mayor amplitud la aprendió en la catequesis parroquial. El 18 de abril de 1903 recibió el sacramento de la Confirmación. *(Partida de Confirmación.)*

Once años contaba Juan Francisco cuando, al parecer, en una misión predicada por el padre Villarrín sintió los primeros aleteos de llamamiento divino hacia el claustro. Sus progenitores en nada se opusieron a la incipiente vocación del hijo, aunque mucho lo necesitaban por ser el mayor de todos. Para realizar sus plausibles anhelos se puso en comunicación con los Superiores del Seminario Seráfico de El Pardo, pidiendo la admisión en aquel plantel forjador de futuros misioneros y de apóstoles de la verdad entre fieles e infieles. Admitido que fué, bendecido por sus padres, a El Pardo dirigió sus pasos para iniciar los estudios humanísticos, que deberá continuar durante cinco años académicos antes de comenzar el año de probación, ingresando en el verano del año 1913.

Son varios los condiscípulos de entonces que ponderan ahora su proceder en esta primera etapa de vida semiclaustral. Uno de ellos escribe: «El padre Alejandro (Juan Francisco) fué ya desde niño seráfico, formal y serio en las cosas; abierto, alegre y buen compañero.» *(Padre Aurelio de Pereña.)*

Otro notó en él siempre mucha inclinación a la piedad. En el último año que estuvo en el Colegio Seráfico sirvió a todos los colegiales de mucha edificación por el fervor con que asistía a los actos de devoción, por su piedad hacia la Santísima Virgen y por la puntualidad en la obediencia. Le gustaba mucho divertirse en los recreos; pero tan pronto como oía la señal de retirarse, inmediatamente seguía la voz de Dios. Sobresalió también de manera particular en el vencimiento de sí mismo. Había asignaturas cuyo estudio y comprensión le eran bastante difíciles. Sin embargo, se esforzaba

por imponerse en ellas. Y cuando el profesor se ponía un poco fuerte con él, recibía la advertencia, la reprensión, o alguna que otra vez el pequeño castigo con mucha serenidad y humildad.

Fué nombrado decano o hermano mayor en el Colegio, cargo que procuró cumplir con verdadero interés. Trató a los colegiales con toda caridad, en especial a los de los cursos inferiores. Cuando veía a alguno que estaba triste, se acercaba a él para consolarle, valiéndose muchas veces del juego y la distracción. En cierta ocasión se sintió repentinamente enfermo uno de los colegiales, con muchos dolores en las piernas. Tan pronto como lo notó el hermano mayor, se acercó a él, le cogió en brazos y, con cariño de madre, le subió al dormitorio, permaneciendo a su lado hasta que llegó el hermano enfermero. En los últimos meses de su estancia en El Pardo, como alumno de humanidades, manifestó deseos muy intensos de que llegara cuanto antes el esperado día de ir al santo noviciado. *(Padre Calixto de Escalante.)*

II

Novicio ejemplar.—La primera profesión.—A los Seminarios Mayores.—Rasgo singular de caridad.—La profesión solemne.

«Cumplidos con éxito los cinco años de educación secundaria, fué hallado digno de iniciar la vida religiosa, vistiendo el hábito seráfico y empezando el año de probación el 11 de agosto de 1918, cambiando en la ceremonia de vestición el nombre de Juan Francisco por el de fray Alejandro de Sobradillo. Así lo conoceremos en lo sucesivo.» *(Acta de vestición.)*

«El comportamiento del joven novicio fué laudable y muy edificante, ya que intensificó mucho la vida de piedad. Ponía gran interés en escuchar las conferencias o instrucciones espiritualmente formativas de los padres maestro y vicemaestro, y en el capítulo de culpas acusábase con gran humildad. Su exterior en las prácticas piadosas era recogido y devoto. Solícito era igualmente en la puntualidad a todos los actos comunes. Gustaba en los recreos hablar sobre temas espirituales. Tenía especial afición al cultivo de las flores del jardín, que solía recoger para adornar los pequeños altares y hornacinas de la Virgen María, colocados en varias dependencias del noviciado.» *(Padre Calixto de Escalante.)*

«La comunidad se percató de la encomiable conducta del novicio, pues en la triple votación le otorgó todos los sufragios para ser

admitido a la profesión religiosa, que él emitió el 15 de agosto del año 1919, justamente diecisiete años antes de ofrecer el sacrificio de su sangre y de su vida en homenaje y holocausto a la Santísima Trinidad.» *(Acta de profesión.)*

«Después de la profesión fué enviado a los Colegios Mayores para cursar los estudios filosóficos y teológicos por espacio de siete años. Durante ese lapso de tiempo aumentó en el siervo de Dios el sentido de la responsabilidad, lo mismo en el esfuerzo para el desarrollo de la vida divina en su alma que para la adquisición de las ciencias, de tal suerte que en todo momento sumamente se ciñó al cumplimiento del deber y a la exacta observancia de las leyes de la Orden, no tratando de *trampear* o de *ir pasando,* como suele decirse, sino que llevaba verdadera vida religiosa y espiritual, procurando su perfeccionamiento integral con sumo interés.» *(Padre Enrique de Cevisco.)*

«Un director del Colegio, siendo fray Alejandro estudiante de Sagrada Teología, da de él brevísimo, pero significativo testimonio: «Siendo director del Colegio tuve como dirigido al padre Alejandro de Sobradillo. Desde esa temprana edad se mostró como religioso de mucha conciencia, con deseo sincero de santificarse y perfecto.» *(Padre Pacífico de Mellanzos.)*

«Asegura un condiscípulo del siervo de Dios que todo el tiempo de los estudios se distinguió particularmente por la observancia regular, esforzándose por cumplir cuanto estaba ordenado en nuestra legislación, sin dar oídos a la voz del respeto humano, ni atemorizarse por las críticas o censuras de algunos de sus compañeros. Era alegre y divertido en los recreos. Llevaba con santa conformidad las inclemencias del tiempo y las privaciones inherentes a nuestra vida religiosa. No era partidario de sostener disputas acaloradas ni tomaba parte en conversaciones de censura o crítica particularmente referente a los Superiores.» *(Padre C. de Escalante.)*

«Estudiaba el siervo de Dios la Sagrada Teología en ocasión en que otro estudiante, por motivos de conciencia muy respetables, había resuelto irse de la Orden. Pero él mismo cuenta que percibía las virtudes en fray Alejandro de una manera tan viva, que siempre depositó en él toda su confianza. Y así, cuando le ocurrió dejar el instituto religioso, aun cuando esto no se divulgaba en el Colegio ni se tenía noticia de ello hasta después que se marchaba el interesado, no le pareció correcto el irse sin decírselo a fray Alejandro, y se resolvió a hacerlo, porque sabía con seguridad que estaba tan afianzado en la vocación, que su salida no le serviría de escándalo ni la causaría mengua en la misma. Al comunicárselo se echó a llorar el devoto estudiante, tratando de disuadirle, haciéndole ver

las grandezas de la vocación religiosa. Y aunque el otro partió, él permaneció siempre fiel al llamamiento divino.

Por aquella época realizó el candoroso teólogo un acto que claramente demuestra su caridad bonachona y un tanto infantil, a propósito para incluirle en las *Florecillas* de San Francisco. Es del tenor siguiente: Cuando en el Colegio había algún estudiante enfermo de dolencias no graves, los condiscípulos, por turno, desempeñaban el oficio de enfermeros. Fray Alejandro empezó también su turno con un estudiante enfermo. El cándido enfermero había oído decir que el azúcar era muy alimenticio y eficaz para reparar fuerzas y convalecer pronto. Persuadido de ello, cuando cierto día fué a buscar la comida del mediodía para el enfermo, ni tardo ni perezoso se acercó en la cocina al depósito del azúcar, que entonces no estaba restringido, y echó a su gusto una gran cantidad en la taza de la sopa, que era de caldo y grasa. Al notarlo el enfermo y al mostrar su extrañeza, con la máxima ingenuidad le dice fray Alejandro: «Tiene la sopa, efectivamente, mucho azúcar; pero tómesela, tómesela que es muy buena para reponerse pronto; para eso se lo he echado yo.» *(Padre Aurelio de Pereña.)*

De la vida edificante y muy ejemplar del siervo de Dios hablan elocuentemente las notas obtenidas en la conducta y en la aplicación al estudio. Teniendo a la vista las calificaciones en conducta, dan por resultado cuatro puntos y medio, siendo cinco la máxima. En cuanto a la ciencia, varios cursos tuvo la nota sobresaliente y siempre se aproximó más a ella que a la notable, por lo cual justamente puede clasificársele entre los *cum laude probatus*. El 11 de enero del año 1923 hizo la profesión solemne. *(Acta de profesión solemne.)*

III

Ministro del Señor.—Profesor del Seminario Seráfico.—Sólida piedad.—Amante de la santísima Eucaristía.—Caritativo.—Devoto de la Virgen.

Fray Alejandro ha remontado la cumbre de sus legítimas aspiraciones, viendo coronados los esfuerzos y sacrificios realizados perseverantemente durante trece años con la consagración sacerdotal recibida el 10 de diciembre del año 1926. Inmediatamente, los Superiores le destinaron a la enseñanza en el Seminario Seráfico de El Pardo, y en él permanecerá hasta su muerte, salvo un breve paréntesis, que más adelante encontrará el lector.

Ya de asiento en la educación de los aspirantes a la vida religiosa, preparaba con diligencia sus clases respectivas y se esmeraba en la formación completa de los discípulos, tratando amable y bondadosamente a los jovencitos. Los Superiores le encargaron de ordinario el cuidado, por demás delicado, de los recién llegados al plantel. Con ellos salía a los recreos y paseos, esforzándose por hacerles amable el ambiente, distinto del hogareño que habían dejado, para lo cual organizaba ingeniosamente juegos apropiados y les daba sencillas e instructivas charlas que despertaban no poco interés en los pequeñuelos.

«En las clases aprovechaba las circunstancias que se le ofrecían para hablarles de la piedad, inculcándosela con la palabra y con el ejemplo. Tal era la capacidad de insinuación en el corazón de los niños, que todos le amaban y resolvían los problemas íntimos de la conciencia con su bondadoso educador. Las devociones que más les recomendaba eran a la divina Eucaristía, a la dolorosa pasión del Señor y a la Virgen Santísima.» *(Padre Calixto de Escalante.)*

Sobre la devoción del padre Alejandro a la Eucaristía hablan muy alto y claro las dos siguientes expresiones que él pronunció en alguna ocasión: «Quisiera tener las manos postizas para quitármelas después de celebrar el santo Sacrificio de la misa, con el fin de no emplearlas en otros menesteres.» «Creo que si me muriera un día después de celebrar la santa misa, iría derecho al cielo, sin pasar por el Purgatorio.»

«Manifestaba también el siervo de Dios su fervor eucarístico, porque, fuera de las prácticas de comunidad, se le veía muchas veces pasar largos ratos en oración ante el Santísimo, aprovechando para ello especialmente las noches, en que la legislación de la Orden permite libremente una mayor expansión espiritual. Razón por demás convincente de esta devoción predilecta es el empeño que ponía para poder celebrar cuando, expulsado violentamente del convento, se encontraba refugiado en un hogar caritativo y cristiano.»

Un compañero suyo traza las siguientes lacónicas líneas sobre la piedad singular del siervo de Dios: «Debo decir: primero, que su piedad era profunda en todos los aspectos; segundo, fué especialmente devoto de la Eucaristía; tercero, una devoción tierna a la Santísima Virgen; cuarto, una no menor piedad a la pasión de Cristo, y quinto, un recogimiento interior que le notábamos todos, aun en momentos en que parecía únicamente dedicado a sus quehaceres exteriores.»

Para otro compañero, el padre Alejandro poseía dos virtudes principales en grado manifiesto y muy alto: la caridad fraterna y la devoción a la Santísima Virgen. «Nunca recuerdo haberle podido sor-

prender en un desfallecimiento con respecto a estas dos virtudes. Profesaba del propio modo gran cariño a las glorias y tradiciones de la Orden. En su labor como profesor y educador eran de admirar la sencillez al mismo tiempo que la inteligencia, la amabilidad y el tino que sabía fundir armoniosamente en su trato con alumnos y profesores. Su caridad tenía, además, manifestaciones singulares en el temple siempre igual de fineza, espíritu delicado, indulgencia, abnegación y sincero deseo de servir a los otros en sus menesteres.» *(Padre Mauricio de Begoña.)*

IV

Dos años en Irlanda.—Otra vez profesor del Seminario Seráfico.—Guardián del convento de El Pardo.—Superior caritativo, ejemplar y prudente.—Confiado en la divina Providencia.

No pasaron desapercibidas a la mirada vigilante de los Superiores las virtudes y las buenas cualidades pedagógicas del joven profesor: aquella prudencia, aquella serenidad, aquella amabilidad atrayente y cautivadora; la facilidad con que se acomodaba a los discípulos menos dotados, la ejemplaridad de su vida y el dominio perfecto de su carácter, claramente indicaban que estaba adornado de las dotes deseables para ser un perfecto educador de niños y adolescentes que iniciaban el camino de la ciencia y de la virtud, para más tarde abrazar plenamente la vida religiosa. Para proporcionarle ocasión de ampliar conocimientos experimentales y adquirir más experiencia educacional fué enviado a Irlanda por espacio de dos años, durante los cuales aprendió el inglés y enseñó castellano en los colegios Capuchinos irlandeses.

Vuelto a la Patria ocupó nuevamente el puesto de profesor en el Seminario Seráfico, desempeñándolo con mayor competencia y con la misma asiduidad y abnegada dedicación, hasta terminar el curso de 1933-1934.

En el mes de julio del último año fué nombrado guardián o Superior del mismo convento de El Pardo, oficio que extendía su radio de acción no sólo a la comunidad, sino también al plantel educacional del Seminario, en tiempos sumamente delicados por los desmanes y atropellos cada día más graves del régimen republicano. Según testimonio de los que entonces eran solamente niños del Colegio y de los que más tarde fueron súbditos suyos, el siervo de Dios se interesaba por todos, haciéndoles experimentar sensiblemente la

amabilidad con que les trataba, la ecuanimidad con que procedía, de tal suerte que nadie podía apreciar diferencia de trato o de consideración. Recuerdo perenne han dejado en los educandos las pláticas que les dirigía para ilustrarlos sobre el espíritu de la Orden Capuchina y el grado de sacrificio que le es propio, para que se dieran cuenta de las obligaciones que iban a contraer caso de perseverar en la misma.

En orden a la Eucaristía aprovechaba cualquier ocasión para inculcar su devoción, e incluso en las clases entrevelaba las explicaciones con aplicaciones oportunas para excitar en ellos el amor al Santísimo Sacramento.

«Como Superior se esmeró por el pogreso moral e intelectual del Seminario Seráfico y fué un verdadero padre para los religiosos de la comunidad, animándolos con su ejemplo al perfecto cumplimiento de los deberes contraídos al abrazar el estado religioso. Habiéndole tocado desempeñar el cargo de Superior en días difíciles y aciagos, se le veía muy preocupado por la suerte que correrían sus súbditos y los niños del Colegio.» *(Padre Calixto de Escalante.)*

Según el criterio de no pocos, desempeñó su oficio de Superior perfectamente, sin tener incidentes internos ni externos, fuera de la persecución, durante su mandato, dando ejemplo en todos sus actos, lo mismo de comunidad que de libre elección. No era hombre que claudicara fácilmente, pero se acomodaba dentro del verdadero espíritu de la ley a las necesidades y disposición de los gobernados. Afrontaba las adversidades con serenidad, como venidas de la mano paternal de Dios.

El siervo de Dios era muy buen religioso. Así se expresa otro que fué súbdito suyo. Y añade: «Dotado de gran caridad para con los otros religiosos, sumamente ceñido al deber, observante de las leyes de la Orden. Como Superior fué prudente y muy delicado en la corrección de los subordinados.» *(Fray Agustín de Muez.)*

«La discreción no le abandonó jamás. Por lo mismo, sabía corregir las faltas sin disimular cómodamente las transgresiones; pero lo hacía con tal delicadeza y tacto, uniendo discretamente dos cualidades de suyo tan difíciles, cuales son la firmeza y la caridad, que en ninguno suscitaba quejas o resentimientos, pudiendo asegurar que, así como fué modelo perfecto como profesor, lo fué igualmente como guardián del convento de El Pardo, siendo más digno de alabanza por su juventud y por ser la primera vez que desempeñaba el cargo de Superior, y esto con tanta mayor razón cuanto que para él era rígido, austero y penitente.

»Siempre se mostró el padre Alejandro confiado en la divina Providencia, y más especialmente siendo Superior en momentos tan

críticos como fueron los últimos días de julio del 36. De este aserto da testimonio un compañero de estudios y súbdito suyo en aquel amargo período. Fué, dice dicho religioso, Superior de El Pardo en condiciones social y económicamente difíciles. Yo hablaba frecuentemente con él de estas dificultades, y alguna vez ponderaba yo, quizá con menos fe que él, los asuntos serios de cada momento. Jamás le vi seriamente inquieto, y siempre le oía decir éstas o parecidas expresiones: «Padre, tenga fe; padre, confiemos en Dios. De muchos y mayores apuros nos ha sacado. También nos sacará de los presentes.» *(Padre Calixto de Escalante.)*

V

Los comunistas, en El Pardo.—Actitud del siervo de Dios ante el peligro.—De rodillas ante el mandamás.—Al orfanato del pueblo.—A los cuarteles de Transmisiones.—En la Dirección General de Seguridad.

En las líneas biográficas trazadas sobre el siervo de Dios padre Gregorio de La Mata quedan dibujados los rasgos principales de la odisea de los religiosos que el 21 de julio de 1936 moraban pacíficamente en el real convento de El Pardo cuando los comunistas disparaban las armas de fuego en torno del edificio y llamaban furiosamente otros a la puerta de entrada y a la iglesia. Por eso huelga repetirlo ahora nuevamente. Pero como el padre Alejandro era el Superior, sobre él pesaba grave responsabilidad en orden a los súbditos y especialmente a los niños del Seminario Seráfico. Su comportamiento fué el que correspondía al buen pastor dispuesto a dar la vida por sus ovejas.

Los comunistas asaltantes eran, unos del pueblo de El Pardo, que conocían perfectamente la vida de los religiosos: ordenada, devota, consagrada a la oración, al estudio y al trabajo, sin jamás meterse con nadie ni causar daño alguno a ninguna persona. Los otros comunistas eran de Madrid, gente sanguinaria, perseguidores de víctimas inocentes, asesinos vulgares, ladrones de oficio, que buscaban no más que saciar sus apetitos de destrucción y de muerte, esforzándose por borrar cuanto significaba conocimiento y servicio de Dios. Los primeros intentaban arrojar a los religiosos de la mansión de paz, y que se arreglaran como pudieran. Los de Madrid pretendían, ante todo, el martirio inmediato de los religiosos.

Fortalecido el padre Alejandro por la virtud de lo alto y cons-

ciente de su responsabilidad ante el peligro, primeramente cae de rodillas ante el Santísimo Cristo de El Pardo; luego marcha animoso a la portería, y ya desde entonces, exponiéndose a ser liquidado inmediatamente por semejante jauría de chacales humanos sedientos de sangre, abre la puerta, cae de rodillas ante el comandante de la Guardia Civil, jefe de aquella pandilla de ladrones y asesinos, humilde y suplicante, pero con envidiable serenidad le pide dos cosas: La primera, que no hagan daño alguno a las personas, y especialmente a los niños. Y la segunda, que no destrocen la iglesia, el convento y los enseres de los mismos. A continuación le prometió el comandante que no les harían daño alguno, pero la chusma comunista entró y se apoderaron del convento. Extremando el siervo de Dios la prudencia y la caridad para con los religiosos, repartió a cada uno de ellos cincuenta pesetas, y de seguro que él no se quedó con más, porque el convento de El Pardo ha vivido siempre de la caridad y de la ayuda que eficazmente le prestan los Superiores provinciales.

Los comunistas se apoderaron de los niños del Colegio y los llevaron al orfanato del pueblo. Luego condujeron también a los religiosos, después de haberlos alineado frente al edificio con ánimo de rematarlos a todos allí mismo, a lo cual se opusieron los de El Pardo. Mas en orden a los insultos y vejaciones hicieron coro con los llegados de Madrid.

En el orfanato eran constantemente insultados, llevándolos después a los calabozos de los cuarteles de Transmisiones, en donde, con razón, pensaron que había llegado para ellos la última hora, ya que además de las constantes amenazas captaron las siguientes palabras que un comunista decía a otro: «¿No sabes que a éstos ya no les hace falta nada? ¿Adónde crees que los vamos a llevar esta noche?» El padre Alejandro fué padre para todos en aquella suprema ocasión. Ni por un instante abdicó de su deber y de su función, aconsejando, alentando, haciéndoles ver que no sería duro ser mártires de Jesucristo si El quería concederles tal honor. Dió la absolución sacramental a todos los religiosos, y como preparación más inmediata para morir les leyó la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, según San Juan. En seguida les impartió los últimos consejos, entre los cuales reiteró el que mil veces había dado, de no meterse en política. *(Padre Ludovico de Pesquera.)*

«Después de las angustias mortales, de las incomodidades y hambre soportados en el orfanato y en el cuartel de Transmisiones, el siervo de Dios, con todos los otros religiosos del convento de El Pardo, fué trasladado a la Dirección General de Seguridad de Madrid. Allí fué fichado como todos sus queridos súbditos, consignando va-

lientemente en la ficha su condición de religioso, siendo inmediatamente sepultado en un calabozo, donde había más de seiscientas personas detenidas, hacinadas, sin comer ni beber, sin descanso de ningún género, oyendo los gritos dolorosos, angustiosos de algunos recluídos que habían perdido el uso de la razón a causa de los sufrimientos y del terror que les embargaba.» *(Varios religiosos.)*

VI

En libertad. — Buscando asilo. — Soy el Superior de El Pardo. — Sucio y extenuado. — Comportamiento en el refugio.

Cuando los asaltantes comunistas penetraron en el convento de El Pardo y lo registraron minuciosamente no encontraron en él armas de ninguna clase ni medio alguno de ataque o defensa, ni cosa que pudiera racionalmente comprometer a los religiosos. No se habían metido en política, no habían ofrecido resistencia a los asaltantes; cual mansos corderos habían sido conducidos al matadero, si así se les antojaba a los detentadores de la autoridad. Por lo mismo, el día 25 de julio fué en la Dirección General decretada su libertad. Pero el siervo de Dios padre Alejandro se acordó todavía entonces de que era el padre de sus religiosos y no se le ocultó el peligro que corrían sus vidas al salir a la calle. De aquí que, exponiendo nuevamente su propia vida, suplicara que retuvieran a los religiosos en la Dirección General de Seguridad o que los recluyeran en alguna cárcel, o bien que los llevaran otra vez al convento. Pero sus súplicas fueron menospreciadas y, partiendo él el último, todos fueron puestos en libertad, para que cada uno, si le era posible en tanta confusión, fuera a refugiarse a casas o pensiones de antemano buscadas.

El siervo de Dios conocía a una familia, cuya dueña, viuda de estado, era de origen extranjero, la cual vivía con una hija soltera de edad adecuada para darse cuenta de los acontecimientos. La señorita ha proporcionado el valioso relato de la llegada y permanencia del padre Alejandro en su domicilio.

El padre llegó a la casa bienhechora tan desfigurado, que el portero del inmueble no le dejaba subir al piso, y sólo se lo permitió cuando el pobre, paladinamente, confesó que era el Superior del convento de El Pardo. En seguida que subió fué reconocido por la señora, dejándole inmediatamente pasar, y como era la hora de la comida, le invitó a sentarse a la mesa, invitación que él no rehusó,

pero manifestó que antes quería asearse algún tanto, por lo que le prepararon el cuarto adecuado. Después de comer dijo que deseaba descansar. Y, efectivamente, el pobre señor entró en el oratorio y allí se tendió en el suelo, sin dar señales de vida ni aún avanzada la noche. Por lo que la señorita, sobresaltada por si le había ocurrido algo, llamó a la puerta del oratorio y logró que respondiera, pero todavía como en sueños, pues él no se daba cuenta ni dónde estaba, ni desde cuándo había venido; mas hablándole y razonando la señorita le hizo volver en sí, pasándole al comedor para cenar.

Cuando el siervo de Dios llegó a la casa acogedora refirió a sus bienhechores el asalto al convento de El Pardo, la odisea dolorosa y la libertad de todos, concedida ese mismo día. Después no volvió a tocar más semejante tema ante la familia.

«El comportamiento del pade Alejandro fué siempre ejemplar sobre toda ponderación. No eran tiempos aquellos en que la familia pudiera hacer milagros económicos; pero era tan bueno, que jamás vimos reparos de ningún género... Nunca le notamos encogido, pero tampoco hacía alardes de una fortaleza desconsiderada. Hacía una vida completamente normal en casa, pasando gran parte del tiempo con sus rezos en el oratorio de la casa, aun cuando lo teníamos todo recogido. Y otra parte del tiempo lo dedicaba al estudio, entretenido en la biblioteca de mis hermanos... No se excedía en nada para satisfacer las necesidades corporales, sino que era moderado en el comer, en el beber, en el dormir y en las expansiones. Aunque yo madrugaba, siempre le encontraba ya a él levantado... Con frecuencia se le oía hablar de la Santísima Virgen y se lamentaba de no poder celebrar misa, pues la había dicho al día siguiente de su llegada y no lo debimos hacer con la debida reserva, porque al otro día subió el portero al piso y nos dijo que entre los vecinos se comentaba que se había celebrado misa en nuestro oratorio; y luego añadió: «Y tenga en cuenta que el que avisa no es traidor.» Por todo lo cual, aun cuando él manifestó deseos de celebrar, ya todos pusimos serios reparos y no volvió a celebrar.» *(Juanita Guillén Estrada.)*

A la misma casa caritativa se acogieron también dos religiosas Carmelitas de clausura, una de las cuales, de nacionalidad portuguesa, y cuando escribimos estas líneas aún vive, y se llama sor Teresa del Niño Jesús, nos ha dado por escrito, y antes verbalmente, una referencia muy interesante sobre el siervo de Dios, la cual gustosamente ofrecemos a quienes leyeren.

«El padre nos contó todo lo que había padecido cuando los milicianos entraron en el convento, aunque ya no me acuerdo de muchos detalles. Nos dijo que estaban en el refectorio cuando sintieron

el tiroteo de las turbas; que, entre otros ruidos, llamaban muchísimo al timbre. Los padres dieron la sagrada comunión a los niños, que se arrodillaron para recibir la absolución y en seguida la sagrada comunión... Me parece que nos dijo el padre que habían estado tres noches (cuatro) y dos días (tres) en la prisión; que sufrieron muchísimo, pues dormir era imposible; que era lugar inmundo, casi oscuro; que estaban de pie, pues ni sentarse podían. De alimento les daban un poco de arroz después de las dos de la tarde. Que eran varios los que se ponían locos, y algunas veces a altas horas de la noche empezaban a gritar y tenían que ir a sacarlos.

»El 25 de julio, después de registrarlos les dieron libertad. Los primeros días que se cobijó en la casa el padre, estaba casi siempre encerrado y a oscuras en su habitación, y la señora de la casa nos decía que estaba preocupada que le pasara algo de tanto dormir. Mas como el pobrecillo había pasado tanto tiempo en la cárcel sin poder dormir, no era extraño.

»Pasados los primeros días se venía algunos ratos con nosotras, que solíamos estar en una pieza haciendo labor. Nos animaba a sufrir, a tener confianza en Dios, y si El quería nuestras vidas, dárselas con gusto por España.

»Cuando oía decir a las señoras de aquella familia que registraban las casas y las cosas se ponían peor, se encerraba en su habitación varias horas a oscuras. Cuando se venía de nuevo con nosotras, le preguntábamos si había estado durmiendo; nos contestaba que había estado orando. Al día siguiente de ir a esa casa celebró la santa misa; era un domingo, y la señorita de la casa mandó a las criadas avisar a personas conocidas, y hubo mucha gente, entre la cual había varias criadas de los distintos pisos de la casa. Ese día comulgamos por última vez, pues pasados algunos días ya escondieron el confesonario y disimularon la capilla. También confesó el padre a algunas personas.

»El mismo día que había celebrado misa nos dijo la señora que había subido el portero, que era comunista, a decir que toda la vecindad se había enterado que había habido misa, y que era comprometedor. Ya todos nos quedamos temiendo algo, pues una de las criadas era comunista. Pero los días pasaban, y parece que nada sucedía, hasta que el padre propuso celebrar de nuevo el día de San Joaquín, que era el santo de la señora, para obsequiarla de este modo, satisfaciendo su deseo de celebrar. Nosotras también lo pedíamos para poder comulgar. Pero dijeron que era imposible hacerlo sin que se enterase la tal criada comunista; y aunque propusimos que podría ser de noche muy temprano, como había que preparar la capilla antes, no hubo medio, y tuvimos que resignarnos.

»Dios tenía dispuesto que ese día lo celebrara ya en el cielo, adornado con la palma del martirio, pues la tal criada hacía unas salidas desacostumbradas. Y un día, sin decir nada a la señora, hasta se quedó una noche y vino al otro día ya tarde sin dar satisfacción a nadie. Entonces se temió más si ella sería capaz de haber hecho alguna denuncia; y el padre propuso marcharse a una pensión. Pero los señores le dijeron que tal vez no pasaría nada, por el deseo de que no se marchara, y como él no tenía documentación para poder andar por la calle, decían le cogerían en seguida. Ultimamente estaba casi siempre con nosotras, leyendo algún libro, y algunas veces le veíamos que paraba de leer, y se ponía pensativo. Le preguntábamos qué le pasaba: «No sé si marcharme», nos decía. Mas nosotras le decíamos: «Si no tiene V. R. documentación le cogerán enseguida.» «Claro, sea lo que Dios quiera.»

Después de este relato y de la circunstancia de haber declarado el siervo de Dios al portero para que le dejara entrar que era el Superior de los Capuchinos de El Pardo, cualquiera que hubiera vivido aquella etapa del terror jacobino podía suponer con fundamento lo que esperaba al buen padre Alejandro.

VII

Venimos por el Superior de los Capuchinos de El Pardo. Soy el Superior.—En marcha con los asesinos.—Martirizado.

La suerte del siervo de Dios estaba echada. Más tarde o más temprano debía sucumbir porque era religioso, con la agravante por parte de los sin Dios de ser Superior. ¿Sacerdote..., religioso..., Superior? Gravísimos delitos que merecían la muerte cada uno de ellos, y a la muerte debía de ser él también conducido. En efecto, era el día de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos, cuando la familia recibió aviso telefónico de que habían registrado una casa y de que también iban a registrar la suya. Al poquísimo tiempo llaman fuertemente a la puerta del piso unos trece milicianos armados, quienes, al presentarse la señorita para atenderlos la dijeron: «Venimos por el Superior del convento de El Pardo.» Yo exclamé entonces: «¡Ay, qué pena!» Salió el padre a un pasillo de la casa, entablándose entre él y los milicianos este breve diálogo:

«—¿Quién eres tú?

»—Soy profesor (lo cual era verdad).

»—¿No eres el Superior del convento de El Pardo?

»—Sí lo soy (manifestación clara por la que iba a ser asesinado).

»—Vente con nosotros.

»—¡Ay, qué pena, padre!—exclamé yo entonces, grandemente atribulada.

»—¿Es acaso tu padre?—replicó uno de los milicianos.

»—Me van ustedes a matar? (explicable esta pregunta bajo la primera impresión).

»—Tú no te preocupes; vente con nosotros.

Entró entonces el padre en su habitación para ponerse la americana. Yo entré con él, dice la señorita, para ayudarle a ponérsela. Nuevamente en la habitación le volví a decir: «¡Pero, qué pena, padre, qué pena!» Contestó él inmediatamente: «*No hay que apurarse: mucho ánimo y confianza en Dios.*» El padre no puso resistencia alguna, sino que como manso cordero se entregó en manos de sus asesinos. «Un hermano mío quiso acompañar al padre. Pero no le permitieron más que hasta la puerta de la casa, diciéndole que tenía que responder por las personas que tenía en casa» (las dos religiosas carmelitas que desde luego no fueron inquietadas). Luego el martirio. Pero ¿dónde le mataron? ¿En María de Molina? ¿En los Hermanos Miralles? ¿Cerca de Diego de León? Esto último parece lo más probable, porque el portero de la casa dijo a una de las criadas, no a la comunista, que los milicianos habían matado al padre cerca de Diego de León; que todavía estaba allí el cadáver panza arriba, y que si querían podían ir a verle. Lo que no deja lugar a duda es que le asesinaron, y que lo hicieron por ser Superior del convento de El Pardo; es decir, por odio a Dios, a la Religión, a la virtud santa de la fe, ofreciendo poderosísimos argumentos de ser verdadero mártir de Jesucristo, salvo siempre el jucio infalible de la Santa Madre Iglesia.

VIII

El cadáver del siervo de Dios.—La sepultura.—La foto del cadáver. — Exhumación e identificación. — Funerales y traslado apoteósico.—El Proceso de Beatificación.

Asesinado el siervo de Dios con seguridad el día de la Asunción de la Santísima Virgen, debió quedar varios días tendido y expuesto, abandonado en el lugar del sacrificio, ya que los datos oficiales que poseemos señalan la fecha de su enterramiento en el cementerio municipal de la Almudena el 19 de agosto. «CEMENTERIO MUNICIPAL.—El cadáver del adulto don Francisco Borahona Martín (22-

26) fué inhumado el día 19 de agosto de 1936, en sepultura de 4.ª temporal, cuartel número 35, manzana número 39, letra D, cuerpo número 14, chapa número ... Madrid, 3 de mayo de 1939 (firma ilegible). El sello: «Ayuntamiento de Madrid-Dirección de Cementerios.»

Por otra parte consta también en virtud de documento expedido por la alcaldía de la Villa, el 11 de junio de 1940, el cual dice lo siguiente: «Don Pedro de Gorgolas Urdampilleta, Oficial Mayor, en funciones de Secretario del Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. Villa, CERTIFICO: Que por don José M.ª de Chana, residente en esta capital, se solicitó del Excmo. Sr. Alcalde, en instancia de primero del actual, se le expidiera certificación que acreditase la clase de féretro donde yace el cadáver de don Francisco Barahona Martín.—Del informe emitido por la Dirección de Cementerios, resulta que el cadáver de don Francisco Barahona fué inhumado en el Cementerio Municipal el día diecinueve de agosto de mil novecientos treinta y seis, en una sepultura de cuarta clase temporal, sita en el cuartel treinta y cinco, manzana treinta y nueve, letra D, cuerpo número catorce, y que dicho cadáver fué depositado en un *féretro de madera*. Y para que conste, expido la presente, visada por S. E. y sellada con el de las Armas de Madrid, en sus Casas Consistorias, a once de julio de mil novecientos cuarenta.» *(Firmas ilegibles.)*

En la Administración del Cementerio de la Almudena se consiguió la fotografía del cadáver del siervo de Dios, presentando parte de la cara deshecha, prueba inequívoca de que los asesinos le maltrataron bárbaramente, bien sea porque sobre él dispararan una ametralladora, bien una bomba de mano o, posiblemente, por darle el *tiro de gracia* en el lado izquierdo de la boca.

A propósito dice un técnico en la materia: «Contemplé su cadáver y pude ver que a mi primo Alejandro debió cogerle la bomba explosiva en el cráneo o muy cerca, porque lo tenía totalmente desmenuzado, de tal suerte que no había ningún rastro que pudiera servir para su identificación, en contraste por ejemplo, del cadáver del padre José María de Manila u otros, en cuyos rostros había huellas, de tal manera que se les conocía la fisonomía. Esta forma de hallarse el cráneo del padre Alejandro coincide con la que puede observarse en su fotografía, que fué expuesta en donde exponían la fotografía de los cadáveres y en el expediente que obraba en la administración del cementerio, coincidente con la ficha que pendía del cadáver.» Habla el informante del momento en que fueron exhumados los cadáveres de los mártires hallados mediante las fotografías y las fichas personales.

Efectivamente, el 9 de julio de 1940 fueron exhumados sus restos,

los cuales, según afirma el padre Buenaventura de Carrocera en la ya citada obra, con dificultad se pudieron identificar, pues a causa de haber sido removidos para extraer otros cadáveres, no presentaba su caja sino un montón informe de huesos y ropas.

Identificados los restos por las ropas, reconocidas por testigos presenciales, fueron recogidos en decente caja y con los de los otros mártires capuchinos, trasladados a la iglesia de Jesús, para celebrar en ella solemnísimos funerales, con un lleno completo. Después fueron llevados a la cripta de la Concepción, que en la sacramental de San Isidro poseen los Padres Capuchinos. Allí reposan los que fueron tan maltratados por ser religioso, Superior de El Pardo, padre vigilante y bondadoso de sus súbditos, pedagogo inteligente, que en la flor de la edad dió generosamente su vida por Dios y por la redención de España.

El Proceso de Beatificación del siervo de Dios padre Alejandro forma un todo con los demás Capuchinos asesinados pertenecientes a las Comunidades de Madrid y de El Pardo. Se introdujo el 5 de abril de 1946. Y aunque sólo falta en la fecha en que escribimos estas líneas el Proceso de *non culto* y la sesión final, mientras esto no se verifique, no puede llevarse el Expediente a la Sagrada Congregación de Ritos. Que los devotos del siervo de Dios pidan al Señor por su intercesión la pronta terminación del Proceso informativo como ansiosamente lo estamos esperando.

Siervo de Dios

R. P. CARLOS DE ALCUBILLA

SIERVO DE DIOS
R. P. CARLOS DE ALCUBILLA

I

Nacimiento, padres, hermanos, primeros años.—Al Seminario Seráfico.—Artista por naturaleza.

El siervo de Dios, reverendo padre Carlos, nació en el pueblo de Alcubilla de Nogales, diócesis de Astorga y provincia de Zamora, el 17 de junio del año 1902. Al día siguiente fué regenerado con las aguas sacramentales del Bautismo, imponiéndosele el nombre de Pablo Merillas Fernández. El 10 de septiembre de 1907 recibió el sacramento de la Confirmación. *(Partidas de Bautismo y Confirmación.)*

«Fueron sus padres don Andrés Merillas Tejedor y doña Vicenta Fernández Tejedor, ambos cristianos prácticos y de costumbres muy recomendables. Nuestros padres—dice una hermana de Pablo—nos dieron muy buena educación; se rezaba el Santo Rosario todos los días en familia; no se perdía jamás una misa en día de fiesta.» *(Martina Merillas.)*

«Hablando un compañero de la infancia de la familia del siervo de Dios, asegura que el padre Carlos nació en el seno de un hogar profundamente cristiano: lo eran los padres y lo siguen siendo los hermanos, con detalles tan entrañables como la cristianísima costumbre que mantienen ellos de rezar en familia el Santo Rosario.» *(Angel Fernández Fernández.)*

Los esposos Merillas Fernández tuvieron solamente tres hijos: Martina, la mayor; Pablo (padre Carlos), y un hermano menor lla-

mado Angel; aún viven los dos cuando escribimos estas líneas, en el pueblo natal de Alcubilla.

Desde niño dió el siervo de Dios pruebas de profundo espíritu religioso e inclinación a la piedad, gozando el privilegio de ser monagullo muy chiquitín, y de que a los siete años le presentara como modelo a los demás niños, especialmente a los acólitos, el señor cura de la parroquia.

Nunca llevó disgustos a casa por riñas o peleas con otros chicos. Con sus padres fué en todo momento obediente y sumiso. Le gustaba asistir a la iglesia y a la escuela del pueblo, sobresaliendo por su aplicación y por la docilidad con que atendía a las explicaciones del maestro. «Mi hermano era muy bueno; todo el mundo le quería, porque a todos complacía», dice su piadosa hermana Martina, hablándonos entre lágrimas y sollozos, pensando en lo mucho que sufriría el padre Carlos antes de recibir la palma del martirio.

Tenía el siervo de Dios un tío, religioso Capuchino, que hace poco murió en La Habana, después de una vida muy ejemplar y de haber desempeñado importantes cargos en la Provincia religiosa y sido Superior Regular de la Misión del Caroní (Venezuela) por espacio de tres años.

Educado bajo ese ambiente familiar, el niño Pablo, y atraído indudablemente por el ejemplo del tío Capuchino, padre Matías de Alcubilla, sintió él también la invitación divina hacia el claustro, llamamiento amoroso al que correspondió con generosidad, ingresando en el Seminario Seráfico de El Pardo en el verano del año 1913.

«Durante su permanencia en el plantel de segunda enseñanza, dedicado a las ciencias humanísticas, no descolló especialmente ni en la aplicación al estudio, ni tampoco se notó en él singular dedicación a la virtud; niño corriente que dió suficientes pruebas de vocación y de capacidad para abrazar íntegramente la austera vida capuchina; eso fué el seráfico Pablo Merillas. Pero, en cambio, le adornaban en esa edad juvenil, candorosa sencillez, amabilidad atrayente, trato bondadoso, cualidades que le hacían bien querer de Superiores, profesores y condiscípulos. *(Padre Aurelio de Pereña.)*

El padre Carlos nació artista y mecánico. Desde niño se destacaron en él estas aptitudes, siendo grande su capacidad para la música, el dibujo y la mecánica en muchas de sus ramas. Andando el tiempo fué excelente pianista y afinador de instrumentos; dibujaba notablemente, sin apenas haber tenido maestro en este arte. En habilidades mecánicas, arreglaba lo mismo un reloj de bolsillo que de pared; una máquina mecanográfica que un aparato receptor de radio, incluso llegó él mismo a hacer completamente aparatos re-

ceptores. Aficionado también a la electricidad, ya religioso, instalaba el tendido eléctrico en habitaciones, claustros y salones y, aún totalmente en algún convento e iglesia. No es de extrañar, por lo mismo, que le costara la quietud y seriedad y cierta inmobilidad necesarias para profundizar estudios más serios, impropios de su cacácter y habilidades congénitas, y que, de hecho, le resultaran poco atrayentes y menos simpáticos.

«A propósito de sus aficiones se cuenta de él, siendo ya sacerdote, que yendo cierto día por las calles de la ciudad de Gijón, encontró parado en medio de la calle un automóvil, que el conductor no acertaba a poner en marcha; se acercó el padre Carlos y le pidió permiso para examinar rápidamente el motor. El chófer, como es natural, quedó sorprendido de que un religioso le pidiera examinar y buscar la causa de la inmovilidad del vehículo; pero condescendió. A los pocos minutos le dice: «Coja el volante»; lo cogió e inmediatamente se puso en marcha sin la menor dificultad el coche.» *(Padre Pacífico de Mellanzos.)*

II

Novicio Capuchino.—Primera profesión.—A los Colegios mayores.—Sacerdote del Señor.

Terminada felizmente la educación secundaría fué hallado digno de vestir el santo hábito para iniciar íntegramente la vida religiosa, marchando a Bilbao, en donde le fué impuesta la librea seráfica, y con ella el nombre de fray Carlos de Alcubilla, dejando el de Pablo Merillas Fernández. *(Acta de vestición.)*

Nada hemos encontrado sobre su comportamiento durante el año de probación que le sea adverso o favorable. Sin embaro, hablan muy claro los resultados de la triple votación a que hubo de someterse para ser rechazado o admitido a la profesión por la Comunidad del Noviciado, obteniendo todos los votos, habiéndose consagrado a Dios temporalmente el 29 de agosto del año 1920. *(Acta de profesión.)*

Luego de hecha la profesión, fué enviado el siervo de Dios a los Colegios mayores de la Provincia de Castilla, establecidos en los conventos de Montehano (Santander) y León, en donde cursó tres años académicos de Filosofía y Ciencias, cuatro de Sagrada Teología Escolástica y uno de Sagrada Elocuencia. *(Estadística Oficial de Estudios.)*

Un religioso contemporáneo suyo traza del siervo de Dios las siguientes líneas: «Era el padre Carlos de carácter un tanto aniñado,

resintiéndose de él en muchos de sus actos, no por malicia, sino a causa de su manera de ser. No fué mal seráfico ni tampoco mal religioso. Abierto a la buena y sencillo, fué bien querido de todos los religiosos, y especialmente estimado de los seglares, porque además de sencillo era un verdadero artista, para la música y la mecánica especialmente.» *(Padre Aurelio de Pereña.)*

El padre Director de uno de los Colegios mayores, teniendo como dirigido a fray Carlos, da de él el testimonio siguiente: «Conocí al reverendo padre Carlos de Alcubilla, y noté que era muy complaciente con los demás religiosos, sencillo y servicial, prestándose para cualquier favor que se le pidiera. Tenía cualidades muy especiales para cuanto se relacionaba con la mecánica.» *(Padre Pacífico de Mellanzos.)*

En sus estudios filosóficos tuvo los tres años la calificación de notable, tanto en aplicación o resultado de los exámenes, como en conducta o buen comportamiento. Menos le entraron las ciencias teológicas. Pero no obstante convenientemente dió, como suele decirse, la talla, y fué hallado digno de emitir la profesión solemne que efectuó el 14 de agosto del año 1927. Al año siguiente, en el mes de junio, día 24, recibió la ordenación sacerdotal, quedando definitivamente consagrado Ministro del Señor. *(Estadística Oficial de la Provincia.)*

III

Me han de ver en los altares.—Misionero en Venezuela.—Regreso a la Patria por enfermo.—Profesor en el Seminario Seráfico de El Pardo.

El carácter sencillo, pacífico y bondadoso del padre Carlos admitía fácilmente las bromas de los condiscípulos, aunque fueran, en ocasiones, algún tanto pesadas. Uno de ellos habla sobre el particular en los siguientes términos laudatorios: «El padre Carlos era de carácter amable y servicial; se alegraba del bien de los demás, y carecía, por consiguiente, de envidia. Recuerdo una anécdota sobre el siervo de Dios: En ocasiones, ya de estudiante, ya de padre, cuando se le decía que era disipado, él respondía: «*Pero si me han de ver en los altares.*» *(Padre Enrique de Cevico.)*

Apenas ordenado de sacerdote le destinaron los superiores, con pleno consentimiento suyo, a la Misión del Caroní, entre indígenas; pero no llegó a ella, porque durante el período de aclimatación se acentuó la enfermedad de estómago que venía padeciendo desde estudiante, enfermedad que le contraindicaba para soportar los mu-

chos trabajos misionales. Por eso, se quedó, con los debidos permisos, en la Custodia de Venezuela, con residencia especialmente en Caracas y en Valencia del Rey. Por cierto que conservamos una interesante fotografía del siervo de Dios hecha en Caracas, por demás curiosa. Acompañado del padre Benigno de Fresnedillo, abnegado misionero del Caroní, ya fallecido, está el padre Carlos, puestos los auriculares, haciendo un aparato de radio. Los dos sonríen; pero el padre Carlos está atento a que la percepción resulte clara, inteligible y agradable a los futuros sintonizadores.

Las habilidades artísticas y mecánicas del siervo de Dios, su carácter sencillo y comunicativo, su innata amabilidad, le indicaban para hacer gran apostolado, especialmente entre las gentes cultas de Venezuelo. Sin embrago, la salud bastante precaria ya desde estudiante, de día en día iba decayendo, aumentando las dolencias del estómago, y la anemia, por falta de la necesaria nutrición, se presentaba con caracteres alarmantes. Por el dicho motivo juzgaron los Superiores un acto de prudencia y caridad disponer su regreso a la patria antes de cumplir un trienio en el trópico agotador. Así lo hizo el padre Carlos, siendo temporalmente destinado al convento de Gijón, ocurriendo entonces la anécdota referida en páginas anteriores sobre el automóvil parado en medio de la calle de aquella ciudad asturiana.

Restablecida en parte la salud y recuperadas las energías consiguientes, fué nombrado profesor en el Seminario Serárifo de El Pardo, especialmente de sus artes predilectas, la música y el dibujo. En estas ocupaciones educativas, debidamente cumplidas, pasó el resto de su corta vida, hasta el 21 de julio de 1936, en que tuvo que abandonar el convento, asaltado por las hordas marxistas.

IV

Ante el asalto al convento de El Pardo.—Acogido por la familia Orcasitas.—Un contrato ingenioso.—Traslado a El Escorial.

Cuando el 21 de julio de 1936 invadieron los comunistas el convento de El Pardo, formaba parte de aquella Comunidad el padre Carlos, según ya queda dicho. Pero él, que nada tenía de perezoso ni parado, y que no quería ser de cualquier manera asesinado, siguió su propio criterio de salvarse por entonces. Para ello, burlando la vigilancia de los invasores, saltó la tapia de la huerta del convento sin ser visto. Como, por otra parte, conocía bien los atajos del monte

en dirección hacia la capital, rodeando y más rodeando, pudo llegar a Madrid. Una vez allí, cruzó calles, atravesó plazas y llegó sin novedad a la casa de la familia Orcasitas, de él ya conocida, porque tenían los dueños tienda de ferretería y material eléctrico, a la que iba el padre Carlos con alguna frecuencia para comprar material, por orden de los Superiores, para arreglos e instalaciones en el colegio y convento de El Pardo. Cuando llegó al hogar acogedor vestía pantalón oscuro, camiseta blanca de manga corta, calzaba alpargatas y desfigurado con unas gafas negras. Al presentarse dijo serenamente: «Yo soy el padre Carlos que vengo huyendo del Pardo, y no tengo donde meterme.» Inmediatamente le recogió la familia, a quien refirió el asalto al convento y cómo él había salido huyendo por la huerta. Tenía una pequeña herida en el pie, producida al saltar la tapia; se lavó y curó y se quedó ya en la casa, ocupando la habitación de un hijo de la familia, justificando su presencia como amigo y compañero de estudios del mismo.

Pero aunque el padre Carlos tenía buena documentación como estudiante, sin embargo, aparecía con domicilio en el Santísimo Cristo de El Pardo, dirección para él por demás comprometedora. Por eso procedió la familia a proporcionarle otra documentación más disimuladora, en que constaba su calidad de estudiante, originario de la Zona Nacional, quedando magnífica, constando en ella su nombre civil solamente, que como es sabido, era el de *Pablo Merillas*.

Como verdadero religioso se portó en el domicilio bienhechor, haciendo con regularidad sus devociones particulares y rezando con la familia el santo rosario todos los días. Mostraba también gran serenidad, aunque sin temeridad, pues cuando oía a algún miembro de la familia hablar de temores y miedo por las gravísimas dificultades y peligros porque atravesaba la gente buena y honrada, le decía el padre Carlos: «Ne se preocupe»; manifestando que lo importante «era estar bien con Dios». Más aún: Cierto día hicieron los milicianos un minucioso y terrible registro en la casa, buscando al dueño don Pedro Orcasitas. Sobrecogida de espanto su hija María, abogado de profesión, fué a comunicárselo al padre Carlos; y al decirle que alegara ante los esbirros su condición de estudiante de la Universidad, compañero de ella, él no se inmutó lo más mínimo, y tranquilamente la contestó: «No te apures, porque no habrá lugar; aquí no entran.» Y así fué, pues, a pesar de haber registrado casi toda la casa, no entraron donde él se encontraba.

Muy pocas veces salió el siervo de Dios del bondadoso hogar, y cuando alguna que otra vez lo hizo fué para ocuparse de buscar refugio a otros religiosos, o proveerles de documentación adecuada a las circunstancias, como ocurrió en una de ellas con el siervo de

Dios padre Gregorio de La Mata, a quien, según ya queda consignado, proporcionó la familia documentación conveniente y le buscó una pensión recomendable, por no poder tenerle en casa.

Cierto día, uno de los dependientes de la tienda, afiliado a los de la C. N. T., y ferviente entusiasta de la misma, al salir de casa el padre Carlos para hacer una visita, le reconoció; y al preguntar a la señorita quien era; respondió ella que no lo sabía. Pero el dependiente la dijo: «Estad con cuidado, porque es fraile.» Esta circunstancia, unida a las tres denuncias y otros tantos registros que ya había soportado la familia, hizo temer, con razón, a todos por la vida del padre Carlos. Así pues, de común acuerdo, resolvieron que se trasladara a El Escorial, en donde disfrutaría de mayor libertad y correría menos peligro que en Madrid, teniendo allí cubiertas todas sus necesidades y estando además acompañado de un joven sobrino de la familia.

Cerca del Real Sitio tenía en el campo la familia una casa bien provista, sita en la carretera de Robledo de Chavela, para las ocasiones en que allí iba a pasar algunos días de descanso y recreación. En dicho lugar había unas piscinas de la misma familia, al cuidado de las cuales estaba un matrimonio, que vió con disgusto la llegada de los dos huéspedes, y trataba de vigilarlos, sorprendiéndoles alguna vez rezando el Santo Rosario; por cuyo motivo, aunque al sobrino ya le conocían, empezaron a sospechar si el que le acompañaba era fraile, a pesar de haberse presentado con un contrato de radiotecnia para instalar un aparato de radio en las piscinas.

Efectivamente, con el fin de disimular mejor su condición, entre él y la señorita María fingieron un contrato que gustosamente, como grato recuerdo, copiamos del mismo original, firmado por los dos auténticamente. Es como sigue: «En Madrid, a veintisiete de junio de mil novecientos treinta y seis. Reunidos: de una parte, doña María Orcasitas de la Peña, y de otra don Pablo Merillas Fernández, mayores de edad y de esta vecindad, acuerdan y convienen: PRIMERO: Doña María Orcasitas, como concesionaria de la explotación de unas piscinas y otros deportes en San Lorenzo de El Escorial, encarga al radioelectricista señor Merillas la instalación de un aparato radiorreceptor en dicha zona deportiva. SEGUNDO: Dicho aparato radiorreceptor irá provisto de tres altavoces y de un dispositivo colector o pick-up, suficiente para ser oído con gran potencia en el local. TERCERO: El precio de este aparato será el de tres mil pesetas, siendo de cuenta del señor Merillas tanto el material como el personal que pueda utilizar en la referida instalación. CUARTO: El trabajo ha de estar empezado el próximo día dos de julio para ser acabado el diez del mismo mes de julio. La señorita de Orcasi-

tas podrá rescindir este contrato por incumplimiento de esta cláusula. QUINTO: El precio se abonará en tres plazos: el primero, en el momento de ser llevado el material completo a las piscinas; el segundo, a los quince días de su funcionamiento; y la tercera restante, dentro de los seis meses siguientes.—En prueba de conformidad lo firman en el lugar y fecha indicados.—M. Orcasitas de la Peña (rubricado). Pablo Merillas (rubricado).»

Pertrechado con el anterior contrato, con buena documentación, completamente disimulada su verdadera personalidad, y con un salvoconducto también proporcionado por la familia, partió el día 2 de agosto, fiesta de la Porciúncula, en compañía del joven sobrino de sus bienhechores hacia El Escorial, y allí llegado sin contratiempos, inmediatamente puso manos a la obra de instalación del aparato de radio, procurándose los cooperadores necesarios, según estaba previsto en el contrato.

Todo iba saliendo a pedir de boca. Los empleados admiraban la delicadeza del radiotécnico, sus conocimientos electromecánicos, la amabilidad con que los trataba, las conversaciones para ellos curiosas sobre triviales tópicos de América, indudablemente para cortar el lenguaje soez y vulgar de los mismos; la conducta irreprochable que observaba; todo les causaba admiración y cierta extrañeza. Cuando terminado el trabajo proponían sus colaboradores ir por los paseos más céntricos de El Escorial para encontrarse con las chicas y lanzarlas los piropos que pueden suponerse de aquellas gentes, y con el ambiente que entonces imperaba, el padre Carlos, recurriendo a su acostumbrada habilidad, les hacía ordinariamente cambiar de rumbo para encontrarse lo menos posible con grupos de chicas de la población, según testimonio de su joven compañero. *(Angel de la Peña.)*

El siervo de Dios era para los empleados un camarada más: amable, simpático, comunicativo, instruído y correcto en todos sus actos. Llegaron, por consiguiente, a quererle y a depositar en él verdadera confianza y a tratarle con cariño, hasta llamarle con el diminutivo correspondiente a su nombre seglar, *Pablito*.

V

Pablito, blasfema.—Detenido por los milicianos.—Descubierta su condición de religioso.—Considerado como espía.—Preso a Madrid.—En los domicilios Orcasitas y Castañeda.

Bonancíblemente se deslizaba, en apariencia, el tiempo para el padre Carlos; pero ningún sagaz observador de su situación dudará que aquéllo no podía prolongarse indefinidamente, en medio de hombres sin cultura, sin principios religiosos, acostumbrados a renegar de Dios y de todo lo santo, pronunciando las cosas sagradas solamente para escarnecerlas y blasfemar del nombre adorable del Señor. Y así sucedió, efectivamente, pues cierto día, terminados los trabajos en las piscinas, uno de los empleados, a boca jarro, dijo al siervo de Dios:

—Pablito, blasfema...

Pablito, como fácilmente se supone, no blasfemó. Pero firmó a la larga o a la corta, su sentencia de muerte, con la respuesta:

—*¿Te atreverías tú a hablar mal de tu padre y a insultarle?*

—¡De ninguna manera!

—*Pues, ¿cómo quieres que diga yo esas cosas contra Dios, que es nuestro verdadero padre?*

—Este es fascista; hay que cogerle y darle el paseo.

Después de este breve y grave lance, en que el padre Carlos volvió por la honra de Dios y sencillamente confesó sus creencias religiosas, fué inmediatamente detenido y llevado a la cárcel de El Escorial de Abajo, y presentado ante el tribunal que allí funcionaba, manifestando llanamente que era religioso Capuchino de El Pardo. Hecha esta valiosa confesión, otra vez lo recluyeron en la cárcel, donde estuvo más o menos un mes, al cabo del cual lo trasladaron a El Escorial de Arriba, en calidad de detenido, y bajo la custodia del Estado Mayor Militar «rojo».

Los militares rojos juzgaron que el padre Carlos era un espía de los Nacionales, coaligado con la señorita Orcasitas, y luego con el padre Sixto de Pesquera. Por eso, en coche particular, acompañado de varios militares, le trasladaron a Madrid, registraron la casa de la familia y sometieron a minucioso interrogatorio a la señorita María. Pero ella tuvo gran precaución en sus declaraciones para no nombrar al padre Carlos como tal padre, sino que se refirió a él designándole con el nombre de Pablo, como habían convenido en llamarle

en su condición de radiotécnico, y aunque trataron de sonsacarla que era religioso, ella ni lo negaba ni lo afirmaba, sino simplemente decía que jamás le había visto con hábito religioso, como era verdad. Por cierto que para inducirla a cantar claro, uno de los que la interrogaban llegó a decirla que conocía perfectamente a su familia de Vizcaya, y sabía que era familia religiosa, indicándola que no tuviera inconveniente en decir si era religioso o no, pues siendo vasca, como era la familia Orcasitas, podía manifestarse creyente sin que pasara nada a sus miembros.

Sabía el padre Carlos por comunicación del padre Sixto, participada en una de las varias visitas que le hizo, cuando, gozando de libertad venía a Madrid, que habían matado al padre Gregorio de La Mata (Juan Bermúdez); y para no comprometer a la familia Orcasitas manifestó a los del Estado Mayor que la documentación camuflada se la había proporcionado el tal Juan Bermúdez, domiciliado en una pensión de la calle Covarrubias. A la pensión se marcharon, llevando al padre Carlos; y al practicar en la misma un registro, encontraron en la habitación que había ocupado el padre Gregorio, un papel en el cual se consignaba una especie de clave entregada por el padre Pesquera para que con él pudiera comunicarse por teléfono en la casa donde estaba refugiado. Descubierto el sentido de la clave a medias y el domicilio del padre Sixto, que era de la familia Castañeda, obligaron los militares a llamar desde la misma pensión, a casa de la familia. El lo hizo, pero con voz entrecortada, porque estaban ellos presentes a la conversación telefónica escuchándola con auriculares. He aquí el brevísimo diálogo:

—¿Conocen por casualidad a Juan Bermúdez?—preguntó el padre Carlos.

—No, ¿quién es?—así respondió una de las señoritas de la casa.

Al otro lado del teléfono se oyó una voz trémula, vacilante, que se resistía a dar su nombre. Ante la creciente insistencia confesó:

—Soy Pablo Merillas.

—Espere—le contesta emocionada la señorita—; voy a ver si mi hermana le conoce. Y luego dice a los de la familia y al padre Sixto: «Es el padre Carlos; pero habla de una forma muy rara; creo que le pasa algo.»

El padre Sixto, que estaba enfermo, con fiebre muy alta, se levantó inmediatamente y se fué al teléfono para ponerse al habla con el padre Carlos, con el fin de aclarar la situación. El padre Carlos le dice: «Aquí está tu primo.» El tono de la voz, el misterio con que respondía, la inseguridad de sus palabras revelaron al padre Pesquera que algo muy serio le pasaba.

Muy pocos momentos habían pasado desde la brevísima conver-

sación cuando el padre Carlos, vestido de mono, acompañado de los del Estado Mayor, que le conducían preso, se presentó en el domicilio de la familia Castañeda. Ante esta visión, y la manera de presentarse el padre Carlos, medio atontado, supuso el padre Sixto que le habían hecho padecer mucho; pues sólo le manifestó que venía a verle en compañía de *aquellos amigos*. Pero ellos, que intentaban descubrir la red imaginaria de espionaje de Pablo Merillas-Orcasitas-Juan Bermúdez, desde el primer momento le acometieron con toda clase de preguntas, especialmente por qué conocía a Pablo Merillas y dónde se encontraba Juan Bermúdez. Como el padre Pesquera tenía carnet de estudiante, les manifestó que por razón de sus estudios se había encontrado algunas veces con el primero. El capcioso interrogatorio se prolongó por más de tres horas; registraron toda la casa y le amenazaron con darle el *paseo*, lo mismo que habían hecho con el padre Gregorio y lo harían con el padre Carlos, e intentaron llevárselo. Pero alegó el padre Sixto que estaba enfermo. Llamaron ellos a un médico de la Dirección General de Seguridad, y al comprobar que la temperatura era muy elevada, dispuso que no le sacaran de la cama.

Mientras hablaban los esbirros que con el padre Carlos habían venido, el siervo de Dios estaba apartado a un lado, y guardaba el mayor silencio. El padre Sixto le miraba repetidas veces, y el pobre no pestañeaba. Por eso, aunque nada le manifestaron dedujo que había sufrido mucho a aquellas horas, y que no era dueño de sí para poder hacerle la menor indicación. De hecho, la familia Orcasitas, que sí estaba enterada de las amarguras del padre Carlos, manifestó al padre Pesquera que, efectivamente, había sido mucho lo que le habían hecho sufrir en aquellos días, desde el momento que le habían considerado como espía y prisionero.

Esta gravísima faceta se terminó dejando al padre Sixto en la cama, asegurándole que a los tres días volverían a buscarle, con lo cual le dieron bien clara la voz de alerta, y se volvieron a El Escorial, llevándose al padre Carlos.

Ante los hechos relatados ocurre preguntar: Cuando el padre Carlos declaró paladinamente que era religioso Capuchino de El Pardo, ¿no le creyeron los del tribunal que le tomaron declaración? Al parecer no se lo creyeron por entonces, antes bien, supusieron que aquella documentación, el contrato radiotécnico, el apellido Orcasitas, Juan Bermúdez, que ya descansaba en el seno de Dios, el padre Sixto y la familia Castañeda, formaban una peligrosísima red de espionaje, que se comunicaba desde El Escorial con las fuerzas nacionales bastante próximas y presionando fuertemente para conquistar aquella plaza en manos de los milicianos-comunistas. Pero,

como no existía el tal espionaje, intrigados los militares tuvieron que volverse a su residencia, en donde continuarían indudablemente sometiendo a frecuentes interrogatorios al sufrido padre Carlos.

Además, aquel atontamiento del siervo de Dios, ¿era verdadero, o era disimulado para no comprometer al Padre Sixto con alguna palabra menos discreta en virtud de la cual pudieran ellos descubrir su condición de religioso? A ello nos inclinamos; es decir, que el padre Carlos prefirió callar en tan granves circunstancias. Por otra parte, en un momento dado, aprovechó la ocasión para decir a una de las señoritas de la casa, que no tuvieran miedo porque aquellos compañeros eran buenos.

VI

En el hotel Medina.—El hombre de confianza.—Intento de fuga.—Descubierto y apaleado.—En la cárcel de Guadarrama.—Piadoso y caritativo.

El Estado Mayor del Ejército rojo había establecido la residencia en el hotel Medina de El Escorial, y allí llevaron desde Madrid al padre Carlos después de los hechos relatados, vigilado ciertamente, y al servicio de los jefes, quienes, aunque sabían que era religioso, le otorgaban cierta libertad.

Pronto se ganó el aprecio de aquéllos, que le encargaban los oficios más humildes, desempeñándolos él con prontitud y alegría, por lo cual llegó a captarse plenamente las simpatías de todos, siendo ya el hombre de confianza, hasta el punto de entregarle las llaves de las oficinas. El era el que proporcionaba a la Comandancia las cosas, el que iba a buscar las raciones; y aprovechándose de esta coyuntura proporcionó víveres a personas buenas que estaban necesitadas y a religiosos que por la persecución permanecían ocultos. Todos le llamaban el fraile, y él, aprovechándose de ello, pudo confesar a muchos que se lo pedían, paseándose por el jardín donde estaba.

En el hotel Medina había una señora, *la guardesa*, con la cual trabó sincera y devota amistad el siervo de Dios, de la siguiente manera:

«Un día—escribe el padre Carrocera, en la citada obra—, la guardesa estaba rezando con devoción y tranquilamente el Rosario; el padre Carlos, que se percató de ello, se acercó para advertirla su imprudencia, no fuera que los milicianos se dieran cuenta y pudiera sucederle algo desagradable. Mas, viendo que la mujer, ya de avanzada edad, no tenía miedo alguno ni respeto humano para cumplir sus

rezos, él declaró su calidad de religioso Capuchino, se ofreció asimismo a acompañarla en sus rezos, y aún no contento, como la guardesa tenía que lavar los platos de la Comandancia, él se ofreció también a ayudarla en semejante labor, como así efectivamente lo hizo de allí en adelante; ella, en cambio, le lavaba y arreglaba la ropa.»

Como, por otra parte, estaba dotado de tan excelentes cualidades mecánicas, le encargaban el arreglo de teléfonos, relojes, radios, pianos, etc. Tocaba también con mucha soltura el piano.» Pero esto le proporcionaba no pocas incomodidades físicas y amarguras morales, porque, no obstante el buen trato que le daban, oía frecuentes conversaciones ofensivas al pudor cristiano y religioso, y se veía constreñido a tocar el piano, hasta altas horas de la noche, para que danzaran milicianos y milicianas, con el consiguiente cansancio, y, sobre todo, con grandes sufrimientos morales.

Además, sabía el padre Carlos que su vida estaba en manos de aquellos sin Dios y sin religión, y que cualquier día, por un capricho, y especialmente por su condición de religioso, le daban el *paseo*. Estos presentimientos los vió confirmados al captar una conversación cuando cierto día iba a Intendencia. Efectivamente, dos oficiales hablaban de él, y uno de ellos preguntó al otro: «Pero, bueno, ¿cuándo váis a dar a ése el paseo?». Paseo en lenguaje miliciano-comunista significaba asesinato. El otro le contestó: «A pesar de ser fraile, es buen chico y muy ingenioso; todo nos lo compone, y hoy mismo va a afinar la pianola.»

No podía en modo alguno fiarse el siervo de Dios de aquellas gentes, aunque militares; su vida, por ser fraile, estaba en peligro; el apostolado que podía ejercer era sumamente reducido; los medios de santificación personal escasos, fuera de la resignación con que llevaba aquella vida incómoda y el trato íntimo que tenía con el Señor. Estos motivos le indujeron a realizar una idea hacía algún tiempo acariciada, cual era la de *pasarse* a las líneas nacionales, que no estaban muy lejos.

Como tenía muy buenos amigos, y desde luego, personas de derecha, uno de ellos, con un mapa en la mano, le aleccionó por dónde podía evadirse para llegar al campo nacional. Aprovechando una buena tarde del 30 de noviembre de 1936, en que estaba solo, provisto de alimentos preparados por la buena guardesa, a las cuatro de la tarde emprendió la aventura, trepando por la montaña hasta acercarse a Guadarrama, ya próximo a las líneas nacionales; pero con tan mala suerte, casi al fin, que fué reconocido por un capitán rojo, el cual le detuvo y mandó encarceclarle en la prisión del pueblo de Guadarrama.

El padre Carlos entregó antes de partir su retrato a la guardesa para que si le mataban, terminada la guerra, lo hiciera llegar a sus hermanos, los religiosos Capuchinos, como efectivamente lo hizo llegar.

Antes de encarcelar al siervo de Dios le propinaron una paliza tan despiadada que a los veinte días tenía aun los labios partidos y la cara marcada con las señales de los golpes recibidos. Después de ese lapso de tiempo, lleno de dolores físicos, de amarguras del espíritu y de incertidumbre de su futura suerte, encerrado solo en una habitación tan incómoda como puede suponerse, llevaron a la misma a un joven de las fuerzas nacionales, gravemente herido y hecho prisionero por los rojos, llamado Ladislao Grajal Cuesta, hoy casado, padre de familia y empleado en un Banco de la capital, cuyo nombre me es especialmente grato, y al cual se deben las importantes referencias que siguen.

Preso y mal herido, el padre Carlos practicaba las obras piadosas propias de la Orden y se interesaba para que el compañero de prisión viviera dentro de ese ambiente de piedad, y así rezaba con él todos los días el Santo Rosario; por las mañanas hacía sus devociones particulares, procurando observar, en cuanto le era posible, el horario del convento. Por la tarde, a eso de las tres, otra vez rezaba, haciendo lo propio a las seis, y en otros ratos que aprovechaba para darse al Señor.

Con su buen acompañante fué muy caritativo, tanto para el alma como para el cuerpo. Procuraba sostener su confianza en Dios y disponerle por si llegaba la hora del sacrificio a manos de los rojos. Como en la celda prisión no había más que una pequeña colchoneta, el padre Carlos, no obstante las heridas por la paliza recibida, cedió a Ladislao la colchoneta y él dormía en el frío y duro suelo. Por las noches, antes de acostarse, le bendecía y le daba la absolución sacramental. Dormía muy poco, y en cuanto a la alimentación, procuraba que a Ladislao no le faltara nada de lo indispensable, aunque él sufriera las consecuencias de su generosidad. Este providencial encuentro sirvió de consuelo a los dos recluídos, y aconteció el 23 de diciembre de 1936, ya en vísperas de las Navidades, que para ellos tenían que ser bastante amargas, como para tantos españoles honrados y buenos que padecían persecución únicamente por serlo y por cumplir los sagrados deberes para con el Señor.

VII

A la cárcel de El Escorial.—Santo celo por sus compañeros de prisión. — Precaución prudente. — Al despacho del director.—Supremo rasgo de caridad.—Al martirio. Proceso de beatificación.

Por la época en que el siervo de Dios estaba preso en la cárcel de Guadarrama, presionaron fuertemente las fuerzas nacionales contra las de los rojos, razón por la cual tuvieron éstos que correr hacia El Escorial, llevándose a los dos prisioneros, padre Carlos y joven soldado Ladislao. Allí los encerraron también en una sola habitación, a la cual condujeron a otro joven falangista, natural de Almería, llamado Oscar Godoy. Cuando entró éste en aquella prisión, los otros dos recluídos procedieron con la debida cautela, por si era algún espía de los mismos rojos. Pero, naturalmente, se dieron cuenta de que los tres podían tratarse con entera confianza, rezando juntos el santo rosario y otras oraciones, y esmerándose el padre Carlos con santo celo para preparar a Godoy a una buena muerte, ya que con razón podía sospecharse, como así sucedió, siendo asesinado pocos días después de haber entrado en aquella cárcel, y según parece mostró humanamente gran valor, porque no temía dirigir a los rojos que los custodiaban palabras que hubieran sido impropias en labios del padre Carlos, religioso y ministro del Señor. El siervo de Dios, según testimonio del joven Ladislao, nunca reaccionó contra sus perseguidores y contra los que tan bárbaramente le apalearon violentamente, ni por eso se quejó de ellos; sufrió resignadamente, con envidiable paciencia y mansedumbre.

Cualquier persona honrada encarcelada en aquellos días corría el peligro de ser asesinada por criminales vulgares, prescindiendo de toda formalidad judicial, lo mismo en el lugar de la prisión que al salir a la calle, si por casualidad acordaban su libertad, que en muchas ocasiones era la señal de la muerte. De ello se percataron nuestros ilustres presos, y por eso, aunque los carceleros cerraban la puerta por fuera, los presos la atrancaban por dentro, idea que partió del padre Carlos, y que él la realizó con el fin de que si venían por la noche a asesinarlos a traición, hubiera el indispensable margen de tiempo para poder dar la absolución sacramental a sus dos compañeros de infortunio y levantar algo su espíritu para el supremo sacrificio.

En este último calabozo no les daban alimentos cocidos o pre-

parados, sino seis reales por persona, y con esa cantidad tenían que arreglarse para agenciar los víveres, proporcionados por el ordenanza de la cárcel, consistentes en un poco de arroz y leche, ya que no se encontraba otra cosa. El padre Carlos, una vez más echó mano de sus habilidades, y preparaba aquellos suculentos manjares para los tres recluídos.

La suerte del siervo de Dios estaba echada; era religioso; por eso y sólo por eso, debía morir. El lo presintió, seguro de que mataban a los tres, y más cuando asesinaron a Oscar Godoy. Por eso todo su afán era prepararse él y preparar a los compañeros. Y, por fin, llegó lo que esperaba. El día 14 de enero de 1937 manifestó el jefe de la prisión al ordenanza que aquella noche mataban a Pablito (padre Carlos). Efectivamente, subió el ordenanza a eso de las seis de la tarde y mandó bajar al siervo de Dios a la administración. Lo que allí ocurrió no lo sabemos. Pero sí es cierto que llevaba consigo la sagrada Biblia, que le pidió el ordenanza como apreciable recuerdo. Pero le contestó él que no se la daba, porque podría necesitarla. ¿Le comunicaron en la administración que iba a ser fusilado? Nos inclinamos a afirmarlo, porque el padre Carlos entregó al ordenanza una carterita en que el padre guardaba el poco dinero de que disponían, diciéndole que se lo entregara a Ladislao. Y la razón que adujo fué que aquel pobre muchacho se desenvolvía mal y todo le sería poco para poder sobrevivir. Rasgo, por otra parte, de verdadera caridad por parte del buen padre Carlos.

¿No le matarían tal vez porque intentó la fuga a los nacionales? El propio ordenanza razonaba de la siguiente manera cuando nos daba las noticias consignadas. Si al padre Carlos hubieran querido matarle por el intento de huída, lo hubieran ejecutado en el acto. Y no fué así, sino que quedaron satisfechos con la paliza que le propinaron. De consiguiente, podría, según el mismo ordenanza, admitirse como razón del asesinato, a lo sumo un veinte por ciento, por el intento de pasarse. *(Francisco Montes.)*

Es necesario no olvidar la pregunta consignada en páginas anteriores, hecha por un militar rojo a otro: «Pero, y bueno, ¿cuándo vais a dar a ése el paseo?»

Fué el propio Ladislao quien recibió del ordenanza, juntamente con las pocas pesetas, la noticia de que aquella misma noche le habían fusilado con una religiosa. Pero ¿en dónde? El lugar no se sabe con certeza; parece, sin embargo, que el chófer que conducía el coche hacia el lugar de la ejecución manifestó después que le habían martirizado en el lugar llamado *Cruz Verde* y allí enterrado, donde ya habían sido sepultados otros muchos asesinados por los rojos. De aquí que, ignorando el preciso lugar de su sepultura, no haya sido

posible dar con los restos del siervo de Dios. Lo cierto es que el padre Carlos, gran artista, buen religioso, misionero en Venezuela, profesor en el Seminario de El Pardo; admirablemente sufrido, caritativo sobremanera, por profesar un estado santo al servicio de Dios, fué vilmente asesinado el 14 de enero de 1937, durante la noche, en el lugar denominado *Cruz Verde*, coronando sus habilidades, sus virtudes, y especialmente la caridad, con la palma del martirio, dando su vida por Jesucristo en la flor de la edad, pues contaba treinta y cinco años no cumplidos.

Referente al proceso de beatificación hay que afirmar lo que se ha dicho de los otros mártires Capuchinos de Madrid y El Pardo: que no faltan más que detalles para poder entregarlo a la Sagrada Congregación de Ritos, esperando que pronto puedan llenarse y dar así por terminado el proceso, iniciado el 5 de abril del año 1956, con el de los otros siervos de Dios. Que los lectores de estas líneas pidan al Señor, por intercesión del padre Carlos, que tengan éxito feliz los trabajos que al efecto se han realizado, para gloria de Dios y exaltación de sus siervos.

Siervo de Dios

R. P. RAMIRO DE SOBRADILLO

SIERVO DE DIOS
R. P. RAMIRO DE SOBRADILLO

I

Nacimiento, padres, hermanos, niñez.—Curado prodigiosamente.—Al Jardín Seráfico.

El día 5 de enero del año 1907 veía la luz primera en la villa de Sobradillo, diócesis de Ciudad Rodrigo y provincia de Salamanca, un niño que, con la estola de la inocencia recibida el día 13 del mismo mes y año, se le impuso el nombre de *José*. El 3 de mayo de 1911 fué ungido con el sacramento de la Confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Sus padres, ya fallecidos para estas fechas, se llamaron don Vicente Pérez Medina y doña Lorenza González y González, labradores de oficio, muy honrados, de costumbres ejemplares y de sentimientos cristianos. En su propia casa tuve la satisfacción de saludarlos cuando andaba informándome sobre la vida y muerte de nuestros mártires. La sencillez y la piedad, apoyada en una fe de profunda raigambre, eran sus notas características. Siempre se había rezado el santo rosario en familia y ejemplarmente cumplían entonces los deberes de católicos prácticos.

Bendijo el Señor al modesto matrimonio con once simpáticos retoños, cuyos nombres ellos me dieron, y son los siguientes: Angel, Josefá, Feliciana, Agueda, *José* (padre Ramiro), otro Angel, por fallecimiento del primero; Isidoro, Enrique, Lucía, Florencio y María.

Tocante al niño José me suministraron sus progenitores datos suficientes para formarse idea adecuada de su comportamiento en aquella temprana edad. «Fué muy bueno. Todos sus hermanos lo

eran; pero José se distinguió especialmente por su humildad y obediencia. Para ir a la iglesia nunca hubo necesidad de mandárselo; él iba sin más. Todas las noches se rezaba el santo rosario en casa, y para este devoto ejercicio tampoco hubo necesidad de mandarle; antes bien, si alguna vez por casualidad se olvidaba la madre, era José quien decía: «Madre, que no hemos rezado el rosario.»

Contaba el siervo de Dios siete años, cuando a consecuencia de un resfriamiento, por una mojadura que le sorprendió pastoreando los ganados de sus padres, quedó completamente baldado de medio cuerpo abajo, experimentando agudísimos e ininterrumpidos dolores. Esta paralización duró más de un año. Le visitaron varios médicos, quienes le recetaron medicinas; pero nada mejoró. Durante la enfermedad le compraron unos zapatos, mas el médico de cabecera dijo a la familia: «No romperá los zapatos», queriendo manifestarles que no curaría.

«Viendo que los remedios humanos eran ineficaces—son palabras de sus progenitores—, acudimos a los divinos, y fué de la manera siguiente: Se celebraba el 3 de mayo la fiesta de Jesús Nazareno en el pueblo de San Felices de Gallegos, a donde acudían todos los años devotos romeros. Por el año más o menos de mil novecientos catorce, fueron también a la romería una hermana del padre del siervo de Dios y otra hermana de éste, llevándose dos prendas del padre Ramiro, una de vestir y otra de calzar, para tocarlas a la imagen del Nazareno, en la esperanza de que curaría. Toda la familia pedía a Dios la curación.

»Regresaron de la peregrinación la tía y la hermana, colocaron sobre la cama del niño una de las prendas llevadas y le calzaron los calcetines, también tocados a la milagrosa imagen, y así se le dejó descansar, yendo asimismo los demás de la casa a dormir. Había pasado más o menos como un cuarto de hora, cuando se levantó el enfermito de la cama, se fué donde estábamos sus padres y nos dijo:

»—Madre, encienda la luz, que ya estoy bueno.

»—Hijo—le dijimos—, tú estás soñando.

»—No; enciendan la luz, que ya estoy curado.

»Y así fué. Todos, hasta el mismo médico del pueblo, lo atribuímos a un verdadero milagro del Nazareno. Por eso, agradecidos, fuimos a darle gracias en su santuario y a aplicar una misa en acción de gracias.»

Cuando el excelentísimo señor Obispo diocesano giró la visita canónica a la villa de Sobradillo y se enteró del prodigioso hecho referido, parece que insinuó la conveniencia de que José fuera al Seminario Conciliar de Ciudad Rodrigo, indudablemente para que se hiciera sacerdote secular. Pero el Señor, en sus adorables juicios,

había dispuesto otra cosa. Y así, nosotros (sus padres), que estábamos convencidos de la verdad del milagro, pasados algunos años indicamos a nuestro hijo que ya que Jesús le había curado, sería bueno que se consagrara a Dios en el estado religioso. Sin la menor dificultad o reparo aceptó él la sugerencia, y admitido que fué por los padres Capuchinos de El Pardo en el mes de septiembre del año 1918, en ese plantel ingresó contento y satisfecho. La firmeza de su vocación fué sometida a una no leve prueba, ya que fuimos a verle a El Pardo, y como por broma le dijimos: «¿Quieres volverte con nosotros?» Inmediatamente contestó: «De ninguna manera, pues estoy muy contento.»

II

Novicio seráfico.—La profesión temporal.—A los Colegios Mayores. — La profesión solemne. — Notas máximas.— Ministro del Señor.—Ante el santuario del Nazareno.

Cuatro años permaneció el niño José en el Seminario Seráfico cursando latín y humanidades, distinguiéndose en ese lapso de tiempo lo mismo en la aplicación a los estudios que en el creciente desarrollo de las virtudes propias de los aspirantes a profesar una vida rígida, austera, dedicada al estudio, al trabajo, a la oración de día y de noche y a escalar la cumbre de la montaña santa, cristiana y religiosa. Su distintivo fué, y seguirá siendo toda su vida religiosa, la perseverancia invariable en el cumplimiento del deber, ante el cual ni en los momentos más cruentos claudicó.

Así, pues, cumplidos felizmente los cursos humanísticos, con ánimo resuelto y sereno marchó a iniciar íntegramente la vida religiosa, y llegado al convento de Basurto, en Bilbao, vistió el hábito seráfico el 15 de agosto del año 1922, dejando entonces el nombre de José Pérez González y tomando el de fray Ramiro de Sobradillo. *(Acta de vestición.)*

Ningún dato ha sido hallado que hable en favor o en contra del novicio durante el año de probación; aunque, a decir verdad, el dato más fehaciente de su buen comportamiento, de la firmeza de su vocación y de la capacidad para dedicarse al estado religioso, lo suministra el resultado de la triple votación a que fué sometido por la comunidad del noviciado, en orden a ser admitido o rechazado a la profesión, ya que en las tres pruebas tuvo éxito completo, pues no tuvo voto alguno adverso, sino que todos unánimemente le fueron favorables. Ante tan feliz resultado, el día 19 de agosto del

año 1923 se consagró temporalmente a Dios profesando los tres votos evangélicos. *(Acta de profesión.)*

Inmediatamente después de la profesión fué destinado a los Colegios Mayores para dedicarse a los estudios propios de la carrera eclesiástica, empleando tres años en la Filosofía, cuatro en la Teología y uno en la Elocuencia sagrada. *(Estadística oficial de estudios de la Provincia.)*

La vida colegial de fray Ramiro fué la que correspondía a un fervoroso estudiante Capuchino. De él dice uno de sus condiscípulos: «Puedo asegurar que fué un religioso humilde, devoto, trabajador, respetuoso y amante de las glorias de la Orden. En cuanto a los tres votos religiosos, nunca observé en él falta alguna de que me acuerde. Creo poder afirmar que los cumplió a la perfección. Actos heroicos de virtudes teologales o cardinales, no recuerdo haber presenciado en él; ni sé que durante nuestra carrera nos ocurriese ocasión peculiar para practicar tales actos, pues los doce años que vivimos juntos transcurrieron dentro de la normalidad ordinaria. Fué notable su caridad: procuraba evitar murmuraciones y quejas, aunque fuesen de cosas menudas; mostrábase laudablemente servicial con los demás; reconocía y estimaba debidamente los méritos ajenos. Pocas veces lo vi disgustado, mas bien se mostraba apacible y, en ocasiones, hasta jovial.» *(Padre Pelayo de Zamayón.)*

Sin ser fray Ramiro especialmente llamativo en sus virtudes, fué un fiel observante de la vida que había elegido, con una naturalidad continuada, quizá más meritoria que muchos de esos rasgos que se consideran extraordinarios. Dicha observancia supone una fe robusta. Del mismo modo, la piedad profunda era índice inequívoco de su vida de fe. Fué ponderado en todo su proceder, más bien con aire reservado; reserva que no restaba cuanto era necesario manifestar con toda ponderación lo que había que hacer.

Jamás se le vió actitud o se le oyó alguna palabra que pudiera significar menosprecio o desconocimiento de los méritos de los otros. Era piadoso con una unción que no podía ocultar su manera llana y sencilla de cumplir los deberes de la virtud de la religión. También se distinguió durante los estudios por la filial devoción profesada a la Virgen María, sobre todo en la advocación familiar entre los Capuchinos, de Divina Pastora.

Cuando estudiaba Filosofía, y luego sagrada Teología, pude observar que las virtudes ya dibujadas en sus primeros años se habían consolidado notablemente, llevando la vida religiosa con ejemplaridad digna del mayor encomio.

«La nota distintiva de fray Ramiro—escribe un contemporáneo suyo en los estudios—y la más visible fué su uniformidad constante

en las buenas cualidades de que estaba dotado, y supo acrecentar con su esfuerzo a través de su breve y fervorosa vida religiosa. Superaba sus discretas facultades intelectuales con una asiduidad, constancia y docilidad en el trabajo, de tal manera que bien puede decirse que si no llegó a la brillantez, alcanzó una admirable eficacia.

»En el aspecto espiritual era sencillamente un perfecto hijo de San Francisco: sencillo, ingenuo, lleno de caridad y entusiasmo. Enaltecedor con la palabra y, sobre todo, con el ejemplo de las más típicas devociones seráficas. Y todo ello con tan humilde conocimiento de sí mismo, que encantaba. Era una alma de Dios.» *(Padre Mauricio de Begoña.)*

Definitivamente se consagró al servicio del Señor y se entregó a la Orden mediante la profesión solemne, efectuada en el Colegio Mayor de León el 6 de enero del año 1928. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

Siendo, normalmente hablando, las calificaciones en conducta y en aplicación al estudio el fiel exponente del comportamiento del estudiante, hay que confesar que fray Ramiro, no superdotado en inteligencia, fué ejemplar en el sentido más amplio de la palabra. En cuanto a la conducta, menos el primer año de Filosofía que obtuvo cuatro puntos, el resto de la carrera alcanzó siempre los cinco, que era la nota máxima. En cuanto a la ciencia, conquistó durante los cuatro años de Teología y en el de Elocuencia sagrada cuatro puntos; en Filosofía la misma puntuación, descendiendo algo en Ciencias, pero nunca a más de notable. Por consiguiente, casi siempre *cum laude* y sólo alguna vez, *bene probatus*, fué calificado.

Con halagüeñas esperanzas y pletórico el corazón de fervor eucarístico recibió la unción sagrada del sacerdocio el día 14 de junio del año 1930. Terminado el curso académico a principios de julio, fué a la villa natal para celebrar *misa cantada*, dirigiéndose con sus deudos al santuario del divino Nazareno que le curó cuando contaba siete años. Allí cantó misa, predicó a la muchedumbre asistente, relatando en el sermón el episodio de su prodigiosa curación, emocionando devotamente a las gentes. *(Testimonio de sus padres.)*

III

Al convento de Santander.—Profesor de Humanidades. Vicesecretario provincial. — Acto heroico de caridad.— Trabajos en el Archivo Provincial.

Felizmente ha terminado el padre Ramiro los prolongados estudios de la carrera eclesiástica; es, por lo mismo, razonable que empiece a ejercer los sagrados ministerios, para lo cual le trasladan los Superiores del Colegio Mayor de León al convento de Santander, en donde inicia el santo apostolado de la palabra y asiste asiduamente al confesonario, especialmente en diversos pueblos de la provincia montañesa.

Sin embargo, aunque se sentía cómodo en la nueva vida y con actitudes para los ministerios sacerdotales, poco tiempo permaneció ejerciéndolos, ya que en el verano del año siguiente fué trasladado al Seminario Seráfico de El Pardo con el cargo de profesor de Humanidades. Pero tampoco aquí le dejan parar más de un curso, porque en 1933 viene destinado al convento de Jesús de Madrid para desempeñar las funciones de vicesecretario provincial. Desde luego que era especialmente indicado para dicho oficio por su carácter sencillo, por su trato amable, por el espíritu de laboriosidad de que estaba dotado; por su tendencia a servir a los demás y por el respeto y sumisión a los Superiores. Celebrado el Capítulo Provincial en agosto de 1934, fué el padre Ramiro confirmado en el cargo. *(Tablas Capitulares.)*

Desempeñaba el siervo de Dios este último oficio cuando un venerable hermano lego regresado de las misiones de Venezuela, cargado de años y de méritos, llamado fray Pedro de Ascarza, contrajo en Madrid la enfermedad de la lepra, cuyos gérmenes probablemente traía del trópico, pues allí tuvo que repartir infinidad de veces limosnas a pobres atacados de tan demoledora enfermedad, la cual era, además, de la llamada brava y contagiosa, según testimonio de facultativos. Por este motivo hubo que llevarle al Hospital de Incurables de San Juan de Dios. El padre provincial designó a su vicesecetario para que, de cuando en cuando, fuera a ver al hermano, confesarle, consolarle, acompañarle en el Hospital, que estaba fuera de la villa de Madrid, por lo menos una vez a la semana. El padre Ramiro aceptó dicha designación, y una o dos veces por semana iba a cumplir la obediencia al Superior y la caridad para con el enfermo leproso, llevándole frutas y otras golosinas que podía

apetecer el paciente, al mismo tiempo que los cariñosos consuelos apoyados en motivos sobrenaturales. Un año, más o menos, duró el hermano enfermo, manando pus por todos los poros del cuerpo. Una noche agravóse la enfermedad a tal punto, que lo puso en trance de muerte. El padre Ramiro le administró todos los sacramentos, le ayudó él solo a bien morir, y ya muerto, él le amortajó también solo ,encomendando después su alma al Señor, hasta que al día siguiente ya tuvo ocasión de ser acompañado. Fray Pedro se percató muy pronto de la caridad del buen padre Ramiro, pues cuando otros religiosos iban a verle se hacía lenguas del cariño, amabilidad, solicitud y espíritu de piedad con que le asistía en lo material y le confortaba espiritualmente. *(Padre Aurelio de Pereña.)*

Durante el tiempo que el siervo de Dios ocupó la Vicesecretaría trabajó también en el Archivo Provincial de la Orden para ordenarle, notándose especialmente su labor metódica y perseverante en la parte moderna del mismo Archivo, ordenando y catalogando muchos documentos, como en la obra citada asegura el padre Carrocera, quien desde hace tiempo desempeña el mismo cargo.

IV

Religioso ejemplar.—Amante de las leyes de la Orden. Sencillez Franciscana.—Espíritu de laboriosidad.—Devoto en sus actos.—Director de catecismo a pequeñuelos.

El presente epígrafe queda ya bien comprobado en páginas anteriores; pero, para edificación de los lectores, insisto trayendo nuevos razonamientos, apoyados en testimonios de quienes largamente le trataron, viviendo en comunidad con el siervo de Dios.

Para unos fué el padre Ramiro religioso lleno de bondad en todas las cosas. Se veía siempre afable y sonriente con todos, no obstante estar afectado por una molesta enfermedad del riñón. Era muy sumiso a los Superiores, trabajador y entusiasta por las cosas de la Orden. También fué muy amante de la observancia regular. *(Padre Cándido de Viñayo.)*

El padre Ramiro era muy observante y hasta meticuloso en el cumplimiento de sus obligaciones. Asimismo era también muy sufrido y nada exigente. Por su carácter bondadoso fué siempre servicial para todos sin excepción, complaciendo a los religiosos en cuanto podía. Guardaba gran veneración a todos, especialmente a los Superiores. Igualmente usaba de gran modestia y mansedumbre en

las disputas y discusiones. Siempre muy amante del trabajo, evitando con todo cuidado la ociosidad. Su vida se deslizaba en medio de gran sencillez y religiosidad. *(Padre Higinio de Trascastro.)*

El siervo de Dios fué discreto en el trato con todo el mundo. Juicioso, y no se notaron en él indiscreciones de ninguna clase. Le veíamos siempre dispuesto a obedecer a todo lo que ordenaban los Superiores sin nunca poner reparos a los preceptos que se le imponían. No se advirtió que cometiera en ninguna ocasión con sus hermanos de hábito algo que significara atropello o injusticia. A pesar de cierta timidez temperamental, no era ni cobarde ni arrinconado cuando modestamente se trataba de defender su propio criterio en cosas sanas y causas buenas. Asimismo no le gustaba figurar ni llamar la atención bajo ningún punto de vista, siendo verdaderamente humilde, sencillo y apacible como religioso, que, pareciendo no tener nada de singular, mostraba en esto mismo su admirable e imitable virtud. También fué amante de la pobreza seráfica, contentándose con lo más sencillo dentro del tono propio de la Orden. Punto en cierto modo aparte merece su amor a la observancia de las leyes y a la vida de comunidad en todo, asistiendo puntual y constante a los actos comunes de la vida religiosa y guardando con esmero la Regla, Constituciones y demás leyes que constituyen la devota trama de la vida claustral.

«Sin poder recordar—dice un compañero suyo—rasgos más o menos llamativos que tienen otras personas en este punto, recuerdo tres cosas que, a mi juicio, manifiestan una piedad no común: primera la exactitud escrupulosa con que asistía a todos los actos piadosos de Regla, sin dispensarse de ellos jamás, aunque pudiera haberlo hecho alguna vez, sin admiración de nadie; segunda, la exquisita compostura exterior, que daba la medida de cuán poseído estaba por la presencia de Dios; tercera, la unción que se veía a través de todo esto si se le observaba con un poco de atención.»

En cierta ocasión encargaron los Superiores al padre Ramiro que fuera al Colegio Teológico de León para dar a los estudiantes Capuchinos de dicha asignatura unas conferencias pedagógicas catequísticas para orientarlos acerca de la enseñanza del catecismo, dejando entre los coristas las más gratas impresiones, juzgándole religioso muy devoto, bueno a carta cabal, piadoso y caritativo sobremanera. *(Padre Olegario de Cifuentes.)*

Cuando el padre Ramiro desempeñaba la Vicesecretaría fué al mismo tiempo director del Catecismo establecido en la iglesia de Nuestro Padre Jesús. La señorita Pilar López Diéguez, que fué catequista y secretaria de la Junta directiva en aquella época, por escrito ha dado de él el siguiente testimonio: «Entre la señora presi-

denta, el padre Ramiro y una servidora llevábamos el peso principal del catecismo dado a los niños. Para mí, el padre era un verdadero santo. En primer lugar, por su porte exterior: modesto, sencillo y piadoso. En segundo lugar, porque jamás le vi impaciente, enfadado, soberbio, ni con los niños, ni con las catequistas, ni tampoco con las órdenes que en ocasiones recibía de sus Superiores. Había veces que estábamos ensayando algún cántico y llegaba la orden del padre Superior de que se suspendiera. Las cantoras, más o menos, protestábamos. Pero el padre Ramiro terminaba inmediatamente el ensayo, diciéndonos: «Si ahora, después de la orden recibida, seguimos ensayando, no tenemos mérito alguno para el cielo; en cambio, si lo dejamos, es muy meritorio.»

Otra catequista asegura que hablaba a los niños con unción extraordinaria, ganándose el interés y el cariño de los pequeños, demostrando que sabía cumplir bien su ministerio. En la catequesis se daba especial habilidad para disipar las pequeñas rencillas, más o menos quisquillosas que suele haber entre mujeres, aunque seamos piadosas y catequistas. En pequeñas cosas, e indudablemente en las de mayor importancia, se comportaba con gran delicadeza y ecuanimidad; al distribuir los premios a los niños o cuando tenía que lidiar con nosotras, sobre todo con una presidenta algún tanto difícil y dominante, siendo aun entonces tan mirado en aquellas pequeñeces, como si estuviera manejando los asuntos más graves de la vida.

Según el padre Carrocera, en la obra citada, designado además de para el oficio de vicesecretario para director de la Catequesis, poco tiempo hacía establecida en la iglesia de Jesús, supo trabajar en pro de ella con todo entusiasmo y abnegación, colocándola a la altura de las mejores de la capital, llegando a ser verdadero modelo de organización. Aquí fué donde principalmente ejerció durante esos últimos años de vida el apostolado; limitado, es cierto, pero intenso y fructífero.

V

Exclaustración forzosa. — Al domicilio de una familia amiga.—Refugiado en casa de unos deudos.—Conducta intachable durante el exilio.

Desatado en España todo el furor iconoclasta y asesino de los milicianos, el padre Ramiro de Sobradillo tuvo que correr la misma suerte que sus hermanos de hábito que entonces formaban la comunidad del convento de Jesús: la exclaustración. En efecto, el día

20 de julio de 1936 tuvo que abandonar el convento y refugiarse en una casa bienhechora, que se había ofrecido para recoger a cuantos religiosos cupieran dentro de la misma, la cual no era otra que la de los padres de la señorita Pilar López Diéguez, sita en el número 5 de la plaza de Jesús, lugar por demás peligroso, porque los comunistas, lógicamente, habían de practicar muy pronto registros para ver si encontraban a algún fraile, como ellos mismos decían cuando registraban domicilios próximos a los conventos desalojados. Por otra parte, la familia tenía un hijo oficial de Marina, como es natural, de derechas, constituyendo este hecho un nuevo motivo para practicar los temibles registros nocturnos.

Vamos a dejar a la aludida señorita que ella relate el hecho de la acogida prestada al siervo de Dios. «Al padre Ramiro le cogió la persecución religiosa española, iniciada al establecerse el régimen republicano y agravada en 1936, en el convento de padres Capuchinos que está frente a nuestra casa, en la plaza de Jesús. Como todos los religiosos tuvieron que abandonar el convento en fuerza de las circunstancias, también lo hizo el padre Ramiro, quien, el lunes 20 de julio del citado año, vino a refugiarse a nuestra casa, ya de antemano ofrecida, por si las circuntancias lo requerían. Cuando el padre Ramiro vino a casa componíamos la familia: papá, mamá, él, Enrique López Castellón; y ella, Pilar Diéguez; mis hermanos, Enrique López Diéguez, capitán de Corbeta; María Luisa y una servidora.

»Instalado el padre en nuestra casa, empezó el asalto al convento por parte de los milicianos, observándolo todo nosotros y también el padre. Primero intentaron abrir la puerta de entrada, pero no pudieron. Entonces, uno antes y otros después, subieron trepando por la pared hasta una ventana que estaba abierta, y por allí entraron. Luego convirtieron el convento en asilo de niños de los rojos, y más tarde, en cuartel de los rojos, y la iglesia, en depósito de municiones, de alimentos, etc.

»El padre Ramiro nos dijo que el padre Provincial le había dicho que escribiera la crónica de todo. Por eso quiso ver, por entre mi madre y hermano para no ser descubierto por los milicianos, el asalto al convento. Yo, excitada como estaba viendo aquellos atropellos, deseaba que se cayeran los asaltantes, que cayera sobre ellos una bomba y otras cosas por el estilo. Pero el padre Ramiro, con gran calma y serenidad, decía: «Déjelos, que son instrumentos de Dios.» Y en varias ocasiones repetía: «Ya verán cómo pronto hemos de volver tranquilamente al convento.»

»Ordinariamente él se sentaba junto a papá y a mi hermano, y estábamos más o menos de frente mi madre, mi hermana y yo; y estando en esta actitud, con frecuencia repetía: «Ustedes verán cómo

los religiosos vuelvan al convento". Esta insistencia del Padre en decir, dirigiéndose hacia nosotras, "ustedes lo verán", me llamó a mí mucho la atención; y también lo advirtió mi hermano Enrique, de tal suerte que cierto día se lo dijo al Padre, mas él torció la conversación. De hecho ni mi padre volvió más al convento, pues murió antes de la liberación, ni mi hermano, pues pereció en el crucero *Baleares*; ni el padre Ramiro, que fue asesinado.

"Otro día nos dijo: "Ustedes lo verán; pero yo no lo veré." ¿Es que el padre Ramiro tenía presentimiento de su muerte?

"Uno de los días en que estaba con nosotros quiso ir a decir misa al convento; pero nosotros le disuadimos porque estaba toda la plaza de Jesús llena de milicianos. En nuestra casa se portó como un verdadero y ejemplarísimo religioso. El rezaba delante el santo rosario, y todas las noches nos daba la bendición antes de retirarnos a descansar, como a ellos se la daba su padre guardián en el convento.

"A lo dicho aún debo añadir lo siguiente: Al ver mi desaliento porque se retrasaba el fin de aquella prueba, nos decía: "Tengan la seguridad del triunfo, porque hay almas que han ofrecido su vida por la salvación de España y el Señor acepta este ofrecimiento y vendrán días de mucha gloria para El y para España." Esto nos hizo sospechar si él habría ofrecido la suya y por eso aseguraba que él no vería el triunfo."

En el piadoso domicilio López Diéguez permaneció el padre Ramiro hasta el 9 de agosto, es decir, unos veinte días. Ya para entonces habían registrado los milicianos algunos pisos de la casa número 5. Que iban muy pronto a registrar el de los bienhechores del siervo de Dios no era ni secreto ni maravilla de ninguna clase. Por lo mismo, para la familia y para el padre era mutua responsabilidad el que allí permaneciera por más tiempo. Por otra parte, tenía el padre Ramiro deudos muy próximos bastante alejados del centro de la población, donde correría posiblemente bastante menos peligro su vida. Por eso, el 9 de agosto vino un cuñado suyo para llevárselo; y, efectivamente, con las debidas precauciones, se lo llevó a la calle de Tenerife; pero antes el señor López Diéguez le desfiguró cuanto pudo, poniéndole una corbata roja y unos calcetines del mismo color. Mas el siervo de Dios anteponía a todo las cosas del Señor, y aun en esta sazón tan peligrosa se metió el breviario en el bolsillo, tratando de convencer a los de la casa; pero el joven marino le prometió llevárselo él mismo más tarde, no consintiéndolo el padre, porque dijo que lo necesitaba para sus rezos.

En el nuevo refugio familiar permaneció desde el 9 de agosto hasta el 15 de octubre en que fue detenido por los milicianos.

Cuando el padre Ramiro se trasladó a casa de sus parientes, vivían en ella una hermana, entonces accidentalmente ausente; un cuñado, ma-

rido de dicha hermana, y un matrimonio, paisano suyo, ella prima del siervo de Dios. Los primos se hacen lenguas de su comportamiento durante la permanencia en su compañía, y lo propio hace el cuñado. "El padre Ramiro se portó en nuestra casa, escribe su prima, como un verdadero santo. Se metía en su habitación y allí rezaba. Durante ese tiempo nunca salió de casa. Jamás habló mal de los perseguidores. En la casa de refugio de sus deudos, ellos se disgustaban algunas veces por la situación en que se encontraban por causa de la guerra, mas el siervo de Dios permanecía siempre tranquilo y sereno. Y cuando la dueña tenía que ir a las colas para conseguir alimentos, le dejaba a él encargado de la casa y de la cocina, diciéndole que se fuera tranquila, porque él cuidaba de todo, haciéndolo con gran cuidado e interés. Muchas veces durante el día se retiraba a su habitación y allí hacía sus rezos y oración.

Los deudos del siervo de Dios, y muy especialmente su cuñado don Cayetano Moreda, hicieron lo posible para que no fuera descubierta la personalidad del Padre, porque sabían lo peligroso que era para la vida del mismo. Hizo el cuñado las gestiones pertinentes para conseguirle una cédula personal con una profesión no comprometedora, pero fue grande su sorpresa y amargura al ver en la cédula su condición de religioso, cuando fue a recogerla, indudablemente que por la ficha que en la Dirección de Seguridad poseían con los dos nombres: el civil y el religioso.

Nos ha referido su cuñado que, al afear más tarde su comportamiento a uno de los que le detuvieron, él respondió: "Date por satisfecho que hayan pegado al fraile cuatro tiros y haber quedado vosotros libres."

VI

Detenido por ser religioso.—Paraje desconocido.—En la «checa» de Cuatro Caminos. — A la Cárcel Modelo.— Apostolado en la Cárcel.

La suerte del padre Ramiro, supuesta la orden de la Dirección General de Seguridad, estaba echada: más tarde o temprano debería ser presa de las garras de los comunistas. Y así sucedió, en efecto, precisamente el día 15 de octubre del año 1936, en que se presentaron en el domicilio donde residía el siervo de Dios dos milicianos armados, acompañados de otro, paisano del mismo y responsable o jefe del bloque de pisos, y sin preámbulo de ninguna clase dijeron: «Venimos a buscar al fraile», dando los nombres de religioso y de seglar. Alguien trató de disuadirlos preguntándoles si se podía saber el motivo de la detención; pero ellos respondieron que traían la orden por escrito y que no tenían obligación de dar explicaciones de ninguna clase. Cuando estaban en semejantes dimes y diretes se presentó el padre Ramiro y se entregó a ellos sin la menor protesta o resistencia. *(Cayetano Moreda.)*

El primo suyo quiso acompañarle y subir con él al coche en que le encerraron, mas no se lo permitieron. Una señora que le vió descender de la casa y la manera como se dejó conducir, entre lágrimas decía: «Yo vi perfectamente cuando tres milicianos sacaban de casa de sus deudos al padre Ramiro de Sobradillo. El iba delante, y tan sereno y tranquilo, que *parecía un San Luis Gonzaga*. Yo rompí a llorar, me subí a mi habitación y por él recé un padrenuestro al Nazareno que de pequeño le había curado milagrosamente, pidiéndole que también ahora le librara de la muerte.» *(Magdalena Pino.)*

Subido al coche en medio de los milicianos, éste se dirigió a gran velocidad a las afueras de la ciudad y a lugar desconocido para el padre, quien en un momento dado les hizo la siguiente pregunta: «¿Me hacen el favor de decirme cómo se llama esta calle? Porque yo desconozco estos caminos y no sé en dónde nos encontramos. El miliciano jefe le respondió: «A ti no te interesa dónde vamos.»

Después de andar un poco más por despoblado, el mismo jefe mandó parar el coche, ordenó al padre que se apease, y allí mismo comenzó el diálogo o interrogatorio en la forma siguiente:

«—¿Quién eres tú?

»—Soy religioso Capuchino del convento de Jesús de Medinaceli.

»—¿Te gustaría a ti morir?

»—Desde luego, si ésa es la voluntad de Dios.

»—¿Qué parte tomaste en el movimiento faccioso?

»—Ninguna.

»—¿Qué hacías tú en el convento?

»—Decía la misa, predicaba y enseñaba catecismo.

»—¿Y si lo llevamos al frente con el Gobierno republicano?

»—Estaría dispuesto, si podía ejercer el ministerio propio del sacerdote.

»—Eso de las misas de los curas ya se acabó. ¿Qué prefieres, tirar tiros o morir?

»—Si es así, prefiero la muerte.

Acto seguido hicieron el simulacro del fusilamiento.

Luego, en el mismo coche y con los tres indeseables acompañantes, le condujeron a la *checa* establecida en Cuatro Caminos; en ella le sometieron a otro interrogatorio semejante al anterior, pero preguntándole especialmente por el paradero de los Superiores. El padre no les dió ninguna dirección con que pudieran orientarse para dar con los Superiores o con algún otro religioso de la comunidad, confesando llana y lisamente que sí era religioso y que estaba dispuesto a ir al frente para cumplir allí los ministerios propios de su estado sacerdotal. Se siguieron insultos e improperios, pero el presidente de la *checa* le dijo que por haber sido tan claro en sus manifestaciones le perdonaban la vida, enviándole a la Dirección General de Seguridad. En dicho centro policíaco permaneció un día solamente, siendo en la noche siguiente conducido a la Cárcel Modelo y destinado como preso a la galería quinta, en donde ejerció fecundo apostolado, y en la cual permaneció hasta el 12 de noviembre, trasladándole a la cárcel de San Antón, colegio hermosísimo convertido por los comunistas en prisión de los buenos y de los españoles honrados. *(Fray Balbino de Ferral.)*

Cuando el siervo de Dios se encontraba en la Cárcel Modelo fué su cuñado con la prima a llevarle algún alimento, pero no los dejaron acercarse, dudando de si se lo entregarían o se quedarían con ello. Otro día le llevó una manta; desde lejos pudo verle y preguntarle por qué le habían detenido y encarcelado. A lo que él respondió: «Me parece que por alguna denuncia.» Cierto que los milicianos sabían que era religioso, según queda ya suficientemente consignado, pues preguntaron por el fraile. *(Concepción González.)*

VII

En la cárcel de San Antón.—Ante el tribunal popular. Condenado a picadillo.—Preparación para el sacrificio. En Paracuellos del Jarama. — Gracias atribuídas.—El proceso.

El grandioso colegio de los padres Escolapios de San Antón había sido profanado por los rojos. Pero, en cierto modo, fué honrado por tantas víctimas que allí vivieron santamente y desde aquel emporio de virtud y de ciencia fueron llevadas a empuñar en su diestra la palma del martirio.

El padre Ramiro permaneció en dicho colegio-prisión desde el día 12, en que ingresó, hasta el 27 de noviembre, en que fué sacrificado. Pasó los primeros días sin mayor novedad y con relativa tranquilidad, ejerciendo con celo entre sus compañeros el apostolado, según le era posible, especialmente administrando el sacramento de la penitencia, siendo además todas sus conversaciones sobre motivos espirituales. Tuvo oportunidad de trasladarse a otra sala algo más cómoda, pero no quiso hacerlo porque en la que él se encontraba había noventa y tres detenidos y sólo él sacerdote, alegando racional y caritativamente que podía hacer apostolado entre los mismos y velar por la salvación de sus almas.

El día 24 de noviembre empezaron a funcionar los tribunales populares en la cárcel de San Antón. El siervo de Dios fué presentado a uno constituído por dos hombres y una mujer. La mujer desempeñaba el cargo de secretaria. El interrogatorio fué muy semejante a los otros dos soportados en pleno campo y en la *checa* de Cuatro Caminos. El confesó, como siempre, su condición de religioso Capuchino. Y al preguntarle si quería ir al frente para combatir a los facciosos, respondió que iría con tal que allí pudiera ejercer los ministerios propios de su condición sacerdotal. Al oír semejante digna y valerosa respuesta, le llenaron de escarnios y befas, pronunciando las palabras más soeces e insultantes, que él supo llevar con gran humildad, paciencia y dignidad de verdadero siervo del Señor. Terminado el interrogatorio y satisfecho en parte el odio mediante los insultos, en que la mujer llevaba la voz cantante, preguntó el presidente del tribunal:

«¿Sentencia?» «*A picadillo.*» Así contestó la secretaria.

La sentencia a picadillo era sentencia de muerte, como también lo era en no pocas ocasiones la de *en libertad*. Fué, por consiguiente,

el padre Ramiro condenado a muerte por un tribunal revolucionario y perseguidor. Pero ¿por qué causa? Por ser religioso Capuchino del convento de Jesús. Lo manifestó el siervo de Dios a otro hermano de hábito, preso como él en la misma cárcel, a quien después de la sentencia le dijo: «Por lo que he visto en el tribunal, nos matan a todos los religiosos.» *(Fray Balbino de Ferral.)*

El padre tuvo presentimiento de su muerte mucho antes de ser detenido, después de encarcelado y, desde luego, oída la sentencia del tribunal. Ciertas frases pronunciadas en el primer domicilio que le sirvió de refugio lo manifiestan bien claramente. Hablando las personas de la casa sobre la manera de celebrar la terminación de la guerra con el triunfo de los españoles contra el comunismo internacional, decía el siervo de Dios: «Vosotros sí que lo celebraréis; yo, no sé.» Luego agregaba: «Hay almas generosas que han ofrecido su vida a Dios por el triunfo de nuestra causa.» Y como lo repetía con frecuencia, claramente se deduce que fué él quien ofreció la propia vida al Señor, y por eso suponía que sería aceptada su ofrenda y que no vería el fin de la contienda y de la persecución religiosa.

Una persona que por aquel tiempo le trató muy de cerca, pero no detenido aún, asegura que presintió la muerte con las siguientes palabras: «Yo tengo por cierto que el siervo de Dios presintió la muerte, pues cuando comentábamos el sesgo de los acontecimientos se limitaba a decir que nosotros veríamos el triunfo; lo que parecía decirlo en sentido profético. Nosotros solíamos entonces decirle: «Usted también, padre.» Mas él, con un acento de suspensión, solamente respondía: «Claro, claro.»

Oída la sentencia, un pequeño pesimismo le embargaba el ánimo algunos momentos, pero pronto se rehacía, y de sus labios brotaban estas palabras: «*Sea lo que Dios quiera. Si conseguimos el martirio, es la gracia más grande que Dios puede concedernos. Así es, que valor y adelante. La Santísima Virgen nos dará valor.*»

Con envidiable y edificante fervor de espíritu se preparó el siervo de Dios para la hora suprema. Ya antes de la sentencia condenatoria tuvo días de especialísimo recogimiento y de piedad; con el otro religioso Capuchino hizo una novena preparatoria a la Virgen María Milagrosa, y la víspera de la ejecución hizo una fervorosa confesión con un padre Agustino, también preso en San Antón como el siervo de Dios y fray Balbino de Ferral, que ése es el nombre del compañero Capuchino, y cuyo testimonio ha tenido excepcional importancia para todo el relato desde su detención hasta su muerte, por haber presenciado parte de los hechos y oído los restantes de labios del padre Ramiro.

Llegó, por fin, el 27 de noviembre del año 1936, señalado para una gran *saca* llevada a cabo en la cárcel de San Antón. A altas horas de la noche fueron llamados por lista hasta *noventa* detenidos. Entre los nombres pronunciados se oyó también el de *José Pérez González*; a todos los obligaron a bajar al rastro. Allí los cachearon, despojáronlos de lo poco que tenían, de tal manera que, como el siervo de Dios usaba gafas, hasta sobre ellas ejercieron la rapiña. Luego los ataron, subiéndolos después a varios camiones para conducirlos al lugar del sacrificio. El padre Ramiro marchaba sereno. El hermano le vió ya con las manos atadas a la espalda; le dirigió una mirada de despedida y una sonrisa de ángel o de predestinado para ceñir la corona del martirio. Llegados a Paracuellos del Jarama en la madrugada del 27 de noviembre, allí fueron sacrificados, segados por ametalladoras y enterrados en fosas comunes abiertas por otros presos de derechas. Así terminó el doloroso calvario del bueno, ejemplar, bondadoso, caritativo, mansísimo y humilde padre Ramiro, empezado el 20 de julio y terminado con el martirio el 27 de noviembre de 1936.

El recuerdo de los justos no perece con la muerte, sino que con verdadera veneración se transmite de generación en generación, recordando los ejemplos de virtudes dejados a la posteridad y suscitando la confianza en su valiosa intercesión ante el Señor.

Algo de esto ha sucedido con el padre Ramio. Parece que alguno de los mandarines de la cárcel se lamentaba de que le hubieran asesinado nada menos que por equivocación y por un imperativo de los rusos, derramando lágrimas de cocodrilo ante los despojos de su presa. Pero la sentencia de condenación a picadillo fué pronunciada por el tribunal popular por su valiente confesión de religioso, hecha hasta tres veces en que fué preguntado. Su detención fué también porque era religioso. Y, por último, afeando el cuñado del siervo de Dios a uno de los que le prendieron, que le hubieran matado, el cual era paisano del padre, contestó: «Date por satisfecho que hayan pegado al fraile cuatro tiros y haber quedado vosotros libres.»

Muchas son las personas que con fe y confianza se encomiendan al padre Ramiro, asegurando que han alcanzado gracias por su intercesión. Para satisfacción de los lectores relato algunas.

Sobre últimos del mes de junio de 1954, se disponía el señor Vicente Pérez Medina, padre de fray Ramiro de Sobradillo, a limpiar un pajar de su propiedad, con el fin de tenerlo preparado para depositar en él la nueva cosecha, ya próxima. Enterada su esposa del proyecto ideado por el señor Vicente, le expone razonadamente que es más urgente lavar unas tinajas de vino que días antes habían sido desocupadas al verificarse el trasiego de dicho líquido, y compren-

diendolo así el esposo, desiste de su primera intención del trabajo en el pajar, y comienza la limpieza de los referidos envases. No habían transcurrido quince minutos cuando se oye un fuerte y extraño ruido que produjo la alarma consiguiente entre el vecindario de las casas inmediatas. El tejado y el piso del pajar se hundieron sobre una cuadra por derrumbamiento de una de las paredes. De haberse hallado el señor Vicente ocupado en su tarea primeramente proyectada, hubiese perdido irremisiblemente la vida entre los escombros. ¿Fué o no la Divina Providencia, por mediación del padre Ramiro, quien salvó de la muerte a su padre? No lo sabemos. Lo cierto es que por estar constantemente encomendándonos a él, por creerle mártir de Dios, y disfrutando de El en el cielo, nada de particular tendría que en el caso expuesto se haya visto marcada su protección para salvar a su padre de una muerte tan trágica como cierta. (*Florencio Pérez González.*)

Sebastiana Muñoz Criado, mayor de edad, natural y vecina de Cuéllar (Segovia), atribuye los hechos siguientes a la protección que le ha dispensado el padre Ramiro de Sobradillo. Hallándome, dice la manifestante, ligeramente enferma, recurrí al médico de cabecera; y después de varios tratamientos no conseguí aliviarme, permaneciendo en esta situación dos años .Recibí una hoja con la fotografía de los mártires capuchinos de Madrid y El Pardo, y encomendándome con especial devoción al padre Ramiro, le hacía la novena con frecuencia, empezando a notar gran mejoría, hallándome actualmente con plena salud. Al propio tiempo le pedía la reconciliación de dos hijas que tengo, casada la una y soltera la otra, las cuales han estado cerca de tres años enemistadas de tal forma, que si alguna vez se cruzaban la palabra era para insultarse mutuamente. Hace aproximadamente dos meses que han empezado a hablarse, y hoy ya reina entre ellas el verdadero amor fraternal, y se ayudan mutuamente en sus cometidos, siempre que se presenta ocasión para ello. Agradecida la madre al padre Ramiro por estos dos beneficios, entrega una limosna para ayuda del proceso de beatificación.

Como tengo una gran devoción al padre Ramiro de Sobradillo, por los milagros que me hizo, deseo darlos a conocer para que sirvan para su proceso. He retrasado en hacerlo por las circunstancias tristes que me han acontecido y que verá en mi carta. Mi querido esposo (q. e. p. d.) era de nacionalidad suiza y protestante. Se hizo católico para casarse conmigo, pero no practicaba, aunque sí le parecía bien que hiciese yo de mis tres hijos unos católicos fervorosísimos y buenos; y tanto a ellos como a mí nos preocupaba, tanto más cuanto que padecía del corazón y con tensión alta. El era director de una importante fábrica de una firma extranjera, y sufría

con los negocios, porque era muy dinámico y recto. Dió en preocuparse el mismo tiempo porque en el cierre del año iba a tener pérdidas. Entonces me encomendé al santo (siervo de Dios), ante el temor de que empeorase su salud, y vino un pedido de América, tan oportuno, que ganaron mucho dinero en vez de perder: ya respiró él tranquilo. Pero como yo le dije que había sido por el santo, se empezó a intrigar, y vino entonces otra cosa. Una mercancía también para América, le fué detenida en el muelle y rechazada, cosa muy corriente, pero que nunca a él había ocurrido. Estaba tan preocupado, pues era una pérdida de más de dos millones de pesetas, y le insté a que hiciera conmigo la novena al santo. La empezamos, y al noveno día terminamos de rezarla a las nueve de la mañana; a las diez fué al muelle, comunicándole que podía salir la mercancía, pues habían reconocido que habían cometido un lamentable error. El estaba emocionadísimo, y confesó y comulgó en acción de gracias, que fué para mí más milagro. Después he sufrido yo una intervención quirúrgica, en que me encomendé también al santo padre Ramiro, y salí bien, aunque estuve en bastante peligro. Mi marido seguía muy delicado y el médico le aconsejaba que no guiase el coche, y sobre todo, que no fuese sólo; pero él no creía en su gravedad, y no hacía caso, siendo muy peligroso. Yo le pedí al santo otra vez por él. Fué doloroso para mí perderle, por tanto como le quería y porque era muy bueno. Pero, gracias a Dios, por la intercesión del santo, ha permitido Dios que muriese en casa recibiendo los auxilios espirituales, aunque fué un golpe para mí terrible; pero Dios sobre todas las cosas.

Tengo que comunicarle otra gracia. Yo tengo una amiga anciana, viuda de un coronel. Con motivo de haber un aumento en las pagas, el habilitado la dijo que buscara una buena recomendación para que, en lugar de darle un aumento que le correspondía, le diesen el máximo: era de un 10 por 100 a un 40 o 50. El caso es que ella no tuvo ninguna recomendación, pero le hizo la novena al santo, y sin solicitarlo, le ha sido concedido el máximo. Ella no tiene más bienes que esa paga. Figúrese lo que le representa a la edad de 72 años.

Ahora pida usted por mí al santo, que lo necesito mucho; y también por mis hijos, que son muy buenos; para que el mayor siga con acierto en el puesto de su padre; a los pequeños para que se sitúen en la vida: el más pequeño estudiando en Londres; y el segundo terminando la carrera de médico. A todos en mi familia que nos ayude el santo. *(Francisca Corral.)*

Manifestación que formula don Florencio Pérez González, relacionada con un caso provincial ocurrido al mismo en el que ve claramente marcada la protección divina y que el manifestante opina

haberla conseguido por intercesión de su difunto hermano el reverendo padre Ramiro María de Sobradillo, asesinado en Paracuellos del Jarama (Madrid), en noviembre de 1936. Desde mediados de junio del año en curso empieza a dolerse el manifestante de lo que posteriormente resultó ser un «absceso fistulado». Puesto en manos de la ciencia médica, se recurrió a todos los medios conocidos para la disolución de dicho diagnóstico, fracasando la eficacia de la acucilina, la de los continuos y fuertes fomentos y los otros tratamientos recetados. Decidido el paciente a operarse, intenta hospitalizarse en el Militar de Segovia, su residencia actual, a primeros de octubre del referido año. Mas como el teniente coronel médico, que había de operarle le manifestase que de no tener que ausentarse de la capital, le operaría el día 6 o 7 de dicho mes, pero que esperase hasta su regreso. Decidió entonces el que suscribe no ingresar en el hospital hasta que no pudiese ser operado, según le indicó el señor cirujano, y... ¿coincidencia?... ¿milagro?... Lo cierto es que el día 8 del repetido octubre, y cuando tenía que llevar solamente de veinticuatro a cuarenta y ocho horas operado, de no haberse marchado el cirujano, se incendió el Hospital Militar, el que quedó todo inservible, pues la planta superior y las salas de cirugía y quirófano fueron íntegramente pasto de las llamas, resultando la planta baja y sótanos obstruídos por los escombros así como las escaleras de todo el benéfico establecimiento. Los enfermos pudieron ser evacuados a tiempo unos, y azarosamente otros, siendo conmovedoras las escenas registradas entre los deudos de los mismos al conocerse las primeras y confusas noticias del siniestro. Sin embargo, gracias a Dios, la esposa del que esto narra y escribe se vió libre de tal impresión, que en ella hubiese sido fatal por padecer desde algún tiempo a esta parte lesión de corazón de pronóstico grave, según dictamen del médico que la asiste. Resumiendo: Se libra el manifestante de la tragedia vivida por los enfermos en el Hospital Militar de Segovia, y con ello queda también la fuerte y desagradable impresión y sus consecuencias que tan trágica noticia hubiese producido en su esposa, enferma cardíaca. Para nosotros los familiares del padre Ramiro, todo está relacionado con la protección que él, desde el Cielo, nos dispensa (2 de diciembre de 1954).

Sevilla, 9 de enero de 1958.—Reverendo padre Postulador: Ya hace tiempo que le quería escribir para agradecerle las novenas que me envió... Me complazco en anunciarle que el santo padre Ramiro no deja de atenderme, ya que siempre me encomiendo a él, considerándole un gran intercesor ante el Santísimo Cristo. Yo me quedé viuda, y como mi marido fué un hombre honrado, a pesar de ostentar un cargo en que otros hombres se pudiesen haber hecho ricos, él no se

hizo (y yo me honro con que así fuese). Mas, al morir, la herencia era muy reducida. Además, la soceidad a que pertenecía, dijo que no era costumbre dar pensión a las viudas. No obstante la negativa, la volví a solicitar, y le hice la novena al padre Ramiro. Y a ver si no puede considerarse como un milagro que me haya venido concedida una pensión bastante decorosa, que me pone a cubierto mis necesidades, no para echar coche, pero sí como yo lo pedía: Es digno de publicarse. Después ha sucedido otra cosa. Tengo una amiga que tenía muchos dolores de cabeza, y fué al mejor médico especialista de Sevilla. En la radiografía que la hicieron (mi hijo que es médico la vió), resultaba tener un tumor en un sitio bastante peligroso. Asustado el marido, la llevó a Madrid, a ver al doctor Obrador, que es el maestro de éste de Sevilla. Toda la familia asustadísima; y tanto la familia como yo, empezamos la novena al santo, para que lo hiciese desaparecer. ¿Cuál no sería el asombro y la alegría al saber que en la radiografía hecha en Madrid ya no existía el tumor? Esta señora es doña Asunción Matamoros: una familia muy conocida, desde luego. La verdad no la sabían más que el marido y mi hijo, que es novio de una hija de esta señora; ahora que todos sospechaban una cosa grave. *(Francisca Corral.)*

«Yo no pretendo, con lo que voy a decir, hablar de milagros o gracias extraordinarias, pero en pequeñas cosas de mi trabajo, y no sólo mías, sino de algunas de mis compañeras, por la invocación del padre Ramiro, hemos conseguido pequeños favores, que para nosotras no eran tan pequeños, ya que se trataba de recuperar cantidades de dinero que para nuestras modestas economías significaban mucho.»

El Proceso de Beatificación del siervo de Dios padre Ramiro se encuentra en el mismo estado que el de los otros religiosos Capuchinos martirizados, pertenecientes a las Comunidades de Madrid y de El Pardo. Un poco de paciencia y muchas oraciones para que el Señor glorifique a sus siervos.

Siervo de Dios

R. P. DOMITILO DE AYOO

SIERVO DE DIOS
R. P. DOMITILO DE AYOO

I

Nacimiento y niñez.—Mirando al «poverello».—En el Seminario Seráfico.

El día 3 de septiembre del año 1907, en la villa del Salvador de Ayóo, diócesis de Astorga y provincia de Zamora, veía la luz primera un niño que, con la estola bautismal recibía el 6 del mismo mes y año, el nombre de Felipe Avelino, hijo legitimo de don Andrés Avelino García y de doña Margarita Barrero Valado. *(Partida de Bautismo.)* De este matrimonio nacieron los siguientes hijos: Manuel, Demetria, Avelino y Felipe (Padre Domitilo). «Mis padres fueron buenos cristianos, pues se rezaba siempre el Santo Rosario en familia, y no se faltaba jamás a Misa los domingos y días festivos.»

«Mi hermano Felipe tenía un corazón de oro, pero en su niñez era un poco travieso, con travesuras de niño. Nunca se metía con los demás, pero quien le buscaba le encontraba, porque sabía defenderse. Le gustaba mucho la iglesia, y desde los ocho años fué ya monaguillo. También era adicto a la escuela; y capaz como era e hijo de maestro, fué siempre de los primeros en la escuela.

»A mi hermano Avelino de dijo mi padre que fuera al Seminario de Astorga a estudiar para cura; mas él respondió que para cura que no, sino para fraile, y se fué a El Pardo. Después hizo la misma indicación a Felipe; pero él respondió a nuestro padre: «Que no quería ser cura, sino fraile como su hermano.» Por este motivo, el padre Ildefonso de Armellada le llevó al Seminario Seráfico de El Pardo.» *(Demetria García Barrero.)*

Un condiscípulo en el seraficado traza del jovencito Felipe los siguientes rasgos característicos: «Fué siempre un alumno notablemente aprovechado, logrando poner de manifiesto cualidades y rendimientos más que comunes. Evidenciaba preocupaciones intelectuales, morales y espirituales superiores a sus años. Sobresalía especialmente por su memoria felicísima, por sus aptitudes oratorias y dramáticas en los actos festivos del colegio. De temperamento espontáneo y efusivo, gozaba de las simpatías generales entre alumnos, profesores y hermanos del colegio. Sus devociones principales por entonces eran el beato Diego José de Cádiz, cuyo estilo y fervor de predicación tomó como modelo; la Santísima Virgen Inmaculada y la Divina Pastora, así como el entusiasmo por las misiones, tanto en la Provincia como en América.» *(Padre Mauricio de Begoña.)*

II

Novicio Capuchino.—En los Colegios mayores.—Sacerdote de Cristo.

El joven Felipe ha cumplido felizmente los cinco años dedicado a la práctica de la virtud y al estudio del latín y humanidades. Y consignamos que felizmente, porque las calificaciones que tenemos a la vista, resultado de los exámenes, señalan casi siempre las máximas o próximas a ellas en la ciencia, y las de buena conducta en cuanto a su comportamiento en la vida de religiosidad y devoción.

Por eso, fué hallado digno de trasladarse al convento de Bilbao y vestir la librea seráfica el 2 de agosto de 1923, cambiando en la ceremonia de vestición el nombre de Felipe por el de fray Domitilo de Ayóo, e iniciando entonces el año de probación y de formación religiosa integral. *(Acta de vestición.)*

«Su comportamiento durante el año de noviciado, fué de notable intensificación de las buenas disposiciones espirtiuales de que estaba dotado y había ya cultivado en el Seminario Seráfico. Siempre recogido, aunque en los recreos seguía alegre y vivaz como siempre. Con él se trataban siempre temas espirituales. Incrementó de modo especial el espíritu de mortificación, siendo observante y disciplinado, y aún añadiendo por su cuenta otras prácticas ascéticas, a más de las ordinarias y acostumbradas. Le seducía especialmente el modo primitivo y elemental franciscano de las Florecillas, y así se proponía andar él por el mundo más tarde ejerciendo el apostolado. Asimismo siguió aumentando la devoción a la Santísima Virgen.» *(Padre Mauricio de Begoña.)*

La buena conducta del novicio fué notada por los miembros de la Comunidad del Noviciado, ya que en la triple votación ordenada por las leyes obtuvo todos los votos favorables y ninguno contrario para la admisión a la profesión religiosa. En consecuencia, el día 3 de agosto del año 1924 se consagró temporalmente al Señor. *(Acta de profesión.)*

Agregado ya al Estado religioso marchó a los colegios mayores de la Provincia para cursar los estudios filosóficos y teológicos. El carácter franco y abierto no fué siempre, al parecer, ni comprendido ni rectamente interpretado por todos sus educadores, pues con las notas en la mano se advierte una inexplicable fluctuación en las calificaciones, no referentes a la ciencia, que siempre fueron más que notables, sino relacionadas con la conducta, que tan pronto descendían a dos puntos, como subían a la nota máxima, prueba de la necesidad de grandes conocimientos psicológicos-experimentales en los educadores para pentrar el carácter de los educandos, las tendencias y las disposiciones de los mismos, si no se quiere llegar a lamentables e irreparables fracasos, confundiendo el temperamento alegre y abierto, con la reprensible disipación.

«Fué estudiante aventajado, evidenciando en cuantos actos intervenía, sus dotes oratorias de buen predicador que en él había. Sus composiciones se ajustaban a normas literarias propias del género y sus temas, sin dejar de ser brillantes, seguían las tradiciones y directrices de los grandes predicadores Capuchinos, principalmente del beato Diego José de Cádiz. A medida que se acercaba al sacerdocio su vida de piedad fué en aumento, teniendo predilección especial por la práctica intensa de la oración vocal y el ejercicio de frecuentes jaculatorias. Durante los años de teología aumentó su entusiasmo por las Misiones entre infieles y por la devoción a la Divina Pastora, siendo uno de los principales iniciadores de la Asociación de Zagales de la Divina Pastora en nuestro Colegio de León.» *(Padre Begoña.)*

«Yo fuí contemporáneo del reverendo padre Domitilo de Ayóo en el Seminario Seráfico, y en los Colegios mayores de Filosofía y de Sagrada Teología. Traté al padre Domitilo con bastante intimidad, y noté que siempre fué un joven entusiasta de su vocación religioso-Capuchina, acerca de la cual nunca anduvo con dudas o titubeos. De temperamento alegre y franco, era buen compañero y buen religioso. Como estudiante también cumplió generalmente con sus deberes.» *(Padre Abel de Bilbao.)*

El año de 1931, año de la proclamación de la república de trabajadores de todas clases y de no pocos desórdenes y quemas de conventos y colegios, fué también perturbado el colegio mayor de Teo-

logía establecido en la ciudad de León, pues los incendiarios prendieron fuego a las puertas del salón adosado al convento, hecho que obligó a no pocos religiosos y estudiantes de la Comunidad a salir del sagrado recinto para proteger sus vidas. Entre los estudiantes, quedó en el convento el corista fray Domitilo de Ayóo, el cual, tocando ya al fin de los estudios eclesiásticos, fué ordenado de presbítero el 30 de mayo del ya citado 1931, siéndolo sus condiscípulos en el mes siguiente. «Cuando en el año de 1931 dijimos nuestra primera misa sus condiscípulos, tuvimos el honor de escucharle el sermón propio de tal acontecimiento.» *(Padre Begoña.)*

III

Otro año más.—Muy caritativo.—Al convento de Montehano.—Desde éste al de Gijón.

Después de la ordenación sacerdotal, siguieron los exámenes de cuarto año de Sagrada Teología, en los cuales el padre Domitilo obtuvo en todas las asignaturas y en conducta cuatro puntos o sufragios, siendo cinco la clasificación máxima y cero la mínima. Luego debió permanecer un año más en el convento de León, para seguir el curso académico de la Elocuencia Sagrada, con el fin de prepararse más directamente al pleno despliegue de las preclaras cualidades con que le dotó el Señor para el ejercicio del apostolado de la palabra. Es indudable que poseía cualidades oratorias no comunes, como voz hermosa, sonora, llena, clara, bien timbrada, agradable; memoria felicísima, buena preparación científica y clásica, imaginación brillante, facilidad para la composición, buena acción en los ademanes, y tono siempre persuasivo.

No es de extrañar, por lo mismo, que ya durante el estudio de la Elocuencia, le encargara sermones de compromiso el profesor, dentro del convento, y que, aún estudiante de Teología, predicara el sermón de primera misa, cuando la cantaron sus condiscípulos.

«En los primeros días de mi larga enfermedad del pecho se presentaron las hemotisis tan frecuentes y con tanta abundancia de sangre, que el estado de salud se hizo alarmante, y se temió un fatal desenlace; por lo que el padre Guardián, aconsejado por el médico, creyó conveniente velarme por la noche. Para ello se ofreció el padre Domitilo de Ayóo, entonces recién cantado misa. Le guardo profunda gratitud, porque era él quien organizaba la asistencica, y el que estuvo conmigo más tiempo en la celda atendiéndome. Creyendo inminente mi muerte, se preocupó enseguida de la parte espi-

ritual, hablándome claramente de la gravedad y de la conveniencia de prepararme. Casi toda su conversación conmigo en los momentos en que estábamos solos era de cosas espirituales. Esta gravedad duró alrededor de doce días, en los que no me dejaban mover ni los brazos. Además de este caso particular tengo que agradecerle al padre Domitilo algunos caritativos consejos como estudiante. y orientaciones valiosas sobre la vida interna del colegio.» (*Padre José Antonio de Miengo.*)

Terminado con brillantez el año de preparación para la oratoria sagrada, fué destinado el año 1932 al convento de Montehano, en calidad de predicador, en donde se dedicó de lleno al sagrado ministerio con el entusiasmo y celo en él característicos, predicando sermones sueltos en festividades patronales; triduos de cumplimiento del precepto Pascual y misiones populares, con gran fruto de las almas y consuelo de su espíritu. «En cierta ocasión, ya sacerdote y predicador el padre Domitilo, me dijo que se sentía muy feliz por haberle destinado los Superiores al ministerio de la predicación, porque se hacía mucho bien a las almas, y él mismo se sentía más fervoroso ejerciendo el apostolado. Tenía muy buenas cualidades de orador sagrado que él aprovechaba en el púlpito.» *(Padre Abel de Bilbao.)*

IV

Fiesta sacramental en Bocines.—Estalla el Movimieto Nacional.—Se ha metido en política.—Extraordinario amor al hábito religioso.

El padre Domitilo había predicado una misión en el pueblo de Bañuegues, no lejos de Gijón; y gustó tanto que luego le pidieron para otra en Bocines, la que dió con el padre Ildefonso de Armellada. Aquí también llamaron poderosamente la atención de los fieles, y aún la del señor párroco, sus cualidades oratorios, su trato sencillo y amable y el ejemplo que cumple dar a todo pregonero del Evangelio. Por eso, le llamaron otra vez para predicar en la fiesta Sacramental, precisamente celebrada el histórico día 18 de julio del año 1936. El padre Domitilo, sabedor de que las cosas estaban graves y que se aproximaban serios acontecimientos, aceptó el compromiso, y se fué a Bocines, predicando el sermón encargado. Pero ese mismo día estalló el Movimiento Nacional y no pudo ya volver al covento de Gijón.

«El padre Domitilo de Ayóo dió una Misión en mi parroquia, y

después vino también a predicar en la fiesta Sacramental en el mes de julio del año 1936. Después estuvo varios días en mi casa; y como la cosa se puso muy negra después del Alzamiento Nacional, se le aconsejó, para mejor salvar su vida, que fuera a ocultarse en casa del vecino don Diego Cuervo, y allí permaneció hasta que le llevaron preso a la iglesia de Candás. El padre Domitilo, durante las dos veces que estuvo en mi parroquia, se portó como buen religioso: era casi un niño en el trato, muy sencillo y piadoso. En cuanto a ejercer los ministerios, tenía verdadero celo apostólico y espíritu de abnegación. Daba muy buen ejemplo a los feligreses con su buen comportamiento, y estaba dotado de grandes cualidades oratorias, que él aprovechaba para bien de las almas.» *(Pbro. don Jenaro García Fernández.)*

«Conocimos y tratamos íntimamente al reverendo padre Domitilo de Ayóo, religioso Capuchino del convento de Gijón. La ocasión de conocerle fué que le oímos varias veces, predicando una misión en Bañuegues, y más tarde, porque vino a pedicar otra a nuestro pueblo, con el padre Ildefonso de Armellada; después porque también vino a la fiesta Sacramental; entonces estalló el Movimiento Nacionel, y las cosas se pusieron muy malas, y no pudo volver al convento de Gijón. Pasó algunos días en casa del señor cura, don Jenaro García Fernández. Pero temiendo el señor cura por la vida del padre y por la suya propia, nos rogó que le admitiéramos en nuestra casa, como así lo hicimos con el mayor gusto. La permanencia del padre Domitilo con nosotros, fué los últimos días de julio y los primeros de agosto. En nuestra casa estaba también Pepín Elena Herrero, quien le acompañaba a la iglesia, a donde el padre Domitilo iba a decir misa, mientras no la cerraron los marxistas. Los días de fiesta y el día de Santiago predicaba al pueblo. En la predicación de la fiesta Sacramental del día diez y ocho de julio, al empezar el sermón, dijo: «*España está atravesando un momento de peligro; es necesario que pidamos por España.*» Un americano que estaba en la iglesia, dijo: «Se ha metido en política.» Lo cual era pura mentira.» *(Familia Cuervo, de Bocines.)*

«En el pueblo de Bocines conocí al padre Domitilo, con motivo de la fiesta Sacramental, en la que predicó y yo asistí. Fué nuestro encuentro en los días del Alzamiento Nacional de 1936. Estando las cosas sumamente graves, nos pareció que debíamos quitarnos el traje talar y vestirnos de paisanos, porque ya habían empezado los peligrosísimos registros. Esto se lo indicamos con insistencia al padre Domitilo, para que él también se quitara el hábito, tanto más cuanto que ya tenía traje de paisano en la maleta. Pero él contesta-

ba: «*No puedo, porque mi Regla me lo prohibe.*» Yo interpreté este acto del padre Domitilo como un acto de delicadeza, de conciencia y de amor al santo hábito. Con él convivi quince días, dándome cuenta de que observaba una conducta intachable como religioso.» *(Pbro. don Rosendo Mazuelas.)*

V

Detenido por los marxistas.—A la iglesia-cárcel de Candás.—Piedad, apostolado y consuelo en la cárcel.—No salgo si no dejan salir a éstos.—Puedo descolgarme por aquella ventana.—Siempre con el hábito

«Cierta noche, como a las diez, vinieron varios marxistas armados, y se llevaron a Pepín a Candás, y a otro amigo suyo que le acompañaba. Estaban cenando, y en la mesa estaba también el padre Domitilo vestido de hábito. Se fijaron en él, pero nada le dijeron. Al día siguiente, como los que llevaron a Pepín dijeron en Candás que había un fraile en Bocines, vinieron cinco pistoleros a prender al padre Domitilo, como a las cinco de la mañana. Yo fuí a llamarle, y me contestó que ya se estaba vistiendo; salió y se presentó ante ellos, les pidió permiso para lavarse y para desayunar. Le autorizaron; y él desayunó, y dejó la mitad. Luego yo dije a los pistoleros, «que cómo se metían con los religiosos siendo tan buenos y trabajando por el bien de España y de todos.» Ellos entonces respondieron: «*El Pirata* (así llamaban al barco de guerra de los nacionales el *Cervera*) está dirigido, y desde allí disparan estos sayones.»

»Al partir el padre en medio de los milicianos se despidió de mí, diciéndome: «Adiós, don Diego, hasta la eternidad, porque a mí me van a matar.» Estas palabras las ponunció muy tanquilo. También le oímos decir que todos los días, cuando celebraba la santa misa, se ofrecía a Dios y le ofrecía su vida si era necesario para salvar a España.

»Cuando vinieron a prender al padre les preguntamos: «Qué ha sido de Pepín.» Ellos respondieron: «Ese ya fué a paseo.» Por oír esta frase comprendió que a él también le mataban. Para llevarle a Candás, el tiempo que tuvo que ir a pie, le forzaron a ir corriendo.

»De nuestra casa se le llevaban todos los días alimentos y también ropa limpia. Las hijas y la señora de la casa (para el señor era sumamente peligroso) íbamos en persona a visitarle y a llevarle los alimentos y la ropa. Al llegar nosotras era inmensa la alegría que

experimentaba, y se mostraba muy agradecido, diciéndonos, que Dios nos pagaría tanta caridad como mostrábamos y teníamos con él.

»Muchas veces le dijimos que se quitara el hábito y la barba. Invariablemente nos contestaba: «No puedo, no puedo.» Por fin, un día cogió la tijera para cortarse la barba; vino con la tijera, y nuevamente dijo: «No puedo, no puedo.» En nuestra casa se portó como verdadero religioso; hacía sus rezos particulares, y con nosotros rezaba el rosario todos los días, mandando a cada una de las cinco hijas de la casa que lo rezáramos delante, una cada día, para ver si sabíamos rezarle bien. Su trato era sencillo, amable, cariñoso; pero al mismo tiempo, recatado y respetuoso, de tal suerte que cuanto se diga de él, en cuanto a bueno, es poco. Como predicador era inmejorable; lo hacía admirablemente.» *(Familia Cuervo, de Bocines.)*

«Estando el padre Domitilo de Ayóo, Capuchino, preso en la iglesia de esta villa de Candás, fuí varias veces a la iglesia-prisión. El padre Domitilo fué detenido por el Frente Popular en Bocines, y traído con otros a esta iglesia de Candás. Gentes de la villa le proveyeron de todo lo necesario en cuanto a ropas y alimentos. El primer día de su detención confesó a todos los que ya estaban detenidos, y él también se confesó con otro señor sacerdote. El padre estaba siempre muy animado y tranquilo, y procuraba tranquilizar y animar a los otros detenidos, preparándolos para la muerte.» *(Covadonga Muñiz.)*

«Conocí y traté íntimamente al reverendo padre Domitilo de Ayóo, religioso Capuchino del convento de Gijón, por haber sido llevado preso a la iglesia de Candás, en donde yo ya me encontraba, por orden del Comité de Guerra de los marxistas. Muchas veces le ordenó el Comité de Guerra que se quitara el hábito y se afeitara la barba. Pero hasta última hora se negó a ello. Y últimamente, dos o tres días antes de matarle, a la fuerza lo hizo. Siempre aparentaba mucha tranquilidad y estaba muy sereno. Como compañero no podía ser mejor: alegre, jovial, comunicativo y muy complaciente. Como sacerdote y religioso no podía ser más bueno y más ejemplar. Siempre trataba de animar a los otros y consolarlos, dándoles esperanza de que se verían libres; y si no, si Dios así lo disponía, y era necesario morir para salvar a España, pues, muramos. También decía que si nos mataban íbamos al cielo.

»Con frecuencia nos hablaba de Dios y de asuntos religiosos. Era verdaderamente el jefe de todo movimiento religioso; no paraba de rezar, y hacía que también nosotros rezáramos. Me consta que le mandaron coger una imagen para sacarla de la iglesia, como obligaron a otros presos. Me parece que se negó a ello; pero de esto no estoy muy seguro.» *(Evaristo Rodríguez Alvarez.)*

«Desde el 21 de agosto de 1936, estuve preso en la iglesia de Candás, convertida en cárcel, con el reverendo padre Domitilo de Ayóo, religioso Capuchino, detenido como él por el Comité de Guerra marxista. El padre Domitilo recibía asistencia de alimentos y ropas de la casa del doctor Isidoro González, médico de Candás, quien perdió también un hijo, con el padre Domitilo. Con motivo de cogerles a los dos un papel que les habían mandado desde fuera, aconsejándoles que huyeran porque les iban a matar, estuvieron incomunicados dos o tres días, los últimos de su vida: el primero en la sacristía, y el joven en el camarín.

»Varias veces le ordenó el Comité de Guerra que se quitara el hábito y se vistiese de seglar, y los mismos compañeros de prisión también se lo decíamos. Pero él se negaba rotundamente, diciendo que no se le quitaba, porque entonces no podía ir al cielo, y que él quería salvarse. A tantas órdenes y ruegos se vistió un día de seglar con barba, y nos dijo luego a los compañeros: «Así estoy muy mal»; a acto seguido se quitó la chaqueta y se volvió a poner el hábito. Por fin, ante la insistencia del Comité de Guerra, se tuvo que vestir de paisano; vino de fuera un barbero, y le quitó el cerquillo y la barba.

»El comportamiento del padre Domitilo, como religioso se portó de lo mejor, siendo ejemplar; pues buscaba los rincones para rezar y orar. A nosotros nos animaba y consolaba, y nos aconsejaba que nos confesáramos para prepararnos a bien morir para ir al cielo. Muchos se confesaron con él. El padre se solía confesar casi todos los días con el sacerdote don Pedro Parajón, actualmente párroco de Valdesoto en Siero. Todos los días nos rezaba el santo rosario, y ejerció verdadero apostolado de preparación para la muerte entre sus compañeros de prisión. A pesar de la seguridad que tenía de que le iban a matar, conservó su carácter jovial y ánimo sereno. «A nosotros nos matan», solía decir tranquilamente.» *(Ramón del Busto Rodríguez.)*

«En la iglesia-cárcel nos hicieron firmar una ficha en blanco, para después poner ellos la causa que mejor les pareciera, de nuestra detención. Nos dábamos perfecta cuenta que firmábamos la sentencia de nuestra muerte.

»El padre Domitilo era de carácter franco, alegre, comunicativo y optimista; no decayó un momento del buen ánimo, y fué el consuelo y aliento para los otros presos, a quienes procuró consolar y alentar. Cuando se recibía alguna noticia alarmante, o los mismos guardianes de la cárcel nos insultaban o amenazaban, siempre el padre Domitilo lo tomaba a broma.

»Su conducta en la iglesia-cárcel fué intachable, edificante y muy piadosa; aconsejaba y enseñaba a los otros detenidos, en grupos, ya

que de otra manera era imposible. Conmigo se confesó varias veces, así como yo me reconciliaba con él, durante el tiempo que duró el cautiverio. Juntos rezábamos la mayor parte de los días el santo rosario, y todos los días él se retiraba varias veces a hacer sus devociones y a orar.

»En una ocasión nos mandaron a los presos sacar las imágenes de la iglesia para echarlas a un camión y llevarlas a quemar. Yo me escondí en el bautisterio para no sacarlas. Sé que otros presos las llevaron; pero no me consta que el padre Domitilo llevara alguna. Me consta, en cambio, que después se oía comentar a los presos la crueldad de los marxistas por haber obligado a cargar la imagen de la Milagrosa al mismo que había hecho la imagen.

»El padre Domitilo cumplió en la cárcel sus veintiocho años. Con tal motivo nos obsequió con caramelos a sus compañeros de prisión. Frecuentemente los guardianes le insultaban porque llevaba el santo hábito, y despectivamente le decían que se lo quitara, porque aquello no valía para nada. Pero él respondía: «Mi mayor dicha es morir con el hábito; para eso me hice religioso.» Por fin, días antes de su muerte, le ordenó el Comité de Guerra que se lo quitara. Mandaron entrar a un barbero, quien le afeitó la barba y le quitó el cerquillo, y con dolor, tuvo que quitarse el hábito.» *(Pbro. don Pedro Parajón Carujo.)*

Al padre Domitilo se le propuso en más de una ocasión salir de la cárcel, pero siempre se negó a ello, si no soltaban a los otros presos. Cierto día fueron varios hombres de Luanco a libertarle, no sabemos si para luego matarle, o para ponerle a salvo. Pero sí es cierto que puso como condición para irse con ellos, que dieran libertad a todos los detenidos de la cárcel de Candás. En otra ocasión manifestó a los señoritas de Bocines que le llevaban los alimentos, que por la noche podía descolgarse por una ventana, con tanta mayor facilidad cuanto que tenía un cordel. Entonces la señorita Victoria le dijo: «Padre, pues descuélguese esta noche, se marcha a Bocines, y allí le escondemos de tal manera que les sea imposible encontrarle.» A esta propuesta repuso el padre Domitilo: «No puedo, porque al darse cuenta mañana por la mañana los guardianes de la cárcel que me he fugado, matan a todos los presos aquí detenidos. Yo no tengo quien me llore; mas éstos, tienen hijos, esposas, padres, novias, a quienes deben atender cuando se vean libres de la prisión.» *(Victoria Cuervo.)*

VII

El reloj del padre Domitilo.—Escogido para el martirio.—En Peón.—Mátenme el último.

Tenía el padre Domitilo su reloj de bolsillo, del cual quiso servirse para ejercer el apostolado entre uno de los guardianes de la cárcel, que, al parecer, era el menos malo entre sus compañeros de maldad. Para ello le entregó el reloj. «A uno de los guardianes de la cárcel, bastante bueno, trató de catequizarle, ya que aquel le oía atentamente cuando algo de religión le explicaba. Un día le entregó el padre Domitilo su reloj diciéndole: «Si muero, quédese con él; si vivo vendré a buscarle.» Me manifestó el padre Domitilo que eso de venir a buscar el reloj era para completar la obra de instrucción religiosa de aquel guardián.» *(Ramón del Busto.)*

A propósito del reloj, pude enterarme más tarde, dónde vivía el sujeto en cuestión, y por tercera persona de él conocida y que sabía la faceta que me ocupa, le manifesté que me entregara el reloj y que a cambio escogiera el que más le agradara en el comercio, porque con gusto se lo pagaría: tenía verdadero interés en recuperar el reloj, como verdadera reliquia; y más interés todavía en ver si, en el proceso de beatificación que se estaba tramitando, podía llevarle de testigo; nada conseguí, tal vez, por infundado temor por parte del aludido custodio de la cárcel.

«El 6 de septiembre del citado año, como a las dos de la madrugada, entraron en la cárcel los marxistas, y por lista fueron llamando a unos doce o trece, entre ellos el padre Domitilo. A cada uno amarraron un cordel a la cintura y otro a las manos, echándolas hacia atrás para unir los dos cordeles. El padre Domitilo, ya amarrado, se acercó a mí detrás de una columna, y me pidió la absolución, que yo le dí. Luego al camión, para llevarlos a Peón, con otros que ya traían, y allí asesinarlos. El padre Domitilo, recibida la absolución sacramental, salió sereno, tranquilo y animoso, consolando a otros, especialmente a un joven que partía llorando y temblando. También recuerdo que otro preso le pidió la absolución al padre Domitilo. Debo manifestar que nunca le noté odio o espíritu de venganza hacia los enemigos que nos perseguían.» *(Pbro. don Pedro Parajón.)*

La caridad del padre Domitilo llegó hasta el fin al grado heroico, ya que pidió a los asesinos ser fusilado el último, para ir dando la absolución sacramental a los compañeros de martirio a manera que disparaban contra ellos para sacrificarlos. «Nos consta que cuando

le llevaron a Peón para fusilarle, pidió a los asesinos que le mataran el último. Le preguntaron que por qué. «Si me lo permiten, para dar la absolución a éstos (eran veintitrés), antes de que ustedes los vayan matando.» Esto nos consta, porque así después lo contó alguno de los fusileros.» *(Familia Cuervo.)*

«No me cabe la menor duda de que le mataron por ser religioso, y únicamente por ser religioso. Yo sería el primero en dar el voto para la beatificación del padre Domitilo. Y si le beatificaran, ante su imagen me pondría de rodillas con más fe y devoción que a ningún otro santo.» *(Evaristo Rodríguez.)*

«Fué enseguida sacado con otros, y conducido a Peón, donde, en número de veinticuatro, fueron asesinados a eso de las cuatro de la mañana. Estoy plenamente convencido de que fué un verdadero mártir; y si el padre Domitilo no está en el cielo no está nadie.» *(Ramón del Busto.)*

VII

Exhumación e identificación del cadáver.—Traslado y sepultado en nicho de los padres Jesuítas en el cementerio de Ceares.—Reconocimiento de los restos y definitivo traslado.—Precintados los restos por el Tribunal Eclesiástico.—El Proceso de beatificación en Roma.

Terminada en Asturias la guerra de Liberación, todas las familias que perdieron seres queridos asesinados por los marxistas, se preocuparon por localizar el lugar de enterramiento e identificar los cadáveres o los restos de los mismos. Tampoco las Congregaciones Religiosas permanecieron inactivas e indiferentes con relación a los miembros de ellas asesinados durante la persecución marxista. Así lo hicieron los Capuchinos con los de la propia Orden, y por ende con el padre Domitilo de Ayóo.

«Copia parcial del Documento de identificación del cadáver del reverendo padre Domitilo de Ayóo.—DECLARACION JURADA.—Los abajo firmantes, declaramos bajo juramento, que personados en el cementerio de la parroquia de Peón (Villaviciosa), debidamente autorizados por el excelentísimo señor Gobernador de la Provincia, procedimos a la exhumación de los cadáveres que se habían localizado en dicho cementerio, y que procedían de las personas asesinadas por los rojos en dicho lugar, el seis de septiembre del año mil novecientos treinta y seis; y rigurosamente examinados, pudimos comprobar e

identificar que dichos cadáveres eran de los señores siguientes: reverendo padre Domitilo de Ayóo, vecino de la Residencia de padres Capuchinos de Gijón.—*Fray Manuel de Hontoria*, Guardián. *Fray Máximo de Villabasta*, licenciado en Sagrada Teología.»

RELATO MAS DETALLADO DE LA EXHUMACION E IDENTIFICACION

«El día 21 de febrero del año 1938, el M. R. P. Manuel de Hontoria, Guardián de Gijón, y el R. P. Máximo de Villabasta, con familiares de los asesinados en Peón, se trasladaron al cementerio de dicho pueblo. Allí personados se comenzó inmediatamente a abrir la fosa, por unos jóvenes del pueblo, que decían era de los asesinados. Al aparecer el primero, se le encontraron dos medallas, al cuello: era el hijo de don Isidoro, allí presente. Después de sacar unos cuantos aparece en la fosa uno, a cuya vista dice una criada de don Alfonso Albo: «Ese es el Capuchino, que lleva la camisa de mi señorito.» Le registran en la misma fosa, y se le encuentra al cuello, una cadena con un crucifijo y una porción de medallas. El crucifijo le conocía yo; se le había regalado con varios más en Ruiloba (Santander) una familia que tenía objetos religiosos en Jerez de la Frontera; una medalla de la Virgen del Remedio, del mismo pueblo de Santander, donde había dado una misión con el padre Evangelista; otra del Santo Cristo de El Pardo; otra de la Virgen del Tránsito, patrona de Zamora, capital de su tierra. Se le conocía algo la tonsura... Fué encerrado en un ataúd; y al atardecer, todos fueron conducidos a Candás, menos el padre Domitilo, a quien pedimos nos lo dejaran en el cementerio de Gijón. Yo, padre Guardián me adelanté, con el fin de pedir a los padres Jesuítas un nicho de su panteón: dos tenían libres; y el padre Superior, Alfredo Martín, concedió inmediatamente uno. A fin de no perder tiempo, avisé por teléfono desde los jesuítas, que podían enterrarlo. Por eso, no pude asistir; asistieron los padres Carmelo y Leandro. Sobre la lápida del nicho no se puso inscripción alguna; sobre la caja tiene un papel escrito por mí en el mismo cementerio de Peón.»

TESTIMONIO DEL TRASLADO DE LOS RESTOS DEL REVERENDO PADRE DOMITILO DE AYOO DEL PANTEON DE LOS REVERENDOS PADRES JESUITAS AL DE LOS PADRES CAPUCHINOS DE GIJON.

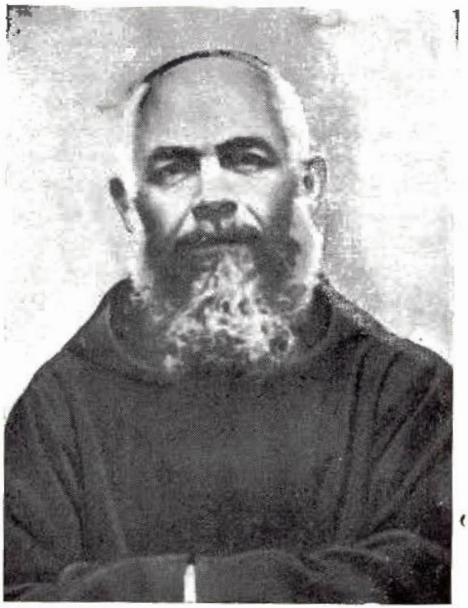
«Fray Marcos de Escalada, sacerdote Capuchino, ex definidor, lector emérito y actual vicario del convento de Capuchinos de Gijón.

CERTIFICO: Que el día catorce de julio del año mil novecientos cuarenta y ocho se trasladaron los restos mortales del reverendo padre Domitilo de Ayóo, sacerdote Capuchino, asesinado por los marxistas el seis de septiembre del año mil novecientos treinta y seis, del panteón de los padres Jesuítas de Ceares (Gijón) al de los padres Capuchinos de la misma población. Estuvieron presentes al traslado el venerable hermano fray Salustiano, lego Capuchino, de oficio albañil; el reverendo padre Leonardo Diego, de la Compañía de Jesús, y el muy reverendo padre Marcos de Escalada, Capuchino. Como requisito previo se pidió y se obtuvo el permiso del excelentísimo Ayuntamiento. Abierto el nicho donde estaba el cadáver, apareció una caja grande de madera; se la extrajo del nicho y, colocada en tierra, se abrió, y rezamos un responso. Al intentar levantar de nuevo la caja para introducirla en nuestro panteón, se observó que se deshacía la caja en pedazos. Entonces se trasladaron los restos a la tapa o cubierta de la misma. Los restos del padre Domitilo, al querer levantarlos para colocarlos sobre dicha tapa, también se deshicieron; es decir, el cadáver, quedando solamente los restos y bastante polvo. Así se encerraron en el nicho superior del lado izquierdo de nuestro panteón. El día diecinueve de agosto del año mil novecientos cuarenta y ocho, el muy reverendo padre Marcos de Escalda, Superior entonces de este convento de Gijón, ordenó al reverendo padre Fernando de Chana, sacerdote Capuchino, y al venerable hermano fray Salustiano, que trasladaran los restos del padre Domitilo, de la tapa de la caja a una pequeña caja de zinc y los volvieran a colocar en el mismo nicho superior izquierdo de nuestro panteón, como así lo hicieron. En fe de lo cual, firmo el presente atestado en Gijón, a diecisiete de mayo del año mil novecientos cincuenta y dos.—*Fray Marcos de Escalda,* O. F. M., Cap. (Rubricado.)»

En cumplimiento de su deber, el año de 1953 visitaba el vicepostulador y autor de estas líneas el nicho que contenía la caja de zinc y los restos del siervo de Dios, padre Domitilo de Ayóo. En la

visita advirtió la presencia de la humedad en el nicho, con peligro de dañar la caja y los restos en ella depositados. Por eso hizo venir al tribunal instructor del proceso de beatificación y reconocer oficialmente el lugar y la caja, descritos en las páginas anteriores. Autorizado por el tribunal, sacó personalmente la caja, primeramente del nicho y luego del panteón de los Capuchinos. A continuación entonó un responso el ilustrísimo señor presidente del tribunal, e inmediatamente se depositó dicha caja, cerrada como estaba, en otra mayor, también de zinc, y en ésta un tubo del mismo metal, que contenía el acta de lo aquí consignado, firmada por los miembros del tribunal, vicepostulador, algún otro religioso Capuchino y el conserje del cementerio. Seguidamente, colocada la tapa sobre la caja exterior, se soldaron tapa y caja, se precintaron, y en varios sitios de la gruesa cinta-precinto se imprimió el sello metálico del Tribunal.

Como el siervo de Dios pertenecía a la comunidad religiosa de Gijón, su proceso de beatificación se tramitó en la Curia episcopal de Oviedo, se entregó a la Sagrada Congregación y por la misma se abrió, en las fechas consignadas en las notas o datos sobre el siervo de Dios Padre Arcángel de Valdavida.



Siervo de Dios

FRAY ALEJO DE TERRADILLOS

SIERVO DE DIOS
FRAY ALEJO DE TERRADILLOS

I

Nacimiento.— Niñez. —Juventud alegre y ordenada.— Ejemplar evolución.

Nació fray Alejo en la villa de Terradillos, diócesis de León y provincia de Palencia, el día 14 de junio del año 1874. El 17 del mismo mes y año recibió el sacramento del bautismo, imponiéndosele el nombre de Basilio. Fueron sus padres don Ildefonso González y doña Celestina Herrero. Dos años más tarde, el 3 de junio del 76, le fué administrado el sacramento de la confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Los padres del niño Basilio eran cristianos prácticos y sabían cuál era su obligación en orden a la educación de los hijos con que el Señor bendijo su matrimonio. Por otra parte, dotado Basilio de buen carácter y de recomendables inclinaciones hacia la piedad, no precisaron sus progenitores de grandes esfuerzos para conducirle por el camino del bien y de la virtud.

«Nos tocaron muy buenos padres—dice una anciana hermana suya—, que nos dieron buena educación religiosa. Mi hermano Basilio fué siempre muy obediente a mis padres, y asimismo muy buen hermano. Era muy alegre y comunicativo con todos. Comulgaga casi todos los domingos. Le gustaban las prácticas religiosas y mucho le agradaba rezar. No obstante lo cual, sentía gusto por las diversiones, pero siempre honestas.» *(Bernardina González.)*

Por su parte, don Saturnino González, hermano también de fray Alejo, hace la siguiente sencilla y preciosa declaración: «Hasta los

veinticinco años llevó una vida como los demás: alegre y pacífica. Pero desde los veinticinco años en adelante, hasta que ingresó en la Congregación Capuchina, llevó vida muy recogida y observante de la ley de Dios, pues nunca se acostaba sin rezar el rosario con toda la familia, lo mismo en casa que en el campo, en invierno que en verano. ¡Cuántas veces me acuerdo que, cuando estábamos segando, antes de recogernos para casa rezábamos el rosario, aunque estábamos rendidos del trabajo del campo! Creo que el que estaba rendido era yo, ya que él para todo se encontraba siempre dispuesto. Lo mismo hacía con el ejercicio del vía crucis: él era quien le recitaba en la iglesia con profundo recogimiento. Los dos últimos años que estuvo con nosotros, fué mucho mayor su fervor y recogimiento, pues los domingos, cuando los demás estaban divirtiéndose, él se dedicaba a visitar enfermos. El último verano que hizo conmigo no se desnudó más que para mudarse; y por la noche le veíamos en el patio de la casa, de rodillas, con una cruz en la mano. No puedo decir cuánto tiempo permanecía así, pues hasta nuestro padre le respetaba.»

II

Vocación extraordinaria.—Devota estratagema para realizarla.—Novicio y profeso Capuchino en el humilde estado de hermano.

Sin temor a exagerar, puede reputarse de extraordinario el llamamiento divino del joven Basilio al estado religioso. «Un año fué a la casa de los Jesuítas de Carrión de los Condes a hacer los santos ejercicios, y al regresar dijo: «No hay más que una alma que salvar; quiero irme a los Capuchinos.» Por entonces mi padre no le dejó, sino que le dijo: «Ingresa en los Jesuítas.» Mas él respondió: «Me voy Capuchino, porque ellos hacen más penitencia.»

«Los últimos días que estuvo con nosotros me dijo: «Mucho he trabajado en esta vida, pero nada en provecho mío; o sea, en beneficio de mi alma. Por tanto, hermano mío, me retiro de este mundo para recogerme en un claustro, con el fin de salvar mi alma, que me interesa más que el mundo entero.» Y no puedo continuar más, porque el sólo recordar los consejos que él me dió, me llegan al corazón y me ahogan las lágrimas.

»Al año siguiente al diálogo mantenido con su padre, le dijo: «Voy a confesarme a los Capuchinos de León.» Desde allí escribió

que se quedaba para religioso, y así lo hizo, entrando religioso Capuchino.» *(Saturnino González.)*

Efectivamente, advertidos por los Superiores los buenos propósitos del joven Basilio, le enviaron a Bilbao para hacer los meses de postulantado exigido por las leyes canónicas, «llamando ya desde entonces la atención de todos los religiosos por su recogimiento». Por lo mismo, el día 18 de abril del año 1906 vestía la austera librea capuchina, tomando el nombre de fray Alejo de Terradillos, e iniciando el año de probación en el humilde estado de hermano lego. Austero y penitente, mortificado y laborioso, observante y muy obediente se mostró el joven novicio en la nueva palestra, razón por la cual la comunidad le admitió unánimemente en la triple votación a la profesión religiosa, que él, con inmenso gozo de su alma, emitió el 19 de abril de 1907, y la solemne el 20 de abril de 1913, por exigir es aquel tiempo las leyes de la Iglesia seis años de votos simples. *(Actas de vestición y profesiones.)*

III

Virtudes heroicas.—Fray Alejo y los novicios.—Amar a Dios sin modo ni medida.

Emitida la profesión simple, salió fray Alejo del noviciado; pero quedó de residencia en el mismo convento de Bilbao para desempeñar varios oficios, especialmente el de cocinero, que es, a no dudarlo, el más pesado en una comunidad religiosa. Cambió en parte de situación, mas no decayó en el fervor concebido; antes bien, alentado por los saludables efectos de la profesión, sus virtudes crecían rápidamente, cual si se tratara de un religioso consumado en la vida y en la aplicación de los medios de perfección. Después de algunos años fué trasladado al convento de Montehano, Casa entonces de noviciado.

«Dicho hermano gozaba de gran estima entre los religiosos de las comunidades de la Provincia, pues sobresalía por su piedad, penitencia y continuo recogimiento. En el recogimiento era algo extraordinario; siempre con la vista recogida, como mirando hacia su interior. Después de las oraciones de la noche en comunidad, durante el tiempo de nuestro noviciado, él se bajaba junto al altar del Santísimo y, de rodillas en la grada inferior, se pasaba grande rato inmóvil ante Jesús Sacramentado. No sé hasta qué hora, porque allí le dejábamos cuando íbamos a descansar.

»En las recreaciones extraordinarias teníamos los novicios el de-

seo de que fray Alejo estuviese con nosotros, por la veneración que le profesábamos. En la penitencia, sobre todo, era extremo: el hábito y el cordón más pobres eran, ciertamente, los de fray Alejo. En la comida, como él era el cocinero, para sí se servía de continuo lo que sobraba de días anteriores; lo que para otros no servía. De esto nos dábamos perfecta cuenta. El rigor con que se disciplinaba causaba espanto, pues los duros golpes que descargaba sobre su cuerpo resonaban entre todos los demás, que la hacíamos al mismo tiempo; parecía que descargaba sobre cosa extraña e insensible. La pared de la tribuna del convento de Montehano podría decirnos algo de estas crueldades de fray Alejo, pues la vimos manchada con salpicaduras de sangre. Debía llevar su cuerpo cargado de mortificantes cilicios. En una ocasión cayó enfermo de cierto cuidado, y dispuso el padre guardián que le visitase el médico, y éste tuvo necesidad de reconocerle, y recuerdo que dijo estas palabras: «¡Qué carnicería tiene hecha fray Alejo en su cuerpo!» Era observantísimo para todos los actos comunes y muy afable en su trato. Todos le apreciábamos mucho por sus virtudes con que nos tenía verdaderamente edificados.

»En cierta ocasión, durante las recreaciones extraordinarias le preguntó un novicio: «Fray Alejo, ¿cuál es el mejor modo de amar a Dios?» Fray Alejo, sonriente, respondió: «A Dios hay que amarle sin modo ni medida.» Así creo que le amaba él.» *(Padre José María de Chana.)*

«En el convento de Montehano conocí al hermano fray Alejo de Terradillos, con quien viví mi postulantado y noviciado hasta el 1 de agosto de 1916. En todo ese tiempo, con mis ojos de novicio, siempre prontos en esa época para reparar en la menor inobservancia, no vi nunca ninguna en fray Alejo; antes bien, observé siempre en dicho hermano una austeridad de vida, junto con una dulzura de trato, más para admiradas que para imitadas.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

IV

De Montehano a La Coruña.—Trabaja por cuatro.—Paz inalterable.—Devoto y caritativo.—Tres virtudes predilectas: la oración, la penitencia y el espíritu de trabajo.

Trasladado fray Alejo desde Montehano a la recién fundada Residencia de La Coruña, también allí esparció el aroma confortante de sus virtudes entre religiosos y seglares, adquiriendo justamente

la opinión de santo ante las personas que le trataban o que simplemente le veían en la capilla, en la portería o en la huerta del convento.

«Llamaba la atención de todos y era tenido en gran veneración. Siempre se le veía amable, sin familiaridad; atento con todos, sin distinción de clases. Jamás se entretenía en palabras o conversaciones inútiles, y cuando interesaba escuchar de sus labios alguna palabra, o detenerle unos momentos, su respuesta habitual, acompañada de leve sonrisa, era ésta: «Tengo mucha prisa, tengo mucha prisa», y acto seguido se iba a su trabajo, dejándonos edificados de su prudencia y exquisita vigilancia sobre sí mismo. Todas las veces que iba a casa de mis padres con algún encargo del padre guardián, conservaba su prudente reserva y jamás conseguimos hacerle traspasar los umbrales de la puerta, aunque le instábamos a descansar un ratito, pues nos parecía acoger un santo en nuestra casa; y aunque sin dejar de traslucir éste nuestro aprecio, se le instaba por educación y por la gran amistad que con la comunidad nos unía. Pero él, invariablemente, se negaba con su acostumbrado *tengo mucho que hacer*, dejándonos a todos admirados. Una vez sí entró, sin ser invitado a ello; pero fué para rezar un rosario ante el cadáver de mi padre, y esto nos sirvió de gran consuelo en aquel día de aflicción.

»Nos admiraba cómo podía soportar el enorme trabajo que sobre él pesaba: trabajaba la huerta, cocinaba, era sacristán, y como tal, barría la capilla, asistía a varias misas, rezaba el rosario, hacía las lecturas, vía crucis, etc., etc., sólo ayudado de cuando en cuando por un padre enfermo, que por estar delicado no podía predicar y ayudaba algo a fray Alejo en la sacristía. Como entonces no tenían demandadero para los recados, los hacía el buen hermano. ¡Cuántas veces le he visto con sus paquetitos debajo del manto! A todo esto se añadía que casi siempre atendía a la portería, adonde incesantemente le llamaba el timbre, y siempre con la misma calma e igualdad de ánimo. Era de una paz admirable. Jamás se le vió turbado.

»Con estos datos del trabajo de fray Alejo, datos que se traslucían al exterior, sin ningún alarde por su parte, cualquiera podría pensar que andaba agitado con tanto quehacer; pero aquel bendito hermano resultaba a nuestros ojos como algo incomprensible. Trabajaba por cuatro, según nos dijo el Superior, y oraba con una calma y un fervor tan intensos, que parecía no tener otra cosa en qué ocuparse. ¡Cuántas veces fuí a la capilla acompañada de una hermana mía a horas en que sabíamos que estaba solitaria, forjándonos la ilusión de que Jesús nos veía y nos escuchaba a nosotras solitas en aquel silencio del santuario! Pero cuando menos lo esperábamos, surgía como una visión la figura ascética de fray Alejo, de rodillas,

casi pegado al sagrario, con los brazos en cruz. Es que estaba postrado y no se le podía ver desde el resto de la capilla.

»Daba la impresión de que jamás perdía la presencia de Dios. Su aspecto era realmente el de un santo, y en tal opinión se le tenía. Era el servidor fiel que esperaba a su Señor velando, para no ser sorprendido, como lo demuestra el siguiente caso: Solía mi padre aceptar alguna vez la repetida invitación del padre Superior para pasear con los religiosos por la huerta del convento. En una de estas ocasiones, fray Alejo (me parece que por indicación del Superior) estaba subido a una higuera, cogiendo brevas para obsequiar al huésped; se cimbreaban las ramas con el peso del hermano, y mi padre, asustado, gritó: «Bájese, fray Alejo, que se va a matar.» Con su calma habitual y con su sonrisa, respondió tranquilamente: «No se preocupe usted; tenemos la maleta hecha, y... ¿qué más da?» Papá quedó estupefacto ante aquella serenidad, y lleno de admiración nos lo contó en familia, alabando la santidad del hermano.

»Como buen franciscano era jovial y tenía bromas, pudiéramos decir a lo divino. Un día, 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, salíamos al atardecer de la capilla; en la puerta nos cruzamos con fray Alejo que venía de la huerta; sin detenerse un paso, con una sonrisa celestial, nos dice: «La Virgen se ha ido al cielo y usted se quedó aquí.» «Usted se ha quedado aquí», repetía, alejándose. Reímos la ocurrencia del hermano, y al mismo tiempo comentábamos aquellas palabras: «Donde está tu tesoro allí está tu corazón.» *(Sor Concepción Díaz, Clarisa.)*

«Su presencia no era vulgar, sino que todo hacía ver en él a una alma privilegiada, desprendida de todo lo de este mundo. Humildísimo y de un fervor extraordinario, contagiaba a todos los que habitualmente asistíamos a las misas y demás cultos que se celebraban en la capilla del convento. Trabajaba siempre en los más diversos oficios, como cultivar la huerta, lavar la ropa, atender a la portería, y con gran fervor cuidaba de todo lo de la capilla. Aunque era muy amable, no se entretenía en conversaciones ni se impacientaba con nadie. Siempre dirigía él los rezos, y en el mes de ánimas lo hacía de tal forma, que nos hacía sentir las angustias y los sufrimientos de las pobrecitas almas del Purgatorio. Otra práctica devotísima era el vía crucis, y con su actitud y figura ascética, nos parecía acompañar a Cristo. Algunas veces comentábamos su santidad con los padres, y todos estábamos conformes y decíamos que a la hora de la muerte se iría derechito al cielo, hasta con las sandalias.» *(Carmen Durán Cao.)*

«Conceptuaba al hermano fray Alejo un verdadero santo. Era muy piadoso y muy trabajador: en la huerta, en la cocina, en la sa-

cristía, en la iglesia; todo lo llevaba él. Un día iba por la iglesia del convento aprisa, como solía andar siempre; tropezó en un banco, debió herirse en alguno de los pies; yo se lo advertí, pero me contestó con su acostumbrada sonrisa y no hizo el menor caso.

»Muy atento con todas las gentes era siempre fray Alejo; pero ni perdía el tiempo en conversaciones, sino que rápidamente daba los recados, ni jamás se dejaba llevar de ligerezas en su breve conversación. Cuando desde el altar o desde el púlpito dirigía los rezos, las novenas y especialmente el santo ejercicio del vía crucis, era tal su piedad, que a todos nos movía a devoción. Me consta que bastantes gentes de los extremos de la ciudad venían a la capilla de los padres Capuchinos por la devoción que les inspiraba fray Alejo cuando rezaba.» *(Socorro Vila.)*

«Tres virtudes principalmente se destacaban en él: la oración, la penitencia y el espíritu de trabajo. Fray Alejo oraba mucho y con gran atención, devoción y edificación. Era asimismo muy penitente y mortificado. Recuerdo a este propósito que en cierta ocasión se había producido una cortada con un vidrio, y aunque se le aconsejaba que se curara, fray Alejo no hizo el menor caso de la herida. Respecto del trabajo, desempeñaba los oficios de portero, cocinero, sacristán, hortelano; es decir, todos los de la Residencia de padres Capuchinos, y para todos hallaba tiempo. Supe que tenía una hernia muy abierta; pero fray Alejo no se preocupó de operarse o aplicarse algún remedio a dicha novedad contra su salud. Era muy devoto, fervoroso y ejemplar en su Orden, en todo cuanto yo pude observar en él, cuando me hospedaba en los padres Capuchinos; y como en los oficios que desempeñaba procuré yo algunas veces ayudarle, por eso pude observarle y darme cuenta de su edificante comportamiento.» *(Hermano Alejo de San Agustín, Pasionista.)*

V

Todavía en La Coruña.—Fama de santidad creciente.—Dios se lo pague.—Todo por Dios y para Dios.—Fray Alejo y la quema del convento y capilla.

«Fray Alejo era un verdadero santo, pues con gran atención cumplía cuantos trabajos supone una comunidad donde hay un solo hermano, y de lo cual yo me daba cuenta. Su trato no podía ser más afable, pero sin ligereza de ninguna clase. Cuando tenía que tratar algún asunto o dar algún recado, lo hacía sonriente, pero rápidamente. Era muy comedido y reservado en el hablar. Cuando me

encargaba hacer alguna prenda para los religiosos, nunca me decía para cuál de ellos era. Cuando dirigía los rezos lo hacía tan devotamente, que venían las gentes por montones a la capilla de los padres, atraídas por la devoción que inspiraba fray Alejo. Cualquier servicio que se le hacía, lo agradecía sinceramente, y sus palabras de gratitud eran invariablemente estas: «*Dios se lo pague.*» Me animaba asimismo para que yo hiciera todas las cosas por amor de Dios. Sus palabras eran: «*Todo por Dios; todo para Dios*», excitándome a la conformidad con la voluntad de Dios. Todas las personas que frecuentaban la capilla de los padres le conceptuaban un verdadero santo. Me consta que varias personas se entregaron a la vida piadosa por la devoción que les inspiraba fray Alejo cuando dirigía los rezos en la iglesia.» *(Julia López.)*

«Fray Alejo era muy devoto, trabajador incansable y muy caritativo. Cuando rezaba o dirigía novenas, inspiraba verdadera devoción por la que él demostraba. Todas las personas que frecuentaban la capilla de los Capuchinos estaban edificadísimas de su vida religiosa y laboriosa. Tres hijos míos fueron monaguillos de la iglesia y siempre tenía alguna atención con ellos, tal vez privándose él de algún gusto. Más de una vez oí decir a un padre Capuchino que fray Alejo comía las sobras de los demás religiosos. También me refirió que después de darse las disciplinas fray Alejo, se veían las paredes salpicadas de sangre; prueba de lo mucho que afligía y castigaba su propio cuerpo. No es exagerado afirmar que fray Alejo era un perfecto religioso y un verdadero santo. Así lo manifestaba todo su exterior. Además de lo aquí expuesto, me encomiendo a él y espero obtener por su mediación las gracias que pido. En las noches de Jueves Santo, estando abierta toda la noche la capilla, velábamos el Santísimo, y fray Alejo permanecía de rodillas horas enteras, edificando con su actitud a cuantos tuvimos la suerte de conocerle.» *(María Fernández de Fábregas.)*

No bien había nacido la segunda República española, establecida para todos los españoles con aires aristocráticos, según anunciaban en la propaganda algunos de sus progenitores, no por República, sino por mala, le salieron tremendos y feísimos quistes, entre los que hay que contar la quema del convento y capilla de los Capuchinos de La Coruña el mismo año del nacimiento de la *procaz niña,* 1 de julio de 1931. «Cuando esto sucedió, fray Alejo, con el padre guardián, fueron a alojarse en casa de mis padres, y también allí pudimos apreciar la humildad y santidad del hermano en tantos detalles de la vida de familia. Con gran riesgo de su vida, y aunque el padre guardián le aconsejaba que no lo hiciera, todos los días, de madrugada, sin ser visto, se metía en las ruinas de la capilla y allí

estaba hasta la noche, creemos que rezando y mortificándose, porque allí nada había que hacer. Jamás le oímos quejarse ni hablar mal de los que les perseguían.» *(Carmen Durán Cao.)*

«Cuando estalló la República española, que lo echaron del convento, vino a refugiarse donde yo estaba por aquellas fechas trabajando. Y en muchas ocasiones no quería comer, porque decía que, como no trabajaba, no tenía derecho. La mayor parte del tiempo se la pasaba rezando, pidiendo a Dios por todos, incluso por los que le persiguieron. Decía que los pobres no sabían lo que hacían, y había que perdonarlos.» *(María Mosquera.)*

VI

Al convento de León.—Fray Alejo y los coristas teólogos.—Enfermero ideal.—Paradigma de todas las virtudes.—Al convento de Gijón.

«El año de 1931 salí a recibir a fray Alejo a la estación de León, a cuyo convento de Capuchinos iba destinado desde La Coruña, donde los rojos nos habían incendiado por entonces nuestra Residencia. Por cierto que tropezó y cayó en una de las vías de entre los andenes y estuvo a punto de ser cogido por una máquina. A este percance, como a toda adversidad, correspondía con una sonrisa expresiva de su resignación alegre y de su conformidad con la voluntad de Dios Nuestro Señor. En todo el tiempo que permaneció en León, fué modelo acabado de todas las virtudes.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

No son, ciertamente, los estudiantes quienes más fijamente clavan la mirada en las virtudes de los otros. Engolfados en los estudios, tienen bastante en qué entender con tantas disciplinas como abarca la carrera eclesiástica. Sin embargo, no pasaron para ellos desapercibidas en León las virtudes de fray Alejo durante su permanencia en aquel convento.

«En todo momento conceptué a fray Alejo como un perfecto religioso lleno de virtudes, destacándose en él la piedad profunda, la bondad y caridad, juntamente con un perfecto dominio de sí mismo, a pesar de su temperamento fuerte. Los coristas, unánimemente, estábamos edificados de su virtud.» *(Padre Abel de Bilbao.)*

«Conocí al hermano fray Alejo, quien desempeñaba entonces los oficios de limosnero, sacristán y enfermero. Con frecuencia le vi orar ante el Santísimo Sacramento con tanta compostura exterior, que edificaba y movía a devoción. Como enfermero noté una cari-

dad y solicitud tal para con los enfermos, que podía compararse a la de la más cariñosa madre.» *(Padre Olegario de Cifuentes.)*

«Fray Alejo era muy observante, amable y trabajador. Nunca oí a ningún religioso alguna queja contra fray Alejo. Los estudiantes le teníamos como modelo perfecto de todas las virtudes, y creíamos que por la mañana no desayunaba. Tal vez se dió cuenta él de ésta nuestra persuasión, y creo que para disimular, un día, cuando los estudiantes estábamos desayunando, fray Alejo colocó una tacita de chocolate sobre la tabla de la ventanilla del refectorio; entró luego en el comedor, rezó con los brazos en cruz una avemaría, y, vuelto de cara a los coristas, la sorbió de varios tragos; luego, otra avemaría, y se marchó a su trabajo.»

«A fines del año 1932 nos hallábamos en la enfermería con idéntica enfermedad dos estudiantes coristas que estudiábamos también el mismo curso de Teología. Hacía ya varios meses que nos venía asistiendo con gran esmero en nuestra enfermedad el hermano enfermero; pero, debido a una indisposición en su salud, hubo de guardar cama varios días. Creyó conveniente entonces el padre guardián poner en la enfermería, para cuidarnos a los dos estudiantes enfermos, al hermano fray Alejo.

»Desde el primer momento cogió su nuevo cargo con inusitado entusiasmo, y para atendernos mejor se instaló en una celda junto a la nuestra. En un principio le dí yo más quehacer, a causa de las continuas hemoptisis. Sentía tener que despertarle por la noche; pero en cuanto oía el timbre, el buen hermano se levantaba corriendo e iba sonriente a mi celda. Esta fué la nota característica de su asistencia como enfermero: una alegría tan profunda, tan espiritual y tan regocijada, que nos comunicaba optimismo. Siempre le vimos alegre; y para que estuviésemos regocijados, nos refería chistes y cuentecitos que nos hacían reír extremadamente. Esto contribuyó en mí a reponerme.

»Por otra parte, parecía que no dejaba el rosario de la mano; siempre entretenido rezando, arreglando rosarios, siempre de prisa, algo encorbado. Aunque no le llamáramos, venía con harta frecuencia a nuestras celdas a ver si necesitábamos algo. Nuestros deseos más mínimos eran para él verdaderos mandatos. El mismo nos preparaba los alimentos, y tenía buen cuidado de hacerlo a nuestro gusto y sumamente abundantes. Gracias a su esmerado cuidado pude reponerme y continuar los estudios. Por todo ello le estoy íntimamente agradecido y siempre me es agradable su figura como enfermero.» *(Padre José Antonio de Miengo.)*

VII

Fray Alejo, en Gijón.—Heroico en todas las virtudes. Amante de la modestia.—Detenido por los marxistas. En la Comisaría y en la Residencia-cárcel.—La palma del martirio, corona de sus virtudes.

Tres años aproximadamente permaneció el siervo de Dios en el convento de León, sin decaer lo más mínimo del estado de perfección y santidad que había practicado en los otros conventos: siempre modelo de todas las virtudes y ejemplo vivo de observancia regular, de laboriosidad, de ardiente y práctica caridad. El año de 1934 fué trasladado a la villa de Gijón, donde seguirá el mismo camino hasta coronar sus virtudes con la del martirio.

«El año de 1934 fuí nombrado guardián del convento de Capuchinos de Gijón, y desde el 29 de agosto del mismo año hasta el 21 de julio de 1936, en que los rojos nos apresaron juntos, volví a convivir con fray Alejo; él, en calidad de súbdito, y yo, de Superior. En este tiempo ejerció los cargos de portero, de sacristán..., desempeñándolos como todo lo que se le confiaba. Como Superior primerizo, inclinado al rigor, al menos para con los demás, ¡de cuántos defectos no adolecería mi gobierno! Con todo eso, fray Alejo no tenía más voluntad que la del Superior. Nunca vi en dicho hermano el menor defecto y sí toda clase de virtudes. Le tuve siempre por un gran santo. Que no dudo que practicó siempre *en grado heroico* las virtudes de la Fe, Esperanza, Caridad para con Dios y para con el prójimo; la obediencia, la pobreza, la castidad, la penitencia, la mansedumbre, la laboriosidad, la mortificación, etc.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

«Cierto día, cuando contaba doce o trece años, me presenté en la portería con un vestido bonito, y apenas tenía escote. Al verme fray Alejo, que era portero, me dijo: «El vestido es muy bonito, pero llevas mucho escote; ven que te pongo un alfiler.» Y dicho y hecho, me puso el alfiler, añadiendo: «Si de pequeña te acostumbras a andar así, de mayor vestirás menos modestamente.» Como yo le dijera al padre Superior que me parecía realmente modesto el vestido, en presencia de fray Alejo y el mismo padre lo afirmara, fray Alejo no cambió de actitud, probando con este hecho cuánto amaba la modestia cristiana. Todavía lo recuerdo como si fuera hoy mismo.» *(María Rodríguez García.)*

Al estallar el Movimiento en España, y triunfantes las hordas

salvajes rojas en Gijón, iniciaron los saqueos y las quemas de edificios, especialmente de tipo religioso; las detenciones y los asesinatos de gente de bien. Como el hermano fray Alejo formaba parte de la comunidad de Capuchinos de dicha villa, huelga repetir lo que de otros mártires del mismo convento queda ya consignado en otras páginas de esta obrita. Pero como hay algunos matices interesantes más directamente relacionados con el siervo de Dios, no queremos omitirlos.

Fray Alejo fué conducido, después de detenerle, con el padre guardián y con otro hermano a la próxima panadería, con el siniestro fin de rematarlos allí indudablemente por los del Frente Popular, quienes a boca jarro mantuvieron con el Superior el siguiente diálogo:

«—Ustedes predican: no matar; después matan a los obreros.

»—Nosotros no matamos a nadie; no sabemos siquiera manejar las armas.

»—Pues ahora no sucede lo de octubre: nosotros luchamos por la legalidad, y ustedes luchan contra el Gobierno legítimo.

»—Nosotros los religiosos no luchamos contra nadie.

»—¿Y el tiroteo de ayer desde el convento, con el que nos hicieron varias bajas?

»—Nosotros no fuimos; quienes tiraban lo saben ustedes tan bien como nosotros.

»—Cuando ustedes vinieron a Gijón no tenían una perrina, y hoy tienen millones.

»—De deudas, tendremos nosotros millones. Si lo dice por la obra de la iglesia que estamos haciendo, sepa que se hace sin tener una peseta, con el dinero del Banco; y eso, para dar de comer a los obreros, remediando el paro, como remediamos tantas hambres como con el pan que repartimos todos los días, particularmente los viernes.

»—Eso ya lo sé yo lo que ustedes reparten; que les conozco desde que vinieron a Gijón.

»—Si nos conoce, y es tal vez vecino nuestro, no creo pueda tener queja alguna de nosotros.

»—Bueno, pónganse en fila los tres—nos dice, echándose a la cara los fusiles los tres rojos que allí nos habían conducido, y nos encañonaron para matarnos.»

Por entonces no los mataron, a causa de haber intervenido el panadero en favor de ellos. Por unos momentos los dejaron solos, animando el padre guardián a los dos hermanos a que cada uno cogiera un pan, manos en alto y, siguiendo su ejemplo, marcharan a las casas de antemano buscadas o a otras donde cada uno, en aque-

llos momentos decisivos, pudiera. Pero los hermanos no siguieron su ejemplo, sino que, quedados en la panadería, fueron sorprendidos por los comunistas y llevados presos a la Comisaría para juntarse con los otros religiosos conducidos desde el sótano del convento a dicho centro oficial. *(Padre Hontoria.)*

Fray Alejo fué, ciertamente detenido, encarcelado, llevado a la Comisaría y a la Residencia-cárcel de los padres Jesuítas. «Al hermano fray Alejo de Terradillos sí le recuerdo ante su fotografía. Hombre humilde; con la sonrisa en los labios, tenía esa gracia que ha caracterizado a Santa Teresa de Jesús. Estaba siempre rezando el rosario y tenía siempre una frase de disculpa para nuestros carceleros por su ignorancia supina.» *(Abogado Bonifacio L. Somonte.)*

«Conmigo estuvieron presos varios religiosos Capuchinos del convento de esta ciudad, recordando los nombres... *Hermano Alejo de Terradillos.*» Ya hemos escrito que en Gijón se reunieron varias personas para prestar asistencia a los religiosos Capuchinos presos, las cuales se turnaban para llevarles alimentos y ropa limpia. «En uno de los días de nuestra caritativa visita salió a la puerta el hermano fray Alejo de Terradillos para recibir la ropa lavada que le entregamos. El, sonriente, y saludando con la mano, recibió la ropa lavada; estaba en mangas de camisa.» *(Manolita Fernández González.)*

Dos días antes del asesinato fué trasladado de la Residencia a la parroquia de San José, y desde allí al cementerio de Jove, con sus hermanos de hábito y con otros muchos héroes que murieron dando los acordados vivas: «¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA CRISTO REDENTOR! Así murió también fray Alejo, coronando las virtudes durante su vida practicadas con la corona del martirio, dando su vida por Dios y para Dios.

«Pocos años más tarde—así escribe una persona que le trató mucho en vida—, junto a las tapias del cementerio de Gijón (Jove), fray Alejo metía en la maleta, preparada con tanto esmero durante toda su vida, y repleta de méritos, metía, digo, la palma del martirio; y mientras su cuerpo caía acribillado por las balas de los comunistas y rubricaba con su sangre su ardiente amor a Jesucristo, su bella alma volaba gozosa a presenciar el triunfo de la gloriosa Asunción de María. Era el 14 de agosto de 1936... *La Virgen se ha ido al cielo, y fray Alejo no se quedó en la tierra...*, siguió a la Señora en su carrera triunfal. Me considero feliz de haber tenido parte en sus oraciones. Que ellas me alcancen de Dios el poder acompañarle en la gloria.» *(Sor Concepción Díaz, Clarisa.)*

VIII

Los restos de fray Alejo.—Su nombre, en los monumentos a los Capuchinos mártires.—Tienen confianza en su protección.—Se pide la beatificación.—El proceso informativo.

Se sabe con certeza que fray Alejo fué martirizado en el cementerio de Jove, pues cuando trasladaron los presos a la iglesia de San José, también fuí con alguna compañera a llevarles la comida; pero ya no estaban allí, los habían matado; sólo quedaba el *Cocinerín*, según nos informaron los carceleros de la iglesia-prisión. Si, pues, solamente quedaba el *Cocinerín*, es evidente que todos los demás fueron asesinados, y por lo mismo, también fray Alejo.

«Me consta que asesinaron a todos los Capuchinos que estaban conmigo presos, menos al *Cocinerín*, como después comentábamos, lamentando su muerte, el día 14 de agosto, en el cementerio de Jove.» Con todo, y a pesar de las diligencias repetidas para encontrar e identificar los restos del hermano mártir, no fué posible dar con ellos, por no encontrarse más que montones inmensos de restos humanos en las dos fosas en que enterraron los cadáveres de tantas víctimas sacrificadas por el odio a lo honrado, a lo bueno, a lo santo, a la religión y a Dios.

El nombre de fray Alejo se halla esculpido en las tres lápidas fijadas en lugares santos para perpetuar la memoria y las virtudes de los mártires. En la segunda lápida del cementerio de Jove, en una de las muchas colocadas en el atrio de la iglesia de los padres Jesuítas y en la de la iglesia de los padres Capuchinos de Gijón.

«Desde hace unos años, y sin saber que se trataba de introducir la causa de beatificación y sólo por la opinión de santidad que para mí tenía, vengo encomendándome en diversas dificultades, y de todas me ha librado fray Alejo, a quien conocía muchísimo toda mi familia. Con el deseo de verle pronto en los altares, manifiesto estos datos.» *(Flora R. González.)*

«Yo también he comenzado a encomendarme a él, y me han salido bien las cosas, y espero que me resuelva asuntos de importancia a él encomendados. Quiera Dios le veamos pronto en los altares.» *(Alejandro Ripoll.)*

Con el de los otros mártires Capuchinos de Asturias fué tramitado también el proceso informativo de beatificación del siervo de Dios fray Alejo de Terradillos y entregado a la Sagrada Congregación

de Ritos el día 18 de enero del año 1954. Con ocasión del proceso fueron a Oviedo para declarar dos hermanos carnales de fray Alejo, llamados: él, don Saturnino González Herrero, de setenta años de edad, y ella, doña Bernardina González Herrero, de setenta y dos años. Terminada su declaración, la buena hermana dice tranquilamente al Rvdmo. Tribunal: «Anden ustedes aprisa, porque yo quiero ir a Roma para asistir a la beatificación de mi hermano fray Alejo. Ya tengo hecho el vestido y apartado el dinero para gastos de viaje.»

Siervo de Dios

FRAY EUSEBIO DE SALUDES

SIERVO DE DIOS
FRAY EUSEBIO DE SALUDES

I

Nacimiento, padres y hermanos.—Primeros años.— Juventud.

El 19 de febrero del año 1885 vió la luz primera en Saludes, diócesis de Astorga y provincia de León, un niño que, bautizado el 22 del mismo mes y año, recibió con la gracia santificante el nombre de *Ezequiel*. Sus padres se llamaron don Facundo Prieto y doña Inés Otero. De su legítima unión nacieron dos hijas, llamadas, respectivamente, Margarita y Josefa; ambas, a su tiempo abrazaron el estado del matrimonio, y nuestro Ezequiel, quien el 12 de julio del año 1896 fué ungido con el santo sacramento de la confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Don Facundo y doña Inés fueron eminentemente cristianos prácticos; regalaron una devota imagen de San José Patriarca a la iglesia parroquial, y regularmente iban a misa todos los días, especialmente al entrar en la madurez de la edad. Por otra parte, los bendijo el Señor copiosamente con bienes temporales, ya que eran los más ricos de aquellos contornos; pero practicaban con abundancia la virtud de la caridad y prestaban dinero, cuando se lo pedían, sin interés de ninguna clase.

No es de extrañar que dieran educación esmerada a sus tres hijos, y especialmente a Ezequiel, el cual ofrecía para ello las mejores condiciones de naturaleza, por la tranquilidad y bondad de su carácter y por las buenas inclinaciones. «Para que fuera a la iglesia y a los actos religiosos no necesitaba que se lo mandaran. En la

escuela fué siempre el primero, y aunque no era amigo de buscar ruidos, pero tampoco se dejaba pegar, sino que sabía defenderse y triunfaba. Con él iba a la escuela, distinguiéndose él sobre los demás en todos los órdenes, quedando al frente de la escuela en las ausencias del maestro, y ordinariamente hacía de pasante.» *(Blas Prieto.)*

«De joven era un muchacho corriente. Como su padre era de tan buena posición, tenía que alternar en sociedad. Era aficionado al juego de pelota, y siguiendo la corriente de los otros jóvenes, alternaba algo en los bailes, pero siempre con recato y moralidad. Sus conversaciones no fueron nunca libres o deshonestas. No dejaban de buscarle y seguirle las muchachas, mas él no se dejó seducir.» *(Eliseo Cordero Fierro.)*

II

Las buenas lecturas.—Servir a Dios y salvar el alma.—
Religioso ante todo.—Mártir si es necesario.

Ningún despropósito es afirmar que el hombre intima como con el mejor amigo con el libro de su gusto leído reposadamente, porque su inteligencia digiere y asimila las ideas en él vertidas por el autor que le dió vida.

¿Es bueno el libro? Siembra la semilla de la verdad y del bien en el lector. ¿Sustenta, por el contrario, ideas disolventes, irreligiosas, materialistas, ateas, inmorales, corruptoras? Pues entonces desorienta o tuerce completamente la inteligencia y pervierte y corrompe la voluntad y el corazón de quien en él se ha empapado.

El joven Ezequiel tuvo la fortuna de leer libros edificantes, útiles, orientadores y adecuados para sembrar en su alma la semilla de las virtudes cristianas, la orientación al bien y a la piedad, germinando como consecuencia los primeros brotes de vocación al estado religioso.

«Ingresé yo en la Orden Capuchina y en ella permanecí alrededor de diez meses, y por falta de salud tuve que regresar a casa. Vine con el fervor adquirido en el convento, e intimé más con Ezequiel, pues a él le gustaba ya entonces hablar de la vocación y del convento. Desde entonces dejó de alternar con la juventud y se dió al recogimiento y a leer libros piadosos, especialmente la Sagrada Escritura y las Glorias de María de San Ligorio.»

»Tenía Ezequiel en el pueblo un amigo llamado Félix Alvarez, que enfermó y murió tuberculoso, y tal vez fué ésta la circunstan-

cia de que se valió el Señor para otorgarle la gracia de la vocación al estado religioso.

»De hecho, queriendo responder al llamamiento divino, se fué el joven Ezequiel al convento de Capuchinos de León para pedir su admisión en la Orden como candidato a hermano lego. Cuando su padre se enteró de la resolución de su hijo, no se opuso a su ingreso, pero le dijo: «Hijo, ¿por qué no me lo dijiste antes y yo te hubiera pagado la carrera eclesiástica?» Ezequiel respondió: «*Mire, padre, lo que importa es servir a Dios y salvar el alma.*»

»Hablaba yo con él sobre lo dura que era la vida capuchina, pero Ezequiel me decía: «Aunque me hagan sacar piedra de un pozo, yo me voy. *Y si hace falta ir al martirio, voy al martirio.*» Puedo asegurar que su vocación fué completamente desinteresada y sólo por servir a Dios.»

III

Novicio seráfico.—Profeso.—Religioso ejemplar.

Consecuente el joven Ezequiel con los propósitos concebidos para el futuro, no obstante la buena posición social y económica de sus padres, a pesar de los halagos y de las sonrisas con que acariciaba su juventud el mundo y las comodidades que podía disfrutar en el hogar paterno cuando sólo contaba veintiún años de edad, partió resuelto para el convento capuchino de Bilbao, con el laudable propósito de seguir el llamamiento del cielo. Cumplido que hubo el tiempo de postulantado prescrito, vestía el hábito religioso e iniciaba el año de probación el 2 de febrero del año 1907 en el humilde estado de hermano lego; en dicha ocasión tomó el nombre de fray Eusebio de Saludes, al mismo tiempo que dejaba el de Ezequiel Prieto Otero. *(Acta de vestición.)*

«Cuando fray Eusebio comenzaba el año de noviciado era yo también novicio de poco más de dos meses, y aunque nuestro trato no podía ser frecuente, por ser él hermano y yo corista, sin embargo, puedo asegurar que durante el año de probación se portó muy ejemplarmente, aprendiendo varios oficios domésticos propios de los hermanos, pero principalmente el de cocinero, ya que, como segundo oficial, lo desempeñó casi todo el año. De carácter algo tímido, reservado y tranquilo, ni practicó las virtudes heroicas ni se notaron en él defectos sobresalientes dignos de castigo o reprensión. Era como un campo bien dispuesto para recibir provechosamente el rocío divino que desde las alturas se le comunicaba a manera que

avanzaba el tiempo de su formación religiosa en el jardín seráfico.» *(Padre Lorenzo de Quintanilla.)*

La comunidad del convento de noviciado advirtió las buenas prendas y la recomendable conducta observada por el novel novicio. Por eso, en la triple votación a que hubo de someter a fray Eusebio para decidir si podía emitir los votos o volver al siglo, siempre obtuvo favorables todos los sufragios. Por lo mismo, el 2 de febrero de 1908 hizo la profesión simple, y el 28 de febrero de 1915, la profesión solemne. *(Actas de profesión.)*

Después de consagrarse al santo servicio prestó diligentemente sus buenos oficios en varios conventos, especialmente en el de San Martín de Trevejo (Cáceres), en el de León y en el de Vigo, sin aflojar en la trayectoria iniciada en el noviciado, aunque de salud muy delicada.

«Fray Eusebio era de muy delicada salud, padeciendo especialmente del estómago y de anemia general, enfermedad que él llevaba con mucha resignación y conformidad con la voluntad de Dios. Era religioso fervoroso; rezaba y oraba mucho, ya que no podía dedicarse mayor cosa a los trabajos manuales debido a su enfermedad. En el trato era sencillo, comunicativo, y siempre le vi muy espiritual. Enfermo y todo, designado para ir a nuestras misiones de América, allá fué. Yo era entonces hermano donado, y ya noté que era buen religioso, pues me daba muy buen ejemplo y saludables consejos.» *(Fray Egidio de Villahibiera.)*

IV

El siervo de Dios, en América.—Salud precaria.—Vuelve a España.

No sé qué verían los Superiores en fray Eusebio, pues, a pesar de su poca salud y no obstante ser poco emprendedor, le destinaron a nuestras misiones de Venezuela, Puerto Rico y Cuba. Efectivamente, el 21 de junio de 1919 se embarcaba en el puerto de La Coruña, rumbo a aquellas apartadas tierras precisamente, según dice el padre Buenaventura de Carrocera en su obra *Los mártires Capuchinos de la Provincia de Castilla*, en ocasión en que se tramitaba la fundación de una nueva casa en Cruces, provincia de Santa Clara. Allá fué destinado fray Eusebio, y con los padres que fueron a tomar posesión de aquella parroquia llegaba también él, único hermano que por entonces se pudo enviar.

«No son para dichos los trabajos que tuvo que realizar e inco-

modidades que soportar para poner en marcha la nueva fundación. Tenía a su cargo toda la parte material, todas las oficinas y aún le era forzoso ayudar a los padres en lo espiritual, sobre todo en la explicación del catecismo.

»Fué Cruces el único sitio donde, que sepamos, estuvo durante los nueve años de su permanencia en América, y donde prestó sus valiosos servicios. Y esto, a pesar de la enfermedad crónica que ya de antiguo le aquejaba: una anemia fuerte que, agotando sus fuerzas, no le dejaba trabajar con holgura y con constancia.

»Por eso mismo, viéndose grandemente imposibilitado, en abril de 1927 se embarcaba de regreso a España, adonde llegaba en el mes siguiente, siendo destinado al convento de Vigo.

»Estuvo también de familia en los años posteriores en Ribadeo y en La Coruña, hasta que en 1934 pasa definitivamente a Gijón.»

V

Encarcelado en Gijón.—Martirizado como sus hermanos. Pero ¿cómo y dónde?

Fray Eusebio estaba de comunidad en Gijón cuando estalló el Movimiento nacional en aquella villa; sufrió, por consiguiente, las mismas amarguras que sus hermanos de hábito en los momentos en que los comunistas se apoderaron del convento violentamente y los detuvieron para encarcelarlos y martirizarlos. El siervo de Dios, ya entonces muy delicado de salud, según informe del que hasta entonces era guardián, yacía acostado en un jergón de paja en el sótano del convento. «¡Qué impresión tan desgarradora—escribe a este propósito aquel Superior—, ver a un enfermo, como fray Eusebio de Saludes, levantándose penosamente del jergón de hojas de maíz en que el pobre estaba echado, sin poderse sostener apenas en pie!» «Por el portón de la huerta de adelante, que da a la calle entonces de Alcalá Zamora, prolongación de la de Ramón y Cajal, a lo largo de la del Marqués de Casa Valdés, fueron conducidos camino de la Comisaría, entre insultos del populacho, los padres vicario, Arcángel, Ildefonso y FRAY EUSEBIO.» No fué, por consiguiente, fray Eusebio llevado a la próxima panadería con el padre guardián y con fray Alejo, sino fray Eustaquio, de quien más tarde nos ocuparemos. Así lo afirma otra vez en carta particular, fechada el 18 de julio de 1958 el que en aquella luctuosa época era Superior del convento, con las siguientes líneas: «De los muertos, por la panadería salieron fray Alejo y fray Eustaquio; los restantes lo hicieron

por el portón de la huerta que da a la calle llamada entonces de Alcalá Zamora; a excepción, como ya sabe, del padre Domitilo, sorprendido por la revolución en Bocines. De la última hora de nuestros mártires en el convento y de su salida soy yo el único testigo de vista.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

Fué, por consiguiente, fray Eusebio llevado a la Comisaría, desde allí a la Residencia de los padres Jesuítas, y más tarde a la parroquia de San José. Pero de él apenas encontramos relación o recuerdo alguno de los supervivientes que con los Capuchinos martirizados pasaron horas y días muy amargos.

«Al hermano Eusebio de Saludes tampoco le identifico a la vista de la fotografía, pero leyendo su biografía quiero recordar que efectivamente entre los religiosos Capuchinos detenidos había uno muy delicado que se pasó acostado todo el cautiverio, y hasta me parece recordar que algunas personas enviaban una botella de leche para estos religiosos, y que tal leche era el único alimento que tomaba ese enfermo. ¿Dormía éste en la sacristía de San José? Me parece que tal enfermo así hacía. También se dijo entre los supervivientes de la matanza del 14 de agosto que un detenido que se encontraba allí—pudo ser este hermano, por hallarse acostado—fué muerto a machetazos allí mismo. Yo no he oído los naturales gritos de la víctima, ni esto es extraño, dada la confusión reinante. Tampoco vi los restos del así asesinado, ni puedo asegurar otra cosa que los milicianos llegaron hasta la sacristía y que de allí tardaron en volver.

»Lo que sí puedo asegurar rotundamente es que entre los religiosos Capuchinos había tres padres, y que todos estos religiosos—padres y hermanos—fueron sacados de la iglesia de San José en el segundo camión, hacia las cinco y media o seis del 14 de agosto de 1936, para ser asesinados, con la sola excepción del *Cocinerín*, el cual se mostraba apesadumbrado por haberse *llevado a todos los demás*. El motivo de su muerte fué ser religioso, sin que interviniera para nada la política. En los camiones se iba rezando el rosario, y el grito de ¡Viva Cristo Rey! fué la consigna con que murieron. Lo sé por testigos presenciales.» *(Abogado B. L. Somonte.)*

Por el anterior doloroso relato queda comprobado que fray Eusebio, como sus hermanos de hábito, fué martirizado; ya que no quedó mas que el *Cocinerín*, quien lamentaba la muerte de los otros ante los supervivientes después de la hecatombe. Si alguno no hubiese sido asesinado, por ejemplo fray Eusebio, indudablemente que el *Cocinerín* hubiera hecho de ello alguna referencia, y no hubiera afirmado tampoco quien llevaba de comer a los capuchinos, «que sólo quedaba el *Cocinerín*». Pero es dudoso el lugar, así como el modo de su martirio. Si, como parece más probable, le mataron en la sa-

cristía de la parroquia de San José a machetazos, su martirio fué a todas luces más horroroso que el de los otros religiosos de la Comunidad de Gijón, a quienes segó una rápida ráfaga de ametralladora. Por otra parte, siguiendo la hipótesis más probable, fray Eusebio se encontraba sólo en aquellos momentos de calvario, sin casi poderse mover; su muerte, por lo tanto, fué más dolorosa por más lenta, por el mayor abandono, por los bárbaros machetazos que sobre la inocente víctima descargó el furor insaciable de las huestes rojas. También la gloria corresponderá a lo humillante y doloroso de su muerte, porque se cumple la sentencia del Espíritu Santo, que dice: «Preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos.»

VI

Los restos de fray Eusebio.—Su nombre grabado en varios monumentos.—Quieren hacer la imagen.—El Proceso de beatificación.

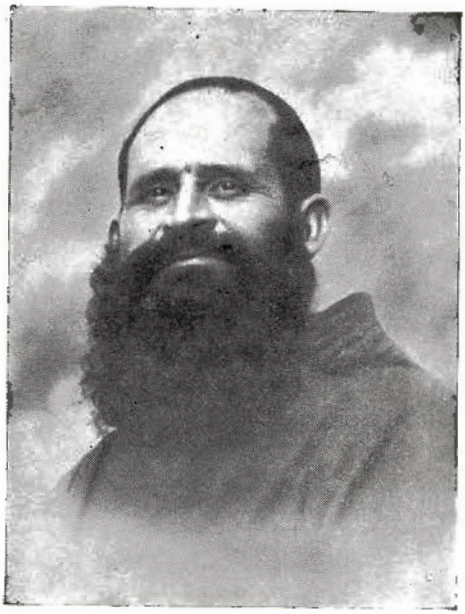
Inciertos el lugar y el modo como fué martirizado el siervo de Dios fray Eusebio, también fallaron cuantas pesquisas se practicaron para comprobar oficialmente su muerte y las diligencias para hallar su cadáver o sus restos, como igualmente aconteció con los de los otros religiosos capuchinos asesinados en el cementerio de Jove.

Con la certeza, sin embargo, de que había sido él también sacrificado el 14 de agosto de 1936, aparece su nombre grabado, tanto en las grandes lápidas del cementerio de Jove, como en las del atrio de la iglesia de los padres Jesuítas, y en la lápida conmemorativa fijada en la iglesia de los padres Capuchinos de Gijón.

Rápidamente difundida la idea de la posible beatificación, como mártir, del siervo de Dios entre sus paisanos, despertó en algunos tal entusiasmo que propusieron hacer ya la estatua o imagen de fray Eusebio. Pero, para calmar los plausibles deseos y el explicable entusiasmo, se les dió el siguiente consejo: «Piensen ustedes qué madera es la más apropiada para hacer la imagen; planten el árbol, déjenle crecer hasta el pleno desarrollo; y al estar ya en condiciones favorables, lo cortan, le ponen a secar, le guardan con cariño y... esperen pacientemente, porque en Roma se llevan las cosas despacio e hilan muy delgado.» Con esto quedaron conformes, pero desean y piden la beatificación de su paisano.

Sus buenos deseos han comenzado a cumplirse, ya que el Proceso Ordinario informativo sobre la fama de martirio, sobre los escritos

y sobre el no culto público, se inició el día 10 de marzo del año 1953; se terminó el 10 de diciembre del mismo años; se entregó a la Sagrada Congregación de Ritos el 18 de enero del año 1954, y el 28 del mismo mes y año publicó dicha Congregación tres Decretos con que autorizaba la apertura del triple Proceso. Así es que, amigos de Saludes, buen ánimo; a tener bien preparada la madera, y, especialmente a rogar mucho al Espíritu Santo para que inspire la beatificación de vuestro piadoso coterráneo.



Siervo de Dios

FRAY AURELIO DE OCEJO

SIERVO DE DIOS
FRAY AURELIO DE OCEJO

I

Nacimiento, padres y hermanos.—Niñez y juventud.—Al servicio de la Patria.

OCEJO de la Peña es un pequeño pueblo perteneciente al municipio de Cistierna, distante 18 kilómetros de esta villa; al Partido Judicial de Riaño, diócesis y provincia de León. Tiene poco más o menos unos cien habitantes, y semeja un nido de cigüeña colocado en sólida y vetusta torre de iglesia, pues se apoya en inconmovible roca, cuadrándole perfectamente el singular nombre de *la Peña*. En su ascenso presenta a la derecha simas profundas y peligrosos despeñaderos. Tiene una iglesia pequeña, pero bien acondicionada. Sus casas resultan por fuera simpáticas y de aspecto agradable a la vista; todas son de piedra, cubiertas con la tradicional y allí limpia teja cóncava. Sus moradores son buenos, pacíficos y de recomendables costumbres.

Dos veces subí al pueblillo para enterarme de alguna faceta que pudiera interesar sobre la vida durante la niñez y juventud del hermano fray Aurelio. La primera vez estaban abriendo una carretera que a tramos daba paso franco, pero que en otros había que saltar de piedra en piedra a manera de maromero, guardando prudencial equilibrio para no rodar y sepultarse en el río o en algún profundo barranco. En esta primera ocasión, antes de llegar al pueblo, se desató imponente tormenta, dejando los truenos tan fuerte y prolongado eco, que semejaba el estruendo de cañones de grueso calibre escupiendo metralla destructora. La segunda vez trepé desde Santa

Olaja, ya terminada la carretera, sin ningún contratiempo, al simpático pueblo.

En este Ocejo de la Peña vió la luz primera el 4 de febrero del año 1881 un niño que con las aguas lustrales del bautismo recibió el nombre de Facundo Escanciano Tejerina. El 20 de junio del año siguiente fué ungido con los dones del Espíritu Santo y declarado soldado de Cristo por medio del sacramento de la Confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Sus padres se llamaron don Andrés Escanciano Reyero y doña Baltasara Tejerina y Tejerina; buenos cristianos, de costumbres patriarcales, en cuyo hogar se rezaba todas las noches el santo rosario y religiosamente asistían padres e hijos los domingos y días festivos al Santo Sacrificio de la Misa. Bendijo el Señor este ejemplar matrimonio con trece hijos, seis de los cuales fallecieron en temprana edad, sobreviviendo Nicomedes, Serafín, José, Juan, Encarnación, Ester y nuestro Facundo, quien fué uno de los mayores de entre sus hermanos.

De niño y de joven fué Facundo un niño corriente como todos los de entonces. Sus paisanos contemporáneos dicen de él que fué siempre bueno, obediente a sus padres y mayores, aficionado a los rezos y a las fiestas religiosas celebradas en la iglesia parroquial, y que huía de discusiones y de reyertas con los otros. Jamás dió un mal ejemplo o manifestó tener malas costumbres. Ya en plena juventud alternaba con los otros jóvenes en las diversiones populares públicas, morales como eran en aquellos felices tiempos. *(Varios vecinos de Ocejo.)*

Llegado al tiempo marcado por la ley sorteó con los otros jóvenes del mismo Ayuntamiento para ir al servicio militar o quedarse libre. A Facundo no le favoreció la suerte, prestando con buen ánimo por espacio de tres años este servicio a la Patria. Regresado después de nuevo al hogar paterno, siguió la misma vida rutinaria campestre propia de pequeños centros agrícolas y ganaderos. Con el servicio militar se amplió el horizonte, antes tan reducido, e indudablemente tuvo mayor conocimiento del mundo. Pero aquella más amplia visión ni le deslumbró ni le cautivó, antes bien, sirvióle de notable desengaño, llevándole a una conclusión práctica que orientaría para siempre la trayectoria de su vida, como verá el lector enseguida.

II

Llamamiento evangélico.—Por los senderos del Seráfico Francisco.—Vestición de hábito; noviciado y profesión temporal.

Veintisiete años contaba el joven Facundo cuando sintió suave y fuertemente la voz de lo alto que le invitaba a escalar la cumbre de la perfección cristiana, abrazando el Estado religioso aconsejado por el sapientísimo Maestro en las páginas evangélicas. El efectivamente oyó en el fondo de su alma las palabras deslizadas junto al lago de Genezaret de labios del Salvador: «Deja todas las cosas: a tu padre, a tu madre, a tus hermanos y a tus hermanas... ven, y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo.»

El llamamiento es manifiesto, pero demasiado genérico, porque ¿a dónde seguir al Maestro? El joven, naturalmente reflexivo y ponderado en sus actos, pensó en hacer no cualquier sacrificio, sino el que juzgó por entonces para su juventud el mayor de todos, como lo era consagrarse al Señor para seguir la áspera senda del pobrecillo de Asís, el Seráfico Francisco, y con *sí* rotundo, dejó a sus padres, hermanos, paisanos, jóvenes amigos, diversiones propias de la juventud, aspiraciones más o menos halagüeñas para un futuro próximo, con el firme propósito de abrazar el camino penitente, escabroso, austero y pobre, renunciando a la posesión de bienes temporales privada y colectivamente.

Siguiendo, pues, el llamamiento celestial partió animoso del hogar doméstico y enderezó sus pasos hacia el convento de Capuchinos de Bilbao, en donde, cumplido el tiempo reglamentario de aspirante, vistió el santo hábito de penitencia seráfica el día 31 de diciembre del año 1908, en la humilde condición de hermano, dejando en la ceremonia de vestición el nombre de Facundo Escanciano Tejerina y tomando el de fray Aurelio de Ocejo. *(Acta de vestición.)*

Bien pensada la resolución e iniciado el año de prueba con pleno conocimiento de su finalidad, procuró marchar resuelto por la sagrada palestra de la disciplina y de la observancia claustral con abnegación y con edificación de los religiosos profesos y novicios más antiguos. La Comunidad se percató del comportamiento edificante y ejemplar del novicio, y por lo mismo, en la triple votación para emitir los votos temporales, le fueron favorables todos los sufragios y ninguno de ellos adverso. En consecuencia, el día 1 del mes

de enero del año 1910, en el mismo convento de Basurto, hizo la profesión temporal para seis años, tiempo entonces exigido por las leyes canónicas para hacer los votos perpetuos solemnes. *(Acta de profesión.)*

III

Destinado a la Revista «El Mensajero Seráfico».—Religioso observante y piadoso.—La prudencia virtud característica.—Confianza de los Superiores.—La profesión solemne.

Naturalmente despejado e inteligente fray Aurelio, aunque carente de amplia formación científica, innecesaria, por otra parte, para su estado de hermano, estaba, sin embargo, lo suficientemente preparado para colaborar en la administración y propagación de la Revista popular *El Mensajero Seráfico*, a cuyos menesteres fué luego de su profesión destinado por los Superiores, trasladándole del convento de Bilbao al de Jesús de Madrid. Su labor fué abnegada, inteligente y eficaz, ya que en su tiempo alcanzó la Revista la respetable tirada de diez y nueve mil ejemplares.

Absorventes por demás, eran diariamente dichas operaciones; sin embargo, todavía el bueno y trabajador hermano encontraba tiempo para cruzar las calles de Madrid, obteniendo suscripciones y cobrando recibos con otros hermanos, para levantar el templo de Jesús de Medinaceli, que por aquella época se construía, a base, especialmente, de limosnas que generosamente entregaban los devotos de *Nuestro Padre Jesús.*

Varios religiosos que con el siervo de Dios llevaron vida de comunidad en el convento de Madrid, dan testimonio de las virtudes sencillamente practicadas, sobresaliendo entre otras, la observancia regular, llamada por los entendidos *máxima mortificatio.* Fué asimismo piadoso, obediente y rendido a los Superiores, y especialmente dotado de sagacidad y de notable prudencia para el manejo de asuntos importantes que confiadamente ellos le encomendaban. Así, cuando la cuestión religiosa se agravó después de las elecciones generales del año 1936, y la persecución adquiría proporciones en extremo alarmantes, el padre Provincial encomendó a fray Aurelio, vestido de paisano y quitada la barba, la delicada misión de ir y venir, de entrar y salir para prever acontecimientos y tener al corriente de los mismos a los Superiores; misión que él cumplía con celo y laudable abnegación.

Según un compañero suyo de labores y trabajo fué el siervo de Dios muy observante y de absoluta confianza para nuestros Superiores. Se distinguía especialmente por la virtud de la prudencia, matizada con la nota de habilidad, sabiendo medir las cosas de suerte que sin despreciar a los inferiores e iguales, cuidaba al propio tiempo de proceder en perfecta armonía con los Superiores. Era además fervoroso, sin especiales manifestaciones externas; pero despierto como era en lo temporal, lo era igualmente en lo espiritual, dándose cuenta exacta de lo que hacía y de cómo lo practicaba, midiendo muy bien las consecuencias de cuanto en ambos órdenes ejecutaba. *(Fray Sabino de Quintanilla.)*

Fray Aurelio fué muy competente para todo. Serio y formal en sus cosas, bastante observante y de vida religiosa muy regular y ajustada. Era capaz para cualquier encomienda, muy útil y prudente, mereciendo que el padre Provincial le nombrara *su hermano socio*, cargo que desempeñaba cuando tuvo que abandonar el convento de Jesús como los otros religiosos.

De carácter sereno y ponderado, se pudo notar en él que era muy servicial, trabajador y dispuesto siempre a cumplir la voluntad de los Superiores. Por eso, solían ellos echar frecuentemente mano del siervo de Dios para asuntos temporales delicados a veces, que exigían mucha confianza y plena garantía y seguridad.

Sencilla, como aparece y fué realmente, su vida religiosa, resalta sin embargo, el carácter alegre, comunicativo y muy servicial para todos, religiosos y seglares. Pero como distintivo, además de la prudencia innata, hay que admirar su espíritu de laboriosidad. Difícil en extremo hubiera sido encontrarle una sola vez ocioso y sin hacer nada. Fueron muchos, escribe el padre Carrocera en la obra citada, los que al finalizar la guerra, se interesaron por su suerte, sabiendo que le había tocado vivir en Madrid al estallar el Movimiento.

Pongo fin a este epígrafe con las palabras de una persona seglar que cultivaba la amistad con el siervo de Dios. «Recuerdo que el hermano Aurelio era muy observante y muy buen religioso; siempre me trataba con la mayor afabilidad y sencillez. Nunca le vi enfadado, antes, al contrario, su carácter era tan bondadoso y jovial, que habitualmente se mostraba risueño y complaciente.» *(Angel Arranz.)*

La profesión de los votos perpetuos solemnes tuvo lugar el 9 de enero del año 1916, veinte antes de la persecución y del martirio. *(Acta de la profesión solemne.)*

IV

Abandono forzoso. — A una familia caritativa. — Vida ejemplar en el refugio.—Al domicilio de unos amigos.

Fray Aurelio de Ocejo corrió la misma suerte que los otros religiosos moradores del convento de Jesús cuando estalló el Movimiento Nacional. El 20 de julio, para no ser asesinado en el convento por las hordas filocomunistas, tuvo que huir de la mansión de paz, de oración y de trabajo, acogiéndose al domicilio de una familia devota, que había brindado asilo al siervo de Dios padre Andrés de Palazuelo, y que a ruego de éste, recibió con gran caridad y sumo agrado a fray Aurelio.

Dicha familia ha manifestado las facetas de la llegada, permanencia y comportamiento del siervo de Dios en términos muy laudatorios.

«La ocasión para conocer a fray Aurelio fué que, obligado a abandonar el convento, como los otros religiosos, a causa de la persecución desatada en España, el día 20 de julio de 1936 buscó asilo en nuestra casa, otorgándoselo nosotros gustosamente. En nuestra compañía vivió algo más de quince días, hasta que enterada una persona nada cristiana de que teníamos un religioso en nuestro domicilio, y suplicándola que hiciera algo por el hermano en caso de algún registro, nos contestó que nada podía hacer, aunque vinieran a detenerle.

»Juzgamos nosotros esta actitud muy peligrosa para fray Aurelio, suponiendo, con razón, que vendrían a detenerle, motivo por el cual nos pareció que debía buscar otro refugio más seguro. Y así se lo indicamos. Hechas por nosotros algunas gestiones ante determinadas personas, para que le recibieran, no dieron resultado de ninguna clase.

»Por eso optó el hermano por irse ya bien entrada la mañana. A eso de las cuatro de la tarde, conforme se lo habíamos pedido, nos comunicó por teléfono que se encontraba bien, quedando con dicha noticia nosotros tranquilos. Nada más supimos del hermano. Sólo después de la Liberación nos enteramos de que le había asesinado.

»El comportamiento de fray Aurelio en nuestra casa fué el que correspondía a un buen religioso. Durante los días que permaneció con nosotros dió muestras de su espíritu piadoso de manera particular por su abnegación, humildad, discreción, espíritu mortificado, de tal manera que resultaba un huésped nada incómodo, y sí muy agra-

dable. Dejó el grato recuerdo de su sencillez y humildad franciscana, hasta tal punto que, como entonces no se podía celebrar misa, nosotros procurábamos leerla, pero no conseguíamos que lo hiciera el hermano, indudablemente por humildad, asociándose a nosotros lo mismo que en otros actos piadosos. Por pensar que se le ocultaba y defendía mejor se le instaló en un cuarto apartado de la casa, y al indicarle que había de dormir sobre un colchón colocado en el suelo, lo encontró muy natural, sin ningún gesto de disgusto o de impaciencia. No era nada exigente en alimentos ni en ninguna otra cosa. Retirado en su habitación permanecía casi siempre. Nos dejó muy edificados, y aunque marchó algún tanto impresionado, se fué, sin embargo, sereno y tranquilo.*(Abogado Juan de La Torre.—Clotilde de La Torre.)*

De lo dicho se ve claramente que fray Aurelio marchó de casa de sus bienhechores, y según todas las referencias, después de pasar con ellos más de quince días. Allí le visitó y confesó varias veces el reverendo padre Sixto de Pesquera.

Ahora bien, ¿dónde y cuánto tiempo permaneció fray Aurelio en algún otro refugio, pensión o casa particular? Sabemos con certeza que estuvo unos tres días, los últimos, en una casa particular, pero a la que no marchó inmediatamente al salir de la anterior ya relatada. Hay una razón poderosa para afirmarlo, y es que el siervo de Dios comunicó por teléfono a sus bienhechores, que había llegado bien, el mismo día de la salida, sobre las cinco de la tarde, y la familia que después le recogió no tenía teléfono. Parece que, de momento, se fué a una pensión de la calle del Pez, y así lo asegura el padre Carrocera en la obra citada, quien se inclina a que solamente horas permaneció en la mencionada pensión, lo cual no parece probable, por la razón siguiente: fray Aurelio salió del convento de Jesús el 20 de julio, y ese mismo día fué a casa de sus bienhechores; según estos pemaneció con ellos algo más de quince días; a la otra casa particular, como se verá más adelante, no llegó hasta mediados de agosto, luego hay un intermedio de varios días, durante los cuales no puede determinarse con certeza el paradero de fray Aurelio.

Lo que sí es cierto es que a mediados de agosto se refugió en otra casa particular situada en la calle de Lope de Vega, cuyos dueños eran conocidos y amigos del siervo de Dios, él ya detenido también para entonces por los milicianos. La señora ha dado por escrito importantísimos detalles sobre el particular.

V

El siervo de Dios en estado lamentable.—En busca de unos parientes. — Un diálogo interesantísimo. — En la checa comunista.—Pendiente de un sí o un no.

A mediados de agosto de 1936 vino a nuestra casa (fray Aurelio), quien, a causa de la persecución religiosa había tenido que salir del convento de Jesús de esta ciudad el 20 de julio del mismo año. Venía de otra casa en donde había estado refugiado desde su salida del convento. Se le notaba muy fatigado y sudoroso, y aunque vestido de paisano, no podía en modo alguno disimular que era religioso. Le ofrecimos comida y hospedaje, pero manifestó que quería ir a casa de un pariente suyo que vivía en la carretera de Extremadura y era guardia de Asalto. Esta decisión de marcharse de casa la tomó al ver que habían detenido a mi esposo, pensando que lo mismo harían con él. Sin embargo, para poder disfrazarle un poco y despojarle del inconfundible aspecto de religioso salí yo de casa para comprarle el traje de mecánico, que en España llamamos *mono*; mas no consiguiéndolo en ninguna tienda, le compré una especie de gabardina. unas alpargatas negras y una gorra de visera: todo esto hizo que permaneciera en nuestra casa unos tres días, al cabo de los cuales, no obstante las muchas instancias y ruegos que en casa se le hicieron, se marchó, diciendo a la familia que si para las dos no había vuelto era señal que se había quedado en casa de su pariente, y consiguientemente que no le esperaran para comer. Hacia las tres de la tarde de ese mismo día llegó un miliciano, estableciéndose entre él y yo el diálogo siguiente:

—¿Vive aquí Aurelio de Ocejo?

—Sí, señor, aquí vive.

—Haga el favor de entregarme el sombrero, un paquete que tiene aquí (dicho paquete contenía solamente los utensilios de limpieza), y la americana.

—¿Dónde tienen ustedes a ese señor?

—Está en Radio Comunista, Sector Sur del Puente de Toledo. Puede usted ir a preguntar por él si quiere verle.

—No le vayan ustedes a hacer nada. Es un hombre bueno, un infeliz, incapaz de hacer mal a nadie.

—Pero si es que este hombre está indocumentado.

—Claro está, no deben ustedes extrañarse de ello: Había venido de su pueblo para ver a algunos familiares y parientes de Madrid, y con el jaleo de la guerra se la ha extraviado la documentación.

—¿Pero, cómo se le ha ocurrido a este hombre ir por esos sitios sin documentación alguna?

—Nada tiene de extraño, iba precisamente a visitar a un pariente suyo que vive en la carretera de Extremadura. No le hagan ustedes daño alguno, porque es un infeliz que nada malo ha hecho.

—Pues, mire, todo depende de que conteste *sí* o *no* a la pregunta que se le ha hecho.

Ya en la puerta, y cuando el miliciano bajaba la escalera volví a insistir yo con la misma súplica:

—Se lo pido por lo que más quiera, se lo pido por su madre; no le hagan ustedes daño.

Contestó el miliciano:

—Le vuelvo a repetir que todo depende de la respuesta que dé a la pregunta que se le ha hecho.

Yo no me atreví a insistir más ni a preguntarle cuál era la pregunta que le habían hecho y qué respuestas esperaban. No es difícil adivinar qué preguntas le habían hecho y cuál fué su respuesta... Como a mí me había dicho él muchas veces *que si llegaba el caso, yo nunca negaré que soy fraile.* Y aún vestido como yo le disfracé, a la legua se veía que lo era. *La pregunta fué seguramente que si era religioso. Y por decir que sí, perdió su vida.*» (Alejandra Galuares Gago.)

VI

Martirizado en la carretera de Extremadura.—La fotografía del cadáver.—Testimonio oficial del martirio.—Exhumación y definitiva inhumación.—El Proceso de beatificación.

Pronunciadas de seguro las palabras *soy fraile,* firmó con ellas la sentencia de condenación a muerte, pues, para los comunistas y milicianos era tan grave el delito de haberse consagrado al servicio de Dios que no merecía un castigo inferior al de la pena capital. De consiguiente, a confesión de parte, se siguió la aplicación de la pena, siendo martirizado el siervo de Dios en la carretera de Extremadura, el día 17 de agosto del año 1936.

¿Estaría varios días detenido en la checa comunista o en otro lugar de tortura después de su franca confesión? Mi parecer es de que no, porque, según el testimonio de la señora de donde partió por última vez, llegó a su casa hacia mediados de agosto; en su casa estuvo tres días; luego, puede razonablemente afirmarse que confe-

sada su condición de religioso, le martirizaron, después de un breve tiempo; la misma noche o madrugada del día 17.

Desde el lugar de la ejecución fué trasladado el cadáver al Depósito Judicial del Cementerio de la Almudena, y allí fotografiado, fotografía que, andando el tiempo, fué adquirida, conservada actualmente en el Archivo Provincial de los Capuchinos de Jesús.

Su muerte y sepultura consta por documento oficial confeccionado a base de la ficha del Cementerio Municipal, unida a la fotografía del cadáver. Dice así la ficha: «CEMENTERIO MUNICIPAL.—El cadáver del adulto don Facundo Escanciano Tejerina (72-26) fué inhumado el día 19 de agosto de 1936, en sepultura de 4.ª temporal, cuartel número 35, manzana número 39, letra F, cuerpo número 7, chapa número (sin número).—Madrid, 3 de mayo de 1939.» El sello dice: «Ayuntamiento de Madrid—Dirección de Cementerios.» (Firma ilegible.)

El documento oficial expedido por el Excmo. Ayuntamiento es del tenor siguiente: «Don Pedro Gorgolas Urdampilleta, Oficial Mayor, en funciones de Secretario del Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. Villa, CERTIFICO: Que por don José María de Chana, residente en esta Capital, se solicitó del Excmo. señor Alcalde, en instancia de primero del actual, se le expidiera certificación que acreditase la clase de féretro donde yace el cadáver de don Facundo Escanciano.—Del informe emitido por la Dirección de Cementerios, resulta que, el cadáver de don Facundo Escanciano Tejerina, fué inhumado en el Cementerio Municipal el día diecinueve de agosto de mil novecientos treinta y seis, en una sepultura de cuarta clase temporal, sita en el cuartel treinta y cinco, manzana treinta y nueve, letra F, cuerpo séptimo, y que dicho cadáver fué depositado en un féretro *de madera*. Y para que conste, expido la presente, visada por S. E. y sellada con el de las Armas de Madrid, en sus Casas Consistoriales, a once de junio de mil novecientos cuarenta.—V. B.: EL ALCALDE PRESIDENTE.» Siguen tres firmas con sus correspondientes rubricados, aquéllas ilegibles. El sello, con el Escudo de la Villa y en forma ovalada dice: «*Ayuntamiento de Madrid.*»

Obtenidos por los Superiores de la Provincia estos datos oficiales, y con los debidos permisos, se procedió el día 9 de julio de 1940 a la búsqueda e identificación de los restos de fray Aurelio, siendo muy fácil encontrarlos e identificarlos, pues, según el padre Carrocera, testigo presencial en tan solemne acto, «todo fué llevado a cabo sin dificultad alguna, pues las señales, notas y datos coincidían en un todo con la fotografía sacada en el Depósito Judicial. Al exhumarlos para su traslado, se conservaban en muy buen estado, casi en su integridad, y la carne bastante fresca, debido, con seguridad, a que se

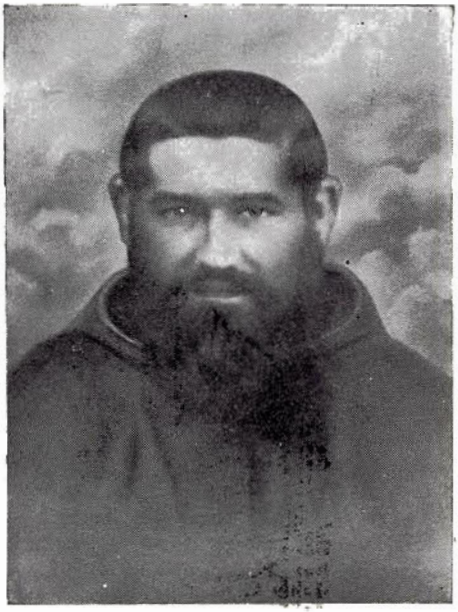
hallaba a grande profundidad en la sepultura». Según el documento oficial copiado anteriormente era el cuerpo séptimo en la sepultura.

Identificados los restos del siervo de Dios, fueron colocados en otro féretro más digno, de antemano preparado por los padres Capuchinos y, con los de los otros religiosos martirizados y hallados, fueron solemnísimamente trasladados a la iglesia de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, en donde, con un lleno completo de fieles, con profunda emoción y piedad se celebraron devotos funerales, por su eterno descanso, y por los que como él sucumbieron por odio a Dios y a todo lo santo y sobrenatural. Terminados los funerales se organizó la conducción de los venerados restos a la Cripta de los padres Capuchinos en la Sacramental de San Isidro, en nicho aparte, convenientemente rotulada la placa exterior, y con su correspondiente alegoría. Allí reposan los despojos esperando la glorificación en la resurrección general y la palma que el Señor pondrá en sus manos por haber sido en este mundo testigo de Nuestro Señor Jesucristo, derramando la sangre y perdiendo la vida por haberse consagrado al servicio divino en el humilde estado de hermano lego Capuchino.

Entre tanto, se están dando los pasos para que, si esa es la voluntad de Dios, sea también glorificado en la tierra, reconociendo la Iglesia la verdad del martirio con todas las características que deben acompañar a la muerte de los que humanamente hablando se presumen verdaderos mártires.

Con este laudable fin se ha introducido y casi llevado a feliz término en la Curia Diocesana de Madrid el Proceso Informativo de la fama de martirio, conjuntamente con el de los otros religiosos Capuchinos martirizados pertenecientes a las Comunidades de Jesús de la Villa y de El Pardo.

Que los conocidos y devotos del siervo de Dios fray Aurelio, algunos de los cuales le atribuyen gracias, pidan al Señor que pronto se termine el Proceso incoado y, llevado a Roma, tenga la dicha de seguir rápidamente la larga y plausible rígida tramitación de cuanto la Santa Madre Iglesia exige para llegar a la glorificación de los siervos de Dios.



Siervo de Dios

FRAY GABRIEL DE AROSTEGUI

SIERVO DE DIOS
FRAY GABRIEL DE AROSTEGUI

I

Nacimiento, padres y hermanos.—Las primeras letras.—«Buenico» de niño y de jovenzuelo.—Sirviente de labradores.

El día 10 de agosto del año 1880, en el lugar de Aróstegui, municipio de Atez, partido judicial y diócesis de Pamplona, provincia de Navarra, veía la luz primera un niño que, al día siguiente, con la purificadora estola bautismal, recibió el nombre de *Lorenzo*, nombre con el cual le conocerán nuestros lectores hasta su ingreso en la Orden Capuchina. Fué ungido con el sacramento de la Confirmación el 24 de agosto de 1881. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Sus padres fueron don Andrés Ilarregui Urdaniz y doña Estefanía Goñi Ciganda. Doña Estefanía recibió dos veces el sacramento del matrimonio, teniendo del primero dos hijos, llamados Miguel, que poco tiempo ha todavía vivía en el lugar de Oscoz, y Pedro, muerto en Cuba. El segundo enlace matrimonial lo bendijo el Señor con tres hijos: nuestro Lorenzo, Paulino e Isidro.

El matrimonio Ilarregui Goñi moraba en una pequeña casa del lugar de Aróstegui y junto con ella llevaba en arriendo unas pocas tierras de sementera, con las que sostenían laboriosamente la familia, alternando en el labrantío de dichas tierras y de jornaleros para los demás vecinos. Eran pobres, pero según testimonio de ancianos que los conocieron, y con quienes largamente conversé en la visita a Aróstegui, Eguaras y Pamplona muy religiosos, educando a

los hijos en el santo temor de Dios y en costumbres honestas, piadosas y ejemplares.

Lorenzo fué desde niño dispuesto, despejado y «buenico». Con los otros niños del pueblo frecuentaba la escuela de Eguaras, distante dos kilómetros de Aróstegui. Allí aprendió las primeras letras y los rudimentos de las verdades cristianas, ampliados con la enseñanza integral del catecismo en el hogar paterno y en la iglesia parroquial. Así nos lo asegura el señor párroco de Eguaras, en amable carta, don José Zalba Huarte, mi estimado amigo. También, al parecer, estuvo algún breve tiempo en Pamplona ampliando conocimientos, pero que no pasaron de elementales.

De catorce a quince años contaba el siervo de Dios cuando sus padres le colocaron como sirviente en una familia de apellido Díez Ulzurrun, conocida la casa como de la gran *Curandera,* en el pueblo de Ilarregui, permaneciendo en ella por espacio de ocho años. Durante ese lapso de tiempo le tocó el sorteo militar, pero no llegó a prestar el servicio por favorecerle la suerte con uno de los número de *excedentes.* Más tarde, marchó al pueblo de Erice para servir en casa de un labrador de apellido Martorena, donde permaneció aproximadamente el mismo tiempo que en la casa de la *Curandera.*

De lo referido hasta aquí puede fácilmente deducirse que Lorenzo, lo mismo de niño que de joven, llevó una vida bastante dura, cuidando animales y dedicado en invierno y verano a las rudas faenas del campo. Pero supo en todo momento unir el trabajo a las buenas costumbres y a las prácticas piadosas, cumpliendo en aquella temprana edad el lema que constituiría más tarde la razón de su vida religiosa.

II

Diversiones del joven Lorenzo.—Siempre «santo».—Buen hijo de familia.—Virtuoso durante la juventud.

No fué ciertamente el joven Lorenzo de carácter retraído, obligándole a huir del trato con los compañeros y de las diversiones honestas, antes al contrario, tenía sus buenas e íntimas amistades, porque todos le querían y apreciaban. Mas como estaba muy ceñido al trabajo, los días de labor, sólo podía alternar con los otros jóvenes algunos ratos los domingos y días festivos. Y con ellos alternaba, jugando al típico juego vasco de la pelota, de cuando en cuando al juego de naipes llamado *mus,* pero siempre fuera de la taberna, y alguna que otra vez asistía al honesto baile de entonces,

que era público y *suelto*, donde las madres ponderaban la destreza y habilidad de sus hijas e hijos, y vigilaban prudentemente para que la diversión resultara alegre y honesta. *(Presbítero don José Zalba.)*

Su juventud en ambos pueblos fué ejemplarísima y devota. Un real mozo le llamaban los ancianitos compañeros suyos de mocedad. De uno de ellos es la siguiente significativa frase: «¿Dicen que van a hacer santo (beatificar) a Lorenzo? No me extraña; aquel era santo de mozo.»

Sus principales prácticas piadosas fueron la confesión y comunión, al menos mensuales. Prueba esta devota costumbre de su sólida virtud, ya que no eran muy a propósito para ello ni los pesados trabajos del campo, ni la condición de sirviente, que no le permitía disponer del tiempo a su talante, sino en conformidad con el querer ajeno, ni la falta de costumbre que privaba por aquella época en que aún no se habían franqueado las puertas de la comunión frecuente y diaria por el Santo Papa Pío X.

Otra devoción muy cultivada por el siervo de Dios fué el rezo del santo Rosario en honor de la Madre de Dios; todas las tardes o noches acudía a la iglesia parroquial para tomar parte en tan popular y cristiana práctica, no excluídos los días laborables, después de cumplidos los deberes del campo y las ocupaciones domésticas. Como los domingos y días festivos solía ser cantada la misa parroquial, Lorenzo tomaba siempre parte en al canto, *oficiando* con otros jóvenes y hombres maduros en el santo sacrificio.

Tanto en el pueblo de Ilarregui, como en el de Erice fué nuestro joven muy estimado y querido de amos y compañeros, por su bondad, por su estímulo en el trabajo, y especialmente por la moralidad de sus costumbres y por la pureza de su lenguaje. Tan fiel cumplidor del deber era en el trabajo que solían decir de él sus paisanos «que era el mejor trabajador de la época». Y el propio Lorenzo afirmaba que cuando trabajaba con más gusto era cuando sus amos estaban presentes; razón convincente de la fidelidad con que cumplía sus obligaciones. Tampoco le gustaba la murmuración, la sátira, la crítica, la palabra mordaz e hiriente, el chiste de mal gusto o inmoral, o cualquier conversación o palabra menos pulcra y honesta. Es más, ningún joven se permitía decir nada inmoral delante de Lorenzo, porque sabía que inmediatamente encontraba adecuada corrección en el honesto y piadoso joven.

Aunque algún tanto alejado de la familia por las necesidades económicas, fué siempre un hijo ejemplar y buen en el amor a sus padres, a quienes entregaba íntegra todos los años la *soldada*, y viuda ya más tarde su madre, que vivía con el hijo mayor habido en el

primer matrimonio, también él casado, Lorenzo hacía llegar invariablemente a la amantísima autora de sus días todos los años ocho sacos de harina de trigo de cien kilos cada uno de ellos, prueba fehaciente de que la dsitancia no mermó el amor filial. *(Presbítero don José Zalba.)*

III

Ejemplar huída.—Al convento de Basurto.—Noviciado y primera profesión.

Cualidades y prendas tan singulares como se iban descubriendo en el joven Lorenzo no debían pasar desapercibidas ante las miradas escudriñadoras de sus señores. Y ciertamente no pasaron. Por eso, pensando prestarle un servicio provechosísimo y definitivo para toda su vida, buscaron en el pueblo de Eguillor una muchacha guapa, hija única de pudientes labradores, para que con ella contrajera honesto matrimonio, entrando como amo o dueño en el nuevo hogar. Los preparativos para la boda iban ya muy adelantados y se esperaba que de un momento a otro tuviera feliz éxito el concertado idilio.

El joven Lorenzo, que ha de ser uno de los protagonistas del acontecimiento, de todo está enterado, pero calla y nada dice. Mas en el fondo de su corazón ha tomado una resolución diametralmente opuesta al plan solícitamente preparado por los señores que tanto por su porvenir se interesaban. Por lo mismo, más previsor al parecer que San Alejo (este Santo se marchó la noche en cuyo día había celebrado su matrimonio), también huyó de Erice y fué a parar al convento de Capuchinos de Basurto.

Como es de suponer, no fué pequeña la alarma y la preocupación suscitadas en aquellas gentes y en su propia madre y hermanos la sigilosa partida, entregando sus imaginaciones a un cúmulo de cábalas muy naturales en aquella inesperada y furtiva desaparición. ¿Por qué se habrá marchado sin decir nada, tan bueno como era, preguntaban unos? ¿Dónde habrá ido a parar se decían otros? ¿Qué habrá sido de él pensaban los de más allá? Especialmente fué un tremendo desengaño para la madre tan buena y para los señores que tanto le apreciaban y que tantas muestras de estimación le dieron durante los ocho años que con ellos había compartido trabajo y satisfacciones.

Pasado algún tiempo, ya acallados los naturales rumores y terminadas las conjeturas, llegó a los moradores de Erice la noticia de que el joven Lorenzo había ingresado, en calidad en hermano lego, en el convento de Capuchinos de Bilbao. Todos consideraron seme-

jante resolución muy natural habida cuenta de la sanas costumbres y el espíritu de piedad que habían podido admirar en aquel joven fiel trabajador y ejemplar de jóvenes especialmente dedicados a las faenas campastres.

Nuestro joven ha llegado al convento, pidiendo humildemente su ingreso. En principio se le admite como aspirante o donado, destinándole al convento de El Pardo para que en él pase los meses de aspirantado exigidos por las leyes de la Iglesia y de la Orden. Pero los Superiores no tienen prisa, sino que van dando largas a su aspirantado, ya que la manera de marcharse y de llegar a la Casa de Dios no dejaba de ser algo misteriosa. Con todo fué tan edificante y ejemplar el comportamiento del donado, que sus Superiores le juzgaron apto para iniciar la vida religiosa mediante la vestición de la librea seráfica. Por eso, el día 31 de diciembre del año 1910 ingresaba como novicio en el convento de Capuchinos de Montehano (Santander) dejando entonces el nombre de Lorenzo Ilarregui Goñi y tomando el de fray Gabriel de Aróstegui. *(Acta de vestición.)*

Su vida de noviciado nada ofrece de particular mención. A los cuatro meses de vestición del hábito tuvo lugar la primera votación sobre fray Gabriel por parte de la Comunidad; un sufragio le fué adverso, todos los demás favorables. Sometido por segunda vez a los ocho meses, y por tercera a los diez meses a idéntica prueba, todos los sufragios le fueron favorables en orden a la admisión a la primera profesión religiosa que él gozoso emitió en el mismo convento, concluído el año de noviciado el día 1 de enero del año 1912 *(Estadística Oficial de la Provincia.)*

IV

En el convento de El Pardo.—Su lema «ora et labora».— Modelo perfecto de religiosos.

Fray Gabriel ve colmados los propósitos abrigados en su corazón al dejar la coyuntura del honroso matrimonio y cambiar el servicio de los hombres y el casto amor de una hermosa *navarrica* por el servicio y el amor de Dios. Mediante la profesión de los Consejos Evangélicos se ha entregado de lleno y por completo al Señor, procurando con todas veras que no resulte una entrega externa y protocolaria, sino real y verdadera, caminando hacia la perfección por el luminoso sendero trazado por el *Poverello* de Asís para todos sus hijos espirituales.

No ignoran los Superiores de fray Gabriel las buenas cualidades y disposiciones que adornan al siervo de Dios para la agricultura y

cuidado solícito de animales domésticos. Por eso mismo, le destinan, después de la profesión, otra vez, al convento de El Pardo, con el fin de que cultive la extensa huerta y se preocupe de no pocos animales domésticos necesarios para el sostenimiento del colegio seráfico y de los religiosos destinados a la educación de los aspirantes al estado religioso.

Fray Gabriel parte del convento de Montehano, sagrado refugio donde ha perfeccionado las virtudes ya practicadas en el siglo, y ha aprendido las obligaciones que como a religioso le incumben desde el momento de su profesión, y endereza sus pasos al convento-colegio de El Pardo, en donde, con el mérito de la obediencia, se entrega al duro trabajo de la agricultura, con alma, vida y corazón, plenamente persuadido de que allí ya no sirve a los hombres sino a Dios. Este pensamiento será su sostén durante los veinticuatro años que permanecerá en el rudo trabajo.

Que fray Gabriel cumplió no sólo como bueno, sino también como óptimo, sus obligaciones bajo el lema práctico de *ora et labora*, ora y trabaja, lo dicen cuantos religiosos con él convivieron, dando testimonio fehaciente de que en el cumplimiento de sus obligaciones fué modelo perfecto y acabado de religiosos. Trasladamos a estas páginas algunos testimonios muy elocuentes.

«Fray Gabriel estuvo dedicado casi toda su vida religiosa a cultivar la muy grande huerta del convento de El Pardo. En la misma, y en calidad de hortelano, tenía que ararla toda con un par de mulas, sembrarla, cuidar de las mulas y de las vacas de leche que había para sostenimiento de los niños del Seminario Seráfico, atender a varios animales de cerda, matarlos, acondicionar las carnes, etcétera, etc. Un trabajo inmenso. El bueno y abnegado hermano estaba completamente quemado de los soles y de los fríos de verano e invierno, respectivamente.

Pero el inmenso y continuo trabajo de la huerta no le absorbía de tal manera que no tuviera libertad de espíritu para elevarse a Dios y llevar una vida verdaderamente piadosa. A las cuatro de la mañana se levantaba todos los días, iba a la huerta, extraía la leche de las vacas, echaba de comer a éstas y a los otros animales y luego iba a hacer la oración mental, a comulgar y a oír misa. Después, otra vez al duro trabajo, sin quejarse nunca del continuo peso que soportaba. Los domingos, que tenía un poco más de tiempo libre, los ocupaba en oraciones y en otros devotos ejercicios de piedad.» *(Fray Agustín de Muez.)*

«Fray Gabriel estuvo casi siempre, por orden de los Superiores, dedicado al pesado trabajo de la huerta: con él me tocó trabajar en dicho empleo. Fué en todo momento fiel cumplidor del deber;

trabajaba mucho y era muy silencioso. Cultivaba toda la huerta, que es muy grande; con las mulas araba la tierra, cultivaba los frutos y las frutas, los recogía para la comunidad, cuidaba los animales y en tiempo oportuno los mataba para utilidad de los niños seráficos y de los religiosos. En una palabra, lo hacía todo. Pero no obstante ese oficio de tantos cuidados y atenciones constantes, en la cocina para lavar la vajilla y asear la cocina, era fray Gabriel el primero en entrar y el último en salir, trabajando con la misma fidelidad que en la huerta, siempre sacrificado para el trabajo.

»Cumpliendo el mandato de nuestro padre San Francisco, con el perseverante trabajo unía el espíritu de oración y devoción, acudiendo el primero al coro en los actos de comunidad. Los domingos, menos cargado de trabajo, pasaba la mayor parte del tiempo de los mismos en devotos ejercicios de piedad. Era fray Gabriel un religioso fervoroso, observante, abnegado, cumplidor de su deber, trabajando con fidelidad y orando con devoción.» *(Fray Próspero de Valle.)*

«Fray Gabriel era muy trabajador y fiel cumplidor del deber y muy piadoso. De carácter fuerte en sus primeros ímpetus, pero se vencía, y nunca tenía largas discusiones o reyertas con los otros religiosos. Siempre se distinguió por su devoción y recogimiento, dándonos a los demás ejemplo de estas virtudes por él vividas. Recuerdo que siendo yo niño, en el Seminario de El Pardo ya le vi, sobre todo los domingos, en el tiempo más libre para él, recogerse en la capilla y allí orar largos ratos. Estaba dedicado al trabajo de la huerta y cuidado de los animales, oficio que desempeñaba a la perfección, con gran espíritu y con extraordinario amor al trabajo, siendo ésta su virtud característica.» *(Padre Ludovico de Pesquera.)*

Este es el sentir de cuantos religiosos convivieron con el fervoroso, ejemplar y trabajador hermano fray Gabriel de Aróstegui. Supo interpretar maravillosamente y vivir el espíritu del seráfico padre San Francisco, quien en su Regla estampó las siguientes textuales palabras: «Los frailes a los cuales el Señor dió gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente, de tal manera que, echada fuera la ociosidad, que es enemiga del ánima, no maten el espíritu de la santa oración y devoción, al cual espíritu las otras cosas temporales deben servir» (cap. V). Fray Gabriel había recibido desde temprana edad del Señor la gracia de trabajar, y por eso trabajó, especialmente siendo religioso, fiel y devotamente, echando fuera la ociosidad, engendro de muchos vicios; uniendo en íntimo consorcio el trabajo, la devoción, la oración, la vida intensa de piedad.

Su profesión solemne tuvo lugar en el convento de El Pardo el 6 de enero de 1918.

V

El 21 de julio.—«Mátenme, pero no blasfemo.»—En el asilo de huérfanos y en los calabozos de Transmisiones. En la Dirección General de Seguridad.—En libertad.

Desde principios de enero del año 1912 hasta el 21 de julio de 1936 formó parte de la comunidad del convento de El Pardo fray Gabriel, dedicado, como ya han visto los lectores, a la oración y al trabajo, llevando vida, si se quiere, monótona, durante veinticuatro años, pero cargada de méritos en la presencia del Señor.

Mas este vivir tranquilo y sereno fué perturbado por la revolución y persecución marxista, clavando sus garras sangrientas en el pacífico convento-colegio de El Pardo en 21 de julio. Ya en notas anteriores biográficas, y especialmente en las del padre Superior de aquella pacífica morada, quedan consignados los atropellos y la amarga odisea que tuvieron que soportar y correr los niños seráficos y los religiosos que constituían aquella comunidad en tan aciagos momentos. Por eso sería completamente inútil repetirlos aquí otra vez. Pero hay en fray Gabriel algún episodio personal que no podemos ni queremos omitir.

Todos los religiosos del convento se presentaron a los milicianos en la portería, menos el padre Carlos de Alcubilla, que se evadió saltando las tapias de la huerta, y fray Gabriel, que siguió idéntico procedimiento. ¿Se encontraba en aquellos momentos de bárbara invasión en la huerta atendiendo a alguno de sus menesteres cotidianos, o corrió hacia ella y en dirección de las tapias al enterarse de los atropellos que estaban cometiendo los filocomunistas? No he podido averiguarlo. Pero no es el lugar en donde se encontraba cuando emprendió la huída lo que interesa, sino el hecho de que una vez saltada la tapia fué descubierto por algunos de los asaltantes, y aunque él marchaba hacia el monte a campo traviesa, sin embargo le alcanzaron, le detuvieron, le encañonaron con armas contundentes y le dijeron: «O blasfemas, o te pegamos ahora mismo un tiro.» Fray Gabriel respondió resuelto: «*Mátenme, hagan de mí lo que quieran, pero yo no blasfemo.*» ¡Hermoso exordio para empezar el martirio!

Fray Gabriel, como es de suponer y era de esperar no blasfemó, sino que con gran fortaleza aceptó ya en aquellos amargos momentos la muerte a honra y gloria del Señor, por ser religioso. El efecto de la valiente negativa fué quitar por completo el miedo al buen

hermano. El mismo se lo contó a los otros religiosos cuando a él también le llevaron al Orfanato Nacional de El Pardo. El padre Ludovico de Pesquera, que era uno de los detenidos por los milicianos, cuenta por escrito el episodio de la manera siguiente: «Los milicianos le persiguieron a tiros, y al cogerle le amenazaron con pegarle un tiro si no blasfemaba. Mas él respondió: «Mátenme, pero yo no blasfemo.» Esto se lo oí yo mismo referir a fray Gabriel cuando nos reunieron a todos los religiosos de la comunidad en el Orfanato Nacional del pueblo de El Pardo, ya arrojados del convento. El mismo hermano nos refirió que antes de mandarle blasfemar estaba temblando de miedo. Pero que después de haber respondido «Mátenme, pero yo no blasfemo», se le quitó todo el miedo.»

Los milicianos que detuvieron al siervo de Dios, no cabe la menor duda que le ultrajaron ya entonces con palabras soeces, máxime viendo que se negaba, aun ante la amenaza de muerte, a pronunciar palabra irreverente e injuriosa contra el Señor y las cosas santas. Pero matar no le mataron, sino que le condujeron primeramente al Orfanato, luego a los calabozos de Transmisiones y, por último, a la Dirección General de Seguridad, soportando los mismos sufrimientos, el mismo calor asfixiante, la misma sed y hambre, las mismas incomodidades e idéntica incertidumbre que sus hermanos de hábito, como él perseguidos, encarcelados, amenazados de muerte y sometidos a doloroso calvario.

Fray Gabriel, al igual que los otros religiosos, no había cometido ningún delito. Sólo por ser religioso se le perseguía. Pero, al parecer, en la Dirección General de Seguridad no todos habían todavía claudicado por completo y, en consecuencia, decretaron la libertad del siervo de Dios, como la de sus hermanos en religión, el día 25 de julio del mismo año 1936, fiesta del glorioso Patrono de España, el Apóstol Santiago.

VI

En varios refugios.—Vagando por el monte de El Pardo. Condenado a muerte por el tribunal popular.

Puesto en libertad el siervo de Dios, buscó su primer refugio en el honorable hogar del doctor Ubeda, gran bienhechor, sobre todo como médico, de la comunidad de El Pardo. Allí permaneció solamente hasta el 5 de agosto, en que tuvo que abandonar la acogedora mansión a causa de los constantes registros, ya que en alguno de ellos podía fácilmente ser descubierto, identificado como religioso y, de consiguiente, asesinado.

Desde luego que el buen hermano debió encontrarse en completo abandono y aislamiento en las calles de Madrid, para él casi completamente desconocidas, y por eso resolvió encaminarse hacia El Pardo, buscando otro asilo en casa de un amigo suyo a quien había prestado muchos favores, sobre todo regalándole frutos y semillas de la huerta, el cual vivía en el valle de las Trofas, donde cultivaba una huerta. Allí fué bien recibido y considerado. Pero el dueño fué avisado nada menos que por un hermano suyo que vivía en el pueblo de El Pardo que la permanencia de fray Gabriel en su domicilio le comprometía, y, por tanto, que debía echarle. En vista de ello, tuvo que echarle de casa, manifestando después de terminada la guerra a otro religioso de El Pardo que lo había sentido muchísimo, pero que ante el peligro, no tuvo más remedio. Más tarde, al ser perseguido el dueño, se lamentaba amargamente, diciendo que si hubiera mantenido en su casa a fray Gabriel, no le hubiera pasado lo que le estaba ocurriendo.» *(Fray Eleuterio de Rozalén.)*

Fuera ya del segundo refugio, anduvo el siervo de Dios errante por el monte de El Pardo sin comer ni beber por espacio de siete días, al cabo de los cuales le encontraron agotado algunos milicianos y guardias de Asalto que vigilaban el monte para que en él no pudieran guarecerse personas de derecha al huir del infierno comunista de Madrid. La primera intención, después de averiguar quién era, fué rematarle allí mismo, a lo cual se opuso el jefe de los guardias de Asalto, siendo conducido al pueblo de El Pardo y allí presentado como religioso de la comunidad de dicho convento. El tribunal popular le condenó a muerte por el delito de ser religioso. No le ejecutaron por entonces, al enterarse de que era el hortelano y el que cuidaba de los animales, juzgando que allí podía prestar muy buenos servicios a los asaltantes y ocupantes del convento, y al convento le llevaron.

VII

En la huerta del convento.—Continuos insultos, vejaciones y amenazas de muerte.—Matrimonio con una miliciana.

Apenas hubo llegado fray Gabriel al convento, inmediatamente le mandaron los milicianos a cultivar la huerta y cuidar los animales como lo hacía antes de ser arrojados los religiosos, pero vigilado constantemente por aquellos, que no solamente no le dejaban descansar un momento, sino que continuamente le amenazaban con

pegarle un tiro si en todo no les obedecía como un chiquillo. Durante la noche las cosas iban peor. Los dos primeros días le dejaron dormir en su antigua habitación; pero al darse cuenta que al entrar en ella se arrodillaba para rezar, le obligaron a dormir donde ellos, es decir, donde tenían el cuerpo de guardia, a la entrada de la iglesia. Allí todo eran burlas y palabras obscenas y amenazas continuas de muerte, distinguiéndose en las irrisiones los que más favores le debían, pues eran los peores. Entre ellos había unos guardas de Val de Peña, que eran los que hacían guardia de noche en el asaltado convento, en unión con otros; y según contaban las mujeres arpías de aquellos milicianos, eran los que más le insultaban, sobre todo uno llamado el *Rubio*, quien unos meses antes de la guerra tenía dos hijos educándose en el convento con el padre Juan José de Bilbao; e incluso llegaron a decir dichas arpías que fué uno de los que dispararon contra él.

Entre los diversos casos que contaron aquellas mujerzuelas con relación a los insultos y amenazas dirigidos contra fray Gabriel, es el siguiente: Cierto día llegaron varios milicianos del frente de batalla; al verle le llamaron toda clase de insultos e improperios, y a toda costa querían matarle allí mismo, llegando a sacar las pistolas y ponérselas al pecho; gracias a la intervención de otro que, apartándolos rápidamente, lo salvó aquel día. Sin embargo, fray Gabriel les dijo con toda tranquilidad: «Tantas veces me he visto en la boca del cañón, que no tengo miedo a la muerte.»

Indudablemente que la mayor de todas las amarguras padecidas durante el cautiverio fué la amenaza que frecuentemente le hacían de *casarle con una miliciana*; a él, que por servir a Dios y conservar intacta la virtud de los ángeles había renunciado a un honesto y ventajoso matrimonio en su mocedad, ¿proponerle unirse con una de tantas arpías, que entonces eran poco menos que glorificadas privada y públicamente por sus compañeros pecadores a causa de su vida depravada, soez y pecaminosa?... El honesto y buen hermano, no pudiendo soportar semejante afrenta, derramaba lágrimas y pronunciaba las palabras ya en él clásicas: «Mátenme, pero yo no consiento eso.» Y no consintió.

Que ¿cómo han llegado hasta mí estas noticias tan interesantes? Porque, recogidas por el venerable hermano fray Eleuterio de Rozalén, abnegado misionero en el Vicariato Apostólico de Machiques, él me las ha transmitido por escrito desde aquellas tierras, las cuales le fueron referidas personalmente por tres compañeras de los milicianos que con ellos compartieron sus fechorías en la casa de Dios. Cuando yo procuraba documentarme para pergeñar los principales rasgos onomásticos de fray Gabriel, me informaron que todavía

vivía una de aquellas mujeres; pero me aconsejaron que no hablara con ella, porque ni en la vejez había cambiado de vida, ni estaba en condiciones de relatar serenamente hechos pasados, a causa del alcoholismo, que la tenía convertida en un verdadero guiñapo. ¡Que el Señor, en su infinita misericordia, se apiade de ella, si vive aún, y le conceda el arrepentimiento de sus pecados y la salvación de su alma!

VIII

Martirizado junto a la puerta de la era.—Prueba oficial de su asesinato.—Los restos del siervo de Dios.—Proceso de beatificación.—Procesos rogatoriales.

No fueron, ciertamente, muchos los días de agonía padecidos por el siervo de Dios en El Pardo, ya que el día 23 de agosto del mismo año le martirizaron. El mismo hermano fray Eleuterio refiere el hecho de manera clara y terminante. «Después, el enterrador que estaba al terminar la guerra, y a quien llamaban *Pancho*, me refirió que por la noche lo asesinaron. Se encontraba cenando, en mangas de camisa (por cierto, chuletas de ternera), cuando de pronto se le acercó un miliciano diciéndole que le siguiera. El, sin decir nada, le siguió por el colegio, y al llegar a la puerta por donde los niños salen a la era, le mandó salir. Mas, había dado un paso fuera de la puerta, tres milicianos del pueblo de El Pardo dispararon contra él sus escopetas, dejándole muerto, hasta el día siguiente en que encontró su cadáver el enterrador. Daban después el pretexto de haberle matado diciendo que, como sabían que dentro de algunos días venían al convento los milicianos de Madrid, no querían que éstos le matasen, sino ellos mismos, para probar a los de Madrid su valentía.»

A mayor abundamiento de prueba de su martirio tenemos el testimonio oficial de su asesinato en el documento que a continuación se inserta:

«CAUSA GENERAL DE MADRID.—Palacio de Justicia, Marqués de la Ensenada, núm. 1.—Avelino Rodicio Arias, secretario judicial y de la Causa General,

CERTIFICO: Que en los antecedentes obrantes en esta Causa General, relacionados con los hechos delictivos de importancia cometidos en Madrid y su provincia durante la dominación marxista, aparecen: QUE FRAY GABRIEL DE AROSTEGUI, de cincuenta y nueve años de edad, religioso Capuchino, hermano lego, fué asesi-

nado el 23 de agosto de 1936 en las inmediaciones del convento de Capuchinos de El Pardo, en esta provincia.—Y para que conste, y a petición de parte interesada, con el visto bueno del ilustrísimo señor fiscal instructor delegado, expido el presente en Madrid, a siete de diciembre de mil novecientos cincuenta y cuatro.—*Avelino Rodicio.* (Rubricado.) *El fiscal instructor delegado.* (Firma ilegible; rubricado.) Hay un sello que dice: «CAUSA GENERAL.—MADRID.»

El enterrador dió sepultura a los restos de fray Gabriel al día siguiente en una fosa común donde entonces enterraba los cadáveres de cuantos eran sacrificados por la barbarie miliciana. Liberado el convento por las fuerzas nacionales, entraron inmediatamente varios religiosos en el sagrado recinto, y uno de sus primeros actos fué buscar ansiosamente los despojos del siervo de Dios, en conformidad con los datos consignados por el enterrador. El padre Ludovico de Pesquera, principal actor en la piadosa búsqueda, va a referir las diligencias practicadas y los resultados obtenidos.

«Liberado el convento de El Pardo, fuí el primer religioso que al mismo llegó destinado por los Superiores. El libro arriba indicado (el del enterrador) señalaba el lugar en donde había sido sepultado el cadáver de fray Gabriel. Algo confuso para nosotros dicho lugar, se comenzaron las excavaciones y apareció un cadáver con un rosario de «paraparas» y huesos para colgarle del cordón, como los usamos los religiosos Capuchinos de la Provincia de Castilla. El rosario estaba todo dentro de la mano, muy apretado. Muy bien se puede conjeturar y concluir que al ver fray Gabriel que le iban a fusilar, empuñó en su mano lo más santo que tuvo a su alcance en aquellos momentos trágicos. Otro argumento de que el cadáver exhumado era el de fray Gabriel me lo ofreció plenamente la cruz de madera pendiente del mismo rosario: era la misma que fray Gabriel llevaba en vida. Por otra parte, todas las señales que dió del cadáver, como la edad aproximada, estatura, espesor del cuerpo, etc., convenían a fray Gabriel. El rosario que empuñaba en su mano se le extrajo, pero no sé adónde ha ido a parar. La medalla que, pendiente del rosario llevamos los Capuchinos, la quitó el otro religioso que me acompañaba y la guardó como una reliquia.» Luego recogieron los restos, colocándolos en el lugar reservado para enterramiento de los Capuchinos en el cementerio municipal de El Pardo.

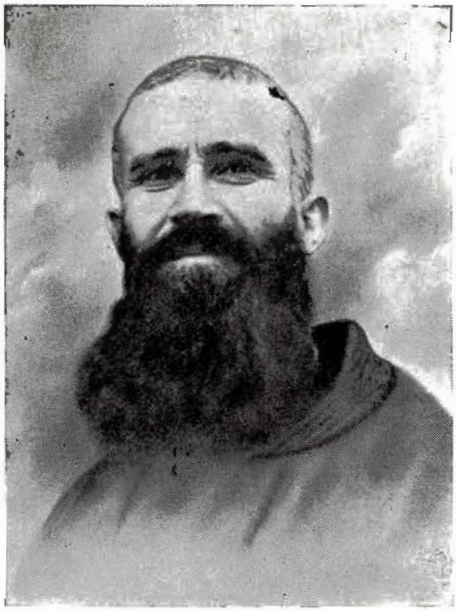
Aunque las razones aducidas por el solícito padre Pesquera probaran evidentemente que los restos encontrados por sus desvelos fueran los de fray Gabriel, sepultados después con los de otros religiosos Capuchinos, no obstante haber yo revuelto huesos y más huesos, ha sido imposible identificar nada que probara la autenticidad de los restos del siervo de Dios, sintiendo tener que afirmar, en

gracia a la verdad, que no se poseen reliquias de los restos mortales de fray Gabriel de Aróstegui.

En cuanto al proceso informativo del siervo de Dios, como va unido al de los otros religiosos martirizados en Madrid, pertenecientes a las comunidades de El Pardo y de Madrid, valga lo dicho sobre los procesos de los mismos.

Pocos son los religiosos de quienes haya sido necesario tramitar procesos rogatoriales. Sin embargo, fray Gabriel fué una excepción, ya que fué necesario promover dos procesos rogatoriales por no poder venir a Madrid algunos testigos. Uno de ellos se tramitó en Caracas (Venezuela) y otro en Pamplona (Navarra), ambos terminados hace ya mucho tiempo.

Que tantos devotos como se encomiendan a este siervo de Dios, especialmente en Aróstegui y en El Escorial, rueguen al Señor para que pronto pueda ser entregado el proceso a la Sagrada Congregación de Ritos.



Siervo de Dios

FRAY PRIMITIVO DE VILLAMIZAR

SIERVO DE DIOS
FRAY PRIMITIVO DE VILLAMIZAR

I

Nacimiento, padres, hermanos e infancia.—Sálvame, que me hundo.—Juventud.—Por el número uno.

El día 12 de febrero del año 1884 nació un niño que, bautizado el día 15 del mismo mes y año, recibió el nombre de *Licinio*. Fué su pueblo natal Villamizar, de poco más de quinientos habitantes, perteneciente al partido judicial de Sahagún, diócesis y provincia de León. En la parroquia de Bustillo de Cea fué confirmado el día 8 de octubre del año 1888. (*Partidas de bautismo y confirmación.*)

Se llamaron sus padres don Felipe Fontanil Buiza y doña Dominga Medina García, modestos labradores, pero de arraigada fe tradicional y de buenas costumbres. Con tres hijos bendijo el Señor el matrimonio Fontanil-Medina: Indalecia y Alberto, ambos casados a su debido tiempo, y ya fallecidos, y nuestro Licinio; a todos los educaron en el santo temor de Dios y en la piedad cristiana. *(Bernarda Fernández Fontanil.)*

La señora Alejandra Galuares Gago, que actualmente vive en Madrid, mas paisana del siervo de Dios, ha tenido a bien manifestar algunas facetas de Licinio durante la niñez, que con gusto transcribimos: A fray Primitivo de Villamizar, dice ella, de quien fuí compañera y amiga de juegos en la infancia, le traté muy a menudo hasta que vine yo a Madrid a los nueve años. De aquellos años recuerdo muy bien que éramos de familias las dos profundamente cristianas; que, aunque éramos traviesillos, por la educación reci-

bida en casa éramos piadosos. No faltábamos a la santa misa ni al rosario, que se rezaba todas las tardes en la iglesia, y ni mucho menos a las fiestas más solemnes que solían celebrarse a lo largo del año. Recuerdo incluso alguna de nuestras travesuras infantiles: Estábamos en cierta ocasión pescando ranas en una laguna cenagosa; yo le dí a él un empellón y cayó en medio del cieno movedizo, empezando a hundirse el pequeño; asustado entonces y muy emocionado, me gritó: «Sálvame, que me hundo; te lo pido por la Virgen del Camino, Patrona de nuestra región.» Aunque yo era más pequeña que él, le alargué la mano, salvándole del peligro, y continuamos tan amigos. Como en nuestro pueblo no había más que una escuela, y era mixta, los dos asistimos y juntos aprendimos las primeras letras en perfecta armonía y amistad.

La juventud de Licinio no ofrece especiales episodios dignos de mención. De carácter muy alegre, un poco sentencioso o refranero y comunicativo, con los otros jóvenes alternaba en las diversiones, por aquellos tiempos bastante honestas en los pueblos de tradición religiosa. Su sobrina, doña Bernarda Fernández Fontanil, asegura que era un chico y joven bueno, amante de la familia y ordenado en sus costumbres, sin meterse con nadie y sin llevar jamás ruidos o disgustos a la casa, prueba evidente de que en medio de las alegrías y diversiones juveniles fué discreto, prudente y de recomendables costumbres. *(Bernarda F. Fontanil.)*

Habiendo fallecido su padre y casados la hermana y hermano mayores, corrió por su cuenta el filial y solícito cuidado de su madre, viuda, y como era natural, atribulada. Para que nada la faltara a la buenísima y sufrida autora de sus días, dispuso que la sobrina antes mencionada la acompañara y la atendiera, colocándose él en el pueblo natal en casa de un pudiente labrador, para, con el jornal que ganaba, socorrer las necesidades de la pequeña familia, portándose en todo como cariñoso, solícito y buen hijo.

El joven Licinio ha cumplido ya diecinueve años; le toca, por consiguiente, sortear con otros muchachos para el servicio militar. Jovial como era e hijo de viuda modesta y, por lo mismo, libre de vestir el uniforme y de empuñar el máuser, decía gozoso: «Voy por el número uno.» Su buena y sencilla madre le replicaba: «No, hijo mío; que te toque buen número, pues no sabemos las dificultades que pueden surgir para alegar que tu madre es viuda y que no tiene más hijos varones solteros que a ti.» «Que voy por el número uno», repetía el mozuelo. Y, efectivamente, le tocó el número uno; pero, alegada la condición de viudez de la madre, quedó libre del manejo de las armas, siguiendo los trabajos agrícolas para cuidar de ella y sustentarla decorosamente.

II

Vocación religiosa.—A los Capuchinos de Bilbao.—Treinta días al mes y las noches libres.—Noviciado y profesión.

Desde el sorteo castrense han transcurrido ya varios años; el joven Licinio se va acercando gradualmente hacia los treinta, y ese rodar rápido del tiempo le indica que debe tomar alguna resolución definitivamente orientadora de su vida, ya que la viejecita mamá no va a necesitar siempre sus servicios, ni él tampoco participará seguramente durante toda su vida de los desvelos, caricias y amor maternales, por la misma ley de la naturaleza según la cual cada generación que aparece en el mundo empuja a la anterior hacia el sepulcro.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Abrazar el estado conyugal como sus hermanos?... No le seduce la idea del matrimonio. ¿Permanecer célibe toda la vida en el siglo?... Perspectiva regularmente sombría y dolorosa para el hombre, sobre todo mirando hacia la vejez. Porque, ¿quién se preocupará de él y le atenderá en sus menesteres, y le prestará sus cuidados, y brindará calor amoroso y casto a sus miembros fríos y entumecidos en los años seniles?...

Ante semejantes interrogantes se dejó suave y fuertemente sentir en su mente el Espíritu Santo, mostrándole una senda luminosa con luz orientadora hacia la eternidad, cual fué la vocación al estado religioso. No desechó el reflexivo joven la celestial sugerencia; antes al contraro, bien pensada y meditada, resolvió por fin seguirla.

Nada manifestó a sus deudos del propósito ya casi de inmediata ejecución; con ellos organizó una especie de peregrinación piadosa al pueblo de Valdavida, de donde era natural su abuela paterna, doña Isabel Buiza, para venerar a la Virgen María, que allí recibía especiales cultos bajo la advocación de Nuestra Señora de Yecla.

Terminada la devota romería mariana, dijo a sus deudos que regresaran a Villamizar, pues él tenía que ir a la ciudad de León a resolver un asunto personal. Llegó a León e inmediatamente partió para el convento de Capuchinos de Bilbao, desde donde escribió a la familia, comunicándole que entraba religioso Capuchino en el humilde estado de hermano lego. El hizo, en verdad, no pequeño sacrificio al desprenderse de su viejecita, y ella, con el resto de la familia, no lo sintió menos; pero todos ofrecieron generosamente el

inmenso sacrificio en el altar santo del amor de Dios. *(Bernarda F. Fontanil.)*

Los Superiores de la Orden le admitieron como aspirante o donado, mas encargándole durante una larga temporada el oficio de *recadista* de la comunidad. El convento de Capuchinos de Bilbao está enclavado en la zona de Basurto, bastante distante, por tanto, del centro de la ciudad, al cual centro era necesario ir todos los días para llenar las necesidades temporales de religiosos y novicios. El joven Licinio tenía que ir diariamente a distintos puntos de la villa bilbaína para cumplir dichos menesteres, con un carrito tirado por un caballo. En Bilbao era muy conocido como recadista de los frailes. Iba cierto día, alegre como siempre, a cumplir con el deber, cuando uno de esos chuscos tan abundantes y atrevidos en las populosas urbes le endilgó la siguiente pregunta: «Oye, ¿qué te dan a ti por servir a los frailes?» El interrogado, que nada tenía de dormido ni perezoso y que no necesitaba pensar mucho las cosas para responder adecuadamente, contestó: «Treinta días al mes y las noches libres.» Con semejante agudeza cerró eficazmente los labios del ineducado holgazán. *(Padre Emilio de Madrid.)*

Como es de suponer, ansiaba nuestro joven consagrarse más íntimamente, con una dedicación total, al servicio divino por medio de la profesión religiosa; anhelaba, por consiguiente, iniciar el año de noviciado, dejando el distraído oficio de recadista. Los Superiores dieron con agrado cumplimiento a sus deseos, enviándole al convento de Montehano, casa entonces de noviciado, en donde el 8 de marzo del año 1914, cumplidos los treinta años, vistió el hábito religioso, iniciando de este modo el año de probación y de mutua experiencia. En la ceremonia dejó el nombre de Licinio Fontanil Medina y tomó el de fray Primitivo de Villamizar. *(Acta de toma de hábito.)*

Su comportamiento durante el año de formación espiritual integral debió ser muy recomendable y ejemplar, dando el novel novicio pruebas inequívocas de buen espíritu y de capacidad para abrazar la austera vida religiosa seráfico-capuchina, ya que en la triple votación habida, transcurridos cuatro, ocho y diez meses de la vida conventual extricta, le fueron favorables todos los votos de los religiosos testigos diarios de su proceder. En consecuencia, se unió al Señor y a la Orden Capuchina por medio de la profesión religiosa temporal el 9 de marzo del año 1915. La profesión solemne tuvo lugar en el convento de El Pardo el 18 de mayo del año 1920. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

III

Hermano del colegio.—Como una madre.—Dolor por la salida de jóvenes.—Chófer del convento.

Existe en el Seminario Seráfico de El Pardo un cargo que, sin ser el de Rector, ni el de Director espiritual, ni el de Prefecto de Estudios, ni tampoco el de Inspector, lleva consigo no poca responsabilidad, porque en cierto modo tiene que ser *un algo todo*, designando al que lo desempeña con el nombre de *Hermano del colegio seráfico*, o simplemente, *el Hermano del colegio*. Para desempeñar eficazmente son necesarias cualidades no comunes, sino bastante singulares, porque al cuidado del Hermano están todos los seminaristas, y con ellos tiene que hacer las veces de padre, de madre, de practicante, etc.

Los Superiores notaron en el recién profeso cualidades que le indicaban para desempeñar semejante delicado menester, y al colegio le destinaron trasladándole del convento de Montehano al de El Pardo, apenas hecha la primera profesión, entrando él inmediatamente en funciones de Hermano del colegio.

Con gusto transcribo íntegramente las apreciaciones del padre Carrocera, recogidas en la obra *Mártires Capuchinos de Castilla*, sobre el comportamiento de fray Primitivo durante los casi veintiún años que atendió a los colegiales seráficos, ya que fué el popio padre uno de los que cursó los estudios humanísticos desempeñando el siervo de Dios dicho cargo.

«Conocedores los Superiores de las bellas cualidades de que estaba adornado, le destinaron al poco tiempo al convento de El Pardo, con el oficio de Hermano encargado de los niños del colegio seráfico. Allí habría de pasar el resto de su vida: vida por entero consagrada al cuidado de los niños, para los que fué siempre un verdadero y amantísimo padre, y esto en toda ocasión, pero, sobre todo, cuando alguno se encontraba enfermo y mucho más si la enfermedad era grave; allí eran los cuidados, los desvelos, el preocuparse grandemente, el ir de un sitio para otro, incluso el no dormir hasta lograr que el enfermo recobrase la salud.

»Todos, por otra parte, le apreciaban sobremanera, le querían, le estimaban y tenían en él puesta toda su confianza. A todos también, sin distinción, trataba él con cariño, con ternura, con amabilidad; a todos recibía sin cansancio, sin disgusto, cuando iban a pedirle al-

guna cosa o a exponerle cualquier necesidad, incluso, como niños, cualquier impertinencia.

»Grande, por otra parte, era el disgusto que experimentaba cuando alguno de los niños era despedido por su mala conducta y sin haberse él enterado de nada. Recuerdo a este propósito que en cierta ocasión fueron despedidos por ese motivo dos niños de los mayores, poco antes de ser enviados al noviciado. Su disgusto fué tan grande, que en modo alguno pudo disimularlo en varias semanas, llevando muy a mal aquella falta de confianza; y, creyéndose hasta ofendido, preguntaba con amargura a los del mismo curso de los mencionados niños por qué no le habían dicho a él nada, por qué no le habían enterado de todo, cuando las cosas tenían todavía remedio y cuando, de haberse acudido a tiempo, seguramente no hubiera ocurrido aquella desgracia.»

Del sentir del padre Carrocera son cuantos pasaron por el Seminario Seráfico durante el prolongado tiempo en que fray Primitivo fué Hermano del colegio, o en dicho cargo fueron Superiores o Profesores del referido plantel educacional. Sólo algunos testimonios serán suficientes para demostralo.

Todos decían que siendo un cargo difícil de desempeñar, y que hasta entonces no se había resuelto satisfactoriamente, se creyó, y con razón, que, por fin, se había dado con la persona más indicada para tal oficio. Era una verdadera madre con los alumnos, cuidándose siempre de ellos, con un afecto vigilante y continuado, sin zalamerías ni excesos inoportunos o reprensibles en ningún momento; y aunque este trabajo le absorvía tanto tiempo, casi nunca se dispensó de las prácticas religiosas que la regla impone.

Dado su carácter serio y fuerte, quizá no se apreciara en él una piedad demasiado piadosa y afectiva. Pero sí, en cambio, una piedad profunda y seria, como su propio carácter.

Muchos podemos acreditar su caridad para con los niños en los largos años que fué Hermano del colegio. En esto fué incansable. Me consta cómo en cierta ocasión me manifestó que su propósito particular era llevar siempre la presencia de Dios. Era sumamente abnegado; se levantaba muy temprano y se acostaba muy tarde, siempre pendiente de los niños, porque era el Hermano encargado de ellos. Si era cariñoso y paternal en todo momento, lo era singularmente con los enfermos, aunque siempre evitaba los extremos de excesivo rigor o excesiva blandura.

Obediente sobremanera a los Superiores que le propusieron aprender el oficio de chófer, el siervo de Dios se habilitó muy pronto para conducir una camioneta que un bienhechor había obsequiado al convento de El Pardo, para llenar las necesidades de los religiosos

y de los niños del colegio, con excelentes resultados, prestando desde entonces grandes servicios a los conventos de Madrid y El Pardo, y ahorrando cuantiosos dispendios, sin perdonar él molestias y trabajos ocasionados por el constante ir y venir, alternando con esta nueva ocupación las muchas y constantes que le proporcionaba el cargo de Hermano del colegio.

Un religioso que trató mucho al hermano dice que era discreto y ponderado; valía ciertamente para conductor de automóvil, y si como dicen los antiguos, la prudencia es el cochero de las virtudes, el hermano era ciertamente un buen cochero en todo el sentido de la palabra. Siempre dueño de sí, sereno y mirado en todas sus cosas. Era fuerte y recio para el trabajo. Con todos siempre a punto. Servicial aún a costa de no poca abnegación; dispuesto a cualquier hora para prestar los servicios no siempre cómodos que de su cargo derivaban.

Entendía fray Primitivo bastante de mecánica, y por eso cuando conducía la camioneta y encontraba coches accidentados en las carreteras se paraba siempe, ofreciendo sus valiosos servicios para poner en marcha cualquier vehículo.

Parece que alguno notó en el siervo de Dios, encargado por los Superiores de la conducción de la camioneta, cierto descuido en la atención a los niños del Colegio, ocasionando trastornos de mayor o menor importancia y determinado malestar entre el personal docente. Pero a esta especie de rumor flotante dice un religioso que durante muchos años convivió con el siervo de Dios, lo siguiente: «Referente al Hermano fray Primitivo debo decir, que estando encargado de cuidar a los niños, alumnos de nuestra escuela seráfica, lo hizo siempre con diligencia y asiduidad ejemplares, siendo estimado por ello de todos, religiosos y alumnos, con afecto nada común. Quiero salir al paso, por creerlo de justicia, a una insinuación que oí alguna vez en el sentido en que descuidaba este quehacer cuando se le encomendó la conducción de la camioneta, a nosotros donada para recados y encomiendas diversas. Yo creo que no hubo ningún descuido por su parte, sino que simplemente habiendo de atender a este nuevo trabajo, que la obediencia le encomendó, era inevitable que alguna vez fuera en detrimento de su otro oficio. Si bien el Hermano procuraba por todos los medios cumplir decididamente sus dos misiones. Esto sin echar en olvido que, como para el cuidado de los niños tenía otros dos hermanos que le ayudaban, y para la atención de la camioneta casi siempre era él sólo, es lógico que confiado en sus colaboradores, se dedicara con más interés a lo que él solo atendía.» *(Padre Bernardino de La Granja.)*

Proclamado en España el régimen republicano con sus corres-

pondeintes desmanes, ya desde el principio cometidos, disposieron los Superiores que fray Primitivo se quitara la barba y condujera la camioneta vestido de seglar, obedeciendo él inmediatamente sin alegar para ello el menor reparo o la más pequeña dificultad. Ante la obediencia, plena sumisión, confianza en el Señor y completa seguridad.

IV

Exclaustración forzosa.—Delirio pasajero.—Morir como Capuchino.—En libertad.

Fray Primitivo, según ya dejo consignado, formaba parte de la comunidad de El Pardo, con el doble oficio de Hermano del colegio y conductor de la camioneta. Por consiguiente, el 21 de julio fué violentamente arrojado de la casa de Dios para correr los mismos peligros que los otros religiosos miembros de la Comunidad. Con ellos fué llevado al Orfanato del pueblo; conducido de allí a los calabozos de los Cuarteles de Transmisiones, en donde, como los demás, creyó que había llegado su última hora, preparándose para el sacrificio.

Ante los sufrimientos, y, sobre todo, pensando en la muerte de los niños del colegio, de él tan amados, padeció algunas sacudidas nervisoas, víctima de aquellas circunstancias, tuvo un trastorno mental pasajero, pero aún así y todo, prevaleció en él el sentimiento de aquellos momentos y dispuesto a morir, entregó el poco dinero que, como a los demás, había dado el padre Guardián a éste mismo, diciendo que quería morir en total y absoluta pobreza, como corresponde morir a un religioso Capuchino. Lo propio hizo también con el reloj que para su uso le había sido otorgado.

Digno de admiración fué el acto por él realizado en la Dirección General de Seguridad, y fué el siguiente: fray Primitivo invitó a otro hermano para ofrecerse con él a morir, esperando que así podría librar de ella a los demás.

En la Dirección General de Seguridad no encontraron motivo alguno que justificara ni la muerte, ni la detención del siervo de Dios, por cuanto no había contra él, lo mismo que contra los otros religiosos de la Comunidad de El Pardo, acusación especial. Por eso, fichado antes, con sus hermanos en religión fué puesto en libertad el día 25 de julio después de no pocos sufrimientos, vejaciones, hambre, sed y cansancio.

V

Sálveme por segunda vez.—Reunión de zorras alboroto de gallinas.

Libre de la prisión en la Dirección de Seguridad, fué el siervo de Dios a buscar refugio a casa de su paisana doña Alejandra Galuares Gago, llegando hecho un desastre, teniendo que equiparle de todo, emocionado y lloroso, diciéndola: «Sálveme por segunda vez la vida.» La primera vez se la había salvado después del famoso empellón en la pesca de ranas.

Cuando llegó a su casa, al ver que no había ninguna imagen visible, porque todas se habían ocultado a causa de los continuos registros, exclamo: «¡Hay que ver!, ni una imagen a quien rezar.» Entonces, para consolarle, le dió una imagen de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, proporcionándole una gran alegría y un consuelo verdaderamente extraordinario. Siempre se le vió entregado con toda confianza y abandono en las manos de Dios, y con frecuencia rehusaba alimentos y otros alivios durante el refugio, diciendo que él estaba demasiado bien cuidado, cuando por las calles vagaban tantos pobres hambrientos. Mas, al manifestarle la señora que ella no podía ir por las calles buscándolos, él insistía en su idea, mortificándose con auténtica y verdadera sobriedad.

En casa de su bienhechora fué en todo momento discreto, retraído y callado, por temor a molestar que, desde luego, nunca lo hacía. Cuando llegó a la casa estaba deprimido, muy explicable su estado a causa de los sufrimientos, el hambre y el cansancio, depresión más bien fisiológica que moral, ya que al tomar algún refrigerio y descanso quedó completamente sereno y tranquilo, satisfecho además por la benévola acogida que le dispensó su buena paisana y antigua amiga de juegos inocentes.

Durante el tiempo de su permanencia en la casa bienhechora fué muy devoto fray Primitivo. Con ella y con la criada rezaba siempre el santo rosario, y retirado en su habitación por las noches, obligó alguna vez a la señora a reprenderle, porque debiendo tener gran cuidado en que la casa estuviera a oscuras, por el enorme miedo a los registros, le encontraba muchas veces con una velita encendida, postrado de rodillas ante la imagen de Jesús Nazareno, en mortificada y devota oración.

Movido por la caridad con sus hermanos de hábito salía frecuentemente a la calle para visitar a los enfermos, ancianos o necesitados

de su auxilio. Pero al regresar cierto día, advirtió que algunas mujeres se fijaron en él, oyéndolas decir: «Este es el fraile que venía de El Pardo.» Subió el siervo de Dios algún tanto alarmado, pronunciando ante la señora una frase muy gráfica en su tierra: «Reunión de zorras, alboroto de gallinas.» Desde ese momento ya no se creyó seguro en tan amable casa, para él de toda confianza; pero con razón supuso que al ser conocido como lo fué habría alboroto no de gallinas, mas sí de mujeres, que indudablemente le denunciarían, con peligro para él y para la buena señora tan caritativa que tan amablemente le había recibido y cuidado. Era, pues, necesario buscar otro refugio menos peligroso.

VI

Segundo refugio.—Buena documentación.—Mortificado y caritativo.—Comunión y santa misa muy frecuentes.

Tenía fray Primitivo una sobrina de quien ya en páginas anteriores he hecho mención, la cual facilitó su consagración a Dios, por cuanto ella se encargó del cuidado de la abuelita. Fallecida ésta, propuso el siervo de Dios a aquella el plan de vida para el futuro. «Tienes dos caminos, la dijo; o dedicarte al servicio del Señor en el estado religioso, o emplearte en la villa de Madrid.» «Yo no tengo vocación religiosa», respondió la señorita Bernarda; vino, por lo mismo a Madrid, empleándose, pero siempre bajo la prudente y protectora mirada del siervo de Dios. Andando el tiempo y de acuerdo con el tio, contrajo matrimonio con el joven Eustaquio González Soto, radicándose ambos en un apartamento de casa de vecindad, de planta baja, en la calle de Adrián Pulido.

Varias veces visitó el sobrino político al tío cuando se encontraba en el primer refugio, ofreciéndole, como es natural, la modesta morada. Como fray Primitivo no las tenía todas consigo desde aquella misteriosa conversación de las no menos misteriosas mujeres, optó por aceptar el ofrecimiento de los sobrinos, trasladándose a su casa el día 1 de agosto del mismo año 1936, permaneciendo con ellos hasta el 19 de mayo del siguiente año, en que fué detenido y asesinado por los comunistas.

Inscriptos los sobrinos en la C. N. T., por la necesidad de que les dejaran trabajar y de poder fácilmente conseguir alimentos, procuraron al tío un carnet de la misma filiación, como lo hacían entonces tantas personas buenas, para librarse de la persecución y de la muerte. Así documentado cruzó libre e impunemente las

calles y plazas de Madrid, casi siempre acompañado de la sobrina, durante los meses de exilio.

Queremos que la señora Bernarda refiera el comportamiento del tío religioso mientras vivió en este segundo refugio, y que ella relate tantos actos de caridad como practicó en aquella temporada de exclaustración forzosa.

«Durante el tiempo que permaneció con nosotros—dice—, se portó como un verdadero religioso, porque salía poco de casa y lo hacía conmigo. Yo muchas veces me acobardaba por la dureza de aquellos tiempos, manifestaba mis temores de lo que nos pudiera sobrevenir, sobre todo, lo que considerábamos la mayor desgracia; que pudieran quitarnos la vida. Mas él, casi siempre invariablemente, decía: «Que no nos van a hacer nada; no te preocupes que ya nos defenderá nuestro buen Dios.» Era hombre discretísimo, callado, tal vez en demasía, de tal forma que como en otras cosas, también yo tenía que ponerme un poco fuerte con él. Hacía sus devociones todos los días, y conmigo y mi marido, cuando éste estaba en casa, rezaba todas las noches el santo rosario, con tanta devoción que a mí me edificaba. Aparte de esto, muy a menudo, le veía yo con el rosario en la mano hasta enfadarme y decirle: «Muy bien, hombre, para que venga luego cualquier vecina, lo vea con el rosario en la mano y nos comprometa.»

»De su caridad, me atrevo casi a decir, si esto pudiera decirse, que tenía más de lo justo. Muchas veces llegaba yo a enfadarme porque daba las cosas de comer a los niños de la vecindad, contentándose él muchas veces con sólo pan y agua. Y cuando yo le decía: «Muy bonito, con lo mal que lo paso yo en las colas para que luego dé usted las cosas a los chiquillos.» El invariablemente me contestaba: «Mujer, yo puedo pasar con cualquier cosa, mientras que los niños necesitan alimentarse mejor.» Cada vez que había que ocultarse de los bombardeos, en vez de huir fray Primitivo para ocultrase rápidamente, como yo misma se lo decía, se iba en busca de una viejecita y del brazo la llevaba al refugio, porque estaba casi ciega. Cerca de nosotros vivía una niñita de cuatro años, allí refugiada, llena de miseria, especialmente en la cabeza. Fray Primitivo la lavaba y me mandó comprar en la farmacia un ungüento para la cabeza de la niña, a fin de limpiársela. *(Eustaquio González Soto.—Bernarda F. Fontanil.)*

Cuando el siervo de Dios practicaba sus salidas era muy frecuentemente con el fin de afeitar y cortar el cabello a religiosos que estaban escondidos como él en casas particulares, para que no tuvieran necesidad de ir a barberías, donde había siempre mucho peligro de que pidieran la documentación, y no todos la tenían tan

buena como él. Para cumplir estos actos caritativos mandó a la sobrina que le comprara unas tijeras y una máquina adecuada.

Entretenido en trazar estas líneas fuí a hablar con doña Bernarda, como ya lo había hecho otras veces, con el propósito de averiguar algunos extremos sobre la vida de su tío fray Primitivo. En esta ocasión la esperé en otro apartamento o vivienda frente a la suya, por estar ella ausente. Allí me recibió una atenta y buena señora que conoció al siervo de Dios durante el forzoso exilio, pero sin saber que era religioso, proporcionándome algunas facetas muy elocuentes sobre la caridad del hermano en aquellas circunstancias.

La vecindad no sabía que era religioso, sino tío de la señora Bernarda, pero cuantas personas le trataban quedaban admiradas de su delicadeza, caridad, amabilidad y trato delicado, porque se daban cuenta que se prestaba para todo lo bueno.

Los moradores de aquellas casas hicieron junto a las mismas, en la calle, un refugio para cobijarse durante los bombardeos. Pues bien, según la señora doña Concepción Ramírez, fray Primitivo trabajó personalmente para abrir el refugio y ponerle en condiciones de proteger la vida de aquellas gentes. Por cierto que me mostró en la puerta de entrada y en algunas dependencias del inmueble los rastros allí dejados por una bomba que cayó cuando estaban protegidos en el refugio donde trabajó fray Primitivo, ya él asesinado para aquella fecha.

Cuando la señora Concha iba a la cola para conseguir el alimento, dejaba a una nena de año y medio al cuidado del hermano, pues se encontraba ella sola en casa, ya que su marido también había sido movilizado, le entregaba la llave de la casa para que la custodiara (hasta ahí llegaba su confianza en la honradez de aquel tío de la señora Bernarda), y él la decía: «Váyase tranquila y esté fuera todo el tiempo que necesite, porque yo me hago cargo de la casa y de su nena.» Tan bueno y complaciente era que jugaba con la niña para entretenerla, y para que en el patio no se sentara en el suelo, le hizo él una pequeña banqueta de algunas tablas que por allí pudo encontrar.

Igualmente refirió la señora Concha que en la vecindad había una señora enferma y sola; todas las vecinas procuraban asistirla cuanto les era dable en aquellas dolorosas circunstancias pero también fray Primitivo la daba las medicinas y procuraba servirla caldos y otros alimentos.

Tuvo la suerte y también el valor de comulgar y oír misa muchas veces el siervo de Dios durante los meses que permaneció en casa de sus sobrinos. Así lo refiere doña Bernarda. «En bastantes ocasiones, al decirle yo que desayunara, me contestaba: «No puedo desayunar,

porque voy a oír misa y a comulgar.» Entonces le acompañaba yo, pero nunca me dejó entrar con él a la casa donde iba. Después, al salir y encontrarse otra vez conmigo, me decía: «He comulgado y he oído misa.»

Caridad operativa, devoción práctica, celo por ayudar a los demás, prudencia para no comprometer a nadie, vida abnegada, mortificada, penitente, seriedad y exquisita delicadeza en todo y para con todos, he ahí la silueta dibujada por las personas que de cerca trataron al siervo de Dios en los meses que vivió con sus sobrinos doña Bernarda y don Eustaquio.

VII

Título denunciador.—A renovar el carnet.—Haced de mi lo que queráis, pero a ella dejadla.—Si lo confesó él.—Investigaciones infructuosas.—El martirio.—El Proceso de beatificación.

El año de 1931, visto el cariz que tomaban las cosas ya en los primeros días de la república, ordenaron los Superiores a fray Primitivo que se quitara la barba y se vistiera de seglar para conducir la camioneta, con el fin de evitarle dificultades, disgustos y tal vez no pocos insultos. Cierto que por entonces se consiguieron estos laudables propósitos; pero, a la larga, como el hermano tenía que tratar con mucha gente y ser habitualmente visto por los conductores de El Pardo y por no pocos de los de Madrid, resultó para él dicho oficio desempeñado de paisano verdadero delator o denunciador, porque le habían conocido precisamente vestido de seglar, como entonces se encontraba.

Efectivamente, pues yendo cierto día con la sobrina a la calle de Fernando el Santo para procurarse una ración de jabón, fué reconocido por un miliciano que le paró en seco, entablándose seguidamente el siguiente brevísimo diálogo:

«—¿Tú eres el chófer de El Pardo?» (del convento se entiende.)

»—Sí que lo soy.

—»—A ver, el carnet de conductor.

»—Aquí le tiene—al mismo tiempo le presentó la documentación personal completamente en regla.»

Por el momento quedó desconcertado el miliciano, dejándole seguir adelante. Pero dados solamente algunos pasos reaccionó, y acercándose otra vez le dijo: «Tienes que renovar el carnet de chófer,

porque el que tienes ha caducado.» «No hay inconveniente», contestó el hermano. Sin perder tiempo le invitó a que se acercara a la Comisaría para renovarle.

La sobrina temió para su tío algo muy serio en aquel trance, y propuso al miliciano que la renovación se hiciera en la Dirección General de Seguridad, como lugar menos peligroso que cualquier *checa* adonde indudablemente quería llevarle. Aceptó el miliciano, quien mandó venir un coche y a él ordenó subir a fray Primitivo, consumando en aquel momento la traición.

Subió, en efecto, el hermano y detrás el miliciano traidor. Quiso subir también la sobrina, para lo cual se agarró fuertemente a la portezuela que ya cerraba el miliciano; mas él, de un empujón la derribó al suelo. Angustiada la pobre señora, en tierra oyó perfectamente las siguientes palabras pronunciadas por el siervo de Dios: «*Haced de mí lo que queráis; pero a ella dejadla.*» Y partió precipitadamente el coche en desconocida dirección.

Dice doña Bernarda que desde ese momento supuso con todo fundamento que le llevaban a matar. Yo empecé a hacer gestiones para ver si podía dar con su paradero. Resultando todas infructuosas, me fuí, por fin, a la calle que entonces llamaban «Reforma Agraria», hoy Alfonso XII, en donde estaba un centro de la C. N. T., que denominaban *pro presos*. Dí allí las señas y edad de fray Primitivo, sin decir, como es natural, que era religioso, por ver si podía librarle, caso de no haberle aún asesinado.

«—¿Tienes tú valor de venir a preguntar por un fraile?—me dijeron.

»—No era fraile—contesté.

»—¡Qué valor tienes! Lo ha declarado él.

»—¿Qué le habéis hecho?—les pregunté.

»—Le hemos puesto en libertad—contestaron ellos.

»—¡Le habéis matado!—repuse yo.

»—El que lo trajo se ha ido con él; él sabrá lo que ha hecho.»

Todo esto me lo dijeron despóticamente y con malos tratos de palabra.

Empecé a buscar el cadáver, bien persuadida de que lo habían matado, y anduve por depósitos judiciales, cementerio y carretera de Maudes, en donde habían ya antes matado a mucha gente.

Ante este verídico relato nadie duda de que fray Primitivo fué asesinado, y precisamente por ser religioso, ese mismo día 19 de mayo del año 1937, pues primeramente se le detuvo porque era el chófer del convento de El Pardo y, por tanto, religioso de El Pardo. Además, los mismos criminales dieron testimonio de que ante ellos confesó fray Primitivo su condición de religioso. Podemos, por lo

tanto, perfectamente incluirle entre los que sucumbieron por odio a la fe, sacrificado por los enemigos de Dios y de nuestra santa religión.

Todavía existe otra razón que prueba hasta la saciedad la anterior afirmación, y es la siguiente: Había sido movilizado el sobrino político del hermano y conducido a fortificaciones en el frente de Guadalajara. Los de la C. N. T. le llamaron a Madrid y le ordenaron que se presentara en el centro de la calle de Núñez de Balboa. Allí se entabló otro diálogo entre los de la C. N. T. y el aludido sobrino.

«—¿Por qué motivo se me ha llamado y a qué obedece esto?

»—Porque has tenido en tu casa oculto a un fraile—le dijeron.

»—Cierto que lo he tenido en casa; pero dicho fraile era tío carnal de mi mujer.

»—¿No comprendes que puede costarte a ti esto la vida?

»—El fraile no hacía mal alguno, y por eso no comprendo que me pueda costar la vida, siendo, como era, el fraile de la familia.»

Llamaron entonces a la Dirección General de Seguridad por teléfono, y como allí no había acusación alguna contra el sobrino, le detuvieron la documentación, hicieron un detenido registro en la casa; le dejaron libre, y a los ocho días, por correo, le remitieron la documentación, destinándole otra vez al mismo batallón de fortificaciones.

¿Dónde martirizaron a fray Primitivo? Nada se ha podido averiguar, y por la misma razón ha sido imposible dar con sus restos para colocarlos en lugar decente y honroso en compañía de sus hermanos de martirio que sucumbieron como él en Madrid y en El Pardo o en Paracuellos del Jarama y en El Escorial. Pero esto no importa; sería un consuelo para los que vivimos, para los que le tuvieron como hermano del colegio, habiendo sido para ellos verdadero padre y solícita y cariñosa madre, y para sus deudos y demás personas que tan importantes datos han proporcionado.

Respecto al proceso ordinario informativo de beatificación, hay que manifestar a los lectores que va unido a el de los otros religiosos martirizados en la zona de Madrid y cercanías, y, por consiguiente, que se espera resignadamente a que el Señor quiera que se termine pronto, para entregarle a la Sagrada Congregación de Ritos. Entre tanto, roguemos todos a Dios que si ése es su divino beneplácito, se digne inspirar la glorificación de su siervo en la tierra, como piadosamente creemos que le glorificó en el cielo en el preciso momento en que, confesando su condición de religioso, fué sacrificado por los sin Dios.

Siervo de Dios

FRAY EUSTAQUIO DE VILLALQUITE

SIERVO DE DIOS
FRAY EUSTAQUIO DE VILLALQUITE

I

Nacimiento y primeros años.—Aspiración plausible.—En los Seminarios Menores.—Humilde y virtuoso.

El 20 de agosto del año 1893 veía la luz primera en el pueblecillo de Villalquite, diócesis y provincia de León, un niño, tan endeble, que tuvieron que administrarle de urgencia el sacramento del bautismo, para después suplir las ceremonias el mismo día en la iglesia parroquial; así lo atestigua el siguiente documento: «En el pueblo de Villalquite, diócesis y provincia de León, Ayuntamiento de Valdepolo, a veinte de agosto de mil ochocientos noventa y tres; yo, el infrascrito, párroco de Nuestra Señora de la Asunción, de Villalquite, supli o puse los Santos Oleos a un niño que había sido bautizado de socorro por persona hábil, a la que examiné sobre el asunto, y hallé ser válido el bautismo; y nació el veinte de dicho mes y año. Se le puso por nombre Bernardo Joaquín; es hijo legítimo de Julián Cembranos y de Isabel Nistal.» El día 1 de junio del año 1897 recibía en el pueblo de La Aldea el sacramento de la confirmación. *(Partida de confirmación.)*

Don Julián y doña Isabel fueron largamente bendecidos por el Señor lo mismo en bienes temporales que en numerosa prole, ya que tuvieron siete hijos varones y tres hembras, siendo Bernardo el menor de todos. Jamás faltó la autoridad paterna en casa, ni la educación católica práctica; fruto de las cuales fué la consagración de tres hijos al servicio de Dios en la Orden Capuchina, uno en la Orden Carmelitana y una hija en las Concepcionistas de clausura.

«Mis padres eran eminentemente cristianos, educando a sus hijos y, por consiguiente, a Bernardo, lo mismo que a los demás, en los principios prácticos de nuestra santa religión. Mi padre tenía cantina (taberna), a la que venían siempre hombres; llegada la hora del rezo del rosario, decía mi padre a cuantos estaban en la cantina: «Se va a rezar el santo rosario; los que quieran rezar, que pasen, y los que no quieran, pueden retirarse...»

»Bernardo fué siempre muy obediente a nuestros padres, y era muy bueno y humilde con los hermanos, enemigo de discusiones y altercados con los de casa y con los de fuera. Nunca le vi reñir tampoco con ningún niño o joven del pueblo; con todos conservaba sus buenas amistades.» *(Tomás Cembranos Nistal.)*

Quiso ser sacerdote secular el siervo de Dios, y para cumplir la plausible aspiración empezó los estudios de latín y humanidades en los Seminarios Menores de Valle y Villamuñio. Pero, por dificultades innatas para el estudio, desistió de cursar la carrera eclesiástica.

«En los primeros años del latín, por el 1910, fuí contemporáneo de fray Eustaquio de Villalquite, llamado en el siglo Bernardo Joaquín Cembranos Nistal, en el Seminario de Villamuñío, que regentaba el párroco don Leonardo González Rojo. El indicado Bernardo era ciertamente de corta inteligencia, pero muy aplicado y estudioso, viéndose compensada su corta inteligencia con las virtudes que ya entonces en él se destacaban, especialmente la humildad, la paciencia y la obediencia; de tal manera, que parecía ya en aquel tiempo un verdadero santo. Soportaba todas las travesuras que le hacían los otros estudiantes con tanta paciencia y humildad, que jamás se atrevió a delatarnos al director. Si alguna vez sufría algún castigo, no era sino por no poder preparar las lecciones a causa de su menguada inteligencia.» *(Presbítaro don Severino Llamazares.)*

II

No era para el mundo.—Al claustro seráfico.—Novicio edificante.—La profesión religiosa.—Después de profeso.

«Desde pequeño fué Bernardo muy piadoso y recogido; le gustaba mucho ir a la iglesia y rezar; no alternaba con los mozos en pasatiempos, reuniones, bailes, romerías u otras diversiones.» *(Tomás C. Nistal.)*

Sus costumbres, diametralmente opuestas a las costumbres del siglo, le contraindicaban para vivir en el mundo, en medio de los placeres y de las vanidades a que tan locamente se entregaba la

juventud. Le tocó ir al servicio militar, que prestó en Santoña (Santander); pero tampoco allí cambió lo más mínimo su conducta y su manera de apreciar las cosas terrenas. Con frecuencia se acercaba al convento de Capuchinos de Montehano, no lejos de Santoña, encontrando allí ambiente acomodado a sus devotas inclinaciones y modo de enfocar la presente vida.

Terminados los compromisos para con la Patria, pensó imitar el ejemplo de los tres hermanos, que ya le habían precedido en la vocación religiosa. No tuvo grandes dificultades para ser admitido en el claustro seráfico, ya que los Superiores conocían toda la familia de Bernardo y el buen comportamiento de sus hermanos religiosos. Por eso, el día 2 de mayo del año 1920, es decir, a la edad de veintisiete años no cumplidos, vestía el hábito capuchino en Bilbao, tomando el nombre de fray Eustaquio de Villalquite, al mismo tiempo que dejaba el de Bernardo Joaquín Cembranos Nistal. *(Acta de vestición.)*

No encontró, ciertamente, fray Eustaquio la vida religiosa de manera distinta a como él se la había imaginado; vida de oración y de trabajo para los que, como él, ingresaban en la Orden en el humilde estado de hermanos legos. Piadoso y amante de la oración lo era ya antes del ingreso en el noviciado. Hijo, por otra parte, de labradores, estaba muy acostumbrado desde pequeño a las duras faenas del campo. Por eso contempló la vida religiosa como algo que plenamente colmaba sus aspiraciones, viviéndola en su totalidad íntegramente.

«Yo conocí al hermano fray Eustaquio de Villalquite durante su año de noviciado en Bilbao, y pude apreciar que era muy bueno, virtuoso, piadoso, sencillo, trabajador y abnegado.» *(Padre Dámaso de Gradefes.)*

«Yo fuí compañero de noviciado de fray Eustaquio de Villalquite. Fué en el noviciado muy sencillo, piadoso y trabajador, razón por la cual el padre maestro de novicios mucho le apreciaba.» *(Padre Enrique de Cevico.)*

La comunidad unánimemente pensó lo mismo sobre el comportamiento del novicio, pues en las tres votaciones a que fué sometido en orden a su admisión para la profesión religiosa, obtuvo todos los sufragios favorables, consagrándose al Señor el 6 de mayo de 1921, e hizo la profesión solemne el 11 de mayo de 1924 en el convento de Vigo. *(Estadística oficial de la Provincia.)*

Fray Eustaquio estuvo además en Montehano y Salamanca, en donde «fué muy duramente tratado habitualmente por el reverendo padre guardián, dureza que él supo llevar con humildad y tranquilidad de ánimo. Apocado de carácter, tal vez el trato duro lo acen-

tuó, haciéndole menos apto para el cumplimiento del deber en los oficios propios de los hermanos legos».

«Puedo afirmar que era muy devoto y recogido, y tan sencillo como el fray Junípero de las *Florecillas.*» (*Padre Pacífico de Mellanzos.*)

«Tres años viví con él en nuestro convento de Montehano. En todo era un excelente religioso; obediente, sufrido, espiritual, amante del silencio y de la observancia regular. En el trabajo propio de los hermanos era muy fiel; y como religioso, de lo mejor que he visto. Era eminentemente pacífico y recogido, pero de trato amable, jovial y siempre caritativo y sencillo: era modelo de religiosos Capuchinos.» *(Fray Egidio de Villahibiera.)*

III

Fray Eustaquio, en Gijón.—En América se relajan.— Virtuoso a carta cabal.

El último convento donde vivió el siervo de Dios fué el de Gijón, en donde pasó varios años, desempeñando los oficios de cocinero y hortelano con la abnegación con que lo había hecho en otras comunidades y con el mismo espíritu de piedad, obediencia y recogimiento.

Por el año de 1929 giraba el padre Provincial, acompañado del secretario, la visita canónica al convento de Gijón. Allí residía fray Eustaquio. Durante la comida, dispensado el silencio por el padre Provincial, preguntó éste al sencillo cocinero:

«—Fray Eustaquio, ¿quiere V. C. ir a las misiones de América?

»—No, padre; porque en América los religiosos misioneros se *relajan.*

—»Pero, ¿qué dice, hermano?

»—Que sí, padre; que se relajan.

»—¿Cómo lo sabe V. C.?

»—Mire: vuestra reverencia ha estado en América, y el padre secretario también, y los dos traen hábitos más delgados de lo que suelen usarse en la Provincia.»

El padre Provincial, como era verdad lo de los hábitos más delgados, salió como pudo, con sus dos acostumbrados *conche, conche,* riendo, como es natural, y celebrando la ocurrencia del buen hermano toda la comunidad. *(Padre Lorenzo de Quintanilla.)*

«Del 29 de agosto de 1934 al 22 de julio de 1936 tuve de súbdito a fray Eustaquio de Villalquite en el convento de Gijón, donde ejer-

cía el oficio de cocinero y de hortelano. Siempre fué muy obediente, amable, caritativo y fervoroso. Su vida de fervor continuó viviéndola en la cárcel, apresado por los rojos, según me dijo un compañero suyo de prisión. Era un religioso ejemplar.» *(Padre Manuel de Hontoria.)*

IV

A la panadería de enfrente.—En la Comisaría, en la Residencia de los padres Jesuítas y en la iglesia-prisión de San José.

Cuando estalló el Movimiento de liberación y Gijón cayó en manos del Frente Popular y violentamente fué tomado el convento de los padres Capuchinos por la chusma enloquecida, fray Eustaquio, juntamente con el padre guardián y fray Alejo de Terradillos, fué llevado a la próxima panadería y no quedó momentáneamente en el sótano del convento como los otros cuatro religiosos. En la panadería fué registrado y colocado en fila con los otros dos religiosos para ser allí mismo fusilado. Pero por intervención del panadero no lo ejecutaron entonces, sino que, no atreviéndose a tomar un pan en la mano y salir con él manos en alto, para ponerse a salvo, como se lo indicó el padre Superior, para que siguiera su ejemplo cayó allí mismo en poder de los rojos, y con fray Alejo llevado a la Comisaría, donde se reunió con los otros Capuchinos; desde allí fué llevado a la Residencia de los padres Jesuítas, y, por último, a la iglesia- prisión de San José. Todo esto sucedía entre los días 22 de julio y 14 de agosto del año 1936, en que tuvo lugar la gran saca y la terrible matanza de religiosos, sacerdotes y seglares católicos de todas las clases sociales, por el único delito de no pensar en rojo y por querer una España cristiana y católica.

«Conmigo estuvieron presos varios religiosos Capuchinos del convento de esta ciudad, recordando los nombres..., y del hermano a quien llamaban el *Cocinerín,* que era fray Eustaquio de Villalquite.» «A los que más traté fueron al padre Arcángel y al hermano *Cocinerín.*» «Al hermano Eustaquio de Villalquite tampoco lo puedo identificar por su fotografía, pero aseguro rotundamente que estuvo con nosotros detenido, pues era sumamente conocido como el «*Cocinerín* de los Capuchinos.» *(Abogado Bonifacio L. Somonte.)*

V

Se salva el catorce.—Las armas de los Capuchinos.— Pronto me afeitarán. — Modelo de todas las virtudes.

Para mejor inteligencia, sin lugar a confusión por razón de los dos nombres de fray Eustaquio, advertimos que en los documentos oficiales y en las declaraciones de testigos figura con el nombre civil que, como hemos indicado en páginas anteriores, era el de Bernardo Cembranos.

Ahora bien: fray Eustaquio se libró de la muerte el día de la matanza general, en que sucumbieron los otros Capuchinos que con él estaban presos. ¿Cuál fué la causa? Nos inclinamos a que en la confusión reinante durante aquellas horas trágicas pasó desapercibido. Tal vez el Señor quería que su paciencia fuera más probada, su martirio más prolongado y los ejemplos de sus virtudes más patentes. Varios de los supervivientes de aquella hecatombe nos han dejado muy apreciables declaraciones que pronto verá el lector.

«En el mes de agosto del año 1936, manifiesta el padre Luis Ezcati, conocí al hermano lego Capuchino Bernardo Cembranos Nistal (fray Eustaquio de Villalquite) en la iglesia parroquial de San José, de esta villa de Gijón, convertida la iglesia por el Frente Popular en cárcel, y le conocí después de la tremenda *saca* y asesinatos perpetrados del día 14 de agosto del citado año. En la iglesia-prisión dormí en su compañía, en una parte de colchón que él bondadosamente me cedió.

»Habiendo los milicianos resuelto prender fuego a la iglesia-prisión de San José, como efectivamente la quemaron, a los allí detenidos, entre ellos también a fray Bernardo, nos trasladaron a la Residencia de los padres Jesuítas, ya antes convertida en cárcel. En la Residencia no había colchones y hubo que dormir en el santo suelo.

»Todos los días éramos llevados los presos a descombrar; primero, al cuartel de Zapadores (hoy Simancas), y después, al cuartel Simancas (hoy Colegio de los padres Jesuítas). Por el día nos daban el rancho en el mismo lugar del trabajo, y por la noche nos llevaban nuevamente a la Residencia-prisión.»

Por su parte, el señor don Alfonso Trelles nos dice que «conoció al hermano Bernardo durante el año 1936, en una celda de la Residencia de los padres Jesuítas. Desde allí nos llevaban todos los días a descombrar en el cuartel de Simancas, ya tomado por el Frente Popular. Comíamos el rancho en el mismo cuartel, y por la noche nos volvían otra vez a la celda, durmiendo tirados en el suelo. Trabajá-

bamos los dos juntos, tirando el uno del pico azadón y el otro de la pala en los escombros del cuartel.»

«De ellos (de los Capuchinos), dice también el excelentísimo señor vizconde de Campo Grande, quedó solamente el hermano Bernardo Cembrano Nistal. Con este hermano me tocó ir a descombrar en el cuartel de Zapadores.»

«Me consta que Bernardo, aunque no puedo recordar el día, fué presentado a un tribunal, si tribunal se podían llamar aquellas *checas*, compuestas muchas veces de verdaderos analfabetos, en donde no hacían verdaderos cargos, sino acusaciones a su capricho. Cuando estuvo en el tribunal le preguntaron: «¿Qué armas tienen los Capuchinos?» Y él respondió, sacando el santo rosario: «*Esta es el arma de los Capuchinos.*» *(Padre Luis Ezcati.)*

«Un día, por la tarde, después del trabajo, le llamaron los milicianos para afeitarle. Yo le dije entonces: «No se preocupe usted, porque ahora le pondrán de cocinero y verá qué bien lo vamos a pasar.» El me contestó: «*Pronto me afeitarán por aquí*», señalando el cuello en actitud de cortársele. Al parecer, tuvo el presentimiento de que le iban a matar. Las referidas palabras las pronunció muy tranquilamente y sin inmutarse lo más mínimo.»

«Bernardo era un infeliz; casi no hablaba, de nada protestaba ni hablaba contra los perseguidores. Estaba muy resignado, y no mostraba temor de ninguna clase.» *(Alfonso Trelles Anciola.)*

«Bernardo era de carácter reservado, poco comunicativo, sencillo y muy piadoso; casi todo el día se le pasaba rezando. Noté en él gran paz, carencia de miedo o afectado por temores; estaba muy tranquilo; jamás le oí pronunciar palabra contra los perseguidores.» (*Padre Luis Ezcati.*)

«El concepto que me mereció el hermano fray Bernardo fué de que era un santo. Se le veía muy paciente, resignado, sereno y tranquilo, pasando la mayor parte del tiempo rezando. Cuando nos mandaban a trabajar en sitios de peligro, se adelantaba él a los otros detenidos.»

VI

A la Cárcel Provincial del Coto.—Salió para diligencias. Mártir como sus hermanos de hábito.—Su nombre, en las lápidas.—El proceso de beatificación, en Roma

Los presos, que por el día descombraban y por la noche eran llevados a la Residencia-prisión de los padres Jesuítas, también de allí fueron sacados y conducidos a la Cárcel Provincial del Coto, en

la misma villa de Gijón. De ello tenemos múltiples testimonios. Por una parte, el de la señorita que llevaba los alimentos a los religiosos Capuchinos encarcelados. Además, tres compañeros de prisión supervivientes también lo atestiguan. Y, por último, hay documento oficial de la Dirección de la Cárcel que da fe de ese traslado.

«Después nos llevaron a la Cárcel Provincial del Soto. Y desde allí llevaron al hermano para asesinarle. Efectivamente, aquella misma noche, como a las once más o menos, le llamaron, y nada más supimos de él, bien persuadidos de que le habían asesinado. Los milicianos y los del Frente Popular sabían que era religioso, y por eso, indudablemente, le mataron.» *(Alfonso Trelles Anciola.)*

«A últimos del mes de agosto nos trasladaron desde la Residencia-prisión a la cárcel Provincial del Soto, en donde ingresamos el día 30 del ya mencionado año. Cuando los milicianos presentaban los detenidos ante el tribunal, casi siempre de noche, daban después veinticuatro horas para alegar descargos, que había que presentarlos, y a la noche siguiente venía la sentencia: la condenación a muerte. Supongo que al hermano Bernardo le dieron también las veinticuatro horas, aunque esto lo ignoro. Lo cierto es que en la madrugada del 31 de agosto, con algunos más, *lo sacaron,* y ya no volvió más. Indudablemente que le asesinaron, ya que siempre decían que los habían sacado para diligencias, cuando los llevaban a matar.» *(Padre Luis Ezcati.)*

«Con este hermano me tocó ir a descombrar en el cuartel de Zapadores, hasta que el día 30 al 31, como a las doce de la noche, lo sacaron con otros tres o cuatro para asesinarlos. Que fué para asesinarlos, me apoyo en que a esas horas nunca los sacaban para otra cosa. Por lo demás, nunca los volví a ver, y me consta que fueron fusilados.»

«DON JUAN GUTIERREZ MORENO, JEFE DE ADMINISTRACION CIVIL DE PRIMERA CLASE DEL CUERPO ESPECIAL DE PRISIONES Y DIRECTOR DE LA PRISION CENTRAL DE GIJON.

C E R T I F I C O :

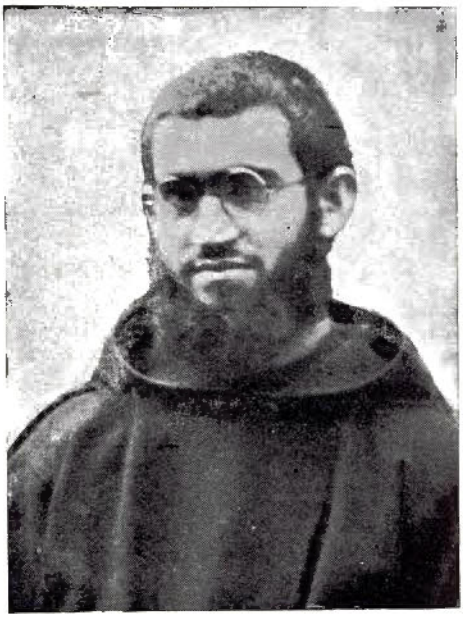
Que en el Libro-Registro que obra en estas Oficinas de las personas ingresadas en este Establecimiento, durante la dominación marxista, figura con el número quinientos cinco, DON BERNARDO CEMBRANOS NISTAL, que ingresó en treinta de agosto de mil novecientos treinta y seis, a disposición del Tribunal Popular, habiendo salido a diligencias al día siguiente, treinta y uno de agosto de mil novecientos treinta y seis.—Y para que conste y a petición de los

padres Capuchinos de esta villa, expido el presente que firmo y sello con el de el Establecimiento, en Gijón a treinta de abril de mil novecientos cincuenta y dos.— *Juan Gutiérrez* (rubricado).» (L. S.)

De los datos hasta aquí consignados se deduce evidentemente que fray Eustaquio pasaba ante los del Frente Popular, por lo que era, religioso Capuchino; y por los mismo que como a tal, después de haberle juzgado en la checa, le condenaron a muerte y le fusilaron el día 31 de agosto, de madrugada, en lugar desconocido hasta el presente. Fué, por consiguiente mártir, como sus hermanos de hábito, que sucumbieron el 14 de agosto y como el padre Domitilo de Ayóo, de la misma Comunidad de Gijón, el día 6 de septiembre. Su nombre figura en todas las lápidas de que ya hemos hecho mención en los relatos biográficos de los otros mártires de Asturias. En la lápida del cementerio de Jove y en la del atrio de la iglesia de los padres Jesuítas, porque el padre Guardián de Capuchinos dió su nombre con el de los otros, por haber sido compañero de cárcel de los mismos hasta que fueron martirizados, habiéndolo sido él unos días más tarde. Y en la lápida de la iglesia de los padres Capuchinos, porque en ella figuran los nombres de todos los que sucumbieron en Asturias, pertenecientes a aquella Comunidad al estallar el Movimiento y la persecución religiosa.

Sus restos no han sido hallados por ignorarse donde le asesinaron.

El proceso del siervo de Dios fray Eustaquio ha sido felizmente entregado a la Sagrada Congregación de Ritos, el 18 de enero del año 1954.



Siervo de Dios

FRAY DIEGO DE GUADILLA

SIERVO DE DIOS
FRAY DIEGO DE GUADILLA

I

Nacimiento y bautismo.—Hacia el servicio de Dios especializado.

FRAY Diego de Guadilla nació en dicho pueblo, diócesis y provincia de Burgos, el día 3 de julio de 1909. Recibió el sacramento del Bautismo al día siguiente, imponiéndosele el nombre de Jacinto, planta arómatica y piedra preciosa, como si su nombre presagiara el eterno destino del recién nacido. Recibió el sacramento de la confirmación el 19 de abril de 1929. *(Partidas de bautismo y confirmación.)* Sus padres, de condición humilde, pero cristianos muy honrados, fueron don Casimiro Gutiérrez Valencia y doña Saturnina Terciado García.

Casi desde niño sintió, al parecer, especial llamamiento al servicio divino en el estado religioso, pues inició los estudios preparatorios para la carrera eclesiástica en el colegio de los padres del Corazón de María en la ciudad de Segovia.

II

Al humilde estado de hermano lego.—Tras del «poverello» de Asis.

El Señor que gobierna sabia y paternalmente todas las cosas, dispuso que un defecto congénito en la vista impidiera al joven Jacinto realizar los ideales laudables de ser sacerdote misionero de María. Notado por los educadores el defecto visual, le advirtieron la impo-

sibilidad de admitirle en el Instituto para sacerdote, pero asegurándole el ingreso en calidad de hermano coadjutor; prueba inequívoca de que el comportamiento como colegial le recomendaba para abrazar el estado religioso. «Dicho hermano me refirió que había hecho estudios para sacerdote en un colegio de los padres del Inmaculado Corazón de María. Pero, por un defecto en la vista le dijeron que no podía ser sacerdote, pero que si lo deseaba, podía pasar a hermano lego en la mencionada Congregación Claretiana.» *(Padre Angel de Sanzoles.)*

«De no ser sacedote sino hermano, prefiero ser Capuchino.» He ahí la respuesta del joven Terciado. Y así lo hizo, ya que pidió y obtuvo el ingreso en calidad de hermano, en la Provincia Capuchina del Sagrado Corazón de Jesús de Castilla. Transcurridos laudablemente los meses ordenados por el derecho para los postulantes, recibió el hábito en Basurto, el día 11 de julio del año 1929, apenas cumplidos los veinte años. Al iniciar el año de probación, cambió el nombre de Jacinto por el de fray Diego de Guadilla. *(Acta de vestición de hábito.)*

Su comportamiento durante el año de noviciado fué tan ejemplar y edificante que, en la triple votación por parte de la Comunidad para la primera profesión obtuvo todos los sufragios y, en consecuencia, pronunció los votos temporales el día 15 de agosto del año 1930. Inmediatamente fué destinado al convento de Montehano, en donde se consagró perpetuamente al servicio del Señor y de la Orden mediante la profesión solemne, emitida el día 10 de septiembre del año 1933. (*Estadística Oficial de la Provincia.*)

III

Observante.—Virtuoso.—Obediente.—Devoto de la Santísima Virgen.—Caritativo.

El novel profeso llevaba verdadera vida espiritual y tenía ansias de servir fielmente al Señor. «Noté en él gran deseo de instruirse en la vida espiritual, para lo cual me pedía con frecuencia los apuntes de las conferencias del santo noviciado. Entre las devociones que él cultivaba con mayor esmero, fácilmente se notaba la devoción filial y tierna a la Santísima Virgen. Incipiente, como quien dice, en la palestra de la vida religiosa, era, sin embargo, obediente, devoto, ejemplar y muy rendido a las disposiciones de los superiores, como muy bien pude advertirlo.» *(Padre Angel de Sanzoles.)*

«Al principio de su vida de profeso desempeñó especialmente el

duro y pesado oficio de cocinero, más pesado por estar en dicho convento establecidas las disciplinas filosóficas, con buen número de estudiantes, y siempre algunos enfermos con especialidades en los alimentos. Fray Diego cumplió muy bien y fielmente su oficio, pudiendo calificarle de «fiel cumplidor de su deber». Durante los tres años que fué súbdito mío, no recuerdo, no obstante su juventud, su genio y sus pocos años de vida religiosa, haber tenido que castigarle o reprenderle, ni en privado ni públicamente.» *(Padre José de Solórzano.)*

«Llevaba fray Diego verdadera vida espiritual, y tenía ansias de servir fielmente a Dios, cual cumplía a un hijo de San Francisco, ya que muy frecuentemente se le veía con el rosario en la mano, y con las jaculatorias o devotas oraciones en los labios. Era muy devoto de la Santísima Virgen María, pues, además de rezar con frecuencia el rosario, se le veía entusiasmado cuando llegaban las fiestas en honor de la Santísima Virgen, para las cuales frecuentemente se preparaba con novenas a la Madre de Dios. Fué religioso observante y llevaba con entusiasmo las austeridades de la vida común, portándose siempre como bueno y obediente religioso.» *(Padre Gonzalo de Calzadilla.)*

«Recuerdo de él este insigne acto de obediencia: El día en que nos expulsaron de Montehano los rojos, se decidió que algunos religiosos quedaran en el convento durante la noche siguiente, hasta nueva orden. Esto resultaba muy peligroso en tales circunstancias. Algunos religiosos preguntaron a fray Diego si consentía en quedarse. El lo pensó y confesaba ingenuamente: Que eso le daba mucho miedo; pero que si los Superiores se lo mandaban, estaba dispuesto a obedecer, a pesar del peligro. Conviene tener presente que este peligro era de muerte. Aun recuerdo que tal acto de obediencia y sumisión me dejó grandemente edificado.» *(Padre Pelayo de Zamayón.)*

Muy caritativo, además de obediente y piadoso, era el siervo de Dios, especialmente con los enfermos, a quienes, además de atenderlos con solicitud y curarlos con delicadeza, procuraba servirles los alimentos mejores y más delicados dentro de la pobreza seráfica, pudiendo asegurar que la virtud predilecta de fray Diego fué la caridad.

«Entre las virtudes, la que más resplandecía en fray Diego era la caridad, singularmente con los enfermos. Esta delicadeza del hermano pude comprobarla en mí mismo. Caí yo enfermo cuando estudiaba filosofía. Fray Diego era el enfermero, y de tal manera me preparaba y me servía los alimentos y medicinas, que ni una madre la más cariñosa lo hubiera hecho mejor, ni me hubiera aplicado los

remedios medicinales con mayor delicadeza y ternura. Pero no se contentó con atender a las dolencias corporales, sino que, el poco tiempo de que disponía, por estar muy ocupado, lo aprovechaba para aconsejarme que llevara la enfermedad con alegría y me animaba a rezar con frecuencia.» *(Padre Gonzalo de Calzadilla.)*

IV

Al exilio.—Conducta ejemplar y muy edificante.—Nuevo refugio.

El 7 de agosto del año 1936 eran expulsados, según se hizo notar en los datos sobre el padre Miguel de Grajal, del convento de Montehano, todos los religiosos, entre quienes se hallaba también fray Diego. Este, con el padre Miguel, por orden del Frente Popular, se quedó un día más en el convento; pero después fué también expulsado. Buscó entonces asilo en el pueblo de Cicero, en casa de la respetable señora doña Mariana Naveda, viuda de Incera, refugiándose allí con otro hermano llamado fray Juan de Arcediano, y con dos aspirantes a hermanos legos.

«He oído que en esta casa tuvo un comportamiento muy virtuoso y muy piadoso. El dirigía el rezo del santo rosario y la lectura de la santa misa por el devocionario o misal. para que, no pudiendo oírla, suplir del mejor modo posible. Cuando no rezaban o leían, hacía rosarios. Una señora de un pueblo llamado Barreyo, me mostró un rosario hecho por fray Diego.» *(Fray Juan José de Villanueva.)*

«Fray Diego no perdía el tiempo, porque era muy trabajador; se ocupaba siempre en algo útil para la casa, como deshojar maíz, partir leña, cavar en la huerta; y también hacía rosarios. Todos los días daba buen tiempo a sus rezos por la mañana con los otros hermanos, y por la tarde se retiraba con ellos para hacer oración. Por la noche, se rezaba el rosario en familia, dirigido por fray Diego. Los domingos carecíamos de misa; pero fray Diego la leía atentamente en castellano, asistiendo todos los de casa y algunas sobrinitas nuestras que venían a nuestra casa con este fin piadoso. Fray Diego hablaba mucho de cosas espirituales a fray Juan de Arcediano y a los dos donados para alentarlos y sostenerlos en la piedad y en la vocación. Varias veces nos dijo que tenía mal genio; mas entre nosotras no lo dió nunca a conocer durante los casi cuatro meses que vivió en nuestra compañía, ya que siempre le vimos con cara sonriente. Todos los días que permaneció en Cicero tenía que presentarse al Frente Popular con el padre Miguel, con los otros tres y con el hermano Boni-

facio. Pudo fray Diego intentar irse a Bilbao, pero no sabemos por qué no lo hizo.» *(Mercedes, Prudencia y María Ana Incera Naveda.)*

Semejante testimonio sobre la conducta de fray Diego en este primer refugio han dado las siguientes personas: Luis Incera; María Dolores Trujeda; María Luisa Incera Pando; Laura Pando; María Concepción Incera Pando y María Asunción Incera Pando, añadiendo que «durante el tiempo que tuvimos la fortuna de tratarle fué religioso modelo: muy afable, pero sin ligerezas, de tal manera que procuraba que los otros tres no tuvieran largas conversaciones, y mucho menos ligerezas con la sirvienta».

Con el padre Miguel se trasladó el siervo de Dios desde Cicero a Escalante, a la finca llamada «la Cagioja», el 13 de diciembre del indicado año 1936.

El hermano observó la misma vida piadosa y ejemplar en la Cagioja que lo había hecho en Cicero. «Durante la estancia en mi casa era humilde; él mismo hizo el altar, el atril para el misal y el crucifijo para decir la misa el padre Miguel.» *(Braulio Navarro.)*

«Hecho notable con gran peligro de su vida fué que, estando en Escalante, a fin de que el padre Miguel pudiera celebrar la Santa misa, se dirigió al convento y penetró en él por las tapias de la huerta para proveerse del misal y demás cosas necesarias para la celebración, visto por los milicianos, y tuvo que ocultarlo. Lo conocí muchísimo antes del Movimiento, porque era el portero de Montehano, y muchas veces me decía: «Espere que le doy una taza de café caliente», porque hacía mucho frío. Durante el poco tiempo que permaneció en mi casa observó una conducta muy buena. El se encargó de ir a buscar el misal al convento; de hacer el atril, que no lo había; de ir a buscar lo necesario para decir la santa misa, y además hizo un crucifijo para el altar. Tenía una gran ansia de ir al convento, y muchas veces iba, y el mismo día que le mataron estuvo allí rezando, según manifestaciones de él mismo.» *(Josefa Rodríguez de Navarro.)*

«Cuando se trasladó a Escalante con el padre Miguel, todavía vino varias veces a visitarnos, manifestándonos que se sentía muy feliz y contento, porque todos los días podía oír misa y comulgar.» *(Hermanas Incera.)*

«Fray Diego era también muy bueno, y ayudaba a hacer varias labores de la casa; y a mí también me acompañaba algunas veces al campo para ayudarme a trabajar alguna cosa.» *(Ismael Huerta Herrería.)*

V

Ansia el martirio y le pide.—Fray Diego, víctima por Jesucristo.

«Lo que más sublima a Fray Diego es que tenía muchos deseos de sufrir el martirio por Jesucristo. Una señora llamada Micaela San Román, ya difunta, me refirió que con frecuencia decía fray Diego: «¡Ojalá suframos el martirio por Jesucristo!, que es la cosa más gloriosa. Yo deseo sufrirlo; yo deseo morir por Jesucristo; yo deseo sufrirlo.» Ella se horrorizaba, poque tenía muchísimo miedo al martirio. Ya a él Dios se lo concedió.» *(Fray Juan José de Villanueva.)*

«Durante los meses que vivió en nuestra casa se hicieron muchas novenas por iniciativa de fray Diego. En una de ellas, hecha a Santa Teresita del Niño Jesús, le preguntamos: «Fray Diego, ¿qué pide en esta novena?» «*Pido el martirio.*» A una prima nuestra, llamada Micaela San Román, le dijo en cierta ocasión: «He pedido para usted el martirio.» Martirizado fray Diego, tenía ella mucho miedo a que la mataran, porque fray Diego había pedido para ella el martirio. Poco más de un año hace que murió de muerte natural.» *(Hermanas Incera.)*

El día 29 de diciembre del año 1936, a las diez de la noche, próximamente, cuando estaba rezando el rosario en compañía del padre Miguel de Grajal y de la familia bienhechora, miembros del Frente Popular de Escalante y algunos extraños, por la fuerza le sacaron violentamente de la casa y le llevaron al coche para asesinarle en el kilómetro 7 entre Gama y Escalante. El hecho con todas sus circunstancia está ya referido en el caso del padre Miguel, y por eso no hace falta insistir mucho sobre el mismo. Lo que parece y es cierto según los testigos presenciales es que fray Diego, ante el peligro, tuvo un momento de indecisión, muy comprensible, pero que a la voz del padre Miguel, su Superior en aquellos momentos, porque era sacerdote, más antiguo en religión y, sobre todo, vicario del convento de Montehano, además de director espiritual de fray Diego, reaccionó inmediatamente y se rindió, entregándose a los enemigos de Jesucristo para ser martirizado por su amor. «...Y otros fueron en busca del otro religioso, quien se encontraba en la escalera, amenazándole con una pistola, para llevárselo también, apuntándole con ésta en la sien. Entonces el padre Miguel, que se encontraba en la parte fuera de la puerta, le dijo: «*Vamos, Diego, ha llegado nuestra hora.*» Y a esta indicación, fray Diego le siguió, y ambos agarrados por los milicianos, se dirigieron al coche.» (*Braulio Navarro.*)

La dueña de la casa, presente al violento acto de los milicianos, lo relata del modo siguiente: «El pobre fray Diego hizo un movimiento como de encogimiento; pero el padre Miguel le dijo: «*Vamos, Diego; es voluntad de Dios.*» Luego le metieron al coche.» Y nosotros al salir el coche vigilamos la marcha, notando que se dirigían hacia Santoña, y que a los diez minutos de salir sentimos las detonaciones. Lo mataron por ser religioso.»

VI

Identificación particular y oficial del cadáver de fray Diego.

¡Era cierto! Los rojos habían asesinado a fray Diego; se habían cumplido sus deseos de morir por Cristo. Su oración pidiendo para él la gracia del martirio por intercesión de la Santita del Carmelo, había sido aceptada en el cielo, desde donde le fué enviada su corona y su palma de mártir de la Religión, ya que por ser religioso, por odio a Dios y a las cosas santas, sucumbió gloriosamente, sellada además su muerte con el sello de la obediencia a su Superior, que le dijo: «Vamos, Diego, que es voluntad de Dios.»

«Iba yo, al día siguiente de su muerte, con una cuñada mía, mujer de Braulio Navaro, a Santoña, en un carro tirado por una yegüa, para llevar la leche. Las dos íbamos comentando con tristeza lo que habría sucedido a fray Diego; si lo habrían matado, temiendo encontrar el cadáver en algún barranco de los que por allí había. De improviso se nos espantó la yegüa, bajamos del carro, vemos dos cadáveres, nos acercamos, y nos dimos perfecta cuenta de que eran el de fray Diego de Guadilla y el del padre Miguel de Grajal, hospedados en la Cagioja. El cadáver de fray Diego estaba un poco más hacia la cuneta que el del padre Miguel, casi boca abajo y ligeramente encogido.» *(Irene de la Fuente Sainz.)*

Oficialmente fué también con toda certeza reconocido el cadáver de fray Diego, por el juez de primera instancia, pues en la ficha se dan los siguientes verídicos datos: 1.º Cédula personal; 2.º Pase dado por el Frente Popular de Cicero para trasladarse a Escalante; 3.º Una libreta «agenda perpetua», en cuya segunda hoja dice: «Fray Diego de Guadilla.»

Identificado el cadáver, fué trasladado con el del padre Miguel al cementerio del Dueso (Santoña) y allí fué sepultado hasta que, restablecida la Comunidad en el convento de Montehano, fué solemnísimamente llevado y enterrado en la iglesia de dicho convento.

«Asistí al reconocimiento e identificación del cadáver de fray Diego, lo mismo que al del padre Miguel; fué con toda certeza identificado, especialmente por las iniciales de la ropa interior. Una vez reconocido, fué trasladado con gran pompa y asistencia de muchísima gente de estos pueblos, a la iglesia de nuestro convento de Montehano, colocado antes en doble caja; una de cinc, dentro de la cual quedaron los restos, y ésta soldada. La segunda caja en que fué depositada la primera con los restos, era de madera; dentro de ella se colocó el Acta de enterramiento firmada por los padres de la Comunidad. El Acta iba encerrada en un tubo de plomo, y además una moneda de veinticinco céntimos, acuñada el año de 1937, en la zona nacional. En nuestra iglesia se celebraron solemnísimos funerales, predicando después de la misa el muy reverendo padre Laureano de Las Muñecas, y luego recibió devota sepultura en la capilla del Sagrado Corazón de María, mirando frente al altar, a la izquierda.» *(Padre Balbino de Villademor.)*

VII

Acta de enterramiento definitivo incluída en las cajas.

«Como Guardián del convento de Montehano, hoy día de la fecha, doy fe de que los restos mortales contenidos en esta caja son del reverendo padre Miguel de Grajal, asesinado por las hordas rojas en la noche del 30 al 31 (29 al 30) de diciembre de 1936. Fueron enterrados en el cementerio del Dueso, por pertenecer las playas de Berria, donde fueron hallados, al mencionado barrio de Santoña, y trasladados a esta sepultura el día 4 de mayo de 1938. Los datos biográficos y los datos referentes a su muerte los consignamos en la Crónica del convento. Como testimonio, depositamos, juntamente con esta Acta, una moneda de veinticinco céntimos, acuñada por el Gobierno nacional el año 1937. En fe de lo cual firman conmigo los padres de la Comunidad del Montehano, hoy día 4 de mayo de 1938; II año triunfal.—El Guardián, *fray Severiano de Santibáñez*; *fray Germán de Villalba*; *fray Faustino de La Mata*; *fray Remigio de Arenas*; *fray José Manuel de Pinar*; *fray Pastor de Respenda*; *fray Luciano de Villalpando*.—N O T A : El Acta encerrada en la caja del hemano (fray Diego) sólo difiere en el nombre, y en que la moneda depositada, por si se borra la letra, está acuñada en 1927, durante la Monarquía. Para pepetuar su memoria se les ha levantado sobre sus sepulturas, un modesto mausoleo imitación mármol.»

VIII

Gracias atribuidas conjuntamente a fray Diego, al padre Miguel y algunas al padre Ambrosio.—Se desea su beatificación.

«Tenía un dedo malo; creí que me lo tenía que cortar; me encomendé a ellos con fe, y aunque algo defectuoso me quedó, no me lo cortaron. *(Una devota.)*

«He obtenido la gracia que pedí por intercesión de los siervos de Dios padres Ambrosio y Miguel, y fray Diego, y les envió una limosna.» *(Lola Rodríguez.)*

«Por un favor alcanzado, para la causa de beatificación de los siervos de Dios, Ambrosio, Miguel y Diego.» *(Una devota.)*

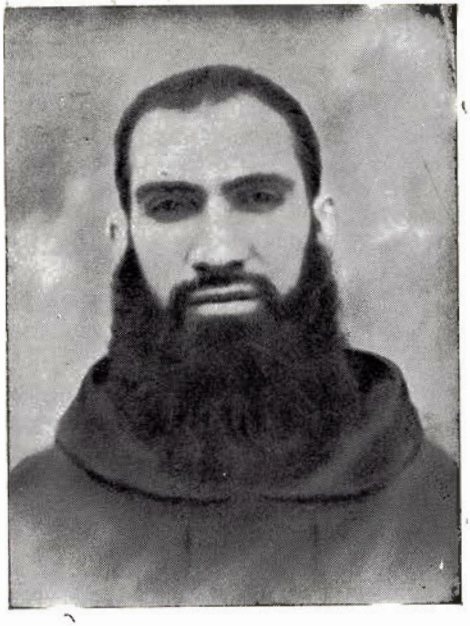
«Habiendo recibido una gracia recomendada a los siervos de Dios Nuesto Señor, Ambrosio, Miguel y Diego por su intercesión, se lo comunico a ustedes para gloria de dichos siervos de Dios, y con el deseo de verlos pronto elevados a los altares, les envió esta pequeña limosna para contribuir a los gastos de los procesos. ¡A la mayor honra y gloria de Dios!» *(Una devota.)*

«He recibido su atenta del 4 de los corrientes, pidiendo detalles sobre la gracia recibida por intercesión de los mártires de Montehano. Pues bien: hace algunos meses enfermé gravemente del corazón, de suerte que el médico se extrañó de que viviera en aquel estado, pues me había visto en gran peligo de quedar muerta en el coro. Me mandó absoluto reposo, y con el tratamiento me puse tan mal, que no podía retener el menor alimento, y me molestaba mucho me hablaran, aunque fuera en voz baja, hasta el punto de que la celda o habitación parecíame que daba vueltas alrededor. En esto, la madre de una religiosa, nos envió un recorte de periódico con las fotos de los siervos de Dios, padre Miguel y fray Diego, mártires de Montehano. Empezamos la novena, y cesaron los vómitos. Poco a poco fuí mejorando, hasta el punto de poder seguir los actos de Comunidad, que era la gracia que yo les pedí, y me ha sido concedida. No he curado totalmente, porque no he pedido tanto, pensando que yo también debo poner mi grano de arena para que se cumpla lo que falta a la Pasión de Cristo. Y estos santos hermanos me ayudarán a llevar la cruz. Estoy escribiendo delante de sus fotos, que están puestas en un cartón que hace de cuadro.

»El año pasado curó de meningitis una sobrina de la mencionada religiosa, niña de trece años. En trance tan apurado, los padres y

hermanos de la niña llorando se pusieron a rezar, pidiendo la curación por intercesión de los mártires de Montehano; y a las pocas horas pasó el peligro de muerte, de tal suerte que, el médico que venía preparado para hacer la punción, dijo que no necesitaba hacerla, que estaba bien; y sigue en perfecta salud.

»Otra señora que se encontraba con fuertes dolores de ciática, y que no encontraba alivio con ninguna medicina, hasta el punto de que la dijo el médico que no sabía que darla ya. Entonces dijo la familia: «Empezaremos una novena a los mártires de Montehano.» Contestó el médico que sí, pueden hacerlo. La empezaron el mismo día, y al siguiente volvió el médico, diciendo: «He encontrado un producto nuevo, y veremos si hace efecto.» Tomada la medicina, desaparecieron los dolores; la familia atribuye a la intercesión de los mártires el haberlo encontrado. Dios sea glorificado en sus santos, y que a éstos los veamos muy pronto en los altares.» *(Una religiosa de Santa Clara.)*



Siervo de Dios

FRAY SATURNINO DE BILBAO

SIERVO DE DIOS
FRAY SATURNINO DE BILBAO

I

Benjamín de los mártires.—Nacimiento y primeros años. Ambiente familiar.—La primera comunión.—Congregante desde los trece años.

FRAY Saturnino de Bilbao (Emilio Serrano Lizarralde), es el *benjamín* de los mártires Capuchinos sacrificados durante la pasada persecución española, no porque fuera asesinado el último, como efectivamente no lo fué, sino porque era el más joven de todos en edad, y también el menos antiguo como religioso.

Al colocarle en estas líneas biográficas antes que al hermano Norberto, lo hago porque éste no fué propiamente religioso, sino terciario o donado perpetuo. Por dicha razón, aunque era mayor que fray Saturnino, y también ingresó antes que él en la Orden, pero no como religioso, no le pertenecía la prioridad en la colocación dentro de la Orden.

Nació fray Saturino el día 25 del mes de las flores, año 1910, dedicado a honrar a la que más tarde llamará efusivamente su *Madrecita del Cielo*; el primero de junio recibió en su alma la vida divina mediante el sacramento del Bautismo, y con el sacramento regenerador el nombre de Emilio, nombre que conservará hasta su ingreso en la Orden Capuchina, cambiándole entonces por el de fay Saturnino de Bilbao. Fué confirmado el 28 de febrero del año 1912. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Sus padres se llamaron don Emilio Serrano Contreras y doña Concepción Lizarralde Raizábal; el, profesor. Tuvieron cinco hijos: Emilio,

Concepción, Dolores, una segunda Dolores, por muerte de la primera, a los dieciocho meses, y José Luis. Los dos primeros se consagraron al servicio del Señor; Emilio, en la Orden Capuchina, y Concepción, en la Congregación de las Hijas de la Cuz; los otros dos supervivientes es decir, Dolores y José Luis abrazaron el estado del matrimonio, siendo ejemplares cristianos y ejemplares padres de familia. Don José Luis desempeña hoy un alto cargo en el Banco de Vizcaya.

El matrimonio Serrano Lizarralde era y es actualmente profundamente cristiano y católico práctico, fervoroso en todo el sentido de la palabra. Recién casados peregrinaron al Santuario de Lourdes, y allí postrados, consagraron los venideros frutos de su amor conyugal a la Santísima Virgen. Aunque fueron los dos quienes hicieron la ofrenda a la Madre del Señor, humildemente se la atribuye don Emilio a su amada consorte, ya que dice: «Antes de nacer nuestros hijos, mi mujer, a la que considero un regalo de Dios, se postró ante la imagen de la Virgen de Lourdes, a donde peregrinamos, y la rogó, que si teníamos hijos, aceptara que se los ofreciéramos, y los acogiera bajo su protección. Creo sinceramente que esta súplica de mi mujer fué acogida: Lo hemos visto en todos nuestros hijos, y más especialmente en el primero, Emilio, que desde pequeño mostró un amor entrañable y especialísimo a la Santísima Virgen.»

Bajo el manto de la Virgen María vino por consiguiente al mundo el niño Emilio, creció protegido además por el ambiente devoto y ferviente que rodeaba el dichoso hogar deparado a él por la Divina Providencia, brotando cual lozano tallo en un terreno fecundo para producir y desarrollar las flores de las virtudes cristianas, exhalando sobre todo el angélico aroma de la pureza, que, según testimonio de algunos de sus educadores, no la marchitó nunca, conservando hasta la muerte la inocencia bautismal. Fué asimismo obediente y siempre sumiso a sus padres, y tan humilde que, si en ocasiones creía haberles faltado en lo más mínimo, arrodillado pedía perdón. *(Emilio Serrano Contreras.)*

En el propio domicilio y en la escuela aprendió las primeras letras, con notable aprovechamiento, pues era de inteligencia bastante despierta.

Desde la más delicada edad le dieron sus buenos padres una formación religiosa tan profunda y amplia que, a los siete años pudo hacer la primera comunión, imprimiéndole este ósculo divino tal fervor eucarístico que ya no volvió a privarse del Pan bajado del Cielo, sino durante los pocos días que mediaron entre su forzosa salida del convento y la muerte.

De su amor a la Eucaristía habla elocuentemente la faceta siguiente referida por su piadoso padre: «Cuando Emilio tenía nueve

años manifestó deseos de visitar Loyola y allí comulgar. Estaba con la familia en Ermúa, pequeña villa del partido judicial de Marquina, en Vizcaya. Para llegar a Loyola y recibir la comunión en el Santuario ignaciano era necesario madrugar mucho y andar por lo mismo el camino a pie. A mitad de camino empezó el sol a calentar de veras, porque era el mes de agosto. Iba el niño sumamente sudoroso y con ardiente sed, y a pesar de las muchas fuentes que iban encontrando por el camino, no quiso tomar ni una gota de agua. Pensando su padre que no podría resistir, le insinuó que hiciera una comunión espiritual y que bebiera agua, a lo que contestó: «No, padre, sigamos, que con la gracia de Dios llegaremos y comulgaremos sin novedad.» Llegó agotado, pero quedó feliz por haber recibido a Nuestro Señor.»

Apenas cumplidos los trece años, el 6 de junio del año 1923, ingresó en la Pía Asociación de la Inmaculada y de San Estanislao de Kostka, en la iglesia del Corazón de Jesús de los padres Jesuitas de Bilbao, siendo modelo de congregantes durante las dos etapas que en ella permaneció, amando entrañablemente a la Congregación, a sus Directores y a los compañeros, entre quienes derramó a manos llenas, fervores eucarísticos y misioneros, entusiasmo juvenil, alegría y responsabilidad en el cumplimiento de los deberes impuestos por el reglamento, llegando a ocupar el puesto importante de Consiliario en la Junta de gobierno de la Congregación. De su comportamiento y amor al sacrificio, a la comunión y a la santa misa, hay el siguiente hermoso testimonio: «Ya estudiante de la carrera mercantil, que a su tiempo terminó, acudía puntualmente y con asiduidad a la misa diaria de Congregación, aun residiendo durante algún tiempo a casi tres kilómetros de la iglesia del Sagrado Corazón, donde tenía lugar dicha misa, que se celebraba a las siete y media de la mañana.» *(Presbítero Doctor Manaricúa.)*

Los forjadores de este recio temple espiritual fueron sus propios padres. Bien claro lo afirmará más tarde Emilio, ya Capuchino, en carta dirigida al autor de sus días, el 5 de enero del año 1936, pocos meses antes del sacrificio de su vida.

«Sí, amadísimo papá; quisiera yo en este día (onomástico) poner de manifiesto en estas líneas los motivos, el por qué amo mucho, mucho a mi buen padre. En el catecismo de la doctrina cristiana, al tratar del sacramento del matrimonio, se pregunta: «¿Para qué es el sacramento del matrimonio?»... *y crien hijos para el cielo*», contesta.

»Pues bien; sin duda alguna que Dios Nuestro Señor no podrá decir a mi papá (lo mismo digo de mamá), que no ha cumplido con esta gravísima obligación. Era yo muy niño (lo mismo pueden decir

mis hermanitos), y ya mi amado padre me hablaba de Dios, de la Santísima Virgen. Me decía «que no puede condenarse el verdadero devoto de María». Nos cuenta ejemplos referentes a la Santísima Virgen. Nos hace leer «Sus Glorias»; en fin, inculca en nuestras almas el más acendrado amor a nuestra *Madrecita*.

»Vamos siendo ya mayorcitos... Llega el sábado... «Venid, hijos míos, nos dice. Venid a la sala, a los pies de la Virgen de Lourdes, a hacer el examen para la Confesión»; como lo podría hacer un religioso, nos infunde horror muy grande al pecado... «Mirad, queridos míos; con el pecado mortal, en cuanto está de nuestra parte, crucificamos de nuevo a Jesucristo; con el venial, azotamos, escupimos al pobre Jesús.»

»Llega la hora de acostarnos; allí está papá: «Vamos, hijito; tres avemarías a la Santísima Virgen... ¡Jesús, José y María!... Angel de mi guarda.»

»Vamos a recibir el Pan de los Angeles... Al entrar en la iglesia: «¡Oh, Jesús mío Sacramentado!; yo os adoro con el respeto que me inspira la presencia de vuestra sagrada grandeza, etc.»... «Emilín —me dice—, ahí, en esa especia de cajón, en el Sagrario, está Jesús vivo...» ¡Qué impresión me causaban estas palabras!

»A este mismo tenor era papá en todo lo concerniente a nuestra sacrosanta religión. Supo formar nuestros corazones para Dios. ¡Bendito sea El, que tal padre me dió!...

»Ahora, como no lo puedo hacer en su frente honrada, en su fotografía, que llevó en el pecho, imprimo el más cariñoso ósculo.

»Por todo lo dicho y mucho más que podría decir, lleno de agradecimiento hacia ti, padre amado, en este feliz día de tu fiesta, suplicaré a Nuestro Señor y a su Santísima Madre derramen a raudales sus celestiales carismas sobre mi padre del alma.»

II

Vocación apostólica y proselitista.—El Avemaría en chino.—Una balsa y un cilicio.—Novicio en Loyola.—Desde Loyola a Aranjuez.—Los designios de Dios inescrutables.

No se sentía plenamente satisfecho el joven Emilio practicando sólo él las virtudes, ya que en su pecho ardía el fuego de un auténtico apóstol. Por eso ejerció entonces el apostolado en aquel radio de acción que le permitían las circunstancias; pero aspirando para

un futuro no lejano a ser gran misionero entre infieles, con el fin de reducirlos al aprisco de Cristo y recibir la palma del martirio, si tales eran los planes del Señor.

Entre tanto, como miembro de la Congregación de la Inmaculada y San Estanislao, se dedicó asiduamente a la enseñanza de la doctrina cristiana en compañía de otros congregantes. Hizo sus primeros ensayos religioso pedagógicos entre los aspirantes a la Congregación. Durante el mismo curso catequístico pasó ya a dar clases de religión en Luchana, Elorrieta y Erandio. Y por el año de 1928 iba también los domingos por la tarde a la catequesis del *Oratorio festivo* de Elegábarri de los padres Salesianos.

Pero no solamente ejerció el apostolado en los catecismos de niños, sino también entre personas particulares alejadas de Dios y sin creencias religiosas. Para muestra valen los casos siguientes: Terminados los estudios mercantiles y colocado en una oficina, encontró en ella un compañero de trabajo totalmente apartado de la Religión; se hizo amigo suyo, no descansando hasta llevarle a los pies de un confesor. Dió en otra ocasión con un joven, barbero de oficio, tan incrédulo como el primero; también se hizo amigo de él y trabajó afanosamente hasta devolverle a las prácticas piadosas. Para conseguirlo pedía oraciones a sus amigos de Congregación y oraba él también y se mortificaba e iba a la barbería cien veces más de las que necesitaba. Quiso asimismo atraer a la verdadera Religión a un joven inglés disidente; todo marchaba por buen camino, si bien no pudo terminar su obra, porque dicho joven fué llamado por su madre, que era propagandista protestante. *(Emilio Serrano Contreras.)*

Con gusto transcribo algunos párrafos de unas notas enviadas por el señor presbítero don Andrés Eliseo Mañaricúa Nuere, actual profesor en la Universidad de Deusto, Archivero de la Diócesis, Bibliotecario del Seminario y Juez Prosinodal, compañero en otro tiempo de Emilio Serrano.

«Yo conocí a Emilio Serrano—escribe—cuando él cursaba la carrera de comercio y yo el bachillerato. Nuestra amistad nació en la Congregación, en la que por primera vez le hablé, y había de perdurar a través de los años a pesar de las vicisitudes. De intensa vida espiritual, una idea le dominaba, el apostolado. Apostolado en el momento que vivía. ¿Ideal de apostolado para su vida futura? Las Misiones... China... La Compañía de Jesús.

»En su entusiasmo empezó a estudiar el chino. Los domingos hacia mediodía, cuando los catequistas congregantes volvíamos de Elorrieta, Luchana y Erandio en el tren resonaba un coro original: El Avemaría en chino. Yo creo que los chinos no nos hubieran entendido,

pero al ver el entusiasmo de nuestro director, Serrano, y el cuidado que procurábamos poner en la práctica de las lecciones, nos hubieran perdonado.

«Era un temperamento ardiente con la idea de darse todo a Dios y a las almas desde entonces y para siempre. A ello unía la vida austera y la mortificación.

«Un día de verano fué la Congregación de excursión eucarística a Amurrio. Después de haber oído misa y comulgado, tomamos nuestro desayuno y fuimos a entretenernos la mañana a orillas del río. ¡Tentación vehemente! Los muchachos del pueblo nos ofrecían una especie de balsas de ramas y hierbas que para su diversión habían fabricado. Serrano no fué el último en aceptar. En su apresuramiento olvidóse del cilicio que llevaba atado a la pierna, y que quedó al descubierto cuando alzó el pantalón. Fué un instante. Con toda naturalidad quitósele y me lo dió, diciendo: «Toma y calla.» Nadie había observado la operación; sólo veían al Serrano juguetón y alegre, que cruzaba el río de una parte a otra con gran riesgo de bañarse más de lo que era su deseo.»

Por su parte, también los buenos padres de Emilio han relatado hechos muy dignos de figurar en estas páginas.

«Desde que tuvo uso de razón se veía en él una gran devoción y acendrada piedad. El amor a María Santísima, su Madrecita, como él la llamaba, no tenía límites, al igual que a Jesús, particularmente en el Santísimo Sacramento del Altar, y a su Corazón Divino. Era para él una dicha regalar estampas de la Inmaculada como las que tenían en la Congregación y opusculitos titulados «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío».

»Su pureza rayaba en lo angelical. Por conservarla huye de los teatros, de los cines, de las lecturas, tan comunes en los jóvenes de su edad; obra y habla con el mayor recato, y estando aún en el mundo llegó a hacer voto de castidad por escrito, que firma y rubrica con su propia sangre. A pesar de su carácter fuerte por naturaleza, supo vencerse... Se notaba lo mucho que gozaba cuando podía hacer algún bien a los demás, y sobre todo a los pobres necesitados, y ayudaba siempre que podía a cualquiera que tuviese alguna necesidad.

«Teniendo a su cuerpo como enemigo, le martirizaba sin piedad. Bien joven aún ya usaba cilicios, como se pudo ver por huellas aparecidas en sus prendas de vestir. Sirviéndose de astucias, uno de sus amigos, joven piadosísimo y de gran virtud, pudo hacerse con uno de esos cilicios, y hablando con nosotros, nos dijo que le guardaría como recuerdo de un santo.

«Hacía una vida muy retirada aún cuando estudiaba su carrera. Apenas tenía un rato de descanso, corría inmediatamente a la Con-

gregación o venía a casa, sin que nunca se le viera vagar por las calles. Los domingos o días de asueto los pasaba en la Congregación o en la Universidad de Deusto; como él decía, alegre y santamente. El amor a sus padres y hermanos rayaba en locura, como lo manifiesta en sus cartas siendo ya religioso Capuchino.»

Sin embargo, no era aquella la meta de sus apostólicas ambiciones; quería a todo trance ser misionero de vanguardia en primera línea y marchar a la pagana China. Para poder llenar cumplidamente tan vehementes deseos pidió a eso de los dieciséis años de edad el ingreso en la Compañía de Jesús, ingreso que le fué concedido, marchando al Noviciado de Loyola, en donde en el mes de julio del año 1926 empezó el tiempo de probación.

Emilio padecía una tartamudez nerviosa que le impedía leer sin tropezar, le hacía repetir las sílabas, le dificultaba para hablar en público. Este defecto congénito fué muy pronto advertido por sus maestros y Superiores, juzgando razonablemente que aquella dificultad, al parecer incorregible, le contraindicaba para abrazar el estado sacerdotal en el Instituto Religioso al que deseaba pertenecer. Así se lo hicieron saber oportunamente. El golpe y desengaño fueron dolorosísimos, porque veía echados por tierra sus grandes deseos de ser apóstol misionero entre infieles. Pero ante el dilema de volver al mundo o pasar de novicio estudiante a la condición de hermano coadjutor, optó por quedarse en la Compañía, adorando resignado las disposiciones divinas y tratando de llevar la santa conformidad al corazón de sus padres, en carta que el 1 de enero de 1927 les escribió, y de la cual son los párrafos siguientes:

«Amadísimos papás: *Cúmplase tu voluntad y no la mía...*, es la petición que por tanto tiempo he venido haciendo al Señor, y por fin, según mis amados Superiores, después de haberlo pensado detenidamente han decidido que, por parecer que es esta la voluntad de Dios, ya que si bien es verdad que a fuerza de hablar despacito, había logrado hablar bastante bien en la conversación ordinaria, como tuvisteis ocasión de notarlo el día que estuvisteis aquí, sin embargo, al tener que hablar o leer en público ,me excitaba de tal forma que algunas veces ni podía pronunciar palabra, han determinado, digo, que pase a los hermanos coadjutores, para asegurar así mejor mi perseverancia en la Compañía de Jesús... Estoy completamente conforme con la Divina voluntad. ¿Quién sabe si será este un paso gigantesco hacia la perfección y tal vez a la santidad? Al menos medios no me han de faltar. Una cosa que inunda mi corazón de gozo y bálsamo eficaz, que consuela todas mis penas, es el pensar que así podré, Dios mediante, ir mucho antes a las santas misiones a salvar almas y llevarlas a Cristo y al cielo. Nunca se está más contento que

cuando se abraza de veras con la Cruz. ¡Bendito sea Dios, que me da esta ocasión para mostrarle mi amor! En las obras es en donde se conoce el amor; por eso yo me abrazo de lleno con la voluntad de Dios. Abrazáos también vosotros de veras, como buenos cristianos que sois, y fervorosos católicos, y de esta forma será completa la oblación hecha al Señor. Hemos de estar seguros de que Dios premiará grandemente estos pequeños sacrificios, y aún en la tierra, pero, sobre todo, en el cielo. Además, ¿quién sabe si Dios no quiere más que el sacrificio de la voluntad, y como en Isaac no pasa a la ejecución? De todas formas que sea, estoy completamente dispuesto con la voluntad de mis Superiores, y por lo tanto con la de Dios. «No hay mejor medio para no errar que obedecer.» Rogad, sí, rogad al Buen Jesús para que ya que El se ha dignado exigirme este pequeño sacrificio, sea El también quien me dé fuerzas para llevarlo adelante.»

Después de escribir la hermosa cuanto edificante carta anterior partió para el Noviciado de Aranjuez, iniciando enseguida los años de probación para hermano coadjutor. Mas también allí, en aquel otro remanso de paz y de amor le tenía el Señor dispuesta otra cruz, por el momento, más dolorosa y pesada que la anterior, viendo entonces definitivamente tronchadas todas las ilusiones de ser misionero. Aquella tartamudez persistente y de seguro otras razones que mucho pesaban en la mente de sus Superiores, bien a pesar de ellos, les constriñó a manifestar al pobre novicio Serrano que no era la voluntad de Dios que continuara por más tiempo en la Compañía, aún como hermano coadjutor. ¡Pobre Emilio! ¡Cuánto se complace el Señor en que con la cruz le pruebes tu desinteresado amor!

¡Adorables juicios de Dios! Por segunda vez tiene que abandonar la casa, el Arca Santa, en la que con tanto regocijo había entrado! Primeramente él, e inmediatamtnte el padre maestro de novicios, se encargan de participárselo a sus cristianos padres en cartas, que, rezuma amor inmenso al sacrificio la de Emilio, y laudatoria para él la del padre maestro.

La primera está fechada en Aranjuez el 27 de enero de 1928, cuando Emilio aún no había cumplido los dieciocho años, y en ella dice: «Mis amadísimos papás: Vuestro único deseo, como decís en todas vuestras cartas, es el verme cumpliendo la voluntad de Dios, y que vuestra mira está puesta sólo en el bienestar de mi alma. Bien decís, ya que toda nuestra dicha ha de estar resumida en estas palabras: «*Amar a Dios haciendo siempre su santísima voluntad, aunque el cumplirla nos cueste el mayor sacrificio.*» No está, pues, nuestra felicidad allí donde se sienten consuelos y alegrías exteriores, sino donde, aunque se parta el corazón de dolor, llena el alma de paz sobrenatural, conoce la voluntad de Dios

»Muchas veces, el Señor, por su Providencia amorosa, lleva a las almas al Tabor y las deja gustar por algún tiempo las dulzuras que allí hay. Mas por sus secretos, pero amorosos juicios, cuando el alma se cree feliz allí, el Señor le dice: «No, hija mía, no te he traído aquí para que te quedes, sino para que te fortalezcas con esta consolación y puedas luchar con más denuedo y vigor contra las tinieblas y oscuridades de esta vida.»

»Mi amadísimo Jesús, viéndome poco fuerte para la terrible pelea de la vida, me tocó al corazón y me dijo amorosamente: «Hijo mío, ven a gustar de las dulzuras del Tabor (de la religión). Sacrifícame tu voluntad y dame tu corazón.» Al punto le seguí y me vi inundado de alegría y felicidad; pero al decirle que allí quería establecer mi morada, me ha dicho que si antes hice gustoso su voluntad, ahora también se la sacrifique yendo al mundo a pelear por su nombre. *Que ésa y no otra es su voluntad.* Pues, como me dijo mi amado padre maestro al notificarme la voluntad de Dios, si quisiese yo quebrantar los designios amorosísimos de mi querido Jesús, empeñándome en perseverar contra la voluntad de Dios, estaría en eminente peligro de condenarme.

»Así como a mí se me ha partido el corazón de pena, pero con la ayuda de mis queridísimos Jesús y mi Madrecita María, y entregándome en sus divinos brazos me he tranquilizado sobrenaturalmente, y en medio de la tribulación he dicho: *Señor, hágase tu voluntad y no la mía*; así, no dudo, lo haréis vosotros, amadísimos papás, y postrados a los pies del Sagrario ofrecedle este sacrificio que por el amor que nos tiene nos impone. Sí, por el amor que nos tiene; pues, como dice un verso: «Ni olvides que los dolores son astillas de la Cruz, que darles suele Jesús a sus grandes amadores.» Pues a sufrir con alegría y valor este sacrificio que para los fines amorosos que El se propone, mi amadísimo Jesús me impone. Nunca nos hallaremos más dichosos (sobrenaturalmente hablando) que haciendo la voluntad de Dios. Y bien sabéis que todas las cosas que nos suceden, excepto el pecado, todas, absolutamente todas suceden por voluntad de Dios. Por lo tanto, ¿por qué afligirse demasiado? Dios quiere que lleve esta pesadísima cruz. ¡Bendito seáis, Señor! Bien sé que Vos me ayudaréis a llevarla...

»Mi amadísimo padre maestro me ha dicho que esté completamente tranquilo, pues que sinceramente me dice que yo he tenido siempre muy buena voluntad y he puesto de mi parte todo cuanto he podido, y que, además, he sido muy dócil en todo, y que, por lo tanto, no tengo culpa ninguna de que no sirva, porque el Señor, en sus justísimos juicios, no me ha dado las cualidades necesarias para perseverar en la Compañía. Que así como me dice esto con todo su

corazón, y que no dude en lo más mínimo que esta es la voluntad de Dios, de la misma manera me tendría que decir que había perdido la vocación, si hubiese tenido mala voluntad y sido indócil... Demos muchas gracias al Señor porque así no ha sido...

»Papas amados: no lloréis, os ruego, sino al contrario, alegraos viendo que el Señor me da tanta fortaleza para cumplir la voluntad divina. Además, con toda la instrucción que aquí he recibido, me será mucho más fácil vencer las dificultades de esta vida...—*Hermano Serrano.*»

El reverendo padre maestro, Francisco Sauras, escribía el 28 del mismo mes a don Emilio la carta anunciadora de la partida de su buen hijo del noviciado de Aranjuez. Más oficial y también más breve, como es natural, que la de Emilio, dice lo siguiente:

«Señor don Emilio Serrano. Muy señor mío: No menos que su hijo Emilio me veo forzado a manifestar a usted mi sentimiento al exponerle, que ya es una resolución clara, lo que Emilio le dice en la suya. Lo hemos encomendado al Señor y a todos los que tienen que intervenir de algún modo en esta tan costosa medida; parece evidente que nuestro Emilio no es llamado por Dios Nuestro Señor para perseverar en esta religión de la Compañía de Jesús.

»El ha hecho cuanto ha podido. Pero Dios, que da los deseos y pide los primeros sacrificios, exige ahora el presente a él, a ustedes y a nosotros. Puede usted estar tranquilo del proceder de su Emilio, como nosotros estamos contentos. Nunca conservaremos de él sino buenos recuerdos de su comportamiento, de la enregía de su voluntad, de su piedad, fidelidad y obediencia; pero es manifiesta la voluntad de Dios de que no debe perseverar en este género de vida, pues realmente le falta la verdadera vocación.»

Todavía cabe preguntar: ¿Por qué no sirvió el joven Emilio para religioso en la Compañía de Jesús, si, como el padre maestro escribe, tuvo buen comportamiento, energía de voluntad, fué piadoso, fiel y obediente?

La Iglesia exige condiciones generales como garantía de verdadera vocación, de tal suerte que faltando éstas, puede perfectamente asegurarse que, a pesar de los mejores deseos y del buen comportamiento, falte el llamamiento divino. Además, cada instituto religioso tiene también sus propias condiciones especiales para aceptar candidatos a la profesión del mismo, faltando las cuales, no hay vocación. Pues éste es el caso del hermano Serrano, de tal suerte que nada se puede echar en cara ni a él ni a la Compañía de Jesús, porque por ambas partes se cumplió la voluntad de Dios. A mayor abundamiento, y temeroso de hacerme demasiado pesado, pero con el firme propósito de que quede bien justificada la conducta del

joven Emilio y la de los padres Jesuítas, me permito transcribir algunos párrafos de otra carta, también dirigida a don Emilio por el mismo padre maestro, ampliando en ella la información de la primera:

«En mi anterior echó usted de menos el motivo de su falta de perseverancia en la vida religiosa. Ciertamente, si la salida de su Emilio fuera una verdadera despedida por alguna falta cometida o por haberlo pedido él, se lo hubiera a usted concretamente manifestado; pero como ya indicaba a usted en mi anterior, no es otra la causa de la resolución tomada, sino el ver ya de una manera indudable cuantos tienen que intervenir en su formación y emitir su juicio antes de la admisión definitiva y concesión de los votos religiosos, que a Emilio no le ha concedido el Señor las condiciones necesarias para desempeñar los oficios y ocupaciones que hubiera de ejercitar en esta religión de la Compañía de Jesús, y, por tanto, que carece de la verdadera vocación para ella.

»No había de hallar Emilio su tranquilidad y verdadera felicidad en esta Orden religiosa. Dios Nuestro Señor a cada uno reparte sus dones según la manera de vida en que quiere servirse de él. A Emilio no le ha otorgado las que son indispensables para su vida religiosa en esta Compañía; señal indudable que los planes de Dios sobre nuestro Emilio no son sobre este género de vida. Sería, pues, contrariar la voluntad clara y manifiesta de Dios y no mirar por el bien espiritual y felicidad de Emilio el aconsejarle su perseverancia con votos perpetuos en una manera de vida para la cual le ha negado Dios Nuestro Señor las condiciones necesarias...

»Dios nos exige a todos este costoso sacrificio. Confiemos que El lo ordenará todo para mucho bien. Aceptemos con santa resignación sus ocultas pero siempre amorosas disposiciones; fiemos de su Providencia, que no quiere en todo sino nuestro verdadero bien. Costosos, sin duda, se han hecho a Emilio, precisamente por el amor que tiene a su vocación, estos días transcurridos desde que le escribió a usted; pero con grandeza de alma le ha ofrecido al Señor estos sacrificios y le han servido para robustecer más sus santos deseos de sólo guiarse y dejarse llevar por la voluntad de Dios. Y él, con eso, se siente muy animado.»

III

Otra vez en el mundo.—Comportamiento edificante.— Amigo consecuente y caritativo. — Mirando hacia el «Povereglio».

Con no pequeña amargura en su corazón, con lágrimas en los ojos, pero resignado, se despide Emilio de su padre maestro, a quien seguirá amando filialmente; se dirige luego hacia la Virgen del Noviciado y, humilde y confiado, postrado en tierra, la pide su maternal bendición y la ruega que le alcance la gracia de ser religioso. Así confortado parte para Madrid, con el fin de que le acompañe en su viaje hacia la villa bilbaína el reverendo padre José Nemesio Guenechea Lanzaburu, S. J., y con él emprende el viaje el 17 de febrero del año 1928.

El padre Guenechea, uno de los forjadores del espíritu religioso gigantesco de Emilio cuando era congregante, ha desempeñado en la Compañía, entre otros cargos, el de consultor, profesor en la Universidad de Deusto y en la Gregoriana de Roma. A los ochenta y cinco años de edad, sin poder calzar zapatos, sino con unas zapatillas, se impuso el sacrificio de venir de Bilbao a Madrid para declarar en el proceso de beatificación de su querido Emilio. A mediados de octubre del pasado año 1959 me enteré en Bilbao que el bueno y meritísimo padre había pasado por aquellos días a mejor vida (que en paz descanse). Con gratitud he rezado por él y con gusto dedico a su memoria esta brevísima digresión.

Ya se encuentra otra vez Emilio en medio del mundo. Ser Jesuíta y misionero había sido para él la aspiración de toda su vida y el centro de sus actividades. Dios le acababa de demostrar que no era aquella su voluntad. ¿Cuál será? Serrano, que ve trastornados sus planes, dice en sus notas el presbítero doctor Mañaricúa, se encuentra de nuevo ante el problema de su futuro, pero no pierde la tranquilidad, ni su alegría, ni su confianza en Dios.

De una cosa está cierto: Dios no le ha creado para vivir en el siglo, ni el siglo ha sido hecho para él. Serrano debe ser religioso. ¿Cómo?... ¿Cuándo?... ¿Dónde?... No lo sabe; pero Dios, que le ha cerrado un camino, le abrirá otro. Emilio ora y espera serenamente.

Mientras tanto, vuelve a la antigua vida. En el predicho mes de febrero se incorpora otra vez a la Congregación de la Inmaculada y San Estanislao. Los primeros días parece confundir las calles de Bilbao con los claustros del Noviciado; tal es su porte exterior. Pero una palabra de su confesor es suficiente para que Serrano cambie

radicalmente. Ya no aparece al exterior un monje vestido de paisano, sino un estudiante más. El cambio fué solamente exterior, porque interiormente fué el de siempre.

Hacía varios meses que por aquella época estaba enfermo de cuidado su gran amigo y compañero, el ya citado presbítero Mañaricúa; su enfermedad era la tuberculosis pulmonar, enfermedad que, como todos sabemos, infunde reparo y retraimiento, y mucho más entonces, en que se ignoraban los medios eficaces de que hoy se dispone para combatirla. Pues bien: durante varios meses fué Emilio a verle todos los días, costumbre iniciada al día siguiente de volver de Aranjuez. En sus visitas hacía cuanto le era dado por entretenerle, aunque fueran cosas que a él no le agradaban mayormente, como leerle una historia de los árabes, las *Cartas a un escéptico*, de Balmes, cantar y hasta hacer payasadas con el fin de divertir al enfermo. Invariablemente terminaba su visita rezando el santo rosario con el enfermo y con sus deudos. Curado el paciente, ambos recomenzaron la vida antigua: la Congregación, las catequesis, las idas y venidas a la Universidad de Deusto.

Cierto día planeaban varios congregantes una excursión por los picos de Europa; uno de los presentes, que conocía varios parajes de los mismos, los iba describiendo. Emilio le escuchaba atentamente y tomaba apuntes con la mayor atención y diligencia, como si nada especial pensara; pero es lo cierto que había dirigido su mirada hacia el enamorado de la pobreza, San Francisco de Asís. Merodeaban sus visitas al convento de los Capuchinos de Basurto; trataba con ellos, y hasta se había hecho miembro de la Orden Tercera Franciscana en dicho convento. ¿Había encontrado el camino dispuesto para él por la divina Providencia? ¿Sería la austera Orden Capuchina, que también es misionera, para su definitiva consagración al servicio de Dios?

IV

El día de la Inmaculada.—Acto filial delicadísimo.—Noviciado en Basurto.—La profesión simple.—Al convento de Jesús, de Madrid.—El servicio militar.

Tocaba ya casi a su fin el año 1929; todavía no habían transcurrido dos años desde la salida del joven Emilio de la Compañía de Jesús, cuando la intercesión de su *Madrecita*, invocada antes de salir de Aranjuez, se dejó sentir claramente. El 8 de diciembre era la fiesta hermosa de la Virgen, dedicada a celebrar su primer pri-

vilegio, la preservación del pecado original. Era, además, la fiesta onomástica de su muy amada madre de la tierra. La Inmaculada era la Patrona de la Orden Franciscana. Por consiguiente, habiendo obtenido el permiso de ingreso, a Basurto el día 8, por la tarde realizó la excursión, no a los picos de Europa, sobre los cuales tan atentamente había tomado notas pocos días antes, sino al noviciado de los padres Capuchinos de Bilbao.

Por la mañana celebró el onomástico de su madre de la tierra, teniendo para ella un rasgo verdaderamente filial, regalándola un relojito, con la carta que a continuación brindo a los lectores:

«Jhs.—A mi amadísima mamá.—Lleno de santo regocijo veo llegar este feliz día en que celebramos la fiesta de mis dos madrecitas, del cielo y de la tierra. La Santísima Virgen, la Madre de todas las madres, te colme de dichas mil en esta vida y junto a Ella te tenga luego por toda la eternidad. Así sea.—*El por qué de mi regalito.* El tic tac de ese diminuto relojito será tu fiel compañero, que te hará recordar sin cesar que, aunque por Dios me alejo del paterno hogar, no por eso deja de latir en mi pecho un fiel tac muy fuerte, producido por los ardientes latidos de un corazón que os ama con delirio. Que, aunque entregado al Señor, conserva por lo mismo un amor muy grande hacia aquellos seres amados que han sabido sacrificarse tanto por el bienestar material, y en particular espiritual de mi alma. Fruto de ello es, sin duda, el que el mismo Dios haya puesto sus ojos en mi pequeñez, escogiéndome para su servicio, para que en su regazo, en su propia casa, le sirva, dándome luego en premio su reino, el Cielo. Allí quiere Jesús que os pague, ya que el amor es de tal naturaleza que no es posible pagarle con dinero. Podría quizá daros una pequeñita ayuda siendo del mundo. Tal vez también pudiera suceder que, desoyendo la invitación del Buen Jesús, os pagase con las amarguras de los vicios que con tanta facilidad florecen entre el estiércol del mundo. Al pasar las horas de este relojito te has de recordar que, a medida que transcurren las horas, también el tiempo avanza y se acerca a la eternidad. Presto, muy presto se pasa el placer, mas el gozo en el Cielo no terminará jamás. El placer de morir sin pena, bien vale la pena de vivir sin placer. Te abraza con toda el alma éste tu hijito que de corazón te ama.—*Emi.* A. M. D. G.—8-12-29.»

Por la tarde fué a despedirse de sus amigos congregantes, de los padres Jesuítas que más habían influído en su formación religiosa, y luego a dormir en Basurto la noche de la Inmaculada en unas tablas sobre las cuales se tendía un modestísimo jergón de paja, para luego levantarse a maitines a medianoche.

A los pocos días de su ingreso fué a visitarle el gran amigo don

Andrés Mañaricúa, y lo encontró feliz. No se cansaba de hablarle de la necesidad que sentía de huir del mundo, de buscar la soledad, el recogimiento. Todo para Dios y sólo para Dios. Me han indicado los Superiores, dice, que puedo llegar a ser padre. Pero yo prefiero quedar hermano lego. Quiero permanecer oculto, olvidado. Sólo para Dios y sólo para El. A quienes le visitaban les acogía con amabilidad y cortesía, mas prefería la soledad, el recogimiento. Así se lo decía a quienes gozaban de su confianza. Su ansia era ser olvidado.

Sus conversaciones eran sobre la vida religiosa, y concretamente sobre la Capuchina; sobre la felicidad que en ella experimentaba y que en vano se buscaría en el mundo. Sobre el placer que encontraba en la mortificación, el abandono, el entregarse totalmente a Dios. El miraba a su amigo Capuchino intentando penetrar en su espíritu, mientras sus palabras, cual rocío, descendían y penetraban hondamente sobre mi corazón y sobre mi alma. De vez en vez alzaba la vista y se cruzaban nuestras miradas, y entonces yo leía en sus ojos lo que su lengua, a pesar de decírmelo todo, no me comunicaba. Al atardecer volvía él a su soledad capuchina, y yo, con el ánimo pensativo, pero sereno, salía del convento. Mientras andaba el camino solitario que rodea el campo de San Mamés, mi mente no podía distraerse del tema de la conversación.

Emilio permaneció en el convento como donado o aspirante varios meses prescriptos por las leyes de la Iglesia, hasta el 1 de septiembre del año 1930, en que, vestido el hábito de novicio, empezó el año de probación, durante el cual se portó como convenía a la vida que antes ya había llevado en el siglo y en la Compañía de Jesús, por lo cual, obtenidos todos los sufragios de la comunidad del convento noviciado, hizo su primera profesión en el mismo convento el día 13 de septiembre del año 1931, siendo luego trasladado al convento de Jesús, de Madrid, dedicándole a la imprenta de «El Mensajero Seráfico».

Dolorosa fué para él otra prueba que tuvo que soportar por verse obligado a despojarse del hábito religioso con el fin de cumplir el servicio militar. Gracias a Dios que se pudo conseguir que sirviera en Bilbao y que habitualmente pasara las noches en el convento. Así pudo soportar más fácilmente aquellos nuevos contactos con el mundo.

De esta etapa se cuenta una anécdota que no dejó de perturbar el ánimo de fray Saturnino. Cierto día hablaban varios soldados sobre ir a ver una película. Fray Saturnino les dijo que no era apta. Bastó la advertencia del soldado capuchino para que todos los otros fueran a verla. Pero lo peor del caso fué que fray Saturnino se enteró después de la calificación de la película y pudo comprobar

que sí era apta, empezando al punto las angustias de conciencia por haber sido culpable del pecado que juzgaba habían cometido los soldados asistentes.

En otra ocasión se había organizado un baile al que debían asistir los soldados, y, por consiguiente, fray Saturnino. Fué para él no pequeña prueba la sola noticia, ya que temía por su vocación y, sobre todo, por la virtud angélica que con tanto esmero cultivó siempre en su corazón. Pudo arreglárselas con el capitán de la compañía para no asistir, librándose de aquel peligroso y mortificante divertimiento.

Fray Saturnino fué creciendo, viviendo ya la vida capuchina en toda su integridad, en todas las virtudes, pero especialmente en el amor a Jesús, a su Madrecita la Virgen Inmaculada y muy singularmente en la pureza. En el siglo había hecho voto temporal de esta virtud y lo había rubricado con su propia sangre. Durante el año de probación lo volvió a repetir por seis meses, con permiso del padre maestro y en compañía de otro novicio como él. Es por demás edificante la fórmula empleada en dicha promesa; por eso la traslado a estas páginas, advirtiendo que dicha fórmula fué la misma cambiando sólo el nombre, cuando hizo el voto viviendo en el siglo y en la casa del Señor. Dice así: «Yo, Emilio Serrano Lizarralde, indignísimo hijo vuestro (de la Virgen María), deseando imitaros en la virtud angelical de la pureza, ayudado de la gracia divina y de vuestra protección especial, hago voto de castidad temporal, desde hoy 30 de abril hasta la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, para lo que os pido, Madre mía, me cubráis bajo vuestro manto, para que así me halle fortalecido para luchar contra los enemigos del alma. Madre: si algún día fuese infiel a esta promesa, dadme fuerza para abandonar el camino del mal y seguir en pos de Vos hasta la muerte. Así sea. Y como prueba de la veracidad de mis palabras, lo firmo y rubrico con mi sangre.» Tengo ante la vista el original de esta consagración, y se ve perfectamente la firma y la rúbrica hechas con su propia sangre.

Brindo a los lectores algunos testimonios de religiosos que convivieron con fray Saturnino de Bilbao, los cuales testimonios hablan muy alto sobre las virtudes del siervo de Dios.

«En el tiempo que convivi con él en El Pardo, en donde desempeñaba el oficio de portero, siempre le vi alegre y risueño, pero con una alegría que brotaba de su vida espiritual intensa. Era servicial, amable con todos, con los religiosos y con cuantos acudían a la portería del convento. Se notaba en su porte y en su trato sencillo, sin doblez, su afán constante de vivir en la presencia de Dios y de referirlo todo a su divino servicio. Su castidad resplandecía en su

modestia y compostura, sin permitirse la más ligera expresión no mal sonante, sino menos digna. En su trato con las gentes en la portería era amable, pero con dignidad, y todo su porte y la expresión de su rostro daba la impresión de ser alma exquisitamente delicada en su pureza.» *(Padre Abel de Bilbao.)*

«Fray Saturnino, a pesar de su juventud y del poco tiempo que llevaba de vida religiosa, era en gran manera piadoso, muy observante, sencillo y devoto de la Virgen.» *(Padre Cándido de Viñayo.)*

«Cuanto se diga de su fervor y piedad es poco. Con otro hermano joven como él andaba a porfía santa a ver quién de los dos se acordaba más veces de Dios y quién hacía más jaculatorias durante el día. También se destacaba en él una devoción verdaderamente filial a la Santísima Virgen María. Del propio modo se distinguía por su caridad y por el respeto y lo servicial que era para todos los religiosos. Fray Saturnino era una alma de Dios en todo el sentido de la palabra, y de gran placidez interior y exteriormente.» *(Padre Aurelio de Pereña.)*

«Fray Saturnino era fiel observante de las reglas y de los votos; andaba siempre con la sonrisa a flor de labios. Cada vez que le trataba me daba la impresión de que era un alma que amaba mucho a Dios y a la que Dios mucho amaba. Era, en fin, una de esas almas como que nos acercan a Dios con su trato y con sus ejemplos.

»Mientras estuvo dentro de la Orden Capuchina, el siervo de Dios se distinguió por la solicitud con que cumplía todas las reglas; las tenía en tanta estima que, en su cumplimiento, era casi hasta escrupuloso. Referente al voto de castidad, no cabe decir que llegara al extremo, porque en la práctica de la virtud entiendo que no caben extremos, pero sí que se cuidaba muy mucho de cumplir con sus exigencias; y así jamás se le vió que se dejara llevar de afectos particulares en su trato con nadie, y que se cuidaba muchísimo en el trato obligado que pudiera tener con otras personas, singularmente del otro sexo. Vivió asimismo la pobreza seráfica de verdad y con sumo rigor, pues pudiendo disponer de algunas cosas sin quebranto del voto, se privaba de todo. Fué también modelo de humildad, y se le veía practicarla con agrado, especialmente pidiendo permiso a los Superiores en las cosas aun más insignificantes. Cuando en ciertas ocasiones pesó sobre él alguna desazón o alguna contrariedad, repetía: «Todo por Jesucristo, que mayor recompensa será la que El me tiene preparada en el cielo.» *(Fray Sabino de Quintanilla.)*

V

La vocación de su hermana.—Profesión solemne.—Ante los chispazos de 1935.—Deseos de martirio y alientos a su «monjita».

Fray Saturnino fué, después de la profesión simple, trasladado al convento de Madrid, según queda dicho, y dedicado a trabajos de imprenta; pero tal vez los gases que respiraba le hicieron algún daño al pecho, y por eso le enviaron a descansar por poco tiempo al de El Pardo; luego continuó otra vez en Madrid. Aquí le visitaron sus padres y hermanos, la mayor de las cuales, hoy religiosa de las Hijas de la Cruz, con residencia en Santurce, nos ha proporcionado también algunos datos importantes sobre el influjo de su hermano, «mártir» en el proceso de la vocación de ella misma. «Mi hermano era—escribe—un modelo de hermanos: cariñoso y bueno para con todos nosotros. Respecto a mi vocación religiosa, él fué quien me alentó para decidirme a seguir a Nuestro Señor, pues aunque le oía bastante claramente, no tenía valor para pedir el permiso y dejar a mis amados padres y hermanos. En Madrid, acompañada de mis padres y hermanos, me dejaron intencionadamente a solas con él, para que hablase de *mis cosas*, que no eran otras, ni me preocupaba nada, sino la idea de entregarme enteramente a El; salí de la entrevista muy animada y más decidida que antes. Cuando tuvo que salir temperalmente del convento para hacer el servicio militar también se veía conmigo en Bilbao, para ayudarme con sus sanos consejos. En sus cartas a mi familia siempre me echaba alguna indirecta que a mí me hacía más bien que un sermón: lo oía como si me lo dijera el mismo Dios Nuestro Señor. Finalmente, el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada y cumpleaños de mi madre querida, les escribió una tarjeta a mis padres, diciéndoles lo que sigue: «Si un rey de la tierra os pidiera por esposa a una de vuestras hijas, ¿verdad que estaríais satisfechos y le aceptaríais su oferta? Y si no un rey terreno, mas el Rey de Reyes os pide a Conchi por su esposa, ¿no es verdad que se la ofrecéis gustosos?»... Mis padres, con emoción intensa, me dieron su permiso, y el 24 de enero de 1933 ingresaba en Ustáritz en la Congregación de las Hijas de la Cruz a que tengo la dicha de pertenecer, gracias, sin duda, a las oraciones y santos consejos de mi hermano. El año 1935, él profesaba solemnemente y yo hacía mis votos primeros en Ustáritz. Y en 1940 profesaba yo solemnemente, y mi hermano, en aquel mismo día, hacía

cuatro años que había derramado valientemente su sangre por Dios y por España en Madrid. Aquel día no pude verle en la tierra; pero desde el cielo, sin duda, me estaba contemplando con aquella sonrisa bonachona e inocente que poseía.»

Efectivamente, el día 21 de abril del año 1935 hizo la profesión solemne en el convento de El Pardo fray Saturnino. A tan emocionante acto asistieron sus padres, después del cual siguieron las felicitaciones y las conversaciones confidenciales entre padres e hijo. Este, como quien no decía nada, dejó desprenderse de sus labios las siguientes palabras: «¿Quién sabe si será la última vez que nos vemos?—les dice sonriendo—. Tengo pensado pedir a los Superiores que me envíen a las misiones del Caroní.» Y ante unos ojos humedecidos y una insinuación muy maternal, añade fray Saturnino: «¿Hay cosa más grande que hacer el mayor bien posible a los pobres salvajes y morir mártir por ellos?»

Después de su consagración definitiva por los votos solemnes vuelve otra vez fray Saturnino al convento de Jesús de Medinaceli. No habían transcurrido quince días desde su profesión, cuando se cometieron en Madrid y otras provincias un sinnúmero de salvajadas que jamás hubieran cometido los pobres e ignorantes indígenas de las misiones del Caroní. Fray Saturnino escribe con este doloroso motivo a sus padres, procurando llevar a su ánimo la tranquilidad, diciéndoles: «Ciertamente que desde las elecciones a esta parte son frecuentes aquí en Madrid (pero mucho más en otras provincias) las *amables* visitas que giran por los conventos e iglesias nuestros hermanos los *incendiarios*. Ya os habréis enterado de las salvajadas sin nombre que cometieron aquí por Cuatro Caminos, Tetuán, etc., el pasado lunes. No quedó satisfecha su saña con quemar algunos conventos, iglesias y escuelas católicas. Llenos de ira satánica, la emprendieron con las pobrecillas e indefensas monjitas. A dos de ellas, que volvían de cuidar enfermos, arrolladas por las turbas sin corazón, las arrojaron al suelo, abofetearon, pisotearon y, casi desnudas, las llevaron largo rato arrastrando por las calles, tirándolas de los cabellos y de la cabeza, cuyo cuero cabelludo quedó casi desprendido del cráneo. Otras cosas por el estilo podría referiros, pero no quiero sufrir ni haceros sufrir más con semejantes relatos. Dios Nuestro Señor los perdone a esos pobres desgraciados que, envenenados con el odio que les han hecho concebir hacia los religiosos, faltos de fe y con la más crasa ignorancia en materia religiosa, sería milagro obrasen de otra manera.»

Ante semejante relato, ¿qué dirán los que, ciegos, aseguraron y aseguran que en España no hubo persecución religiosa, o que si hubo algo fué por el Alzamiento Nacional? Para el año 1935 no se

había alzado todavía la auténtica España contra el comunismo internacional. Pero a los ciegos que no quieren ver, perdónalos, Señor, y haz que vean con su inteligencia como hiciste ver físicamente al ciego del Evangelio.

El 25 de marzo de 1936, también antes de *alzarse los militares*, señores lectores, escribió una bellísima carta a su hermana la «monjita», sor Luisa Concepción, llena de fortaleza, que rezuma deseos de padecer por Jesucristo destierros y martirio, y anímala a ella a sufrir con valor las persecuciones.

«En ese dichoso momento—la dice, y es el de la comunión—le pediré a Jesús, por mediación de nuestra dulcísima Madre, derrame sobre mi monjita raudales de bendiciones y celestiales carísimas, y de una manera particular le rogaré para que a ti y a mí nos conceda la sin igual gracia de nuestra perseverancia en nuestra vocación santa. Sí, carísima sor Luisa: antes mil veces morir que desertar cobardemente de la bandera de nuestro Capitán Jesús. Que el mundo nos persigue, que nos expulsan de nuestra Patria querida, que llegan a atentar contra nuestra vida..., ¡adelante, hermana mía; somos de Jesús y con Jesús hasta morir!

»Corremos al presente días de verdadera zozobra e inquietud. Aquí en Madrid, estos mismos días estamos siendo testigos de verdaderos sacrilegios cometidos por las huestes infernales. El día pasado, en una de las calles más concurridas y céntricas, presenció uno de nuestros religiosos cómo un grupo de sinvergüenzas quiso profanar la pureza de dos pobres monjitas que venían de cumplir su ministerio. Gracias a un buen señor que pasaba por allí en su auto y, compadecido, las recogió.

»El próximo pasado viernes (esto lo ha visto tu hermano), a eso de las seis de la tarde, rodeó nuestro convento una manifestación imponente de comunistas que, con los puños en alto y gritando desaforadamente, decían, entre otras cosas: «¡U. H. P. (son las iniciales de Unión de Hermanos Proletarios), arderá Jesús!»; así se llama nuestro convento. Gracias a Dios, habiendo llamado a la fuerza pública, pudo ésta disolver y ahuyentar a los que con tan buenas intenciones venían.

»Desgraciadamente, no tuvo igual fin la manifestación que se dirigió a la parroquia de San Luis y al convento de los Trinitarios, muy próximo al nuestro: ambos edificios quedaron totalmente destruidos por el fuego. A la una de la mañana estuvo presenciando éste tu hermano, con sumo dolor, desde nuestro tejado, el tristísimo espectáculo que ofrecía a la vista el contemplar, en medio de la oscuridad de la noche, cómo subían las llamas sobre los más elevados

edificios de la capital... ¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

»Todas estas cosas no han de atemorizarnos, no; por el contrario, deben animarnos a ser más y más fieles a Jesús. ¿Sufrimos? ¿Somos perseguidos? Recordemos y meditemos aquellas palabras que dijo Nuestro Señor Jesucristo y se hallan consignadas en el Santo Evangelio: «Si os odian, sabed que antes que a vosotros me han odiado a Mí; si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero como no sois del mundo, pues Yo os entresaqué de él; por eso os aborrecen.»

»Amadísima hermanita mía: Alégrense nuestros corazones al escuchar estas consoladoras palabras. Nos aborrecen, nos odian, nos persiguen porque no les pertenecemos, porque somos enteramente de Jesús. Sí, somos y estamos resueltamente firmes a derramar nuestra sangre toda antes de dejar de serlo. Aprestémonos, pues, carísima hermanita, a luchar por Jesús y por María; y si algún día (aunque indignos de tal dicha) reclama nuestra vida en prueba de nuestro amor démosela gustosos que, sin duda, ya nos ayudará Nuestro Señor.»

VI

El 20 de julio.—Se descuelga por una ventana.—Deseos de confesarse.—En la calle de la Verónica.—Devoto programa.

No es necesario repetir el asalto al convento de Jesús de Medinaceli, porque ya se ha descrito en páginas dedicadas a otros siervos de Dios. Aquí solamente es de advertir que fray Saturnino no abandonó el convento el día 20 de julio, sino que con otros dos hermanos se quedó en él hasta el día 21, en que era de todo punto imposible continuar, porque, asaltado el lugar santo, en él hubiera sido asesinado. Y como las puertas estaban ya todas tomadas, valiéndose de una cuerda pudo descolgarse por una ventana a las casas inmediatas, pasando aquella noche en la de un bienhechor.

Al día siguiente se fué al domicilio de unos parientes próximos, en donde permaneció alrededor de quince días. En aquel refugio llevó una vida ejemplarísima y manifestó grandes deseos de confesarse, deseos que le fué imposible satisfacer, porque, desconectado como quedó en su salida con los otros religiosos del convento de Jesús, aunque salió de la casa acompañado de otras dos personas, no pudieron dar con ningún ministro del Señor.

Fray Saturnino no se sintió seguro, a causa, indudablemente, de los registros, en el domicilio de sus parientes, razón por la cual salió de allí y marchó errante, llamando a una y otra puerta hasta que, por fin, pidió asilo en la calle de la Verónica, cuyos moradores le recibieron con toda amabilidad y caridad. El señor don Francisco Avila Balbo, hijo de familia entonces, hoy casado y funcionario del Cuerpo de Prisiones, es quien ha tenido la amabilidad de referirme al detalle la llegada y el comportamiento del siervo de Dios fray Saturnino en su casa, en los términos más edificantes.

«A primeros del mes de agosto—dice—se presentó en nuestro domicilio de Madrid preguntando por Pepe, ordenanza de la Real e Ilustre Esclavitud de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, el cual se encontraba escondido en nuestro domicilio. Una vez dentro dijo que se encontraba desamparado, habiendo perdido el contacto con los padres y hermanos de la comunidad. Y con toda tristeza manifestó que había pasado un calvario pidiendo asilo en diferentes casas de personas muy conocidas por sus ideas piadosas, pero que todas las puertas se le habían ido cerrando a causa del pánico existente por la persecución de las milicias, y que no teniendo lugar donde poder cobijarse, había decidido, a pesar de no conocernos personalmente, solicitar nuestra protección, cosa que sin titubeos le ofrecimos, muy especialmente mi madre, doña Josefa Barbo Tirado.

»Durante su permanencia en mi casa observó una conducta ejemplar en todos los aspectos, no dejando de cumplir sus deberes como religioso, hasta el punto de poder asegurar que se ocultaba en una de las habitaciones y castigaba su cuerpo con las disciplinas que llevaba consigo y que eran de cadenas de alambre. Alguna vez le dijimos humorísticamente que ya estábamos bastante mortificados por las circunstancias para buscar encima nuevas mortificaciones. Al oír esto sonreía cariñosamente, pero seguía impertérrito su plan... Era amable, abnegado, humilde, afanoso para no molestar a nadie, para ayudar en lo que podía, al extremo que algunas veces parecía pensar más en nosotros que en sí mismo. En todo momento se mostró sereno, incluso alegre, y no por inconsciencia, pues que se daba cuenta muy clara de los terribles momentos que vivíamos, sino porque, a lo que yo creo, le sostenía en esta firmeza su profundo espíritu religioso. Quise yo conservar las disciplinas, aunque luego, por la natural confusión de aquellos tiempos, las perdí. El, por otra parte, realizaba estas prácticas de mortificación con tal sigilo, que jamás le oímos el menor comentario.»

El siervo de Dios trazó su programa de vida en la casa que tan cariñosamente le habían recibido, programa taquigrafiado y que, traducido, dice:

«Con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen propongo hacer lo siguiente: *Por la mañana*: A fin de no molestar a las personas con quienes vivo, me levantaré a las ocho aproximadamente. Hechas las oraciones de la mañana, ofrecimiento de obras y luego mi misa personal, tomaré el desayuno. A las ocho y media rezaré las letanías de los santos y, a continuación, un cuarto de hora o veinte minutos de lectura espiritual de un tratado de religión y moral. Después de esto rezaré maitines y laudes, prima y tercia. A las diez, una visita espiritual a Jesús Misericordioso y a mi Santísima y Dulcísima Madre. Más tarde, sexta y nona, y a continuación, la comida. De doce y cuarto a una y cuarto, oración mental, examen de conciencia y un rato de siesta. *Por la tarde*: A eso de los cuatro y media rezaré vísperas y completas. De cinco y media a seis y media, oración mental. Hasta las ocho, tiempo libre, y a esta hora visitaré en espíritu a Jesús Misericordioso y a la Purísima Virgen. Tiempo libre hasta la cena. Después de la cena, el rosario en familia, examen de conciencia, y luego, a descansar. Durante el día haré frecuentemente la comunión espiritual y con fervor diré el credo.»

Pero el siervo de Dios no se concretaba a cumplir este programa de piedad solamente, sino que diariamente practicaba otros muchos actos devotos y se daba todos los días la disciplina; por lo cual, la familia donde se hospedaba le tenía por verdadero santo. (*Francisco Avila.*)

VII

Presiente su hora.—Dos registros.—Recuerdo a su madre.—En las «checas».—El martirio.

Días antes del Alzamiento Nacional pasó un piadoso joven amigo de fray Saturnino por el convento de Jesús de Medinaceli y habló con él, que a la sazón estaba haciendo limpieza, y del mismo suelo tomó un trozo de su recortada barba y le dijo: «Guárdala como una reliquia, porque pronto me van a matar.» Cuando el siervo de Dios ya se encontraba fuera del sagrado recinto, en la casa de la calle de la Verónica, envió una esquela al dicho amigo, rogándole que fuera a verle. El amigo se presentó en el referido domicilio, a quien fray Saturnino pidió la documentación de un hermano de aquél que estaba en zona nacional, no pudiendo complacerle porque no tenía el tal documento. Después le preguntó si sabía algo de los otros religiosos del convento de Jesús, pues él estaba desconectado de todos ellos; y al referirle que ya habían asesinado a los padres Andrés de

Palazuelo, Fernando de Santiago y José María de Manila, contestó: *«El cuarto seré yo.»* Trató el joven visitante de darle alientos, pero el siervo de Dios persistió en su idea, y al marchar le dijo: «Dame un abrazo, y te aseguro que si en la tierra has tenido en mí un buen amigo, en el cielo tendrás un buen intercesor ante la Santísima Virgen.» *(Julio Morales Hernández.)*

Fueron muchos los registros que las milicias hicieron en el domicilio de doña Josefa Barbo aun durante el tiempo que permaneció en ella fray Saturnino; pero hasta el día 20, ni él, ni Pepe, de quien se ha hecho mención en páginas anteriores; ni el hijo de la casa, Francisco Avila, fueron descubiertos. Pero el día 20 se presentó una cuadrilla miliciana, al frente de la cual iba un sujeto de nombre Julio, conocido de Pepe. Cuando empezaron el registro sufrió un ataque al corazón doña Josefa y, entonces, sin detener a nadie, y prestando algunos asistencia a la señora, se fueron. Pepe, ya descubierto, creyó con fundamento que muy pronto volverían a detenerle, y por eso se marchó, invitando a fray Saturnino a irse también. Mas el siervo de Dios optó por quedarse, porque, sin documentación, que aún se la estaban arreglando, y sin un asilo adonde cobijarse, quiso, de ser detenido, que fuera en la casa de sus bienhechores, y así sucedió en efecto.

«Pasaron varios días sin que las milicias dieran señal de vida; pero llegó el día 25, y a eso de las diez de la mañana se presentó en el domicilio una pareja de guardias de la Dirección General de Seguridad preguntando por Pepe, contestándoseles que ya no estaba allí, porque el día 20 se había marchado. Pidieron luego la documentación personal de cada una de las personas de la casa, y como fray Saturnino no la tenía aún, se les hizo saber que ya la estaban agenciando.

»Ese mismo día 25 de agosto se levantó temprano el siervo de Dios, arreglándose y atendiendo muy especialmente a su aseo personal, peinándose incluso con dificultad la raya por el poco cabello que tenía; así arreglado se fué a saludar a la familia, y dirigiéndose especialmente a la señora Josefa dijo: «Señora Josefa, ya estoy preparado para que me detengan. ¿Verdad que estoy guapo para que me maten?»

Carente fray Saturnino de documentación, los guardias, luego de hacer un registro minucioso, resolvieron detenerle. Momentos antes de entregarse entró en la habitación a despedirse de la familia, diciendo a sus buenísimos bienhechores palabras de consuelo, especialmente a la señora, que no podía contener las lágrimas por la dolorosa emoción. Fué entonces cuando se desprendió de una cadena con un crucifijo que llevaba en el cuello, y luego de abrazar cariñosamente a doña Josefa se la entregó, ya que en varias ocasiones

había manifestado que en ella veía a su propia madre. Después, sereno y con toda dignidad, salió delante de sus opresores, sufriendo una manifiesta transformación en su rostro que hizo exclamar a doña Josefa: «¡*Dios mío, qué cara de santo se le ha puesto*!»

En el portal estaban esperando las milicias que habían efectuado el registro en la casa el día 20, y en manos de ellas cayó fray Saturnino; pero ahora ocurre preguntar: ¿Adónde le llevaron? Ciertamente a la *checa* de Bellas Artes, donde confesó que era religioso Capuchino del convento de Jesús; pero me inclino a creer que antes le llevaron a la *checa establecida* en la casa Calleja, Ronda de Valencia, por la razón que luego diré. El mismo día en que por la mañana fué él detenido, a las tres o cuatro de la tarde detuvieron asimismo al hijo de la casa, el joven Francisco Avila, a quien llevaron a la predicha *checa* de la Ronda de Valencia, y allí le dijeron: «*Ya lo sabemos todo; el detenido en tu casa ha confesado en la «checa» de Bellas Artes que es un hermano Capuchino de la iglesia de Jesús, y, por cierto, que ha implorado no se os moleste, que vosotros sois muy pobres y que la culpa es suya solamente.*» Considero como probable que los milicianos llevaron primeramente a fray Saturnino a la *checa* de la Ronda de Valencia porque fueron ellos quienes dieron la noticia de la confesión del siervo de Dios, manifestando su condición de religioso Capuchino de la iglesia de Jesús. (*Francisco Avila.*)

Lo cierto es que estuvo detenido en la de Bellas Artes, y que allí confesó y fué condenado a muerte por el delito de ser religioso, siguiéndose luego el martirio. A las nueve de la noche del mismo día 25 se presentó en el domicilio de doña Josefa el miliciano Julio, avisando al joven Francisco que no saliera de casa porque le comprometía a él, y le manifestó veladamente el propósito de eliminarle también. Dicho sujeto dijo asimismo en su brevísima conversación que fray Saturnino *había declarado con aplomo y valentía.*

Eran las ocho de la mañana del día 26 cuando se presentó en el domicilio de doña Josefa un chófer que servía a las milicias, llamado Cánovas, el cual, con un canallesco refinamiento, refiriéndose a fray Saturnino dijo: «Esta madrugada se le ha dado el susto»; se ha portado muy entero, llevando debajo cosidas en la camiseta banderas fascistas, cosa que no era cierta, como asegura el joven Avila, ya que la camiseta se la puso la misma mañana de su detención y no tenía tales emblemas. Lo seguro era que llevaba algunos escapularios o estampas, lo cual dió rabia a los zafios asesinos compañeros de inquidad del chófer a su servicio. Consta, pues por este

testimonio que fray Saturnino de Bilbao fué martirizado, después de condenado a muerte en la *checa* de Bellas Artes, en lugar desconocido, el día 26 de agosto de 1936, en la madrugada de dicho día. *(Francisco Avila.)*

VIII

La foto del cadáver.—Exhumación y definitiva inhumación.—Confianza en su intercesión.—El proceso de beatificación.—Palabras finales.

Oportunamente apareció la fotografía del cadáver del siervo de Dios, nueva prueba de su asesinato, en una actitud tan serena y pacífica como si los destellos que se reflejaron en su rostro contemplados por doña Josefa en el momento de la detención perduraran aún después de la muerte violenta a manos de sus perseguidores.

Según documento oficial, que no se copia por no alargar estas notas biográficas, consta que el cadáver del siervo de Dios fué enterrado en el cementerio de la Almudena el día 28 de agosto del año 1936 en una sepultura de cuarta clase temporal, situada en el cuartel 54, manzana 8, letra E, cuerpo número 16, y en féretro de madera.

El día 9 de julio del año 1940 fueron exhumados e identificados sus restos y, colocados en caja más decente, fueron triunfalmente trasladados a la iglesia de Jesús, donde se celebraron solemnísimos funerales, para luego depositarlos definitivamente en la cripta de los Capuchinos, en la sacramental de San Isidro, donde reposan en compañía de sus hermanos de hábito que, como él, fueron testigos de Jesucristo con su sangre y con su vida.

Dice el Espíritu Santo que el recuerdo del justo permanecerá eternamente. Así ha sucedido con fray Saturnino de Bilbao, pues son muchas, muchísimas las personas que se encomiendan a su intercesión con gran confianza y le atribuyen favores. Entre otros, el tantas veces mencionado señor Francisco Avila, quien conceptúa una gracia obtenida aun en vida del siervo de Dios, por su intercesión, y fué precisamente que no le fusilaran el día 25, por la tarde, al ser llevado a la *checa* de la Ronda de Valencia, en donde le separaron ya para darle el consabido paseo de la muerte, y sin poder averiguar la causa de su liberación, él lo supone un milagro de fray Saturnino. El mismo lo manifiesta: «Ni durante la guerra—escribe—, ni a su terminación pude con toda claridad averiguar los motivos que hubo para salvarme de la ejecución a mi detención el 25 de agosto de 1936, lo que me afirma a considerarlo como un milagro en vida del mismo

fray Saturnino, ya que si tengo la completa seguridad que imploró mi salvación a los mismos milicianos que le condenaron a él, con mucho más motivo se lo imploraría a Dios, y el Señor le concedió la gracia de mi salvación. Durante la guerra sufrí en dos momentos estas dos circunstancias, y también de una forma milagrosa salvé la vida, lo que me hace suponer que la protección de fray Saturnino impidió se consumara.» *(Francisco Avila.)*

Cierto día se hallaba una madre en Bilbao con su niño en brazos y se le cayó desde un tercer piso; al saberlo su abuelita se le ocurrió invocar a nuestro mártir, y quedó ileso, con asombro de sus papás y abuelita.

Una señora de Santurce, llamada Adoración Villar, pidió a la hermana religiosa de fray Saturnino que rogara por ella. Salió bien de la enfermedad y dió a luz una niña muy sana y preciosa.

Las niñas del Colegio de las Hijas de la Cruz, de Santurce, encomiendan el éxito de sus exámenes al siervo de Dios, con los mejores resultados.

Una hermana de fray Saturnino (doña Lolita), madre de nueve hijos, inesperadamente se quedó sin servicio, pesando sobre ella todas las ocupaciones de la casa, de la numerosa prole e inmenso trabajo en el laboratorio. Recurren ella y otros miembros de la familia a muchos lugares, con resultado nulo. El día 25, su padre, don Emilio, se lo hace presente a su hijo durante la adoración eucarística, con las palabras con que le hubiera hablado en la tierra: «Hijo mío—le dice en su súplica—, mira por tu hermana Lolita.» Lolita tendrá chicas, dije al llegar a casa, y, efectivamente, de uno de los muchos pueblos que se nos había dicho que era completamente imposible que hubiera ninguna chica, un buen día, y de la manera más inesperada, se presentaron dos excelentes chicas, que siguen con gran satisfacción. *(Emilio Serrano.)*

Por su parte, aquel joven amigo de fray Saturnino, que a su ruego fué a visitarle, conserva como preciada reliquia los pedacitos de la barba y la esquela que le envió para rogarle que fuera a visitarle. *(Julio Morales.)*

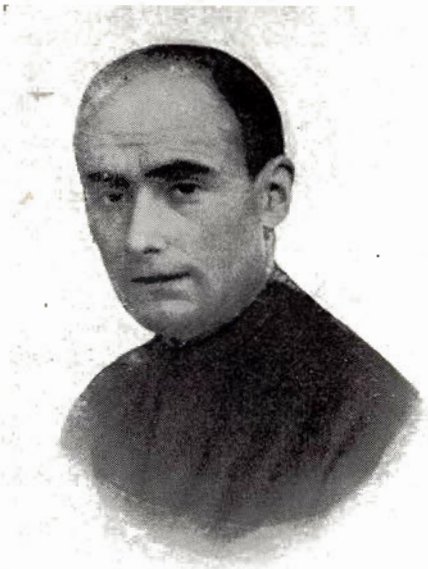
Desde Santurce escribe sor Luisa Concepción que «son muchísimas las personas que me piden ruegue a mi hermano mártir por sus intenciones», y que una hermana de su congregación obtuvo una gracia para su familia por su intercesión. *(Sor Luisa Concepción Serrano.)*

El proceso de beatificación sigue su curso normal, como el de los otros religiosos Capuchinos asesinados en Madrid y su provincia, esperando que por intercesión de los mismos siervos de Dios se termine pronto con toda felicidad.

Pongo fin a las notas biográficas de éste nuestro Benjamín, apropiándome las palabras del padre Carrocera en su obra *Mártires Capuchinos de Castilla,* escribiendo sobre fray Saturnino: «... Pero al ver la de fray Saturnino (foto del cadáver), las lágrimas rodaron instintivamente por mis mejillas. Yo vi en él, en aquel semblante de niño, en aquel rostro sereno, plácido, que más que el de un muerto parece el de un hombre que se ha entregado a delicioso y beatífico sueño, vi, digo, la inocencia ultrajada, la inocencia vilmente asesinada, y que decía a sus verdugos: «Me habéis asesinado sin razón; era inocente, no tenía culpa alguna.»

»Su rostro, a la verdad, más parece el de persona que se ha entregado a un sueño quieto y placentero. Yo, al verle, inconscientemente me acordé de aquellas noches que, turnando, pasábamos en vela, en previsión de algún desagradable acontecimiento; cuando se sentaba a mi lado, cerraba los ojos, simulaba dormir o se entregaba a un ligero sueño. Sí, también ahora, segada vilmente su vida, su cuerpo se entregaba al eterno sueño, mientras su alma volaba a la mansión de la paz y de la dicha.»

Punto final. «Los que conocíamos el temple de su alma y, a la vista del retrato tomado después de su muerte, fácilmente comprendemos cómo al tiempo de morir ofrecía su vida a Jesús y a su Madrecita esperando el momento que los tiros homicidas abrieran la puerta a su alma para volar al cielo. ¡Cómo brillará ahora la santa túnica de la que no quiso desprenderse en los mayores peligros, y qué luz arrojarán las heridas que en él abrieron las balas homicidas!... ¡Hijo adorado! Al vernos desde el trono que ocupas en el cielo, bendice a tus padres, a tus hermanitos, a todos cuantos tanto te quisieron en este mundo, a toda la Orden Capuchina, y haz que todos vayamos pronto a gozar contigo, cara a cara, al Corazón de Jesús y a nuestra común *Madrecita.* (*Emilio Serrano.—Concepción Lizarralde.*)



Siervo de Dios

NORBERTO CEMBRANOS

SIERVO DE DIOS
HERMANO NORBERTO CEMBRANOS
DONADO PERPETUO

I

Nacimiento y primeros años. — Padres y hermanos.— En el Seminario Menor de Valle de Mansilla.—Al Seminario de San Froilán.

En el lugar de Villalquite, Ayuntamiento de Valdepolo, partido judicial de Sahagún, diócesis y provincia de León, el día 6 de junio del año 1891 vió la luz primera un niño, a quien al día siguiente le administraron el sacramento del bautismo, recibiendo con la gracia santificante el nombre de *Norberto*. El 1 de junio del año 1897 se le administró el sacramento de la confirmación. *(Partidas de bautismo y confirmación.)*

Fueron sus padres don Juan Cembranos Martínez y doña Brígida de la Verdura y Sandoval, labradores corrientes de profesión y católicos prácticos, como eran en general los moradores de aquel pueblo y alrededores. Todavía conservan hoy las familias costumbres patriarcales, encontrándose ancianas de más de setenta años que guardan prolongados ayunos en tiempos cuaresmales, con el plausible rigor con que antaño lo practicaban nuestros abuelos.

No es, por tanto, maravilla alguna que con tan laudables costumbres, en un lugar relativamente pequeño como lo es Villalquite, broten, sin embargo, muchas vocaciones para consagrarse a Dios, especialmente en el estado religioso.

Tuvo Norberto varios hermanos, llegando a la edad adulta cuatro solamente, y en la actualidad viven sólo tres, entre ellos el

maestro jubilado don Dámaso Cembranos, el cual me ha proporcionado algunos datos referentes a la educación recibida de sus padres, y sobre la conducta de Norberto durante la niñez y juventud.

«Tanto mi hermano como yo—dice—, tuvimos la dicha de nacer en un hogar profundamente católico, dándonos nuestros buenos padres educación sólidamente cristiana, como suele decirse, a la antigua. Desde pequeño fué él muy bueno, humilde, obediente a los padres y sólidamente piadoso, siguiendo con fidelidad el devoto ritmo que se acostumbraba en el pueblo. Aprendió las primeras letras en la escuela natal con bastante aprovechamiento, porque era inteligente y aplicado. En aquel plantel inicial estudió el catecismo de la doctrina cristiana, completando la educación religiosa con el señor párroco, quien convenientemente le preparó para la primera comunión.» *(Dámaso Cembranos de la Verdura.)*

Rodeado de ambiente favorable, de costumbres saturadas de moralidad y de sólida piedad cristiana, sintió como consecuencia los primeros aleteos de vocación sacerdotal. Para cooperar sus piadosos padres a los designios del Señor le enviaron al Semianrio Menor de Valle de Mansilla, en donde cursó cuatro años de latín y humanidades, conquistando en los exámenes la codiciada nota de sobresaliente. Con tanta asiduidad como al estudio llevaba también vida espiritual adecuada a quien aspiraba en el futuro a ser colaborador de Nuestro Señor Jesucristo en la salvación de las almas.

Después de terminar con el éxito indicado los estudios humanísticos, marchó al Seminario Conciliar de San Froilán, en León, para cursar en aquel centro educacional la Filosofía escolástica y ciencias, y la Sagrada Teología con las demás disciplinas correspondientes a la carrera eclesiástica, habiendo obtenido en casi todas las asignaturas la calificación de *meritissimus*, siendo muy aplicado y constante en el estudio.

Por el estudio sentía verdadera pasión y experimentaba gran placer en el trato con personas religiosas e ilustradas, asegurando que le gustaba estudiar para instruirse y saber mucho.

«En este período de vida estudiantil fué muy dócil y sumiso a los Superiores del Seminario; frecuentaba mucho, aún en vacaciones, los santos sacramentos, ayudando algo a la familia en el campo durante la recolección del verano, que coincidía con las vacaciones de fin de año académico.» *(Dámaso Cembranos de la Verdura.)*

Un condiscípulo suyo, que vive actualmente y ejerce la cura de almas, manifiesta en pocas palabras la recomendable conducta del seminarista Norberto. «Siempre—dice—observaba una conducta edificante; era muy piadoso, por lo cual no me extrañó que cambiara de rumbo en su vida yendo al convento. Era aplicado y obediente,

y, por tanto, humilde, sabiendo sobrellevar con serenidad de ánimo las faltas de sus compañeros, aunque a veces pudieran ser más que suficientes para molestarse.

«Para otro compañero de estudios mayores fué Norberto un alumno serio, formal, bueno y piadoso, ejemplar y amigo de todos; añadiendo otro que fué de carácter tranquilo, pacífico, de piedad corriente y de frecuencia de sacramentos. Era un buen muchacho y un estudiante bueno en toda la extensión de la palabra.» *(Presbítero Fortunato Montiel.)*

II

Las órdenes menores.—Los escrúpulos.—Del Seminario a la Trapa.—Del Monasterio a las minas de carbón.—Donado perpetuo Capuchino.

El joven y aventajado seminarista casi tocaba ya con la mano la meta de la carrera eclesiástica. La buena conducta, la aplicción al estudio, el espíritu de piedad, y las costumbres recomendables de que estaba dotado, no pasaron desapercibidas a los ojos vigilantes de sus Superiores, aconsejándole por lo mismo éstos que recibiera las Ordenes hasta ascender a la altísima dignidad de Ministro del Señor. Obediente y sumiso Norberto aceptó la primera Tonsura y las cuatro Ordenes menores; pero no se atrevió a ordenarse de Subdiácono, y en consecuencia tampoco de las otras dos mayores, diácono y presbítero o sacerdote.

¿Cuál sería la causa de esta determinación, después de tantos años de estudio y de vida como más tarde convenía a todo sacerdote?

Al parecer los escrúpulos. «Al final de la carrera, informa uno de sus condiscípulos, se notó en él algún trastorno mental por escrúpulos, neurastenia o lo que fuese, razón por la cual salió del Seminario sin recibir todas las Ordenes.

Su hermano don Dámaso dice que atormentado por los escrúpulos dejó la carrera eclesiástica cuando ya tocaba a su fin.

Desde luego, que Norberto pesó y pensó en la grandeza del sacerdocio y en las gravísimas obligaciones que impone a quien lo abraza. Por eso no pudo resolverse a echar sobre sus hombros tan honrosa y seria carga.

Tal vez pensó en no pocas ocasiones que almas muy puras, encendidas como serafines en el amor de Dios, dadas por completo a los actos de caridad para con el prójimo, no se atrevieron a subir

la última grada, la del sacerdocio. Posiblemente leyó en las Florecillas o en alguna vida del Seráfico Francisco cómo rehuyó la dignidad sacerdotal después que un ángel le mostró la redoma de cristal, indicándole que tan pura como aquella redoma había de ser el alma y la vida de quienes aspiraban al sacerdocio. El Seráfico padre juzgó humildemente que su inocencia no podía compararse con aquel cristal, y se quedó en el grado inmediatamente inferior, el diaconado.

Humilde como era Norberto, según testimonio de algunos de sus condiscípulos, después de largas meditaciones en el Seminario, pudo sacar la consecuencia de que era indigno de semejante dignidad; y por eso, el temor unido a la humildad, pudieron ser las dos causas determinantes que le disuadieron de recibir las Ordenes mayores.

Pero lo cierto es que salió del Seminario, y aconsejado al parecer por uno de sus Superiores, pidió el ingreso en el Monasterio Trapense de San Isidro de Dueñas, en donde fácilmente fué admitido, pues pudo presentar los mejores informes del Rector del Seminario.

Pero, ¿este era el camino deparado por la divina providencia para el ex-seminarista? Por las consecuencias que se siguieron, se impone la respuesta negativa. Según informes obtenidos, Norberto no permaneció en la Trapa más que uno o dos años; y, desde luego, sin emitir los votos religiosos. Si realmente padecía los escrúpulos, y si además era algún tanto neurasténico, parece contraindicada para curarse de aquellas dos enfermedades tan afines la una de la otra, la entrada en la benemérita, austera y ejemplarísima Orden; porque aquel silencio, aquella soledad, aquel recogimiento constante, aquella incomunicación casi absoluta con otras personas aun de las que vivían dentro del claustro, parecen causas más que suficientes para que se aumentaran los escrúpulos y se acentuara la neurastenia.

Comprendiendo que no era aquella la senda a seguir, se vió indudablemente desorientado. Creemos que hubo presión por parte de algunos deudos para que se ordenara, y tal vez alguna recriminación por haber dejado la carrera cuando ya tocaba a su fin, carrera que había obligado a desembolsar cantidades no despreciables para la modesta economía de sus padres. Indudablemente que esto se le recordaría con alguna insistencia aún antes de marchar al Monasterio, no juzgando un despropósito el suponer que al dejar la Casa de Dios, no se atrevió a volver a la casa paterna, para evitar disgustos, recriminaciones y amargas reconvenciones. Por eso, tomó la determinación de marcharse a unas minas de carbón, ambiente, desde luego menos apto para su modo de ser y para la educación científica y religiosa que durante tantos años había recibido.

Enterada la familia de tan precaria y amarga resolución, fué a

buscarle, volviendo Norberto otra vez al hogar paterno. Esta situación, sin embargo, tenía que serle molesta y poco menos que insoportable. Los trabajos agrícolas no le eran fáciles por falta de costumbre. Mas, en un lugar tan reducido no descubría horizonte de mayores proporciones para su vida futura. Fué entonces cuando el Señor le tendió misericordiosamente su mano paternal. Tenía Norberto un pariente Capuchino, el cual le sugirió que intentara entrar en la Oden, para lo que juzgara conveniente: sacerdote, hermano o donado perpetuo. El pobre joven vió los cielos abiertos; se puso en comunicación con los Superiores, a quienes desde luego advirtió que de ninguna manera quería ordenarse, ni tampoco obligarse bajo voto a profesar la Regla seráfica y los Cosejos Evongélicos, siendo así recibido como donado o terciario perpetuo, y destinado al convento colegio de El Pardo.

III

En el convento de El Pardo.—Ejemplar y virtuo.

Por el amo de 1930 vino al convento de El Pardo el que después de su ingreso y tomado el hábito de terciario perpetuo, se llamará hermano Norberto. Ya se encuentra plenamente ambientado. En el sagrado recinto, encuentra piedad, amabilidad, variedad de ocupaciones; porque a ratos y días trabaja algo en la huerta, coopera al cuidado de los animales domésticos que hay para el sostenimiento de los colegiales y de los religiosos, se ocupa en los quehaceres de los alumnos y, en compañía de fray Primitivo, viaja en la camioneta como ayudante a Madrid. Su vida es recogida y simultáneamente distrída, muy beneficiosa contra la enfermedad de los escrúpulos y la neurastenia. La paz brilló espléndidamente en su espíritu, sirviendo al Señor fiel y tranquilamente y prestando sencillos, pero muy útiles servicios a la Comunidad.

No habiendo entrado el hermano Norberto en la Orden como religioso, no tenía obligación de observar la Regla y demás leyes del sagrado Instituto. Sin embargo, siguiendo al parecer de un religioso que en El Pardo vivió con el siervo de Dios, ya en vida se le podía haber colocado en los altares, poque sin ser religioso, cumplía los deberes de los votos con tanta ejemplaridad como el primer religioso; y, sobre todo, se distinguía en la obediencia, ya que todos mandaban en él, y él a todos se sometía con absoluto rendimiento. Fué asimismo sencillo, ingenuo y condescendiente con todos.

Este buen hermano donado encajó plenamente en la austera vida

capuchina para vivirla tal como es, sin dispensarse de ninguna de las mortificaciones prescriptas para los profesos. Supo especialmente ahondar en la virtud de la humildad, «llevando con gran altura de miras ciertos desprecios de que era objeto en alguna que otra ocasión; como, por ejemplo, está ordenado que los donados, dentro del convento, pasen sus recreaciones solos o en compañía del hermano profeso que los instruye, especialmente en trabajos manuales. Pero en tiempo del siervo de Dios no había más donados que él en El Pardo; y por eso iba alguna que otra vez con los profesos. Esta pequeña explicable intromisión fué suficiente para que alguno le manifestara que no podía estar allí con ellos. El humilde y resignado Norberto reaccionaba con la mayor mansedumbre, marchándose silencioso unas veces, y preguntando sencillamente otras que a dónde quería que fuera si no había más donados que él solo. *(Julio Morales.)*

Era realmente piadoso, pues además de asistir a todos los actos devotos de la Comunidad, a la caída de la tarde se le veía siempre en la capilla con exquisita piedad y tierna devoción.

IV

Arrojado del convento.—En la pensión «Paula Cepeda». Detenido.

Cuando el día 21 de julio del año 1936 los milicianos invadieron el convento de El Pardo, vivía en él, como donado perpetuo, el siervo de Dios hermano Norberto, y corrió la misma suerte que los religiosos, siendo echado del lugar santo, conducido al orfanato del pueblo, a los calabozos de los cuarteles de Transmisiones, y a la Dirección General de Seguridad, en donde, al igual que los religiosos, fué puesto en libertad el día 25 de julio del mismo mes y año.

¿En dónde se refugió después de su liberación? Se sabe que estuvo en dos diferentes domicilios o pensiones; pero no he podido averiguar cuál fuera la primera. En cambio, existen datos concretos suministrados personalmente y consignados por escrito, del dueño de la pensión llamada «Paula de Cepeda».

Según el dueño de la citada pensión llegó a su casa el siervo de Dios acompañado del hermano fray Crispín de Urnieta, llamado en el siglo Claudio Alcain Beloqui, venerable anciano fallecido después de la guerra, de muerte natural, el día 28 de agosto del 36, permaneciendo en ella hasta el 21 de septiembre.

«Aunque no recuerdo detalles concretos—dice en orden al comportamiento de los dos huéspedes—, sí recuerdo que estos dos reli-

giosos que vivían en casa se portaban como lo que eran; piadosos, rezando el Rosario con mi señora y cuñada. Estaban muy recogidos, aunque el hermano Norberto salía con alguna frecuencia para visitar a los religiosos de su Orden. Eran serviciales y caritativos, brindándose Norberto incluso para ir a buscar provisiones, dada la escasez que padecíamos entonces.»

Se distinguieron además en el refugio por su discreción y prudencia, ya que recluídos en su habitación, en nada se entrometían que no les importaba. Tampoco fueron exigentes en ninguna cosa, conformándose siempre con las escaseces y penalidades, sin manifestar queja alguna o dar señal de enfado o protesta la más insignificante. En su habitación estaban recogidos, practicando sus devociones y rezos especiales, como ellos se lo manifestaron alguna vez a los dueños de la pensión, y éstos mismos pudieron observar.

En la «Paula Cepeda» fueron visitados por algunos otros religiosos, especialmente padres, aprovechando entonces la ocasión de recibir el sacramento de la Penitencia, como lo hizo el hermano Norberto el día antes de su muerte. *(Calixto Pacheco Rey.)*

Y llegó el 21 de septiembre. «En esa fecha vinieron tres milicianos y una miliciana, todos armados, y ella vestida de *mono*, a registrar la pensión. En el registro llevado a cabo por los milicianos, llegaron hasta la habitación donde estaban aquellos. Y aunque nosotros no oímos lo que les preguntaron indudablemente manifestaron que eran del convento de El Pardo, pues con muy malos modos y palabras me preguntaron si yo no sabía que aquellos dos huéspedes eran religiosos. Yo les contesté que como a mí me habían presentado su documentación en regla, yo me había limitado a asentar en el libro de huéspedes sus nombres, y dar el correspondiente parte a la Dirección, sin preocuparme de más cosas, porque no me creía con derecho ni con obligación de hacerlo.

»Me preguntaron además que si yo recibiría de nuevo a estos señores, caso de que volvieran. A lo que yo respondí, que mi casa, como establecimiento al público, recibiría a cuantos se presentasen en regla... La miliciana aludida dijo groseramente, con palabras que no puedo transcribir, que ya le parecía a ella que aquello olía a incienso. Ellos entonces fueron detenidos, y se dejaron llevar tranquilamente, y trataron de tranquilizarnos a nosotros.» *(Calixto Pacheco Rey.)*

V

Asesinado por confesar la verdad.—Sus restos.—El proceso de beatificación.

No hemos podido averiguar si los dos detenidos fueron llevados a una comisaría o a una checa; pero, por confesión de fray Crispín, los sometieron a los dos a un minucioso y prolongado interrogatorio, durante el cual el hermano anciano confesó su condición de religioso, y demostró con sus manos callosas que casi siempre había desempeñado el oficio de hortelano en diferentes conventos de la Orden. El hermano Norberto también confesó la verdad; que no era religioso, sino que estaba al servicio de los religiosos, como era verdad. Los de la checa o de la comisaría no le creyeron, ni tampoco dieron fe a las palabras de fray Crispín que afirmaba lo mismo, ni a las señales de trabajos manuales que presentaban sus manos. Por eso dijeron al anciano: «Tú, por haber dicho la verdad, quedas libre. Este otro, que ha querido engañarnos, se queda con nosotros.» De consiguiente, fray Crispín regresó a la pensión el día 23, mientras que el hermano Norberto quedó allí indudablemente para ser martirizado, como religioso, sin serlo, creyéndole religioso los perseguidores y matándole por ese mismo motivo.

Hay una razón muy poderosa para afirmarlo, y es la siguiente: Parece que Norberto guardaba el poco dinero de que disponían; le mandaron que se lo entregara a fray Crispín, porque a él ya no le hacía falta, ya que le iban a matar.

No se ha podido averiguar ni dónde le sacrificaron, ni cuándo, aunque, probablemente, al día siguiente, como acostumbraban a hacerlo casi siempre. Por esta misma razón, tampoco se han podido encontrar sus restos, ignorando por completo el paradero de los mismos.

Tocante al proceso de beatificación, esperamos que pronto pueda terminarse, porque forma parte con el de los otros religiosos Capuchinos sacrificados en la villa de Madrid o en otros lugares de su provincia.

LOS PROCESOS DE BEATIFICACION

LOS PROCESOS DE BEATIFICACION

Estoy cierto de que los lectores juzgarian incompleto el humilde trabajo realizado para estampar las anteriores notas biográgicas de nuestros veintidós mártires si no constaran también los distintos Tribunales que intervinieron en la tramitación de los procesos de la *fama de martirio,* de la *búsqueda de los escritos,* y de *no culto público,* así como los nombres de cuantos testigos depusieron en la referida tramitación: Religiosos de la Orden, sacerdotes y religiosos de otras Ordenes, y seglares, hombres y mujeres.

Sería igualmente poco menos que relegar al olvido ingrato a las personas que eficazmente cooperaron al feliz éxito de estos procesos ordinarios informativos; lo cual no cuadra con la gratitud que se les debe. Por tanto, como muestra de agradecimiento, y para que sus nombres sean siempre recordados con verdadero cariño, al repasar las páginas de esta obrita, juzgo muy oportuno incluir los siguientes datos.

REVERENDISIMO PADRE BERNARDINO DE SENA, Doctor, Abogado de la Sagrada Rota Romana, Postulador General de la Orden.

PROCESO DE SANTANDER

A) MARTIRES SIERVOS DE DIOS:

R. P. Ambrosio de Santibáñez.
R. P. Miguel de Grajal.
Hermano fray Diego de Guadilla.

B) TRIBUNAL INSTRUCTOR:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. José Eguino y Trecu, Obispo de Santander, *Juez Ordinario.*

Muy Ilustre Sr. Dr. D. Gregorio Landaluce Rivacoba, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, *Promotor de la Fe.*

Muy Ilustre Sr. Dr. D. Joaquín Pelayo, Canónigo Dignidad de la Santa Iglesia Catedral, *Notario de praemissis.*

Reverendo Sr. Presbítero D. Blas Rodríguez González, Director Diocesano de las Obras Misionales Pontificias, *Notario Actuario.*

Reverendo Sr. Presbítero D. Eugenio Esteban Hurtado, Notario Eclesiástico, *Notario Adjunto.*

Sr. D. Angel Peralta Frades, *Cursor.*

C) TESTIGOS:

DE LA ORDEN:

M. R. P. José María de Chana, Doctor, Ministro Provincial y profesor.

M. R. P. Bernardino de La Granja, Definidor, Superior y profesor.

M. R. P. Laureano de Las Muñecas, Doctor, Definidor, Superior y profesor.

R. P. Abel de Bilbao, Superior y profesor.

R. P. Leandro de Bilbao, Superior y profesor.

R. P. Francisco de Bilbao, Superior.

R. P. Eusebio de Pesquera, Superior y profesor.

R. P. Eugenio de Villamañán, Superior.

R. P. Justo de Valdemora, Superior y profesor.

R. P. Policarpo de Barajares, Superior y profesor.

R. P. Alberto de San Sebastián, predicador.

R. P. Angel de Sanzoles, profesor.

R. P. Balbino de Villademor, predicador.

Hermano fray Juan José de Villanueva.

Hermano fray Próspero de Valle.

DE FUERA DE LA ORDEN:

Señores sacerdotes:

Rdo. Sr. Presbítero D. Victoriano Morante, arcipreste y párroco.

Rdo. Sr. Presbítero D. Federico Solana Torcida, párroco.

Rdo. Sr. Presbítero D. Melquiades Navalpotro López, ecónomo.
Rdo. Sr. Presbítero D. Gaspar Muñoz Quintana, capellán de Pedrosa.
Rdo. Sr. Presbítero D. Angel Fernández Liaño, capellán de Solares.
Rdo. Sr. Presbítero D. José Luis Samperio, párroco.
Rdo. Sr. Presbítero D. Leopoldo González, coadjutor del Santísimo Cristo.
Rdo. Sr. Presbítero D. Antonio Martín Lanuza, vicario parroquial.

Seglares:

Sr. Dr. D. Emilio Ortiz Fernández, médico.
Sr. D. Celso Cruz Cuerno, perito industrial.
Sr. D. Julio Pereda Avendaño.
Sr. D. José Bustamante Hereña.
Sr. D. Julián González Díaz, periodista.
Sr. D. Ramón Polanco Vélez, notario.
Sr. D. Braulio Navarro Gándara, labrador.
Sr. D. Isidro González Gutiérrez, obrero de la Campsa.
Sr. D. Ismael Huerta Herrería.
Sr. D. Pablo Avián.
Sra. D.ª Patricia Bustelo Lasarte.
Sra. D.ª Carmen Pando Naveda.
Sra. D.ª Julia Chautón Hazas.
Sra. D.ª Josefa Rodríguez Vivero.
Srta. Avelina Gándara Lavín.
Srta. Encarnación de la Cruz Cuerno.
Srta. Carmen Naveda Velarde.
Srta. Prudencia Incera Naveda.
Srta. María de la Paz Sanquirce de Domingo.

D) INTRODUCCION DE LOS PROCESOS.—SU TERMINACION:

El día 17 de noviembre del año 1952, en la Curia Diocesana de Santander.
Se terminaron felizmente: El día 20 de julio del año 1956.
Fueron entregados a la Sagrada Congregación de Ritos: El día 22 de noviembre de 1956.
Dicha Sagrada Congregación, mediante tres Decretos, autorizó la apertura de los Procesos: El día 28 de noviembre de 1956.

E) TESTIGOS QUE HAN DECLARADO:

Cuarenta y dos.

F) SESIONES CELEBRADAS PARA LOS TRES PROCESOS:

Cuarenta.

* * *

PROCESO DE OVIEDO

A) MARTIRES SIERVOS DE DIOS:

R. P. Arcángel de Valdavida.
M. R. P. Berardo de Visantoña.
R. P. Ildefonso de Armellada.
R. P. Domitilo de Ayóo
Hermano fray Alejo de Terradillos.
Hermano fray Eusebio de Saludes.
Hermano fray Eustaquio de Villalquite.

B) TRIBUNAL INSTRUCTOR:

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Francisco Javier Lauzurica Torralba, Obispo (hoy Arzobispo) de Oviedo, *Juez Ordinario.*

Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. José Cuesta Fernández, Vicario General y Deán de la S. I. C. B., *Juez Delegado.*

M. Ilustre Sr. Dr. D. Antonio Peláez Alea, Canónigo Doctoral de la S I. C. B., *Juez Adjunto.*—Por muerte de este benemérito Sr Juez (q. e. p. d.) fué nombrado *Juez Adjunto* para sustituirle, el M. I. Sr. Dr. D. Mariano Tablado Rodríguez, Canónigo de la S. I. C. B. y Notario Eclesiástico.

M. Ilustre Sr. Lic. D. Eliseo Gallo Lamas, Canónigo Magistral de la S. I. C. B., *Juez Adjunto*

Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Samuel F. Miranda, Vicario General de la Diócesis, *Notario de praemissis.*

M. I. Sr. Lic. D. Manuel Suárez García, Fiscal de la Diócesis (hoy Archidiócesis), Canónigo Doctoral y profesor, *Promotor de la Fe.*

M. Ilustre Sr. Lic. D. Leocadio Alonso Crespo, Canónigo de la S. I. C. B. y profesor, *Notario Actuario.*

M. Ilustre Sr. D. Moisés Díaz-Caneja, Canónigo Archivero, *Notario Adjunto*

Sr. D. José Menéndez, Notario Eclesiástico, *Cursor.*

C) TESTIGOS:

DE LA ORDEN:

M. R. P. Cornelio de San Felices, Ministro Provincial y profesor.
M. R. P. José María de Chana, Doctor, Ministro Provincial y profesor.
M. R. P. Constancio de Aldeaseca, Doctor, Definidor y Secretario Provincial.
M. R. P. José de Solórzano, Definidor y Superior.
M. R. P. Manuel de Hontoria, Definidor, Superior y profesor.
M. R P. Aurelio de Pereña, Definidor y Superior.
M R. P. Marcos de Escalada, Doctor, Definidor, Superior y profesor.
M. R. P. Mauricio de Begoña, Lic. en Filosofía y Letras, Definidor y profesor.
M. R. P. Máximo de Villabasta, Lic., Definidor, Superior y profesor.
R. P. Antonio de Carrocera, Superior.
R. P. Abel de Bilbao, Superior y profesor.
R. P. Simón de Sardonedo, Superior.
R. P. Alberto de San Sebastián, Predicador y Misionero.
R. P. Olegario de Cifuentes, Predicador y Misionero.
Hermano fray Egidio de Villahibiera.

DE FUERA DE LA ORDEN:

Señores sacerdotes:

Rdo. Sr. Presbítero D. Julio Rimada, párroco.
Rdo. Sr. Presbítero D. Rosendo Mazuelas, arcipreste y párroco.
Rdo. Sr. Presbítero D. Pedro Parajón Carujo, párroco.
Rdo. Sr. Presbítero D. Severino Llamazares, párroco.
Rdo. Sr. Presbítero D. José González Monillo, párroco.

Religiosos:

Rdo. P. Arsenio Cantero, S. I. Superior.
Rdo. P. Luis Ezcati, Cordimariano.
Hermano Alejo de San Agustín, Pasionista.
Hermana Sor Cruz de San Miguel, Hermana de Ancianos Desamparados.

Seglares:

Sr. D. Bonifacio Lorenzo Somonte, abogado.
Excmo. Sr. D. Angel Gutiérrez Solís, vizconde de Campo Grande.
Sr. D. Angel Lorenzo (q. e. p. d.).
Sr. D. Emilio Alvarez.
Sr. D. Rafael Sánchez.
Sr. D. Juan Casas Pimentel, secretario.
Sr. D. Mauricio de la Red Pérez.
Sr. D. José Fresno.
Sr. D. Diego Cuervo.
Sr. D. Evaristo Rodríguez.
Sr. D. Ramón Bustos.
Sr. D. Saturnino González.
Sr. D. Eliseo Cordero.
Sr. D. Alfonso Trelles.
Sr. D. Victoriano Sánchez.
Sr. D. Evaristo Herrero.
Sr. D. Jesús Aja.
Sra. D.ª María Alvarez de Paraja.
Sra. D.ª Julia Arias.
Sra. D.ª Antonia Suárez.
Sra. D.ª Ramona Cuervo.
Sra. D.ª Victoria Cuervo.
Sra. D.ª Bernardina González.
Sta. Gloria González.
Srta. Dolores Díaz del Orro.
Srta. Manuela Fernández González.
Srta. Asunción Palacios.
Señorita María Velasco.

D) INTRODUCCION DE LOS PROCESOS.—SU TERMINACION:

El día 10 de marzo del año 1953, en la Curia Diocesana de Oviedo.
Se terminaron los tres, felizmente: El día 10 de diciembre de 1953.
Fueron entregados a la Sagrada Congregación de Ritos: El día 18 de enero del año 1954.
Autorizó la Sagrada Congregación la apertura de los tres Procesos: El 28 de enero del año 1954.

E) TESTIGOS QUE HAN DECLARADO:

Cincuenta y dos.

F) SESIONES CELEBRADAS:

Cincuenta.

* * *

PROCESO DE MADRID

A) MARTIRES SIERVOS DE DIOS:

M. R. P. Andrés de Palazuelo.
M. R. P. Fernando de Santiago.
R. P. Gregorio de La Mata.
R. P. José María de Manila.
R. P. Alejandro de Sobradillo.
R. P. Carlos de Alcubilla.
R. P. Ramiro de Sobradillo.
Hermano fray Aurelio de Ocejo.
Hermano fray Gabriel de Aróstegui.
Hermano fray Primitivo de Villamizar.
Hermano fray Saturnino de Bilbao.
Hermano Donado Norberto Cembranos.

B) TRIBUNAL INSTRUCTOR:

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Eijo Garay, Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá, *Juez Ordinario.*

M. Ilustre Sr. Dr. D. Alejandro Martínez Gil, Canónigo de la S. I. C. B. y profesor, *Juez Delegado.*

M. Ilustre Sr. Lic. D. Florencio Rufo Núñez, Canónigo de la S. I. C. B., *Juez Adjunto.*

Rdo. Sr. Presbítero Lic. D. Salvador Malo Jiménez, Notario Eclesiástico y profesor, *Juez Adjunto*

M. Ilustre Sr. Dr. D. Enrique Valcarce Alfayate. Fiscal General del Obispado, Canónigo Doctoral de la S. I. C. B. y profesor, *Promotor de la Fe.*

M. Ilustre Sr. Dr. D. Andrés de Lucas Casla, Canciller-Secretario de Cámara y Gobierno, Canónigo de la S. I. C. B., *Notario de Praemissis.*

Rdo. Sr. Presbítero Dr. D. Doroteo Martín Berzal (q e. p. d.), Teniente Fiscal del Obispado y Vice-secretario del Episcopado Español, *Promotor Sustituto.*

Rdo. Sr. Presbítero D. Pedro Alvarez Soler, Notario Eclesiástico y profesor, *Notario Actuario.*

Rdo. Sr. Presbítero D. Juan Fernández González, Beneficiado de la S. I. C. B. y Notario Eclesiástico, *Notario Adjunto.*

Sr. D. Virgilio Tapias, *Cursor.*

C) TESTIGOS:

DE LA ORDEN:

M. R. P. Higinio de Tracastro, Ministro Provincial y profesor.

M. R. P. José María de Chana, Doctor, Ministro Provincial y profesor.

M. R. P. Buenaventura de Carrocera, Definidor, Cronista y Archivero.

M. R. P. Bernardino de la Granja, Definidor, Superior y profesor.

R. P. Sixto de Pesquera, Lic. en Filosofía y Letras y profesor.

R. P. Dámaso de Gradefes, Director de la Casa de Ejercicios.

M. R. P. Manuel de Hontoria, Definidor, Superior y profesor.

M. R. P. Agapito de Sobradillo, Doctor, Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca.

M. R. P. Emilio de Madrid, Definidor, Superior y profesor.

M. R. P. Aurelio de Pereña, Definidor y Superior.

M. R. P. Pelayo de Zamayón, Doctor y Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca.

R. P. Cándido de Viñayo, Superior.

R. P. Abel de Bilbao, Superior y profesor.

R. P. Enrique de Cevico, Superior, profesor y Misionero.

R. P. Leovigildo de Vegamián, Superior.

R. P. Ludovico de Pesquera, Superior y profesor.

Hermano fray Sabino de Quintanilla.

Hermano fray Antonio de La Mata.

M. R. P. Calixto de Escalante, Definidor y Superior.

DE FUERA DE LA ORDEN:

Señores sacerdotes:

Rdo. Sr. Presbítero D. Maximiliano González Flórez, Lic. en Filosofía y Letras, capellán de la Beneficencia Provincial.

Rdo. Sr. Presbítero D. Antonio Vicent Cernuda, Director Espiritual del Colegio Mayor «Antonio Nebrija».
Rdo. Sr. Dr. D. Andrés Eliseo Mañaricúa Nere, Juez Prosinodal y profesor en la Universidad de Deusto.
Rdo. Sr. Presbítero D. Manuel Villares Barrio, Lic. en Filosofía y Letras y capellán de la Beneficencia Provincial.

Religiosos:

R. P. José Nemesio Goyenechea Landaburu, S. I., Consultor y profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.
Rda. Madre Sor Teresa del Niño Jesús, Carmelita Descalza.

Seglares:

Excmo. Sr. D. Rafael Rubio Villanueva, Presidente de Sala del Tribunal Supremo y Presidente del Tribunal de Menores.
Sr. D. Antonio González y González.
Sr. D. Ignacio Antonio Vaquero.
Sr. D. Julio Morales Hernández, pintor y profesor de pintura.
Sr. D. José Olmedo Reguera, del Comercio.
Sr. D. Emilio Serrano Contreras, profesor.
Sr. D. Isidro Buceta y Buceta, abogado.
Sr. D. Pedro Alonso-Sañudo Ondarra, abogado.
Sr. D. Juan de la Torre García y Rivero, abogado.
Sr. D. Antonio Díez Turriano, oficinista.
Sr. D. Salustiano Fernández Díez, maestro nacional.
Sr. D. Abraham Prieto Rodríguez, director del grupo escolar «Amador de los Ríos», y Presidente de la Federación de Maestros Católicos de España.
Sr. D. Pedro Orcasitas Ruiz, del Comercio.
Sr. D. Angel Arranz Martín, del Banco de España.
Sr. D. Francisco Avila Barbo, del Cuerpo de Prisiones.
Sr. D. Joaquín Barahona Barahona, médico.
Sr. D. José Bueno Rivera.
Sr. D. José Barahona Martín, Inspector de Policía.
Sr. D. Felipe Carrera Martín, del Comercio.
Sr. D. Angel Fernández y Fernández, Secretario de Ayuntamiento.
Sr. D. Francisco Montes Echave, Industrial.
Sr. D. Ladislao Grajal Cuesta, oficinista de Banco.
Sr. D. Florencio Pérez González, del Cuerpo de la Guardia Civil.

Sr. D. Enrique López González, oficial carpintero.
Sr. D. Victoriano Pacheco de la Torre, en el Patronato Nacional.
Sr. D. Eustaquio González Soto, pocero.
Sr. D. Luis Vegas Medina, ferroviario.
Sra. D.ª Dolores Menor Claramunt, viuda de Fanjul.
Sra. D.ª Pilar Rodríguez Muñoz, de Arias.
Sra. D.ª María de Mateo y de Rivas, viuda de Ramón.
Sra. D.ª Cándida Arana García, viuda de Fernández Langa.
Sra. D.ª Concepción González Arroyo, de González.
Sra. D.ª Clotilde Rivero de la Torre.
Sra. D.ª Alejandra Galuares Gago, viuda de Izquierdo.
Sra. D.ª Felisa Rodríguez Rojo, de Pacheco.
Sra. D.ª Bernarda Fernández Fontanil, de González.
Srta. Sara López de Heredia Belacortu, oficinista de Banco.
Srta. María Orcasitas de la Peña, abogado.
Srta. Inés González Torreblanca, funcionaria de Archivos y Bibliotecas.
Srta. María Teresa Balboa Ortoloza, profesora de piano.
Srta. Juanita Guillén Estrada.
Srta. Pilar López Diéguez.
Srta. María Luisa López Diéguez, oficinista en el Ministerio de Marina.
Srta. María Castañeda Muñoz.
Srta. María Cernuda Canelo.

D) INTRODUCCION DE LOS PROCESOS:

El día 5 de abril se introdujo el Proceso de Fama de Martirio en la Curia Diocesana del Obispado de Madrid-Alcalá; y ese mismo día se introdujo también el de la búsqueda de los escritos. El 27 de junio de 1958 fué publicado el Proceso de Fama, después de haber declarado todos los testigos. Asimismo se ha terminado el Proceso de la búsqueda de los escritos, faltando solamente la introducción del Proceso de no culto público, en que declararán unos ocho testigos, y luego la sesión final solemne, para después entregárselos a la Sagrada Congregación de Ritos.

E) TESTIGOS QUE HAN DECLARADO:

Setenta.

F) SESIONES CELEBRADAS:

Setenta y siete.

PROCESOS ROGATORIALES

Durante el Proceso Informativo de fama de martirio, por sugerencia del padre Vice-Postulador, y mediante las Letras Rogatoriales del Rvmo. Tribunal de Madrid, se han tenido *cuatro* Procesos Rogatoriales en los Tribunales Eclesiásticos de *Pamplona, Caracas* (Venezuela), *León* y *La Habana* (Cuba), respectivamente.

A) PROCESO ROGATORIAL DE PAMPLONA

MÁRTIR:

Siervo de Dios fray Gabriel de Aróstegui.

TRIBUNAL:

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Enrique Delgado Gómez, Arzobispo de Pamplona, *Juez Ordinario.*
Ilmo. Sr. Lic. D. Juan Ollo Irurzun, Vicario General del Arzobispado, *Juez Delegado.*
M. Ilustre Sr. Dr. D. Fernando Lipuzcoa Urriza, *Juez Adjunto.*
M. Ilustre Sr. Dr. D. Valentín Ayerra Goñi, *Juez Adjunto.*
M. Ilustre Sr. Dr. D. José Nagore Alonso, *Promotor de la Fe.*
Rdo. Sr. Presbítero D. Sixto Iroz Iturgaiz, *Notario Actuario.*
Sr. D. Virgilio Ayerra, *Cursor.*

TESTIGOS:

Rdo. Sr. Presbítero D. José Zalba Huarte, párroco.
Sr. D. Pedro Erro Erice.

SESIONES CELEBRADAS:

Tres.

B) PROCESO ROGATORIAL DE CARACAS

MÁRTIRES:

Siervo de Dios M. R. P. Fernando de Santiago.
Siervo de Dios fray Gabriel de Aróstegui.

TRIBUNAL:

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Rafael I. Arias Blanco, Arzobispo de Caracas (muerto en accidente de coche, q. e. p. d.), *Juez Ordinario.*

Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Ramón I. Lizardi, Obispo Auxiliar de Caracas, *Juez Delegado.*

Rvmo. Sr. Presbítero Dr. D. Eduardo Morales, *Promotor de la Fe.*

Rdo. Sr. Presbítero D. José Vives, *Notario Actuario.*

TESTIGOS:

Hermano fray Roberto de Erandio, misionero en el Caroní.
Hermano fray Eleuterio de Rozalén, misionero en Machiques.

SESIONES CELEBRADAS:

Dos.

VICE-POSTULADOR SUBDELEGADO:

R. P. Serafín de Rucandio, Sup. de Maracaibo.

C) PROCESO ROGATORIAL DE LEON:

MÁRTIR:

Siervo de Dios hermano Norberto Cembranos.

TRIBUNAL:

Ilmo. Sr. Dr. D. Fernando Alvarez Rodríguez, Provisor y Vicario General del Obispado (por mandato especial), *Juez Ordinario.*

M. Ilustre Sr. Dr. D. Argimiro Alvarez López, Fiscal del Obispado y Canónigo de la S. I. C., *Promotor de la Fe.*

M. Ilustre Sr. Lic. D. Manuel Martínez y Martínez, Secretario de Cámara y Gobierno, Canónigo de la S. I. C., *Notario Actuario.*

TESTIGOS:

Rdo. Sr. Presbítero D. Valentín Borge Espeso, párroco.
Rdo. Sr. Presbítero D. Gregorio Suárez González, párroco.
Sr. D. Dámaso Cembranos de la Verdura.

SESIONES CELEBRADAS:

Cuatro.

D) PROCESO ROGATORIAL DE LA HABANA:

MÁRTIR:

Siervo de Dios R. P. Ramiro de Sobradillo.

TRIBUNAL:

Emmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Manuel, Cardenal Arteaga y Betencourt, Arzobispo de La Habana, *Juez Ordinario.*
Ilmo. Sr. Dr. D. Alfredo Llaguno y Canals, *Juez Delegado.*
Rdo. Sr. D. Raúl del Valle y Joglar, *Juez Adjunto.*
Rdo. P. Paulino Valbuena, S. J., *Juez Adjunto.*
Rdo. Sr. Presbítero Dr. D. Eduardo Boza Masvidal, *Promotor de la Fe.*
Rdo. Sr. Presbítero Dr. D. Benigno González Díaz, *Notario Actuario.*
Rdo. Sr. Presbítero Dr. Arcadio Marinas y García, *Promotor Adjunto.*
Rdo. Sr. Presbítero Dr. D. Orlando Fernández Villar, *Notario Adjunto.*
Sr. D. José Antonio Travieso, *Cursor.*

TESTIGO:

Hermano fray Balbino de Ferral.

SESIONES CELEBRADAS:

Seis.

VICE-POSTULADOR SUBDELEGADO:

Rdo. P. Jaime de Aldeaseca, Licenciado.

INDICE

Páginas

AL LECTOR ... 7

DECLARACIÓN ... 11

SIERVO DE DIOS M. R. P. ANDRES DE PALAZUELO ... 13

I.—Nacimiento y primeros años.—Seminarista.—Al claustro seráfico.—Novicio ejemplar.—La profesión ... 13

II.—En los Seminarios Mayores de la Orden.—Ministro del Señor.—Maestro o lector de estudiantes ... 14

III.—Predicador.—Cronista y archivero de la Provincia.—Escritor.—Definidor provincial ... 16

IV.—Confesor y director de almas.—Abnegación, caridad, firmeza y seguridad.—Si San Juan hubiera sido confesor ... 18

V.—Fe profunda del padre Andrés.—Filial confianza en la divina Providencia.—Amor de Dios práctico.—Caridad para con el prójimo ... 20

VI.—Prudencia sobrenatural.—Encomiable fortaleza.—Amante de la justicia.—Siempre templado ... 24

VII.—Desmanes republicanos.—El año de 1934.—Del 34 al 36.—Los atentados de febrero.—El asesinato de Calvo Sotelo.—Presentimientos de martirio ... 28

VIII.—Del 18 al 21 de julio del 36.—El siervo de Dios, fuera del convento.—El convento de Jesús, asaltado.—A la pensión Sacerdotal de la calle de Larra.—A la pensión de San Antonio, de la calle de León ... 30

IX.—Registro en la pensión.—El teléfono, intervenido.—«Iré donde Dios quiera.»—«No he hecho mal a nadie.»—Detenido y llevado por los milicianos ... 33

X.—El siervo de Dios, asesinado por ser religioso.—Fotografía comprobante.—Su cadáver, en lugar desconocido ... 36

XI.—Fama de santidad y de martirio.—Se desea su beatificación.—Gracias atribuídas al siervo de Dios.—El proceso, en marcha ... 37

Páginas

SIERVO DE DIOS R. P. ARCANGEL DE VALDAVIDA 43

I.—Nacimiento y primeros años.—«Traviesillo a la buena.»—Quiere ser cura 43

II. A la Orden Seráfica.—Novicio.—Estudiante.—Sacerdote. Vicemaestro de novicios 44

III.—A ultramar.—En la perla de las Antillas.—De Cuba a Venezuela.—En Cumaná.—Explorador del Delta-Amacuro y Caroní.—Piedra angular de dos vicariatos.—Párrocos de Tucupita, Machiques y Cumaná 45

IV.—Siempre buen religioso y buen operaio evangélico 47

V.—El siervo de Dios, en España.—Silencioso apostolado en varios conventos.—En la villa de Gijón 48

VI.—Primeras *caricias* filocomunistas. — El padre Arcángel, viviéndolas en Gijón 50

VII.—Se agrava la situación.—Quién sabe cuántas víctimas más pedirá el Señor.—De morir, quiero morir con hábito y en el convento 51

VIII.—Estalla el Movimiento.—Ocupación del convento por la Guardia Civil.—Abandono de los religiosos y asalto de los facinerosos 52

IX.—El padre Arcángel, detenido y conducido a la Comisaría.—Encarcelado en la Residencia de los padres Jesuítas.—A la iglesia parroquial de San José 53

X.—Entregadnos al clero para hacerle picadillo.—La *saca*.—Como cordero, al matadero.—En el cementerio de Jove... 56

XI.—Reconocimiento oficial de la muerte del padre Arcángel.—Suerte del cadáver.—Su nombre en tres lápidas.—Piadosos recuerdos.—Proceso de beatificación 59

SIERVO DE DIOS M. R. P. BERARDO DE VISANTOÑA 65

I.—Nacimiento.—Niñez.—Seminarista 65

II.—Novició Capuchino.—A los Colegios Mayores.—Sacerdote de Cristo.—Al Colegio Internacional 66

III.—Profesor.—Definidor.—Lector.—Rector del Colegio Mayor 67

IV.—Ministro provincial.—Vicario, lector de Derecho.—Guardián y rector del Seminario Seráfico.—Guardián del Colegio de Filosofía 68

V.—Consejero prudente. — Era un santo. — Director de sus hermanos 69

VI.—Confesor y director de almas 70

VII.—Vicario del convento de Gijón.—Actitud ante la revolución.—Caridad heroica 71

VIII.—El padre Berardo, detenido.—En la Comisaría.—Encarcelado en la Residencia de los padres Jesuítas.—En la parroquia de San José.—Martirizado.—Proceso de beatificación 72

Páginas

SIERVO DE DIOS M. R. P. FERNANDO DE SANTIAGO 75

I.—Nacimiento, padres y hermanos.—El bachillerato.—Faceta edificante.—Carrera mayor.—La borla del doctorado... 75

II.—Pasante en el bufete.—No puedo defender ese pleito.—De baja en el Colegio de Abogados.—Oposición a contador.—La Contaduría de Santiago 77

III.—Apóstol seglar.—Unas bofetadas.—La Conferencia de San Vicente de Paúl.—El Círculo Católico.—Paladín de la verdad en la prensa 78

IV.—Proceso vocacional.—Ejercicios espirituales en Carrión de los Condes.—Peregrinando a la Ciudad Eterna.—Tras las huellas del seráfico Francisco 80

V.—Noviciado y profesión.—Votos solemnes y ordenación sacerdotal.—La primera misa.—Profesor de Ciencias ... 85

VI.—Destinado a Roma.—Nueve años de intenso trabajo.—Enfermedad peligrosa y retorno a la Patria.—En el sanatorio de Guadarrama.—Convaleciente en El Pardo ... 87

VII.—Secretario y definidor provincial.—Prototipo de humildad.—Fervoroso y caritativo.—Presencia de Dios.—Director de la Esclavitud y vicario del convento de Jesús.—Prudente consejero de sus hermanos 90

VIII.—Ante el espectro de la República.—Firmeza en el peligro.—Sin claudicar ante el deber 94

IX.—Fuera del sagrado recinto.—Vida de convento.—Asalto y registro a la casa refugio.—¿Qué te decían en la garita de Jesús?—Jesucristo era socialista 97

X.—El siervo de Dios, detenido.—A la casa número 6 del paseo del Prado.—A la *checa* de Bellas Artes.—Martirizado. Su cadáver y la foto del mismo.—Exhumación y definitiva inhumación.—Gracias atribuídas al siervo de Dios. El proceso de beatificación 99

SIERVO DE DIOS R. P. ILDEFONSO DE ARMELLADA 105

I.—Nacimiento y primeros años.—A los Seminarios menores.—En Astorga, Oviedo y Salamanca.—Sacerdote y coadjutor 105

II.—Al claustro seráfico.—En los Seminarios Mayores de la Orden.—Profesor y vicedirector 106

III.—Guardián.—Consiliario.—Instructor de hermanos.—Predicador 108

Otra vez guardián.—Vicario y consejero.—En Gijón.—Vocación de mártir 109

V.—Con sus hermanos de persecución.—Conducido a la Comisaría.—En la Residencia-cárcel de los padres Jesuítas. A la parroquia-cárcel de San José 110

VI.—Hacia el calvario.—Testimonio oficial de la muerte.—Después del martirio.—Hacia la beatificación 112

Páginas

SIERVO DE DIOS R. P. GREGORIO DE LA MATA 115

I.—Nacimiento, padres, hermanos y niñez.—Vocación religiosa.—En el Seminario Menor de Morgovejo 115

II.—Al claustro seráfico.—Los escrúpulos.—Profesión simple. A los Colegios Mayores.—La profesión solemne 117

III.—Ante la muerte de su hermano fray Faustino.—Carta consoladora.—Las órdenes sagradas.—La primera misa. Un año más de estudio 118

IV.—Profesor en el Seminario Seráfico.—Al Colegio Internacional de Roma.—Se acentúan los escrúpulos.—Enfermedad del estómago 120

V.—Por segunda vez profesor.—Breve permanencia en Gijón y en Bilbao. Dos virtudes del siervo de Dios: la caridad y la pureza.—Singular devoción a la Inmaculada.—Aceptación de la muerte 122

VI.—Forzoso abandono del convento.—En el asilo de huérfanos. — Al cuartel de Transmisiones. — A la Dirección General de Seguridad.—En libertad 124

VII.—Buscando refugio.—Delicadeza del siervo de Dios.—Nombre supuesto.—Un registro.—A la *checa* del Marqués de Riscal 126

VIII.—El siervo de Dios, identificado.—Presentimiento de muerte.—Actuación de la *checa*.—Camino del sacrificio. Asesinado por ser religioso 128

IX.—Enterrado en la Almudena.—La fotografía del cadáver.—Exhumación e identificación de sus restos.—En la sacramental de San Isidro.—El proceso de beatificación. 131

SIERVO DE DIOS R. P. JOSE MARIA DE MANILA 133

I.—Nacimiento, padres y primeros años.—El bachillerato ... 133

II.—Viaje a España.—La carrera de leyes.—Su vida de estudiante.—Ejercicios espirituales cerrados.—Meditaciones y propósitos 135

III.—Nostalgia del claustro.—Noviciado y profesión.—Traslado a Cataluña. — Sacerdote del Señor.—Bendición del Papa San Pío X.—Predicador popular 137

IV.—A la Provincia de Castilla.—Guardián de Montehano, Bilbao y Salamanca.—Continúa la vida apostólica.—Misión en León 142

V.—Sencillez y pobreza seráfica.—Mortificado y recogido.—Caritativo con el prójimo.—Observante de las leyes religiosas.—El Corazón de Jesús y la Sagrada Familia, sus amores predilectos.—Donativo al Papa.—Una carta 143

VI.—Ante el 20 de julio.—Forzosamente exilado.—Su vida en el refugio.—Ansias por celebrar la santa misa 146

VII.—Descubierto y perseguido.—A la calle de Alarcón y a la de Alfonso XII.—Detenido por los milicianos.—En la *checa* de Bellas Artes.—Martirizado 149

Páginas

VIII.—El cadáver y la foto del siervo de Dios.—En la Almudena.—Exhumado e identificado.—En la sacramental de San Isidro.—El proceso de beatificación.—Ultimas palabras sobre el siervo de Dios 152

SIERVO DE DIOS R. P. AMBROSIO DE SANTIBAÑEZ 155

I.—Nacimiento y niñez. — Vocación religiosa. — Noviciado y profesión.—A los Colegios Mayores.—Sacerdote de Cristo. 155
II.—A los ministerios apostólicos.—Vida ejemplar y celo plausible.—A las misiones de América.—Vicario y sucesivamente guardián de Santander 156
III.—Momentos delicados.—La persecución religiosa.—Sereno ante la tempestad 159
IV.—Exilado.—Conducta intachable y edificante 160
V.—Segundo refugio.—Detenido.—Encarcelado. — Verdadero apóstol 161
VI.—Pájaros de la muerte.—Fatídicos presagios.—Rugidos de fiera 168
VII.—Por tener cara de cura.—Martirizado 170
VIII.—Al cementerio de Ciriego.—Exhumación e identificación del cadáver.—Homenajes póstumos 172
IX.—Fama de mártir.—Se desea su beatificación 174
X.—Gracias atribuidas.—Primeros pasos hacia la beatificación 175

SIERVO DE DIOS R. P. MIGUEL DE GRAJAL 179

I.—Nacimiento e infancia 179
II.—Seminarista seráfico 180
III.—Novicio, profeso, estudiante 180
IV.—Lector.—A Roma.—Segunda vez lector 182
V.—Director del Colegio de Filosofía 183
VI.—Ejemplar de virtudes 185
VII.—Irradiaciones hacia afuera 186
VIII.—Gravísima responsabilidad.—Completa serenidad 187
IX.—La expulsión.—Piedad del padre Miguel exilado.—El padre Miguel y los estudiantes dispersos 188
X.—Como buen pastor 189
XI.—Presagios de muerte 191
XII.—Da la vida por sus ovejas 191
XIII.—Inhumación y exhumación 194
XIV.—Fama de santidad.—Apoteosis.—Se desea su beatificación 194

SIERVO DE DIOS R. P. ALEJANDRO DE SOBRADILLO 201

I.—Nacimiento, padres, hermanos, primeros años.—Al Seminario Seráfico 201
II.—Novicio ejemplar.—La primera profesión.—A los Seminarios Mayores.—Rasgo singular de caridad.—La profesión solemne 203

Páginas

III.—Ministro del Señor.—Profesor del Seminario Seráfico. Sólida piedad.—Amante de la Santísima Eucaristía.—Caritativo.—Devoto de la Virgen 205
IV.—Dos años en Irlanda.—Otra vez profesor del Seminario Seráfico.—Guardián del convento de El Pardo.—Superior caritativo, ejemplar y prudente.—Confiado en la divina Providencia 207
V.—Los comunistas, en El Pardo.—Actitud del siervo de Dios ante el peligro.—De rodillas ante el mandamás.—Al Orfanato del pueblo.—A los cuarteles de Transmisiones.—En la Dirección General de Seguridad 209
VI.—En libertad.—Buscando asilo.—Soy el Superior de El Pardo.—Sucio y extenuado.—Comportamiento en el refugio 211
VII.—Venimos por el Superior de los Capuchinos.—Soy el Superior.—En marcha con los asesinos.—Martirizado 214
VIII.—El cadáver del siervo de Dios.—La sepultura.—La foto del cadáver.—Exhumación e identificación.—Funerales y traslado apoteósico.—El proceso de beatificación 215

SIERVO DE DIOS R. P. CARLOS DE ALCUBILLA 219
I.—Nacimiento, padres, hermanos, primeros años.—Al Seminario Seráfico.—Artista por naturaleza 219
II.—Novicio Capuchino.—Primera profesión.—A los Colegios Mayores.—Sacerdote del Señor 221
III.—Me han de ver en los altares.—Misionero en Venezuela.—Regreso a la Patria por enfermo.—Profesor en el Seminario Seráfico de El Pardo 222
IV.—Ante el asalto al convento de El Pardo.—Acogido por la familia Orcasitas.—Un contrato ingenioso.—Traslado a El Escorial 223
V.—Pablito blasfema.—Detenido por los milicianos.—Descubierta su condición de religioso.—Considerado como espía. Preso, a Madrid.—En los domicilios Orcasitas y Castañeda. 227
VI.—En el hotel Medina.—El hombre de confianza.—Intento de fuga.—Descubierto y apaleado.—En la cárcel de Guadarrama.—Piadoso y caritativo 230
VII.—A la cárcel de El Escorial.—Santo celo por sus compañeros de prisión.—Precaución prudente.—Al despacho del director.—Supremo rasgo de caridad.—Al martirio.—Proceso de beatificación 233

SIERVO DE DIOS R. P. RAMIRO DE SOBRADILLO 237
I.—Nacimiento, padres, hermanos, niñez.—Curación prodigiosa.—Al Jardín Seráfico 237
II.—Novicio seráfico.—La profesión simple.—A los Colegios Mayores.—La profesión solemne.—Notas máximas.—Ministro del Señor.—Ante el santuario del Nazareno 239
III.—Al convento de Santander.—Profesor de Humanidades. Vicesecretario Provincial.—Acto heroico de caridad.—Trabajos en el Archivo Provincial 242

Páginas

IV.—Religioso ejemplar.—Amante de las leyes de la Orden. Sencillez franciscana.—Espíritu de laboriosidad.—Devoto en sus actos.—Director de catecismo a pequeñuelos 243
V.—Exclaustración forzosa. — Al domicilio de una familia amiga.—Refugiado en casa de unos deudos.—Conducta intachable durante el exilio 245
VI.—Detenido por ser religioso.—Paraje desconocido.—En la *checa* de Cuatro Caminos.—A la Cárcel Modelo.—Apostolado en la cárcel 249
VII.—En la cárcel de San Antón.—Ante el tribunal popular.—Condenado a picadillo.—Preparación para el sacrificio.—En Paracuellos del Jarama.—Gracias atribuídas.—El proceso 251

SIERVO DE DIOS R. P. DOMITILO DE AYOO 259

I.—Nacimiento y niñez.—Mirando al «poverello».—En el Seminario Seráfico 259
II.—Novicio Capuchino.—En los Colegios Mayores.—Sacerdote de Cristo 260
III.—Otro año más.—Muy caritativo.—Al convento de Montehano.—Desde éste al de Gijón 262
IV.—Fiesta sacramental en Bocines.—Estalla el Movimiento Nacional.—Se ha metido en política.—Extraordinario amor al hábito religioso 263
V.—Detenido por los marxistas.—A la iglesia-cárcel de Candás.—Piedad, apostolado y consuelo en la cárcel.—No salgo si no dejan salir a éstos.—Puedo descolgarme por aquella ventana.—Siempre con el hábito 265
VI.—El reloj del padre Domitilo.—Escogido para el martirio. En Peón.—Mátenme el último 269
VII.—Exhumación e identificación del cadáver.—Trasladado y sepultado en nicho de los padres Jesuítas en el cementerio de Ceares.—Reconocimiento de los restos y definitivo traslado. — Precintados los restos por el Tribunal Eclesiástico.—El proceso de beatificación, en Roma 270

SIERVO DE DIOS FRAY ALEJO DE TERRADILLOS 275

I.—Nacimiento.—Niñez.—Juventud alegre y ordenada.—Ejemplar evolución 275
II. Vocación extraordinaria.—Devota estratagema para realizarla.—Novicio y profeso Capuchino en el humilde estado de hermano 276
III.—Virtudes heroicas.—Fray Alejo y los novicios.—Amar a Dios sin modo ni medida 277
IV.—De Montehano a La Coruña.—Trabaja por cuatro.—Paz inalterable.—Devoto y caritativo.—Tres virtudes predilectas: la oración, la penitencia y el espíritu de trabajo. 278
V.—Todavía en La Coruña.—Fama de santidad creciente.—Dios se lo pague.—Todo por Dios y para Dios.—Fray Alejo y la quema del convento y capilla 281

Páginas

VI.—Al convento de León.—Fray Alejo y los coristas teólogos.—Enfermero ideal.—Paradigma de todas las virtudes. Al convento de Gijón 283
VII.—Fray Alejo, en Gijón.—Heroico en todas las virtudes.—Amante de la modestia.—Detenido por los marxistas.—En la Comisaría y en la Residencia-cárcel.—La palma del martirio, corona de sus virtudes 285
VIII.—Los restos de fray Alejo.—Su nombre, en los monumentos a los Capuchinos mártires.—Tienen confianza en su protección.—Se pide la beatificación.—El proceso informativo 288

SIERVO DE DIOS FRAY EUSEBIO DE SALUDES 291
I.—Nacimiento, padres y hermanos.—Primeros años.—Juventud 291
II.—Las buenas lecturas.—Servir a Dios y salvar el alma.—Religioso ante todo.—Mártir si es necesario 292
III.—Novicio seráfico.—Profeso.—Religioso ejemplar 293
IV.—El siervo de Dios, en América.—Salud precaria.—Vuelve a España 294
V.—Encarcelado en Gijón.—Martirizado con sus hermanos. Pero, ¿cómo y dónde? 295
VI.—Los restos de fray Eusebio.—Su nombre, grabado en varios monumentos.—Quieren hacer la imagen.—El proceso de beatificación 297

SIERVO DE DIOS FRAY AURELIO DE OCEJO 299
I.—Nacimiento, padres y hermanos.—Niñez y juventud.—Al servicio de la Patria 299
II.—Llamamiento evangélico.—Por los senderos del seráfico Francisco. — Vestición de hábito; noviciado y profesión temporal 301
III.—Destinado a la revista *El Mensajero Seráfico*.—Religioso observante y piadoso.—La prudencia, virtud característica.—Confianza de los Superiores.—La profesión solemne 302
IV.—Abondono forzoso.—A una familia caritativa.—Vida ejemplar en el refugio.—Al domicilio de unos amigos... 304
V.—El siervo de Dios, en estado lamentable.—En busca de unos parientes.—Un diálogo interesantísimo.—En la *checa* comunista.—Pendiente de un sí o de un no 306
VI.—Martirizado en la carretera de Extremadura.—La fotografía del cadáver.—Testimonio oficial del martirio. Exhumación y definitiva inhumación.—El proceso de beatificación 307

SIERVO DE DIOS FRAY GABRIEL DE AROSTEGUI 311
I.—Nacimiento, padres y hermanos.—Las primeras letras.—«Buenico» de niño y de jovenzuelo.—Sirviente de labradores 311

Páginas

II.—Diversiones del joven Lorenzo. — Siempre santo.—Buen hijo de familia.—Virtuoso durante la juventud 312
III.—Ejemplar huída.—Al convento de Basurto.—Noviciado y primera profesión 314
IV.—En el convento de El Pardo.—Su lema, «ora et labora». Modelo perfecto de religiosos 315
V.—El 21 de julio.—«Mátenme, pero no blasfemo».—En el asilo de huérfanos y en los calabozos de Transmisiones. En la Dirección General de Seguridad.—En libertad ... 318
VI.—En varios refugios.—Vagando por el monte de El Pardo.—Condenado a muerte por el tribunal popular 319
VII.—En la huerta del convento.—Continuos insultos, vejaciones y amenazas de muerte.—Matrimonio con una miliciana 320
VIII.—Martirizado junto a la puerta de la era.—Prueba oficial de su asesinato.—Los restos del siervo de Dios.—Procesos rogatoriales 322

SIERVO DE DIOS FRAY PRIMITIVO DE VILLAMIZAR 325

I.—Nacimiento, padres, hermanos e infancia. — «Sálvame, que me hundo.»—Juventud.—Por el núúmero 1 325
II.—Vocación religiosa.—A los Capuchinos de Bilbao.—Treinta días al mes y las noches libres.—Noviciado y profesión 327
III.—Hermano del Colegio.—Como una madre.—Dolor por la salida de jóvenes.—Chófer del convento 329
IV.—Exclaustración forzosa.—Delirio pasajero.—Morir como Capuchino.—En libertad 322
V.—Sálvame por segunda vez.—Reunión de zorras, alboroto de gallinas 333
VI.—Segundo refugio.—Buena documentación.—Mortificiado y caritativo.—Comunión y santa misa muy frecuentes 324
VII.—Título denunciador.—A renovar el carnet.—Haced de mí lo que queráis, pero a ella dejadla.—Si lo confesó él. Investigaciones infructuosas.—El martirio.—El proceso de beatificación 337

SIERVO DE DIOS FRAY EUSTAQUIO DE VILLALQUITE 341

I.—Nacimiento y primeros años.—Aspiración plausible.—En los Seminarios Menores.—Humilde y virtuoso 341
II.—No era para el mundo.—Al claustro seráfico.—Novicio edificante.—La profesión religiosa.—Después de profeso. 342
III.—Fray Eustaquio, en Gijón.—En América se relajan.—Virtuoso a carta cabal 344
IV.—A la panadería de enfrente.—En la Comisaría; en la Residencia de los padres Jesuítas y en la iglesia-prisión de San José 345
V.—Se salva el catorce.—Las armas de los Capuchinos.—Pronto me afeitarán.—Modelo de todas las virtudes 346

Páginas

VI.—A la cárcel provincial de Coto.—Salió para diligencias. Mártir como sus hermanos de hábito.—Su nombre, en las lápidas.—El proceso de beatificación, en Roma 347

SIERVO DE DIOS FRAY DIEGO DE GUADILLA 351

I.—Nacimiento y bautismo.—Hacia el servicio de Dios especializado 351

II.—Al humilde estado de hermano lego.—Tras del «poverello» de Asís 351

III.—Observante.—Virtuoso.—Obediente.—Devoto de la Santísima Virgen.—Caritativo 352

IV.—Al exilio.—Conducta ejemplar y muy edificante.—Nuevo refugio 354

V.—Ansía el martirio y le pide.—Fray Diego, víctima por Jesucristo 356

VI.—Identificación particular y oficial del cadáver de fray Diego 357

VII.—Acta de enterramiento definitivo incluída en las cajas. 358

VIII.—Gracias atribuídas conjuntamente a fray Diego, al padre Miguel y algunas con el padre Ambrosio.—Se desea su beatificación 359

SIERVO DE DIOS FRAY SATURNINO DE BILBAO 361

I.—Benjamín de los mártires.—Nacimiento y primeros años. Ambiente familiar.—La primera comunión.—Congregante desde los trece años 361

II.—Vocación apostólica y proselitista.—El avemaria en chino.—Una balsa y un cilicio.—Novicio en Loyola.—Desde Loyola a Aranjuez.—Los designios de Dios inescrutables.

III.—Otra vez al mundo.—Comportamiento edificante.—Amigo consecuente y caritativo.—Mirando hacia el «poverello» 372

IV.—El día de la Inmaculada.—Acto filial delicadísimo.—Novicio en Basurto.—La profesión simple.—Al convento de Jesús, de Madrid.—El servicio militar 373

V.—La vocación de su hermana.—Profesión solemne.—Ante los chispazos de 1935.—Deseos de martirio y alientos a su «monjita» 378

VI.—El 20 de julio.—Se descuelga por una ventana.—Deseos de confesarse.—En la calle de la Verónica.—Devoto programa 381

VII.—Presiente su hora.—Dos registros.—Recuerdo a su madre.—En las *checas*.—El martirio 383

VIII.—La foto del cadáver.—Exhumación y definitiva inhumación.—Confianza en su intercesión.—El proceso de beatificación.—Palabras finales 386

SIERVO DE DIOS NORBERTO CEMBRANOS 389

I.—Nacimiento y primeros años.—Padres y hermanos.—En el Seminario Menor de Valle de Mansilla.—Al Seminario de San Froilán 389

Páginas

II.—Las Ordenes menores.—Los escrúpulos.—Del Seminario a la Trapa.—Del monasterio a las minas de carbón.—Donado perpetuo Capuchino 391
III.—En el convento de El Pardo.—Ejemplar y virtuoso ... 393
IV.—Arrojado del convento.—En la pensión Paula Cepeda. Detenido 394
V.—Asesinado por confesar la verdad.—Sus restos.—El proceso de beatificación 396

LOS PROCESOS DE BEATIFICACION 397

PROCESO DE SANTANDER 399

A) *Mártires siervos de Dios* 399
B) *Tribunal instructor* 400
C) *Testigos* 400
D) *Introducción de los procesos* 401
E) *Testigos que han declarado* 402
F) *Sesiones celebradas* 402

PROCESO DE OVIEDO 402

A) *Mártires siervos de Dios* 402
B) *Tribunal instructor* 402
C) *Testigos* 403
D) *Introducción de los procesos* 404
E) *Testigos que han declarado* 405
F) *Sesiones celebradas* 405

PROCESO DE MADRID 405

A) *Mártires siervos de Dios* 405
B) *Tribunal instructor* 405
C) *Testigos* 406
D) *Introducción de los procesos* 408
E) *Testigos que han declarado* 408
F) *Sesiones celebradas* 408

PROCESOS ROGATORIALES 409

A) *Proceso de Pamplona* 409
B) *Proceso de Caracas* 409
C) *Proceso de León* 410
D) *Proceso de La Habana* 410

~~Precio: 50 ptas.~~